

**EL COLEGIO DE MÉXICO
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLOGICOS**

**El contrato conyugal y la negociación del poder en la
pareja heterosexual**

**Tesis que para obtener el grado de Doctora en Ciencia
Social con especialidad en Sociología presenta:**

Alicia Estela Pereda Alfonso

Director de tesis

Dr. Nelson Minello Martini

México

Noviembre de 2008

ÍNDICE

Introducción	3
Propósitos y antecedentes	3
El contrato conyugal	9
La pareja conyugal	17
La categoría género	20
La negociación del poder	22
Género, poder y negociación conyugal	26
Un cambio de perspectiva metodológica	31
Secuencia cronológica del relato	44
I. El enfoque biográfico y la construcción de conocimiento social	48
El universo biográfico	48
La identidad narrativa como eje articulador entre la biografía y el contexto	62
La centralidad de la noción “mundo de la vida” en el estudio de la cotidianidad	78
II. Las dimensiones estructurales del relato	98
Personaje principal o protagonista	103
Co-protagonistas	105
Escenarios	127
Acontecimientos	140
III. Los nombres de Natalia	146
Natalia y los “otros significativos”	151
Descripción de los personajes	153
IV. El proyecto propio: los mandatos	178
Los mandatos de Ramona	178
Los mandatos de Álvaro	184
El balance final	212
Los límites a la autoridad del cónyuge	214
V. El proyecto propio: los obstáculos	226
Las ideas rectoras del proyecto	227
“Me traían como molinillo.... y me aferré al árbol”	247
“Eva se enamoró”	260
VI. Del “yo” biográfico al “nosotros” comunitario	272
El acervo social de conocimiento y el proyecto de Natalia	272
Los mitos de la historia de vida	282
Los mitos en la historia de Natalia	293
Conclusiones	324

Bibliografía	350
Anexo I. La historia de Natalia	
“Me traían como molinillo.... y me aferré al árbol”	1
“Yo quería ser otra”	12
“De este cuerito tienen que salir muchas correas”	23
“Y Eva se enamoró”	35
“Ahí sembré el primer tabique”	46
“Cabecita Loca”	59
“El año del terremoto”	69
Anexo II. Los nombres de Natalia	
Eva	1
Magdalena	4
Natalia	7
La mujer	14
La señora	17
La muñeca fea	19
La muñeca triste	20
Anexo III. El proyecto personal y familiar	
El proyecto de vida	1
El balance final de la relación conyugal	9

INTRODUCCIÓN

PROPÓSITOS Y ANTECEDENTES¹

Este trabajo propone indagar cómo se ejerce el poder en la pareja conyugal heterosexual y sus efectos sobre la persistencia o ruptura de las uniones. Para concretarlo centra la mirada en la historia de vida² de una mujer mexicana nacida en el año 1935, Natalia Rebollo Hernández, nombre ficticio de la protagonista del relato³, cuya narración “me salió al encuentro” al iniciar el trabajo de campo. La expresión entrecomillada tiene el propósito de enfatizar el carácter azaroso, aleatorio, que marca la decisión de llevar adelante una investigación con historias de vida ya que, como señala Juan José Pujadas Muñoz, “éstas surgen a menudo de improviso, *a posteriori*, después de meses o incluso años de estar trabajando en un determinado tema” (Pujadas Muñoz, 1992: 48). Así, pese a que originalmente planeaba concretar la investigación a partir de una serie de entrevistas con enfoque biográfico⁴, el encuentro con esta interlocutora derivó en un cambio de perspectiva teórica y metodológica que reorientó la investigación y sobre la cual abundarán las páginas siguientes.

El contexto de esta historia de vida está ubicado en la ciudad de México durante el periodo comprendido entre la década de 1920 –cuando los antepasados de la protagonista migran a la ciudad desde distintos puntos de la República- y hasta finales de los años 80 – fecha cuando están datados los últimos acontecimientos del relato.

-
- 1 El estilo de citación que se empleará en este trabajo corresponde al adoptado en la revista *Estudios Sociológicos*, del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.
 - 2 El concepto “historia de vida” remite a un método empleado por las Ciencias Sociales que investiga en profundidad y extensión el recorrido biográfico de uno o varios sujetos para lo cual utiliza distintos materiales que pueden incluir, aunque no necesariamente, el relato de los sujetos sobre sí mismos (Piña, 1988).
 - 3 Empleo la expresión “protagonista del relato” porque, como señala Carlos Piña, quien narra el relato construye un personaje de “sí mismo”, es decir, “una representación que hace ante sí de su propia identidad como persona, distinta del sujeto de cuya vida supuestamente se habla”. De este modo, las posiciones discursivas a las que se alude con las expresiones “protagonista” o “personaje principal”, no son intercambiables con las de “interlocutora” o “narradora”. Estas dos últimas denominaciones se refieren a la voz que asume la autoría; las dos primeras, en cambio, son el producto lingüístico del relato, son construcciones verbales que no preexisten al relato y sólo viven en él (Piña, 1988: 141–153).
 - 4 La expresión “enfoque biográfico” remite a un ángulo de entrada específico para la construcción de conocimiento científico a través del cual es posible aprehender los procesos de atribución de sentido de las interacciones y prácticas sociales con base en materiales biográficos que pueden incluir, o no, el relato de uno o varios sujetos sobre su propia vida (Piña, 1988: 142)

Las palabras de esta interlocutora permiten adentrarse en la cotidianidad de una familia proletaria desde la perspectiva de una mujer, ama de casa, esposa, madre y trabajadora. En el relato de su vida, ella alterna el trabajo informal en el sector de servicios con el trabajo por cuenta propia mientras, en forma paralela, asume las responsabilidades domésticas y maternales. Estas últimas refieren a la crianza y educación de 5 hijos, nacidos en un matrimonio que ella decidió interrumpir luego de 35 años de convivencia.

De acuerdo con el propósito general ya enunciado, el núcleo del trabajo se ubica en la identificación de las estrategias y los recursos que, desde la perspectiva de la protagonista de la historia, fueron empleados por ella y por el cónyuge para organizar las interacciones cotidianas. A su vez, el análisis profundiza en los efectos del sexo-género⁵ sobre la capacidad para negociar acuerdos entre ellos.

A los efectos de precisar conceptualmente la noción de “acuerdos negociados entre los cónyuges”, así como de distinguir entre los ámbitos de la cotidianidad que pueden incluirse en la negociación, inicié una búsqueda en la bibliografía especializada sobre el tema de la pareja conyugal. Al respecto, cabe señalar que, en líneas generales, esta temática ha sido abordada desde diversos ángulos. Existen investigaciones (Ojeda de la Peña, 1983, 1989; Quilodrán y Ojeda 1991; Quilodrán, 1992, 1993a, 1993b, 2001) que indagan en la dimensión histórica de la pareja o aportan información sobre distintos rasgos de la nupcialidad asociados con características de tipo estructural tales como la edad, el contexto, la escolaridad, la ocupación o el nivel de ingresos. Sin embargo, las indagaciones que privilegian estos enfoques no tematizan específicamente la dimensión del poder.

Al profundizar en esta última dirección, el trabajo realizado por Lourdes Benería y Martha Roldán (1992) entre sectores proletarios urbanos, propone la noción de “contrato matrimonial” para referirse a “las explicaciones dadas por las mujeres cuando se les pregunta por los aspectos normativos y de conducta de sus respectivas uniones” (Benería y Roldán, 1992: 167). Entre los factores que determinan esas normas y comportamientos entre los cónyuges, las autoras destacan la incidencia del monto del aporte económico al hogar por parte de las mujeres y sus efectos sobre el contrato matrimonial. De este modo, la

5 Utilizo la expresión “sexo-género” para aludir al hecho de que a partir del dato biológico del sexo, fundamentalmente, de las características anatómicas y fisiológicas observables a simple vista al momento de nacer, se inicia la adscripción de los sujetos a las identidades femenina o masculina como dos posibilidades únicas, excluyentes y jerárquicas, que organizan las relaciones sociales e inciden sobre las construcciones simbólicas y las prácticas de los sujetos.

organización y la administración de los ingresos –ya sea en un fondo común, o bien, a partir de una cuota para gastos que el marido asigna diariamente- permiten identificar variaciones en el ejercicio de la autonomía por parte de las mujeres, en el manejo del dinero, en la percepción de sí mismas y del otro, y en el trato entre los cónyuges.

Desde otro ángulo, el trabajo de Agustín Escobar Latapí (1999) aborda las relaciones entre los integrantes de la pareja conyugal desde la perspectiva de un grupo de varones entrevistados⁶. Esta investigación revela que, en el nivel discursivo, coexisten dos modelos de identidad de género: el hombre como proveedor y el hombre como compañero que comparte tareas y responsabilidades con la esposa. El hallazgo de comportamientos solidarios, que se verifica fundamentalmente entre los entrevistados más jóvenes, permitiría suponer una valoración positiva hacia el trabajo extradoméstico de las mujeres. No obstante, “en los hechos relatados se muestra que sólo el trabajo masculino es importante, que la esposa puede ganar dinero en ‘ratos libres’, y que ella apoya al hombre en momentos críticos de su trabajo, su carrera o personales” (Escobar Latapí, 1999: 39-40). Si bien esta indagación está centrada en la construcción identitaria de los varones en el contexto de la pareja, las expectativas de los entrevistados con relación al trabajo y a los proyectos propios, valorados por encima de los que realizan sus cónyuges, bien pueden interpretarse como expresiones de esa normativa y de esas conductas que Benería y Roldán (1992) incluyen en la noción de “contrato matrimonial”.

Por su parte, el trabajo de María Waleska Vivas Mendoza (1993) coincide con los hallazgos de Escobar Latapí (1999) aunque la autora interpreta estas expectativas como contradicciones en el discurso de los entrevistados⁷. De este modo, como señala la investigadora, “a pesar de valorar el hecho de contar con una esposa independiente y con proyectos de vida propios, las decisiones más cruciales sobre el destino del grupo familiar son tomadas, por lo general, de acuerdo con los intereses de ellos sin reparar mayormente en el sacrificio que pueden implicar para la vida profesional de sus compañeras” (Vivas Mendoza, 1993: 98). Sin embargo, en los resultados, la autora destaca un aspecto interesante que invita a una mayor profundización: la dificultad de las mujeres para

6 El autor indaga sobre los efectos del trabajo masculino y femenino en dos generaciones de varones pertenecientes a sectores urbano-populares en tres ciudades de la República.

7 La autora analiza 8 entrevistas en profundidad realizadas con varones pertenecientes a un mismo sector social y altos niveles de escolaridad a fin de identificar “cómo conciben las relaciones de pareja, la vida doméstica y el ejercicio de la paternidad y cómo atraviesa la identidad de género estas dimensiones de la biografía personal” (Vivas Mendoza, 1993: 59).

modificar comportamientos, ideas, creencias y valores muy arraigados que contribuyen a mantenerlas en posiciones desventajosas con respecto a sus cónyuges, al menos, en lo que respecta al trabajo y a los proyectos personales (Vivas Mendoza, 1993: 100).

En síntesis, las investigaciones reseñadas identifican los ámbitos económico y laboral como dos dimensiones significativas en torno de las cuales se organiza la cotidianidad de las parejas. Al mismo tiempo, destacan que el rol de proveedor ejercido por el cónyuge posee un peso significativo en la toma de decisiones. Por último, recalcan que el trabajo de los varones posee una valoración más alta que la otorgada al trabajo doméstico y/o extradoméstico de las mujeres, de manera tal que, al menos entre sectores de clase media como los estudiados por Escobar Latapí y Vivas Mendoza, ambos cónyuges no dudan en supeditar el ejercicio profesional y los proyectos personales de las mujeres a las prioridades laborales de los compañeros.

A diferencia de estas investigaciones que privilegian la perspectiva de los varones, el trabajo de Nelson Minello (2001) aborda el estudio de la masculinidad en el México contemporáneo bajo el supuesto de que ésta se construye “en la intersección de los géneros” (Minello, 2001: 83). El autor reporta cambios en los roles de esposo y esposo/padre. Sin embargo, como él mismo señala, no es posible “cristalizar a cada personaje en un papel único a lo largo de su vida pues la identidad es cambiante, influida por el contexto sociohistórico, la etapa del ciclo de vida, la visión de género, la clase o capa social a la que pertenece” (Minello, 2001: 81). Así, la dominación masculina no se ejerce del mismo modo en todos los casos analizados. En este sentido, el autor recupera la perspectiva de las mujeres, decisión que le permite identificar la presencia de modelos de relaciones de género que se alejan de la visión tradicional (hombre proveedor/mujer reproductora). Aun cuando los relatos orientados en esta dirección resultan menos abundantes, revelan una suerte de contracanto, con respecto a las entrevistas realizadas con varones, que destaca la emergencia de prácticas novedosas.

En las relaciones de pareja, los hombres entrevistados y las fuentes bibliográficas analizadas por Minello, describen el matrimonio como “una solución funcional frente al hombre solo” y, aun cuando puede coexistir con el amor, en sectores de clase media alta resulta una “alianza vinculada con los negocios y con el prestigio de la familia” (Minello, 2001: 79). A su vez, la sexualidad aparece estrechamente asociada con la reproducción, en

tanto procrear hijos confirma la hombría de los varones. No obstante, persiste la distinción entre las buenas mujeres, con quienes entablan relaciones formales, y otras con quienes se involucran en el ejercicio de una sexualidad sin compromisos (Minello, 2001: 128).

Desde la perspectiva de los intereses y preocupaciones de la presente investigación, el trabajo de Nelson Minello destaca el ejercicio de la sexualidad como una dimensión de las prácticas que, si bien aparece ligada a la reproducción, abre un espacio para indagar sobre las formas de negociar, tanto las prácticas sexuales como las reproductivas, en el ámbito conyugal. A su vez, el trabajo pone de manifiesto la variación de los significados subjetivos de la pareja y el matrimonio en relación con la clase o estrato social de pertenencia dado que, en los sectores más altos, cobra relevancia el vínculo entre matrimonio, prestigio social y logro económico.

En la búsqueda de antecedentes sobre la negociación del poder entre los cónyuges, y con miras a identificar los ámbitos de la cotidianidad más permeables a los acuerdos entre los integrantes de la pareja, la indagación se orientó hacia aquellas investigaciones referidas a los cambios en las condiciones de vida de las mujeres mexicanas desde los años treinta del siglo veinte. Esta exploración obedeció al supuesto de que una mejora en las condiciones generales de vida de las mujeres, podía repercutir favorablemente en las posibilidades de negociación con el cónyuge.

Así, diversos trabajos (Blumberg 1978; De Oliveira 1995, 1996; Parker y Pederzini, 2000) revelan un incremento en los niveles de escolaridad, una participación creciente en los mercados de trabajo -aunque no necesariamente en los sectores mejor remunerados- y un descenso de la fecundidad que habría reducido el tiempo dedicado a las tareas vinculadas con la crianza y atención de los hijos. Estos cambios aumentarían la probabilidad de que las mujeres, al gozar de mayor tiempo libre, pudieran concretar proyectos personales distintos de la maternidad.

Sin embargo, los estudios citados en el párrafo anterior no abordan específicamente las consecuencias derivadas de un mejor posicionamiento de las mujeres en relación con la capacidad de negociar acuerdos en la pareja. Por esta razón, y a los efectos de profundizar en los argumentos que explican las potencialidades diferentes y desiguales entre los varones y las mujeres reales, de carne y hueso, a la hora de pactar acuerdos y definir los ámbitos de la negociación cotidiana, recurrí a las reflexiones de teóricas feministas quienes, desde el

campo de la filosofía y de la ciencia política, fundamentan las desigualdades de poder con base en la división social y sexual de los espacios público y privado.

Desde la perspectiva de las autoras consultadas (Amorós 1985, 1992; Lamas 1990, 1999; Fraser, 1993; Mouffe 1993; Molina Petit, 1994; Archenti, 1994; Phillips, 1996a, 1996b, 2002; Fraser y Gordon 1997; Salles, 1999; Gutiérrez Castañeda, 2002), esta escisión constituye uno de los rasgos distintivos de la Modernidad y sustenta la construcción de la ciudadanía y del ciudadano con sesgos de sexo y género, de clase, de raza; inclusive, ubica a los nuevos ciudadanos en unas coordenadas geográficas específicas. Así, el sujeto moderno europeo, y posteriormente su versión latinoamericana, reúne ciertas características: se trata de un varón, heterosexual, educado, de preferencia cristiano – católico o protestante- propietario, blanco y europeo, ya sea por nacimiento en el viejo continente o por tratarse de sus descendientes en los territorios colonizados.

La división entre los espacios público y privado se relaciona directamente con la división social del trabajo que, al analizarse desde una perspectiva de género, muestra no sólo una asignación de tareas, espacios y roles diferenciados sexualmente sino una valoración desigual de las prácticas y papeles de acuerdo con el sexo y el género de quienes los desempeñan. Como evidencian las investigaciones citadas, los efectos de esta división social y sexual del trabajo, y las diferencias materiales –referidas, por ejemplo, al monto de los ingresos- y de prestigio entre el trabajo que realizan los varones y las mujeres, persisten incluso entre la población más joven como la estudiada por Escobar Latapí (1999), pese a que este grupo etéreo evidencia ciertos cambios valorales, al menos en el nivel discursivo. En conexión con los trabajos anteriores, otras indagaciones, me refiero a García y De Oliveira (1994), Kauffman (1999) y Bastos (1999), así como al citado trabajo de Benería y Roldán (1992), revelan que la asimetría en el ejercicio del poder en la pareja constituye una fuente de insatisfacción aunque, en ocasiones, resulta difícil reconocerla porque el peso de los modelos tradicionales de género obstaculiza el simple hecho de verbalizarla.

En este sentido, la bibliografía consultada permite afirmar que, como señala Pierre Bourdieu, “ganarse la vida -o contar con niveles más elevados de escolaridad- no otorga una garantía de negociación más equitativa con los hombres” (Bourdieu, 2000: 484). Tampoco, que la adscripción discursiva de los varones a modelos de pareja menos tradicionales pueda concretarse efectivamente en sus prácticas o abarcar todos los ámbitos

de la vida conyugal. Por otra parte, el peso de las representaciones de género en las construcciones identitarias, descubre la necesidad de profundizar en esta dimensión como fundamento de las prácticas y de los roles que se actualizan en las relaciones conyugales.

En líneas generales, las investigaciones a las cuales me he referido en las páginas anteriores describen formas de organización de las interacciones cotidianas; también, señalan las dimensiones de la relación conyugal que han experimentado cambios, tanto en el plano de las ideas como en la “condición femenina”⁸. Sin embargo, resta indagar de qué manera ambos cónyuges pactan esos reordenamientos de la cotidianidad y, en el proceso, construyen un “nosotros”, el de la pareja conyugal, inestable, frágil, atravesado, entre otros factores, por las determinaciones del sistema sexo-género, el cual incide sobre las formas de negociación del poder que se dan a sí mismos los integrantes de la pareja.

La revisión de bibliografía especializada me permitió identificar y precisar las preocupaciones generales que orientan este trabajo. A partir de ese momento, e inspirada en la propuesta de Benería y Roldán (1992), inicié la construcción del concepto “contrato conyugal”.

EL CONTRATO CONYUGAL

El primer acercamiento a este concepto surgió durante la realización de un trabajo previo (Pereda Alfonso, 2004) orientado a examinar las influencias que ejercieron los discursos sobre el amor en la conformación de las identidades de género de personas de ambos sexos, de setenta y cinco años en adelante, provenientes de distintos contextos socioculturales, radicadas en la ciudad de México en las primeras décadas del siglo XX.

En ese momento, una de las estrategias metodológicas adoptadas fue la realización de entrevistas con enfoque biográfico⁹. Aun cuando no estaban centradas exclusivamente en la pareja conyugal, las evocaciones de mis interlocutores expresaban normas, valores, creencias y expectativas sobre los modos de comportamiento, diferenciados por sexo y género, que asociaban con momentos del ciclo vital de la pareja -el ingreso al mercado matrimonial, las decisiones sobre el tipo de unión, la maternidad y paternidad, el fin de la

8 La expresión “condición femenina” enfatiza el carácter relacional de las construcciones identitarias que se enuncian bajo los conceptos “varón” y “mujer”. Hablar del carácter relacional de esta expresión implica diferenciar a las mujeres entre sí y con respecto a los varones. De Oliveira (1996: 5) propone articular varios ejes de diferenciación a través de los cuales se organiza la desigualdad entre los sujetos: clase, género, etnia, ciclo de vida, posición en el sistema de parentesco.

9 Esta expresión alude a la construcción de conocimiento a través de la producción de relatos de carácter interpretativo centrados en la construcción de un “personaje” que se erige en sujeto y objeto del discurso.

etapa reproductiva, la viudez, la separación, el divorcio y las nuevas uniones-, también, con dimensiones de las relaciones intrafamiliares: la división del trabajo doméstico y extradoméstico, la crianza y educación de los hijos, el uso del tiempo libre, los vínculos con la familia de origen de ambos cónyuges, etcétera.

En ese contexto, mis entrevistados reiteraron conocimientos de sentido común que circulaban en el México de aquellos años. Pude identificarlos como tales al ponerlos en relación con otras fuentes primarias con las cuales trabajé para recuperar los rasgos significativos de los discursos amorosos: una revista de las llamadas “femeninas”¹⁰ y las canciones de amor que, en esa época, comenzaban a consolidar un género musical urbano, la llamada “canción romántica”¹¹. De este modo, las fuentes consultadas revelaron un “repertorio de saberes”¹² compatible con máximas y refranes que, en conjunto, ofrecían consejos, advertencias e interpretaciones sobre distintos aspectos de las relaciones amorosas y de las interacciones con la pareja.

A su vez, estos discursos reaparecían en otros contextos: las reflexiones de intelectuales, artistas, políticos, educadores y periodistas quienes, al promediar la década de los años veinte, asumieron la tarea de definir una identidad como país acorde con los requerimientos de un proyecto estatal modernizador de corte nacionalista. Pero no sólo abordaban aspectos de la vida pública tales como la economía, la educación, la política o la producción cultural sino que incluían el mundo de los afectos y de las relaciones al interior

10 Me refiero a *La Familia. Revista de Labores y Manualidades*, publicación que comenzó a circular en Noviembre de 1931 como “revista mensual especializada en cocina, repostería y dibujos prácticos y modernos para bordados”. En el año 1933 fue adquirida por la Editorial Sayrols, empresa que hasta 1960 controló el mercado de las publicaciones dirigidas a las mujeres en México. Esta revista destaca por la continuidad de su presencia en el mercado ya que la colección disponible en la Hemeroteca Nacional de México llega hasta el número 927 del mes de diciembre de 1972. Por otra parte, hasta la década de los años sesenta apareció bajo la dirección del Sr. Francisco Sayrols Mas (Pereda Alfonso, 2004: 124-128).

11 La expresión “romántico” o “romanticismo”, refiere al movimiento artístico e intelectual que predominó en Europa durante el segundo cuarto del siglo XIX, caracterizado por sus postulados individualistas y su independencia frente a los preceptos “clásicos”. Por su parte, “género romántico”, aplicado a la música, alude a ciertos rasgos que pueden identificarse en las composiciones de cualquier periodo e incluyen, entre otras características, la subordinación de la forma al tema, el predominio de las emociones por encima de la razón, la preferencia por lo grandioso, pintoresco, apasionado, exuberante, el empleo de las formas musicales breves y de las tonalidades menores. Sin embargo, en el lenguaje coloquial, “romántico” alude más a una temática que a una manera específica de componer música. Así, para el caso concreto de las canciones incluidas bajo esta denominación, la categoría se aplica a aquéllas que abordan temas relacionados con los afectos y la pasión amorosa y que también se designan como “canción de amor” (*Diccionario Oxford de la Música*, 1984).

12 Esta expresión alude al conjunto de conocimientos que se origina y distribuye socialmente. preexiste al sujeto y se acepta como válido. Por intermedio de este acervo, los sujetos interpretan la realidad social y perciben y resuelven los problemas que enfrentan en la vida cotidiana (Schutz, 1995: 18).

de la pareja y de la familia. Este abordaje no necesariamente se planteaba de manera explícita como sucede, por ejemplo, en el ensayo de Salvador Reyes Nevárez (1952) que lleva por título *El amor y la amistad en el mexicano*. Pero sí era posible leer obras representativas de ese periodo en “clave de género”, es decir, buceando en los significados de la masculinidad y la feminidad, así como en las formas de organizar las relaciones sociales entre sujetos del mismo y de distinto sexo, que ofrecían estas fuentes sin proponérselo de manera declarada. Así, estas reflexiones brindaban pautas de comportamiento relacionadas con un modo de ser femenina o masculino en el ámbito de la domesticidad y en el de la vida pública. Por su parte, los productos culturales que ofrecían el cine, el radio, la literatura, la plástica, el teatro, etcétera, retomaban los principales rasgos de estas propuestas, “traduciéndolas” en términos que coincidían con las demandas y necesidades planteadas por los “tiempos modernos”.

Cabe señalar que este repertorio de saberes constituía un material “a la mano”, es decir, siempre disponible, al cual apelaban mis interlocutores para explicarse las distintas situaciones, contextos y personajes con quienes mantuvieron vínculos afectivos. Sin embargo, entre los relatos de hombres y mujeres, percibí diferencias con respecto a la posibilidad de establecer arreglos y de negociar posiciones de poder en los encuentros con sujetos del mismo o de distinto sexo.

Así, en el ámbito de las relaciones conyugales surgían ciertos pactos o acuerdos entre los integrantes de la pareja que iban transformándose con la edad, la antigüedad de la relación, los hijos y las circunstancias que enfrentaban en la cotidianidad. En esa ocasión no profundicé en los aspectos de la vida conyugal y/o familiar que podían incluirse en la negociación ni en los modos de llevarla adelante. Tampoco en las consecuencias de acatar, transgredir o proponer modificaciones a los arreglos originales. Sin embargo, percibí que en los relatos autobiográficos se verificaban cambios en la construcción del personaje protagonista, los cuales mostraban las huellas de estos episodios y apuntaban directamente hacia las modalidades de negociación del poder entre los miembros de la pareja.

Aunado a lo anterior, otro elemento atrajo mi atención: del total de personas entrevistadas¹³, sólo los viudos y una parte de las mujeres en esa misma situación reportaban una relación conyugal satisfactoria. En cambio, quienes se encontraban

13 Entrevisté 32 personas, 20 mujeres y 12 varones. De este total, 3 hombres y 6 mujeres se reportaron como viudos.

involucrados en parejas al momento de la entrevista, como así también las personas solteras, separadas o divorciadas, no emitieron una calificación expresa al respecto o destacaron las dificultades y conflictos conyugales como fuentes de insatisfacción personal y de dificultades en la interacción.

Con estos antecedentes comencé a preguntarme por qué habían mantenido de por vida una relación conyugal calificada como “poco satisfactoria” cuando, en varios casos, las personas entrevistadas parecían contar con recursos materiales y simbólicos para interrumpir el vínculo. A partir de esta inquietud inicié un nuevo proceso de indagación que me llevó a revisar las entrevistas realizadas. Esta decisión significó abordar los materiales empíricos desde un ángulo diferente en busca de pistas e ideas dado que la lectura e interpretación que sustentó el trabajo de referencia no había recuperado este potencial porque respondía a interrogantes distintas.

Las primeras conjeturas me pusieron en el camino de lo que ahora nombro como “contratos conyugales”. Con esta expresión defino los arreglos, pactos y acuerdos que organizan las interacciones y las prácticas en la vida cotidiana. Mientras persiste el vínculo, estas formas de organización -que pueden plantearse de manera explícita, o bien, darse por supuestas-, adquieren la fuerza de una normativa que los cónyuges se dan a sí mismos y negocian durante la relación. Esta normativa constituye uno de los pilares sobre los cuales se asienta la construcción de un “nosotros” que los incluye en una unidad mayor: la pareja.

Cabe señalar que la negociación de esta normativa puede abarcar alguno o todos los siguientes aspectos:

- a) el ejercicio de la sexualidad y las prácticas reproductivas
- b) la administración de los recursos económicos
- c) la educación y control de los hijos
- d) la división del trabajo entre los cónyuges
- e) las relaciones o vínculos con otros individuos o grupos fuera del núcleo familiar
- f) la organización y administración del tiempo libre

En relación con los niveles de análisis, la revisión de las fuentes primarias que integraron la investigación de referencia me permitió concluir lo siguiente:

1) los integrantes de las parejas conyugales heterosexuales organizaron sus prácticas cotidianas negociando una serie de acuerdos, a los que podría denominarse “contratos

conyugales íntimos”, reconocidos de manera explícita o implícita por sus miembros. Estos contratos sufrieron transformaciones y reajustes a lo largo de la historia conyugal.

2) los “contratos conyugales íntimos” mostraron un dinamismo de reproducción y resignificación de un modelo de pareja heterosexual, denominado “contrato conyugal público”, legitimado por reglas que asignaban obligaciones y derechos diferenciales a los integrantes de la pareja en virtud de su sexo-género¹⁴.

3) las modificaciones del “contrato conyugal íntimo” a raíz de acuerdos, de imposiciones o de diferir la resolución de los conflictos, reveló las estrategias y tácticas adoptadas por cada uno de los cónyuges para la negociación del poder en el ámbito de la cotidianidad.

4) la negociación mostró las huellas del orden de género al consagrar una posición dominante para los varones, pero también para las mujeres cuando ejercieron la autoridad por delegación, tal el caso de los vínculos suegra-nuera; madres-hijas; patrona-empleada.

Por otra parte, la investigación de referencia permite identificar algunas características de los contratos conyugales íntimos las cuales pueden sintetizarse como sigue:

- Expresan las obligaciones y prerrogativas que corresponden a cada miembro de la pareja en forma individual y como parte de una unidad mayor formada por ambos integrantes. En este sentido, los contratos conyugales íntimos refieren a un sistema normativo que pauta las interacciones cotidianas.

- Estas obligaciones y prerrogativas (términos del contrato) no necesariamente se explicitan. Tampoco existe una coincidencia plena entre los cónyuges sobre los términos del contrato. Por eso, necesitan renegociarse en varios momentos de la trayectoria conyugal.

14 En este sentido, la Epístola de Melchor Ocampo escrita en 1859 y leída hasta la fecha como parte de la ceremonia de enlace por lo civil, ofrece una síntesis de las prescripciones de este modelo al que aludo y que retomaban otras fuentes consultadas. Esta Epístola consagra la división sexual del trabajo y el deber de obediencia de las mujeres hacia el cónyuge en estos términos: “El hombre cuyas dotes sexuales son principalmente el valor y la fuerza, debe dar y dará a la mujer, protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo, y con la magnanimidad y benevolencia generosa que el fuerte debe al débil, esencialmente cuando este débil se entrega a él, y cuando por la Sociedad se le ha confiado. La mujer, cuyas principales dotes son la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura debe dar y dará al marido obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende, y con la delicadeza de quien no quiere exasperar la parte brusca, irritable y dura de sí mismo propia de su carácter”.

(<http://www.eluniversal.com.mx/notas/422497.html>).

- Los términos del contrato representan los límites entre lo que puede y no puede negociarse entre los cónyuges¹⁵.
- El incumplimiento de los términos del contrato constituye una causa de insatisfacción que incide negativamente en la percepción subjetiva de la relación conyugal.
- La trasgresión reiterada de los límites del contrato privado, por uno o ambos cónyuges, lleva a revisar la decisión de continuar o interrumpir el vínculo.

La identificación de estas características generales me señaló que el contrato íntimo brindaba una perspectiva útil para abordar las relaciones de poder en la pareja y sus efectos sobre la persistencia o ruptura de la unión, al menos, por dos razones. Primera, porque permitía relacionar los modelos socialmente disponibles de ejercicio del poder con el ejercicio efectivo del mismo al interior de la pareja. Segunda, porque ahondar en los términos del contrato y sus variaciones a lo largo de la trayectoria conyugal implicaba reconocer los procesos de apropiación y resignificación de las representaciones sobre la pareja que efectúan los sujetos en distintos momentos del ciclo vital. De este modo, los contratos conyugales ofrecían una herramienta para adentrarse en un ámbito de autonomía que trasciende la concepción del conocimiento subjetivo como un mero reflejo del mundo exterior o como una dimensión inabordable desde el punto de vista sociológico.

¿En qué consiste esta autonomía? A los fines de precisar el sentido de las afirmaciones precedentes cabe aclarar que cada miembro de la pareja inicia la relación dotado de un bagaje de conocimientos que es resultado de experiencias previas. Éstas incluyen, desde el hecho de haberse socializado en el seno de un grupo con características específicas, hasta las ideas, creencias, valores y representaciones sobre la conyugalidad que incorpora por su pertenencia a distintos grupos y comunidades situadas en coordenadas espacio-temporales específicas.

En el encuentro entre los cónyuges, cada uno aplica al otro los conocimientos adquiridos y espera cierto tipo de respuestas que forman parte de las “expectativas típicas” consolidadas con anterioridad a la relación. Entre ellas se incluyen las formas de ejercicio del poder, las cuales dotan de significado a las estrategias de

15 Para ilustrar lo anterior, la investigación realizada por Benería y Roldán (1992) con trabajadoras ubicadas en el contexto de la ciudad de México, a la cual me referí al inicio de estas páginas, revela que para esas mujeres los límites de lo negociable están dados por el “respeto”, aunque los significados de esta expresión varían durante el curso de vida de la pareja. A su vez, existen otros elementos que no se negocian como, por ejemplo, el monto de dinero que los varones descuentan del fondo común para sus propios gastos de transporte u otros asociados con actividades masculinas como beber con los amigos. Si bien puede discutirse la cantidad, el derecho resulta incuestionable. Tampoco está en discusión que las mujeres no conserven ningún excedente para sus gatos personales. De ahí la institución de “el guardadito”, una reserva que, generalmente, se aparta en secreto. Además, la fidelidad femenina está fuera de negociación pero no así la autonomía masculina y el derecho de los varones a ejercer la sexualidad fuera de la relación conyugal.

negociación entre ambos cónyuges. Un ejemplo puede resultar útil para aclarar aún más a qué me refiero con lo dicho. En *La dominación masculina*, Pierre Bourdieu (1996) refiere que la astucia y la intuición son dos caracteres impuestos a las mujeres por una visión dominante que, por un lado, las une como género y, por otro, las enfrenta entre sí como rivales. Con respecto a la astucia, el autor la califica como una “fuerza sumisa”, recurso de quien ocupa una posición subordinada en las negociaciones domésticas. Escuchemos las palabras del autor:

La mujer, que está simbólicamente consagrada a la sumisión y a la resignación, no puede obtener poder alguno en las luchas domésticas más que usando la fuerza sumisa que representa la astucia, capaz de devolver contra el fuerte su propia fuerza, por ejemplo, actuando como eminencia gris que ha de aceptar borrarse, negarse en tanto detentadora de poder, para ejercerlo por procuración (Bourdieu, 1996: 21).

Sin embargo, la astucia, que podría interpretarse como una “treta de la debilidad”, cuando es ejercida por las mujeres sólo confirma, a modo de profecía auto-cumplida, las anticipaciones del prejuicio desfavorable instituido en el orden social (Bourdieu, 1996: 20). En relación con las reflexiones precedentes, el autor se pregunta:

¿Cómo no ver que la identidad por entero negativa, definida mediante prohibiciones pletóricas de tantas ocasiones de trasgresión, condena de antemano a las mujeres a aportar continuamente la prueba del carácter maligno, justificando así, a la vez, las prohibiciones y el sistema simbólico que les asigna una naturaleza maléfica? (Bourdieu, 1996: 21).

Traigo a colación estas reflexiones porque pueden ayudar a entender en qué consisten las “expectativas típicas” asociadas con el ejercicio del poder en la relación conyugal. Así, en las entrevistas formales e informales realizadas durante la investigación de referencia (Pereda Alfonso, 2004), tanto hombres como mujeres identificaron la “astucia” como un recurso de negociación que a ellas las tornaba poderosas, sensación que externaron con expresiones de orgullo. A su vez, los varones reconocían este rasgo en las mujeres pero lo calificaron como un potencial temible del cual debían precaverse. Así, varones y mujeres reproducían, sin percatarse, saberes que reforzaban, una y otra vez, el orden de género y las bases de la dominación masculina.

Amén de confirmar la eficacia simbólica de estos etiquetamientos, en el presente trabajo me interesa indagar cómo estas “expectativas típicas” se ponen en acción en la cotidianidad y qué consecuencias acarrearán, no sólo para la persistencia o ruptura del vínculo sino, también, para la construcción de la realidad conyugal que incluye los significados de la pareja, así como la construcción del sí mismo y del otro. Traigo a colación un ejemplo pero existen otros, numerosísimos, de estos caracteres impuestos no

sólo a las mujeres sino a los varones y a la relación de pareja, entre los inacabables refranes, máximas y chistes que circulan cotidianamente. A estos conocimientos, aunque no exclusivamente a ellos, me refiero con la expresión “saberes” que integran el acervo social y los acervos subjetivos de conocimiento, los cuales resultan decisivos para entender la noción de “expectativas típicas” y el cuestionamiento de las distintas interpretaciones de la realidad que la pareja debe negociar cotidianamente.

Así, al preguntar ¿de qué manera la negociación del poder entre los cónyuges impacta sobre la persistencia o ruptura de las uniones?, cabe responder, a manera de hipótesis, con el siguiente razonamiento:

- Las interacciones cotidianas ponen en juego las “expectativas típicas” sobre la conyugalidad que cada integrante aporta a la relación.
- Las “expectativas típicas” forman parte del “contrato conyugal íntimo”, el cual incorpora “saberes” socialmente disponibles, reelaborados subjetivamente.
- Estos “saberes” intervienen en la construcción de la realidad compartida que se expresa en el “nosotros” de la pareja.
- Para concretar el “nosotros”, los cónyuges deben redefinir los significados de la pareja, la percepción del “sí mismo” y del otro, en distintos momentos de la trayectoria conyugal.
- Estas redefiniciones de la realidad conyugal constituyen una fuente de tensiones que mantiene el vínculo en una estabilidad precaria, siempre en búsqueda de nuevos significados, más precisos, mejor asentados y consolidados, que orienten las interacciones y las prácticas cotidianas.
- Las dificultades para conciliar estas interpretaciones de la realidad por parte de uno o ambos integrantes de la pareja impactan negativamente sobre las probabilidades de persistencia del vínculo conyugal y pueden desembocar en la ruptura del mismo.

Si el razonamiento anterior fuera correcto podría esperarse que existan cierto tipo de contratos íntimos que favorezcan la persistencia de las uniones, frente a otros que explicarían la ruptura. Así, surgen nuevas interrogantes: ¿qué contratos coadyuvan a la continuidad de la relación conyugal y cuáles la perjudican?, y ¿con base en qué se plantean estas opciones?

Una respuesta de sentido común llevaría a plantear que las formas de organizar las interacciones y las prácticas conyugales que ofrecen mayores garantías para la estabilidad de la pareja son aquéllas donde prevalece la negociación por encima de la imposición. Precisamente, este trabajo pretende poner a prueba estas ideas.

Para concretarlo, el contrato íntimo y sus variaciones durante la trayectoria matrimonial constituye una herramienta teórica a efectos de indagar sobre los significados de la conyugalidad que se ponen en juego en los distintos momentos del ciclo vital de la pareja. Pero, al mismo tiempo, el concepto “contrato conyugal”, permite abordar las formas de negociación entre sus integrantes. Porque, como señalé anteriormente, acordar, sostener y modificar los contratos exige confrontar las “expectativas típicas” que cada uno aporta a la relación, así como las reelaboraciones mientras persiste el vínculo. Este cuestionamiento supone la movilización de recursos y la definición de estrategias y tácticas que remiten al ejercicio del poder entre los cónyuges. Por esta razón, los contratos íntimos constituyen un factor explicativo de las formas de negociación del poder en la relación conyugal. Una vez presentada y justificada esta herramienta teórica, la reflexión se orienta hacia el ámbito donde ponerla en acción.

LA PAREJA CONYUGAL

Desde la perspectiva de la Fenomenología Sociológica¹⁶, la pareja conyugal puede estudiarse como un tipo de relación “cara a cara” que implica la posibilidad de experimentar a un semejante en un “Aquí” y “Ahora”¹⁷ concretos. Esta característica supone una orientación recíproca entre ambos participantes. De este modo, se constituye una relación social que Alfred Schutz denomina “orientación Nosotros” (Schutz, 1974: 36), la cual puede actualizarse en las interacciones humanas con diversos grados de complejidad.

16 La Fenomenología Sociológica postulada por Alfred Schutz constituye una relectura de la propuesta elaborada por Edmund Husserl en el terreno de la Filosofía. Desde la perspectiva sociológica, Schutz evidencia una preocupación dialéctica por el modo en que los seres humanos construyen el mundo social de manera intersubjetiva y, en paralelo, por la influencia y el peso que soportan los agentes, proveniente del mundo social y cultural que ellos mismos crean. Ambas realidades, el mundo construido intersubjetivamente y el mundo pre-dado, influyen sobre las personas quienes, no obstante, pueden “dar sentido”, es decir, interpretar e incluso transformar la realidad cultural.

17 Utilizo las expresiones “Aquí” y “Ahora” entrecomilladas y en mayúsculas para diferenciarlos del uso cotidiano de estos adverbios de tiempo y lugar ya que se trata de conceptos teóricos desarrollados por la Fenomenología Sociológica. Ambos conceptos remiten a la dimensión espacio-temporal bajo la cual es aprehendida cualquier experiencia intersubjetiva.

Entre los rasgos singulares de este tipo de relación “cara a cara”, el autor destaca la intensidad e intimidad con que se experimentan entre sí los copartícipes. No obstante, existen otras características que hacen de este concepto -“relación Nosotros”- una herramienta útil para abordar los vínculos conyugales: la co-presencia temporal y espacial con el semejante permite aprehender al otro no sólo a través de lo que comunica intencionalmente sino por medio de “síntomas” tales como expresiones gestuales y movimientos (Schutz, 1974: 39).

Pero esta aprehensión no sería posible sin la existencia de un “conocimiento de fondo” que se da por supuesto y conforma un “acervo preconstituido que incluye una red de tipificaciones de individuos humanos en general, de motivaciones, objetivos y pautas de acción humanos típicos, así como un conocimiento de esquemas expresivos e interpretativos del lenguaje corriente” (Schutz, 1974: 40). En este sentido, el acervo social constituye “lo dado” al sujeto pero es puesto a prueba, y validado o modificado, en las interacciones cotidianas, en especial, cuando el copartícipe frustra las respuestas anticipadas o “expectativas típicas” con relación a su comportamiento (Schutz, 1974: 42).

Este proceso de puesta a prueba y validación del conocimiento resulta crucial para garantizar la “seguridad ontológica” (Giddens, 1987: 119), de sí mismo y del otro, que confirma la posición e identidad en el mundo. En especial, cuando proviene de los “otros significativos”, es decir, de “aquellos que sustentan aquél *nomos* por medio del cual, el individuo puede sentirse en su hogar en este mundo” (Berger, 1991: 120).

En este sentido, la pareja conyugal constituye un punto de mira para abordar el estudio de la subjetividad porque, como señalé anteriormente, implica la puesta en común y validación permanente de dos definiciones individuales de la realidad, proceso que, al decir de Kauffman, “desencadena una verdadera guerra en esos fundamentos de la respectiva identidad y de los gestos a través de los cuales esa guerra se expresa con preguntas [...] raramente resueltas como: ¿qué mantener en nombre del yo? y ¿qué y cómo reformar en nombre del nosotros?” (Kauffman, 1999: 210). La imagen de una guerra resulta útil para enfatizar que la aprehensión del “sí mismo” y del otro no se da a partir de una reciprocidad concebida como “entendimiento mutuo perfecto”. En cambio, destaca la calidad de “acto dramático en el cual dos extraños se unen y se redefinen a sí mismos” (Berger, 1991: 120). Como señala Peter Berger:

El drama de este acto es anticipado internamente y legitimado socialmente mucho antes de que tenga lugar en la vida del individuo y es amplificado por una normativa moral que, entre sus temas, aborda el amor romántico, el deseo, la pasión, la heterosexualidad y la familia (Berger, 1991: 122).

Por otra parte, la pareja conyugal permite indagar en torno del carácter especular que Schutz identifica en la “relación Nosotros” donde las experiencias de los copartícipes están no sólo coordinadas sino mutuamente determinadas por referencias que los involucrados aportan a la situación de interacción (Schutz, 1974: 40). Es en este sentido, entonces, que la relación de pareja puede entenderse como una experiencia socializadora comparable a las de la niñez y la adolescencia. En ella, cada uno de sus integrantes aplica al otro las tipificaciones que forman parte de su acervo subjetivo de conocimientos y que le permiten aprehenderlo como un semejante “igual a todos”. Pero, al experimentarlo de manera directa, en una relación “cara a cara”, le sale al encuentro un individuo dotado de vida propia que no siempre se deja aprehender por los esquemas estandarizados (Schutz, 1974: 41). De este modo, lo que Kauffman identifica como una guerra, estaría aludiendo a la puesta en cuestión de la “seguridad ontológica” del “sí mismo” y del “otro” que debe reconfirmarse cuando las interacciones cotidianas ponen a prueba la construcción de la realidad entre los cónyuges.

Por último, la relación de pareja constituye un ámbito idóneo para captar la dimensión relacional de la construcción de la identidad porque “la continua modificación recíproca de la experiencia por el copartícipe en la ‘relación Nosotros’, permite a cada uno de sus integrantes ‘participar’ en la construcción de los motivos de la vida consciente del otro” (Schutz, 1974: 42). Hablar de “participación” pone de relieve el carácter negociado, de modo activo y continuo, de cualquier interacción de índole significativa. Porque, como señala Giddens, “en las situaciones diarias de la interacción, la voluntad de hablar es, a veces, la voluntad de contrariar, desconcertar, engañar o ser mal entendido” (Giddens, 1987: 106).

Las “expectativas típicas” del acervo de conocimiento, tanto social como subjetivo, están atravesada por el sistema sexo-género. Desde la perspectiva de Teresita de Barbieri (1996), esta expresión sirve para designar un ordenamiento social (instituciones, normas, valores, representaciones colectivas, prácticas sociales) construido sobre la base de las diferencias corporales. A partir de este ordenamiento “los individuos encuentran y reelaboran sus vidas concretas” (De Barbieri, 1996: 72). Cabe señalar que la categoría “género” fue acuñada por las académicas feministas para explicar el modo en que los cuerpos biológicos de los seres humanos se tornan sociales y, por lo tanto, toda interacción es sexuada (De Barbieri, 1996: 78).

De este modo, el género aparece como un ordenador social pero, a la vez, es una categoría de análisis que pretende dar cuenta de una dimensión específica de la desigualdad social. Para entender cómo se construye y legitima esta desigualdad recurro a los aportes de Pierre Bourdieu quien, al referirse a la legitimación del ordenamiento social basado en la diferencia entre los sexos, plantea:

Ese programa social hace aparecer la diferencia biológica entre los cuerpos masculino y femenino, y de manera particular, la diferencia anatómica entre los órganos sexuales (disponible para varios tipos de construcción), como la justificación indiscutible de la diferencia socialmente construida entre los sexos (Bourdieu, 1996: 28).

En consecuencia, este orden naturalizado consagra una relación arbitraria de dominio de los hombres sobre las mujeres que, desde la perspectiva de Bourdieu y Wacquant (1995: 122), constituye “la forma paradigmática de la violencia simbólica”. Con esta expresión, ambos autores definen “aquella forma de violencia que se ejerce sobre un agente social con la anuencia de éste” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 120). Sin embargo, los autores nos previenen contra los riesgos del determinismo que entraña la definición. Porque la eficacia de este tipo de violencia radica en el hecho de que se la desconoce como tal. De este modo, constituye una forma de “persuasión clandestina implacable, ejercida simplemente por el orden de las cosas” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 120).

En síntesis, el sistema sexo-género remite a un sexismo esencialista que opera igual que el racismo étnico o clasista ya que “busca atribuir diferencias sociales, históricamente construidas, a una naturaleza biológica que funciona como una esencia a partir de la cual se deducen, de modo implacable, todos los actos de la existencia” (Bourdieu, 1996: 28).

Lo expuesto invita a incorporar el género como una categoría analítica a fin de identificar cómo opera en condiciones históricas específicas (Hawkesworth, 1999: 42). Esta decisión apunta a superar la dificultad que surge cuando el género se transforma en una fuerza explicativa con pretensiones de validez universal. En este segundo caso, la categoría adquiere un estatus ontológico de tal manera que aparece descrita como la “causa de ciertas creencias sobre el mundo; la *fuerza* que moldea una humanidad plástica [...] la *determinante* de la identidad, el *proceso* que estructura trabajo, poder y catexis o la *categoría* mental que estructura una forma de percepción dicotómica” (Hawkesworth, 1999: 43).

Poner el acento en la variación histórica de los significados de la masculinidad y la feminidad, en contextos sociales específicos, permite profundizar en el análisis de fenómenos que, en principio, aparecen muy alejados de las expectativas, prescripciones y valores del sistema sexo-género. Además, abre la posibilidad de comprender cómo el género cumple una función legitimadora de los procesos por medio de los cuales se construye la diferencia sexual. Así, tal como señala Nancy Armstrong:

El género ya no es un medio de subordinación de las mujeres sino un medio de subordinación de la gente, prácticas y materiales culturales con el pretexto de que eran femeninos [...] El uso metafórico del género para subordinar a otra gente supone hechos que determinaron el curso de la historia moderna, hechos que los historiadores tradicionales (o que habitualmente) se consideran como una información secundaria (Armstrong, 1990: 37).

La cita destaca dos aspectos vinculados con el ejercicio de la dominación masculina a través del sistema sexo-género. Primero, afirma la historicidad del proceso, circunstancia que implica la variación temporal y espacial de “los límites entre nosotros y los otros, entre el adentro y el afuera”, así como las transformaciones de los mecanismos orientados a “regular y organizar las interacciones entre los miembros de un grupo social y los que no lo son” (Pérez Ruiz, 1992: 64-65). Segundo, estimula la búsqueda de esos hechos

desapercibidos -a los que alude la autora- mediante los cuales se ejerce la violencia simbólica.

LA NEGOCIACIÓN DEL PODER

En vista de lo expuesto cabe preguntarse, ¿qué significa negociar? El concepto alude a la necesidad de establecer acuerdos entre las personas, organizaciones o Estados para resolver o gestionar algún asunto¹⁸. De este modo, la noción incluye a, por lo menos, dos negociadores con expectativas, intereses o puntos de vista distintos. Además, permite inferir la existencia de un desacuerdo, real o potencial, que desea zanjarse por el camino de la comunicación. Por tal razón, la posibilidad de este intercambio descansa en el reconocimiento mutuo de la capacidad para pactar y establecer acuerdos entre quienes participan en la negociación, de ahí que el concepto se ubique en las antípodas del vocablo “imposición”.

A partir de estas reflexiones, surgen las siguientes interrogantes: ¿qué determina la necesidad de negociar los términos del contrato entre los cónyuges?, y ¿cuáles son las condiciones que posibilitan o impiden la negociación en términos de reconocimiento del otro en calidad de interlocutor, con capacidad para pactar y establecer acuerdos?

Con respecto a la primera pregunta, la negociación podría interpretarse como una respuesta al cuestionamiento de las tipificaciones y recetas relacionadas con la pareja y la cotidianidad conyugal que conforman el acervo subjetivo de ambos integrantes. Desde este enfoque, el cuestionamiento desencadenaría una crisis, una situación problemática que afectaría la construcción de la realidad y, por extensión, los fundamentos del “nosotros” de la pareja. Sin embargo, conviene introducir un matiz en esta interpretación, porque cabe suponer que no todas las impugnaciones poseen idéntico dramatismo o el mismo potencial disruptor. ¿Cómo reconocer esta diferencia vinculada con la mayor o menor intensidad que adquieren estas impugnaciones? Para ahondar en esta dirección, el próximo apartado retoma la diferencia que establecen Alfred Schutz y Thomas Luckmann (2001) entre “situación rutinaria” y “situación problemática”

18 El Diccionario de la Real Academia Española admite las tres posibilidades.

Situaciones rutinarias y situaciones problemáticas. El concepto “situación rutinaria” refiere a la definición de la realidad social que, en parte, se impone a los sujetos y, en parte, es “factible”. La factibilidad implica que la definición de la realidad social incluye elementos que el agente controla o puede llegar a controlar. Por ello, toda acción supone que el agente determina previamente la situación y discrimina entre los factores presentes en ella. No obstante, existen ciertos límites, tales como la corporeidad (tener un cuerpo y con determinadas características), la situación biográfica y la temporalidad del mundo que se incorporan a la situación de manera “automática”, es decir, se imponen a los sujetos. También, operan elementos subjetivos relacionados con nuestras experiencias previas sedimentadas en el acervo de conocimiento. Sin embargo, el fundamento de todas las experiencias y de todos los actos son las “estructuras de significatividades” (Schutz y Luckmann, 2001: 182-224).

En apretada síntesis cabe afirmar que estas estructuras –temática, interpretativa y motivacional- permiten comprender por qué distintas personas que comparten una misma situación no la interpretan de manera idéntica. Estas divergencias pueden estar relacionadas con el recorte de ciertos elementos que destacan como problemáticos, es decir, necesitados de explicitación; asimismo, las diferencias de interpretación pueden ubicarse en el nivel de los motivos que orientan la acción; también, en la problematización subjetiva de ciertos contenidos del acervo, o bien, a partir de las relaciones que establecen los agentes entre los diversos elementos presentes en la escena.

Con independencia de los límites automáticos de la situación, las estructuras subjetivas y el acervo de conocimiento contribuyen a acotar los elementos “abiertos”, es decir, la factibilidad. A través de esta demarcación, los agentes tratan de dominar, de controlar los aspectos problemáticos que obstaculizan la concreción de sus planes y proyectos (Schutz y Luckmann, 2001: 123). Para profundizar en este aspecto, cabe distinguir entre situación rutinaria y problemática. En la primera, todos los elementos “abiertos” pueden determinarse de manera automática, es decir, las experiencias transcurren “incuestionadas”, las explicitaciones son “innecesarias” y ningún elemento “nuevo” de conocimiento se agrega al acervo. En la segunda, los elementos “abiertos” exigen una tarea de interpretación y valoración de acuerdo con los esquemas de conocimiento que el sujeto posee a partir de experiencias previas.

Cabe señalar que en el mundo de la vida cotidiana nos orientamos por el “motivo pragmático”, esto significa que las acciones se orientan a identificar, enfrentar y superar las resistencias que ofrecen los objetos para la concreción de los planes mediatos e inmediatos. Cuando el problema se resuelve, ya sea por el logro de la meta, por la redefinición de los objetivos, o bien, por el abandono temporal o definitivo del plan, la tarea de explicitación se detiene hasta “nuevo aviso” (Schutz y Luckmann, 2001: 132), porque “la explicitación sólo se lleva hasta donde es necesario para el dominio de la situación del mundo de la vida” (Schutz y Luckmann, 2001: 30).

Pero, ¿cuándo surge el “aviso” de que la tarea debe proseguir?, ¿cómo descubrimos que los esquemas de interpretación resultan insuficientes, inadecuados o ineficaces para resolver, desde el motivo pragmático, los problemas en el mundo de la vida cotidiana y nos vemos obligados a reiniciar la tarea de explicitarlos? Al respecto, Schutz y Luckmann señalan:

En la actitud natural tomo conciencia del carácter deficiente de mi acervo de conocimiento únicamente si una experiencia nueva no se adecua a lo que hasta ahora he considerado como el esquema de referencia válido presupuesto (Schutz y Luckmann, 2001: 29).

La cita indica que lo problemático surge como resultado de una deficiencia o incompletud en el acervo de conocimiento que lo revela inadecuado para interpretar una experiencia. Cuando esto sucede, la “novedad” no puede subsumirse bajo los esquemas de interpretación previos a través de los cuales cada experiencia aparece como típica y cada situación puede aprehenderse bajo una receta sedimentada.

Pero, ¿cuáles son los signos de que nos encontramos frente a una situación problemática? Al respecto, Schutz y Luckmann identifican los siguientes:

1. Cuando una experiencia concreta hace que los esquemas previos de interpretación *no resulten significativos* para resolver la situación actual¹⁹.
2. Cuando una experiencia concreta hace que los esquemas previos de interpretación *resulten insuficientes* para resolver la situación actual (Schutz y Luckmann, 2001: 31).

19 Al respecto, Schutz y Luckmann (2001: 31) ponen como ejemplo que, en determinada situación, puede resultar poco significativo e insuficiente clasificar un objeto bajo la categoría “hongo” si de ello depende la decisión de comerlo y el sujeto no cuenta con otros medios de subsistencia.

3. Cuando una experiencia concreta *contradice un tipo establecido*, es decir, “cuando la clasificación rutinaria de mi experiencia, ya efectuada en un esquema de referencia habitual, halla oposición” (Schutz y Luckmann, 2001: 33)²⁰.
4. Cuando una experiencia concreta hace que *dos o más ámbitos de esquemas de interpretación*, que parecían alejados entre sí, *se tornen incompatibles* con respecto al problema en cuestión ²¹.

En este punto cabe aclarar que no todas las situaciones problemáticas requieren ajustes de la misma magnitud. Por ejemplo, confundir a una persona disfrazada de cartero con un empleado de la oficina del Correo puede resolverse con una breve aclaración. Inclusive, así planteada, no implicaría una situación problemática en sentido estricto porque los “síntomas”, tales como la vestimenta y el comportamiento, relacionados primeramente con el tipo “funcionario de correos” y con la conducta típica correspondiente, deberán subsumirse bajo otro tipo, “persona disfrazada como” que también está presente en el acervo de conocimiento porque pertenece a las experiencias previas sedimentadas.

El ejemplo anterior contribuye a definir las situaciones problemáticas entre los cónyuges como aquéllas que exigen precisar y ampliar los esquemas interpretativos por medio de los cuales ambos proceden a la definición de la realidad que se enuncia como el “nosotros” de la pareja. Sin embargo, conviene reiterar que no todas las situaciones problemáticas cuestionan los esquemas interpretativos con la misma intensidad. Al respecto, cuando Jürgen Habermas (1990) analiza la noción de mundo de vida propuesta por Schutz, y el papel de los acervos social y subjetivo de conocimiento en la construcción de la realidad social, advierte que, en la cotidianidad, los sujetos tratan de preservar su seguridad ontológica a toda costa, por lo cual, pensar que un problema hace “estallar” el acervo de conocimiento resulta una interpretación excesiva. No obstante, en el ámbito conyugal, estos “estallidos” pueden identificarse como factores que cuestionan los

20 Este caso podría ejemplificarse con el de una madre que asesina a sus hijos. La tipificación de madre, como dadora de vida, como “ser para otros”, contradice la de matricida.

21 Desde la perspectiva de Schutz (1974: 133-152), éste es el caso del combate entre Don Quijote y los molinos de viento. En el “mundo de la fantasía”, Don Quijote los define como gigantes. En el “mundo de la realidad”, el personaje arremete contra los molinos de viento y cae del caballo. Pero luego, Don Quijote redefine la situación como obra del mago Merlín. Es decir, se trata de dos esquemas de interpretación que corresponden a ámbitos de sentido diferentes, el mundo de la fantasía y el mundo de la realidad, sin conexión entre sí. Cuando entran en colisión, el personaje resuelve el conflicto tratando de subsumir los esquemas de referencia del mundo de la vida cotidiana bajo los de la ficción. Por eso, para los co-partícipes en la situación (familiares, amigos, el sacerdote del pueblo, etcétera), Don Quijote está loco.

fundamentos mismos del “nosotros”, al punto de llevar a un replanteo con respecto a la persistencia o ruptura de la pareja.

Por último, la distinción entre “situación rutinaria” y “situación problemática” propuesta por Schutz y Luckmann aporta a la comprensión de los procesos que desencadenan la negociación entre los cónyuges. Resta abordar la segunda cuestión planteada, referida a las posibilidades y obstáculos para que esta negociación se concrete en términos de comunicación, es decir, de reconocimiento de la o el otro como sujetos de la interlocución, con capacidad para pactar y establecer acuerdos. Ahondar en esta dirección remite al ejercicio de poder entre los cónyuges. Abordarlo requiere considerar que, entre los factores que intervienen en la configuración de la situación problemática que desencadena la puesta en común entre los miembros de la pareja debe considerarse, en un primer plano, el sexo-género como un ordenador de las interacciones conyugales en particular, y de las relaciones entre sujetos sexuados, en general.

GÉNERO, PODER Y NEGOCIACIÓN CONYUGAL

En la definición de la categoría género, Joan Scott señala que se trata de “un campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (Scott, 1996: 47). Desde esta perspectiva, el género remite a un tipo de dominación que legitima la capacidad de mandar y el deber de obediencia a partir de las diferencias entre los cuerpos.

Reconocer e incorporar esta asimetría en el estudio de la negociación del poder entre los cónyuges permite contemplar la resolución de las situaciones problemáticas desde otro ángulo. Así, cabe especular con la posibilidad de que el cuestionamiento de la normativa que organiza las interacciones cotidianas no se resuelva exclusivamente por la vía del acuerdo en el medio del lenguaje sino a partir de la imposición, más o menos velada, de una palabra autorizada que determina el punto de vista y cierra la negociación de manera unilateral. La literatura, el cine, el teatro, los medios de comunicación, los chistes y las pláticas cotidianas ofrecen abundantes ejemplos relacionados con la forma de zanjar desacuerdos entre los cónyuges que abonan a favor de esta suposición.

Contrariamente a lo que podría esperarse, esta imposición no siempre es percibida como tal, ya no digamos por parte de quien debe acatarla sino por quien tiene la posibilidad de ejercer su autoridad. Estos ejemplos apuntan hacia el centro de una problemática que

está vinculada con el poder entendido como dominación, por un lado, y con las fuentes que legitiman la dominación, por el otro.

El poder como dominación. Para abordar el estudio del poder desde este ángulo conviene ubicarse en el análisis que ofrece Max Weber para quien la noción de “poder” resulta elusiva, “amorfa”, porque no permite anticipar qué cualidades personales o situaciones -“constelaciones”- derivan en la posibilidad de que un sujeto imponga su voluntad sobre los demás (Weber, 1999: 43). Lo anterior evidencia que, desde la concepción del autor, el poder adopta los caracteres de una imposición, con independencia de los motivos para justificarla o de la respuesta que genere. También, destaca el potencial de cualquier agente para ejercerlo. Por eso, el uso de esta categoría resulta problemático: todo intercambio, toda relación social implica poder. Pero, ¿qué clase de poder? y, ¿poder para qué?, ¿de dónde proviene?, y ¿bajo qué signos se manifiesta?

A fin de tornar más aprehensible esta noción, Weber elabora el concepto de “dominación”, entendido como la “probabilidad de encontrar obediencia para un mandato” (Weber, 1999: 43). A diferencia de la idea de poder, que se centra en quien lo ejerce, la dominación enfatiza la respuesta favorable a un mandato cuya probabilidad de ocurrencia reposa en “actitudes arraigadas” que explican una obediencia “pronta, simple y automática” (Weber, 1999: 43). Para el autor, esta pretensión de legitimidad descansa sobre motivos socialmente construidos que, a su vez, poseen efectos importantes en el nivel social (Weber, 1999: 700). Así, la dominación o autoridad implica, por un lado, un ejercicio, un poder de mando y, por otro lado, un reconocimiento, un deber de obediencia, un “interés de obedecer” (Weber, 1999: 170) *como si* los dominados hubieran adoptado para sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato” (Weber, 1999: 699). De este modo, la especificidad de la dominación, como forma de poder, se basa en la aceptación del mandato como una norma válida.

La expresión “como si” reitera la distinción entre motivos psicológicos y sociales: la obediencia puede reposar en el convencimiento, los intereses, la resignación, la debilidad o cualquier otra motivación interna. Sin embargo, la “probabilidad de que una dominación sea tratada como tal”, es decir, de que genere un reconocimiento, un “interés de obedecer”,

descansa en la necesidad de eliminar o minimizar el “como si” a fin de garantizar la obediencia automática, simple y pronta.

Este interés de obedecer puede sustentarse en el reconocimiento de la autoridad fundada en la tradición y la costumbre, como en el tipo puro del patriarcado; en la atribución de cualidades sobrenaturales, excepcionales o ejemplares a una persona y a los ordenamientos creados por ella, como en el tipo puro de dominación carismática, o bien, “por la creencia en la legalidad de las ordenaciones impersonales y objetivas legalmente estatuidas y en las personas por ellas designadas” (Weber, 1999: 172), como sucede en el tipo puro de la dominación racional, tipo al cual se aproximan las organizaciones burocráticas modernas.

Sin embargo, adoptar una perspectiva de género para el análisis del poder lleva a preguntarse qué argumentos, qué máximas legitiman el poder de mandar y el interés de obedecer cuando se concreta entre sujetos sexuados y diferenciados genéricamente. Para profundizar en esta dirección retomo las reflexiones de Bourdieu (1996) y de Bourdieu y Wacquant (1995) en torno de la dominación masculina dado que ambos autores aportan elementos para comprender cómo opera el género, entendido como un orden de dominación legítimo que impone, como universal y evidente, la asimetría de poder entre varones y mujeres, así como entre aquellos varones que distan del modelo de masculinidad hegemónico.

Desde la perspectiva de ambos autores, la lógica de la dominación masculina apela a un juego de categorías dicotómicas, es decir, exhaustivas –contienen todo el universo de discurso– y excluyentes –lo que pertenece a un lado de la dicotomía no puede ser compartido por el otro. Así, bajo la forma de pares conceptuales, por ejemplo, alto/bajo, fuerte/débil, claro/oscuras, etcétera, los dominados incorporan esta relación de poder al aplicarla “a cualquier objeto del mundo natural y social, y en particular a la relación de dominación en la que están atrapados, así como a las personas a través de las cuales se concreta esta dominación” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 123).

Visto desde una perspectiva de género, el ordenamiento del mundo que surge de esta operación plantea serios inconvenientes, no sólo para las mujeres sino también para todos aquellos varones que se distancian del modelo de masculinidad dominante en contextos de interacción específicos. Porque se trata de una categorización sexuada y jerárquica que ubica en posiciones desiguales -superior e inferior- a cada uno de los términos que

conforman la dicotomía y, al mismo tiempo, establece una diferenciación de los pares conceptuales por sexo. Esta distinción redundante en asimetría en términos de prestigio, de reconocimiento, de autoridad y de poder, para uno de los lados de cada par conceptual en virtud del sexo al cual se adscribe.

En un texto clásico de la antropología feminista, Michelle Zimbalist Rosaldo (1979) señala que el orden de dominación masculino aparece como una constante en diversos grupos humanos, tal como revelan las investigaciones realizadas en distintos contextos. Al respecto, la autora señala una situación que resulta paradójica porque, si bien existe la posibilidad de “que las mujeres sean importantes, poderosas e influyentes, parece que, en relación con los hombres de su misma edad y status social, las mujeres, en todas partes, carecen de una autoridad universalmente reconocida y culturalmente estimada” (Rosaldo, 1979: 153). Y más adelante, no puede evitar el asombro y la extrañeza que le provoca “el hecho de que las actividades masculinas, en contraposición con las femeninas, se consideren mucho más importantes, y que los sistemas culturales proporcionen autoridad y estima a los roles y actividades de los hombres” (Rosaldo, 1979: 155).

Como corolario de estas observaciones, Rosaldo plantea que “en todas partes los hombres tienen una *‘autoridad’* sobre las mujeres, tienen un derecho –culturalmente legitimado- a la subordinación y sumisión de éstas” (Rosaldo, 1979: 157). Sin embargo, estas afirmaciones no implican un desconocimiento o negación del poder que ejercen las mujeres o, como señala la autora, de “las importantes presiones que ejercen sobre la vida social del grupo”. Para ahondar en esta dirección, Rosaldo señala:

Hay algunas circunstancias en las que la autoridad del varón puede verse mitigada y, quizá, llegar a considerarse casi trivial por el hecho de que las mujeres (por medio de murmuraciones, gritando, cantando canciones al lado de los hermanos, llevando negocios, o negándose a cocinar), pueden llegar a tener bastante influencia oficiosa y *‘poder’*. Al mismo tiempo las mujeres pueden dirigir en su propio interés el reconocimiento de la autoridad del hombre, y en términos de elecciones y decisiones efectivas, de quién influye a quién y cómo, el poder ejercido por las mujeres puede tener un efecto considerable y sistemático (Rosaldo, 1979: 157).

Sin embargo, las aportaciones de esta autora permiten concluir que, bajo la modalidad de categorías dicotómicas que escinden el mundo en “masculino” y “femenino”, en “lo

propio de los varones” y “lo propio de las mujeres”, la dominación aparece como “natural”, autoevidente, incuestionable, y las asimetrías de poder entre varones y mujeres son validadas por ambos sexos, reconocimiento que constituye una pieza clave de su eficacia.

Lo dicho significa que la efectividad de esta lógica descansa en la adhesión de los sujetos ubicados en posiciones subordinadas, acatamiento que, como señalé anteriormente, constituye el rasgo característico de la violencia simbólica (Introducción: 20). Esta conformidad deriva del “desconocimiento” que supone “la aceptación prerreflexiva de premisas que llevan a considerar el mundo como autoevidente, es decir, tal y como es, y a encontrarlo natural” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 121). Así, al analizar las formas de organización de las relaciones sociales entre sujetos del mismo y de distinto sexo que hemos aprendido a observar como “naturales,” descubrimos que la violencia simbólica resulta constitutiva de las relaciones de género las cuales, para Bourdieu, representan el paradigma de esta lógica de dominación (Bourdieu y Wacquant, 1995: 122).

En este punto cabe señalar que los distintos procesos y agentes socializadores contribuyen a incorporar esta lógica de dominio. Sin embargo, esta aseveración no implica invocar una suerte de determinismo de tipo mecanicista: el género, entendido como uno de los tantos órdenes sociales cuya especificidad consiste en legitimar la desigualdad entre los sexos con base en un esquema biológico socialmente construido, es histórico y, por ende, situado. De este modo, está sujeto a cambios, a revisión, a cuestionamiento por parte de los agentes sociales, tanto individuales como colectivos.

A partir de lo expuesto surge que el estudio de la negociación del poder en la pareja heterosexual requiere volverse hacia el sistema sexo-género por cuanto la normativa que organiza las interacciones conyugales -el contrato- está atravesada por este ordenamiento. Lo dicho implica afirmar que el orden de género incide sobre las formas de negociación y no a la inversa. Por lo tanto, en el presente trabajo, no se trata de estudiar las formas de negociación entre los cónyuges como un factor explicativo de contratos más o menos “democráticos”, entendiendo por tales, aquellos que garantizan el reconocimiento entre ambos en calidad de interlocutores y con capacidad equivalente para establecer pactos y acuerdos. En cambio, reconocer el orden de género como uno de los hilos que construye la trama de la normativa conyugal significa que los conocimientos previos sobre la conyugalidad que se expresan en el contrato, impactan sobre las formas de negociación.

Pero, a partir de lo dicho, surge un problema conceptual: bajo la lógica de la dominación masculina no cabe plantear la probabilidad de contratos democráticos o igualitarios, con independencia de los acuerdos concretos que suscriben las personas reales involucradas en parejas. Sin embargo, al ubicar el contrato como factor explicativo, el reconocimiento o desconocimiento del otro o la otra no se da por supuesto. Precisamente, la equidad y equipotencia entre los cónyuges para negociar el poder es lo que debe demostrarse o, en todo caso, los procedimientos que inauguran otras modalidades de negociación.

De ahí el énfasis en señalar, desde el título mismo del presente trabajo, que el objeto de estudio es la pareja heterosexual. Esta precisión implica, por un lado, el reconocimiento de otro tipo de parejas que se organizan bajo un régimen sexual distinto del dominante y, por otro, que el orden de género legítimo probablemente aplica al estudio de las parejas sujetas a la pauta heterosexual, lo que sugiere la necesidad ampliar la indagación de la normativa que organiza las interacciones cotidianas de la pareja hacia otras posibilidades que podrían cuestionar el orden de género jerárquico y sexista.

A partir de estas reflexiones surge un ángulo distinto para pensar el poder en la pareja heterosexual por dos razones. Primera, porque indagar sobre los términos del contrato no implica limitarse a identificar los contenidos, los “temas” o las preocupaciones sobre las cuales los cónyuges plantean acuerdos o desacuerdos. Segunda, porque además de los contenidos, el contrato expresa la apropiación y resignificación de un orden que opera en la cotidianidad; entonces, ante situaciones problemáticas, lo que se negocia -lo que resulta cuestionado y, en ocasiones, vuelve a acordarse - es la legitimidad de esa dominación.

UN CAMBIO DE PERSPECTIVA METODOLÓGICA

Mientras redactaba el proyecto de la presente investigación tuve oportunidad de realizar cinco sesiones de entrevista con enfoque biográfico con Natalia Rebollo Hernández, una mujer de 65 años, quien mantenía un matrimonio que para ese entonces, a comienzos del año 2000, se prolongaba por más de 35 años con la misma pareja. Sin embargo, durante los últimos 15, ambos cónyuges habían llegado a una separación de hecho aunque compartían el mismo domicilio.

Como la investigación propuesta se orientaba a estudiar la relación entre el contrato conyugal, entendido como las reglas que organizan la interacción, y las formas de negociar el poder entre los miembros de la pareja, pensé que esta forma de organización alcanzada por el matrimonio, aportaría elementos para este trabajo, en especial, porque había derivado en una situación que podría considerarse como intermedia entre la persistencia y la ruptura del vínculo. Comencé a trabajar con estos y otros materiales y dos años después volví a contactarme con Natalia -con quien había mantenido encuentros esporádicos informales- a fin de hacerle entrega de una copia de la transcripción y plantear la posibilidad de reunirnos para retomar y profundizar algunos pasajes de su historia. La señora estuvo de acuerdo. La primera entrevista de la “segunda época”, se concretó el 9 de octubre de 2002 y, desde ese entonces, sostuvimos seis sesiones con un total de 38 horas de grabación que se sumaron a las 17 realizadas en la “primera época”.

Cabe mencionar que durante el tiempo en que interrumpimos las entrevistas, esta persona comenzó a escribir sus memorias bajo la forma de cuentos breves que abarcaban episodios de su vida desde los 8 a los 21 años de edad, aproximadamente, algunos de los cuales aportó a nuestras sesiones. Además, los textos fueron acompañados por fotografías que incluían a distintos personajes y escenarios de su historia vital. También, recorrimos varios lugares de la ciudad de México vinculados con algunos momentos significativos de su historia, los cuales aportaron información relacionada con la construcción de la identidad desde una perspectiva que privilegiaba las dimensiones espacial y visual. También, en el mes de diciembre del año 2002 asistí a la boda de una sobrina celebrada fuera de la ciudad. De este modo, tuve ocasión de convivir no sólo con la entrevistada sino con varios integrantes de su familia.

La disposición de Natalia para narrar su historia desde el comienzo de nuestros encuentros, sin límites de tiempo ni temario, así como el aporte de documentos personales en la segunda etapa de entrevistas -relatos autobiográficos breves, fotografías familiares, la búsqueda de personas que conocieron a miembros de su familia o con quienes se vinculó en distintos momentos de su vida- aunado al recorrido de los lugares relacionados con diversas épocas, personajes y actividades de su biografía; todo esto me llevó a pensar que me encontraba frente a lo que Maurizio Catani (1993) denomina un “relato balance”. Con esta expresión, alude a “el largo relato, recopilado sin limitaciones de tiempo y con fines

etnográficos de un informador que voluntariamente ha decidido transmitir su experiencia”. Por otra parte, el mismo autor distingue esta modalidad de narración “de un “puñado de entrevistas biográficas obtenidas de una persona que aparece como expresión abstracta y sustituible de una muestra escogida al azar” (Catani, 1993: 137).

Al respecto, la muestra que me proponía integrar como estrategia para recolectar la información respondía a este último procedimiento de entrevista. En cambio, enfrentarme a un relato balance suponía la posibilidad de adoptar una perspectiva centrada en lo que el método biográfico denomina “historia de vida”. Sin embargo, pensé que la posibilidad de estar frente a una persona que ha tomado la decisión de narrar su historia, de afrontar los riesgos que conlleva, de iniciar una tarea que se relaciona con la toma de conciencia de sí misma, en fin, de transmitir su propia experiencia, no era una situación demasiado frecuente y representaba varios retos teóricos y metodológicos.

En primer lugar, no podía considerar a la narradora de la historia como una “informante” o una “fuente”. A la luz de las reflexiones de Maurizio Catani, Natalia aparecía como una interlocutora que ha reflexionado previamente sobre su testimonio, en un momento pre-metodológico anterior a cualquier “contrato de narración”²². Esto exigía considerar que en el acto de poner a prueba su palabra frente a la grabadora, traía a nuestros encuentros un “lector o lectora modelo”²³ ante quien deseaba transmitir una palabra aleccionadora. Descubrir a estos “otros”, invisibles pero significativos que acompañarían nuestros encuentros, representaba una tarea no menor. En conexión con lo dicho, ese momento premetodológico abría una nueva perspectiva relacionada con los criterios de validez para la construcción de conocimiento porque el tipo de relato y su finalidad específica suponían reconocer en Natalia la capacidad de ofrecer una historia real y ficticia al mismo tiempo.

22 Esta expresión Marie-Francoise Chanfrault-Duchet (1988) se refiere a una serie de pactos entre quien entrevista y quien ofrece su narración cuyos alcances deben precisarse desde el primer encuentro y de manera ritualizada dado que, por la aparente similitud con un intercambio comunicativo cotidiano, es necesario precisar las expectativas depositadas sobre el vínculo interpersonal. En líneas generales, los contratos se orientan a la producción de información de carácter social, centrada en la problemática de investigación, con miras a la construcción de conocimiento científico y donde ambos protagonistas se involucran en la búsqueda de sentido a través de un acto de la comunicación.

23 Con esta expresión, Umberto Eco (1979: 80) se refiere a los presupuestos del autor cuando organiza su estrategia textual. Debe suponer en el otro, una serie de competencias o conocimiento de los códigos, que comparte con un Lector Modelo. Así, “el autor debe prever un Lector Modelo capaz de cooperar en la actualización textual y de moverse interpretativamente como él se ha movido generativamente”.

En segundo lugar, el trabajo con una narración autobiográfica no implicaba ceder la responsabilidad del estudio a mi interlocutora, limitarme a glosar sus dichos o, por el contrario, ponerlos en duda, sospechar de su palabra; en cambio, la construcción cooperativa del conocimiento exigía repensar la forma de plantear la investigación. En este sentido, la propuesta demandaba un tipo de interacción que cuestionaba mi lugar como investigadora porque, como señala Catani, en el relato de vida confluyen los intereses y las finalidades específicas no sólo de quien investiga sino de la persona con quien se dialoga. De este modo, además de los propósitos, objetivos, preguntas de investigación e hipótesis que orientaban el trabajo, este enfoque implicaba reconocer que también Natalia había formulado previamente los suyos; precisamente, a partir del momento pre-metodológico. Al respecto, el autor enfatiza que cuando estos narradores deciden tomar la palabra, valoran y comparan sus recuerdos y, en ese sentido, son rigurosos o “fiables” porque para ellos el objetivo es comprender y transmitir su propia vida.

Reflexionar sobre los puntos anteriores me ayudó a entender por qué la historia de Natalia reunía las características de un relato balance. En este sentido, la decisión de narrar su historia estaba ligada al origen confuso de su propia vida a partir de la disgregación de la familia, la separación de su madre biológica y la posterior incorporación al núcleo conformado por el padre y su esposa legítima. De este modo, el relato se orientaba a transmitir una experiencia que, en este caso, tenía como destinatarios principales a los hijos y nietos de la protagonista. Pero, además, el relato también constituía una búsqueda de sí misma, de respuestas a varias preguntas que surgían de manera recurrente en boca de la narradora, directamente relacionadas con la construcción de la propia identidad.

Sin embargo, para obtener respuestas, Natalia necesitaba revisar y reflexionar en torno de sus vínculos con los “otros significativos” entre quienes el cónyuge constituía un referente fundamental. De este modo, sus preocupaciones e intereses hallaban un punto de encuentro con los míos y, sobre este supuesto, decidí confiar en que la tarea conjunta satisfaría las expectativas de ambas. Así, el trabajo con este relato balance reunió dos modalidades de construcción e interpretación de la autobiografía que, de acuerdo con Jesús De Miguel (1996: 49), permiten caracterizarlas como “espejos” y “ventanas”. En el primer caso, las auto/biografías representan “métodos de autoexpresión, vías para entenderse a sí mismo o a los seres queridos o cercanos”. En cambio, en el segundo caso, contribuyen a

profundizar en el conocimiento del mundo social. La reunión de ambas perspectivas suponía un proceso doble en el cual podían vincularse las preocupaciones, intereses, preguntas e hipótesis de cada una: dar sentido a la vida por parte de la protagonista y reconstruir el contexto socio-histórico, tarea que “involucra tanto a quien investiga como a las y los lectores” (De Miguel, 1996: 60).

Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones surgían otros aspectos que tomaban el carácter de un desafío. Porque en las últimas décadas, las historias de vida no ocuparon una posición dominante como método para abordar la investigación social, especialmente en el ámbito de la Sociología. Lo anterior implicaba la necesidad de justificar un trabajo planteado desde este enfoque, el cual ha generado críticas y objeciones de diversa índole.

Entre ellas cabe señalar que por tratarse de materiales biográficos, orales o escritos, obtenidos sin cumplir con los requerimientos de aleatoriedad de la muestra y sin contar con los métodos de corrección de errores que caracterizan la investigación experimental, inmediatamente despiertan suspicacias relacionadas con la representatividad de la o de los narradores. Pero, también, con respecto a la veracidad y a las distorsiones derivadas del estrecho contacto entre entrevistada e investigadora que atentaría contra la objetividad del conocimiento.

Además, buena parte de las críticas apunta a la imposibilidad de establecer generalizaciones a partir de una información recopilada bajo tales circunstancias. En lo que sigue, examinaré brevemente cada uno de estos cuestionamientos. Asimismo, recuperaré las reflexiones que han suscitado entre los científicos sociales que adoptan esta perspectiva teórico-metodológica en sus distintas variantes: historia oral, relato de vida, historia de vida, narración autobiográfica, historia de vida social, enfoque biográfico y método biográfico, por citar algunos nombres que recibe este trabajo con lo auto/biográfico.

Con respecto a la distinción entre “la verdad”, “lo que realmente ocurrió” y sus posibles distorsiones atribuibles a múltiples factores que oscilan entre los olvidos involuntarios y la intención expresa de ocultar pasajes o episodios vividos, Jesús de Miguel señala:

Para el análisis sociológico de las auto/biografías importa poco la verdad absoluta: lo que realmente ocurrió. Lo que se investiga es lo que la persona cree que ocurrió, y la forma en que reconstruye la realidad social. Importa la forma en que la persona reacciona ante una situación, no si esta situación fue real (De Miguel, 1996: 71-72).

Las reflexiones del autor expresan una reelaboración del Principio de Thomas, según el cual, cuando los hechos se consideran como reales, son reales en su consecuencia (De Miguel, 1996: 71). Sin embargo, la cita y las sugerencias anteriores podrían aportar argumentos a otra de las objeciones planteadas a esta propuesta teórico-metodológica: el problema de la objetividad.

Este problema surge a partir del estrecho contacto entre quien habla y quien escucha. Porque la pérdida de distancia entre ambas posiciones, durante el proceso comunicativo que desencadenan las entrevistas con enfoque biográfico, atentaría contra la posibilidad de interpretar correctamente, dimensionar en su justa medida y, por qué no, juzgar críticamente los dichos para distinguir entre “verdad” y “mentira” o, para decirlo de otra manera, entre verdad y ficción.

En definitiva, el estrecho contacto parece despertar ciertos temores entre quienes investigan, los cuales pueden remitir a alguno de los siguientes aspectos o a una combinación entre ambos. Así, aparece el temor a ser engañados, intencional o involuntariamente, por los sujetos de estudio. O bien, a padecer las distorsiones, entendidas como una especie de espejismo de los “no expertos”, a la hora de interpretar (porque toda narración es ya una interpretación, una construcción de realidad) unos ciertos “hechos” que el o la investigadora desean recuperar en la versión más fiel posible. Debido al estrecho contacto entre ambas miradas, el “ojo experto” correría el riesgo de ser atrapado por estas visiones distorsionantes. Y, de este modo, la credibilidad del trabajo investigativo quedaría en cuestión.

Con respecto a este problema, los historiadores orales ofrecen reflexiones que contribuyen a esclarecer la cuestión. Pero, al mismo tiempo, sus aportes transforman la dificultad en una especie de virtud que surge de manera casi exclusiva de esta modalidad de conocimiento social. Al respecto, Alessandro Portelli (1984: 19) señala que los materiales y relatos auto y bio-gráficos poseen una peculiaridad que los distingue de otro tipo de fuentes: colocan en primer plano la subjetividad del hablante, indagan expresamente por ella. En este sentido, el autor señala que las fuentes orales “nos hablan no únicamente de lo que la gente hizo sino de lo que quisieron hacer, de lo que creyeron que estaban haciendo, de lo que ahora creen que hicieron” (Portelli, 1984: 19). De este modo, el autor habla de

una credibilidad diferente de las fuentes orales cuya diversidad radica en que “las afirmaciones verdaderas todavía son ‘verdaderas’ desde el punto de vista de los sujetos y, en ocasiones, los ‘errores’ revelan más que las descripciones fácticamente fidedignas” (Portelli, 1984: 21).

En definitiva, el autor reconoce que las fuentes orales no son objetivas pero, como él mismo señala, esta conclusión puede aplicarse a cada una de las fuentes “aunque el carácter sagrado de lo escrito, algunas veces nos conduce a olvidarnos de ello” (Portelli, 1984: 24). Por el momento, y en relación con el tema de la subjetividad, baste decir que ella forma parte del relato porque las creencias de quien narra constituyen “un hecho histórico tanto como lo que ‘verdaderamente’ sucedió” (Portelli, 1984: 20).

Sin embargo, el problema de la objetividad no se agota en este punto. Porque los espejismos interpretativos de los no expertos también suelen atribuirse a un problema ubicado en la distinción entre olvido y memoria. Al respecto, cabe recuperar la distinción entre memoria y recuerdo que propone Maurizio Catani por cuanto permite aclarar estas cuestiones. El autor distingue la *memoria*, entendida como “registro que tiene lugar en la cadena neuronal o en todo tipo de archivos”, del *recuerdo* que es “selección y reconstrucción y es, por naturaleza, ‘manipulación’ o ‘mentira’” (Catani, 1990: 161).

Así, para el autor, los narradores seleccionan las anécdotas, sobre todo si piensan en los efectos que su relato podría tener sobre sus propias vidas o sobre la de “otros significativos”. Sin embargo, como señala Catani, estas reinterpretaciones no son “sesgos” más que en el lenguaje del cálculo matemático. En cambio, “en ciencias sociales constituyen la marca misma de la cultura: la configuración local y datada de las representaciones y de las ideas que hacen posible esas selecciones y esas elecciones. En este sentido, la tarea primordial del investigador consiste en suscitarlas, saberlas reconocer y/o circunscribirlas a través de otras formas archivísticas de memoria, cuando le resulte necesario” (Catani, 1990: 161-162).

Con respecto al problema de la representatividad del relato autobiográfico, cuyo narrador se escoge intencionalmente, Franco Ferrarotti se pregunta: “¿Cuántas biografías se necesitan para llegar a una ‘verdad’ sociológica y qué material biográfico será el más representativo y nos dará algunas verdades generales?” (Ferrarotti, (1983: 88).

Con base en la sexta tesis sobre Feuerbach²⁴, el autor se responde que “cualquier práctica humana individual es una práctica sintética, una totalización activa de todo un contexto social”. Por lo tanto, tal vez las preguntas anteriores carecen de sentido porque, como concluye a continuación:

Nuestro sistema social está de lleno en el interior de nuestras acciones, nuestros sueños, nuestras fantasías, nuestros logros y conductas y la historia de ese sistema está en el interior de la historia de nuestra vida individual (Ferrarotti, 1983: 88).

Cabe señalar que las preguntas acerca de la representatividad de los sujetos están relacionadas con las posibilidades de generalizar los resultados. Sin embargo, al hablar de generalización nos encontramos frente a un concepto que presenta dos orientaciones distintas y que remite a procedimientos diferentes según nos encontremos frente a un estudio que responde a los lineamientos del método experimental o, como en este trabajo, que responde al método biográfico.

En el primer caso, existen ciertas condiciones previas tales como la aleatoriedad de la muestra y el hecho de contar con métodos para la reducción de errores que permiten realizar una generalización empírica, es decir, de la muestra a la población. En el segundo caso, se trata de estudios que, como señala Michel Maffesoli (1993), se proponen abrir una especie de ventana para escuchar la polifonía social, es decir, la pluralidad de voces y discursos que hablan “de” lo social (y no “sobre” lo social), los cuales toman una configuración singular en el relato auto/biográfico. Desde este enfoque, se trata de captar el “politeísmo de los valores” que permiten “comprender a nuestras sociedades a través de una multiplicidad de razones” (Maffesoli, 1993: 60), por medio de una práctica, de una

24 En la sexta tesis Marx plantea una crítica a la noción de esencia humana que caracteriza a la filosofía especulativa y, si bien apunta los dardos sobre Feuerbach, en última instancia arremete contra Hegel cuya sombra campea sobre el pensamiento alemán. Desde la perspectiva de Feuerbach, si hablamos de una esencia humana, es decir, de un elemento eterno presente en cada ser humano, surge el hombre, el individuo que luego entra en las relaciones sociales. Esto hace del individuo una persona autónoma porque antecede a la formación de la sociedad que, además, es obra suya. Para Marx, este razonamiento es inadmisibles. La esencia humana no es algo abstracto que resida en el individuo singular sino que, en su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales. Por ello, no se puede hablar rigurosamente del hombre, sino de un proceso, el de la praxis transformadora de la naturaleza, o bien, de un hombre total que sustituye al hombre individual. En síntesis, para Marx no existe un hombre que antecede a la sociedad y que luego “entra” en relaciones sociales, sino la sociedad como realidad global; cuando el individuo es abstraído de la sociedad, se desvanece en la nada (<http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/index.htm>).

manera de hacer investigación sociológica que pretende organizar nuevas preguntas a fin de recuperar lo lábil, lo aleatorio, lo contradictorio del dato social, aquello que precisamente no es susceptible de generalizaciones más allá de ciertos contextos situados (Maffesoli, 1993: 18).

Por último cabe señalar que, detrás de las objeciones planteadas a esta perspectiva de construcción de conocimiento (método de historias de vida, enfoque biográfico), resuenan los ecos de una confrontación entre dos posturas metodológicas las cuales, a riesgo de simplificar la cuestión, podrían sintetizarse como el debate entre cualitativistas y cuantitativistas. Sumarse al mismo puede llevar a un callejón sin salida. Por tal razón, considero oportuno señalar que el enfoque biográfico no pretende reemplazar a una perspectiva cuantitativista.

En este sentido, conviene enfatizar que la recogida de materiales biográficos, necesariamente larga, sólo es oportuna cuando se quiere ir más allá de una puesta en perspectiva de tal o cual característica social que puede objetivarse cuantitativamente y con más rapidez a través del análisis estadístico. Sin embargo, una vez efectuada la elección del enfoque biográfico existe otra dificultad: se corre el riesgo de seguir siendo tributario de una visión macrosociológica ligada, sobre todo, a las cifras. De este modo, el análisis privilegiará los indicadores generales que reducen la profusión de lo real, en detrimento de la búsqueda de los matices, las sutilezas, los claroscuros (Catani, 1990: 153). Y es precisamente esta atención prestada a la multiplicidad, a la diversidad de lo real, donde Catani identifica uno de los rasgos que diferencian ambas perspectivas. Al respecto señala:

Una diferencia con los procedimientos de la investigación experimental consiste en la atención prestada a la “palabra viva” de los miembros de una sociedad local y en la tentativa de tomar en cuenta la totalidad de las representaciones, ideas y valores tal como se expresan en los comentarios o en las experiencias biográficas de los interlocutores (Catani, 1990: 159).

A partir de lo expuesto, cabe preguntarse, ¿qué clase de conocimiento puede obtenerse a través una historia de vida y/o de un relato autobiográfico? Desde la óptica de Jesús De Miguel (1996), esta perspectiva teórico-metodológica ofrece la posibilidad de comprender de qué manera se construyen cotidianamente las relaciones sociales, de cuyas características distintivas tratan de dar cuenta conceptos tales como estigma, anomia,

alienación, socialización, etcétera. Pero, como señala el mismo autor, “el objetivo final de una historia de vida no consiste en ilustrar esos procesos sociales sino en entender un proceso global más importante: la experiencia total de la vida de una persona dentro de una sociedad concreta” (De Miguel, 1996: 91).

El siguiente problema a resolver surgió en relación con el análisis de los materiales biográficos. Al tratar de abordarlo surgieron dos aspectos característicos de esta propuesta de construcción de conocimiento, los cuales orientaron las decisiones metodológicas encaminadas a la interpretación del material empírico.

En primer lugar, un relato de vida procede de una fuente oral que emplea el género literario “narración” como técnica específica para producir la historia. Al mismo tiempo, la práctica de narrar implica la existencia de ciertas categorías sociales, objetivadas a través del lenguaje, que incorporamos en distintos procesos de socialización y empleamos para relatar, desde un cuento de hadas hasta nuestra propia vida. Me refiero, por ejemplo, a las categorías que empleamos para nombrar los distintos momentos de la trayectoria vital, tales como niñez, adolescencia, juventud, etcétera, cuyos significados damos por supuesto aunque de hecho presentan variaciones relacionadas con el contexto de uso.

Lo dicho ofrece una primera orientación a la hora de abordar los materiales con fines de análisis: se trata de indagar en la dimensión estructural del relato, en tanto texto, que responde a las convenciones de un género literario específico y donde la teoría del campo disciplinar correspondiente tiene la palabra. Pero, a la vez, se trata de volver sobre estas categorías, generalmente compartidas entre narradora y oyente, no darlas por supuesto sino interrogarlas, ponerlas en el centro de la curiosidad, de la extrañeza que debieran causarnos, precisamente, por esta familiaridad que mantenemos con ellas.

En segundo lugar, y en conexión con lo anterior, distintos autores señalan otro rasgo distintivo de los relatos autobiográficos que Jesús De Miguel sintetiza con estas palabras: “Articulan la realidad de una vida personal dentro de un contexto social determinado” (De Miguel, 1996: 11). En este sentido, la vida individual no puede ser narrada o escrita fuera del contexto que hace posible, inteligible, que dota de significado al relato. Al respecto, las reflexiones de Daniel Bertaux profundizan sobre la naturaleza de este vínculo entre el relato biográfico como texto y su relación con el contexto socio-histórico. El autor dice:

Si los relatos de vida (y, por supuesto, las autobiografías) nos interesan, no es como historias personales sino en la medida en que estas historias “personales” representan un medio para describir un universo social desconocido [...] A través de los ojos del narrador, no es a él a quien queremos ver sino el mundo, o más exactamente, “*su mundo*” (Bertaux, 1980: 71-72).

De este modo, el referente del discurso no se da por descontado; para comprender el contenido de un material biográfico es necesario tanto un análisis interno, textual, como un análisis externo, contextual. Desde la perspectiva de Maurizio Catani, el incumplimiento de esta tarea pone en riesgo los resultados del trabajo. Al respecto, el autor advierte:

El investigador debe volver más allá de los aspectos subjetivos e individuales bajo pena de no poder rendir cuenta de las disposiciones del pensamiento de un miembro de un grupo social. Sólo entonces el discurso cobra la autonomía de lo que es expuesto y comentado según el sistema de valores, representaciones, ideas y creencias de la sociedad en la que el interlocutor ha sido educado y socializado (Catani, 1990: 158).

Pero lo dicho presenta una nueva dificultad para el análisis de los materiales empíricos: ¿Desde qué perspectiva puede plantearse este vínculo entre el relato autobiográfico y el contexto socio-histórico que lo hace posible en tanto dador de significado?

Para auxiliarme en esta búsqueda recurrí a la propuesta de Marie-Francois Chanfrault-Duchet (1990), centrada en una zona del relato que remite al anclaje cultural, es decir, al horizonte desde el cual la narración cobra significado y, al mismo tiempo, plantea los límites para las posibles interpretaciones. Me refiero al sistema de significación, o estructura implícita, que la autora denomina los “mitos de la historia de vida” (Chanfrault-Duchet, 1990: 12). Sobre este concepto, abundaré en el capítulo correspondiente, para esta Introducción basta decir que la dimensión de los mitos puede aparecer bajo la forma de imágenes, refranes, máximas, alusiones, etcétera. Al articularse en la narración, estos mitos aportan a la organización de las secuencias del relato, de manera tal que expresan un modo de relación del sujeto con el mundo.

Luego de esta presentación de los problemas generales que enfrenta el trabajo, deseo concluir con algunas preguntas: ¿cómo pienso este trabajo?, ¿qué aporta esta investigación centrada en una historia de vida?, y ¿cómo presentarla? Pienso que un modo apropiado de expresar cómo me represento este trabajo es a través de una imagen: la de una piedra que al

ser arrojada en un estanque genera una serie de círculos concéntricos, cada vez más amplios y sutiles, que se alejan hasta desaparecer.

La narración autobiográfica de Natalia es esa piedra arrojada en el agua. A través del relato intento recuperar un mundo conformado por distintos universos de sentido que están presentes en el texto como una multiplicidad de voces, con una presencia más o menos sutil, a la manera de esos círculos en el agua. Una vez identificadas estas voces y reconstruidos los universos de sentido, me propongo regresar sobre la historia de vida a fin de profundizar las respuestas que surgen del problema de investigación.

De este modo, el presente trabajo aspira a poner en acción un principio metodológico weberiano que resulta crucial para orientar el proceso de construcción de conocimiento, al menos, desde esta perspectiva: los “hechos” de las ciencias sociales están constituidos por el sentido que les otorgan los agentes. En definitiva, éste es el fundamento del análisis científico-social. De entre esta amplia categoría de hechos, quien investiga selecciona aquellos que están relacionados, no sólo con sus preguntas sino, también, con sus intereses y valores. El paso siguiente consiste en realizar una abstracción de esa realidad que, en este trabajo, culminará con la inserción de lo biográfico en lo social. Esta relectura del relato implica el uso de conceptos de segundo orden, preseleccionados tanto por el mundo social del actor como por el de la ciencia social.

Para retomar la imagen a través de la cual me represento el proceso que habrá de seguir este estudio, he de decir que no pretendo reconstruir “la sociedad” sino ciertos sectores de mundo que se expresan a través de las “voces” presentes en el relato. Estas “voces” resultan significativas para entender cómo la cotidianidad se articula en múltiples posibilidades de sentido, es decir, de qué manera ciertos sectores del México moderno se dan sentido a sí mismos y, en el proceso, construyen la sociedad. De este modo, el relato de Natalia gana profundidad y densidad sin perder las especificidades que caracterizan la apropiación de las redes de significados y la construcción subjetiva de la realidad por parte de la narradora.

Con respecto a la forma de presentación del trabajo, el mismo está dividido en seis capítulos. El primero analiza la potencialidad del enfoque biográfico en relación con la construcción de conocimiento científico social. Asimismo, recupera la teoría del héroe autobiográfico propuesta por Mijail Bajtin (2003) y los aportes de Paul Ricoeur (2003) sobre la construcción narrativa de la identidad, a efectos de elaborar una propuesta teórica

que permita concretar el pasaje del “yo” biográfico al “nosotros” comunitario. El segundo capítulo inicia la presentación del relato autobiográfico con base en el análisis de las dimensiones estructurales correspondientes al género “narración”, las cuales ofrecen un principio de orden para abordar los materiales empíricos. El tercero profundiza el análisis para acceder a la estructura implícita de la narración, centrándose en las formas de nombrarse a sí misma que escoge la protagonista a lo largo del relato. El cuarto aborda los mandatos de las figuras de autoridad de la narración y concluye con el análisis de los factores que culminaron con la ruptura del vínculo conyugal. El quinto revisa los acontecimientos relevantes para comprender las formas de negociar el poder entre los cónyuges. Incluye dos aspectos: 1) la definición del proyecto personal; 2) los obstáculos para concretarlos. Por último, el sexto capítulo indaga en la estructura implícita del relato a través de los mitos fundantes de la identidad en una triple dimensión: nacional, comunitaria y del pequeño grupo.

El trabajo presenta Conclusiones e incluye tres Anexos. El primero de ellos ofrece la edición del relato de Natalia en siete capítulos. Esta decisión obedece a la idea de presentar mi propia interpretación (toda edición de un material auditivo, escrito, visual, etcétera, la lleva implícita) de la serie de entrevistas realizadas. Para concretarla seguí una especie de itinerario, el que la propia Natalia planteó para contar la historia, ése que Bourdieu (1997) denomina “ilusión biográfica” y que trata de presentar la vida como una secuencia ordenada de etapas que transcurren desde el nacimiento hasta el presente de la entrevista. El segundo contiene fragmentos de los pasajes biográficos donde la narradora emplea diversos nombres para referirse a sí misma, por último, el tercero ofrece la transcripción del proyecto de vida a fin de facilitar la lectura del mismo con independencia de la interpretación propuesta en el Capítulo Cinco.

Por último, la siguiente sección ofrece una cronología de los principales acontecimientos que singularizan la vida de Natalia cuyo análisis se profundizará en los capítulos siguientes.

SECUENCIA CRONOLÓGICA DEL RELATO

Año	Acontecimientos	Edad
¿?	Casamiento de Antonia y David, los abuelos de la protagonista por la línea paterna. Ella es hija de un hacendado español, él es carpintero de la hacienda.	
c. 1920	Asesinato del bisabuelo paterno, un hacendado español, como consecuencia de los conflictos revolucionarios Una parte de la familia paterna migra del campo a la ciudad de México. Más adelante se les unen Antonia y David, los abuelos de Natalia, quienes se instalan en una vecindad ubicada en la colonia de los Doctores.	
c. 1929	Inicia la relación de pareja entre Mauro y Carmen, el padre y la madre de la protagonista.	
c. 1930	Nacimiento de Hilario Hernández Salazar, el hermano mayor de la protagonista	
26/10/1935	Nacimiento de Natalia Hernández Rebollo en la ciudad de México	
¿?	Mauro, el padre de Natalia inicia una relación amorosa con Ramona; en paralelo mantiene el vínculo con Carmen y sus hijos.	
c. 1938	- Mauro y Ramona contraen nupcias. - Ramona conoce a Natalia quien es presentada como la hermana menor de su esposo	3
c. 1939	- Nacimiento de Jaime Hernández Rebollo, el hermano menor de la protagonista, hijo de Mauro y Carmen. - Carmen deja a sus hijos al cuidado de la abuela paterna y regresa a vivir con su propia familia. - Ramona descubre la existencia de la familia formada por Mauro y Carmen. - Natalia alterna sus días entre la casa de la abuela, la casa de la tía Soledad, hermana del padre y otros domicilios de familiares cuyo parentesco no recuerda.	4
c. 1940	- Experiencia de calle en compañía del hermano mayor, Hilario.	5
c. 1941	- Natalia regresa a vivir a la casa de la tía Soledad, hermana del padre. Alterna la estancia en este domicilio con las visitas a la casa de la abuela paterna. - Hilario, el hermano mayor de la protagonista, se va a vivir con Carmen. - Jaime, el hermano menor de la protagonista, es llevado a vivir con Mauro y Ramona.	6
1943	- La abuela Antonia instala a Natalia en la casa de Mauro y Ramona. La vivienda está ubicada en la Colonia La Seguridad, en la zona norte de la ciudad. - Natalia conoce a su hermano menor, Jaime. - Inician los viajes anuales al pueblo de Ramona donde los hermanos pasan las vacaciones escolares.	8

c. 1944	- Natalia inicia la escuela primaria. En cierto momento, los adultos consideran la posibilidad de internarla en un asilo de huérfanos. La abuela Antonia se opone	9
1946	- Encuentro entre Natalia e Hilario a la salida de la escuela primaria donde asiste la protagonista.	11
1949	- Natalia concluye la escuela primaria. - La familia se traslada a la Colonia Novedades, de reciente formación, por la zona oriente de la ciudad.	14
1950	- Ramona envía a Natalia a trabajar a un taller de costura.	15
1951	- Ramona envía a Natalia a tomar clases de corte y confección a una escuela pública. Natalia nunca asiste a clases, en cambio, dedica la jornada a pasear por la ciudad con una amiga. Ramona no se entera.	16
1952	- Natalia inicia estudios en una escuela comercial nocturna. Este es el último año en que Ramona envía a Natalia a su pueblo natal en el periodo de vacaciones escolares.	17
1953	- Durante el 2º año de estudios conoce a Álvaro, su futuro esposo. Inician una relación de noviazgo que deciden mantener en secreto. - Mauro y Ramona adoptan una niña huérfana, de pocos meses de edad, nacida en el pueblo de la madrastra.	18
1954	- Natalia consigue trabajo como administrativa en una compañía aseguradora. Abandona los estudios a pocos meses de concluirlos. Prosigue el noviazgo secreto con Álvaro.	19
1955	- Natalia deja el trabajo en la compañía aseguradora y comienza a trabajar en el área administrativa de una fábrica textil. - Álvaro se presenta sin aviso previo ante la familia de Natalia y oficializa el noviazgo.	20
1956	- Encuentro entre la protagonista y Carmen, la madre biológica, para solicitar una documentación que Natalia necesitaba para casarse. - La familia de Álvaro visita a la familia de Natalia para concretar el pedido de mano. - Álvaro se opone a la ceremonia religiosa y Ramona niega el permiso para la boda. Los jóvenes interrumpen el noviazgo. - Álvaro y Natalia contraen nupcias por civil, en secreto. - Mientras prepara la ceremonia por iglesia, Natalia renuncia al trabajo.	21
1957	- En enero, Natalia y Álvaro contraen nupcias por iglesia. Él tiene 26 años de edad. - La pareja se instala en un cuarto construido al fondo de la casa de los padres de Álvaro. - Álvaro trabaja en una fábrica por el norte de la ciudad. - Para incrementar los ingresos, Natalia compra panes dulces envasados que se retiran de circulación y los revende en la Colonia donde radica. - En noviembre, muere Carmen, la madre biológica de la protagonista. - Inician episodios de violencia hacia Natalia por parte del cónyuge.	22

	- Natalia queda embarazada.	
1958	<ul style="list-style-type: none"> - En enero nace Claudia, la primera hija. - En febrero, Natalia y Álvaro se trasladan a una casa, propiedad de la familia de Natalia, ubicada en la colonia El Porvenir. - Natalia trabaja en su domicilio cosiendo brasieres por docena. - Álvaro trabaja en una fábrica por el norte de la ciudad. - Natalia inicia un negocio de venta de zapatos que compra en León, Guanajuato, y revende los domingos en una localidad cercana al Distrito Federal. - Descubre que está embarazada por segunda vez. El cónyuge transfiere el negocio de zapatos a su hermana. Se incrementan los episodios de violencia del cónyuge hacia la protagonista. 	23
1959	<ul style="list-style-type: none"> - Nacimiento de Cuauhtemoc, el 2° hijo. - Álvaro inicia a Natalia en el uso del método Ogino-Knaus, también llamado de ritmo o calendarización, para el control de la natalidad. 	24
c. 1961	<ul style="list-style-type: none"> - Natalia comienza a sentirse enamorada de su esposo. - Comienza a darse cuenta de la militancia del cónyuge en el Partido Comunista y teme por la seguridad de Álvaro. - Inicia una etapa de plenitud sexual entre los cónyuges que se prolonga por, aproximadamente, veinte años. - Natalia queda embarazada de su tercer hijo. Se incrementan los episodios de violencia conyugal. 	26
1962	- Nacimiento de Plutarco, el tercer hijo.	27
1963	- Natalia experimenta un orgasmo por primera vez.	28
1967	<ul style="list-style-type: none"> - Embarazo y nacimiento de René, el 4° hijo. Natalia emplaza al cónyuge y detiene los episodios de violencia hacia su persona. - Álvaro es echado del trabajo. - Natalia comienza a rentar algunas habitaciones de la vivienda familiar. 	32
1968	- Natalia maquila ropa en su domicilio y renta habitaciones en la vivienda familiar.	33
1972	<ul style="list-style-type: none"> - Álvaro negocia con Ramona la compra-venta en cuotas, de la vivienda que comparte con Natalia y los hijos de ambos. - Natalia queda embarazada de su quinto hijo. 	37
1973	<ul style="list-style-type: none"> - Nacimiento de Iván, el 5° hijo. No se reiteran episodios de violencia física. - Ramona enferma y muere. - Natalia recibe la casa en herencia y suspenden el pago de las cuotas pactadas. - En los meses posteriores a la muerte de Ramona, Natalia y su familia aceptan la propuesta de Mauro y se trasladan a la casa paterna. - Por desavenencias familiares, Natalia y los suyos regresan a la casa de la Colonia El Porvenir. - Natalia vende distintos artículos para solventar los gastos familiares: ropa, cubiertos, telas, etcétera. 	38

	- Claudia, la hija mayor, inicia la Preparatoria	
1975	- Natalia debe someterse a una histerectomía.	40
1976	- La pareja vive momentos de gran plenitud sexual. - Claudia, la hija mayor inicia estudios de nivel universitario. - Natalia tiene un taller de costura en su domicilio donde maquila ropa.	41
1978	- Natalia y Álvaro compran una cocina económica y la convierten en un restaurante de comida corrida.	43
1980	- Claudia finaliza los estudios universitarios. - Muerte del padre de Natalia.	45
1981	- Claudia forma pareja y decide tener un hijo. Nace la primera nieta de la protagonista. - La vida sexual de la pareja comienza a declinar.	46
1984	- Episodio de celos y violencia sexual del cónyuge hacia Natalia. - Natalia le propone al cónyuge que trabajen juntos en el restaurante. Él se niega. - Álvaro es echado de la fábrica al descubrirse su militancia en el Partido Comunista Mexicano. - Venta del restaurante de comida corrida, de 3 autos pequeños y un terreno. - Compra de una vivienda en la Colonia La Lucha. - Traslado de la protagonista, el cónyuge y los 3 hijos menores a la Colonia La Lucha.	49
1985	- Natalia renta cuartos en el nuevo domicilio para incrementar el presupuesto familiar. - Después de un episodio de violencia, Natalia impide el acceso de Álvaro al dormitorio conyugal. Finaliza la actividad sexual entre los cónyuges. - Se incrementan los conflictos y los episodios de violencia entre Natalia y Álvaro. El clima familiar sufre un deterioro progresivo.	50
1987	- Natalia padece dermatitis nerviosa.	
¿?	- Natalia padece ataques de pánico e inicia una terapia.	
c. 2000	- Álvaro se muda al departamento de Plutarco. Diariamente visita a los nietos que viven en la casa ubicada en la planta alta del domicilio que compartió con Natalia. Natalia le prepara el almuerzo pero persiste la situación de tirantez entre ambos. - Natalia participa en un taller semanal de creación literaria. Comienza a escribir su autobiografía bajo la modalidad de cuentos breves. - Natalia sigue rentando cuartos en la vivienda para contar con ingresos propios.	64

I.- EL ENFOQUE BIOGRÁFICO Y LA CONSTRUCCIÓN DE CONOCIMIENTO SOCIAL

A mediados del siglo veinte, Charles Wright Mills (1981: 174-177) planteaba que la construcción de conocimiento sociológico no podía prescindir del encuentro entre Biografía e Historia; asimismo, que esa conjunción constituía un elemento central para comprender la estructura social. De este modo, el autor otorgaba un lugar jerárquico equivalente a ambas dimensiones de análisis y enfatizaba que lo biográfico no debía considerarse un mero ejemplo o ilustración de los fenómenos macroestructurales. Las reflexiones de Wright Mills coinciden con las de otros científicos sociales quienes, desde diversas perspectivas teóricas y metodológicas, han enfatizado la necesidad de incorporar ambas dimensiones analíticas en la construcción de conocimiento social.

Sin embargo, el encuentro con el relato autobiográfico de Natalia, y la decisión de trabajar con el método de historias de vida, puso en primer plano una serie de interrogantes sobre los alcances de esta afirmación. Así, desde el punto de vista teórico, cabía indagar por las implicaciones de este encuentro entre Biografía e Historia, planteado desde el primer término de ese par de conceptos, es decir, desde lo biográfico, en relación con la construcción de conocimiento social. A su vez, las interrogantes metodológicas apuntaban al problema de la articulación entre niveles de análisis teórico, metodológico y empírico. Los apartados siguientes abordan el tratamiento de ambas cuestiones.

EL UNIVERSO BIOGRÁFICO

Con esta expresión, Ramón Reséndiz García (2004) caracteriza el enfoque teórico-metodológico bajo el cual se inscribe la presente investigación. Para fijar los alcances de este enunciado, el autor señala lo siguiente:

Lo biográfico difícilmente puede reconocerse como propio de un campo temático particular o de una orientación teórica específica, más bien las biografías se vinculan con una gran variedad de objetos de estudio y con una diversidad de orientaciones (Reséndiz García, 2004: 137).

Precisamente, la bibliografía especializada y las investigaciones empíricas que se ubican dentro de esta perspectiva evidencian esta gran diversidad, al menos, en los siguientes aspectos:

- 1) en las formas de concebir lo biográfico
- 2) en las perspectivas epistemológicas, es decir, con respecto al conocimiento que se construye a través de este enfoque
- 3) en las perspectivas analíticas por medio de las cuales se interpreta el material biográfico

A continuación desarrollaré cada uno de estos puntos.

Distintas formas de concebir “lo biográfico” en el ámbito de la Sociología. La expresión entrecomillada refiere a un enfoque teórico-metodológico para estudiar la realidad social que centra la atención en la perspectiva de los sujetos, situados en determinadas coordenadas espacio-temporales. Desde ese punto de vista, se trata de un conocimiento mediado por la subjetividad y atento a la producción y reproducción social a partir de las prácticas e interacciones por medio de las cuales los agentes construyen o “inventan”, para decirlo con una expresión de Michel De Certeau (2000), la cotidianidad. Esto significa que el interés por los acontecimientos de la vida social se ubica en las apropiaciones y resignificaciones de los agentes individuales y/o colectivos e indaga de qué manera impactan en sus vidas cotidianas, en la definición de la realidad y en los aprendizajes que incorporan para relacionarse consigo mismos y con los demás.

Sin embargo, la particularidad de esta propuesta consiste en privilegiar documentos y/o fuentes de información que, la mayoría de las veces, son autobiográficos y, por eso mismo, están sometidos a las variaciones interpretativas de un sujeto que, en el proceso de narrar su vida, se transforma en objeto de su propia reflexión.

La bibliografía especializada muestra diversas formas de concebir esta perspectiva que, en líneas generales, aparece caracterizada como método, como técnica y como enfoque. Para entender estas variaciones semánticas conviene hacer un poco de historia. Entre los científicos sociales ubicados en el campo de la Sociología, parece existir un cierto consenso que permite datar la aparición de esta propuesta en el año 1920, con la publicación del tercer y último volumen de *El campesino polaco* de William Thomas y Florian Znaniecki (1958) aunque, para expresarlo con mayor propiedad, dicha obra inaugura el llamado “método de los documentos personales”²⁵. Pese al entusiasmo inicial, esta perspectiva sufrió altibajos, los cuales pueden explicarse con relación al paradigma dominante en la Sociología, especialmente después de la segunda mitad del siglo XX.

Al respecto, Juan José Pujadas-Muñoz señala que, “este método tal y como fue concebido por la Escuela de Chicago desapareció del panorama sociológico durante los

25 La expresión “método de documentos personales” refiere al conjunto de registros escritos que reflejan una trayectoria humana o que dan noticias de la visión subjetiva que los sujetos tienen de la realidad circundante, así como de su propia existencia (Pujadas Muñoz, 1992: 34).

años cuarenta que fue precisamente cuando la Antropología Social tomó el relevo” (Pujadas Munoz, 1992: 37). Una de las razones para explicar esta desaparición fue que los sociólogos de esta tendencia “debieron enfrentar una opinión del medio científico agresiva y desgastante”. En consecuencia, reorientaron sus investigaciones “hacia estudios más adecuados a los momentos tecnológicos y cuantitativistas de las ciencias sociales en los Estados Unidos” (Aceves Lozano, 1998: 215).

Aunque no se abandonó totalmente el uso de historias de vida y de otros documentos personales, estos quedaron casi siempre como elementos prescindibles y de escaso valor científico. A partir de los años 60 y 70, el desarrollo de enfoques cualitativos en las ciencias sociales, permitió enfrentar la tendencia dominante con nuevos conceptos y puntos de partida teóricos. De esta manera, el análisis se tornó más complejo y con mayor impacto social (Aceves Lozano, 1998: 213).

De acuerdo con Franco Ferrarotti (1982), en las últimas décadas del siglo XX surgió un interés creciente por este enfoque, el cual obedeció a una doble exigencia. Primera, a la necesidad de una renovación metodológica de las ciencias sociales a partir de la crisis de sus dos axiomas fundamentales: la objetividad y la búsqueda de leyes. Según Ferrarotti, en aras de la objetividad, la Sociología se había constituido en una especie de “ingeniería”, cuyos practicantes podían caracterizarse como “técnicos”, ajenos a cualquier cuestionamiento de los fundamentos o estructuras sociales. A su vez, la búsqueda de leyes resultó cuestionada por la historicidad inmanente en todo hecho social, por su especificidad irreductible, de la cual sólo podía dar cuenta la intencionalidad idiográfica (Ferrarotti, 1982: 126-127).

La segunda exigencia que renovó el interés por el enfoque biográfico surgió ante la necesidad de una “hermenéutica social”. Este giro implicaba la exigencia de una articulación entre las dimensiones macro y los comportamientos individuales y/o microsociales a fin de incorporar la vida cotidiana, sus dificultades, contradicciones, tensiones y problemas, al ámbito de estudio de las ciencias sociales. Desde la perspectiva de este autor, la Sociología, más que una ciencia en busca de leyes debía plantearse como una ciencia en busca de mediaciones, orientada a la “construcción de un sistema de relaciones y a la posibilidad de una teoría no formal, histórica y concreta de la acción social” (Ferrarotti, 1982: 127).

En los años ochenta del siglo XX, Daniel Bertaux (1980) acuñó la expresión “enfoque biográfico” para referirse al proceso de transformación que experimentaban los esquemas conceptuales y epistemológicos de una investigadora o investigador, cuando comenzaba a utilizar relatos de vida en el marco de una indagación. A manera de hipótesis, planteaba que este cambio consistía en pasar de concebirlos como una técnica novedosa, a la construcción paulatina de un nuevo rumbo en la indagación sociológica. De acuerdo con el autor, se trataba de “un nuevo enfoque que, entre otras características, permitiría reconciliar de una vez la observación y la reflexión” (Bertaux, 1980: 201).

Con la expresión propuesta por Bertaux, “enfoque biográfico”, el autor trata de evadir la asociación de “método”, con procedimientos y técnicas de investigación, concepto que despierta ecos en el sentido de las reglas o guías para conducir el pensamiento, la reflexión y la práctica investigativa y, en cambio, pretende enfatizar la relación intersubjetiva por medio de la cual se construye un objeto de investigación, así como cuestionar la exigencia de objetividad, planteada en términos del método experimental, al destacar que el investigador está tan involucrado y se trata de un método tan potente que puede transformar toda su manera de concebir la práctica de su propia disciplina. De este modo, hablar de enfoque supone una determinada perspectiva teórica, investigativa e, inclusive, ético-política.

Con respecto a esta última afirmación, conviene recuperar las críticas planteadas por Robert Cabanés (1996), dado que expresan algunos de los altibajos que afronta esta perspectiva centrada en lo biográfico. Según el autor, a partir de los años setenta, “el enfoque biográfico debió dar cuenta del desasosiego, de los destinos funestos y de las desgracias” (Cabanés, 1996: 59). Con estas expresiones Cabanés caracterizaba el nuevo rumbo que tomó este enfoque después de 1968. Esa fecha, que coincide con el denominado “mayo francés”, inició una serie de cuestionamientos que provenían, ya no de los problemas relacionados con la validez y la confiabilidad del conocimiento proporcionado por “lo biográfico”, sino con respecto a la realidad o al “tipo de realidad” construido. Porque si antes del 68 este método apuntaba a recuperar “la libertad concreta, reivindicada por el individuo en sus diferentes adhesiones”, con posterioridad esta mirada comenzó a trasladarse hacia “la libertad del individuo abstracto y aislado, preconizada por la ideología dominante de la sociedad del individualismo pseudo-igualitario” (Cabanés, 1996: 60).

Así, la crítica de Cabanés cuestionaba el método biográfico en tanto “ilustración de una ideología de individualismo”, porque “tendía a destacar los relatos de una degradación individual, por definición aislada de cualquier movimiento social”, donde el contexto de exclusión “aparecía como un telón de fondo o imposición de limitaciones en un proceso de interacción con una historia individual” (Cabanés, 1996: 60). En definitiva, el cuestionamiento ponía en primer plano el “riesgo de ‘naturalizar’ la exclusión, reduciendo los procesos sociales a sus ilustraciones individuales” (Cabanés, 1996: 61).

Pese a lo certero de estas reflexiones, resulta innegable que en la actualidad asistimos a lo que Leonor Arfuch (2002) denomina “explosión de lo biográfico”, a través de distintos géneros literarios y potenciado por los medios de comunicación. La autora plantea que gracias a este impulso ha surgido un “espacio” donde es posible observar ciertas tonalidades características de la subjetividad contemporánea. Al respecto, señala:

La notable expansión de lo biográfico y su deslizamiento creciente hacia los ámbitos de la intimidad hacen pensar en un fenómeno que excede la simple proliferación de formas disímiles, los usos funcionales o la búsqueda de estrategias de mercado, para expresar una tonalidad particular de la subjetividad contemporánea (Arfuch, 2002: 17).

¿Qué caracteriza esta nueva tonalidad de la subjetividad contemporánea? En respuesta a esta interrogante, cabe afirmar que la proliferación de lo biográfico no sólo está vinculada con el deseo de publicitar, de dar a conocer los más nimios detalles de la individualidad -lectura que, por otra parte, resultaría simplista y reductiva- sino que habla de la crisis de ciertas construcciones simbólicas persistentes, características de la Modernidad. Me refiero, por un lado, a la división de la realidad en dos ámbitos, público y privado, el primero como lugar de la política y la economía, ocupado fundamentalmente por los sujetos varones, supuestamente más aptos que las mujeres para las actividades productivas y para el ejercicio de poder; el segundo, como espacio de la intimidad, de los afectos y, por ende, libre de confrontaciones, de intereses y de conflictos, ficción que, en parte, resulta cuestionada, precisamente, por la publicidad que los medios otorgan a la vida privada. Por otro lado, esta crisis estaría afectando la noción de identidad concebida como un sustrato irreductible que permite postular un “yo” individual donde no hay espacio para la otredad en tanto es concebida como lo contrario o lo opuesto del sí mismo.

En ese sentido, la urgencia por narrar, la imperiosidad por mostrar hasta los más ínfimos vericuetos de la cotidianidad y de la intimidad, ofrece un punto de mira novedoso para dar cuenta, no sólo de las problemáticas que afrontan los sujetos contemporáneos sino de las relaciones y prácticas que subvierten estos constructos heredados de la Modernidad. Así, en relación con el señalamiento de Cabanés podría decirse que el “espacio biográfico” abre un camino para la recuperación de las ideas y prácticas que evidencian esta crisis al cuestionar el individualismo, la atomización del sujeto, su fragmentación, y tantas otras expresiones que designan un fenómeno contemporáneo sobre el cual nos alertaba el autor: la exclusión de grandes segmentos de la población mundial con respecto a la posibilidad de acceso a una vida digna, junto a la exaltación del logro como resultado del esfuerzo, de las capacidades, limitaciones y motivaciones personales, todo ello, aunado al olvido u omisión de los factores contextuales que impactan sobre las oportunidades y limitaciones de los sujetos, de los países y de las regiones del mundo.

De este modo, el nuevo tono de la subjetividad contemporánea conecta con la toma de posición ético-política a la que se refería Bertaux al hablar del enfoque biográfico. Porque los relatos o historias de vida permiten adentrarse en la crítica de la cotidianidad y, en este sentido, recuperar la acción individual y colectiva como praxis, es decir, no sólo como reproducción sino como ejercicio de prácticas liberadoras y transformadoras de la realidad. Precisamente, al hundir sus raíces en la vida cotidiana, “lo biográfico” permite indagar, de acuerdo con una frase de Jean Paul Sartre: “Lo que los hombres [y las mujeres] hacen con lo que han hecho de ellos” (Sartre, c.1963: 77).

Perspectiva epistemológica. Este apartado indaga sobre el tipo de conocimiento que se construye por medio del enfoque biográfico. Al respecto, conviene señalar que esta perspectiva teórico-metodológica trabaja con fuentes que, como señalé anteriormente, son producidas de manera autobiográfica. Por este motivo, “no se trata de un saber organizado sino críptico que hay que aprender a descifrar” (Ferrarotti, 1982: 129). En este sentido, Ferrarotti califica de “empobrecimiento epistemológico”, algunos de los empleos frecuentes de estas fuentes, a saber: reducirlas a un conjunto de materiales de los cuales se extraen hipótesis, problemas, informaciones, etcétera, o bien, utilizarlas como ejemplo, caso o ilustración, es decir, un simple “episodio de la vida social”.

Con base en la clasificación propuesta en el apartado anterior sobre las distintas acepciones que recibe lo biográfico, los dos usos que menciona Ferrarotti se ubicarían, en el primer caso, como técnica y, en el segundo, como método en sentido restringido. La propuesta del autor pretende ir más allá porque, como él mismo señala, no se trata de que lo biográfico permita verificar, *a posteriori*, la validez u operatividad de un modelo formal o de una taxonomía social, sino de reconocerlo como síntesis de un sistema social, plasmado o concretado en actos individuales.

Esta crítica remite a los distintos “usos” de los materiales biográficos que identifican Cristina Santamarina y José Miguel Marinas (1994), a partir de los cuales establecen tres etapas o épocas. La primera de ellas, denominada de “antropologismo conservacionista”, se extiende desde principios del siglo XX y hasta los años treinta. En esta fase, las historias se toman como indicio de un momento, de un sistema o de una formación social, constituyen un documento positivo y, por eso, predomina el valor literal.

La segunda época se extiende desde el periodo de entreguerras hasta los años sesenta y aborda, fundamentalmente, los estudios de la marginación. Por último, identifican una tercera fase que coincide con una especie de refundación del género (Santamarina y Marinas, 1994: 263-268). En ese momento, las elaboraciones biográficas surgen como “historias de un sistema, es decir, sin desvincularse de la enunciación ni del enunciado”. Este cambio de óptica aspira a concretar el vínculo entre Historia y auto/biografía por cuanto “se entienden como las historias de un sujeto, individuo o grupo que se construye en las determinaciones del sistema social” (Santamarina y Marinas, 1994: 268). Este giro supone que, como señalan ambos autores:

Las historias se construyen en un sistema social determinado y, por lo tanto, surgen de las redes productivas e interactivas del mismo. Vuelven sobre ese sistema para nombrarlo, en la medida en que ese discurso puede circular en la memoria de los sujetos y los grupos (de edad, clase, género, etnia). Al mismo tiempo, el sujeto de las historias no es un sujeto que preexiste a la historia y permanece después de ella tal cual estaba antes. La historia que compone y difunde no es un accidente sino que tiene un carácter estructurante en el propio sujeto (Santamarina y Marinas, 1994: 269).

Así, desde el punto de vista epistemológico, las historias de vida poseen un valor heurístico precisamente porque, desde el momento en que priorizan o jerarquizan la perspectiva de los sujetos, rescatan la especificidad irrepetible de un acontecimiento

cualquiera y, por ende, la imposibilidad de establecer leyes. Por eso, la búsqueda de regularidades o de aspectos generalizables de las acciones o acontecimientos no resulta una forma pertinente de aprehender lo biográfico. En cambio, el relato de una vida puede brindar un atisbo de ese “residuo incómodo” -al menos para las ciencias sociales con fuerte orientación nomotética- en la construcción del conocimiento científico: me refiero al “excedente” que supone la mirada subjetiva en la interpretación de lo real.

En este punto, cabe preguntarse, ¿es que acaso podemos afirmar que este “sobrante” resulta verdaderamente único e irrepetible, totalmente azaroso y contingente? Responder de manera afirmativa implicaría negar el peso de lo social en la construcción de la realidad, tarea que siempre es una labor intersubjetiva.

En este sentido, si las biografías no resultan pertinentes como fuentes de información que permitan llegar a regularidades cuantificables, en cambio, ofrecen una apropiación singular, (mediada por la experiencia biográfica), de las condiciones socio-históricas que hacen posible un relato y no otro. De este modo, las auto/biografías permiten interrogarse por los cruces entre la temporalidad y la espacialidad que es, a la vez, biográfica y social; un cruce donde, junto con los “otros significativos”, estamos “atrapados en redes de significado que a la vez contribuimos a entretejer” (Pérez Gómez, 2000: 15). Se trata, entonces, de estudiar y comprender las autobiografías y los relatos de vida como la interpretación personal y la aprehensión singular de la realidad. Por eso, ofrecen un punto de partida para acceder al conocimiento de lo real desde la perspectiva de los sujetos y no un punto de llegada para verificar modelos teóricos o empíricos.

Como señala Jesús De Miguel: “Las autobiografías son una construcción de la realidad social. No son meros datos referenciales de vidas sino que articulan la realidad de una vida personal dentro de un contexto social determinado” (De Miguel, 1996: 11). Y, más adelante, agrega:

Lo que se recuerda es lo que se puede recordar con las herramientas que el grupo o la comunidad brindan, lo que está permitido [...] Una autobiografía contiene, pues, elementos biográficos y colectivos. Aun cuando son externos tienen repercusión en la persona. Son documentos de una época, de una situación social, de un grupo o clase social y de un género determinado. Es la vida de muchas vidas (De Miguel, 1996: 26).

En este sentido, el valor heurístico de un relato o historia de vida surge en cuanto lo entendemos, “aún en sus aspectos menos generalizables, como una síntesis vertical de una historia social” (Ferrarotti, 1982: 136). También Ferrarotti coincide con estas afirmaciones cuando señala:

Nuestro sistema social está todo entero en cada uno de nuestros actos, en cada uno de nuestros sueños, delirios, obras, comportamientos. Y la historia de este sistema está toda entera en la historia de nuestra vida individual (Ferrarotti, 1982: 134).

Sin embargo, esta concepción no implica postular un determinismo mecánico entre la historia social y la vida, porque el sujeto no es un mero epifenómeno de lo social sino su agente, el polo activo de las estructuras y de la historia social a la cual transforma por medio de su práctica. En este sentido, el individuo singulariza, por medio de sus prácticas, las estructuras y la historia social. Por lo tanto, no se trata de buscar regularidades en una colección de historias o relatos biográficos, sino de “inscribirlas” en el entramado de conocimientos sociales que construyen lo real. En síntesis, el conocimiento construido a partir de la relación entre biografía e historia supone “un movimiento heurístico de vaivén, de la biografía al sistema social, del sistema social a la biografía” (Ferrarotti, 1982: 140).

En este punto cabe retomar dos problemas que identifica Ferrarotti. El primero de ellos se refiere a las fases y a las etapas que median entre ambos polos. El segundo remite al riesgo de una concepción nominalista y atomizada de la realidad social.

Con respecto al primer problema, el autor sugiere centrar la mirada en los grupos de pertenencia que constituyen el contexto inmediato porque, en tanto agentes sociales activos, median entre el individuo y los contextos más alejados. Para Ferrarotti, esta unidad heurística básica, es decir, la biografía del grupo primario, supera el problema del atomismo y del nominalismo porque, como señala el autor:

Si empleamos un modelo interpretativo correcto, un grupo primario no puede ser reducido a la red de sus interacciones elementales; las desborda en todo momento y se impone como totalidad social definida no por su “sistema interno” de relaciones psicosociales sino por el sistema de las funciones estrictamente sociales que lo arraigan en su contexto (Ferrarotti, 1982: 143-144).

Sin lugar a dudas, esta propuesta resulta sugerente. No obstante, privilegiarla como vía para superar los problemas mencionados anteriormente surge de un equívoco torpe, como el mismo autor reconoce. Porque el problema del atomismo deriva de una concepción del individuo como átomo social y de la sociedad en términos de un agregado, supuestos que no necesariamente se modificarían por ampliar la cantidad de biografiados. A su vez, los cuestionamientos orientados a una posición nominalista -que implica concebir al individuo como fundador de lo social- tampoco parecen pertinentes e, incluso, resultan contradictorios con sus planteos anteriores donde Ferrarotti postuló al agente como una síntesis compleja de la sociedad (Ferrarotti, 1982: 144).

En este sentido, conviene reiterar que “lo biográfico” no sólo implica el relato de una vida. Esa narración incluye, también, historias grupales como las de la familia y sus redes sociales, vistas desde la perspectiva de uno o varios sujetos. No parece acertado proponer la resolución de las dificultades que menciona Ferrarotti, incluido el problema de las mediaciones, por el simple recurso de pasar del individuo a una unidad mayor; en cambio, este procedimiento podría derivar en otro tipo de cuestionamientos. Por ejemplo, la biografía del grupo primario permitiría contar con varias perspectivas individuales, entonces, la o el investigador podrían verse tentados para actuar como árbitros a fin de determinar cuál de ellas permite una mejor “inscripción” en el contexto, o bien, como señala el autor, el problema de determinar cuántas biografías individuales resultan necesarias para llegar a una “verdad” sociológica.

Cabe señalar que otro de los cuestionamientos que ha recibido el enfoque biográfico consiste en el riesgo de “psicologismo”, es decir, en la tendencia a hacer predominar el punto de vista psicológico sobre el punto de vista específico de cualquier otro estudio o disciplina. Pero este peligro se conjura cuando, al pensar en la construcción de conocimiento sociológico desde una perspectiva biográfica, efectivamente reconocemos que se trata de un evento donde, como señala Ferrarotti, la narración reinventa la biografía en el marco de una interacción, que la o el investigador “no pueden eludir y deben vivir activamente hasta el final” (Ferrarotti, 1982: 136). En este sentido, las reflexiones de De Miguel permiten esclarecer aún más esta cuestión. Al respecto, el autor dice:

Toda autobiografía es al mismo tiempo espejo y ventana. La autobiografía articula al individuo con la sociedad. La historia de una vida es una catarsis personal pero sirve también para entender cómo las pautas y normas sociales se integran y reproducen en un individuo y su familia. Es fácil discutir la cuestión de alienación, anomia, autoritarismo, conciencia de clase, marginación, desviación social, estigmatización, rol, inconsistencia de estatus, movilidad ascendente, etcétera. Pero lo importante es averiguar cómo esos conceptos sociológicos funcionan en una persona concreta. Una autobiografía es convincente cuando sirve para teorizar sociológicamente y no sólo como forma de confesión o expiación personal del protagonista (De Miguel, 1996: 30).

En este sentido, el método biográfico permite conocer de qué manera los agentes sociales construyen, a través de sus teorizaciones y de sus prácticas cotidianas, una realidad que luego las disciplinas que se ocupan de “lo real” intentan aprehender por medio de esos y de otros conceptos teóricos. De este modo, aun cuando el método biográfico favorece la comprensión de la realidad social desde la perspectiva del agente, la meta final de una historia de vida no consiste en “ilustrar los procesos sociales sino en entender un proceso global más importante: la experiencia total de la vida de una persona dentro de una sociedad concreta” (De Miguel, 1996: 90-91).

Perspectivas analíticas. Este apartado aborda el problema de las articulaciones, es decir, de los nexos o vínculos teóricos y metodológicos, entre la historia de vida y el contexto socio-histórico en el cual se inscribe. Este problema puede abordarse desde varios puntos de vista. Uno de ellos remite al vínculo entre dos dimensiones del análisis sociológico, me refiero a la distinción entre micro y macrosociología.

Desde la perspectiva de Jeffrey Alexander (1994), esta distinción se refiere, en sentido estricto, a unidades de análisis de diferente tamaño, sin embargo, posee implicaciones mucho más profundas porque remite a “un conflicto perenne entre las teorías individualistas y colectivistas”. Este enfrentamiento cobra fuerza después de la segunda Guerra Mundial, entre otras razones, ante el “fracaso” de los modelos sistémicos para dar cuenta de la acción social y de sus consecuencias no previstas. Pero, como señala el autor, poco tiempo después de recuperarse el interés por el análisis microsociológico, prevalece la tendencia de “asociar lo micro con un nivel específico –el nivel de la interacción individual- y de presentar este nivel como si estuviera en competencia con otros” (Alexander, 1994: 347).

Con respecto a esta distinción, Richard Münch y Neil Smelser (1994), afirman que carece de fuerza y lo plantean en los siguientes términos:

Tanto los procesos microscópicos que constituyen la red de interacciones en la sociedad, como los marcos macroscópicos que resultan de esos procesos y los condicionan, son niveles necesarios para entender la vida social. Además, debe considerarse equivocados a quienes han argumentado polémicamente que un nivel es más fundamental que otro (en forma absolutista) y a quienes han sostenido una independencia completa de los dos niveles (Münch y Smelser, 1994: 463).

Las reflexiones precedentes me llevan a plantear que, desde la perspectiva de esta investigación, el dilema no surge con respecto al privilegio concedido a una u otra dimensión analítica; en cambio, el problema se ubica en las formas de relacionar ambas dimensiones desde el punto de vista teórico y metodológico. Esto significa que se trata de identificar herramientas teóricas que permitan construir un camino de ida y vuelta entre ambas dimensiones de análisis.

La segunda arista del problema de las articulaciones se ubica en el corazón del llamado “enfoque biográfico” y se refiere a la vinculación entre teorías y campos disciplinares diversos que impone el tratamiento de lo biográfico. Al respecto, Darío Villanueva (1992) señala que la práctica autobiográfica puede remontarse a la aparición de las *Confesiones* de San Agustín. No se trata de un hecho azaroso por cuanto las condiciones del contexto, caracterizado por el surgimiento del cristianismo, impulsan una nueva antropología que concibe como un reto la trascendencia sobrenatural de cada destino particular. A partir de entonces, cobra sentido la expresión pública de los esfuerzos y de las reflexiones sobre los aspectos más íntimos y privados de la vida de un individuo con miras a concretar ese destino trascendente (Villanueva, 1992: 16). Al respecto, el autor agrega:

La vida íntima de cada persona adquirió un valor singular frente a Dios, ante el que cada uno de los mortales debía rendir cuentas, hacer sus confesiones. Esto es impensable en la antropología oriental incluso hasta hoy mismo, como también lo era en la Antigüedad Clásica, cuyas filosofías estoicas o epicúreas mantenían una concepción disciplinaria del ser personal (Villanueva, 1992: 16).

En este sentido y, como la define Mijail Bajtin, “la Confesión es la primera forma esencial de objetivación verbal de la vida y de la personalidad, como intento de fijar la persona de uno a la luz del deber moral” (Bajtin, 2003: 125). Sin embargo, el límite de la confesión radica en la actitud solitaria, puramente valorativa, que prescinde del otro, es decir, de la justificación y valoración posibles del “yo” de la enunciación, en la conciencia de otros seres humanos. Así, Bajtin plantea que la diferencia entre la confesión y la autobiografía surge, precisamente, del lugar que ocupa y del papel que desempeña el “otro” en ambos géneros literarios.

Probablemente, la preeminencia concedida al “otro” explica la atención otorgada a la auto/biografía por distintas disciplinas científicas tales como la Antropología, la Psicología y la Historia, incluso con anterioridad a su “descubrimiento” y difusión en el campo de la Sociología.

Al respecto, Paul Thompson (1981) señala que los historiadores y los sociólogos han descubierto el valor de las entrevistas retrospectivas pero bajo diferentes divisas porque los y las practicantes de ambas disciplinas encontraron un suelo común al cual arribaron desde distintas direcciones (o empujados por diferentes preocupaciones). Para los sociólogos, decepcionados del crudo empiricismo de los datos censales cuantitativos, la historia de vida les ofrecía información que, por su misma naturaleza, resultaba coherente, enraizada en la experiencia social y, por ende, capaz de generar nuevos descubrimientos sociológicos, “opuestos a las respuestas autorreferidas de las preguntas preestablecidas” (Thompson, 1981: 289). A su vez, para los historiadores significó, no sólo la posibilidad de descubrir porciones nuevas de información sino nuevas perspectivas –evidencias pero también interpretaciones- desde el punto de vista de los hombres comunes, de las mujeres, de los niños, anteriormente representados de manera muy pobre (Thompson, 1981: 290).

Conforme fue avanzando, la historia oral tuvo que enfrentar y resolver problemas en los diferentes niveles de su trabajo y de su análisis. Por ello, recurrió al consejo, conocimiento, influencia, crítica y evaluación de otras disciplinas. Es el caso del campo de los estudios literarios o de la literatura autobiográfica; así, a partir de sus estudios, de sus métodos, de sus propuestas analíticas, los historiadores orales incorporaron todo un andamiaje para la interpretación de la información, en la consideración de que los testimonios podían aprehenderse como textos narrativos y, como tales, ser examinados desde muy distintos

puntos de vista y propósitos (Aceves Lozano, 1998: 216). Es así que la lingüística, la sociolingüística, la semiótica y el análisis del discurso han aportado técnicas de recolección de información oral, algunos procedimientos metodológicos, técnicas de formalización de los textos recopilados, estrategias de análisis e interpretación, modelos heurísticos, etcétera (Aceves Lozano, 1998: 217).

En el campo de la Antropología, y desde el mismo principio de su conformación como disciplina científica, el uso de testimonios o evidencia oral ha sido parte integral de sus métodos y técnicas de investigación. En buena medida, la relevancia de los testimonios y tradiciones orales obedeció, en primera instancia, al trabajo con pueblos ágrafos, con grupos humanos no occidentales sin sistemas de escritura establecida. Así, la entrevista oral fue un recurso muy utilizado en el trabajo de campo antropológico (Aceves Lozano, 1998: 215).

La Psicología, y en particular el Psicoanálisis, también han aportado elementos básicamente en cuanto a la consideración de otras dimensiones –como el inconsciente- en el tratamiento de la información oral, así como en la construcción de documentos personales e historias clínicas (Aceves Lozano, 1998: 216). De este modo, afirmar el vínculo con otras disciplinas refuerza la idea de que el auto/biográfico es un campo que se construye en la intersección entre distintos ámbitos de conocimiento, circunstancia que remite nuevamente a la idea de “enfoque biográfico”, en el sentido de una práctica que transforma el oficio, la manera de concebir la construcción de conocimiento y orienta a la adopción de una perspectiva multidisciplinaria o, al menos, informada de las reflexiones y producciones que surgen en otros ámbitos disciplinares a fin de identificar aspectos que puedan enriquecer el trabajo con materiales y documentos auto/biográficos.

Por último, un tercer ángulo desde el cual abordar el problema de las articulaciones refiere al tratamiento de lo biográfico de manera tal que posibilite esa lectura de lo social “desde abajo”, es decir, que permita vincular los hallazgos empíricos y aprehenderlos en una red conceptual para comprender el problema de investigación a la luz de las características específicas del contexto social en el cual se estudia. La próxima sección aborda el tratamiento de esta problemática a partir de los aportes de Paul Ricoeur (2003) a la construcción de una teoría narrativa de la identidad.

La perspectiva teórico-metodológica adoptada por esta investigación pone el énfasis en la construcción de la identidad entendida narrativamente. Por lo tanto, la búsqueda de nexos que permitan articular la dimensión biográfica y el contexto socio-histórico requiere, en primer término, volverse hacia el “yo” que protagoniza el relato autobiográfico. Para concretar este giro, retomaré los aportes de Paul Ricoeur a la teoría narrativa.

Para Ricoeur, la identidad entendida narrativamente puede llamarse identidad del personaje. Ésta se construye mediante un movimiento dinámico entre “la exigencia de concordancia y la admisión de discordancias que, hasta el cierre del relato, ponen en peligro esta identidad” (Ricoeur, 2003: 139). Por concordancia, el autor entiende un principio de orden en la disposición de los hechos, mientras que la discordancia refiere a “los trastocamientos de la fortuna que permiten avanzar la historia desde una situación inicial a otra terminal” (Ricoeur, 2003: 139-140). Puede decirse, entonces, que la identidad del personaje se construye en un movimiento entre lo que podemos denominar, la línea argumental²⁶, por un lado, y los acontecimientos, por el otro. A su vez, el carácter contingente y azaroso de estos últimos amenaza la continuidad del relato y, por ende, de quien lo protagoniza.

El autor califica a este movimiento como una “síntesis de lo heterogéneo”, o como una “concordancia discordante” porque la peculiaridad de este dinamismo consiste en que los distintos acontecimientos, los cuales constituyen lo azaroso, lo casual, lo novedoso, lo inesperado, “invierten su carácter contingente -en el sentido de que hubieran podido suceder de otro modo, o no suceder en absoluto”, para convertirse en parte integrante de la historia con carácter de necesidad (Ricoeur, 2003: 141). En síntesis, esta inversión permite que lo casual se torne necesario con respecto a un fin que se fija *a posteriori*, es decir, desde el presente del relato.

En este sentido, cabe citar algunas expresiones como “en ese momento no lo sabía pero ahora entiendo que esto sucedió para ... o porque...”, o bien, “recién ahora que se lo estoy

26 Una línea argumental describe lo que le ocurre a los personajes durante un periodo concreto de la obra. Existen dos tipos de líneas argumentales. 1) Línea argumental principal: en ella se describen y concretan los sucesos más relevantes o esenciales que le suceden al protagonista a lo largo de toda la obra o de un capítulo. 2) Línea argumental secundaria: pueden crearse tantas como el autor así lo requiera. Describen de forma más detallada, los sucesos de los personajes en determinados momentos de la obra. Generalmente se dividen en episodios, escenas o párrafos (<http://www.bibliotecabecquer.es/pagina2>).

contando me doy cuenta de cómo fueron las cosas”²⁷, que ilustran sobre esta imputación causal, de tipo teleológico, mediante la cual se trata de asegurar la continuidad y la unidad de la historia.

Esta síntesis de lo heterogéneo se concreta en la “trama”, concepto que remite a un modelo específico de conexión de acontecimientos que se encadenan bajo la modalidad o el régimen de principio-medio-fin. De este modo, la trama “permite integrar en la permanencia en el tiempo, lo que parece ser su contrario: la diversidad, la variabilidad, la discontinuidad, la inestabilidad” (Ricoeur, 2003: 139). Esta modalidad de vínculo entre los acontecimientos aporta a la diferenciación del modelo narrativo con respecto de cualquier otro modelo de conexión precisamente porque, como señala el autor, “la trama realiza mediaciones entre la diversidad de acontecimientos y la unidad temporal de la historia narrada, entre los componentes inconexos de la acción –intenciones, causas, causalidades- y el encadenamiento de la historia” (Ricoeur, 2003: 140). A su vez, los acontecimientos puestos en trama no se agotan en su efecto de ruptura; en cambio, participan en la síntesis de lo heterogéneo dado que, como señala Ricoeur, “son fuente de discordancia en cuanto que surgen, y fuente de concordancia, en cuanto que hacen avanzar la historia” (Ricoeur, 2003: 140).

Para expresarlo con una metáfora, cabe plantear que en la narración, los acontecimientos se enlazan como las cuentas de un collar pero el hilo –la línea argumental- no existe previamente a la operación de engarzado. A su vez, en el proceso, los acontecimientos cobran un sentido particular del que carecían previamente y que los torna necesarios para el desarrollo de la historia. En síntesis, no se trata de cualquier acontecimiento; *a posteriori*, y por obra del proceso mismo de selección, esos eventos y no otros, cobran un sentido que, a primera vista, parecía oculto o inexistente. Esta inversión de lo contingente en necesario, pieza clave de la configuración narrativa, se concreta a través de la trama y gracias al estatuto que, en ella, adquieren los acontecimientos.

Esta modalidad de conexión de los acontecimientos que constituye la trama, se aplica primero a las acciones y luego se vuelve hacia el personaje en una operación que puede indicarse como la puesta en trama del “yo” narrativo. Precisamente, el paso decisivo hacia

27 Esta expresión fue empleada por un interlocutor varón en la investigación sobre los discursos amorosos, cuando trataba de explicarse, sesenta años después de los hechos, por qué expulsó a su pareja del domicilio conyugal luego del fallecimiento del primer hijo de ambos.

una concepción narrativa de la identidad personal radica en este giro, de la acción al personaje, que implica la pregunta por el *quien* que realiza la acción. Desde la perspectiva de Ricoeur, en el ámbito de la filosofía analítica, “la pregunta por el quien, que implica la atribución a un alguien, ha quedado al margen, en beneficio de otra que ha resultado ser mucho más importante: la relación entre las preguntas ¿qué? y ¿por qué?” (Ricoeur, 2003: 41). Una de las consecuencias de esta omisión radica en el debilitamiento o el borramiento del sujeto moral -la acción sin sujeto imputable- y la imposibilidad de emitir juicios éticos. Después de este análisis, cobra nuevo sentido el concepto de narración propuesto por Ricoeur en estos términos: “Narrar es decir quién ha hecho qué, por qué y cómo, desplegando en el tiempo la conexión entre estos puntos de vista” (Ricoeur, 2003: 146).

A manera de recapitulación de lo expuesto cabe plantear que los dos polos de la construcción de la trama son la acción y el personaje (Ricoeur, 2003: 145). En el polo de la acción, la trama realiza la síntesis de lo heterogéneo, representado por la continuidad del orden temporal de la historia y la discontinuidad que introducen los acontecimientos. A su vez, el acontecimiento, comparte este doble estatuto: posee un potencial de ruptura, de corte pero, a la vez, una potencialidad de desarrollo que garantiza la continuidad de la historia.

Ahora bien, del giro hacia el personaje, el otro polo de la trama, “se deriva una dialéctica interna que es correlato exacto de la dialéctica de la concordancia y de la discordancia desplegada en la construcción de la trama y de la acción” (Ricoeur, 2003: 147). Al respecto, Ricoeur señala que esta dialéctica interna del personaje se expresa como una confrontación entre la “identidad como mismidad” (*idem*) y la “identidad como ipseidad” (*ipse*).

En el sentido *idem*, identidad significa permanencia en el tiempo de lo que es idéntico a sí mismo, en el entendido de que “idéntico” significa igual, lo mismo. A esta significación se opone lo diferente, en el sentido de cambiante, variable. Mismo es empleado en el contexto de una comparación y tiene como contrarios: otro, distinto, diverso, desigual, inverso. De este modo, la mismidad aparece como sinónimo de la identidad *idem*. Mientras se permanece en el círculo de la identidad-mismidad, la alteridad de cualquier otro distinto de sí no ofrece nada de original: “otro” figura en la lista de los antónimos de “mismo” y, en este sentido, la alteridad no presenta mayores problemas, es lo que se puede afirmar o negar como contrapuesto al “yo”.

Al abordar el tratamiento de la identidad en sentido *ipse*, el autor postula que no implica ninguna afirmación sobre un pretendido núcleo no cambiante de la personalidad (Ricoeur, 2003: *xiii*). En cambio, la identidad “ipse” pone en juego la dialéctica del sí y la del otro distinto de sí. Al emparejar la ipseidad con la alteridad, esta última entra como elemento constitutivo del sí mismo. En palabras de Ricoeur: “La *ipseidad* del sí mismo implica la alteridad en un grado tan íntimo que no se puede pensar en la una [identidad *idem*] sin la otra [identidad *ipse*]” (Ricoeur, 2003: *xiv*). De este modo, hablar de sí mismo *como* otro, tal el título de la obra donde desarrolla estas reflexiones, no supone establecer una comparación sino una implicación, es decir, sí mismo *en cuanto* otro, sí mismo como yo y lo otro (Ricoeur, 2003: *xiv*).

Con base en la propuesta del autor, cabe plantear que la equívocidad del término identidad surge con relación al papel que ocupa la alteridad, ya sea que designe “lo que se opone a”, lo contrario a lo mismo, o bien, lo que entra en la constitución de lo idéntico. Según el autor, cuando las soluciones aportadas al problema de la identidad personal no toman en cuenta esta distinción se condenan al fracaso, porque desconocen que la identidad se construye narrativamente en una dialéctica continuidad-discontinuidad en el plano de la acción, cuyo correlato es la dialéctica *idem-ipse* en el polo del personaje (Ricoeur, 2003: 109).

A partir de lo expuesto, la composición de la identidad narrativa como eje articulador entre la dimensión biográfica y del contexto, requiere una lectura de la trama y del movimiento dialéctico entre los polos de la acción y el personaje. Para llevarla a cabo es necesario fijar la atención en la figura del personaje, del héroe o de la heroína quienes, desde la perspectiva de Ricoeur, resultan “identificables por superposición de la ipseidad y de la mismidad” (Ricoeur, 2003: 149).

¿Cómo aprehender esta dialéctica, postulada en el plano de la teoría narrativa, para estudiar la identidad en una auto/biografía concreta? Para profundizar en esta dirección, en el próximo apartado retomo las reflexiones de Mijail Bajtin en torno del héroe o heroína auto/biográfica.

La heroína autobiográfica en la intersección de la mismidad y de la alteridad. Desde la perspectiva de Bajtin (2003: 123) no existe una separación tajante entre biografía y

autobiografía dado que, en ambos géneros, lo que organiza y estructura la forma no es el *yo-para mí*, es decir, la actitud de uno hacia sí mismo -más cercana al género literario confesión- sino la actitud de los otros a quienes les reconozco autoridad para valorar mi propia vida. La Confesión “comunica y enseña acerca de Dios porque en el acto de rendir cuentas, a solas con uno mismo, se entiende Dios y se conoce la fe que está en la vida misma” (Bajtin, 2003: 132). Lo anterior permite plantear lo siguiente: si a través de la confesión se obtiene un conocimiento ético-religioso que deriva del “yo-para mí”, entendido como una actitud confesional, por medio de la auto/biografía se logra un saber de sí mismo que deriva del “yo-en otros”, entendido como la actitud valorativa de los otros en mí.

De acuerdo con Bajtin, el reconocimiento de la autoridad de los otros para valorar mi propia vida es la condición para que el “yo” pueda objetivarse, es decir, transformarse en objeto de la propia reflexión. A su vez, el autor señala que esta actitud del otro hacia el sí mismo hace posible al héroe o a la heroína de la auto/biografía. Sin embargo, no se trata de un “otro” inventado por mí y para un uso interesado. Al respecto, Bajtin dice:

El otro, con una autoridad amorosa interna es quien dirige mi interior, no soy yo quien lo dirige valiéndome del otro como de un medio (no se trata de un mundo de otros en mí sino de mí en el mundo de los otros; yo me inicio en este mundo); no existe el parasitismo (Bajtin, 2003: 136).

La cita abre a dos interrogantes: ¿quién es el “otro” a quien reconozco autoridad para dirigir el relato de mi vida?, y ¿en qué consiste esa autoridad amorosa?

Con respecto a la primera pregunta, Bajtin ubica al otro en un mundo que preexiste al sujeto y en el desempeño de una tarea que resulta ineludible para marcar el inicio de la historia, de la vida. Así, en la autobiografía ocupa la posición de voces “otras” que completan las lagunas, los huecos, los acontecimientos que escapan a las posibilidades de experiencia del narrador porque están ubicadas en un tiempo pretérito, asociadas al inicio de la vida del personaje desde el momento de la concepción o, inclusive, desde antes (Bajtin, 2003: 136). Sin estos relatos de otros, dice el autor, “mi vida no solamente carecería de plenitud de contenido, y de claridad, sino que permanecería internamente fragmentada, falta de una unidad biográfica valorable” (Bajtin, 2003: 136).

Con base en esta primera caracterización del otro, puede afirmarse que, en los relatos autobiográficos, las expresiones del tipo: “*Dicen* que saqué el carácter de mi abuelita”, o bien, “el día en que nací, mi padre estaba de viaje”, u otras similares, requieren de la presencia de estos otros quienes, en una primera aproximación a las auto/biografías, pueden permanecer inadvertidos, a menos que volvamos hacia ellos una atención expresa. Por intermedio de estos “otros que *dicen*” surge un nexo con el contexto, al menos con el más próximo al personaje, en tanto estas figuras encarnan la alteridad cuyo epicentro es el “yo” biográfico. Así, el “otro” puede erigirse en agente mediador para aprehender los distintos ámbitos del mundo de la vida –el de los antepasados, el de los contemporáneos y el de los sucesores- “por la otra punta”, es decir, a partir de la perspectiva del auto/biografiado (Ferrarotti, 1982: 142).

Las afirmaciones precedentes permiten revisar, desde otro ángulo, el papel del grupo primario como mediador entre el universo biográfico y el contexto. Porque, más allá de aportar a la superación de las críticas de nominalismo e individualismo, centrar la mirada en el “yo”, es decir, en el héroe o en la heroína, en tanto lugar donde intersectan la mismidad y la alteridad, remite a ese “otro” a quien le reconozco autoridad para valorar mi propia vida y, por cuyo intermedio y a través de la valoración que efectúa, puedo objetivarla con carácter de autobiografía.

En este punto cabe retomar la segunda interrogante sobre la autoridad amorosa del otro: ¿en qué consiste?, ¿de dónde proviene? Para responderlo reitero el papel decisivo del otro, postulado por Bajtin, “para que los fragmentos de mi vida vividos por mí internamente -y de los cuales sólo podría dar cuenta bajo la modalidad de una confesión, más no de una biografía- adquieran unidad biográfica” (Bajtin, 2003: 136-137). Como señala el autor, el “yo-para mí” no puede relatar nada, requiere del otro a quien, por reconocerle autoridad para valorar la propia vida, lo transforma en héroe. Esta metamorfosis resulta decisiva para captar el peso de la otredad en la constitución del personaje. Así, el reconocimiento que el “yo” concede al otro, lo ubica en un lugar privilegiado, posición desde la cual, ambos establecen un vínculo que puede adoptar diversas modalidades.

Desde la perspectiva de Bajtin, esta relación se caracteriza por los esfuerzos del “yo” biográfico para responder a las expectativas que atribuye al otro, transformado en héroe. Al respecto, el autor señala: “Al heroizar a los otros, al crear un panteón de héroes, se trata de

pertenecer, de ubicarse en él, de ser dirigido desde allí por la imagen futura deseada, creada a la imagen de los otros” (Bajtin, 2003: 138). Este deseo de adquirir importancia, “gloria”, dice el autor, en el mundo de los otros, es uno de los valores artísticos de la biografía cuando se plantea como “aventura heroica” y de acuerdo con la amplitud y competencia concedida a la otredad²⁸.

Lo expuesto permite comprender con mayor profundidad, al menos desde la propuesta de Bajtin, otro riesgo en que se encuentra la identidad narrativa: dado que el valor de la biografía depende de la otredad, no puede ser completamente fundado desde el “yo”. Por eso, como señala el autor, “la biografía tiene un carácter de donación: me es donada por otros y para otros, pero la poseo ingenua y tranquilamente” (Bajtin, 2003: 147).

Con base en estas reflexiones puede plantearse lo siguiente: en el apartado anterior, la búsqueda de nexos teóricos para articular la dimensión biográfica y el contexto socio-histórico implicó volver la mirada hacia la construcción narrativa del personaje. La propuesta de Paul Ricoeur permitió ir más allá de las teorías de la identidad que la conciben como un núcleo de personalidad que persiste al cambio, es decir, como un sustrato concebido como lo mismo, lo igual a sí mismo; por el contrario, las reflexiones de este autor resignifican la alteridad como una dimensión co-constitutiva del “yo”.

Ante la pregunta por la alteridad, por la identidad de esos “otros”, resultó esclarecedor acudir al auxilio de Mijail Bajtin para quien “la otredad” son las voces que completan la historia personal y, al hacerlo, le otorgan cierta valoración. Así, gracias a estos otros, convertidos en héroes del panteón biográfico, la o el personaje de la autobiografía se transforma en narradora del relato. Lo expuesto invierte la forma habitual de concebir la biografía: no es el autor quien se transforma en personaje, por el contrario, es el personaje, el héroe o la heroína, quien se erige en narrador.

Para profundizar en la afirmación anterior recupero las reflexiones de Bajtin, para quien no cabe plantear coincidencia entre el héroe y el autor de una autobiografía aun cuando exista coincidencia personal en la vida, entre el individuo del que se habla y el individuo

28 Para Bajtin existen dos tipos principales de organizar la vida, los cuales están directamente relacionados con la competencia del otro para valorar la biografía: 1) la aventura heroica, y 2) la cotidianidad social. El valor biográfico de la aventura heroica reside en: a) la voluntad de ser héroe, b) la voluntad de tener importancia en el mundo de los otros, de ser amado, c) la voluntad de reconocer la aventura de la vida, es decir, la heterogeneidad de la vida exterior e interior. En cambio, en la biografía social cotidiana, “el centro valorativo está ocupado por los valores sociales, y sobre todo, por los valores familiares que organizan la forma privada de la familia con todos sus detalles cotidianos” (Bajtin, 2003: 137 – 142).

que habla, porque el héroe no es un producto del autor. Por eso, la autobiografía permite preguntarse: ¿cómo me estoy representando?, en cambio, no ofrece una respuesta a la pregunta ¿quién soy? (Bajtin, 2003: 134). Con base en lo expuesto, cabe afirmar que en la auto/biografía surge un personaje que representa las valoraciones de los otros mediadas por la perspectiva del “yo” biográfico.

Una vez establecido este punto y específicamente el papel de la alteridad como agente mediador entre la biografía y el mundo de la vida, resta identificar los nexos con el contexto más amplio o, para decirlo con palabras de Bajtin, “con la comunidad dentro de la cual me percibo: la familia, la nación, la humanidad cultural” (Bajtin, 2003: 135). Al respecto, cabe plantear que si el eje vertebrador del análisis de la historia de vida se sitúa en el plano de la identidad, entonces, el siguiente paso consiste en componer la identidad colectiva a través del relato, es decir, una identidad narrativa que defina y constituya a la vez, no sólo la identidad del personaje sino la de una comunidad dada. En este sentido, la autoridad valorativa del otro se extiende desde la figura de la heroína, es decir, desde el “yo”, hacia el “nosotros” de la familia, de la comunidad, de la nación; una fuerza valorativa que, como señalaba anteriormente, no sólo define sino que constituye al “nosotros” o a los distintos “nosotros” que habitan el relato auto/biográfico.

Antes de iniciar esta tarea se requiere de una aclaración. Hasta este punto retomé aspectos de la teoría de la identidad narrativa de Paul Ricoeur, así como de la teoría del héroe biográfico postulada por Mijail Bajtin, dado que la primera arrojaba luz para adentrarse en la dimensión narrativa de la identidad, y la segunda permitía profundizar sobre la presencia y el papel de la otredad en el ámbito de la biografía; a su vez, ambas propuestas teóricas ofrecían elementos para construir los nexos entre la dimensión biográfica y el contexto socio-histórico.

En este momento es necesario distanciarse de ambas propuestas y regresar al punto que dio inicio a estas reflexiones y a estas búsquedas teóricas: la historia de vida de una mujer mexicana, nacida en el Distrito Federal en 1935, quien inició su vida como “hija de casa chica” y, con escasos 4 años, afrontó una situación de calle en compañía de un hermano mayor. Natalia, el nombre ficticio de la protagonista, contrajo nupcias a los 20 años de edad, tuvo 5 hijos vivos de ese matrimonio, trabajó durante toda su vida, a veces en el comercio informal por cuenta propia; otras, en el sector de servicios y, en algunas

ocasiones, como propietaria de comercios de distintos rubros. Una mujer que, después de 35 años de matrimonio, decidió interrumpir todo vínculo con su pareja aunque, hasta el año 2000, continuaba viviendo bajo el mismo techo que su cónyuge.

Planteo esta vuelta hacia la historia de vida y hacia el personaje del relato porque al recuperar las reflexiones anteriores desde la perspectiva de un relato balance elaborado con una finalidad científica, –posibilidad de la cual Bajtin se desentiende de manera expresa en su texto- es necesario destacar dos cuestiones. Primera, que en este caso, la autobiografía responde a un contrato de narración, es decir, se rige por valores extra-literarios, tales como el interés por construir conocimiento sobre un tema específico con miras a la difusión de los resultados. Segundo, que este relato surge en una interacción donde Natalia, la personaje, no sólo representa las valoraciones de los otros, mediada por la perspectiva de la heroína, sino que expresa la valoración otorgada a este compromiso de habla entre ella y su interlocutora.

¿Qué implicaciones tiene lo dicho anteriormente? Desde la perspectiva de la audiencia potencial de esta historia cabe plantear lo siguiente: hay una vida pero el encadenamiento de sus hechos adopta una disposición particular en el acto de narrarla y, al mismo tiempo, delinea un personaje con ciertas tonalidades únicas, cuya originalidad le viene dada por diversas circunstancias, entre ellas, la situación biográfica, la situación de interacción donde surge el relato, las condiciones del contexto y la anticipación de las valoraciones de los otros como receptores potenciales de la narración. Estas consideraciones señalan el siguiente paso, “del texto a la acción social”, a fin de adentrarse en el “nosotros” del relato auto/biográfico.

La identidad comunitaria en el “nosotros” de la autobiografía. Con base en las reflexiones planteadas en el apartado anterior, resultaría ocioso insistir en que la identificación del “nosotros” demanda un rastreo en el panteón biográfico, tal como aparece en el relato de Natalia. En cambio, conviene enfatizar lo siguiente: esta búsqueda implica la adopción de un procedimiento que, desde el punto de vista metodológico, define ciertos rasgos que son propios del enfoque biográfico. Así, en lugar de imputar desde fuera, es decir, desde una voz autorizada, las variables del contexto que inciden en la conformación del “nosotros” a fin de ponerlas a prueba en un momento posterior, la pregunta por las

figuras de autoridad del panteón biográfico requiere situarse en el corazón mismo del relato a fin de indagar por la constitución del “nosotros” o de los diversos “nosotros” que definen la identidad comunitaria desde distintos ámbitos.

Para concretar esta tarea es necesario distinguir, de entre los numerosos personajes que pueblan la historia, cuáles encarnan las figuras de autoridad. Porque no se trata de cualquier nombre, dado que en una narración, especialmente si es amplia y densa como en este caso, la cantidad de menciones que pueden interpretarse como posibles héroes o heroínas del panteón biográfico es muy numerosa. Entonces, ¿cómo distinguirlos de los caracteres secundarios o de las simples referencias hechas al pasar?

Como señalé en el apartado precedente, la primera pista para responder a esta cuestión la ofrece el propio Bajtin al mencionar que los otros completan o aportan fragmentos a la construcción del personaje protagónico, ya sea desde el punto de vista de su biografía personal, como desde la perspectiva de los distintos grupos de pertenencia: la comunidad, la sociedad, la nación, etcétera. En este sentido, ellos son las voces a través de las cuales se concreta la intersección entre el tiempo y el espacio biográfico y el tiempo y el espacio socio-histórico. Se trata de padres, madres, abuelos, tíos, vecinos, amigos, etcétera, quienes insertan al “yo”, no sólo en un linaje familiar sino en la historia y en la tradición de la comunidad, de la región, del país, de la humanidad.

Esta misma idea puede retomarse en términos de Schutz y Luckmann (2001) para referirse a los procesos de socialización a través de los cuales, los otros insertan al “yo” en el “mundo de la vida”. Por medio de este último concepto, los autores designan el ámbito de la cotidianidad, el que nos sale al encuentro cada día como contexto natural y social, donde encontramos oportunidades, pero también obstáculos para la concreción de los proyectos y planes. Cuando estamos inmersos en este escenario, no dudamos de su realidad, es decir, lo damos por supuesto y esta actitud “de sentido común”, que implica poner entre paréntesis cualquier duda con respecto a la realidad del mundo, impregna las relaciones con los objetos culturales, con nosotros mismos y con los semejantes quienes son presupuestos como “otros seres como yo”.

El mundo de vida, también llamado por Schutz y Luckmann, “mundo de sentido común”, “mundo de la vida diaria”, “mundo del trabajo cotidiano”, entre otras denominaciones, es el ámbito donde establecemos relaciones con los semejantes, aquél

donde, a diferencia de lo que sucede en otros mundos como el onírico, el de la fantasía, el de la demencia, etcétera, “podemos ser comprendidos por los otros y podemos actuar junto con ellos” (Schutz y Luckmann, 2001: 25). A su vez, el mundo de la vida preexiste al sujeto, ha sido creado por los antecesores, y se prolongará en el mundo de los descendientes o sucesores después de nuestra muerte. Así, este mundo es eminentemente intersubjetivo, social y cultural dado que, como señalan ambos autores, “únicamente en él puede constituirse un mundo circundante, común y comunicativo” (Schutz y Luckmann, 2001: 25).

En definitiva, este escenario “es la realidad fundamental y eminente de los seres humanos” (Schutz y Luckmann, 2001: 25), no remite a una conciencia solitaria sino al ámbito de la experiencia humana que se objetiva en sistemas de signos, lenguaje, instituciones sociales, herramientas, obras de arte, etcétera. En su origen y significado estos objetos culturales “apuntan a las actividades de otros seres humanos” (Schutz y Luckmann, 2001: 37) y hacen posible la construcción de una realidad compartida socialmente. Asimismo, se trata de un ámbito coercitivo porque los esquemas de interpretación que permiten orientarse en las interacciones con otros -ya sea en la co-presencia de las interacciones “cara a cara”, o en relaciones con distintos grados de distancia y anonimato- no son un producto exclusivo de la experiencia individual sino del aprendizaje en un mundo social preorganizado (Schutz y Luckmann, 2001: 236).

La construcción social del mundo de la vida cotidiana se concreta a través de “tipificaciones” y “recetas” que encuentran en el lenguaje “el medio tipificador por excelencia” (Schutz y Luckmann, 2001: 75). Ambos conceptos –tipificaciones y recetas- remiten a constructos de primer orden²⁹ derivados de la experiencia. A través de ellos, los sujetos pueden manejar las situaciones de manera rutinaria porque, gracias a esos constructos, prescinden de los aspectos individuales y particulares “de su propia situación dentro del mundo social y de las diversas relaciones que entablan con sus semejantes y con los objetos culturales” (Schutz y Luckmann, 2001: 233), para conservar los rasgos

²⁹ La noción “constructo” designa conceptos que sobrepasan la observación empírica. También se los denomina “conceptos no observacionales”, precisamente porque no pueden medirse en forma directa sino mediante manifestaciones externas de su existencia, es decir, mediante indicadores. Por ejemplo, la inteligencia, la motivación, la creatividad, las actitudes, los valores, son ejemplos de este tipo de conceptos (Bunge, 1973).

genéricos y homogéneos que les permiten aprehender los elementos de cada situación con distintos grados de generalidad.

Desde este punto de vista, el relato autobiográfico ofrece una vía idónea para captar estos constructos de primer orden, a partir de los cuales las ciencias sociales crean otros, de segundo orden, más abstractos y estandarizados –tipos ideales de agentes sociales y tipos ideales de acción social- que fungen como modelos para comprender el mundo de la vida cotidiana, entendida como el punto de partida y el punto de llegada del conocimiento científico.

Lo dicho permite captar con mayor profundidad la afirmación de Santamarina y Marinas, citada en páginas anteriores, cuando al referirse a los alcances de las historias de vida en la construcción de conocimiento, planteaban que este método hace posible el retorno hacia las redes productivas e interactivas del sistema social con las herramientas discursivas que provee el propio sistema, las cuales persisten en la memoria de los sujetos y de los grupos. Pero, ¿cómo se concreta este regreso? Para responder a esta interrogante conviene reiterar las nociones y relaciones postuladas en los párrafos precedentes a fin de precisar de qué manera la auto/biografía permite este vaivén, este camino de ida y vuelta, desde el significado subjetivo de la acción en el mundo de la vida cotidiana, hacia una comprensión del sistema social con las herramientas teóricas y metodológicas propias del conocimiento científico.

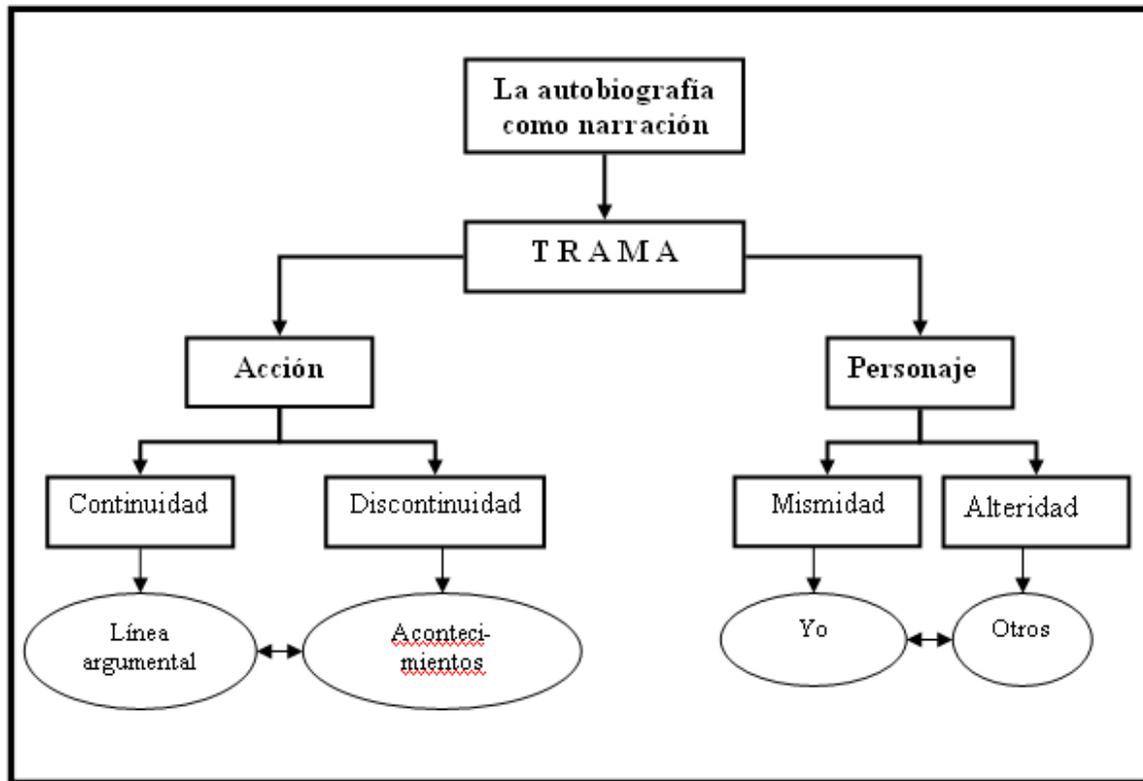
Para concretar esta tarea conviene precisar lo siguiente: a través de la trama, la autobiografía ofrece una aproximación a los constructos de primer orden, elaborados socialmente. A su vez, la trama consiste en un encadenamiento específico y original que distingue a la narración de cualquier otra forma de vínculo entre acontecimientos. Este rasgo distintivo del género literario narración deriva, según Paul Ricoeur, de la peculiar operación que realiza la trama y que consiste en una síntesis entre la continuidad del relato y la discontinuidad que introducen los acontecimientos, en tanto constituyen lo imprevisto, lo azaroso, lo casual. Sin embargo, la trama permite que, al insertarse en una narración, los acontecimientos adquieran el carácter de necesarios para explicar el curso de la vida desde el punto de vista de la finalidad que le atribuye el o la protagonista.

De regreso a la propuesta de Schutz y Luckmann, la autobiografía y más específicamente, un relato balance, entendido como la puesta en orden de la vida, de cara a

la recepción de una audiencia anticipada en el mundo de los contemporáneos y de los sucesores, permite concretar esta operación de “concordancia discordante” porque, como señalan los autores, al narrar se “explicita (explica) el sentido de las experiencias pasadas, captadas reflexivamente desde un Ahora actual y desde un esquema de referencia actualmente válido” (Schutz y Luckmann, 2001: 36).

Esta tarea de explicitación del sentido sólo puede concretarse con posterioridad a la vivencia porque “en la medida en que estoy envuelto en vivencias y dirigido hacia los Objetos a los que ellas apuntan, esas vivencias sólo tienen el sentido particular y temporal de la acción” (Schutz y Luckmann, 2001: 36). Así, para que las acciones puedan explicarse, deben adquirir un sentido general y permanente. Para ello, necesitan desprenderse de su carácter de “vivencia”, entendida como expresión única e imprevisible dentro de la realidad inmediata. Este proceso que, en el lenguaje de Schutz y Luckmann recibe el nombre de “sedimentación”, dota a la vivencia de un sentido general y permanente, es decir, desprende los aspectos únicos y específicos para deslizarse hacia el ámbito de las generalizaciones, de los conceptos, de las tipificaciones y de las recetas. De este modo es posible aprehender las situaciones del mundo de la vida como rutinarias.

Una vez planteado este punto, regreso a la teoría narrativa y al otro polo de la trama que está representado por el personaje, cuya identidad se concreta en un movimiento dialéctico entre mismidad y alteridad. Este giro hacia el personaje implica centrarse en la búsqueda del *quién* que realiza las acciones, un “yo” plantado de lleno en el mundo de los otros y viceversa, es decir, de los otros en el mundo del “yo”, para constituir un mundo, para construir una realidad que siempre es “intersubjetiva”. Lo expuesto hasta este punto puede sintetizarse en el siguiente esquema:



Con base en la síntesis que ofrece el esquema anterior, recupero las reflexiones de Schutz y Luckmann para señalar que en el relato autobiográfico, los semejantes se trasladan, desde el ámbito de las vivencias que corresponde a las interacciones “cara a cara”, al de las relaciones sociales donde los “otros” son aprehendidos como contemporáneos, antepasados y sucesores. Este deslizamiento ocurre con todos los personajes evocados, inclusive con quienes la protagonista entabla las relaciones más intensas e íntimas. Así, en el acto de la explicitación de sentido a través de la narración, todas las figuras, principales y secundarias, significativas o no, se ubican en una “relación Ellos”.

Para la protagonista, ubicarse en una “orientación Ellos” con respecto a los personajes, significa poner ante sí e interpretar las interacciones y las relaciones por medio de los esquemas sociales preexistentes, pero, al mismo tiempo, implica insertarse de lleno en el mundo social donde no sólo se relaciona con “otros seres como yo”, sino con “ellos”, es decir, con tipos sociales (Schutz y Luckmann, 2001: 88).

Para los autores, un tipo social es una representación, no una experiencia de otro concreto como sería el caso de un asociado con quien entablar una “relación Nosotros”, es decir, “cara a cara”. La “orientación Ellos” remite a diversos ámbitos del mundo de la vida que sólo pueden alcanzarse de manera potencial, ya sea como “mundo al alcance recuperable”, el cual tiene el carácter temporal del pasado, o bien, como “mundo al alcance asequible”, cuyo carácter temporal es el futuro (Schutz y Luckmann, 2001: 56). Así, las “relaciones Ellos” implican tratar no con “otro igual a mí”, sino con tipos y estructuras sociales, es decir, con otros impersonales.

Ahora bien, debido a que “el conocimiento del mundo social es un conocimiento típico concerniente a procesos típicos” (Schutz y Luckmann, 2001: 90), los esquemas de interpretación que orientan el sentido de las acciones se rigidizan. Esto significa que, a diferencia de lo que ocurre en una relación “cara a cara”, donde existe una reciprocidad de referencias que permite ajustes y negociaciones entre los co-partícipes, en el caso de las “relaciones Ellos”, estas transformaciones resultan más complejas y la coerción que los conocimientos sociales ejercen sobre los sujetos resulta más potente porque, como señalan los autores, “los atributos típicos son considerados invariables, de modo que las modificaciones de tal o cual atributo en la duración de Otro concreto no son advertidas” (Schutz y Luckmann, 2001: 89). De este modo, en las “relaciones Ellos” los otros son significativos para mí en tanto se ajustan a las tipificaciones previas (Schutz y Luckmann, 2001: 90).

En definitiva, la “orientación Ellos” implica el pasaje de la experiencia inmediata a la experiencia mediata de los otros. Esta experiencia subjetiva del mundo social depende de la ubicación espacial, más o menos próxima, de los semejantes y, en paralelo, determina la estratificación del mundo de la vida. Así, desde la perspectiva de los autores (Schutz y Luckmann, 2001: 87), “Ellos”, en tanto tipos sociales, pueden aparecer como:

a) tipos personales, también llamados tipos individualizados que se construyen con base en encuentros previos “cara a cara”, los cuales pueden volver a actualizarse; por ejemplo, la abuela, la madrastra, el médico de cabecera, etcétera.

b) tipos personales que se construyen con base en referencias proporcionadas por otras personas. No hay un conocimiento directo resultante de experiencias “cara a cara”, en

cambio, la tipificación depende del conocimiento de segunda mano; por ejemplo, el amigo de mi amigo, el abuelo de mi padre, los compañeros de escuela de mi madre, etcétera.

c) contemporáneos de cuya existencia personal tengo conocimiento y a quienes dentro de poco encontraré cara a cara, por ejemplo, el autor de este libro con quien estoy citada para mañana.

d) tipo funcionario que posee mayor grado de anonimato que los anteriores. De él es posible tener una experiencia en general como puntos de referencia de posiciones y roles sociales, por ejemplo, chofer de autobús, dependiente de tienda, patrón de hacienda, etcétera.

e) entes sociales colectivos que se construyen sobre la base de tipos funcionarios individualizados e, inclusive, de tipos personales que pueden, al menos en principio, transformarse en la experiencia inmediata del semejante, por ejemplo, el Consejo Directivo de PEMEX, el Poder Judicial, la Selección de Fútbol, etcétera.

f) entes sociales colectivos que nunca pueden experimentarse como tipos individualizados. Es el caso de las tipificaciones como “el Estado”, “la economía”, “las clases sociales”, “la iglesia católica”, que resultan totalmente inconvertibles en la realidad viva de un semejante. En estas tipificaciones se captan contextos de sentido y contextos de conducta objetivos, anónimos en grado sumo.

g) contextos de sentido objetivos. Son estructuras de significado formadas socialmente por antepasados o contemporáneos; por ejemplo, la gramática francesa, la literatura española, el método experimental, los mandamientos de la religión católica, etcétera.

h) artefactos en el sentido más amplio. Aluden a contextos de sentido subjetivos de un fabricante, consumidor o espectador desconocidos, por ejemplo, la rueda, la vacuna contra la poliomielitis, etcétera.

Al adentrarse en el mundo de la autobiografía, destaca que en él coexisten “otros significativos” con distintos grados de proximidad o anonimato y a quienes puede ubicarse en alguna de los tipos señalados anteriormente. De entre ellos, es posible diferenciar a quienes interactúan con la o el narrador como co-protagonistas o antagonistas; pero, también surgen otras entidades que poseen calidad de personajes, donde la espacialidad y la temporalidad biográfica intersectan con la dimensión socio-histórica y cultural.

La importancia de estas tipificaciones radica en que, por obra del reconocimiento que les otorga la heroína del relato, se erigen en figuras de autoridad social que, desde la perspectiva de la autobiografiada, le permiten hablar de un “nosotros”, ya sea el que corresponde al pequeño grupo de pertenencia, o bien, a otros con mayor grado de distancia y anonimato como la comunidad, la nación, la humanidad, etcétera. De este modo, la autobiografía es narrada no sólo por un “yo” biográfico sino por un “nosotros” comunitario. Para concluir cabe afirmar que a través del relato se concreta una doble operación, la puesta en trama de un “yo” protagonista pero, al mismo tiempo, de un “yo” comunitario, es decir, de un “nosotros”, ambos implicados en la dialéctica mismidad-alteridad.

Para profundizar sobre esta operación donde el “yo” biográfico y el “nosotros” comunitario se encuentran, es necesario volver la mirada hacia el acervo de conocimiento social y hacia el mundo de la vida cotidiana donde estos esquemas de interpretación se singularizan y ponen en juego en la apropiación intra e intersubjetiva. De ahí, entonces, la necesidad de situarlos, tanto al “yo” biográfico como al “nosotros”, en una determinada ubicación espacio-temporal para aprehender estas tipificaciones en la especificidad de las interacciones y de las prácticas.

Desde esta perspectiva, la vida cotidiana adquiere relevancia teórica y metodológica en la construcción de conocimiento en el ámbito de las ciencias sociales. Esta afirmación puede sonar paradójica, debido a una concepción que se remonta al mundo griego antiguo, y a la clásica distinción entre *doxa* y *episteme*, que contrasta el conocimiento científico, indubitable y verdadero, con la falibilidad y contingencia del que corresponde al mundo de sentido común, de la opinión, de las apariencias engañosas que provienen de la percepción. En este punto cabe preguntarse qué ha posibilitado este giro, este interés en la cotidianidad y qué implicaciones posee en relación con la construcción de conocimiento social. La próxima sección aborda ambas cuestiones.

LA CENTRALIDAD DE LA NOCIÓN “MUNDO DE LA VIDA” EN EL ESTUDIO DE LA COTIDIANIDAD

Para entender la centralidad que cobra el estudio de la vida cotidiana en las ciencias sociales contemporáneas es necesario remontarse a una preocupación planteada por Edmund Husserl (1984) a mediados de los años treinta del siglo XX, cuando diagnostica una situación de crisis en la ciencia europea de su tiempo. Este diagnóstico parece reiterarse en 1967 cuando Jürgen Habermas (2000) refiere una tensión que afecta a las ciencias

sociales y que el autor atribuye a la divergencia de perspectivas entre los practicantes de las ciencias sociales con respecto a la manera de construir el conocimiento en sus campos disciplinares. Si bien las expresiones “tensión” y “crisis” poseen significados diferentes, los vocablos permiten suponer que, para ambos autores, algo sucede en el ámbito de la producción de conocimiento que genera inquietudes y preocupaciones expresables sólo en términos que aluden a contradicción, desasosiego, gravedad y esfuerzo. Para estos autores se trata de problemas que apuntan a los fundamentos del conocimiento científico y que ambos se aprestan a diagnosticar.

El “diagnóstico” de Husserl. Desde la perspectiva de este autor, la crisis ha sido erróneamente diagnosticada por sus contemporáneos como “el problema de la técnica”, entendido como: a) los problemas que genera el desarrollo tecnológico. Al respecto, cabe señalar que estos problemas que comenzaban a insinuarse en vida del autor, y a los cuales hace referencia en su texto, persisten y se han agudizado hasta el presente bajo la modalidad de contaminación, destrucción del medio ambiente humano y animal, calentamiento global, deterioro de las condiciones y de la calidad de vida de amplios sectores de la población, etcétera. De este modo, las anticipaciones de Husserl mantienen total vigencia; b) la destrucción de lo que podría denominarse “la natural naturaleza” humana, en contraposición a una “naturaleza artificial” o “segunda naturaleza” que se asocia con la técnica y la cultura.

Estos prejuicios ponen en evidencia una contradicción que estaría en la base del problema: el desarrollo tecnológico, originalmente orientado a crear condiciones de vida cada vez más satisfactorias, termina independizándose del ser humano para volverse en contra de su creador y amenazar la supervivencia misma del planeta. Desde la perspectiva de Husserl, esta paradoja evidencia una especie de ceguera del sujeto moderno, quien corre hacia su destino técnico con los ojos cerrados. En esta dirección, Hans Blumenberg (Blumenberg, 1999: 53) recupera las reflexiones de Husserl para señalar que al presente, la ciencia se extravía en un mundo de cuerpos y de objetos.

Sin embargo, Husserl considera erróneo atribuir la crisis de la ciencia a la tecnificación, cuando ésta es una de las formas posibles en que el ser humano se relaciona con la realidad. Por alguna razón, la contingencia de este vínculo ha sido reemplazada por una afirmación

de necesidad. Esto significa plantear que los seres humanos sólo pueden interactuar con el mundo desde una perspectiva técnica, es decir, orientada a la apropiación y al dominio de la naturaleza y del entorno social, la cual se justifica en aras de la supervivencia de la especie humana y debido a las características onto y filogenéticas que la diferencian de cualquier otra especie animal.

A su vez, esta confusión, esta pérdida de sí en un mundo de cuerpos y de objetos trae, como consecuencia, un alejamiento indiferente de las preocupaciones que son decisivas para la humanidad, una exclusión consciente de los problemas candentes para los seres humanos, es decir, de aquellas cuestiones que apuntan, precisamente, al sentido de la existencia. Por esta razón, la ciencia se ha extraviado a sí misma y ha concluido que el único conocimiento verdadero es aquél que puede verificarse empíricamente. De este modo, la reflexión de Husserl apunta a indagar por las razones que explican en qué momento y por qué razón, nuestra visión de la realidad aparece dominada por la tecnificación considerada como necesaria y universalmente válida.

El “diagnóstico” de Habermas. Este autor identifica una tensión entre dos planteamientos divergentes que coexisten en el seno de las ciencias sociales. Esta tensión se verifica en la práctica investigativa, donde se acepta como obvia una distinción entre las ciencias nomológicas y las ciencias histórico-hermenéuticas. Las primeras obtienen y examinan hipótesis legaliformes acerca de regularidades empíricas, mientras que las segundas se preocupan por los plexos de sentido que elaboran analíticamente.

Así descrito, el problema parece concernir a estos dos ámbitos del quehacer científico, los cuales prosiguen cada uno su marcha sin que surjan mayores intentos por integrar sus respectivos enfoques. Sin embargo, este divorcio también afecta a las ciencias sociales porque la práctica de la investigación en este campo obliga a reflexionar sobre procedimientos tanto analíticos como hermenéuticos (Habermas, 2000: 82-83).

Debido a lo anterior, Habermas no duda en reconocer que la sociología ha perdido perspectiva. En ella todo es presente y parece mirar a la historia con la displicencia de quien ha superado una relación antaño conflictiva. Pero no se trata de un presente donde intersectan distintas temporalidades en espera del ojo de un observador en condiciones de sacar a la luz la presencia del pasado, de lo invisible, en el presente. En cambio, se trata de

una sociología para la cual, “la significación histórica de sus datos queda neutralizada de antemano” (Habermas, 2000: 97).

Una consecuencia de lo expuesto consiste en que “las ciencias de la acción se aprestan a generar técnicas para el gobierno de la acción social, del mismo modo que las ciencias de la naturaleza, técnicas para dominar a la naturaleza” (Habermas, 2000: 99). Entonces, la ciencia se convierte en la principal fuerza productiva y sus productos y preocupaciones están muy alejados de las preguntas por los fundamentos y el sentido de su propia actividad.

Para captar con mayor profundidad la tensión identificada por Husserl y por Habermas en el interior de las ciencias sociales, conviene señalar que las reflexiones de ambos autores ocurren en el devenir de un debate relacionado con la construcción de conocimiento científico, y que sus respectivos “diagnósticos” expresan lo que podría considerarse como dos momentos de dicha controversia. Así, la reflexión de Husserl coincide con la crisis de la idea de Progreso, idea que se enmarca en un periodo de la historia de las ciencias sociales que inicia en 1850 y culmina alrededor de 1945. A su vez, el cuestionamiento de Habermas expresa una crítica al predominio de las ciencias nomotéticas que se verifica con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, supremacía que se traduce en un divorcio entre la sociología y la historia, el cual privilegia el estudio del presente desde una perspectiva fundamentalmente instrumental.

La ubicación temporal de estas reflexiones se basa en la propuesta del *Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales* (Wallerstein, 2001), la cual permite captar con mayor profundidad los puntos de encuentro y desencuentro en los planteamientos de ambos autores. A su vez, el *Informe* puede analizarse como un tercer momento de esta controversia, ubicado en años más recientes, cuyos autores proponen la “apertura” de las ciencias sociales para afrontar los retos y desafíos de cara a la organización institucional de la práctica científica en el ámbito académico.

Los momentos de la “crisis”. Con relación al primer momento, cabe señalar que las reflexiones de Husserl surgen en las postrimerías de una visión de las ciencias sociales como promotoras y garantes del progreso humano ilimitado e incontenible, idea que a partir del siglo XIX se ve reforzada por las realizaciones materiales de la técnica. En paralelo, el

vínculo entre filosofía y ciencias de la naturaleza, concebidas como aliadas en la búsqueda de la verdad secular, comienza a resquebrajarse y, para el siglo XIX, “la división del conocimiento en dos campos ‘separados pero iguales’ adquiere un sabor jerárquico” que se expresa por medio de una dicotomía entre el “conocimiento cierto”, es decir, el científico, y el “conocimiento imaginado e, inclusive, imaginario (lo que no era ciencia)” (Wallerstein, 2001: 7).

La distinción aludida entraña un problema de mayor profundidad dado que conlleva la definición de lo que se entiende por conocimiento verdadero, cómo obtenerlo y con qué finalidad. Como señala el *Informe*, “la lucha epistemológica sobre qué era conocimiento legítimo ya no era solamente una lucha sobre quién controlaría el conocimiento sobre la naturaleza sino sobre quién controlaría el conocimiento humano” (Wallerstein, 2001: 8). Así, el par conceptual compuesto por las expresiones “conocimiento cierto”/ “conocimiento imaginado o imaginario”, expresa el vínculo entre una determinada perspectiva epistemológica y una concepción ideológica y, al mismo tiempo, plantea una relación jerárquica entre las distintas disciplinas y campos científicos, a resultas de la cual, en el siglo XIX culmina el proceso por el cual las ciencias naturales y sus métodos adquieren una posición dominante.

De este modo, la noción de Progreso, que alude a la confianza sostenida en el futuro y en el perfeccionamiento no sólo material sino moral de la vida humana, se sustenta en una idea de ciencia objetiva, “positiva”, es decir, orientada a la búsqueda de las leyes generales de la sociedad a partir de la indagación empírica y no de la especulación y/ o de la deducción filosófica. Para ello, la ciencia cuenta con el auxilio del método que permite “salir fuera de la mente”, a diferencia de la filosofía y sus practicantes, a quienes se cuestiona porque “no hacen más que meditar y escribir sobre sus meditaciones” (Wallerstein, 2001: 14).

En cambio, las ciencias sociales, tal como lo hacen las orientadas al estudio de la naturaleza, aparecen en condiciones de aportar a la toma de decisiones políticas basadas en criterios racionales, en especial, en un momento histórico que se caracteriza por el surgimiento de las fronteras nacionales, la organización política de las comunidades humanas y la búsqueda de control social luego de las Revoluciones que habían trastrocado el Antiguo Régimen.

Esta confianza irrestricta en el Progreso material y moral de la humanidad llega a su fin durante el periodo comprendido entre ambas guerras mundiales, época donde se ubica la reflexión de Husserl. Uno de los puntos neurálgicos de este cuestionamiento surge ante el papel de la técnica cuyos logros la habían perfilado como un motor decisivo del Progreso. Sin embargo, la Primera Guerra Mundial evidencia el potencial de destrucción y muerte que acompaña el desarrollo tecnológico y, al mismo tiempo, arroja severas sospechas sobre las posibilidades reales de progreso moral de la humanidad.

Desde otro ángulo, el planteamiento de Habermas surge a fines de los años sesenta del siglo XX y se enmarca en tres procesos que afectan profundamente a las ciencias sociales. El primero de ellos fue el cambio de la estructura política del mundo. Por un lado, la “guerra fría” entre Estados Unidos y la Unión Soviética, las dos potencias que se disputan la hegemonía mundial; por el otro, la afirmación histórica de los pueblos no europeos. El segundo proceso se extiende hasta comienzos de los años setenta, cuando la población mundial y la capacidad productiva alcanzaron niveles sin precedentes; por último, el tercer proceso surge de la expansión extraordinaria, tanto cuantitativa como geográfica, de los sistemas universitarios en el nivel mundial que trae, como consecuencia, un incremento en la cantidad de científicos sociales profesionales, pero también, en la composición de la base social y en los lugares de procedencia, en los temas de investigación y en las perspectivas para abordarlos (Wallerstein, 2001: 37).

Así como la idea de Progreso es una de las principales fuerzas ideológicas que impulsa el conocimiento científico en el periodo anterior, después de 1945 cobra fuerza la dupla “modernización” y “desarrollo”, la cual alcanza un papel predominante en la construcción de teoría social. Esta reflexión gira en torno de una hipótesis central que trata de explicar las diferencias entre distintas regiones del planeta, especialmente de aquéllas que han permanecido casi invisibles para las ciencias sociales tanto en Europa como en Estados Unidos. Así, la modernización se entiende como un cambio estructural graduado y gradual que, en caso de orientarse en la dirección correcta, tarde o temprano alcanzará a todas las naciones. En el ámbito de las políticas públicas, esta certeza se traduce en una preocupación por el “desarrollo”, un proceso a través del cual se promueve y evalúa el avance de las naciones en el camino de la modernización (Wallerstein, 2001: 44-45).

El compromiso de las ciencias sociales con la elaboración de teorías, así como con la realización de diagnósticos, la evaluación de logros y la propuesta de soluciones concretas se aúna a la búsqueda de respuestas para un problema epistemológico no menor. Porque la visibilidad que cobran los países no europeos implica un cuestionamiento a la validez universal de las leyes sociales que, postuladas desde los centros dominantes de construcción de conocimiento, entran en crisis ante el ingreso de nuevos agentes sociales, provenientes de otros contextos, tanto en calidad de sujetos de investigación como de practicantes de las disciplinas sociales.

Estimuladas por la “guerra fría”, así como por la necesidad de identificar los problemas urgentes y aportar las soluciones concretas para orientar las políticas de desarrollo, las principales potencias mundiales realizan fuertes inversiones en la producción de conocimiento en todos los campos. A su vez, esta orientación práctica contribuye a reforzar mundialmente los paradigmas orientados a las realizaciones tecnológicas. En el ámbito de las ciencias sociales, esta dirección determina un énfasis en las tendencias más nomotéticas tanto en la sociología como en la economía y en la ciencia política, orientación que adquiere un predominio cada vez mayor (Wallerstein, 2001: 39).

El camino seguido por las ciencias sociales agudiza el distanciamiento con la historia, aunque se trata de una lejanía planteada desde muy larga data y con características distintas al divorcio entre ciencia y filosofía que se concretó en el siglo XIX. Sin embargo, mientras que en ese momento, las ciencias sociales modernas comienzan a sentar sus bases bajo el imperativo de contribuir al ordenamiento social y político moderno, la historia se da a la tarea de contribuir a “la unidad social de los estados mediante la elaboración de relatos históricos nacionales con el objeto de dar un soporte a nuevas o potenciales soberanías” (Wallerstein, 2001: 11).

Desde el punto de vista epistemológico, este distanciamiento expresa una escisión entre las disciplinas nomotéticas y la historia, orientada por tendencias idiográficas y hermenéuticas. Estas tendencias contribuyen a un profundo conocimiento contextual de la cultura que, desde el punto de vista de la construcción de conocimiento, parece más válido, confiable, objetivo y, por ende, neutral, que los resultados de la aplicación de modelos teóricos o esquemas generales para explicar datos empíricos.

De acuerdo con el *Informe de la Comisión Gulbenkian*, entre 1850 y 1945, periodo que coincide con el proceso de consolidación de las ciencias sociales en el ámbito académico, persiste esta modalidad de relación entre la historia y las ciencias sociales nomotéticas (sociología, economía y ciencia política), aunque, después de 1945 este ordenamiento comienza a sufrir los embates derivados de un cambio en las prácticas de los científicos sociales. Este cambio trae como consecuencia el cuestionamiento de la división entre disciplinas, así como una crítica a la ausencia de historicidad de las ciencias sociales nomotéticas. Este cuestionamiento, recrudesció hacia la década de los años 60, estimulando “un movimiento de cooperación cada vez más estrecho entre la historia y las demás ciencias sociales aunque, entre una minoría de sus practicantes” (Wallerstein, 2001: 50).

La reflexión de Habermas aparece datada en este momento y puede leerse como una aportación al esfuerzo por integrar ambas perspectivas, la nomotética y la idiográfica y hermenéutica, en el ámbito de las ciencias sociales.

Una vez esbozados los planteamientos de ambos autores surgen algunos puntos de encuentro entre ellos. En este sentido, las reflexiones de Habermas parecen señalar una agudización de los problemas diagnosticados por Husserl, sin embargo, las estrategias que proponen para afrontarlos difieren en algunos aspectos. Así, la indicación de Husserl consiste en una vuelta a la filosofía para que ella retome los conceptos o problemas que quedan pospuestos por la ciencia en su avance vertiginoso. De este modo, la ciencia constituirá el fundamento de la filosofía o de una “nueva” filosofía cuyas preocupaciones estarán orientadas hacia un campo de preocupaciones que le competen específicamente. Para Habermas, en cambio, el problema se desplaza de una crisis de fundamentos, a la relación entre un saber técnicamente utilizable y la conciencia práctica del “mundo de la vida”. Desde la perspectiva del autor, las ciencias sociales no pueden sustraerse de este vínculo porque, por su propia lógica, están ubicadas en el centro de la tensión que se expresa entre “mundo de vida” y el saber técnicamente utilizable.

A partir de estas diferencias con respecto a la percepción del problema, ambos autores también divergen al replantearse la cuestión que los ocupa. Sin embargo, los dos ubican en el centro de sus preocupaciones a la reflexión en torno de la categoría “mundo de vida”. A su vez, a lo largo del siglo XX este interés cobra relevancia desde distintas perspectivas

teóricas y ámbitos disciplinarios, tales como el de la fenomenología sociológica, la etnometodología, la filosofía del lenguaje cotidiano y la nueva historia cultural.

Para entender los alcances de esta centralidad, cabe recordar que tanto en el ámbito de la filosofía como en el de las ciencias sociales, el conocimiento del “mundo de la vida” fue desechado y descalificado por considerarse incompatible con el conocimiento verdadero. En este sentido, puede afirmarse que el olvido de la *doxa* comienza con Parménides y constituye la base de todo el desarrollo de la metafísica occidental (Villoro, 1963: 10). Por eso, un primer acercamiento a esta cuestión permite considerar la centralidad concedida al “mundo de la vida”, como categoría teórica y como ámbito de indagación empírica, a modo de una señal de que la pretendida independencia de las ciencias sociales con respecto al mundo de la opinión, del sentido común, constituye más una ficción que una realidad.

Las reflexiones de Habermas acuden en refuerzo de esta sospecha, porque si las ciencias sociales están comprometidas con la existencia humana, no pueden dejar de lado ese suelo de conocimiento aporético, siempre disponible “a la mano”, que representa el fundamento de todas las “verdades” con que nos manejamos en el mundo de la existencia. De ahí que este interés o este volverse hacia una misma categoría desde distintas perspectivas teóricas, para reconocerle una preeminencia que le ha sido negada, más que considerarlo como un hecho invita a preguntarse de qué es síntoma.

El concepto fenomenológico de “Mundo de vida”. Para responder a la cuestión planteada en el apartado anterior, conviene recuperar el concepto de “mundo de vida”, como lo propone Husserl en la *Crisis*. Al respecto, señala:

El “mundo de la vida”, para nosotros que vivimos en él en estado de vigilia, existe desde siempre, ya siempre ahí y de antemano, es el “suelo” de toda praxis, ya sea teórica o extrateórica. El mundo nos es pre-dado [...] como horizonte [...] no una vez accidentalmente, sino siempre y necesariamente. Vivir significa constantemente vivir-en-la-certeza-del mundo (Husserl, 1984: 146).

La cita permite afirmar que el “mundo de la vida” no es simplemente un modelo o construcción ideal. Es el mundo en que hemos nacido y en el que transcurre nuestra existencia, donde aprendemos nuestra lengua materna y las formas de nuestra cultura. En él

planeamos y concretamos nuestros proyectos, nos relacionamos con otros y es donde, en definitiva, nos sorprenderá la muerte. Por otra parte, el “mundo de la vida” garantiza ciertas “seguridades ontológicas”, en especial, una constancia “de fondo” de ciertos objetos y sucesos aun cuando siempre aparezcan de maneras cambiantes. Además, como señala el autor, este ámbito se caracteriza por la “real experimentabilidad” de las cosas, ya sea en la presencia inmediata o, en ausencia, como algo en el recuerdo (Husserl, 1984: 131).

Desde la perspectiva de Husserl, este mundo no debe ser puesto aparte como indigno de investigación o descripción. Por el contrario, requiere desesperadamente de una exploración y clarificación disciplinada. Sin embargo, el “mundo de la vida”, en tanto horizonte último de sentido, no resulta accesible a la lógica y los métodos de las ciencias naturales porque incluye factores subjetivos que no pueden excluirse de la investigación: al propio sujeto que investiga, sus intereses, sus actos, junto a otros objetos y sucesos. En definitiva, el investigador incide sobre lo investigado porque sujeto y objeto se salen al encuentro en el mismo ámbito (Wild, 1963: 79-80).

Pese a lo anterior, esta dificultad puede superarse si se toma en cuenta que el “mundo de la vida” posee sus propias estructuras, tales como “ser en el mundo”, la “orientación espacial” y el “tiempo vivido”. Ellas remiten a una conciencia trascendental o subjetividad trascendental (diferente de una conciencia o “ego” psicológico) que es la condición de posibilidad de estas estructuras. En este sentido, entonces, el “mundo de la vida” en Husserl aparece como el correlato de la conciencia o subjetividad trascendental (Gaos, 1963: 7).

Lo expuesto pone de manifiesto que el análisis fenomenológico permanece dentro de los límites de la conciencia. Esto supone la posibilidad de investigar la constitución del “mundo de la vida” en su generalidad abstracta pero no permite dar cuenta de la aprehensión de cada mundo individual posible, ya se trate del de un individuo o el de un grupo (Habermas, 2000: 198). Pese a los esfuerzos de Husserl por superar el solipsismo cartesiano, su propuesta permanece en el ámbito de la subjetividad fundadora de sentido, lo cual puede alentar sospechas acerca de una reedición del viejo dualismo cuerpo-mente.

Pese a estas críticas, las reflexiones del autor contribuyen a clarificar la posición que ocupa la técnica con respecto al “mundo de la vida”. Así, ella aparece como resultado de una abstracción, una especie de sinécdoque (la parte por el todo) que reduce el “mundo de la vida” a un mundo de objetos. Pero la técnica y el desarrollo de la concepción

instrumental del mundo de la vida, que lo ha transformado en un mundo de objetos (incluido el ser humano), es sólo una consecuencia posible y no necesaria. Esta conclusión, ofrece elementos para reflexionar acerca de otra abstracción, la de la cultura como sinónimo de “mundo de la vida” que, desde esta óptica, puede interpretarse como otra reducción del todo a la parte. Así, la propuesta fenomenológica permite observar a la técnica como un modo de relacionarse con el “mundo de la vida”, pero sólo uno de los modos posibles; al mismo tiempo, lleva a preguntar cómo surge esta visión de la técnica como distinta y confrontada con la naturaleza. La respuesta supone historizar los fundamentos y el modo de construcción de ese vínculo.

Así, la fenomenología indaga en las condiciones históricas y sistemáticas que hicieron posible las ciencias en el “mundo de la vida”. Y, en esta indagación, revela que la ciencia misma es una actividad del “mundo de la vida”. Por lo tanto, la actitud objetivista, que opone el mundo determinado por la ciencia a la relatividad del “mundo de la vida”, no logra su objeto. Por el contrario, este “mundo de la vida” está ya presupuesto en cualquier construcción científica.

En consecuencia, hacer objeto de descripción teórica al “mundo de la vida” no significa rescatarlo sino, por el contrario, conlleva la inevitable destrucción de la obviedad como atributo suyo esencial. No se trata de una especie de retorno a la naturaleza o a una “naturaleza natural” humana que habría sido perdida o transmutada en una “naturaleza artificial” o “segunda naturaleza” en que consiste la cultura. En cambio, deshacerse de la obviedad implica abrirse a la contingencia y a la facticidad, lo cual no necesariamente debe adquirir tonalidades amenazantes o negativas.

El concepto cotidiano de “mundo de vida”. El análisis de Habermas sobre la tensión que atraviesan las ciencias sociales contemporáneas parece apuntar con dirección a una pregunta: ¿cómo lograr que la teorización propia de las ciencias sociales, la “lógica” con la que operan, no derive en un conocimiento al servicio de las técnicas de control social ni hacia una reflexión trascendental?

En la *Lógica* aparecen numerosas pistas que profundizan una y otra vez en este punto y ofrecen distintos ángulos para la reflexión. No obstante, conviene recordar que, en el planteamiento del problema, el autor señala:

El tipo de reflexión [...] que ha de versar sobre la inserción de medios técnicos en el mundo social de la vida tiene que cumplir simultáneamente estas dos cosas: tiene que *analizar* las condiciones objetivas de la situación, así las técnicas disponibles o factibles, como las instituciones existentes y los intereses efectivos y, al mismo tiempo, *interpretarlos* en el marco de la autocomprensión de los grupos sociales determinada por la tradición (Habermas, 2000: 102).

De este modo, los procedimientos analíticos y hermenéuticos empleados de manera conjunta, constituyen las herramientas para interpelar a una ciencia que, al transformarse en la principal fuerza productiva, se ubica a sí misma como exterior y en un plano de superioridad con respecto al “mundo de la vida” cuando, en realidad, surge en y por el “mundo de la vida”. De este modo, la precomprensión histórica de los plexos de sentido constituye una tarea ineludible a fin de que el juego de lenguaje de la ciencia moderna incorpore la tradición cultural en la interpretación de la realidad.

Estas reflexiones permiten entender con mayor profundidad la afirmación de Habermas referida a la centralidad del “mundo de la vida” para la teoría social. Sin embargo, para que pueda ocupar esa posición, el autor propone ir más allá de la perspectiva del participante a fin de transformarlo en un concepto útil para el análisis. Para concretarlo postula el concepto cotidiano de “mundo de la vida”, “con cuya ayuda los agentes comunicativos datan sus emisiones en el espacio social y en el tiempo histórico” (Habermas, 2000: 193).

Este concepto cotidiano de “mundo de la vida”, permite deslindar un ámbito de objetos propios de las ciencias sociales que corresponde al de los sucesos narrables o hechos históricos. El autor fundamenta este criterio en que sólo se pueden construir “historias verdaderas”, esto es, “creíbles”, con referencia a un horizonte válido para los participantes. Lo dicho no implica negar la posibilidad de contar “historias falsas”, las cuales serán igualmente creíbles en la medida en que respeten los criterios narrativos válidos para los participantes.

Pero, ¿por qué razón el concepto cotidiano de “mundo de la vida” haría posible esta delimitación de un campo objetual propio de las ciencias sociales? Porque, si nos limitamos a captarlo desde la perspectiva del actor, todo cabe bajo ese manto omnicompreensivo: todo es “mundo de la vida”. Sin embargo, no todo lo que pertenece al “mundo de la vida”, o no todos los sentidos de ese horizonte, entran en el ámbito de las ciencias sociales como sus

objetos de estudio. Por eso, es necesario precisar qué del “mundo de la vida” como horizonte total, será objeto de indagación de la ciencias sociales. Habermas precisa: sólo los sucesos del “mundo de la vida” cotidiana que son susceptibles de ser narrados.

La delimitación de este campo permite establecer una distinción entre sucesos narrables y sucesos no narrables. Los primeros, propios de las ciencias sociales, describen hechos y acontecimientos históricos que son tematizados en la acción. Los segundos, no describen hechos o eventos históricos y refieren a un concepto trascendental (o no cotidiano) de “mundo de la vida”.

A partir de esta distinción, es necesario tener en cuenta que la sociedad provee a sus miembros de ciertas formas de narrar. De este modo es posible hablar de horizontes de sentido compartidos. Porque esas formas de narrar permiten que las representaciones individuales se solapen lo suficiente como para condensarse en convicciones aprobemáticas que determinan la posibilidad de desarrollar una identidad individual y social. Por eso, el análisis de esas formas de narrar puede ser un punto de partida para indagar sobre el concepto cotidiano de “mundo de la vida”.

Cabe agregar que “teorizar” este concepto implica un pasaje de la exposición narrativa de los sucesos y hechos históricos de un agente individual o colectivo, a interpretaciones del “mundo de la vida” como totalidad. Es decir, el trabajo teórico consiste en pasar de las interpretaciones de los sucesos que acaecen en el “mundo de la vida”, a las interpretaciones que las hacen posibles, a esas convicciones aprobemáticas, a esas “verdades” que nos permiten hablar de conocimiento socialmente válido.

Al indagar cómo es posible esta consistencia, esta coherencia de horizontes de sentido, de “mundo de la vida”, cuando cada situación particular sólo ofrece un fragmento, un recorte de mundo, Husserl afronta este problema postulando una correlación “a priori” entre ser y apariencia, entre lo uno y lo múltiple. Para Husserl, éste es un “a priori” de la conciencia trascendental (Husserl, 1984: 161). Para Habermas, en cambio, esta correlación es un pre-requisito de la forma narrativa. Esto es lo que dice Habermas cuando afirma:

Por el hecho de ponernos a narrar, esto es, en virtud de la propia forma de narrar, elegimos una perspectiva que nos fuerza “gramaticalmente” a poner en la base de la descripción, como sistema cognitivo de referencia, un concepto cotidiano de “mundo de la vida” (Habermas, 1990: 194).

Esta obligación que nos impone la gramática implica una serie de supuestos: que los participantes en la interacción comparten un mundo y que el conocimiento intersubjetivo del mundo es posible. Por otra parte, esta imposición ejercida por la gramática implica interesarse por la identidad del otro y por el contexto de interacción. En este sentido, si la comunidad no provee de estas formas narrativas no hay posibilidad de relato, ya sea bajo la modalidad de una descripción o de una auto/biografía. En definitiva, las reflexiones de Habermas plantean la posibilidad de pasar de lo individual, de los sucesos particulares, a la reproducción del “mundo de la vida”, es decir, a la producción y reproducción de horizontes de sentido socialmente compartidos, a través de la acción comunicativa.

En síntesis, al considerar la centralidad de la noción cotidiana de “mundo de la vida” y preguntar de qué es síntoma, surge que la pregunta por la crisis de las ciencias que diagnosticaba Husserl puede interpretarse como una interrogación por la crisis del mundo técnico moderno y de la vida que le dio origen, es decir, del mundo que privilegió una relación de tipo instrumental del ser humano con la naturaleza y con su entorno social. De este modo, la noción trascendental de “mundo de vida” propuesta por Husserl, pretende deslindar los objetos de reflexión de las ciencias sociales con respecto de los que competen a la filosofía, a fin de recuperar la dimensión de la existencia humana que las ciencias sociales han dejado fuera de sus preocupaciones.

Por su parte, Habermas plantea un problema que ubica en la lógica de las ciencias sociales, las cuales han centrado su operación en la dimensión instrumental. Esta decisión las deja inermes para captar la complejidad de lo social que requiere no sólo de procedimientos analíticos sino de procedimientos hermenéuticos, es decir, la ciencia no sólo opera con la lógica de la investigación experimental sino que requiere del aporte histórico hermenéutico, a fin de interpretar aquellas dimensiones o aspectos de la vida social que no logran captarse desde una perspectiva que privilegia exclusivamente una racionalidad del tipo medios-fines.

Los cuestionamientos reseñados expresan uno de los dilemas que afecta la construcción de conocimiento científico; en paralelo, reitera una preocupación en torno de la cual se consolidaron las ciencias sociales. Al respecto, el *Informe de la Comisión Gulbenkian* parece retomar este problema, esta vez con relación al reto que implica para las ciencias sociales contemporáneas, la construcción de conocimiento científico en una época cuya

escena social aparece signada por lo que podía denominarse como un “estallido de la alteridad”³⁰. Este nuevo desafío lleva a plantearse, entre otras cuestiones, la siguiente interrogación: ¿cómo incorporar la polifonía social, la pluralidad de voces, el “politeísmo de valores”, en la construcción de conocimiento social sin que el “estallido de la alteridad” implique, al mismo tiempo, un estallido de las disciplinas mismas?, o bien, para expresarlo en otros términos, ¿cómo compatibilizar el universalismo con la incorporación de la pluralidad en la investigación científica?

Afrontar este dilema conlleva un serio cuestionamiento al universalismo de las ciencias, en cambio, implica aceptar que la verdad es histórica, reconocimiento que cuestiona la supuesta neutralidad de las y los investigadores y la objetividad de sus explicaciones e interpretaciones. Como contrapartida, esta revisión de algunos supuestos sobre los cuales se construyó el andamiaje de la ciencias sociales modernas, incluye el reconocimiento de interpretaciones diversas e, inclusive contradictorias, del mundo social debido a su complejidad e incertidumbre. En última instancia, este encuentro/desencuentro de versiones sobre lo que es universal, requiere cabida en el ámbito de la ciencia porque, como señalan los autores del *Informe*, “si la ciencia social es un intento en la búsqueda de conocimiento universal, entonces lógicamente no puede haber “otro”, porque el “otro” es parte del “nosotros”, ese nosotros al que estudiamos, ese nosotros que hace el estudio” (Wallerstein, 2001: 63).

De cara a la situación que enfrentan las ciencias sociales contemporáneas, el *Informe* propone una apertura a la diversidad, al politeísmo de valores para incorporar las contradicciones, un “universalismo pluralista” abierto, tanto a visiones de mundo distintas como a sus diversos portadores; inclusive, plantea que esta apertura debe llevarse al terreno del lenguaje donde es necesario un “estallamiento” de las categorías empleadas para describir a las y los otros (Wallerstein, 2001: 63).

En este punto cabe preguntarse qué implicaciones posee esta apertura a la diversidad y cómo concretarla en el ámbito de la investigación empírica. Para responder a esta cuestión, el próximo apartado regresa sobre el concepto “mundo de vida”, pero esta vez, entendido

30 A lo largo del Informe aparecen reiteradas las expresiones “estallido”, “explosión”, “estallamiento”, tanto para caracterizar la emergencia de nuevos agentes sociales como para referirse a la pluralidad, al “politeísmo de valores” que caracterizan el mundo contemporáneo y a los descontentos con el paradigma dominante en las ciencias sociales. Con base en esos vocablos, adopto dicha metáfora que expresa el impacto de estas presencias y debates en la configuración de los escenarios sociales de nuestro tiempo.

como una perspectiva teórica y un enfoque de análisis, en el intento de proporcionar una estrategia para el abordaje de la diversidad social.

El “mundo de la vida” como un enfoque teórico y analítico. Al inicio, este capítulo plantea que el encuentro entre Biografía e Historia permite abordar el estudio de la realidad social desde la perspectiva de los sujetos, situados en coordenadas espaciales y temporales específicas. Esto implica poner en primer plano la subjetividad entendida no como un “yo” psicológico sino como una dimensión analítica a través de la cual es posible acercarse al conocimiento de sentido común, “aprobemático”, “a la mano”, mediante el cual significamos nuestras interacciones y prácticas cotidianas.

Pero en el ámbito de las ciencias sociales y debido a la fuerte orientación nomotética que las ha caracterizado, la cual coincide con el paradigma epistemológico dominante desde el siglo XIX, privilegiar la subjetividad resulta poco confiable ya que aparece como un excedente que perturba la objetividad científica y que, por esa misma razón, debe ponerse entre paréntesis o mantenerse bajo control, tanto desde la posición de las y los sujetos que investigan como de quienes son investigados.

Sin embargo, a partir de los años 60 del siglo XX resurge el interés por la construcción de conocimiento que tome en cuenta o ponga en el centro de sus preocupaciones la perspectiva de los sujetos. De los apartados precedentes surge que esta tendencia coincide con la práctica científica de otras disciplinas, tales como la antropología y la historia. A su vez, en el ámbito de la sociología esta orientación conoció una época de auge con las investigaciones de la Escuela de Chicago. Sin embargo, para la década señalada, el interés por la construcción intersubjetiva de la realidad social había decaído totalmente.

De este modo, la atención hacia lo biográfico, la cual puede interpretarse como un resurgimiento de preocupaciones añejas, adquiere connotaciones novedosas si se ubica en relación con el descontento entre un sector de las y los científicos sociales vinculado con la práctica investigativa. Así, este malestar puede ubicarse como un factor de peso en la renovación del interés por el método de historias de vida que se suma a la crítica de la separación entre la disciplina histórica y las ciencias sociales.

Con respecto a este giro hacia lo biográfico, un apartado anterior recupera el análisis de Ferrarotti³¹, quien lo explica como consecuencia de dos problemas que aquejan a las ciencias sociales en ese momento. Por un lado, se trata de una crisis de los dos axiomas fundamentales: la objetividad y la universalidad de las leyes científicas; por otro, surge de la necesidad de una hermenéutica social que permita incorporar la vida cotidiana, sus problemas y tensiones, como objeto de investigación.

Este diagnóstico coincide con las reflexiones de Habermas, planteadas en la misma época, quien señala una tensión en las ciencias sociales debido a la lógica con que operan, la cual implica el predominio de las tendencias nomotéticas y el descuido, olvido o rechazo de la perspectiva histórico-hermenéutica. El exceso hacia uno de los polos de esta distinción la lleva al riesgo de transformarse en una ingeniería social, tal como señalan varios autores citados al comienzo de este capítulo. A su vez, el temor a caer en el otro lado de la dicotomía, percibido como una amenaza a la legitimidad del conocimiento científico social, trae como consecuencia un distanciamiento de la disciplina histórica, menos proclive a las generalizaciones, más comprometida con una tendencia idiográfica, interpretativa. En esta disyuntiva, la inclinación hacia el primero de estos polos trae como consecuencia que los datos de las ciencias sociales pierdan profundidad al carecer de perspectiva histórica.

El interés y el énfasis en el “mundo de la vida”, ya sea como correlato de la conciencia trascendental en Husserl, o bien, desde la perspectiva de Habermas, como una realización intersubjetiva, es decir, un horizonte de sentido que surge de la acción comunicativa y que depende de las formas narrativas con que la sociedad dota a sus miembros, puede entenderse como otra vía de expresión del malestar entre los practicantes de las ciencias sociales con respecto a la construcción de conocimiento en sus propias disciplinas.

Sin embargo, la centralidad que adquiere la categoría “mundo de la vida” en la reflexión y producción científica contemporáneas, también puede entenderse como una respuesta posible, como una vía para concretar la apertura de las ciencias sociales a la pluralidad, al “politeísmo de valores”, a la polifonía social, expresiones todas que tratan de dar cuenta de este “estallido de la alteridad” que caracteriza el nuevo siglo.

31 “Distintas formas de concebir lo biográfico en la Sociología”, p. 52.

La visibilidad lograda por los nuevos agentes sociales que se dan cita en la escena política y social contemporánea lleva a pensar en la necesidad de un “universalismo pluralista” que, a diferencia de las aspiraciones orientadas a la predicción y a la administración, plasmadas en leyes universales por las ciencias sociales modernas, permita la coexistencia de visiones de mundo contrapuestas, es decir, dé cabida a la contradicción sin pretensiones sintetizadoras las cuales, a la postre, refuerzan la relación entre saber y poder pero no dan cuenta o no permiten una mejor y más profunda comprensión de la realidad social compleja e inestable.

Al caracterizar uno de los dilemas que enfrentan las ciencias sociales de cara al futuro, la metáfora que alude al “estallido de la alteridad” refuerza la necesidad de volver la mirada hacia la vida cotidiana, ya no como objeto de estudio sino como una perspectiva o ángulo de entrada a la “polifonía social”, expresión que alude a la necesidad de concretar una lectura simultánea, transversal, de la alteridad, para asegurar una relación de equipotencia entre estas voces. Pero, ¿qué significa enfocarse en la vida cotidiana?

Al respecto, hablar de un enfoque o perspectiva implica centrar la mirada en alguna dimensión analítica, es decir, privilegia un ángulo de entrada con respecto a otros posibles. Esta última aclaración indica que se trata de una lectura pero existen o pueden existir otras. A esta afirmación debe agregarse que privilegiar una perspectiva depende de múltiples razones relativas al objeto de estudio, a las preguntas de investigación, a los intereses de quien investiga, etcétera. En este sentido, se trata de una elección que dista mucho de la neutralidad valórica.

En este punto, cabe preguntar ¿cuál es el ángulo de entrada que privilegia el “enfoque de la vida cotidiana”? La respuesta se orienta hacia el conocimiento cotidiano, de sentido común, “aproblemático”, “a la mano”, para emplear conceptos de Schutz, el “conocimiento ordinario”, como le llama Michel Maffesoli (1993), este conocimiento que, en última instancia, es la fuente de todas las “verdades”, de lo que llamamos “socialmente válido”, como indica Habermas y, al mismo tiempo, es la fuente de cohesión social, de coherencia, pero también de conflicto. ¿Qué implicaciones posee este énfasis en el conocimiento cotidiano? Desde el punto de vista teórico implica ubicarse más allá de la dicotomía que establece una distinción jerárquica entre el conocimiento cotidiano, entendido como de escasa relevancia, poco confiable y sin la dignidad suficiente como para ser objeto de

indagación, por un lado, y el conocimiento científico que reúne los caracteres opuestos de confiabilidad, validez, universalidad, por el otro.

A su vez, implica adoptar una mirada transversal en el sentido de que es posible indagar por el conocimiento cotidiano en todos los ámbitos de la realidad o “provincias del mundo de la vida”, como las denomina Schutz, es decir, en el mundo de la ciencia, del arte, de la política, de la economía, de la domesticidad, de la intimidad, y no sólo en un sector específico que, por esa misma razón, puede quedar fuera del trabajo científico o ser reputado como de poco interés o escasa valía. En paralelo, la adopción del enfoque de la vida cotidiana demanda la búsqueda de herramientas metodológicas que permitan aprehender el conocimiento cotidiano, en este sentido, como señala Maffesoli (1993: 181), la auto/biografía, el método de historias de vida, la observación etnográfica, los materiales biográficos, cuando son abordados desde esta perspectiva, se transforman en herramientas potentes para acceder a esta dimensión de la realidad.

En este listado de implicaciones, cabe incluir la exigencia de una constante reflexividad sobre la práctica de la investigación dado que el conocimiento cotidiano atraviesa todos los ámbitos del mundo de la vida, incluso, como señala el *Informe Gulbenkian*, las “voces nuevas” entre los científicos sociales demuestran que “el razonamiento teórico de las ciencias sociales (y sin duda también el de las ciencias naturales y el de las humanidades) contenía presupuestos que en muchos casos incorporaban prejuicios y razonamientos *a priori* que no tenían justificación teórica ni empírica” (Wallerstein, 2001: 71). Precisamente, es en este tipo de premisas donde se evidencia el peso del conocimiento cotidiano como han advertido, por ejemplo, algunas académicas feministas con respecto a presupuestos sexistas en las ciencias naturales (Fausto-Sterling 1987; Lambert, 1987; Bleier, 1984), o una visión colonialista en los análisis teóricos de otras académicas feministas ubicadas en regiones del llamado primer mundo (Talpade Mohanty 1991).

A las consideraciones anteriores debe agregarse que el trabajo de interpretación sociológica con el conocimiento cotidiano no puede limitarse a glosar, reseñar o hacer un recuento de las teorizaciones, de los valores, las imágenes, y las creencias de sentido común que conforman el “acervo subjetivo” de conocimiento; en cambio, el “estallido de la alteridad” señala la urgencia de recuperar los plexos de sentido, “la constelación causal” que abre a la comprensión de la polifonía social aún cuando, como señala Maffesoli (1993:

128), algunos sectores de esta constelación no resulten fácilmente cuantificables o sean difíciles de aprehender.

Con base en lo expuesto, el fenómeno al que alude Arfuch³² como una “explosión de lo biográfico” (nótese la recurrencia de esta imagen), a través de la cual resultaría posible la captación de ciertas tonalidades propias de la subjetividad contemporánea, permite plantear que, además de interpretarse como una crisis de ciertas construcciones características de la Modernidad, tales como la escisión público/privado, esta “explosión biográfica” define ámbitos donde la polifonía social se dice a sí misma. En este sentido, puede afirmarse que a través de la “explosión biográfica”, la alteridad construye “espacios” propios que se valen de los medios de comunicación, entre otros recursos, para ofrecer visiones de mundo contradictorias, contrapuestas y, en el proceso, deben asumir y afrontar el riesgo de la “naturalización”, de la “normalización” de sus diferencias.

Por último, centrar la mirada en el conocimiento de sentido común, en los acervos social y subjetivo, ofrece un punto intermedio donde el sujeto y la comunidad se encuentran y desencuentran, donde es posible aprehender las “verdades” que, al mismo tiempo, nos arraigan y desarraigan de los otros. De este modo, el enfoque de la vida cotidiana permite construir ese camino de ida y vuelta donde intersectan el “yo” biográfico y el “nosotros” comunitario. Como punto de arranque de esta tarea, el próximo capítulo inicia un primer acercamiento al relato biográfico de Natalia, a través de la aprehensión de algunas dimensiones de la estructura narrativa.

32 “Distintas formas de concebir “lo biográfico” en el ámbito de la Sociología”, p. 54.

II.- LAS DIMENSIONES ESTRUCTURALES DEL RELATO

Un relato de vida no es una suma de informaciones que podrían obtenerse por otros medios. Ante todo se trata de una estructura –un modo particular de organizar un discurso- y de un acto de comunicación –la reconstrucción de la experiencia vivida en un discurso, para sí y para otros (Lejeunne, 1989b). Lo expuesto destaca un rasgo característico del relato: su procedencia de una fuente oral que emplea la narración como técnica específica para producir la historia. Pero, al mismo tiempo, la práctica de narrar implica la existencia de ciertas categorías sociales, objetivadas a través del lenguaje, que incorporamos en distintos procesos de socialización y empleamos para relatar, desde un cuento de hadas hasta nuestra propia vida.

De acuerdo con Carlos Piña (1988: 162), esta consideración permite identificar algunas dimensiones estructurales correspondientes al género literario “narración”, las cuales ofrecen un principio de orden para concretar un primer abordaje analítico de los materiales biográficos. Indagar por la existencia de una estructura no significa asumir que todos los textos autobiográficos sean idénticos desde el punto de vista formal. Tampoco que puedan analizarse siguiendo siempre un mismo modelo. En cambio, como señala el autor, “implica la posibilidad de acceder a una regularidad observable y deducible en sus componentes, en la organización y distribución de ellos y, por último, en la relación que entablan entre sí” (Piña, 1988: 163). Pero, al mismo tiempo, supone reconocer que esta regularidad, organización, y relación de los componentes formales, varía culturalmente en función de las herramientas provistas por cada sociedad a sus miembros para enunciar un “yo” a través de la autobiografía. Piña destaca que la identificación de algunas unidades y relaciones estructurales apunta a conocer la “etiqueta semántica” de la o el personaje-narrador, categoría nuclear de los relatos autobiográficos. Fundamenta esta afirmación en la potencialidad específica de estos materiales consistente en el estudio de un discurso determinado, que el sujeto confecciona para un público particular y que otorga sentido a su propia identidad como persona (Piña, 1988: 140-141).

A su vez, la expresión “etiqueta semántica” enfatiza que la enunciación de un “yo” o del nombre propio no revela nada sobre la significación de la o el personaje; al respecto, el autor señala: “No es un signo conocido de antemano que se trataría de reconocer sino una construcción que se efectúa progresivamente” (Piña, 1988: 162). El fragmento destaca que el personaje no preexiste al relato aunque se designe a sí mismo como “yo” o utilice el nombre propio. Precisamente, el rasgo distintivo por excelencia del relato biográfico consiste en la construcción de la o el personaje a medida que avanza el discurso. Esta característica lo diferencia de cualquier otra indagación centrada en la trayectoria personal de un individuo (Piña, 1988: 162).

Para acceder a esta construcción, Piña sugiere indagar en dos direcciones:

1) *Personaje narrador*. El abordaje de esta dimensión toma en cuenta la construcción del “sí mismo” y el vínculo con otros personajes significativos del relato (Piña, 1988: 162).

2) *Estructura del relato*. Comprende las siguientes dimensiones: a) secuencias, b) hitos, c) etapas, d) motivos, e) causalidad, f) adhesión a un orden moral.

En lo que sigue, retomo la definición de cada una de estas dimensiones estructurales de acuerdo con la propuesta de Piña. Asimismo, cuando resulta pertinente, incorporo algunas reflexiones que surgen al vincular estos conceptos con la historia de Natalia.

Secuencias. Son grandes divisiones al interior del texto, no necesariamente regulares o equivalentes entre sí, de manera tal que no siempre se distinguen con facilidad los puntos de arranque y de conclusión de una secuencia. Sin embargo, como señala Piña, “este concepto es relevante porque la evolución de la narración casi nunca sigue un orden lineal (inicio problematizador, trama dramática, desenlace más o menos inesperado) ni cronológico (niñez, juventud, madurez, vejez)” (Piña, 1988: 164).

A partir de las reflexiones del autor cabe señalar que, desde la perspectiva del presente trabajo, la noción de “secuencia” permite dar cuenta de las superposiciones, recuentos, digresiones, desplazamientos temporales imprevistos que realiza el “yo” autobiográfico, es decir, del manejo temático, cronológico y espacial que, en ciertos momentos, puede resultar azaroso o conferirle a la narración un carácter caótico. Sin embargo, el reconocimiento de esta característica no lineal de lo narrado permite centrar la mirada tanto en los cortes (temáticos, espaciales y temporales) como en los momentos de continuidad a fin de aprehender la narración como una totalidad de sentido.

Etapas. Son divisiones más pequeñas o finas en el interior de las secuencias, aunque una etapa puede extenderse por más de una secuencia. Generalmente aparecen asociadas con momentos del ciclo vital, como por ejemplo, niñez, juventud, adultez, etcétera; las cuales pueden superponerse con distintas trayectorias tales como la matrimonial, la laboral, la educativa, etcétera (Piña, 1988: 166).

Con respecto a esta dimensión cabe señalar que, el anclaje de las etapas en los distintos momentos del ciclo vital y de las trayectorias biográficas, ofrece un ejemplo de las categorías, objetivadas a través del lenguaje, a las cuales me referí al comienzo de estas páginas. Ellas constituyen herramientas, elaboradas y compartidas socialmente, que

permiten concretar dos supuestos sobre los cuales se funda la elaboración de relatos autobiográficos, a saber:

- 1) la “ilusión de identidad”, que postula la conservación y la persistencia del sí mismo a través del tiempo, es decir, la constancia de la identidad como una sola y única, pese a las variaciones y modificaciones de la situación biográfica (Ricoeur, 1990: 127).
- 2) La “ilusión biográfica” orientada a garantizar el postulado de sentido de la existencia narrada por medio del encadenamiento de los hechos en secuencias inteligibles de acuerdo con un orden lógico y cronológico que dota de significado y dirección al relato (Bourdieu, 1997: 75).

Hitos o acontecimientos. Son “sucesos internos o externos narrados por la o el personaje, presentados como cruciales en el curso de su vida”. Por otra parte, “para que un hito sea tal es necesario que aparezca revestido de un carácter extraordinario y generador de nuevas circunstancias” (Piña, 1988: 164-165). La identificación de hitos permite ubicar núcleos donde confluyen tiempo, espacio, personaje y co-protagonistas que, por su carácter extraordinario, adquieren una capacidad explicativa poderosa.

Motivos. Enunciados que tienden a explicar conductas del propio personaje narrador o de otros personajes del relato (Piña, 1988: 166). Pueden diferenciarse de acuerdo con la distinción establecida por Schutz, en motivos “porque” y “para”. Los primeros definen una causalidad desde la perspectiva del narrador o narradora y, los segundos refieren a proyectos, es decir, anticipaciones.

Desde la perspectiva del presente trabajo, la identificación de los motivos permitirá desentrañar los esquemas interpretativos que emplea la protagonista para explicar las acciones propias y las de los demás. Esta dimensión del análisis constituye un punto medular para recuperar los circuitos donde la persona y la comunidad se entrecruzan y constituyen mutuamente.

Adhesión a un orden moral. Al decir de Piña, representa el “terreno de choque entre las pautas ideales y los límites de lo real, es el campo de las incertidumbres, de las contradicciones y de las culpas” (Piña, 1988: 171).

A efectos del presente trabajo, una primera aproximación al relato de Natalia revela que el orden moral generalmente aparece bajo la forma de frases hechas por medio de las cuales, la narradora explica, justifica, apoya, cuestiona, descalifica, tanto sus ideas y decisiones como las de otros co-protagonistas.

Causalidad. Permite detectar “por qué se afirma que ocurrió lo que ocurrió [...] No queda expresada en una sola frase; en general se trata de enunciados de variada naturaleza que se encuentran intercalados a través de todo el discurso”. (Piña, 1988: 168). En este punto cabe señalar que el autor plantea una distinción entre motivos y causalidad, la cual consiste en que mientras los primeros sólo son aplicables a las conductas de las personas, las causalidades se emplean para establecer relaciones entre unidades de diferente categoría, por ejemplo, entre sucesos, etapas, hitos (Piña, 1988: 168). De acuerdo con el autor, existen diferentes órdenes de causalidades:

- Psicológica: quien narra no apela a hechos o acontecimientos para explicar otros. En cambio, alude a rasgos del carácter, propios o de algunos de los actores, de manera tal que “los hechos suceden más por efecto de cómo son los individuos que participaron en ellos, que por aspectos sociales, estructurales o exteriores a las características individuales de los involucrados” (Piña, 1988: 169).

Para abundar en esta definición cabe señalar que la causalidad psicológica aporta a la identificación de los “otros significativos” cuya fuerza valorativa determina o incide sobre el curso de la vida narrada.

- Natural: los hechos sucedieron porque tenían que suceder y las etapas están encadenadas de la única manera en que podrían estarlo (Piña, 1988: 169).

Con relación a la causalidad natural, cabe agregar que los dos supuestos que fundan la construcción del relato, es decir, la “ilusión de identidad” y la “ilusión biográfica” estarían ancladas en un ordenamiento natural que explica la vida. Así, la apelación a los instintos, por ejemplo, el maternal, el asesino, el de supervivencia, etcétera, o bien, las expresiones como “es la ley de la vida”, “todas las mujeres son iguales”, “es la fuerza del instinto”, y

otras semejantes, recurren a explicaciones con base en potencias que los humanos pueden entender pero de las cuales no escapan.

- Mítica: las explicaciones están fuera del dominio humano. El agente puede ser la divinidad, las fuerzas del mal, etcétera. Sin embargo, como señala Piña, lo dicho no implica, necesariamente, “que el sujeto comparta tales esquemas en sus aspectos doctrinarios ni costumbristas, sino que recurre a ellos como explicaciones a mano” (Piña, 1988: 169).

Para abundar en lo dicho, cabe señalar que la causalidad mítica podría equipararse con la fuerza del destino presente en las tragedias griegas para explicar las peripecias del héroe o heroína del relato. Desde esta perspectiva, quien narra se percibe a merced de potencias que escapan de su control, inclusive, de las posibilidades de una explicación racional o, al menos, de una racionalidad humana.

- Histórica: cuando los acontecimientos externos y el contexto sociohistórico donde ocurren, determinan o explican el curso de la vida narrada; de este modo, Los sucesos son productos de otros sucesos precedentes y dan origen, a su vez, a sucesos posteriores” (Piña, 1988: 169).

Cabe señalar que en el caso específico del la autobiografía de Natalia, los reveses de fortuna acaecidos a una parte de los antepasados, a raíz de la Revolución de 1910 en México, expresarían esta causalidad.

A partir de lo expuesto, el análisis del relato autobiográfico estará centrado en las siguientes categorías:

I) Personaje principal o protagonista

II) Co-protagonistas

III) Escenarios

IV) Acontecimientos o Hitos

PERSONAJE PRINCIPAL O PROTAGONISTA

La expresión *narrador-protagonista* “se refiere al nombre propio que actúa como agente en el discurso autobiográfico y que sólo vive en él: es el producto lingüístico del relato” (Piña, 1988: 153). Es la o el personaje central que elabora el relato en primera persona en torno de sí mismo.

En este sentido, impone sus puntos de vista al oyente y selecciona los sucesos que aparecen en la narración; así, establece una distinción entre recuerdo y olvido. También, define las distintas situaciones y hechos a partir de sus propios esquemas interpretativos. Con estas tipificaciones y recetas del acervo de conocimiento trae a la presencia, identifica, interpreta, explica y califica a otros personajes, revela los motivos de sus acciones, los ubica espacial y temporalmente y toma posición con respecto a ellos. Al arrogarse la autoridad de narrar en primera persona, por ser quien ha vivido lo que cuenta, se permite dar saltos cronológicos, no argumentar en exceso o detenerse a deliberar hasta explicarse una situación problemática, escoge la abundancia o la parquedad con respecto a la información suministrada e, inclusive, omite algunas pistas que favorecerían la comprensión de lo narrado desde el punto de vista de un oyente real o potencial (Piña, 1988: 159-162).

Sin embargo, el personaje es un “narrador constituido *ad-hoc*”, es decir, su posición discursiva implica que quien cuenta esa vida se distancia de ella. Por medio de este proceso se constituye el “sí mismo”, una representación que acontece cuando el sujeto se “pone ante sí” como objeto de su propia reflexión. La interpretación del concepto “sí mismo”, propuesta por George Herbert Mead (1972), refiere a la posibilidad de objetivarse con que cuentan los sujetos, a través del proceso de comunicación. Al respecto, el autor señala:

El individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente sino sólo indirectamente, desde los puntos de vista particulares de los otros miembros individuales del grupo social, o desde el punto de vista generalizado del grupo social, en cuanto un todo, al cual pertenece. Se convierte en objeto para sí sólo cuando adopta las actitudes de los otros individuos hacia él dentro de un medio social o contexto de experiencia y conducta en que tanto él como ellos están involucrados. La importancia de la comunicación radica en que proporciona una forma de conducta en la que el individuo puede convertirse en un objeto para sí.

Comunicación que está dirigida no sólo a los otros, sino también al individuo mismo (Mead, 1972: 170).

De este modo, acompañar a una persona en el acto de hablarse a sí misma a través de su historia, ofrece la oportunidad de “asistir”, en su doble acepción de presenciar y colaborar, con un proceso de comunicación donde el individuo se escucha, se interroga, se responde y se cuestiona tan realmente como lo haría con otra persona. De lo expuesto surge que la relación entre ambas posiciones, personaje-protagonista y “sí mismo”, puede caracterizarse como la construcción de un punto de vista, una mirada particular sobre sí y sobre el mundo a través del relato. Pero, ¿cómo se construye esa mirada? La respuesta toma en cuenta las características del encuentro social, es decir, el paso de la mera conciencia de la existencia del Otro a la aprehensión de sus características específicas (Schutz y Luckmann, 2001: 79).

Esto significa que en la narración biográfica, el protagonista accede a sí mismo en un acto de comunicación, por medio del lenguaje. Así, a diferencia del “yo” cartesiano que se fundamenta a sí mismo, el “yo” del relato no puede alcanzar la conciencia de sí desde el interior. Necesita del encuentro con los Otros. De este modo, aprendemos a vernos a nosotros mismos como nos ven los demás o, más específicamente, como creemos que ellos nos perciben. En este sentido, el “sí mismo” aparece traspasado por la alteridad.

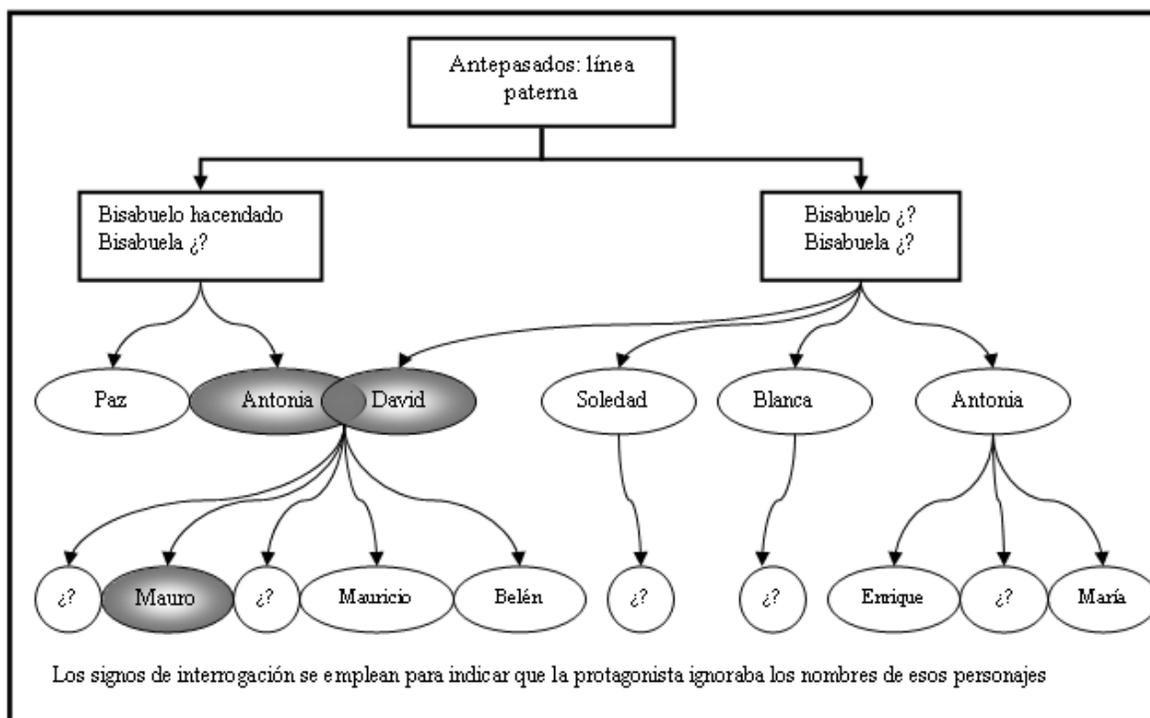
Lo anterior supone que, en el encuentro con un semejante, el protagonista anticipa la posible definición y valoración de su persona por los otros, trata de adivinar el sentido de esas valoraciones y, por ese medio, incorpora el punto de vista del otro sobre sí mismo. Lo dicho destaca otro rasgo distintivo del “sí mismo”: su carácter relacional. No existe ni antes ni fuera de los encuentros con semejantes. De esta manera, el “yo” no se aprehende intuitivamente, el reconocimiento debe pasar por el otro, lo cual supone una posesión indirecta del “sí mismo”. Esta situación destaca la incompletud y opacidad del “yo”, para mí. Por ello, resulta imposible alcanzar un conocimiento indubitable y definitivo sobre el “sí mismo”.

Las reflexiones anteriores aportan elementos para comprender un rasgo singular que adopta Natalia al construir a la protagonista de su relato. Al respecto, cabe señalar que en varios pasajes, ella emplea distintos nombres para designarse a sí misma. Así, aparece como “Eva” y “Magdalena”, las figuras bíblicas; también, utiliza el nombre propio “Natalia”, o bien, expresiones como “la muñeca fea”, “la muñeca triste”, “Yo, Natalia, la mujer” y “la mujer”, en distintos escenarios y en relación con otros personajes. Cabe agregar que estas “etiquetas semánticas” inscriben al personaje en un entramado de significaciones con una clara marca de género, dimensión que agrega complejidad al análisis. A estas alturas del trabajo me limito a mencionar estos hallazgos y en el capítulo siguiente procederé al análisis de los nombres empleados por Natalia para construir a la personaje de sí misma.

CO-PROTAGONISTAS

A efectos de facilitar la presentación y de explicitar los vínculos entre los distintos personajes que evoca la protagonista, estos aparecen agrupados en tres dimensiones: a) antepasados; b) contemporáneos; c) sucesores.

a) Antepasados por la línea paterna:

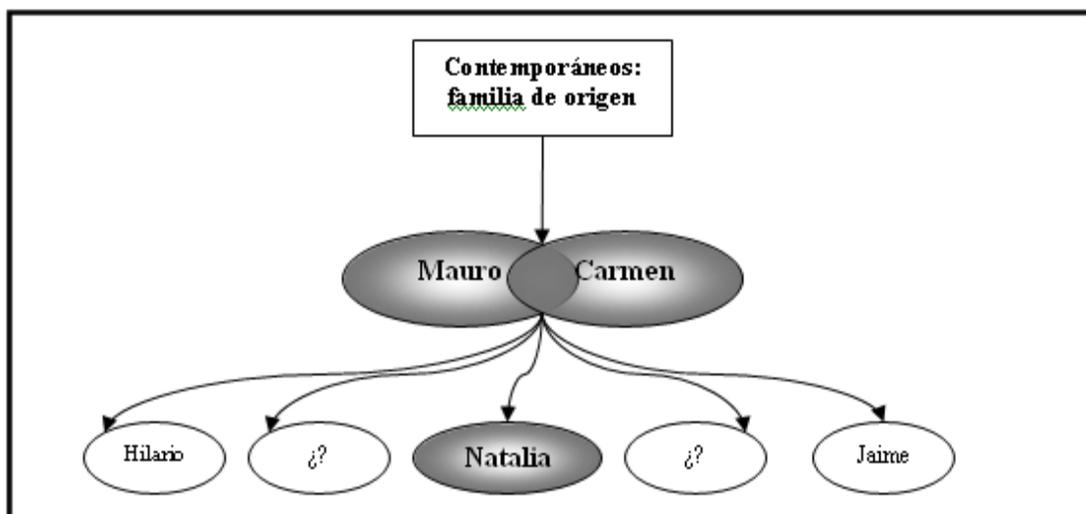


En el esquema, Antonia y David son los abuelos de la protagonista y Mauro es el nombre de su padre. Con respecto a los antepasados por la línea materna, las referencias son tan escasas que no fue posible agrupar a los personajes en un esquema. Las evocaciones se limitan al abuelo, músico de profesión y, entre los descendientes de ese personaje,

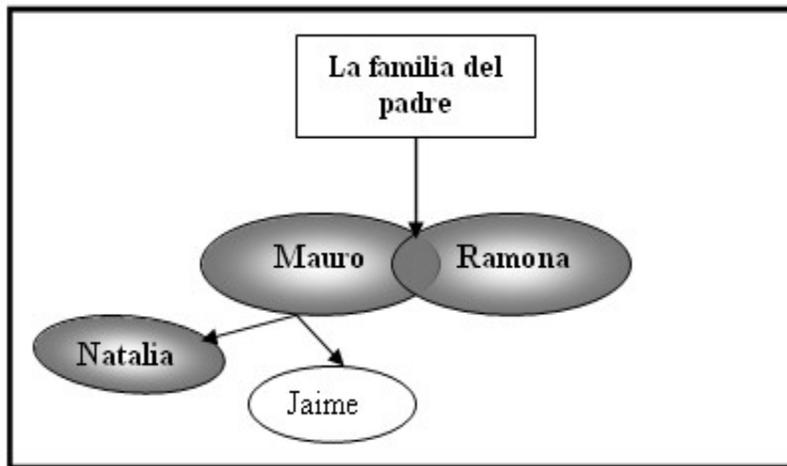
Natalia mencionó a su madre biológica y a varias tías de quienes no pudo precisar mayor información, excepto por el nombre de una de ellas: Celina.

b) Contemporáneos:

Incluye a los integrantes de la familia de origen, tal como se presentan en este esquema:

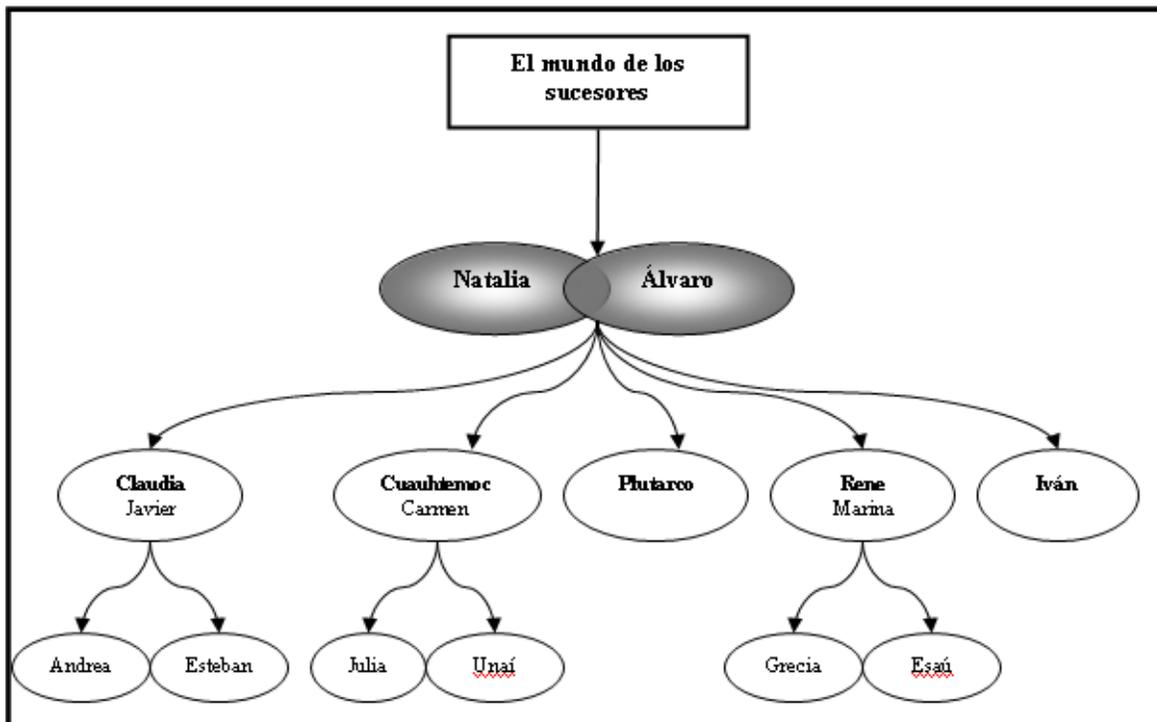


Los personajes cuyos nombres se ignoran, corresponden a hermanos fallecidos en los primeros meses de vida de quienes la protagonista no contaba con ninguna información. Cabe señalar que el padre de la protagonista mantenía otra relación con una mujer, de nombre Ramona, en paralelo con el vínculo que había establecido con la madre de Natalia. Pocos meses antes del nacimiento de Jaime, el hijo menor, Mauro contrajo nupcias con esta mujer y abandonó a su familia. A los ocho años de edad, aproximadamente, la abuela paterna instaló a la protagonista en la casa de Mauro y Ramona. El siguiente esquema presenta los lazos entre los integrantes de esta segunda familia:



c) Los sucesores

La unión de Álvaro y Natalia conecta con el mundo de los sucesores, representados por los hijos del matrimonio y sus respectivos descendientes, tal y como aparecen en el siguiente cuadro:



De la unión entre Natalia y Álvaro nacieron 5 hijos cuyos nombres aparecen resaltados con negritas. A su vez, en el esquema aparecen los nombres de las nueras y yernos, en el caso de los hijos que, actualmente se encuentran en pareja. En el último nivel, figuran los nombres de los nietos y nietas de la protagonista.

El personaje de Natalia en la intersección entre “yo” y “los otros”. A continuación, el trabajo indaga de qué manera los co-protagonistas, en tanto “otros significativos”, contribuyen a la construcción de un punto de vista sobre “sí misma” que Natalia presenta a lo largo del relato. A los efectos de organizar este segundo momento del análisis, estos personajes aparecen agrupados de la siguiente forma:

A) La familia de origen

- la madre
- el padre
- el hermano mayor
- la madrastra
- el hermano menor

B) Los antepasados

- Antonia, la abuela paterna
- La tía Soledad
- David, el abuelo paterno

C) La familia propia

- El cónyuge
- La hija
- El tercer hijo varón

D) La amiga Benita

A) La familia de origen

La madre. Se llamó Carmen. Natalia nunca la nombra “mamá”. Es el primer personaje mencionado en el relato. Fue hija de un músico popular que tocaba en las tertulias en casas de familia. Ella aprendió a ejecutar el salterio, la guitarra y el violín. Tenía varias hermanas. Natalia la describe como “el patito feo” porque era la menos agraciada de todas. La protagonista supone que conoció a su padre en una de esas tertulias.

Con Mauro, el papá de Natalia, tuvo 5 hijos. De ellos sobrevivieron tres: el mayor, la tercera que es la protagonista, y el menor. Cuando estaba embarazada del último hijo, Mauro se casó con Ramona, con quien mantenía un vínculo en paralelo al que sostenía con la madre de la protagonista. Entonces, Carmen y los hijos de esta primera unión fueron a vivir a la casa de la abuela paterna, de nombre Antonia. Al cabo de un tiempo, Carmen dejó a los hijos con esa abuela y regresó con su familia de origen. Durante las entrevistas, Natalia manifestó que no sentía resentimiento hacia su madre biológica porque consideraba que fue una mujer débil y, probablemente, sujeta a manipulación por parte de su propio padre.

Natalia conoció a Carmen cuando tenía 21 años. Para ese entonces, la protagonista estaba a punto de casarse y necesitaba unos documentos. El hermano menor obtuvo la dirección y fueron a verla. En ese momento estaban presentes las tías. En el reencuentro, la actitud de la madre coincidió con la imagen descrita anteriormente: una persona tímida, carente de empuje, dócil. Estos rasgos surgieron cuando, en la evocación de Natalia, las hermanas de Carmen tomaron la palabra por ella, le indicaron cuándo hablar, sobre qué temas y qué debía explicar. Al respecto, la protagonista recordó:

Entonces, una de las hermanas, de nombre Celina, le dice: “Carmen, dile a... a tu hija por qué los dejaste”, mhm, pues, y pues yo, pues, eso; me quedé esperando, ¿no?, y dice: “No, pues, diles tú”. “No, dice, es tu obligación, diles por qué los dejaste, bueno, a ella y al Negro”.

Para Natalia, este comportamiento resultó incomprensible. Al respecto, se preguntaba:

¿Cómo es posible que una mujer llegue a esos extremos de estar ahí, eh... abandonada, hecha a un lado, porque mi papá no se casó con ella, eh... y no haya reaccionado en una forma más, eh... pues, hasta práctica, no inteligente ni nada, más práctica?, ¿no?

Después de ese encuentro, la protagonista quedó con más incógnitas que respuestas, referidas a las causas por las cuales Carmen abandonó a los hijos y la negativa a luchar por sus derechos como esposa y madre pero, fundamentalmente, Natalia experimentó dudas acerca de la reputación de su madre y la sospecha de que hubiera sido alcohólica. Pero no tuvo oportunidad de aclararlas porque la madre murió cuando Natalia estaba embarazada de su primera hija.

El padre. Se llamaba Mauro. Era hijo de Antonia y David. Fue nieto de un hacendado español de una localidad cercana al Distrito Federal. A los 6 años, cuando estalló la Revolución de 1910, falleció el abuelo, perdieron la hacienda y la familia debió emigrar a la ciudad de México. Fue herrero “de los finos”, según aclaró la protagonista. No realizó estudios de primaria. Asistió a unos cursos en una escuela nocturna. Se casó con Ramona y, cuando la protagonista tenía 8 años, la llevó a vivir con él y su esposa.

Desde el comienzo, el padre se mostró frío y alejado de la hija. La llamaba “Rafael” (el segundo nombre de la protagonista es Rafaela). Natalia atribuyó este apelativo a “perversiones” del padre o a la preferencia por un hijo varón. La distancia persistió hasta que la protagonista contaba con 14 o 15 años. En ese momento, mejoró la relación entre ellos. Sin embargo, el cambio no duró mucho tiempo dado que, cuando la joven comenzó a trabajar fuera de la casa, el padre retomó un comportamiento parco y seco. La protagonista atribuyó estos altibajos a los celos de Ramona y a los intentos de Mauro por prevenirlos.

Natalia ofreció una valoración contradictoria de su padre. Por un lado, consideró que estaba amargado por la pérdida de sus posesiones y del futuro promisorio truncado por la Revolución. No obstante, en otro momento de la entrevista manifestó que su papá fue “un cabrón y cobarde de marca” por abandonar a Carmen y a sus hijos. También, evocó las omisiones de Mauro cuando ella enfrentaba la violencia de la madrastra y él no intervenía para defenderla.

La relación con el padre podría caracterizarse como una búsqueda de reconocimiento y afecto que nunca satisfizo las necesidades de la protagonista. Natalia lo describió como un hombre dependiente de Ramona, la verdadera artífice de los logros económicos familiares. En realidad, él se limitaba a entregarle las quincenas y ella se encargó de mejorar la

posición económica. También, lo describió como un hombre guapo, siempre bien arreglado, bien vestido, que prodigaba muchas atenciones a su esposa. Cuando Ramona murió, Mauro “se vino completamente abajo”.

El hermano mayor. Hilario tenía 5 años más que la protagonista. Con él convivió aproximadamente un año en la calle. Luego, los hermanos fueron separados y él regresó con la madre biológica. Cuando Natalia estaba en tercer año de primaria, instalada con su padre y Ramona, este hermano reapareció. Trataron de llevarlo a la casa paterna pero él regresó con Carmen y permaneció con ella hasta la muerte de la madre.

A los 14 años ingresó a trabajar en la Empresa Nacional de Ferrocarriles. Cuando Natalia era soltera, el hermano le llevaba ropa, dinero y tuvo una buena relación con Ramona. Posteriormente, Hilario se casó con una mujer a quien Natalia no toleraba y tuvieron una hija. Él sospechaba que no era suya y, al decir de la protagonista, esta duda le habría provocado un problema de alcoholismo que culminó con la pérdida del empleo. Con el tiempo, cuando Natalia había formado su propio hogar, comenzó a distanciarse de Hilario hasta que un día, después de un altercado entre ambos, lo echó de su casa y nunca más volvieron a encontrarse; tampoco asistió al velatorio de Hilario cuando Natalia recibió la noticia de su fallecimiento.

La Madrastra. De nombre Ramona, esta mujer, oriunda de provincia, llegó a la ciudad de México luego de enviudar. Como se había casado en contra de la voluntad de sus familiares, quedó desamparada. Así, durante el matrimonio, padeció violencia a manos del marido y, en cierta ocasión, la trajeron a la ciudad de México de urgencia porque, debido a los golpes, había perdido un embarazo y presentaba una fuerte hemorragia. La protagonista infirió que estas lesiones la incapacitaron para embarazarse nuevamente; por esa razón, no tuvo hijos con Mauro.

Al enviudar quedó a merced de los hombres del pueblo y fue violada. De acuerdo con Natalia, esta práctica era frecuente cuando una mujer no tenía un hombre al lado “que la hiciera fuerte”, tal el caso de las viudas y las madres solteras. Por esta razón, solicitó ayuda a una mujer de su pueblo, la tía Rosa, quien había alcanzado una buena posición económica en el Distrito Federal como dueña de una tortillería. Ésta era una costumbre habitual entre

las mujeres de esa región de la provincia. Por eso, su protectora recibía a las jóvenes que, ante una posición desventajosa, le solicitaban auxilio. A cambio, trabajaban para ella o les conseguía empleo pero, como parte del trato, las mujeres debían rendirle cuenta de sus actos. Una vez instalada en la capital de la República, Ramona se colocó como empleada doméstica en una vivienda ubicada en la misma calle donde Mauro trabajaba. Así fue como se conocieron y comenzaron a tratarse. Pero Ramona ignoró la existencia de la familia de Mauro hasta después de casada.

Natalia la describió como una persona muy severa, estricta y violenta aunque afirmó: “Si algo saqué de bueno, se lo debo a ella”. Con esta expresión, aludía a actitudes de orden, disciplina y dedicación al trabajo que habría incorporado a partir de la convivencia con Ramona. Al mismo tiempo, la protagonista lamentó no haber aprovechado mejor las enseñanzas de Ramona en relación con el manejo del dinero, así como la carencia de una visión semejante para los negocios y de la misma capacidad que ella para “manejar al marido”.

Ejercía un poder despótico sobre Natalia y la agredía física, verbal y psicológicamente con comentarios que ponían en duda la honra y reputación de su madre biológica; así, más de una vez, ella sugirió que la protagonista sería una prostituta como Carmen. Natalia atribuyó estas agresiones a los celos que, según ella, caracterizarían las relaciones entre mujeres. Esta situación se agudizó durante los embarazos de la protagonista. Asimismo, identificó otro factor explicativo de la severidad de Ramona: el compromiso contraído ante Mauro, al desempeñar la función materna, que la obligaba a responder por la honra de la hijastra. Ante la posición precaria que ocupaba en el hogar, Natalia realizaba numerosas tareas domésticas en una situación de servidumbre que, en el transcurso de las entrevistas, la protagonista explicó como una estrategia para garantizarse un lugar en la casa, para obtener un espacio de reconocimiento por parte de la madrastra y como un medio para protegerse de los adultos.

El hermano menor. Se llamaba Jaime pero lo apodaban “Negro”. Era hijo de Carmen pero desde muy pequeño vivió con Mauro y Ramona quienes lo inscribieron como descendiente de este matrimonio; por eso, llevaba el apellido de ambos. Este mismo procedimiento fue aplicado a la protagonista al registrar sus datos de filiación ante las autoridades civiles.

Natalia conoció a su hermano menor cuando el niño contaba con 1 año y 8 meses de edad y ella fue llevada por la abuela paterna a vivir en la casa de su padre. Ésta fue la primera noticia que tuvo la protagonista acerca de la existencia de su hermano menor.

En el relato, Natalia mantuvo una relación ambigua con este personaje. Durante la niñez, lo presentó como un niño que abusaba de su posición de privilegio ante Ramona para obtener beneficios. Estos consistían en mejores y más abundantes raciones de comida, un trato cariñoso, expresiones de afecto y, cuando ambos hermanos reñían, la mujer tomaba el partido del niño y castigaba a Natalia. También, recordó que el padre los hacía boxear y parecía divertirse con el espectáculo aunque el niño la golpeaba con fuerza. Sin embargo, al crecer, él se convirtió en el único apoyo con quien contaba la protagonista en la casa paterna. En más de una ocasión, Jaime la defendió de las agresiones y castigos corporales de Ramona.

En el relato, este personaje apareció descrito con mejores oportunidades que Natalia aunque, según ella, no las aprovechó debidamente. Las pruebas surgieron al comparar los logros de los hijos y de los sobrinos. Así, mientras que los descendientes de Natalia y Álvaro concluyeron exitosamente los estudios de nivel universitario o estaban en el proceso de finalizarlos, los hijos del hermano no. Por otra parte, aunque la protagonista recibió en herencia una casa de menor valor que la de Jaime y, en el balance general, ella debió enfrentar condiciones de vida más adversas, al momento de la entrevista poseía dos propiedades mientras que el hermano no había incrementado su patrimonio de bienes inmuebles.

B) Los antepasados

Antonia, la abuela paterna. Era hija de un hacendado español. Contrajo nupcias con David, un carpintero de la hacienda, con quien tuvo 5 hijos. Cuando estalló la Revolución de 1910, el padre de Antonia murió, perdieron la propiedad y la pareja debió emigrar. David solicitó la ayuda de unas hermanas suyas, Soledad y Blanca, radicadas en la ciudad de México. Al llegar, Antonia trabajó con las cuñadas en el lavado de ropa. No realizó esta tarea por mucho tiempo porque debía cuidar a los hijos pequeños. Entonces, cambió de actividad: molía maíz y cocía tortillas para la venta.

A los pocos años, la abuelita Antonia se separó de David y consiguió un cuarto en la colonia de los Doctores. Llevó una vida de muchas privaciones. Pese a la separación, persistió el vínculo con el cónyuge hasta que quedó embarazada de su hija Belén. Entonces, Antonia lo echó definitivamente de la casa y no lo recibió nunca más.

La protagonista manifestó admiración por este personaje por las siguientes razones: a) no se amilanó cuando, al cambiar su posición como “hija de hacendado”, tuvo que emigrar a la ciudad y desempeñar trabajos precarios para sobrevivir; b) pese a sus modestas posibilidades económicas logró que los hijos estudiaran; c) botó al marido y nunca dudó, al menos públicamente, de esta decisión. Por los motivos expuestos, la protagonista la definió como una mujer “muy calzonuda”, expresión equiparable con otra del lenguaje coloquial: “tener muchos pantalones”, ambas propinadas a las figuras que poseen fortaleza y virilidad, con independencia de su sexo biológico.

La tía Soledad. Hermana de David, el padre de Mauro. Vivía con un hijo, una hermana menor llamada Blanca, un hijo de esta última y tres sobrinos más, dos varones y una mujer, descendientes de Antonia, otra hermana fallecida. Estos siete personajes compartían una casa ubicada en el Centro de la ciudad. Natalia la presentó como “la matriarca de la familia” y la describió en estos términos:

Era una mujer muy bonita, delgadita, delgadita y siempre vestida de negro, y siempre con su cigarro, siempre, para lo único que no fumaba es cuando entraba a misa [...] Ella se quedó al cuidado de sus tres sobrinos, hijos de, de..., de, este, de Antonia, mhm, y..., este, se quedó a cuidar a su hermana más chica, Blanca [...] Había tenido un hijo de soltera. Era muy religiosa.

La protagonista se sentía protegida por esta tía quien era “la del rigor”. Natalia empleó esta expresión para referirse a la administración de los ingresos económicos dado que, cuando sus tíos varones comenzaron a trabajar, le entregaban el dinero que ganaban. A partir de esta frase, cabría afirmar que la persona “del rigor”, es decir, quien ejerce la autoridad legítima es la administradora del dinero familiar. Ella podía, como en este caso, diferenciarse de los proveedores. Así, con respecto al manejo de dinero y bienes, Natalia habría convivido con dos mujeres “de rigor”: la tía Soledad y Ramona. Y, en lo tocante a la toma de decisiones y a la fortaleza requerida para mantenerlas aunque involucraran

directamente los afectos y la consideración de los demás, la protagonista evocó a la abuela Antonia con una expresión de hombría: “calzonuda”, es decir, con pantalones o que llevaba simbólicamente dicha prenda que, para ese entonces, sólo la portaban los varones.

David, el abuelo paterno. Al instalarse en México tuvo problemas de alcoholismo y, con el paso del tiempo, su esposa lo echó de la casa. Era hermano de las tías Blanca y Soledad pero, cuando llegaba de visita, ellas escondían a Natalia detrás de una puerta. No le permitían ver a su nieta. El abuelo no pudo cumplir con las promesas hechas a su esposa: dejar la bebida y conseguir trabajo. La protagonista explicó esta imposibilidad como consecuencia de los cambios experimentados en su vida a raíz de la Revolución. Desde la perspectiva de Natalia, él era: “Un hombre clavado totalmente por ese cambio tan tenebroso, tan violento, siendo trabajador”. Ella lo recordó como un personaje atractivo porque era blanco, tenía unos “bigototes” y, probablemente, porque le prohibían verlo. Murió cuando la protagonista contaba, aproximadamente, con 14 años aunque dejó de verlo mucho tiempo antes.

C) La familia propia

El cónyuge. Su nombre es Álvaro. La protagonista lo conoció cuando tenía 18 años y asistía al segundo curso de la escuela comercial nocturna. El noviazgo duró 3 años pero durante largo tiempo lo mantuvieron en secreto. Mientras tanto, Natalia dejó la escuela y comenzó a trabajar. Álvaro insistía en oficializar la relación pero como ella temía que Ramona la obligara a abandonar el empleo, rechazaba esta propuesta. Finalmente, él se presentó sin aviso previo en el domicilio de Natalia y habló con la madrastra.

Posteriormente, el novio y su familia pidieron la mano de la protagonista. Por razones ideológicas –Álvaro era militante del Partido Comunista Mexicano- él se opuso al matrimonio religioso. Esta decisión provocó que Ramona lo objetara como pretendiente. La pareja permaneció separada durante un tiempo hasta que él abordó a Natalia para decirle que aceptaba el matrimonio religioso. Al mismo tiempo le impuso como condición que contrajeran nupcias por lo civil en forma inmediata. Ella aceptó y ese día se casaron sin comunicarlo a ningún familiar. Al descubrirse, la situación provocó un severo conflicto entre Natalia y Ramona que culminó con la boda religiosa en presencia de unos pocos

familiares y amistades cercanas de ambos. Después de la ceremonia, los recién casados partieron de viaje.

Luego, iniciaron la convivencia en una habitación construida en los fondos de la casa de los padres de Álvaro. Él consiguió trabajo en una fábrica ubicada al norte de la ciudad en horario nocturno. Por esa razón, cuando el cónyuge estaba en la casa, dedicaba las horas del día a dormir mientras ella permanecía en el cuarto. Natalia resentía la relación que él mantenía con su familia de origen, especialmente, porque durante muchos años después del matrimonio, Álvaro aportó dinero para sostener el hogar paterno. A este gasto se sumaba la contribución económica al Partido. Desde la perspectiva de Natalia, él nunca satisfizo cabalmente el rol de proveedor porque, como resultado de estas prioridades, perjudicó a la familia propia. La protagonista manifestó esta idea con una expresión coloquial: “Se llevó a su familia entre las patas”, y en otros pasajes: “Nos llevó a todos entre las patas”. Con estos enunciados, ella resumió las numerosas carencias, más allá del plano económico, que perjudicaron la calidad de vida y las oportunidades al alcance de sus descendientes.

Desde los primeros años de casada, la protagonista se percató de la actividad política del esposo. Sin embargo, no la conocía en profundidad y, cuando lo interrogaba, recibía críticas por su ignorancia que incluían agresiones tales como el calificativo de “imbécil”, propinado porque “pretendía que todo se lo dieran digerido”. En general, Natalia profundizaba sus conocimientos a partir de las conversaciones entre Álvaro y otros militantes cuando se reunían en su domicilio; también, por la lectura de libros y papeles que encontraba en el escritorio del marido. Sin embargo, por esa época, Natalia lo consideraba una “especie de héroe” interesado en beneficiar a la humanidad; por esa razón, lo admiraba y temía por su seguridad.

Procrearon 5 hijos: una mujer y cuatro varones. En cada embarazo, Álvaro manifestaba rechazo hacia su pareja y durante el segundo, como ya se habían mudado a una casa más amplia, la obligó a dormir en otra habitación. Las agresiones verbales y físicas recrudescieron durante el tercer embarazo; en el cuarto, ella lo enfrentó y obtuvo una especie de tregua; lo mismo sucedió durante el quinto aunque persistió la actitud distante del cónyuge.

Con respecto al desempeño sexual del cónyuge, la protagonista lo evaluó como un gran amante. Pero, a los encuentros amorosos “muy satisfactorios”, seguían momentos de gran

indiferencia, rechazo y agresiones verbales y físicas que Natalia no acertaba a explicarse. No obstante, durante las entrevistas, apeló a razones de tipo psicológico, a traumas o bloqueos derivados de la experiencia familiar de Álvaro. La vida sexual de la pareja alcanzó un momento de plenitud cuando Natalia rondaba los 40 años y después de sortear con éxito una histerectomía. En ese momento visitaban hoteles y baños públicos y fingían una relación de amantes.

Para la protagonista, la mayor dificultad que debió afrontar con el cónyuge fue “el problema político”. Con esta expresión indicó que los intereses vitales del marido estuvieron centrados en la militancia partidaria, en desmedro de la familia formada entre ambos. De hecho, ella le recriminaba que el Partido era su amante porque a él le dedicaba todas las atenciones que escatimó a la protagonista. Natalia afirmó que si debía ordenar jerárquicamente las prioridades de Álvaro, en primer lugar ubicaba al Partido; en segundo, a los hijos procreados en común; en tercero, a la familia de origen y, tal vez, en último término, a ella misma.

La protagonista explicó que “el problema político” del cónyuge derivaba del “clandestinaje”, una práctica de secreto, anonimato y ocultamiento debida a la persecución que padecían los militantes de izquierda. Esta situación se agravó cuando el gobierno retiró el registro legal al Partido. En ese momento, los dirigentes decidieron pasar a la clandestinidad como medida de precaución y como estrategia de lucha.

Desde el punto de vista de la protagonista, el “clandestinaje” afectó todas las relaciones y prácticas de la vida familiar y conyugal. Por ejemplo, cuando pernoctaban en hoteles de paso, él colocaba una silla contra la puerta como medida precautoria. Natalia atribuyó a esta misma causa, los silencios, la distancia y la dificultad del cónyuge para expresar afecto o aceptar que los hijos, u otra persona extraña, sorprendieran a la pareja en un gesto de cariño.

Con el paso de los años, la situación laboral de Álvaro se tornó más insegura debido al activismo que realizaba en las distintas fábricas donde trabajó. Para ese entonces, habían adquirido un restaurante de comida corrida que ella atendía y le propuso trabajarla en conjunto. De este modo, Natalia pensaba disponer de mayor tiempo libre para acompañarlo a él en sus compromisos partidarios. Pero el cónyuge no aceptó. Unos meses después lo despidieron e indemnizaron.

Natalia vivió esta negativa como un rechazo que confirmaba, una vez más, las prioridades de Álvaro y el escaso interés por la relación de pareja. Para esa época, la intimidad conyugal había comenzado a deteriorarse, él padecía de celos y puso a prueba a la protagonista. Para ello, acudió al negocio con un joven militante del Partido y, frente a Natalia, lo autorizó para comer gratuitamente cuantas veces fueran necesarias. Al mismo tiempo, habló con los hijos para prohibir el acceso de esa persona cuando él no estaba presente porque, según les dijo, el joven visitaba el restaurante para encontrar a Natalia. Tiempo después, la protagonista descubrió esta artimaña. En cierta ocasión, cuando reñían, increpó al cónyuge. Pero Álvaro se negó a explicar su comportamiento. También, en ese entonces y por problemas de celos, Natalia padeció al menos dos ataques sexuales de Álvaro que calificó como violaciones. Con base en estos hechos, la protagonista sustentó su decisión de vender el restaurante y mudarse a una Colonia de reciente formación. En poco tiempo concretó ese proyecto y adquirió una vivienda. Aunque Álvaro consiguió otro empleo, el sueldo resultaba escaso y la situación económica familiar se agravó.

Los sucesos narrados ocurrieron hace 17 años³³ y coincidieron con la decisión de Natalia de interrumpir todo vínculo conyugal. Concretó esta medida al rechazar el acceso de Álvaro al dormitorio común y como recurso para evitar una nueva agresión sexual. Desde entonces, ambos convivieron en la misma casa con los tres hijos menores pero la relación osciló entre el distanciamiento y los episodios de violencia que, desde la perspectiva de Natalia y hasta el momento de la entrevista, representaban una fuente de severos conflictos familiares y personales.

La hija. Aunque su nombre es Claudia, la protagonista se refiere a ella llamándola “mamá” o mamacita”. En líneas generales, el primer apelativo aparece cuando Natalia dialoga con la hija para pedirle su opinión o la consulta; el segundo, en cambio, cuando trata de hacerle comprender sus puntos de vista. Así, “mamacita” es la figura de quien espera comprensión ante sus decisiones y “mamá” una interlocutora sin mayores compromisos con los puntos de vista de Natalia.

Cuando la protagonista estaba embarazada de esta hija, Álvaro manifestó que debía ser mujer y parecerse a su propia madre, una mujer de tez blanca y de ojos claros. El temor de

33 La primera serie de entrevistas se realizó en el año 2002.

no satisfacer esta exigencia apenaba a la protagonista; sin embargo, cuando Claudia nació, Natalia experimentó un profundo orgullo, entre otras razones, porque por su sexo, satisfizo el mandato paterno aunque, por su tez morena, se asemejó a la madre de la protagonista.

Por varias razones, este personaje cuenta con la profunda admiración de Natalia. Entre ellas, porque evidenció una gran responsabilidad con respecto a sus estudios, a su desempeño laboral posterior y porque logró contar con la solvencia económica suficiente como para construir una vivienda propia, en una parte del terreno ubicado en la Colonia El Porvenir. Asimismo, es la única que cuenta con estudios de posgrado, ha realizado viajes dentro y fuera del país y, por razones que la protagonista desconoce, o que decidió mantener en reserva, interrumpió su matrimonio asumiendo la responsabilidad de criar a sus dos hijos casi adolescentes, un varón y una mujer, sin la presencia del cónyuge.

La protagonista la presenta como una persona sabia, aplomada, quien habría adoptado una actitud ecuánime ante el conflicto de sus padres. Natalia valora sus opiniones y consejos. Mantiene con ella una actitud de respeto aunque, también, espera cierta complicidad por parte de la hija, especialmente, ante los avatares de su relación con Álvaro.

Asimismo, Natalia atribuye a la influencia de esta hija el descubrimiento de otras posibilidades y expectativas en la forma de construirse a ella misma como mujer. Así, mientras Claudia cursaba sus estudios de Preparatoria y Licenciatura, Natalia comenzó a experimentar un deseo de cambio en distintos planos de su vida familiar y personal que la llevaron a interesarse por los aprendizajes de sus hijos y de los jóvenes que llegaban al domicilio. Al mismo tiempo, comenzó a cuestionar la imagen tradicional de la maternidad, sufriente y abnegada, en favor de una construcción que le permitiera estimular a sus hijos en un proceso que ella calificó como de “ir a más”. De este modo, expresaba el deseo de idear una forma de acompañamiento de su progenie que le permitiera superar las dificultades y oportunidades menguadas para “elevarse socialmente”, tanto a ella misma, por sus orígenes desfavorables, como a los hijos por la falta de previsión del cónyuge. En este sentido, Natalia trazó un verdadero plan de acción que, como aparecerá en otro momento del análisis, le permitió calificarse como “trionfadora”.

El tercer hijo varón. De nombre Plutarco, este hijo permanece soltero y, al presente, vive en un departamento de su propiedad junto con Álvaro. Alcanzó estudios de nivel universitario

y la protagonista se ufano de sus logros académicos, personales y laborales aunque lamentó la renuencia a formar una pareja. Natalia lo atribuyó a las experiencias negativas que vivió junto a sus padres en distintas etapas de la vida.

La protagonista evocó el embarazo de este hijo como una “verdadera lucha por la supervivencia” dado que, en ese momento, Álvaro incrementó los ataques y agresiones e, inclusive, llegó a proponerle que se practicara un aborto. Durante la niñez y la adolescencia, el comportamiento de este hijo le resultó problemático y, durante las entrevistas manifestó: “Yo me cuadro con este hijo” y, también, “todavía no rompo mucho el turrón con él”. Estas expresiones indican que, al presente, Natalia no ha logrado establecer una relación de confianza con el hijo, al menos, como la concibe en su trato con los demás y que se traduce en bromas, “guasa”, complicidad, receptividad para comprender las preocupaciones mutuas y para compartir confidencias. De hecho, durante el transcurso del relato reportó varias indagaciones entre los hermanos para informarse sobre los avatares de la vida de Plutarco. El distanciamiento y las dificultades para comunicarse se agudizaron cuando él dejó la casa familiar para instalarse por su cuenta. Y más aún, cuando Álvaro se mudó con él.

La atmósfera familiar agresiva y violenta desde el momento mismo de la concepción explicaría, desde la perspectiva de la protagonista, el carácter serio y reservado de este hijo, poco abierto a las bromas, a la expresión de afectos, aunque ella le reconoce numerosas atenciones e invitaciones para asistir a distintos espectáculos y eventos públicos, especialmente, durante la época de estudiante. Como contrapartida de esta dedicación, ella debió afrontar demandas afectivas y cuestionamientos muy severos por parte del hijo, al punto de expresar que “se los cobra muy caros”. No obstante, la capacidad de sobreponerse a las condiciones adversas, su inteligencia, conocimientos y logros profesionales, así como el apoyo económico que brinda a otros miembros de la familia, constituyen una fuente de admiración para su madre quien lo ubica, junto con Claudia, entre las personas de su entorno familiar que siempre “aspiran a más”. Al respecto, concluyó la caracterización de este hijo manifestando que no siente ninguna preocupación con respecto al futuro económico, laboral y personal de Plutarco, como le sucede en cambio, en alguno de estos aspectos, con los demás hijos varones.

D) La amiga

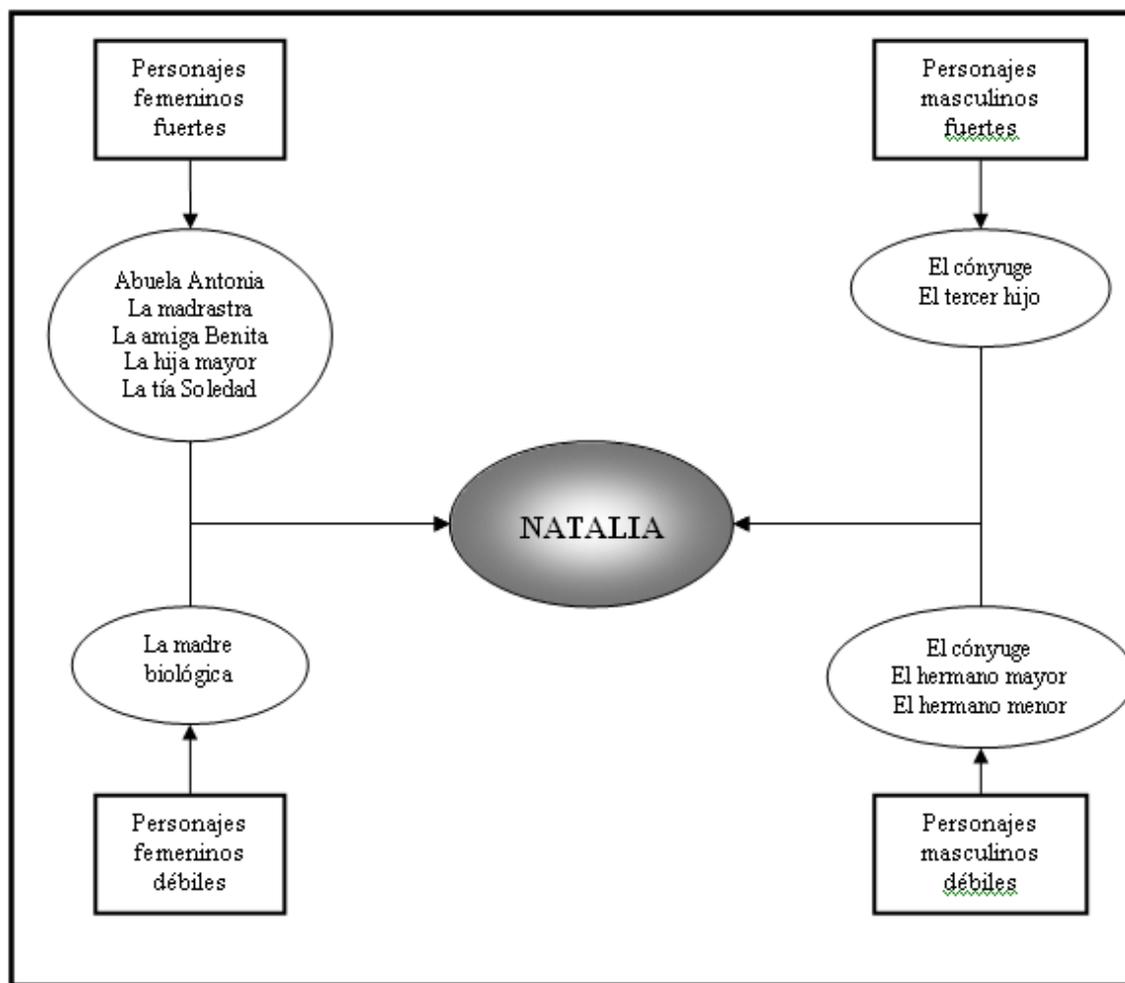
Benita. Era una vecina de la Colonia El Porvenir, lugar donde la protagonista y su familia radicaron por más de 25 años y hasta la mudanza al sur de la ciudad. Con el tiempo fueron muy amigas y confidentes. Además, fue una de las pocas personas ajenas al núcleo familiar que logró mantener una relación amistosa con Álvaro. Natalia la evocó con mucho afecto. También, la presentó como una persona con gran sentido común y lucidez para prever las consecuencias negativas, tanto de la militancia del cónyuge, como de la interrupción de la actividad sexual entre Álvaro y Natalia por decisión de la protagonista.

En sus pláticas con Benita, ella le sugería que velara por la estabilidad económica para el futuro, con independencia de las ideas y decisiones de Álvaro. También, la instaba a comportarse como si acordara con él a fin de ganar autonomía económica en beneficio de la familia. Benita concluía que la militancia política de Álvaro en ese Partido no redundaría en las metas esperadas ni para el país ni para él o su familia. Por eso, le encomendaba la tarea de convencer al marido para reorientar sus esfuerzos. Para lograr este cometido, Natalia debía emplear todos los recursos a su alcance, inclusive, la sexualidad como un bien de intercambio. Pero, la protagonista rechazaba esta posibilidad porque en aquellos años vivía una etapa de gran plenitud sexual con el esposo.

Sin embargo, cuando finalmente lo expulsó del dormitorio conyugal, Benita insistió para que revisara su decisión a fin de evitar consecuencias negativas para ella y sus hijos. Especialmente, le recriminaba que la difusión pública de esta decisión, entre familiares y allegados, atentaba contra la imagen y autoridad de Álvaro ante los demás.

Una nueva lectura de los personajes. A partir de las descripciones que ofrece la narradora, cabe destacar un rasgo compartido por los “otros significativos” del relato: la debilidad o fortaleza para afrontar las distintas situaciones asociadas con sus propias experiencias biográficas. De este modo, Natalia rescata personajes de ambos sexos con trazos bien definidos, fuertes o frágiles, excepción hecha con la figura de Álvaro, tal vez la más humanizada del relato, precisamente porque aparece descrita con pinceladas de ambas tonalidades. ¿De qué manera impactaron sobre la protagonista, en relación con los obstáculos que ella misma debió afrontar para definir un proyecto propio y concretarlo? El siguiente cuadro, donde aparecen agrupados los co-protagonistas desde esta nueva

perspectiva de lectura, ofrece una primera aproximación para responder a la pregunta planteada:



Como destaca el cuadro, entre los personajes femeninos “fuertes”, aparecen cinco mujeres ubicadas en distintas etapas del ciclo vital. Dos de ellas acompañan a la protagonista en varios momentos: la madrastra, desde la niñez hasta la adultez, y la hija mayor, desde la juventud y hasta el presente. Además, figura la abuelita Antonia y la tía Soledad durante la infancia, y la amiga Benita, junto a la protagonista cuando es adulta. Por su parte, la única mujer débil del relato es la madre biológica como una sombra

permanente, pese a las escasas menciones que recibe, excepto al comienzo del relato tanto en la primera como en la segunda época de entrevistas.

Con respecto a este último personaje, al iniciar la narración, Natalia la evocó para explicar su condición de huérfana y volvió a mencionarla al recordar los argumentos empleados por Ramona para ejercer violencia verbal y psicológica sobre ella. En las sesiones de entrevista correspondientes a la segunda época, reapareció la madre biológica al informarme que, mientras interrumpimos los encuentros, un miembro de la familia de origen le confirmó que, probablemente, las dudas sobre la reputación de su madre tenían fundamento en lo concerniente al problema de alcoholismo, no así con respecto a la supuesta prostitución, el otro cargo que le imputaba Ramona. La referencia a esta indagación y los resultados obtenidos reforzaron la significatividad de este personaje y explicaron los esfuerzos de Natalia por distanciarse de la figura materna. También, en la segunda época, esta confirmación pareció atenuar y legitimar, desde la perspectiva de la protagonista, las agresiones de la madrastra: al menos, una de las imputaciones de Ramona tenía asidero. De este modo, sus insinuaciones verbales resultaban parcialmente confirmadas.

Con respecto a los personajes masculinos, entre los “fuertes”, sobresalió la figura del tercer hijo, Plutarco, y, en ocasiones, la del cónyuge. Sin embargo, Álvaro también comparte el lugar de los débiles junto con los dos hermanos de Natalia. De entre todos los nombrados, destaca la posición ambigua del marido que sugiere la necesidad de profundizar el análisis. Para ahondar en torno del significado de esta doble ubicación del esposo, es necesario relacionarlo con los demás co-protagonistas. Para ello, cabe preguntar, ¿qué hace fuertes o débiles a estos personajes?, ¿cuáles fueron sus proyectos, qué obstáculos debieron enfrentar y cómo los resolvieron?

Fortalezas y debilidades de las figuras femeninas. En relación con las mujeres, tres de ellas, la abuelita Antonia, la tía Soledad y Ramona debieron superar severos inconvenientes del contexto. Las dos primeras, un descenso en su posición social a raíz de la Revolución de 1910; la tercera, por su condición de mujer ocupó una posición desventajosa ante la comunidad de origen. La desventaja se agravó por la desobediencia a los mandatos familiares que incrementó la indefensión frente a la violencia del cónyuge; finalmente, la

viudez otorgó un giro dramático a su vulnerabilidad. Sin embargo, ninguna de las mujeres “fuertes” cedió en sus empeños. Y, aunque en los recuerdos de Natalia los logros de las tres resultaron desiguales, la valoración de estas figuras destacó la capacidad de resistir y de sobreponerse, antes que los éxitos obtenidos.

De Benita no existen referencias con respecto a los obstáculos que afrontó para concretar los proyectos personales, los cuales, al decir de la protagonista, estuvieron centrados en el ámbito familiar y se vincularon al logro de una posición económica estable y de una relación de pareja exitosa donde ella recibía atenciones, cuidados y actitudes deferentes por parte del cónyuge. En palabras de Natalia, Benita identificaba como un factor importante de estas conquistas, sus propios esfuerzos orientados a la construcción de una imagen pública de autoridad y respeto por las decisiones del cónyuge aunque, en privado, ella asumiera la organización y administración doméstica, y aprobara o vetara los gastos e inversiones. La posición de su amiga quedó registrada en los recuerdos de Natalia con una expresión atribuida a Benita: “Para todos, él es el Señor Guillermo, pero en casa es Memo”. De este modo, la vecina sintetizaba un conjunto de estrategias para garantizarse un espacio de autoridad, aceptada por el cónyuge sin cortapisas.

Con respecto a la quinta figura femenina fuerte, la hija, los obstáculos de Claudia habrían derivado de la estrecha situación económica familiar antes del matrimonio y, con posterioridad, de su condición de divorciada y madre de dos hijos. Sin embargo, estos impedimentos no hicieron mella para consolidar un hogar exitoso de jefatura femenina.

Además, existe otro mérito compartido por todas: una modalidad de encarar las relaciones afectivas que les aseguró una posición de autoridad en el ámbito conyugal; ya sea bajo la idea de “manejar al marido”, como en el caso de Benita y Ramona, o bien, de atreverse a encabezar un hogar, como en el caso de las tres restantes: Soledad, Antonia y Claudia. A su vez, esta última, tal vez por pertenecer a otra generación, sumó su desarrollo profesional a las conquistas anteriores.

En síntesis, el análisis de los rasgos encomiables de las figuras femeninas “fuertes” destaca tres aspectos:

- a) la capacidad para alcanzar logros económicos
- b) la capacidad para alcanzar posiciones de poder en la relación conyugal

- c) la capacidad para conducir la propia vida y la de los hijos sin contar con una presencia masculina

Al mismo tiempo, estos logros dotan de significado a las preguntas que la protagonista se plantea a sí misma en varios pasajes del relato: “¿A qué le tuve miedo?”, interrogante que Natalia deja sin respuesta al analizar las consecuencias negativas de su decisión de interrumpir el vínculo conyugal sin llegar a plantearse la posibilidad del divorcio. Idéntico cuestionamiento se formula a sí misma cuando repara en los resultados perjudiciales, para ella y sus hijos, derivados del acatamiento de los designios del cónyuge cuando Álvaro se oponía a la concreción de emprendimientos económicos que contrariaban su ideología política, tales como, por ejemplo, la renta de cuartos de la vivienda familiar a fin de mejorar el nivel de ingresos.

Fortalezas y debilidades de las figuras masculinas. Con respecto a los varones, sobresale la figura del tercer hijo, Plutarco, quien, al decir de la protagonista, debió afrontar desde la gestación una verdadera “lucha por la vida”, en sentido estricto. Sin embargo, en la actualidad, ha concretado proyectos exitosos tanto en el plano laboral, como en el académico y el económico.

A su vez, entre los varones “débiles” figuran ambos hermanos de la protagonista. El mayor, arrastrado a la bebida por una sospecha que, al decir de Natalia, nunca se atrevió a confirmar o rechazar. El menor, quien habría desaprovechado las mejores oportunidades que le aseguró una posición de privilegio, fundada en el afecto recibido por parte de la madrastra.

En relación con las fortalezas y debilidades de los personajes anteriores, la posición ambigua de Álvaro responde al doble papel que debió desempeñar en el ámbito público, por un lado, y las repercusiones que acarreó para la vida familiar, por el otro. Así, pese a contar con una formación para el trabajo que le habría permitido obtener ascensos y puestos de confianza, la militancia política y la coherencia con sus ideas malograron estas posibilidades. En varios pasajes, Natalia le reconoce sus méritos en ese ámbito. Sin embargo, en la vida cotidiana, estas virtudes derivaron en autoritarismo y rigidez para desempeñar de manera adecuada los roles de proveedor, esposo y padre, así como en serias dificultades para satisfacer las necesidades afectivas de su pareja. De este modo, la posición

de Álvaro resulta contradictoria, a menos que, como sugiere el análisis, se analicen sus actuaciones en el ámbito político y laboral, por un lado, y por otro, su desempeño en la esfera familiar y conyugal. Al poner en relación estas dimensiones surge lo que Bourdieu y Wacquant (1995) denominan, “la dominación del dominante por su dominación”, expresión por medio de la cual refieren al “esfuerzo desesperado y bastante patético que todo hombre debe realizar, en su triunfante inconsciencia, para conformarse a la representación dominante del hombre” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 124).

Así, con independencia de los privilegios que acompañan esta posición de dominio, el relato de Natalia pone en evidencia el aprisionamiento de Álvaro ante el deber de afirmar su virilidad. También, brinda argumentos para entender las respuestas violentas y la contención permanente del cónyuge que obstaculizó la satisfacción de las demandas afectivas de Natalia, ante el riesgo de incumplir con los mandatos propios de la masculinidad dominante. Por último, ¿qué aporta este análisis a la comprensión del relato desde la perspectiva del ejercicio de poder entre los cónyuges?

Al respecto, cabe señalar que la protagonista habría incorporado a la relación conyugal, los distintos significados del acervo subjetivo de conocimiento a partir de las relaciones con estas figuras del relato. Entre estos significados, destacan los que transforman a una mujer o a un varón en un personaje “débil” o “fuerte” y que le permiten caracterizarlos como tales, con las expresiones coloquiales ya mencionadas. Asimismo, entre los atributos de la fortaleza, destaca el logro de ciertas metas y la forma de obtenerlas. Además, las reflexiones de la protagonista permiten identificar cuáles son esos objetivos que, desde su punto de vista, resultan altamente valorados: la estabilidad económica personal y familiar, la formación profesional universitaria y la conformación de parejas y familias estables.

Con respecto a las formas de ejercicio de poder, las mujeres “fuertes”, es decir, aquellas que logran las metas valoradas por la protagonista, destacan por su capacidad de autodeterminación; por el contrario, la madre aparece descrita como “manipulable” aunque el principal obstáculo reconocido por Natalia habría radicado en el vínculo afectivo con los dos varones significativos en la historia de Carmen: su propio padre, es decir, el abuelo materno de Natalia, y Mauro, el padre de la protagonista.

En relación con los varones, la narradora reitera las expectativas de logro depositadas sobre las mujeres. Sin embargo, la posición ambigua de Álvaro permite suponer que en la

concreción de estas metas existe una diferenciación por sexo y género. Así, los varones resultan valorados positivamente cuando sus concreciones trascienden en el ámbito público, mientras que para las mujeres, el ámbito doméstico parece ocupar un lugar predominante. Al volver la mirada sobre la protagonista surge que, en virtud de esta distinción entre los personajes por sus cualidades de fortaleza o debilidad, ella misma está ubicada en una posición ambigua semejante a la del cónyuge dado que, por momentos, se aproxima a su madre e identifica el sentimiento amoroso hacia el marido como uno de los principales obstáculos para alcanzar autonomía. Sin embargo, en otros pasajes se sitúa al lado de las mujeres “fuertes” de su relato para sobreponerse a una de las principales limitantes, que ella ubica en la vulnerabilidad de su propio origen biográfico.

Como señalé al abordar el análisis del cuadro donde aparecen agrupadas las figuras representativas en virtud de sus debilidades o fortalezas, el señalamiento de esta distinción ofreció un primer acercamiento para indagar por el impacto de estos personajes sobre la protagonista y en la definición de sus proyectos de vida.

ESCENARIOS

La presentación de estos escenarios sigue un orden cronológico de acuerdo con las mudanzas y traslados que vivió la protagonista en distintas etapas asociadas con los momentos del ciclo vital.

A) De la infancia

La casa de la calle Imágenes³⁴. De esta casa, Natalia sólo conservó un recuerdo borroso: acostada en un cuarto, en la semipenumbra de una luz proveniente de una vela o un candil. En ese lugar, creyó recordar unas sombras sobre la pared que semejaban una pareja realizando un acto sexual. La protagonista no logró evocarlo con precisión, en realidad, dijo que la mente prefería borrar ciertos episodios.

Esta casa apareció asociada con la presencia de la madre biológica. Además, este escenario le trajo a la memoria dos canciones que sonaban en unas pulquerías cercanas: “Cervecinas Calientes” y “Barrilito de cerveza”. La presencia de Carmen, la posible evocación de la escena primaria, las melodías asociadas con pulquerías y el recuerdo de ella

34 Este nombre fue propuesto por la protagonista al finalizar los encuentros de la Segunda Época.

misma sentada en una banqueta, a la espera de alguien que no acertó a recordar, podrían haber alimentado las sospechas sobre el supuesto alcoholismo de la madre y también, sobre su actividad como prostituta.

La calle. La protagonista utilizó esta expresión para referirse a una zona ubicada entre un parque y un mercado donde transcurrió ese año en compañía del hermano mayor. Natalia tenía 4 años de edad. La protagonista reivindicó esa experiencia como “bellísima” aunque, a lo largo de la historia, pareció oscilar entre un sentimiento de orfandad y el deseo o necesidad de libertad asociados con esta experiencia. Al respecto, dijo:

Estuvimos en la calle, allá en aquellos preciosos barrios de la Merced y, entonces, este..., pues, tengo un amor por todos esos edificios viejos, por todas estas calles, por todo lo que antes era el comercio [...] Esa época, a estas alturas, se me hace fascinante por... porque ahora a la distancia que lo veo no puedo creer que... que yo haya sido esa niña, ¿no?

Esta primera afirmación contrasta con la siguiente:

Y yo ahí, en ese entonces, abandonada en la calle. En la calle. Entonces, es una cosa que... que hubo dos veces, hubo dos veces en que estuve a punto de llorar así, pero a lágrima, a lágrima viva, ¿eh? ... después. No... no en ese entonces sino ya después, recordando todo eso, ¿no? Pero, ¿por qué yo tenía que haber pasado todo eso? En un momento estoy ahí como la niña intocable, bellísima e inmaculada y, en otro momento, estoy ahí tirada en la... en la esquina esperando a mi hermano y asomándome, viendo a la tía Rosa³⁵.

Natalia rescata algunos aspectos de su vida en la calle: su gusto por comer frutas, su amor por los edificios antiguos del Centro, el placer de caminar por la calle, su dificultad para estar sujeta en la casa realizando tareas domésticas.

En este escenario, el principal co-protagonista fue el hermano mayor a quien ella definió como un “seguro” contra los temores descritos en el pasaje anterior. Así, Hilario apareció como la figura mediadora entre el abandono y la seguridad.

Entonces, este... ahí es donde yo recuerdo esa época como una fantasía muy bonita puesto que estaba la presencia de mi hermano, mhm, ése era mi... mi, mi

35 Se refiere a la dueña de la tortillería que recibió a Ramona cuando llegó del pueblo.

seguro, mhm, aunque dormíamos atrás del portón en un maletón ahí de ropa que me, en las mañanas mi hermano me despertaba y me acuerdo muy bien cómo anudaba eso.

Con respecto a este escenario, el relato de Natalia permite captar una especie de orgullo al reivindicar sus orígenes que, en cierta forma, podrían asociarse con las ideas socialmente disponibles relacionadas con el valor del esfuerzo personal para superar las desventajas de un origen incierto y de un contexto desventajoso. En este sentido, las expresiones de la protagonista remiten a la idea de superación personal, de que cualquier persona, merced a su esfuerzo, puede mejorar su posición cuando se lo propone; en definitiva, este escenario en particular parece invertir una famosa sentencia porque, desde la perspectiva de la protagonista, el origen no necesariamente marca el destino.

La vecindad por San Isidro Labrador³⁶. En ella vivía una tía, hermana de su madre biológica. Al evocarlo apareció como uno de los escenarios más críticos y dolorosos de su infancia. Estaba ubicado por la zona del parque y cerca del mercado, es decir, muy próximo al escenario de “la calle”. Esta alternancia entre “la calle” y “la casa de la vecindad” reforzó la imagen de exclusión y el abandono por parte de los adultos.

Desde el portal de esa casa, Natalia y su hermano veían cómo jugaban los primos, luego preparaban la mesa para cenar, después llegaba el tío, acariciaba a Natalia y, a veces, le entregaba dinero; pero los hermanitos debían permanecer en los escalones de acceso a la vivienda. Más tarde, la familia cerraba la puerta del domicilio y ambos, Natalia e Hilario, debían aprontarse para dormir afuera, en el patio de la vecindad. Distintas imágenes evocaron la precariedad de esa vida pero, al decir de la protagonista, todas podrían sintetizarse en la maleta con la ropa de ambos, hecha cada día y deshecha para dormir por las noches. Estas escenas compartieron el primer plano con algunos episodios de miedo, cuando recordó los alacranes que trepaban por la pared donde ellos dormían.

Frente a esta situación contrastaron los cuidados del hermano quien, por las mañanas, guardaba los objetos personales, cruzaba la calle hacia el Parque donde le lavaba la cara en una llave dispuesta para regar, y partía en busca de comida para los dos. A veces, por las

36 El nombre de este escenario fue propuesto por la protagonista al finalizar los encuentros de la Segunda Época.

tardes, ella entraba a una sala de cine ubicada por la zona, donde dormitaba hasta que Hilario volvía para encaminarla a la vecindad.

Este escenario resulta significativo al relacionarlo con el anterior porque ambos refieren al mismo periodo de la vida de la protagonista: el año de calle. Así, mientras que el primer espacio representa la posibilidad de alimentarse, ofrece un lugar donde permanecer durante el día y la protección y el afecto del hermano, en síntesis, una suma de experiencias asociadas con la seguridad, el segundo resulta un ámbito amenazante y evidencia el desamparo y el desinterés por parte de los adultos.

La casa de la tía Soledad. Estaba ubicada detrás de una iglesia cercana al mercado. Natalia describe el lugar en estos términos:

Tenían como veinte jaulas de pájaros, teníamos un cuarto precioso, con un ventanal con balcón y todo y miraba a toda la vecindad, preciosa la vecindad también. Entonces, en la mañana levántate a rezar, mhm. A poner la mesa, ¡qué mesas tan bellas! [...] Realmente eran unas ceremonias. Poner la mesa, el desayuno, la comida y la cena, mhm, entonces, ya me hacían que fuera poniendo, este..., la azucarera quizás o un mantel, a rezar antes de desayunar, terminando dar las gracias.

En la evocación de Natalia, esta familia estaba ubicada entre las dos de mejor situación económica de la vecindad: “Y mi familia, la tía con la señora de acá, yo creo que ahí se codeaban en su nivel económico”.

En esta casa vivían Soledad y su hijo Rodolfo; tres sobrinos -Pilar, Alberto y un tercero de quien no recordó el nombre- hijos de la tía Antonia quien había muerto en Ciudad Victoria; además, la hermana menor, Blanca, con un hijo. Natalia mencionó que la familia era muy religiosa: “Todo el día era rezar”. Los domingos asistían a misa, muy arregladas y elegantes. Cuando no había festividades religiosas, el tío Alberto las llevaba de paseo por distintos pueblos cercanos; de lo contrario, permanecían en la casa y destinaban todo el día a conmemorar la celebración con rezos.

La protagonista vivió con sus tías en dos ocasiones diferentes. La primera vez fue durante un año o año y medio. En esa época ellas se ganaban el sustento con el lavado de ropa de cama que recogían de los hoteles ubicados en el Centro de la ciudad. Durante las entrevistas, Natalia señaló la discrepancia entre el medio de vida de sus tías y el confort de

la vivienda; también, el contraste entre las posibilidades económicas de esa familia y algunas prácticas atribuibles a sectores sociales de mayores ingresos, por ejemplo, la disposición de la mesa a la hora de servir los alimentos, los muebles, los paseos fuera de la ciudad y la manera de vestir de estas señoras que Natalia describió como muy elegantes. Para ella, estas incongruencias encontraron un principio de explicación al considerar las experiencias previas de las tías quienes conocieron épocas de bonanza en vida del bisabuelo hacendado.

Durante la segunda estancia, las tías habían dejado esa actividad porque los tres varones mantenían la casa. La protagonista recuerda que ellos le entregaban el salario a Soledad. Dejó este hogar luego de una discusión entre su padre y las tías por la escasa responsabilidad que él mostraba hacia la niña. Al instalarse en la casa de Ramona, Natalia perdió totalmente el contacto con estos familiares.

El hogar de la tía Soledad es un escenario significativo para la construcción de la protagonista porque representa el periodo de mayor estabilidad durante los primeros años de vida. Por otra parte, la situación económica más desahogada de estas tías, y los esfuerzos para mantener una posición que Natalia calificó como “de mayor nivel” (los detalles de “buen gusto” a la hora de poner la mesa para ingerir alimentos, las cuatro comidas diarias, el lugar donde se ubicaba la vivienda en la vecindad, el número de cuartos y la disposición de un baño para uso exclusivo de la familia) contrastan con otros escenarios evocados en el relato.

En este sentido, resulta interesante ver cómo se conjuga esta primera experiencia infantil -de unas tías de origen prominente, “venidas a menos”- con la influencia de Ramona que representaría el otro extremo, una mujer proveniente de una comunidad rural, maltratada por los lugareños, que lucha en la ciudad por mejorar su situación económica y social (a lo que contribuyó el hecho de casarse con el padre de Natalia). En este sentido, la casa de Soledad ofrece un espacio de contraste entre dos situaciones asociadas con la movilidad social que la protagonista calificó, en otros pasajes del relato como “ir a menos”, en contraposición con “ir a más”.

La casa de la abuela Antonia. Estaba ubicada en una vecindad por la colonia de los Doctores. Ahí la llevaron luego de la disputa entre su padre y sus tías, Soledad y Blanca. En

esa casa radicó en varias oportunidades. La última vez fue antes de iniciar su vida con Ramona y Mauro porque un tío de Natalia, hermano menor del padre, se oponía a que la abuela Antonia se hiciera cargo de la niña. La protagonista evocó este espacio como un ambiente de muchas privaciones, la antítesis del escenario anterior. Así, en lugar de las cuatro comidas, la mesa bien dispuesta, el mobiliario y las habitaciones amplias, en esa casa ella encontraba una situación completamente distinta:

Con mi abuelita era..., pues, era lo más pobre, ¿no? Estaba la mesa, así, una estufa ahí, en seguida una silla, en seguida la cama y la cama de mi tío, el soltero, y yo me brincaba de la cama a la silla y casi a la mesa y otra vez mi torta de tamal.

En el relato, la decisión de trasladarla en forma definitiva al hogar de su padre surgió como una última alternativa, cuando los demás familiares objetaron la tenencia de Natalia. Inclusive, la protagonista recordó una plática donde los adultos contemplaron la posibilidad de internarla en un orfanatorio. Sin embargo, la abuelita Antonia manifestó su oposición. Así, con 8 años de edad, cesó el peregrinar de la niña.

La casa de Ramona y Mauro. La familia vivió en varias casas distintas. En la primera de ellas, ubicada en San Pedro de los Pinos, Mauro la presentó a Ramona como su hermanita. Aunque la estancia en dicho domicilio fue breve, Natalia recordó que los fines de semana la vestían con “moños y olanes” para visitar a la tía Rosa. Entonces, las jóvenes que vivían ahí la colocaban de pie sobre una sillita de ixtle. En esa posición, Natalia se veía a sí misma como una virgen en el altar. Al descubrirse el engaño, la niña inició el tránsito por los distintos escenarios descritos anteriormente.

El siguiente domicilio, ubicado en la Colonia Seguridad³⁷, coincidió con el periodo comprendido entre los 8 y los 12 años de edad de la protagonista. En ese entonces, Natalia padeció episodios de violencia a manos de Ramona hasta que finalmente, ella considera que “me sometí o me sometieron”. Esta expresión alude a sus problemas para adaptarse al ritmo de vida familiar que atribuye a su experiencia de calle. Cuando la protagonista contaba con

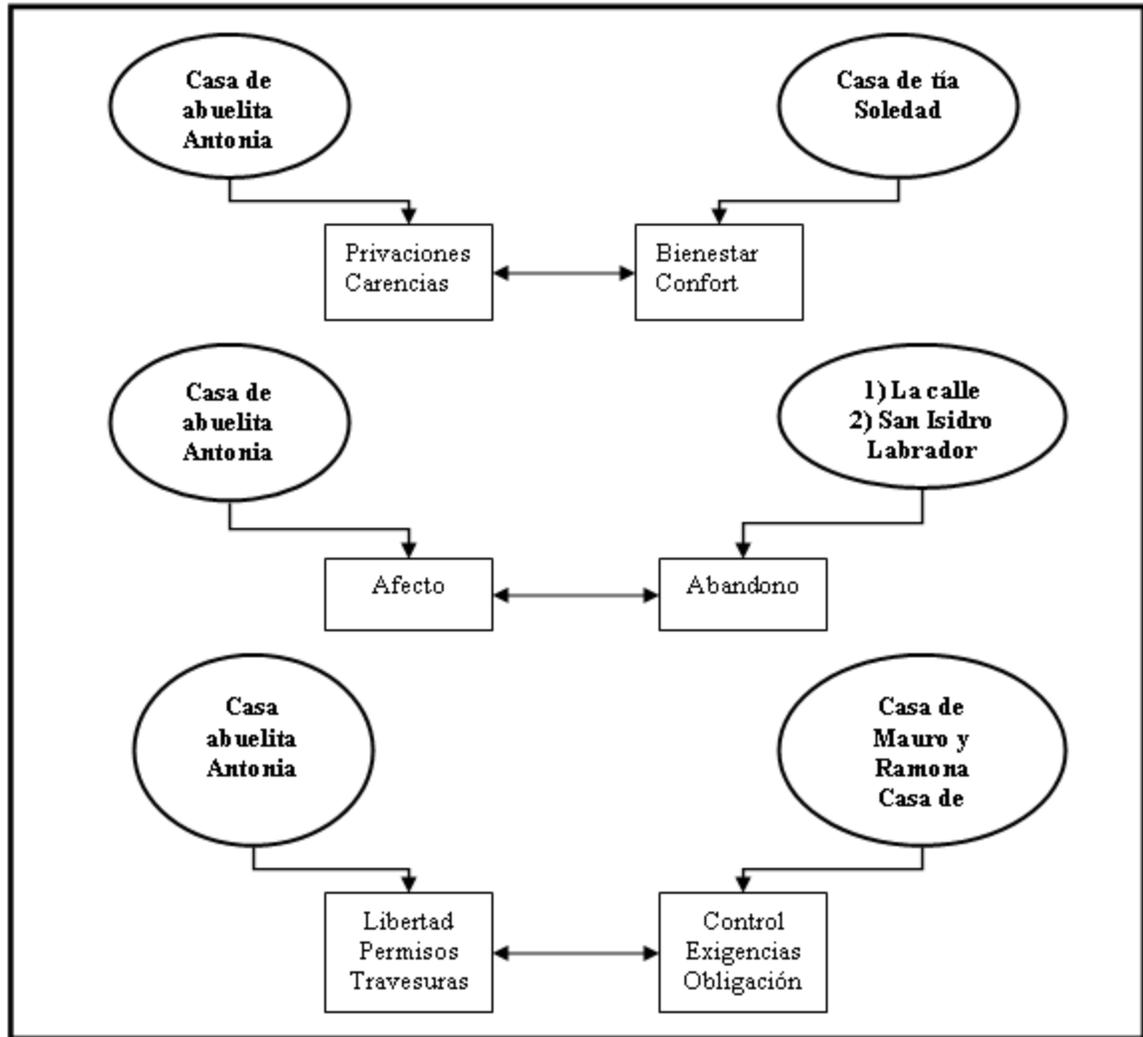
37 Este nombre ficticio fue escogido por la protagonista al finalizar los encuentros de la Segunda Época. Coincide con una interpretación proporcionada por Natalia cuando, al recordar el rechazo a la propuesta de su hermano mayor para que dejara la casa paterna y se trasladara a vivir con Carmen, la narradora explicó que pese a los malos tratos de la madrastra, en ese escenario gozaba de cierta seguridad.

12 años de edad, la familia se mudó a otra vivienda en la Colonia Novedades³⁸ que, a la muerte de Ramona, heredó el hermano Jaime.

Tanto en la vivienda de la Colonia Seguridad como en la ubicada en Novedades, Ramona realizó ampliaciones y cambios a la edificación original. A esta experiencia de “vivir en obra”, como la llamó la protagonista, ella atribuyó el gusto por las reformas y trabajos de albañilería que Natalia reprodujo en los distintos domicilios conyugales. Otro aspecto recurrente de la cotidianidad con Ramona y Mauro fue la presencia de numerosos familiares y allegados con quienes convivían los fines de semana. También, en los dos últimos escenarios, la protagonista realizó innumerables trabajos domésticos, muchos de ellos destinados a mejorar los ingresos de la familia, como por ejemplo, lavar y planchar ropa ajena. Al respecto, cabe señalar que si bien en varios pasajes Natalia encomió la capacidad de trabajo de Ramona, en ningún momento destacó el valor de su propio esfuerzo y contribución a estos emprendimientos económicos que incrementaron los beneficios familiares. Cabe señalar que la protagonista habitó la casa de la colonia Novedades desde los 12 hasta los 20 años de edad, cuando contrajo nupcias y se trasladó al domicilio conyugal.

A partir de las descripciones anteriores cabe preguntar, ¿qué aportan estos escenarios para la comprensión de las relaciones con “otros significativos” que incidieron en la construcción de Natalia? En respuesta, al comparar los distintos espacios donde interactuó la protagonista, destacó un rasgo enunciado en varios pasajes: el contraste entre estos escenarios. Esta característica que los distingue como ámbitos antitéticos aparece descrita en el siguiente cuadro:

38 Este nombre ficticio fue escogido por la protagonista al finalizar los encuentros de la Segunda Época.



El contraste permite concluir que el bienestar, al menos en lo que respecta a la satisfacción de necesidades básicas tales como alimentación, abrigo, higiene, etcétera, no necesariamente se vinculó con el afecto. Así, la casa de la abuelita Antonia fue el escenario más amigable pero el más limitado en cuanto a las posibilidades económicas. Con los escenarios ubicados del lado derecho de la comparación sucedió exactamente lo opuesto. Si bien garantizaban la seguridad material, al mismo tiempo constituyeron espacios de desamor y control que, a la postre, se tradujeron en sometimiento para la protagonista. Así, esta diferenciación entre los escenarios reveló los costos afectivos que Natalia debió afrontar a fin de obtener estabilidad en el plano material.

Conviene retener los posibles significados de estas oposiciones entre los lugares de la infancia porque destacan uno de los obstáculos identificados por la protagonista para satisfacer los mandatos de las figuras de autoridad en su relato: Ramona y el cónyuge. Sobre este punto regresaré más adelante. Por el momento baste decir que los escenarios contrastantes de los primeros años de vida, ubicaron en primer plano el abandono y el desamparo que persistieron bajo la modalidad de una búsqueda de afecto y reconocimiento en los distintos momentos autobiográficos posteriores a la niñez. Desde la perspectiva de la protagonista, la necesidad de satisfacer esta carencia entorpeció y obstaculizó la concreción de metas y proyectos en la etapa adulta.

B) De la juventud

El primer domicilio conyugal. La primera morada donde se instaló después del matrimonio fue un cuarto construido detrás de la casa de los suegros. Estaba ubicada por la zona oriental de la ciudad. Carecía de servicio de agua potable, las calles no estaban pavimentadas y, por esa razón, en la época de lluvias se transformaban en un lodazal. Además, había basura esparcida por todos lados y los niños de la zona andaban en la calle, sucios, con la ropa descuidada y sin zapatos. El mercado de la colonia era muy precario y Natalia resentía la abundancia de frutas frescas de su experiencia de calle, así como los mercados mejor provistos de las distintas colonias donde vivió antes del matrimonio. No tenía tratos con los vecinos y las relaciones con su familia política eran muy distantes y problemáticas.

El cuarto que compartía con el cónyuge era pequeño, con techo de lámina, tenía una cama de latón, una mesa, un baúl para guardar la ropa y contaba con un anafre de gas para preparar alimentos simples. Durante las horas en que permanecía sola en la habitación escuchaba el radio o dormía.

La casa en la Colonia El Porvenir³⁹. Ramona y Mauro la construyeron en una colonia en formación por el norte de la ciudad para rentar las habitaciones, pero ellos nunca vivieron en ese lugar. La casa tenía un cancel de herrería construido por el padre de Natalia.

39 Este nombre ficticio fue escogido por la protagonista al finalizar los encuentros de la Segunda Época.

Disponía de una doble hilera de cuartos que daban a un patio donde estaban los lavaderos de ropa y los baños compartidos.

Después del nacimiento de Claudia, la hija mayor de la protagonista, Mauro les propuso que se instalaran en esa casa. Álvaro aceptó con la condición de que Natalia preparara sus pertenencias en el tiempo que a él le tomaba conseguir un camión para mudarse. Cabe señalar que era domingo, estaban finalizando un almuerzo, la distancia entre ambas viviendas era considerable y el parto de Natalia había ocurrido 16 días atrás. Pero ella cumplió con la exigencia impuesta por Álvaro y esa noche pernoctaron en la nueva residencia.

En la casa disponían de dos cuartos, una cocina, y compartían el baño con los demás arrendatarios. Habitaron en este lugar durante 25 años, aproximadamente, primero como inquilinos y luego, Ramona y Álvaro acordaron los términos de la compra-venta de la propiedad. Natalia decidió mantenerse al margen de esa negociación para que ninguna de las partes se sintiera comprometida por el vínculo de parentesco. Ramona accedió a venderles la casa mediante el pago de una cuota anual, más los intereses que debían amortizar mensualmente. De acuerdo con los cálculos de Natalia, el costo fue muy elevado. Sin embargo, después del segundo año, Ramona murió y dejó esta casa en herencia a la protagonista. Desde ese momento, decidieron suspender el pago de las cuotas y esto motivó el enojo y distanciamiento con Mauro.

A medida que la familia crecía, Natalia realizó muchas modificaciones al diseño original de la vivienda. Ella manifestó que le encantaba “estar en obra”. Además, allí instaló un taller de costura con varias máquinas y operarias para tratar de mejorar su posición económica. Cuando la hija mayor cursaba estudios de Preparatoria rentaron algunos cuartos a varios compañeros de la joven.

Con el paso del tiempo, la protagonista, el cónyuge y los tres hijos menores se mudaron a otra Colonia. Sin embargo, en la actualidad, los dos mayores, una mujer y un varón, ambos casados, permanecen en El Porvenir. La hija construyó una casa propia en la parte trasera del terreno, el hijo ocupó un sector de las habitaciones existentes, y el resto fue demolido para ampliar el patio central. Hasta la fecha, ambos continúan en esa casa que, a su debido tiempo, recibirán en herencia según lo dispuesto en el testamento de Natalia y Álvaro.

La importancia de este escenario radica en que se trata de la primera propiedad de Natalia. Cuando Ramona decidió heredarla a su hijastra, en los últimos días de su vida, la cedió verbalmente con una consigna: “De este cuerito deben salir muchas correas”. Natalia interpretó estas palabras como una invitación y un mandato para emular a su madrastra quien logró encumbrarse desde una situación muy precaria hasta acumular bienes y propiedades que, a su muerte, incluían dos viviendas, joyas, ahorros en dinero, enseres domésticos y ajuares lujosos.

Así, este escenario la vio como protagonista de muchos emprendimientos laborales entre los cuales destacaron: un taller de costura donde maquilaba pantalones, y la cocina económica. Cabe señalar que, además de los factores que explican la decisión de vender el restaurante -negativa del cónyuge a trabajar en el negocio familiar, deterioro de la relación conyugal a partir de episodios de violencia sexual, reducción de la distancia con los centros de estudio donde asistían los hijos- Natalia argumentó la pérdida de clientes habituales debido a una fuerte devaluación del peso mexicano frente al dólar, a comienzos de la década de los años 70, cuyo impacto sobre el salario de los trabajadores les demandó restricciones en los gastos cotidianos. Entre ellos, las comidas del medio día en lugares cercanos al trabajo con el consiguiente perjuicio para los negocios dedicados a esta actividad, como fue el caso del restaurante de la protagonista.

C) De la adultez

En Colonia La lucha⁴⁰. Cuando Natalia contaba con 45 años de edad, aproximadamente, recibió la propuesta de una prima política para adquirir otra vivienda ubicada en una Colonia de reciente formación. En acuerdo con el cónyuge, la protagonista aceptó y se mudaron al lugar. En los primeros años, la vida le resultó muy precaria. Desde la azotea de la casa, Natalia veía las paredes grises de las viviendas aledañas, las columnas de humo elevándose por encima de los techos debido al uso de carbón para guisar y se entristecía al evocar la primera habitación donde se instaló después de casada. Al comienzo disponían de una cocina y dos recámaras, una para el matrimonio y otra para los tres hijos menores. Los vecinos eran muy pobres y Natalia no podía obtener dinero con las actividades que solía realizar en el lugar de residencia anterior.

40 Este nombre ficticio fue escogido por la narradora, al terminar la serie de entrevistas de la Segunda Época, para designar la colonia donde vive actualmente.

Con el paso del tiempo, ella logró construir más habitaciones que puso en renta para jóvenes estudiantes provenientes de otros estados de la República, emprendimiento que persiste hasta la fecha. Esta actividad ha implicado una serie de transformaciones casi constantes a la vivienda original que, al presente, incluye una cocina y dos baños compartidos, las habitaciones familiares, los cuartos para rentar y una construcción en el segundo piso ocupada por uno de los hijos con su propia familia. En la actualidad, los otros dos se instalaron por su cuenta. Luego de la ruptura de relaciones con Natalia, el cónyuge permaneció en esta casa alrededor de veinte años. Pero, en la actualidad, convive con Plutarco. A la fecha, Natalia reside en esa vivienda, prosigue con la renta de habitaciones y convive con el hijo que se ubicó en el piso superior.

Las figuras principales de este escenario son ambos cónyuges y, de las interacciones entre sus habitantes, destaca la modalidad que adoptó el vínculo matrimonial cuando Natalia decidió impedir que el marido accediera a su recámara. Este episodio puede analizarse como el punto culminante de un proceso que venía gestándose entre Natalia y Álvaro el cual implicó, por un lado, la ruptura de la relación conyugal y, por otro, un proceso de cambio de la protagonista en la construcción de sí misma y en su relación con el entorno.

A modo de conclusión cabe preguntarse: ¿qué aportan estos escenarios para la comprensión de las interacciones entre los distintos personajes del relato? ¿Y para la construcción del “sí mismo” de la protagonista?

En respuesta a estas preguntas surge la posibilidad de analizarlos como indicadores de estratificación social. Así, a través de los bienes materiales y las prácticas descritas, Natalia establece una distinción en la calidad de vida de los personajes que interactúan en los distintos espacios. Los principales escenarios donde surgen estas diferencias son la casa de la abuelita Antonia y la casa de la tía Soledad. Y, entre las señales que marcan estos espacios destacan el mobiliario, los alimentos, las dimensiones de ambas viviendas, la ubicación geográfica de las mismas, la vestimenta de sus moradores, la ocupación de los habitantes, el uso del tiempo libre y ciertos rituales cotidianos como, por ejemplo, el modo de disponer la mesa para recibir los alimentos. En el cuadro que sigue ofrezco una reseña de las principales distinciones que señala la protagonista al evocar estos dos escenarios de la infancia:

Escenarios Señales de distinción	La casa de la tía Soledad	La casa de la abuelita Antonia
Ubicación de la vivienda	El Centro de la ciudad	Una colonia proletaria que se urbanizó con el arribo de migrantes internos.
Dimensiones	Dos cuartos, cocina, azotehuela y baño. Estaba ubicada a la entrada de una vecindad. Este lugar era ocupado por las familias que gozaban de mejor situación económica dado que la renta era más elevada.	Un cuarto en una vecindad bastante precaria.
Mobiliario	Cada habitante disponía de una cama propia. Contaban con una mesa de comedor con sillas, aparador, espejo de pie, baúles, adornos sobre los muebles	Una cama, una silla, una mesa
Ocupación de los habitantes	Las mujeres lavaban ropa de los hoteles del Centro de la ciudad. Uno de los varones era talabartero y trabajaba en una fábrica de chiles en conserva.	No se especificó
Consumo de Alimentos	Se ingerían las cuatro comidas diarias	Tamales, café
Vestimenta	Las mujeres de la casa se vestían con elegancia	No se especificó
Uso del tiempo libre	Paseos a los pueblos cercanos al Distrito Federal.	Visitas a la casa de Mauro y Ramona

Estas señales de distinción orientan y dotan de significado al proyecto que la protagonista anticipa como respuesta a un deseo de cambio que comienza a experimentar durante la adolescencia de los hijos mayores. Natalia explica esta inquietud con base en diversos factores, entre los cuales evoca los escenarios de la infancia, a partir de los cuales ella reconoce: “Me acostumbré a lo bueno”.

Además de estos indicadores de estratificación social, relacionados con las prácticas y hábitos de consumo, aparecen otros que permiten contrastar las experiencias de libertad con las de opresión. En este caso, se trata de la distinción entre “la calle” y “la casa de Ramona y Mauro”. Finalmente destaca la diferencia entre la posición de la infancia, caracterizada por la indefensión y la inseguridad de quien transita por distintos espacios que no le pertenecen, y los escenarios de la adultez, las viviendas ubicadas en las colonias El Porvenir y La Lucha, propiedades de la protagonista y su familia. Así, de la posición de

“arrimada”, expresión que en el lenguaje coloquial alude a la búsqueda de cobijo en el lugar de los otros, ella se transforma en propietaria, es decir, logra construir un espacio propio.

ACONTECIMIENTOS

Desde la perspectiva de Carlos Piña, este concepto refiere a “sucesos externos o internos narrados por la o el personaje que son presentados como cruciales en el curso de la vida” (Piña, 1988: 164). Así, esta dimensión analítica consiste en un encadenamiento de acciones que, por su función narrativa, revisten el carácter de un momento crucial, de corte, que puede reorientar la vida y, por ende, el relato. Por eso, de acuerdo con las sugerencias de diversos autores que se adentran en el “universo de lo biográfico”, la recuperación de estos episodios posee interés desde el punto de vista metodológico.

Pese a lo anterior, en distintos campos disciplinarios, la noción de acontecimiento recibe interpretaciones encontradas. Así, para la Filosofía clásica resulta una categoría irrelevante en tanto los sucesos o eventos incluidos bajo esta noción pertenecen al reino de lo efímero, de la contingencia, de la opinión y de la vida cotidiana y, por ende, están excluidos del ámbito del conocimiento verdadero.

En cambio, Pierre Norah (1978) señala que para la Historia de corte positivista, la importancia del acontecimiento consiste en marcar o perfilar el rostro del presente. De este modo, un único evento actual (una revolución, una crisis económica, etcétera) se valida en el pasado mediante una cadena de relaciones causales. Así, estos historiadores “amueblan el pasado con un encadenamiento continuo de sucesos” (Norah, 1978: 222).

Desde esta concepción resulta imposible plantear o “hacer” historia del presente, época donde el acontecimiento, por su característica de actualidad, se convierte en “lo maravilloso de las sociedades democráticas” (Norah, 1978: 228), para ser devuelto a la audiencia de los medios de comunicación bajo la forma de espectáculo. Esta operación por parte de los medios habría significado la pérdida de una función sustantiva de la disciplina histórica que, para la concepción positivista, consiste en indicar el lugar y el valor del acontecimiento en la cadena de causas y efectos a fin de explicar los hechos del pasado. De este modo, estos eventos resultan condenados a permanecer fuera del campo disciplinar, al menos, hasta perder su carácter de sucesos efímeros.

Desde otro ángulo, Norah plantea que esta exclusión obedece a lo que podría considerarse como un error interpretativo: el acontecimiento que presentan los medios de comunicación no es el mismo que interesa al investigador. Con respecto al primero, la disciplina resulta impotente porque el suceso se le ofrece desde el exterior, le sale al cruce como un dato ya construido, lo enfrenta, no depende del trabajo laborioso de creación, de reflexión y de archivo (Norah, 1978: 235).

Norah insiste: la investigación histórica no puede centrarse en el acontecimiento por sí mismo; en cambio, propone recuperarlo como el lugar donde se entrecruza un doble sistema, el formal y el de significación (Norah, 1978: 236). Como él mismo señala:

El acontecimiento tiene la virtud de atar en un haz, unos significados dispersos. Al historiador corresponde desatarlos para pasar, de la evidencia del acontecimiento, a la puesta de manifiesto del sistema (Norah, 1978: 237).

Desde la perspectiva del trabajo con materiales biográficos, las reflexiones del autor imprimen un giro a la noción de hitos o acontecimientos, los cuales se transforman en una herramienta para indagar: ¿por qué ciertos episodios de un relato autobiográfico adquieren esa calidad de bisagra, corte, hito o marca, y no otros?, es decir, ¿qué transforma un suceso, una anécdota cualquiera, en un acontecimiento?

Para abordar estas interrogantes conviene señalar que no todos los eventos vitales poseen tal carácter. Si dejamos por el momento la explicación de Karl Jaspers (1959) sobre las situaciones límite –dado que no todos los episodios son límite pero sí pueden tener esta peculiaridad de reorientar la vida- cabe preguntarse, ¿por qué la trayectoria vital de alguien se reorienta a partir de determinados acontecimientos y no de otros? Abordar estas cuestiones resulta crucial para organizar la edición del relato autobiográfico. También, para distinguir los episodios relevantes de las simples anécdotas, a los fines de responder a las preguntas de investigación.

A estas alturas del trabajo, las reflexiones precedentes también destacan una fortaleza de esta dimensión estructural del texto: el acontecimiento puede erigirse en una herramienta para responder a estas interrogantes porque constituye un lugar donde el contexto social se entrecruza con la subjetividad de los agentes. Sin embargo, enunciar estas potencialidades dista mucho de haber encontrado el camino para ponerlas en acto.

Para concretar esta tarea, retomo la distinción que propone Mijail Bajtin (1988) entre momentos monológicos y polifónicos de la novela. Así, en el relato, los “acontecimientos” aparecen como eventos eminentemente dialógicos, donde el punto de vista de la protagonista entra en relación con los de otros personajes significativos. Sin embargo, ¿qué distingue estos episodios de una simple anécdota? En respuesta señalo que en distintos pasajes, quienes acompañan a la narradora pueden aparecer como soportes al servicio de la perspectiva de la protagonista. En cambio, en el acontecimiento es posible identificar “voces” que responden a lógicas distintas y que, por eso mismo, crean una especie de nudo conflictivo que no necesariamente encuentra un camino de resolución.

Abordar estos pasajes como un simple punto de quiebre en el devenir de una vida dificulta percibir la continuidad y persistencia, la presencia de esas voces y de los puntos de vista contrapuestos a los que sostiene la protagonista. Con ellos debe lidiar a lo largo de su vida, al menos, de la narrada. Reitero que, desde esta perspectiva, el acontecimiento no privilegia la noción de corte sino de diálogo con otros puntos de vista que, probablemente, nunca se agote porque una de las características de este intercambio consiste, precisamente, en la dificultad para alcanzar conclusiones definitivas. De este modo, la comunicación no necesariamente culmina con un acuerdo entre las partes y, por esa razón, algunos personajes aparecen detenidos en los mismos temas, en las mismas reflexiones, una y otra vez.

En el relato de Natalia existen varios episodios que reúnen estas características de diálogo entre la protagonista y otros personajes. Pero no todos estos encuentros resultan relevantes a los efectos de este estudio. Por eso, el trabajo con los materiales empíricos privilegia la recuperación de aquellos pasajes que permitan avanzar en la comprensión del nexo entre el contrato conyugal y las relaciones de poder en la pareja.

La concreción de esta tarea se apoya en la siguiente hipótesis: si el “contrato” define las formas negociadas e impuestas de organizar las interacciones y las prácticas conyugales, y estas formas expresan “saberes” -incorporados en distintos momentos del ciclo vital, previos a la conformación de la pareja- que cada integrante lleva a la relación y reelabora en conjunto con la o el otro; entonces, el análisis centrará la atención en las figuras de autoridad que habitan el universo de Natalia. Esta decisión se basa en el supuesto de que gracias al reconocimiento que les concede la protagonista, estos personajes aportan, con sus

propias intervenciones y valoraciones, a la consolidación de estos saberes que inciden en la construcción de la realidad conyugal.

Al respecto, en la historia de vida destacan dos personajes con estas características: la madrastra y el cónyuge. Los rasgos de estas figuras se reiteran en otros personajes que refuerzan las voces de Ramona y Álvaro; sin embargo, ambos destacan con respecto a los demás caracteres del relato porque aparecen como los principales interlocutores de Natalia. Con ellos, la protagonista sostiene un diálogo inacabado, precisamente, porque estas figuras no están al servicio del punto de vista de la narradora; en cambio, expresan perspectivas diferentes que, desde el Aquí y Ahora de la historia, inciden en la valoración de los proyectos y planes de la protagonista, en algunos momentos del ciclo vital, con tonalidades positivas aunque, en la mayoría de los episodios, con una fuerte carga negativa en contra de la cual ella se afirma como una “triunfadora”.

Durante el transcurso de la narración y, específicamente en estos pasajes donde evalúan los proyectos y planes de vida de la protagonista, las voces de Ramona y Álvaro expresan orientaciones para la acción. Al percatarme de esta característica en el análisis de los materiales biográficos, decidí nombrarlas como “mandatos”. Así, el criterio para seleccionar los acontecimientos que se encadenan en la trama se orienta a la búsqueda de aquellos mandatos que la protagonista atribuye a estas dos figuras de autoridad.

Un segundo criterio, que complementa al anterior, apunta a la selección de otro tipo de acontecimientos: aquellos donde surgen obstáculos para satisfacer los mandatos de Álvaro y Ramona. La búsqueda de estos preceptos, así como de los impedimentos para satisfacerlos, distribuidos a lo largo de todo el relato, puso en evidencia un acontecimiento central en la vida de la protagonista: la definición de un proyecto de vida personal y familiar que Natalia sintetizó con la expresión “Yo quería ser otra”. Este episodio reviste el carácter de un acontecimiento, en el sentido empleado en este trabajo, dado que implica el diálogo de la narradora con otras perspectivas divergentes y, a la postre, la concreción del proyecto que le permite presentarse como una triunfadora, puede leerse como una solución negociada por la protagonista entre los mandatos y los obstáculos de los “otros significativos”. En lo que sigue, esta sección ofrece una reseña de los acontecimientos que se incluyen bajo cada uno de los ejes analíticos mencionados:

Mandatos

“De ese cuerito tienen que salir muchas correas”. Aborda la relación con la madrastra y las expectativas que este personaje depositó sobre Natalia.

“Resultados, resultados, resultados”. Identifica los aspectos que incidieron en la ruptura del vínculo conyugal, especialmente, la inconsistencia entre las exigencias que le planteaba el cónyuge y sus propios aportes a la familia.

Obstáculos

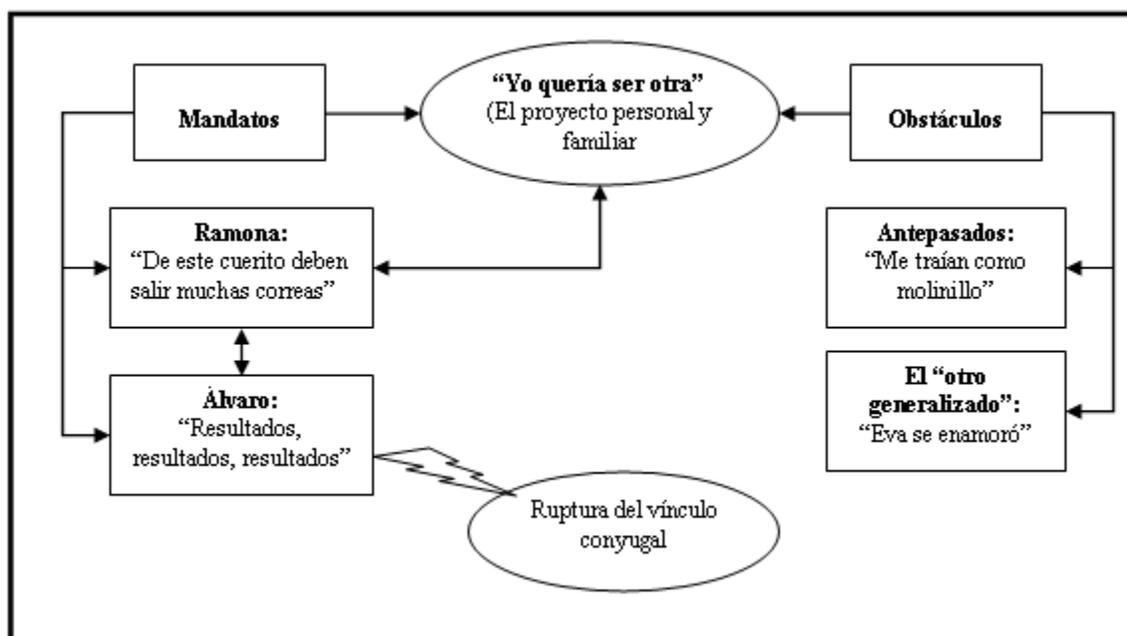
“Me traían como molinillo... y me aferré al árbol”. Narra la búsqueda de seguridad asociada con la infancia de la protagonista.

“Y Eva se enamoró”. Inicia la construcción de este personaje a quien la protagonista identifica como una adversaria para la concreción del proyecto personal.

El proyecto personal

“Yo quería ser otra”. Define los alcances del proyecto de cambio, personal y familiar, e identifica los aliados y adversarios para concretarlo.

Con relación al tema de la presente investigación, estos acontecimientos se encadenan de la siguiente forma:



El cuadro destaca la enunciación del proyecto personal formulado entre los mandatos y obstáculos que, por un lado, pautan su realización y, por el otro, la entorpecen. A su vez, las expresiones entre comillas, utilizadas para nombrar a cada uno de los acontecimientos, surgen en la voz de varios personajes ubicados en distintas relaciones “ellos” con la protagonista: co-protagonistas como Ramona y Álvaro; personajes secundarios como los antepasados y personajes anónimos que expresan la voz del “otro generalizado”.

Como se desprende del cuadro, los mandatos de Álvaro y Ramona resultan incompatibles entre sí. Los lugares donde se ubica esta incompatibilidad se abordarán en los próximos capítulos. No obstante, la identificación de estos acontecimientos permite plantear, a manera de hipótesis, que la incompatibilidad entre los mandatos de las figuras de autoridad y la opción de Natalia por la normativa que impone la madrastra determinan, en última instancia, la ruptura del vínculo conyugal.

En el presente capítulo, el análisis de la estructura del relato permitió ubicar algunas características de ambos polos de la trama: por un lado, la personaje principal y los co-protagonistas; por el otro, los acontecimientos que ponen en relación a estos personajes en determinados escenarios. La próxima tarea consiste en volver la mirada hacia el “yo” biográfico. Una peculiaridad de esta narración consiste en el recurso, empleado por Natalia, de apelar a distintas “etiquetas semánticas” para designarse a sí misma. El siguiente capítulo ofrece un análisis pormenorizado de estos apelativos que aportan a la comprensión de la identidad de la protagonista a partir de su relación con los “otros significativos”.

III.- LOS NOMBRES DE NATALIA

En el proceso de construcción de sí misma, Natalia emplea nombres de personajes que extrae de diversas fuentes. Al estudiarlos como “etiquetas semánticas”, estos apelativos ofrecen una aproximación al “yo” biográfico pero, al mismo tiempo, remiten a órdenes discursivos que constituyen el anclaje del relato en un determinado contexto cultural. Este capítulo analiza dichas etiquetas a fin de indagar por la identidad de la protagonista. Así, en el relato, el “yo” aparece con las siguientes designaciones:

- Natalia
- Magdalena
- Eva
- La muñeca triste
- La muñeca fea
- La señora
- Yo, Natalia, la mujer

Estos nombres inscriben a la narradora en un entramado de significados con una clara marca de género, por ejemplo, los que refieren a personajes bíblicos, como Eva y Magdalena, dos figuras emblemáticas de la desobediencia, la culpa y la caída del ser humano en el pecado.

El género, en tanto categoría teórica, ha sido estudiado desde diversas perspectivas que, de acuerdo con Teresita De Barbieri (1996), responden a dos posturas diferentes. Por un lado, como atributo individual; por otro, como organizador de las relaciones sociales. El primer enfoque implica una concepción de la sociedad entendida como una “sumatoria de individuos y el género, como un atributo o característica que permite clasificarlos”. En líneas generales, los estudios orientados por este supuesto centran el interés sobre ciertos aspectos tales como la identidad y los roles individuales y sociales.

Para la segunda perspectiva, en cambio, el género es un ordenador social, es decir, “una dimensión de la sociedad que surge a partir de la existencia de cuerpos sexuados, una categoría o subconjunto de los cuales tiene (tuvo o tendrá) la probabilidad de producir otro (s) cuerpo (s)” (De Barbieri, 1996: 61). Desde esta concepción, las indagaciones centran el análisis en “las reglas y normas, los valores, las representaciones, los comportamientos

colectivos, a veces a través de la observación de seres humanos de carne y hueso pero muchas veces alejados de ellos” (De Barbieri, 1996: 61). Este giro abre otras posibilidades de definición de la categoría género que, de acuerdo con la autora, aparece como sistema de estatus; también, como resultado de la división social del trabajo, como representación y como organización del poder.

De Barbieri destaca dos aspectos relacionados con la construcción teórica de la categoría “género” que, en el presente trabajo, resultan de utilidad para abordar el análisis del personaje que protagoniza la historia de vida. Me refiero a las nociones de “construcción social de la realidad” y al concepto de “poder”.

Para la Sociología del Conocimiento, la primera expresión remite a las elaboraciones de Alfred Schutz (1974; 1995) y, a la relectura que ofrecen Peter Berger y Thomas Luckmann (1999), acerca del conocimiento denominado “de sentido común” que está en la base de la reproducción social. Como señala De Barbieri, esta noción ha sido recuperada por las académicas feministas para enfatizar los significados del género como una construcción socio-histórica, así como el carácter de elaboración colectiva, objetiva, y que ejerce coacción sobre los individuos. Al mismo tiempo, al incorporar la dimensión del poder, el análisis de la construcción social de las diferencias sexuales, sobre las cuales se sustentan los significados del género, orienta el análisis hacia un tipo de dominación legítima: la masculina.

Es en la conjunción de ambas dimensiones, es decir, en tanto conocimiento socialmente compartido y como ejercicio de dominación legítima, donde la categoría se transforma en una herramienta analítica para indagar por los juegos de poder que legitiman la autoridad de los varones, a partir de los significados que construyen la desigualdad sobre la base de la diferencia anatómica entre los cuerpos. Reitero, incorporar la dimensión del poder permite pasar de la descripción de los discursos y prácticas sobre el sexo y el género, a la comprensión de los mismos como expresiones de un esencialismo que presenta la dominación masculina como “natural”, “legítima”, “necesaria” y “ahistórica”.

¿Qué aportan estas consideraciones para el análisis de las formas de nombrarse que escoge la protagonista a lo largo del relato? Para responder a esta cuestión me interesa analizar el texto autobiográfico como un “hacer”, es decir, como una práctica por cuyo intermedio las mujeres pueden reconocerse como sujetos de voluntad y de deseos, de razón

y de pasión, capaces de orientar sus propias vidas y de tomar sus propias decisiones como seres autónomos, es decir, pueden construirse como sujetos. Para analizar la relación entre este “hacer” y la construcción de las mujeres como sujetos, tomaré en préstamo algunas reflexiones provenientes de la teoría literaria feminista.

“Tomar la palabra”, narrar o escribir la propia historia, está relacionado con la idea de transmitir algo valioso, una revelación, una enseñanza, un secreto; también, con el propósito de ponerse en orden consigo misma y con la posteridad. Sin embargo, al incursionar en este ámbito aparecen las ideas de “la mujer” que la cultura transmite y, al mismo tiempo, la autobiógrafa debe habérselas con un género literario que construye la idea de “hombre” como un ser público por excelencia. Desde ese punto de vista, la narradora debe pensarse a sí misma y organizar su relato con herramientas y conceptos que le han sido heredados e impuestos desde una perspectiva masculina.

Como señala Pierre Bourdieu (1996), cada vez que empleamos las categorías y conceptos creados por quienes tienen el poder de nombrar, adoptamos el punto de vista dominante. De ese modo, en las relaciones sociales reproducimos las posiciones que ubican a unos como dominadores y a otros como dominados, como si se tratara de un orden natural. Pongo el ejemplo de un personaje de la película “Nosotros los pobres”, de Ismael Rodríguez. Me refiero a la hermana del protagonista, Pepe Del Toro, quien, en cierto momento del film mira a la cámara y dice: “Todas somos iguales”, aludiendo a esa línea tan frágil que separa a las buenas de las malas mujeres, de las “perdidas”. Las palabras de esta mujer surgen de ideas socialmente construidas en torno de la moral femenina pero, al atribuirles a todas en tanto género, crean la ficción de un fenómeno natural, es decir, de un comportamiento casi inscrito en el código genético de las mujeres.

En definitiva, si ellas (o cualquier otro sujeto social en posición subordinada) aprenden a mirarse, a pensarse, a hablar de sí mismas con las categorías de quienes ejercen la dominación, ¿cómo construir un “yo”, aquél que toma la palabra en el relato autobiográfico, con los dados cargados, es decir, con las ideas, los conceptos, las imágenes provistas por el discurso del otro? Frente a esta interrogante parecen existir diversas respuestas que provee la crítica literaria feminista.

Sidonie Smith (1987) encuentra dos tipos de contratos ubicados en la base de la escritura autobiográfica de las mujeres. Uno patrilíneo que coincide con las formas de

identidad masculina, por lo tanto, abraza la ideología del individualismo, del éxito por encima de todo. De este modo, la autobiógrafa obtiene una posición de autoridad para hablar sobre sí misma representando su vida desde la perspectiva masculina. Por esta razón, el “yo-narrador” opta por situarse en el escenario de los logros públicos que, aparentemente, estructuran las biografías tradicionales (es decir, las de los varones). Entonces, la relatora-escritora asume la venturosa posición de los varones pero pierde o silencia una parte de ella misma que la identifica como mujer (Smith, 1987: 52).

La otra posibilidad corresponde al tipo de contrato matrilineal, el cual satisface “las expectativas culturales sobre un habla y un comportamiento femeninos adecuados, apropiados”. En este caso, ella narra su propia historia manteniendo la alianza con el origen materno. De este modo, reafirma su condición femenina al actuar los roles asignados a las mujeres en las ficciones de la cultura patriarcal (Smith, 1987: 54).

Según Smith, estos tipos de contrato habrían caracterizado la escritura de las mujeres, al menos de las de habla inglesa, hasta el siglo XX. Sin embargo, en la actualidad, ellas habrían tomado una mayor conciencia del significado de ser mujer y de las dificultades para construir figuras de identidad femenina (Smith, 1987: 56). Por su parte, las teóricas francesas, Julia Kristeva, Helene Cixous y Luce Irigaray destacan que, como resultado de estos cambios, en sus escritos y relatos autobiográficos las mujeres exploran una nueva lengua y un desarrollo psicosexual alternativo, encuentran una voz aliada con la madre y su leche, con su cuerpo y su lenguaje, hablan desde una posición fuera del tiempo, plural, fluida, bisexual, descentrada, ajena a los cánones de la razón moderna (Smith, 1987: 58). Sin embargo, estas ideas pueden llevar, como señala Smith, al riesgo de plantear que habría algo así como una escritura con rasgos específicamente femeninos y de ahí deslizarse a posturas esencialistas que resultan difíciles de sostener.

Por otra parte, si incorporamos al análisis de la escritura autobiográfica las dimensiones de clase, raza, etnia o preferencia sexual, por citar algunos factores sustantivos a la hora de explicar sobre qué bases se construyen las desigualdades entre los seres humanos de cualquier sexo, resulta difícil generalizar sobre las vidas y las experiencias de las mujeres o sobre la presencia de rasgos específicamente femeninos en la escritura.

A diferencia de las autoras citadas, Leight Gilmore (1994) se declara poco interesada en una teoría sobre la escritura de las mujeres; en cambio, se pregunta cómo se construye el

género a través de la autobiografía, tanto de las que escriben los hombres como de las producidas por mujeres. La pregunta lleva a pensar en esa forma literaria como una “tecnología del yo”, en el sentido que asigna Michel Foucault (1996) a esta expresión. Pero, en lugar de insistir en los procedimientos por medio de los cuales la autobiografía contribuiría a la construcción de un “sujeto femenino sujetado a la dominación patriarcal”, Gilmore indaga de qué manera las mujeres han negociado los discursos que vinculan la verdad y el poder con la identidad masculina y, en esa negociación, han construido una historia y una voz propias. Sin embargo, la autora no busca los aspectos compartidos o comunes de esta transacción. Así, evita la idea de que existen formas “femeninas” de establecer acuerdos, en cambio, supone que no todas las mujeres negocian de la misma manera, de ahí el interés que adquiere su propuesta en tanto prioriza la diversidad, la especificidad de cada negociación y da cabida a una indagación centrada en las condiciones personales y sociales que explicarían estas diferencias.

A partir de lo expuesto, identifico dos aportes para el análisis de los materiales biográficos. Primero. Las reflexiones precedentes llaman la atención sobre un sesgo de género en la construcción del personaje narrador cuando éste asume una voz de mujer. Porque aun cuando el enfoque biográfico centra el interés en las redes de significados compartidos que orientan las acciones de los sujetos, no siempre se considera el orden de género como uno de los hilos de esa urdimbre y, por lo tanto, como un factor que afecta la producción y análisis del conocimiento social.

El segundo aporte de la teoría literaria feminista al “enfoque biográfico” surge a partir de la propuesta de Gilmore quien, en lugar de centrar el interés en la reproducción de un discurso que confirma una y otra vez la dominación masculina, sugiere revisar en los relatos de hombres y mujeres de qué manera negocian con este orden de género y, al hacerlo, lo fisuran, lo evidencian, lo ponen en cuestión.

Sin embargo, me interesa destacar otro aspecto que vincula la autobiografía con la objetividad y coerción de las construcciones sociales de sentido, entre las cuales cabe incluir al género como un ordenador de las relaciones sociales. Porque la posibilidad de cuestionar las bases de la dominación masculina a través de esta forma de expresión literaria no trae, como consecuencia inmediata, un cambio o una transformación de las formas de ejercicio de autoridad que ella legitima, como podría desprenderse de una lectura

optimista y/o ingenua de la propuesta de Gilmore. Por el contrario, la autora advierte que la autobiografía puede ofrecer un suelo propicio, “una base imaginativa para una praxis transformadora aun cuando no existan las posibilidades reales, concretas, extra textuales, para cambiar la normativa heterosexual, el racismo y el clasismo ya sea en las relaciones, en las comunidades o en las profesiones” (Gilmore, 1994: 64).

A partir de lo expuesto procedí a rastrear las distintas formas de nombrarse que escogió la narradora en el relato teniendo en cuenta:

- 1) Con qué herramientas simbólicas construye el sí mismo
- 2) En qué etapa del ciclo vital de la protagonista
- 3) Cómo negocia esta construcción de sí misma con el discurso de la dominación masculina.

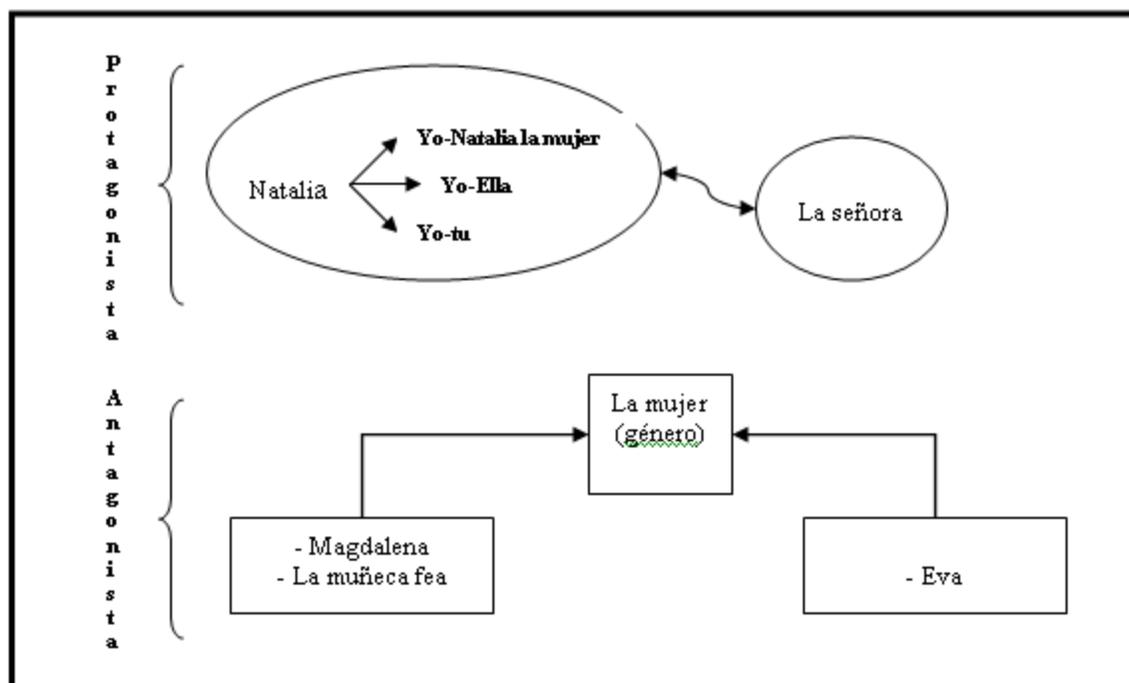
NATALIA Y LOS “OTROS SIGNIFICATIVOS”

Un primer análisis de estos apelativos muestra que, en líneas generales, surgen en relación con otras dos figuras del relato: el cónyuge y la madrastra. Ambos ocupan la posición de interlocutores, reales o imaginarios, en distintos episodios que aportan a la comprensión del proceso por medio del cual la protagonista construye su identidad narrativa. Surge, entonces, una interrogante: ¿qué función cumplen en ese proceso, los distintos nombres y calificativos que adjetivan al “yo” biográfico?

Al respecto, cabe señalar que los nombres de Natalia remiten a distintas posiciones de sujeto. Cada uno de estos “yo” cumple diversas funciones en el proceso de construcción de la identidad narrativa. Así, algunos aparecen en una relación antagónica, es decir, representan obstáculos que la protagonista debe remover. Este es el caso de “Magdalena” y “Eva”, figuras que expresan aristas de otro personaje, “la mujer”, concebida como género y no como individuo. Lo mismo sucede con “la muñeca fea”, variante de “Magdalena”. En cambio, “la muñeca triste” es un apelativo destinado al “yo” de la infancia.

Contrariamente a lo esperable, en el relato no aparecen aliados de Natalia. Sin embargo, surge un personaje, “la señora”, una especie de anticipo de “Yo, Natalia, la mujer”. Bajo ciertas circunstancias, ambas figuras intercambian posiciones. Por último, destaca el desdoblamiento de “Natalia” a partir del uso de los pronombres personales. De este modo,

la protagonista establece relaciones “yo-yo”, “yo-tú” y “yo-ella”. El siguiente esquema presenta las funciones descritas:



¿Qué relación guardan estos nombres con las figuras representadas por el cónyuge y la madrastra? Para responder a esta pregunta es necesario tener en cuenta el peso de “los otros significativos” en la construcción del relato biográfico. En este sentido, reitero algunas reflexiones de Mijail Bajtin (1988) en torno a las figuras del héroe autobiográfico y su autor. Al respecto, señala que la principal orientación valorativa de la conciencia no proviene del yo-para-mí, es decir, de la actitud de uno hacia uno mismo, sino de los otros “con quienes me percibo dentro de una colectividad: en la familia, en la nación, en la humanidad cultural” (Bajtin, 2003: 135). La postura valorativa de los otros goza de autoridad en mí, señala el autor. Por eso, la actitud de los otros organiza y estructura la autobiografía (Bajtin, 2003: 135). En este punto cabe preguntar: ¿quiénes son esos “otros” a los que se refiere el autor y cómo actualizan esa autoridad en el relato? Responder a esta pregunta será tarea de la próxima sección. Para llevarla a cabo, procederé a la descripción y

análisis de las funciones de protagonista, co-protagonista y antagonista, expresadas a través de los apelativos mencionados.

DESCRIPCIÓN DE LOS PERSONAJES

A) Protagonistas

Natalia. El nombre de la heroína aparece en relación con dos figuras significativas, el cónyuge y la madrastra, ya sea que los mencione expresamente o de manera indirecta al evocar los mandatos que ellos representan y que la Natalia sintetiza en dos frases:

- “De este cuerito deben salir muchas correas”, en la voz de Ramona
- “Resultados, resultados, resultados”, en la voz de Álvaro, acompañado por un chasquido de dedos

La primera expresión alude a la casa que Ramona le prometió en herencia. Éste sería el comienzo de una carrera hacia el mejoramiento familiar que iniciaba con la posesión de una vivienda propia. La segunda expresión, atribuida al cónyuge, enunciaba la exigencia de obtener logros a partir del dinero que él aportaba al hogar. La protagonista vinculó este mandato con el aprovechamiento económico.

Ambos personajes representan “figuras de autoridad”, en el sentido que Mijail Bajtin concede a esta expresión. Álvaro, por ser el cónyuge, la ejerce “naturalmente”; Ramona porque completa la historia vital de Natalia con pasajes que a ella le resultan desconocidos. Ya sea porque corresponden a situaciones ocurridas antes del nacimiento o en los primeros años de vida; lo cierto es que la protagonista permanecería ignorante de las mismas a no ser por estos relatos que integran su propia narración. Las reflexiones de Bajtin contribuyen a precisar los alcances de estas figuras. Al respecto, el autor dice:

Una parte importante de mi biografía la conozco por las palabras ajenas de mis prójimos y siempre con una tonalidad emocional determinada: nacimiento, origen, sucesos de la vida familiar y nacional durante la infancia temprana. Todos estos momentos son necesarios para reconstruir un cuadro más o menos comprensible y coherente de mi vida y del mundo que la rodea, y todos ellos los conozco yo, que soy el narrador de mi vida, por medio de sus otros héroes (Bajtin, 2003: 136).

A partir de lo expuesto, cabe afirmar que Natalia “es” protagonista del relato en relación con estas figuras de autoridad. Pero, además, ellas poseen la peculiaridad de

transmitir, junto con sus testimonios, una carga valorativa que impacta sobre la construcción del sí mismo. Resulta entonces que, por obra de estos personajes, la biografía trasciende la mera colección de episodios aislados y se convierte en narración. Sin embargo, el “yo” biográfico también participa de la actitud valorativa hacia sí mismo que percibe en los demás. Por esa razón, en tanto héroe construido por la mirada de los otros, puede transformarse en narrador de su propia historia. “Así, dice Bajtin, el héroe de una vida puede llegar a ser su narrador” (Bajtin, 2003: 137).

Esta frase encierra un giro radical en la relación héroe-autor que permite observarla desde otro ángulo. Así, en lugar de pensar cómo el narrador se transforma en héroe del relato, la afirmación de Bajtin invierte la pregunta: ¿de qué manera el héroe se convierte en narrador? Esta interrogante implica que el relato autobiográfico no surge de una conciencia autosuficiente, de un yo-para-mí, sino de la fuerza valorativa de los otros héroes que lo constituyen o que, al menos, están en el origen de la vida e impactan sobre el “yo” biográfico.

Al respecto, cabe equiparar a esos héroes con los “otros significativos” que menciona Alfred Schutz; no los semejantes con quienes me encuentro o interacciono de manera circunstancial sino aquellos cuyas valoraciones de mi vida he incorporado como propias porque son las más cercanas a mí. Estos otros héroes de mi panteón personal aparecen en las relaciones “nosotros”. Pero, también, como vimos anteriormente, pueden estar ubicados en el mundo de los ancestros, de los contemporáneos e, incluso, de los sucesores porque, como señala Bajtin: “Mi contemplación de mi propia vida es tan sólo la anticipación del recuerdo de otros acerca de esta vida, recuerdo de descendientes, parientes y prójimos; los valores que organizan la vida y el recuerdo son los mismos” (Bajtin, 2003: 134-135). Ellos, señala el autor, “constituyen una fuerza valorativa que es afirmada por mí y que determina mi vida, como la fuerza de la madre me determina en la infancia”. Pero, entonces, ¿quién es el “autor” de un relato biográfico? Bajtin responde:

El autor de una biografía es ese otro posible que nos obsesiona en la vida con una gran facilidad, que está con nosotros cuando nos miramos en el espejo, cuando soñamos con la gloria, cuando hacemos planes externos para la vida: es el otro posible que impregna nuestra conciencia y que dirige con frecuencia nuestros actos, valoraciones, y nuestra visión propia junto con nuestro yo-para-mí; es el otro en la conciencia con el cual la vida exterior puede ser aún suficientemente movable; y, aunque puede llegar a ser un doble usurpador si se le da libertad, junto a él es posible vivir la vida directa e ingenuamente, con alegría y pasión (Bajtin, 2003: 134-135).

En definitiva, ese otro que soy “yo” y que me obsesiona en la vida cotidiana surge en un proceso de mimesis-creadora; no se trata de quien ha vivido sino de quien la protagoniza: un “yo” por cuyo intermedio la vida se transforma en un relato. Pero como es un “yo”

traspasado de alteridad, puede organizarse como una conciencia que se constituye en el diálogo con el otro, porque la otredad goza de autoridad en mí. Por eso la pregunta se invierte y en lugar de pensar que esas figuras significativas están en mí, indago de qué manera estoy en ellas, cómo me construyo a través de sus miradas. Porque reconocerlos como héroes de mi panteón biográfico implica preguntarse cómo me percibo en los otros.

De este modo, las condiciones de posibilidad del relato, al menos en lo que toca a la construcción de la identidad narrativa, tienen que ver con esos otros a quienes les reconozco autoridad para decirme quién soy, cómo y por qué. Esto no significa postular un determinismo mecanicista dado que, como señala el mismo autor, nunca hay una coincidencia absoluta entre el yo-para-mí y el yo que soy para los otros. En cambio, identificar a estos héroes, co-creadores del protagonista en tanto narrador del relato, hace que cobre otra dimensión el cuestionamiento en torno del por qué el otro ve lo que ve, o narra lo que narra. Y, por qué narra esta historia y no otra. Pero es una pregunta formulada desde el mismo héroe y no desde mí, en tanto autor de la narración.

En relación con los fragmentos de memoria que las figuras de Ramona y Álvaro prestan al relato, la primera aporta información sobre la madre biológica, impregnándola con una tonalidad emocional negativa que se cierne sobre la protagonista como una sombra. Por su parte, el cónyuge, otra figura heroica, representa la posibilidad de iniciar una “nueva vida”, un comienzo libre de sospechas y amenazas. A la luz de la propuesta bajtiniana, la potencia de ambas figuras cobra nueva fuerza para entender los temores de Natalia cuando inician la vida de casados, ¿cómo será este nuevo comienzo?, ¿qué tiene de novedoso?, ¿hasta qué punto le permitirá una valoración distinta de sí misma, contraria a la que percibe en su madrastra y en el mundo que la rodea?

El peso de estos cuestionamientos resulta decisivo para ahondar en las formas de negociación del contrato conyugal. Especialmente, porque ambas figuras ejercen un tipo de autoridad derivado de la posición que ocupan en un orden de género que legitima la dominación masculina. Ramona, al subrogar la autoridad paterna; Álvaro, porque en calidad de cónyuge es depositario de la autoridad del padre sobre las hijas mujeres. ¿De qué manera el peso de estas figuras se vincula con los nombres de Natalia?, ¿qué nexos existen entre estas figuras de autoridad y las formas de negociar el contrato conyugal desde los distintos personajes de sí misma que ofrece la protagonista? En este punto cabe recordar esa

especie de desdoblamiento, de juego de voces a través del uso de los pronombres personales. Así, estos cambios en la posición discursiva que permiten entablar relaciones “yo-yo”, “yo-tú” y “yo-ella”, ofrecen elementos para responder a las preguntas planteadas.

Natalia y la relación “yo-ella”. En ciertos pasajes, el “yo”, describe, califica, evalúa, juzga a Natalia como si se tratara de un personaje distinto con quien sólo comparte el mismo nombre. “Ella”, está subordinada a la autoridad del cónyuge y de la madrastra y es objeto de violencia de todo tipo: física, sexual, verbal y simbólica. Así, cuando Natalia evoca episodios de violencia habla en tercera persona, se presenta a sí misma como “ella”.

Parte de estos episodios se ubican en el plano simbólico, “una forma de ejercicio de violencia que cuenta con la anuencia de la persona sobre quien se ejerce” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 120). Esto resulta evidente cuando emplea, de manera acrítica, calificativos denigratorios que acompañan al nombre propio. Sin embargo, Natalia se desliga de este personaje; la transforma en otra, distinta de la narradora.

A continuación transcribo un pasaje de la entrevista para ilustrar lo dicho. Cabe señalar que el contexto de emergencia remite a una anécdota ocurrida cuando Natalia era dueña de una cocina económica y regresaba sola, al anochecer, del Centro de la ciudad. En ese momento fue interceptada por uno de los clientes habituales del negocio, un parroquiano alcohólico heredado de la dueña anterior. Intercambiaron algunas palabras y, cuando ella trató de despedirse, él le colocó una mano sobre el hombro para detenerla. Mientras esto sucedía, pasó Álvaro. El marido fingió desconocerla. Natalia corrió tras él y logró alcanzarlo unos metros antes de llegar a la casa. Él la regañó amenazándola con contarle lo sucedido a los hijos. Mentalmente, la protagonista decidió que, en ese caso, no regresaría al hogar. Pero, él la tomó del brazo. Al llegar encontraron a uno de los hijos en la acera; les preguntó de dónde venían. Álvaro respondió que había encontrado a Natalia en el camión. La protagonista dice:

Entonces, pues, entras en una confusión terrible. “Bueno, este hombre, ¿voy a agradecerle mi seguridad en la casa? o, este hombre, ¿por qué no habló?” No, no, no entras... Y ando, pero así, como autómata. Y a partir de ese momento empiezo yo a ver una conducta y otra de Álvaro y allá, muy remotamente, empiezo a verla a Natalia [a “ella”].

A: ¿Usted empieza a recordar...

N: Aquella ocasión de Plácida. Y dije: “Aquí se está formalizando algo”. Pasó ese pensamiento. Y empiezo a ver la conducta de Álvaro, aquella vez con Plácida. Yo hasta la fecha la sigo considerando muy abierta, muy sincera, muy confortante la conducta de él. Pero ya cuando llegamos acá, dije, ¿qué se pudo despertar en él y qué es lo que va a hacer ahorita? Entonces, esa vez, exactamente esa vez, creo que sufrí una violación de parte de Álvaro. No creo, sino que fue una violación⁴¹.

Cito este pasaje para ilustrar el uso de la tercera persona al referirse a Natalia como sujeto de violencia conyugal. Este procedimiento se repite en todos los casos donde narra episodios similares.

Sin embargo, en la relación “yo-ella”, Natalia no es sólo la paciente de ataques y vejaciones. También, colabora con la protagonista para imponerle pruebas al cónyuge sin que él se percate. En esta complicidad o solidaridad con la narradora, “ella” emplea una táctica que también aparece en la relación con Ramona. Así, ante los personajes que ejercen autoridad, Natalia apela a la mentira. En el caso del cónyuge, para ponerlo a prueba; con Ramona, para obtener algún beneficio para ella misma, o bien, para evitar un castigo⁴².

En una mujer como Natalia, este gesto no puede entenderse como un simple acto de justicia o revancha, aunque debo reconocer que durante un buen tiempo no hallaba cómo interpretarlo. Sin embargo, el análisis de las prácticas que propone Michel De Certeau (2000: xxi) ofrece una perspectiva para ubicarse en el lugar de las micro resistencias, punto de vista que orienta la mirada sobre los juegos de poder de los individuos cuando ocupan posiciones de subordinación.

En efecto, De Certeau define las prácticas como “maneras de hacer” que, bajo ciertas circunstancias, pueden interpretarse como “ardides” o “tácticas”. A menudo, en la cotidianidad, pasan desapercibidas o “sólo figuran a título de ‘resistencias’ o de inercias”. Es por medio de prácticas tales como el escribir y el narrar (por ejemplo, la propia autobiografía), el hablar, el cocinar, el habitar el hogar, el vestir, el ejercer la sexualidad e infinidad de otros “haceres”, conocidos y familiares, como las personas comunes y

41 Plácida es una vecina, amiga de Ramona, quien rentaba parte de las habitaciones en la casa de la Colonia El Porvenir adonde Natalia se instaló con el cónyuge después del nacimiento de la primera hija. Con esta vecina surgieron problemas porque acusó a Natalia de tener un amante. Cuando Álvaro se enteró le propuso levantar una denuncia por difamación y la acompañó a consultar un abogado. Además, en ningún momento mostró desconfianza. A esta situación alude la protagonista cuando califica la conducta del cónyuge como “muy abierta, muy sincera, muy confortante”.

42 Al respecto puede consultarse el episodio 13 del Anexo I

corrientes movilizan recursos insospechados, ocultos, que probablemente ellas mismas desconocen. Pero, al ponerlos en acción, pueden invertir y subvertir el orden dominante. En este sentido, entonces, las prácticas poseen un potencial de desorden y desorganización que resulta liberador, en tanto permiten dismantelar lo establecido por medio de un juego donde confrontan las estrategias de la dominación, con las tácticas de los subordinados.

Con respecto a estas últimas, el autor las define como el recurso de quienes se mueven en el espacio de los otros y, desde ahí, aprovechan la coyuntura para estar donde no se los espera, para trazar las líneas de los espacios propios, siempre inestables porque se perfilan desde el lugar de poder del otro. Es por medio de estas tácticas, es decir, de este “arte de los débiles”, como podemos rescatar la libertad interior de los disconformes, aunque estén reducidos al silencio, a la opresión, a la invisibilidad. Entonces, ¿por qué no considerar como táctica, lo que desde el discurso de los otros recibiría el calificativo de “mentira”?

Para ahondar en esta posibilidad recupero otro pasaje del relato biográfico vinculado con la decisión de llevar adelante el quinto embarazo. Para ese entonces, la protagonista contaba con 38 años y la hija mayor cumplía 15. Por tal motivo, Álvaro planeaba obsequiarle un viaje a la playa. Natalia no sabía si ella estaba incluida en el paseo. Por otra parte, la hija conocía del embarazo y, ante la idea de que su madre pudiera practicarse un aborto, la joven insistía para que informara al padre. La protagonista se resistía por temor a la reacción del cónyuge:

Pero llegó el momento en que... en que sí, pues, no sé por qué le dije a él que estaba embarazada. Y se quedó sorprendido, ¿no? “Y ¿qué vas a hacer?” Y la canalla de Natalia le dijo: “Pues, yo creo que voy a... a ver un legrado, un aborto” Dijo: “Okay”. Al otro día me llevó el dinero pero yo lo hice probando todavía, ¿no? Por eso te digo la canalla de Natalia, ¿no?, probando todavía su reacción. Yo cuando se lo dije, realmente se lo dije por probar su reacción. Si ya iba a ser como con Rene, que habíamos estado un mes antes tan... entregados, tan... que se había disculpado por ese insulto, que me dijo imbécil, con el tocadiscos ése. Y que habíamos entrado en un momento muy bonito, muy bonito, ¿no?, haciendo esos cambios de la casa y todo eso. Pero la desconfiada de Natalia, pues, dije: “A ver, de una vez”, ¿no? Quise ver que qué había, qué comportamiento, qué reacción y si me iba a incluir en su famoso viaje o no. Entonces, me dijo: “¿Y qué piensas?” Cuando me dijo qué piensas, yo dije: “Pues, un aborto”. Dijo: “Está bien, okay”, me dijo. Al otro día me llevó el dinero y se lo aventé. Sí. Le dije: “Vuelvo con una responsabilidad, ahora mayor. Y te lo digo otra vez, ¿no? Si quieres, vete. Ahorita ya no me

importa nada”. Entonces, ya volvió a surgir ese coraje, esa comprobación de no embarazos y, no sé, muchas cosas que se agolparon nuevamente.

En concordancia con las expresiones de la protagonista, este episodio puede interpretarse como una prueba impuesta al cónyuge por cuyo intermedio Natalia examina sus propias hipótesis relacionadas con las prioridades de Álvaro. Así, pese a que habían subsanado un episodio de violencia verbal ocurrido unos meses antes, “ella” deseaba confirmar los alcances de la disculpa. Los signos exteriores le indicaban que había sido sincera porque después de la agresión iniciaron un periodo de entendimiento “muy bonito”. Sin embargo, “ella” decide confirmar o refutar su percepción. Y aprovecha la coyuntura del embarazo. De este modo, el comportamiento de Natalia adopta la forma de un experimento, sólo que con funestas consecuencias: “ella” comprueba la hipótesis nula, no hubo cambios sustantivos con relación a las prioridades del marido. Sin embargo, el uso de la tercera persona también entraña una actitud de superioridad con respecto a la pareja. La refutación de la hipótesis no sólo lesiona las expectativas de la protagonista; al mismo tiempo, mina la figura de Álvaro sin que él lo advierta.

En este pasaje, quien ejecuta la acción, la que impone la prueba es “ella”. También, el fragmento anterior y el que sigue, parece evidenciar la racionalidad “científica” con que opera la protagonista para comprobar sus “teorías”. Al respecto, la segunda prueba ocurrió unos meses antes de tomar la decisión de vender el restaurante de comida corrida. Entonces, una tarde le propuso al cónyuge que dejara la fábrica porque habían echado a todos los trabajadores compañeros del Partido y, con seguridad, en poco tiempo él los seguiría. Pero si colaboraba con ella en la atención del restaurante, evitarían los robos de las empleadas y, al mismo tiempo, compartirían el peso del trabajo dado que comenzaba a decaer la ayuda de los hijos y de otros jóvenes. Con el auxilio de Álvaro, Natalia esperaba disponer de más tiempo libre para acompañarlo en sus actividades partidarias.

La protagonista explicó que, con independencia de las razones aducidas, esta propuesta pretendía iniciar una nueva etapa en la pareja dado que nunca habían compartido demasiado tiempo libre. A medida que ambos maduraban, y ante la posibilidad de un despido, debían replantearse la relación conyugal. El análisis de la narración no revela si explicitó esta intención al cónyuge. Pero cuando él rechazó la propuesta, ella, sin consultarlo con nadie, decidió vender el restaurante.

Como a los 3 meses de esa conversación lo corren. Yo ya no volví a decir nada. Pero ya se quedó en mí ese sentimiento de que era más importante su situación política que yo. Y en ese momento yo ya aseveré y confirmé yo misma que la primera situación de un hombre de esta calidad o de esta particularidad es, primero su partido y después lo demás. Afortunadamente, para esos entonces, su familia de él ya la había alejado hace mucho tiempo, y a él lo estaban dejando porque ya no les daba el dinero que ellos necesitaban. Pero entonces, yo, Natalia, [“ella”] se enfrentaba a un hombre que para él, lo primero era su partido, lo segundo, inmediatamente, si es que no era lo primero, sus hijos [silencio] Y a lo mejor, después yo... o ni yo.

Desde su perspectiva, estas comprobaciones le permiten “darse cuenta” que carece de un lugar propio ante el cónyuge. Al mismo tiempo, la relación “yo-ella”, desencadena el pasaje desde una posición de sometimiento hacia otra donde comienza a manifestarse en la defensa de sí misma y de sus decisiones. Esta tarea corre por cuenta de Natalia, la “ella” del relato. Precisamente, el pasaje citado estaría mostrando este tránsito en proceso, cuando la narradora superpone la primera y la tercera persona en la expresión: “Yo, Natalia, se enfrentaba”. Más adelante, este traslape desaparecerá ante la emergencia del personaje que se autodenomina “Yo, Natalia, la mujer”. Sin embargo, a estas alturas del relato, todavía no logra definirse plenamente.

Natalia y la relación “yo-tú”. Remite a un diálogo donde Natalia se erige en interlocutora de ella misma. Sin embargo, en este punto cabe plantear la distinción que señala Phillippe Lejeune (1989a : 6) con respecto a la persona gramatical, por un lado, y a la identidad de los individuos a quienes se refiere la persona gramatical, por el otro. El autor señala que, en la práctica, esta distinción elemental queda enmascarada porque, casi siempre, ambas personas coinciden. Pero la expresión “casi siempre”, obliga a repensar el problema de la autoría; en particular, el hecho de que puede existir una identidad entre el narrador y el personaje principal aun en el caso de un relato en tercera persona.

Las reflexiones de Lejeune, abren la posibilidad de especular con la situación inversa, es decir, con un relato autobiográfico donde la primera persona, el “yo”, no remite a la protagonista. Precisamente, éste parece ser el caso en los pasajes donde Natalia entabla una relación “yo-tú”. Insisto, no se trata de indagar si es posible narrar autobiografías en una persona gramatical distinta de la primera; tampoco sobre los procedimientos por medio de

los cuales la protagonista organiza su historia en segunda persona porque, como señala el mismo Lejeune, nada podría impedirme “que narre mi propio relato autobiográfico nombrándome como tú” (Lejeune, 1989a: 7). En cambio, se trata de preguntarse quién es Natalia, es decir, quién es “yo” en dichos micro-relatos.

Para responder a esta cuestión cabe señalar que en los dos episodios donde aparece este juego de voces, “tú” recibe el estímulo y reconocimiento de la narradora, quien la observa desde el presente del relato en su fragilidad, en la búsqueda de una seguridad y fortaleza que, por el momento, no encuentra. Así, le transmite fuerza cuando está a punto de entrar a la sala de operaciones, antes de afrontar una histerectomía: “Ora sí, dije, ahora sí Natalia, aquí sí, de veras, en nombre de Dios, vamos”. Y también le reconoce los méritos del esfuerzo por “ordenarse”, que le permitió alcanzar una cierta estabilidad económica:

La altura que yo siento que llegué y me satisface y luego la disfruto es la económica, que no estoy en la abundancia, mhm, pero... me puedo mover, me puedo mover, ¿no?, ¿ves? Y eso fue, pues, mi esfuerzo, mhm. Ahora en esto, pues, sí, sí me gustaría un día mostrarles a mis hijos, ¿no?, este... pues, miren, hice esto, ¿no? Hice esto. Sí me gustaría. En primer lugar, pues... pues, la satisfacción sería... mía, ¿no? Bueno, al fin Natalia te ordenaste y pudiste hacer esto, ¿no?, ¿ves? Eso. Y posteriormente mostrárselos a mis hijos.

Las reflexiones sobre el texto de Bajtin me llevan a pensar que en estos fragmentos, cuando la protagonista entabla una relación “yo-tú” consigo misma, la primera persona es la voz de las figuras de autoridad del panteón biográfico. Porque, para obtener “resultados” hay que ordenarse; también para que “salgan muchas correas de ese cuerito”. De este modo, en estos pasajes, el “yo” puede identificarse con la suma de los mandatos sociales que recaen sobre la protagonista: ser fuerte y no dejarse llevar por los impulsos sino por la razón a fin de lograr una de las metas más valiosas, la seguridad económica. La relación “yo-tú” expresa los escasos momentos cuando la actitud de los otros significativos adquiere un matiz aprobatorio hacia la protagonista. En este caso, no sólo por parte de Ramona y el cónyuge, porque la valoración positiva de estas figuras de autoridad alienta la expectativa de obtener un reconocimiento similar de los otros personajes significativos del relato: los propios hijos.

“Yo, Natalia, la mujer”. La aparición de este apelativo señala el pasaje de la posición de “hija mayor de Álvaro” a la de esposa, madre y mujer. La protagonista contrasta ambas figuras en el siguiente episodio donde evoca la época en que los hijos eran estudiantes de Preparatoria. Natalia recuerda:

Yo por mi lado, en ese entonces, me empiezo a involucrar con jóvenes del CCH. Entonces, pues, yo veía un hombre alto, superior, que tenía yo en casa algo superior. Pero ahí todavía no pensaba Natalia, la mujer. Hasta me atrevo a decir que pensaba la hija mayor de Álvaro. Sí. Porque alguna vez te dije que yo llegué a considerarlo mi papá, mi mamá, mi tío, mi abuelo, mi todo, porque yo no tenía familia. Entonces, muchas cosas que posteriormente las platicué con mis hijos, decía: “Vean mi comportamiento también, si se acuerdan. Ésa fue la hija mayor de esta casa. Aquellas jugadas que hacíamos en la mesa y que alguien decía: ‘Ahí viene mi papá’, y ya todo en orden y a obedecer, era yo la hija mayor”.

De acuerdo con Franca Basaglia (1982), esta distinción entre uno y otro personaje señala un rasgo característico de la construcción de la identidad femenina: el pasaje de la tutela de una figura de autoridad masculina -encarnada por el padre u otros personajes que subrogan la autoridad en el hogar- a la custodia del cónyuge después del matrimonio. De este modo, las mujeres permanecen en un estado de minoridad permanente que la protagonista del relato describe a través de la construcción del personaje de sí misma como “la hija mayor” de la pareja.

Sin embargo, “Yo, Natalia, la mujer” comienza a manifestarse durante el embarazo del tercer hijo, cuando sospecha que el cónyuge la rechaza a causa de su estado. Entonces, piensa que Álvaro la envió a dormir fuera de la habitación matrimonial por alguna razón distinta del argumento invocado: evitar una lesión involuntaria, a la madre o al hijo, a causa de los movimientos inconscientes durante el sueño. Más adelante, esta sospecha se confirma cuando el cónyuge la agrede con un insulto: “Me das asco”.

También, durante el periodo de gestación padece situaciones de violencia que califica como de una “verdadera lucha por la supervivencia”, de sí misma y del producto. Pese a lo anterior, ante un nuevo embarazo, decide llevarlo a término y enfrentar a la pareja. En ese momento, la protagonista impone un límite. Para el caso, no importa si logró totalmente su cometido. Sin embargo, ella lo refiere como un logro significativo y así lo menciona en varios pasajes del relato. A partir de ese episodio comienza a referirse a sí misma como

“Yo, Natalia, la mujer”. Desde entonces, este personaje toma la palabra y se hace cargo de la narración hasta que la protagonista decide ponerle un punto final al relato.

A partir de lo expuesto cabe preguntarse: ¿Cuáles son las características de “Yo, Natalia, la mujer”? El análisis muestra que se trata de un personaje que, a diferencia de la recién casada, ha dejado de ser ilusa, soñadora, fantasiosa, para transformarse en una mujer realista que ve su matrimonio y al cónyuge con otros ojos; ya no como a un héroe sino como a un sujeto de carne y hueso, con limitaciones e incoherencias. ¿Cuáles? Desde su perspectiva, Natalia observa las siguientes contradicciones:

- a) entre la intimidad y la vida cotidiana. El goce, el placer mutuo que se brindan en la intimidad y la desatención, la marginación, la indiferencia que recibe en el trato cotidiano.
- b) entre la prioridad que concede a su militancia política y la decisión de formar y encabezar una familia.
- c) entre la persecución laboral a causa de su trabajo político y la negativa a valerse del Partido para resarcir a su familia de las privaciones que debieron afrontar a causa de la militancia.

¿Cómo llegó a estas conclusiones? Imponiéndole pruebas que él no logró superar. Para ejecutarlas también se valió de “ella, Natalia”, quien aprovechó las situaciones coyunturales y, por ese medio, contribuyó a la construcción de espacios de poder.

¿Qué consecuencias trajeron estas pruebas para la relación entre ambos?, ¿cuáles para las formas de negociar los términos del contrato conyugal?

Para responder a estas preguntas conviene reiterar un rasgo o característica de Natalia: su actitud “científica” para poner a prueba sus propias ideas y expectativas relacionadas con el comportamiento del cónyuge. O, tal vez, cabe afirmar con mayor propiedad que Natalia es la agente de la acción racional con arreglo a fines, es decir, una protagonista que pone a prueba a su interlocutor y sobre la base de estas interpretaciones, reorienta la selección de medios para alcanzar sus fines.

En este punto conviene destacar una cuestión que resulta decisiva para entender las formas de negociar el poder en esta pareja: el cónyuge también adoptó la modalidad de imponer pruebas a la protagonista desde la época del noviazgo. Para ahondar en esta afirmación, recupero dos episodios; uno sucedió durante el noviazgo; el otro, al comienzo del matrimonio. El primero remite a la oposición de Álvaro con respecto a la boda por la

Iglesia debido a sus ideas políticas. En ese momento, Ramona lo objetó como pretendiente. Después de un tiempo de separación, el joven buscó a la protagonista para informarle que aceptaba las exigencias de la madrastra, siempre y cuando Natalia accediera a casarse por el Civil en ese mismo día. La otra situación ocurrió poco tiempo después del nacimiento de la primera hija, cuando el padre de Natalia les propuso mudarse a la casa de la Colonia El Porvenir. Al principio, Álvaro se mostró reacio. Por último, decidió aceptar el ofrecimiento. Sin embargo, impuso una condición: que Natalia, apenas repuesta del parto, ordenara todos los enseres y pertenencias de la pareja en el tiempo que él demoraba en contratar un servicio de mudanzas. De lo contrario, rechazaría la invitación del suegro.

Reitero, una modalidad de negociación del contrato conyugal parece haber adoptado la forma de pruebas que iniciaron desde el noviazgo. Pero “poner a prueba a los demás”, también significa exponerse. En este caso, los episodios analizados revelan que, desde la perspectiva de la protagonista, el cónyuge no superó los desafíos que ella planteó, especialmente, aquellos vinculados con las prioridades en la vida de Álvaro. Así, ella concluyó calificándose como “abandonada sin serlo”, expresión por medio de la cual marcó la diferencia entre las necesidades afectivas insatisfechas y el estado civil.

Un aspecto importante a considerar en este intercambio de pruebas entre ambos es la posición diferente en relación con estos juegos de poder. Porque cuando Álvaro le planteaba estos desafíos, lo hacía en el ejercicio de una autoridad legítima; “ella”, en cambio, debía valerse de tácticas para replicar el procedimiento del cónyuge, precisamente, porque no disponía de autoridad para confrontar la dominación masculina. Por lo tanto, debía aprovechar las situaciones coyunturales, “inventar” la prueba en el momento, no podía planearla de antemano porque no disponía de un espacio propio. Y debía valerse de cualquier medio: el engaño, el ocultamiento, la tergiversación de los hechos. Estos procedimientos que serían repudiados por “Yo, Natalia, la mujer”, no recibieron censura alguna de la narradora cuando “ella” los concretó; a lo sumo, una sonrisa entre divertida y asombrada que afloró a los labios de mi interlocutora al evocar estos episodios durante las entrevistas.

Las fallas y contradicciones relacionadas con las expectativas depositadas sobre el papel de esposo trajeron, como consecuencia, el debilitamiento de la autoridad de Álvaro. Al respecto, una fuerte expectativa asociada con ese rol implicaba asegurar la satisfacción

de las necesidades familiares, tanto en el plano material como en el simbólico. Sin embargo, para la protagonista, Álvaro no satisfizo ninguno de los dos aspectos. Y si bien ella habría estado dispuesta a tolerar los apremios y las carencias económicas en atención al compromiso político del cónyuge, él tampoco obtuvo logros en ese plano, por ejemplo, una diputación, encabezar un cierre de fábrica o algún hecho que lo transformara en un personaje notorio. A través de ese gesto él “les hubiera puesto una levantada”, tanto a ella como a los hijos. Al respecto, escuchemos las palabras de la protagonista:

He leído biografías, trayectorias de gente de izquierda supe de 2 o 3 así, viéndolos, y una vida de sacrificio. Y yo, en este punto, no puedo poner a Álvaro como una vida de sacrificio por un ideal, que estaba en todo su derecho. Y que los ideales, para mí, creo que son, ¡ay!, no sé, es algo..., no, no sabría nombrártelo. Un ideal que a lo mejor se te va la vida en ello, por alcanzarlo, ¿no?, ¿ves? La palabra ideal para mí es una persona consciente, reflexiva y honesta y todo eso, mis respetos para esa palabra. Entonces, acá no, no, no siento eso, ¿no?

A: Con Álvaro tú no sientes...

No, no. Que él haya alcanzado un ideal y que, por consecuencia, hablando en términos tradicionales, pues, estaba la esposa, yo. Yo me podría sentir, digo, sí, ¡no hombre!, la... décima o novena maravilla del mundo, ¿no? ¿Por qué? Porque he conocido a través de lecturas, de biografías, de historias, de, de palabras, de vivencias, en casa de Fulano, de Mengano, eso, de veras sacrificio. Pero fíjate nada más que el sacrificio estuvo en nosotros. En Natalia y su descendencia.

En otro pasaje de la entrevista, profundiza en las expectativas no cumplidas por el cónyuge, siempre relacionadas con ambas dimensiones del rol de proveedor, tanto en el plano material como en el simbólico. Así, al evaluar el comportamiento de Álvaro, la protagonista señala:

La otra cosa es que, digo, que le faltó a él... documentarse, ¿por qué no? Leer mucho, mhm, y estar a la altura... ¿como te diré?... ¿como se dirá?, en elementos de prueba o de conocimiento, de aprendizaje, para haberse manejado él y haberse encumbrado un poquito más. En este terreno, eso sí te lo quiero dejar bien claro, que no encumbrarse económicamente, por su posición política. Eh..., encumbrarse más en cuanto a niveles de... ¿qué será?, de liderazgo o de... no sé. Eh... les hubiera dado una levantada a mis hijos, pero fabulosa. Ahí, hubiera estado el resultado. Lo queramos o no, ahí hubiera estado el resultado de su actividad de él. No por quedar bien con sus hijos sino por él mismo, ¿no? Que hubiera llegado mínimamente a

una diputación, mínimamente a cerrar una fábrica, no sé, ¿no? Tener a su mando un grupo, como antes que se hacía de las famosas células, eh... todo eso, ¿no? No. Que, que su... actitud fue, eh... no salir a la luz, como ellos lo decían, se entiende, ¿no? se entiende. Pero no, no, no, él se aferró eh... ¿cómo le dicen?, eh... ¿ortodoxo? Creo que sí. Y de ahí no lo mueves, mhm. No vi, no vio pasar... los acontecimientos nuevos, ¿no?, él se quedó con eso, mhm. Y no daba, te das cuenta que entonces, no daba encuadre para que tú entraras por, para nada en esto, ¿no? Él era eso y eso, mhm.

Pese a los fracasos que Natalia le imputa, el cónyuge ejercía una autoridad que, con el transcurso del tiempo, ella comenzó a calificar como despótica y autoritaria. Porque pretendía mantener las prerrogativas que le asisten a un proveedor pero sin serlo: el derecho de controlarla a ella y a su descendencia.

Frente a esta imposición, Natalia resentía el abandono, la postergación de su persona, verse excluida de las actividades del cónyuge, las agresiones y las restricciones a los intentos de la protagonista para mejorar la situación económica familiar, especialmente, cuando proponía emprendimientos que contrariaban las ideas políticas del marido. Como resultado de estos desaciertos, la autoridad de Álvaro resultó cuestionada; entonces, Natalia comenzó a percibir el control como “invasión”.

Para sustentar estas afirmaciones, estimo pertinente traer a colación un pasaje donde la protagonista, ubicada en el presente del relato, fantasea con la respuesta que dará al cónyuge si reitera un comentario que Natalia considera desatinado en relación con el vínculo que actualmente mantienen los hijos entre sí. Esta reflexión surge en los últimos pasajes de la entrevista final, cuando la narradora ofrece un balance que anticipa el cierre. Al respecto, señala:

Todos mis hijos están en la universidad, ¡qué bueno!, ¿no?, ¿ves? Bueno, esos son apasionamientos, ¿no? Pero, de todos modos, pues, como humano no... no dejé de pensarlo, ¿no?, y muy interiormente, pues sí, lo pienso, ¿no?, que ojalá lleguen... con todos sacrificios y esfuerzos, lleguen a más, ¿no?, y que ojalá en un momento dado, ellos en más corto tiempo, puedan hacer lo que quieren, aunque tengan que estar trabajando, mhm, ¿ves? Eso es inevitable, ¿no? No tienen las... las carretadas de dinero ni mucho menos, ¿no? Pero hay una cosa que me tiene ya bastante tranquila, la comunicación que ya hay entre ellos, mhm. Y en ese terreno, el momento que sea propicio, ya lo pensé, ya lo tengo bien, que en el momento que Álvaro... va, invada una situación de esta índole, de la no comunicación, le voy a decir: “¿Sabes qué? Tú y yo ya valemos gorro.

Porque míralos a ellos. Sí, mhm, ¿ves? Y que si ahí hubo un poquito de intervención de Natalia, ¡ay!, pues, qué bueno, (risas), qué bueno, ¿no? (risas) Y que no me lo digan, no, no, no es necesario, yo lo estoy viendo, mhm.

En este pasaje hay un reconocimiento a la figura de “Natalia” por su colaboración y solidaridad para consolidar una familia que, desde la perspectiva de la protagonista, es resultado casi exclusivo de su propio esfuerzo. Nuevamente, “ella” ocupa una posición predominante con respecto al cónyuge. En ese sentido, no se trata de la “ella” violentada sino de la “ella” que superó al otro, de “la triunfadora”, como se describe en otro momento de la narración.

En este punto cabe preguntarse, ¿qué tuvo que “destruir” la protagonista para erigirse en “Yo, Natalia, la mujer”? Utilizo esta expresión, “destruir”, porque ella misma la emplea hacia el final del relato cuando reflexiona: “Para construir hay que destruir”. La respuesta apunta a lo que ella denomina, “la tradición de la mujer casada”, es decir, los roles tradicionales de esposa, madre y ama de casa que para Natalia se transformaron en un obstáculo para construir el personaje “Yo, Natalia, la mujer”.

En definitiva, la negociación entre ella y Álvaro modificó las ideas previas que trajo a la pareja conyugal, específicamente, las que correspondían al modelo hegemónico de dominación que legitima la autoridad masculina. Sin embargo, este proceso no sólo puso en crisis el vínculo conyugal; también la modificó a ella misma y a los significados de la feminidad y la masculinidad que había incorporado a lo largo de distintos procesos de socialización.

B) Co- Protagonistas o Aliados

“La señora”. Aparece como una figura de transición entre “la hija mayor de Álvaro” y “Yo Natalia, la mujer”. Comienza a perfilarse en un momento de plenitud vital, cuando los hijos mayores son estudiantes universitarios y ella comparte pláticas, salidas, participa con ellos en actos políticos, asiste a clases de italiano, fuma, atiende la cocina económica, dispone de dinero que destina al bienestar personal y de la familia, adquiere ropa, libros y enseres domésticos. También, en esa época, la familia dispone de un vehículo que ella aprende a conducir. Asimismo, con la pareja, atraviesan una etapa de gran plenitud sexual, concurren a hoteles de paso y baños públicos como parte de los rituales eróticos. En definitiva, “la

señora” surge en una época de bonanza y prosperidad familiar que, en parte, resulta del trabajo y esfuerzo de la protagonista.

Sin embargo, “la señora” también es el personaje ubicado en los primeros años de vida en la colonia La Lucha, después de la ruptura definitiva entre los cónyuges. En ambos escenarios, la protagonista la evoca con ironía. Esta actitud le permite distanciarse del personaje y dudar de su credibilidad. En los fragmentos donde aparece, “la mujer” se aproxima a una especie de caricatura de “Yo, Natalia, la mujer”. Porque carece de flexibilidad para negociar, para aprovechar las coyunturas y obtener espacios propios por resguardar una dignidad que, a la distancia, Natalia parece objetar porque le trajo más perjuicios que beneficios. Es la personaje que en los primeros años, después de la ruptura del vínculo matrimonial, rechaza el apoyo económico del cónyuge porque: “la señora quería demostrar que ella sí no necesitaba nada”.

C) Antagonistas

“Magdalena”. Evoca el personaje bíblico, la pecadora arrepentida que externa su remordimiento con una profusión de lágrimas con las cuales lava los pies de Jesucristo. No obstante, en lenguaje coloquial, “llorar como una Magdalena” demerita el llanto, le resta dignidad a las lágrimas dado que son vertidas por una pecadora, como si el arrepentimiento no bastara para borrar la culpa o la mancha que deja la caída. Tal vez por esta razón, Magdalena es un personaje poco valorado en el relato. Así, resulta revelador el análisis de los episodios donde Natalia califica el llanto de su personaje como expresiones de una “Magdalena”. Porque implica una descalificación que se vuelve contra el personaje sufriente de sí misma. ¿Por qué toma esta actitud y en qué circunstancias del relato? Para responder a estas preguntas, recupero dos fragmentos que ilustran dos tipos de situaciones donde surge este apelativo.

La primera de ellas ocurre durante el tercer embarazo. La protagonista comunica al cónyuge la decisión de llevarlo a término. Como entre esta gestación y la anterior Natalia se había practicado un aborto por indicación del cónyuge, ella piensa que Álvaro espera la reiteración del mismo procedimiento. Sin embargo, la protagonista rechaza esta posibilidad. Al respecto, dice:

N: Me dice él, en un momento dado, dice, este: “¿Qué pasó?, ¿qué has decidido? O ¿qué hay?” Digo: “No, pues, sí, estoy embarazada, mhm. Ya son dos meses que no hay sangrado, ¿no?, que no me baja la regla”. Y, este, “Y ¿qué piensas hacer?” Digo: “No, pues, mira, me dieron esta tarjeta, mhm”. Entonces, pues... me quedé así.

A: ¿Era la tarjeta de ese médico que su amiga le había recomendado?

N: Sí, sí, mhm. Y este..., entonces, se da la vuelta él y se va, ¿no? Y, pues, en ese momento yo dije: “No, la responsabilidad es mía. Es mía y de nadie más, mhm. Entonces, pues, vámonos. Ahora sí que vámonos parejitos, ¿no?” Y seguí, me volvió a preguntar él que qué, qué pasaba y le dije que no, que nada. Que qué había decidido. Nada. Y que qué iba a hacer. Nada, mhm. Pero, como a los... tres, cuatro meses de embarazo empezó una actitud de él, pero tremenda, ¿eh? ¡Tremenda! Agresiva. Grosera. ¿Un rechazo? ¡Total!, de todo a todo, ¿no? Cuando tenía como... 8 meses de embarazo, este..., le dice a su hermana, porque se había ido su hermana Azucena, estaba jovencita, se había ido a la casa... que para que me ayudara. Y sí, se portaba bien la escuincla. Entonces, este..., le dice, este: “Oye, Azucena, ven acá”. Y va Azucena, ¿no? Un sábado, el clásico sábado de gasto. Dice: “A partir de ahora te voy a dar el dinero a ti, me vas a dar mi ropa y me vas a dar de comer”. Entonces, yo salgo y le digo: “¿Por qué le das el dinero a Azucena?, ¿no? Estoy yo. Yo te voy a servir, eh, la ropa, todo”. Dice: “¿Sabes qué? Contigo no quiero hablar nada, dice, me das asco”. Así, así: “Me das asco”. ¡Ay!, pues, ¿qué hizo Magdalena?, irse llorando, mhm. A llorar y a no entender, a llorar y a no entender, y vuelvo a salir ahí, a la cocina y le digo: “Es que es mi obligación, yo tengo que tener el dinero”. Dice: “Tú no tienes que tener nada”, ¿no?, así. “Nada”, ¿no?

Este pasaje pone en evidencia la subordinación de Natalia frente al cónyuge. En este caso, el llanto podría interpretarse como un gesto de impotencia. Sin embargo, la protagonista ironiza en torno de esta expresión de emotividad al atribuirle a Magdalena. De este modo, se distancia de la victimización ubicándose en un plano diferente que, al mismo tiempo, transforma a la protagonista del episodio en otra “ella”, paciente de la violencia conyugal y distinta de Natalia.

El segundo fragmento coincide con los días posteriores a la muerte de Ramona, cuando el padre les propone instalarse en la misma vivienda que, para ese entonces, también ocupaban el hermano menor de Natalia con su esposa, y la hija adoptiva de Ramona y Mauro.

Muere Ramona, mhm, y yo de Magdalena, de... de amorosa hija, acepto que mi papá me dice: “Vénganse para acá a esta casa grande. Aquí ustedes se reparten las habitaciones, a mí me dejan mi cuarto y, este...pues, para que estemos aquí juntos y esto y lo otro”, ¿no? Mi papá, materialmente se fue para abajo con la

muerte de Ramona, ¿eh? Ni ató ni desató, mhm. Entonces, yo, hija amorosa, le creo y me regreso con él me... me voy a la casa de mi papá, con mis hijos, con mis máquinas, porque tenía máquinas grandes de coser y este... y, y total, el resultado fue que faltaba dinero, que no se controlaba el gasto, yo quería la cocina de Ramona, mi hermano no quiso: “No, por qué dos cocinas, que somos una familia y que...” Bueno, se distorsionó el gasto, este, se... yo no tuve nunca tiempo de coser algo, de lo que cosía, agarré todo y lo regresé a la señora, este... era un desbarajuste, mhm. Mis hijos eran los destrazadores, mis hijos... Mi papá se empezó a quejar de que le hacían mucho ruido y que le estaban destrozando todo y... total que llegó el momento en que Elena, otra vez volvemos con Elena, me dice: “Tú, de pendeja te pasas, porque, de la noche a la mañana, tu papá lleva otra mujer a la casa que estás dejando sola y después ni aquí ni allá. Porque aquí eres una arrimada, la dueña de esta casa, la señora de esta casa es tu cuñada, mhm. Tú necesitas regresarte. Tu papá se está quejando, ¿no?” Entonces yo, ahora sí que un hecho muy cochino me hizo regresarme, ese... a los tres días le dije a Álvaro: “Trae una camioneta y nos regresamos, ¿no?”

Este episodio ofrece una arista distinta del personaje “Magdalena”. En aras del afecto, pierde la claridad para advertir un riesgo, real o imaginario, al que se expone por acatar la propuesta del padre. Al aceptar, termina ubicándose en el lugar de la “arrimada”, una situación que la protagonista vivió en la infancia y donde enfrenta el peligro de la pérdida de reconocimiento.

En ambos pasajes, Magdalena aparece como un personaje pasivo, vulnerable, frágil, que no sabe defenderse y, por esa razón, apela al recurso de las lágrimas. En definitiva, con la protagonista interactúa como otra “ella”, en dos situaciones relacionadas con el sometimiento a la autoridad masculina:

- 1) Cuando el cónyuge la rechaza y “ella” se limita a padecer esa expresión de violencia.
- 2) Cuando en aras de un afecto que, a la postre, resulta dudoso, “ella” pone en riesgo las metas de Natalia.

En resumidas cuentas, Magdalena es un personaje rechazado porque se ubica en el papel de la víctima, o bien, porque permite que otros la victimicen. Por eso, Natalia no tiene compasión con ella. Por el contrario, la somete a burlas y la presenta como un obstáculo.

En otro pasaje, Magdalena aparece como antagonista de un “yo” que recibe el calificativo de “la hormiguita”. Con esta expresión caracteriza a Natalia, la responsable de los esfuerzos realizados para alcanzar la seguridad económica que hoy gozan ella y sus hijos. Así, en lugar de evaluar sus logros como resultado del sacrificio, en vez de

presentarse como “la madre sufridora”, es decir, la víctima o la Magdalena, la protagonista escoge la imagen del triunfo como resultado de la voluntad personal, la perseverancia y la capacidad de prever para el futuro.

“Eva”. Para la tradición occidental de origen judeo-cristiano, Eva representa a la mujer responsable de la caída del varón en el pecado y del consiguiente exilio del Paraíso. Por eso, este personaje recibe valoraciones encontradas que la convierten en una figura controvertida y ambigua. En el relato, estas características aparecen vinculadas con ideas de sentido común referidas al “poder femenino” asociado con el ejercicio de la sexualidad y el erotismo.

Estos “saberes” presentan a Eva como expresión de “la mujer” en tanto género y, en ese papel, representa una amenaza para la dominación masculina porque puede apropiarse de la voluntad de los varones y reorientar la razón hacia el mundo del placer y la sensualidad. Sin embargo, la perspectiva de la protagonista revela que reconocerse en ese papel acarrea una consecuencia no prevista que, en algunos momentos, perjudica a la propia Natalia. Porque si bien en algunos pasajes ella confirma para sí este poder y lo emplea con distintos resultados -adueñarse de su cuerpo, experimentar placer y tomar decisiones vinculadas con la reproducción-, al mismo tiempo queda atrapada en sus propios juegos.

A esta “trampa” se refiere cuando, en otros fragmentos de las entrevistas menciona: “Eva se enamoró”. Con esta expresión trata de explicarse el motivo por el cual pospuso la concreción de metas orientadas a la búsqueda de seguridad y bienestar de la familia, en cambio, toleró la violencia del cónyuge. En esos casos le corresponde pagar los costos porque, como contrapartida del placer, Eva debe “pasar trabajos”, es decir, someterse a la dominación masculina. Esta posición subordinada adopta distintas modalidades: desde el ocultamiento del trabajo extradoméstico para que el cónyuge no lo interprete como un menoscabo de su autoridad, hasta la aceptación de distintas expresiones de control sin impugnarlas. En definitiva, el mentado poder de las mujeres se transforma en un arma de doble filo que, en el caso de la protagonista le permite, por un lado, “sembrar el primer tabique”, es decir, volverse críticamente hacia las modalidades de ejercicio de poder del cónyuge y comenzar a cuestionarlas pero, al mismo tiempo, los poderes de Eva “la mujer”, detienen durante varios años las posibilidades de autonomía.

La resolución del dilema que encarnan los personajes de “Eva” y “Yo, Natalia, la mujer”, la lleva a plantear un distanciamiento definitivo del cónyuge que inicia en el plano de la sexualidad. La protagonista no encuentra otro camino y a ello alude cuando menciona, por un lado, las recomendaciones de su amiga Benita quien le advierte del perjuicio que se causa a sí misma, no sólo porque interrumpe o niega la satisfacción de una necesidad vital sino porque este rechazo supone un severo cuestionamiento a la autoridad del cónyuge. Esta trasgresión conlleva una severa condena social que la protagonista comienza a experimentar a través de los propios hijos y de los familiares más cercanos. Desde este punto de vista, y aunque Natalia la menciona siempre con una sonrisa condescendiente, Eva es una antagonista, un obstáculo porque tras la fachada de un personaje poderoso, revela la dimensión ideológica de esa construcción, la cual refuerza la fragilidad de las mujeres, cuando ellas creen que están ejerciendo poder.

“La mujer”. Representa la esencia de lo femenino, una construcción social que, bajo el ropaje de un universal, recorre los tiempos y los distintos escenarios geográficos sin variaciones, siempre idéntica a sí misma, expresión de las expectativas y mandatos surgidos del discurso de la dominación masculina. Esta construcción constituye una fuerza coercitiva sobre las mujeres de carne y hueso pero su efectividad reposa en presentarse como la expresión discursiva de un hecho “natural”, asentado sobre la biología. De este modo, puede aceptarse de manera “acrítica” que las mujeres “son” así y así se espera que sean, so pena de graves sanciones sociales y sufrimiento psicológico y moral para las trasgresoras, es decir, para quienes plantean comportamientos o ideas que se salen de la norma.

Para auxiliar a las mujeres reales en el aprendizaje e incorporación de los significados de la feminidad, los distintos procesos de socialización se encargan de proporcionar las oportunidades de aprender y ejercitar diversos roles -hija, madre, esposa, ama de casa, mujer- por medio de los cuales, el “yo” se identifica con esos significados que, al mismo tiempo “vuelven a la vida” en el comportamiento humano real (Berger y Luckmann, 1999: 99).

Como señalan Berger y Luckmann, tanto los hechos de factura humana como los fenómenos naturales “extraen su significación permanente y hasta su inteligibilidad de su continua utilización en el comportamiento humano” (Berger y Luckmann, 1999: 100). Sin

embargo, cuando los actores se tipifican en el desempeño de roles, “su comportamiento se vuelve *ipso facto* susceptible de coacción” (Berger y Luckmann, 1999: 98). En este sentido, los roles representan, hacen posible, la existencia del orden institucional como una presencia real que atraviesa y moldea la experiencia de los individuos concretos (Berger y Luckmann, 1999: 99). Así, las instituciones pueden concebirse como una especie de libreto teatral no escrito cuya concreción “depende de que los actores de carne y hueso desempeñen reiteradamente los roles prescritos” (Berger y Luckmann, 1999: 99). Pero para Natalia, estas repeticiones que dependen del hacer, representan una fuente de dificultades. Precisamente, porque al tipificarse en los distintos roles asociados con la identidad femenina percibe la coerción que ejercen sobre ella. Pero, al mismo tiempo, debe actuar, de manera eficiente y adecuada, un libreto que exige continuas improvisaciones, ante un público que la descalifica cuando el desempeño es incorrecto.

En virtud de lo expuesto cabe concluir que la pareja conyugal y la familia, como instituciones, sólo pueden manifestarse en la realidad a través de una serie de roles que, en lo que a Natalia compete, comprenden los de esposa, madre, amante, ama de casa, hija y mujer. Pero, como señalan Berger y Luckmann:

Quando los individuos se ponen a reflexionar sobre estas cuestiones, encaran el problema de reunir las diversas representaciones en un todo coherente. Cualquier realización de un “rol” concreto se refiere al sentido objetivo de la institución y, por ende, a las otras realizaciones de “roles” que la complementan, y al sentido de la institución en su conjunto [...] Aunque todos los roles representan el orden institucional, algunos lo representan más que otros (Berger y Luckmann, 1999: 100).

Precisamente, es el rol de “la mujer” como universal el que permite integrar la polisemia que abre el concepto de “feminidad”. En ella se conjugan Eva y Magdalena; aunque María, el otro lado de la distinción, también está presente a pesar de que la protagonista no la menciona en forma expresa. Estos símbolos que distinguen a la única buena posible, de todas las malas mujeres, se hacen extensivos a la actuación de los otros roles y, a su vez, marcan los límites de la inclusión y exclusión en un modelo de feminidad que constriñe las posibilidades de autonomía de la protagonista. Así, sólo pueden ingresar al reino de las buenas mujeres quienes son, al mismo tiempo, buenas madres, esposas, hijas

y amas de casa. Menudo dilema para Natalia sobre quien se cierne la sombra de unos orígenes inciertos.

En el relato, Natalia evalúa esos roles como una especie de venda que le impedía ver la realidad y obstaculizaba el surgimiento de “Yo, Natalia, la mujer”, hasta que logró despertar. Esta imagen aparece hacia el final de las entrevistas cuando la protagonista afirma, “Para construir hay que destruir”, expresión que alude a los roles asociados con lo que ella denomina: “la tradición de la mujer casada”. Escuchemos sus palabras:

Veo todos los canales por los que... que anda una mujer. Las personalidades que tiene que tomar, mhm, ¿ves?, ya casada, mhm, ya casada, ¿no?, mhm, que los errores tan grandes que tuvo, ¿no? Pero ahora sí, que si ya sabe las personalidades que debe de tomar, que ojalá de veras hubiera una escuela que instruyera (risas): “Mira, aprende a hacer -no sé si haya patrones para eso, yo lo dudo mucho, ¿no?, pero digamos, como un... un pequeño... letra, que dijera-mira, tú vas a llevar de esposa la vida... vas a ser esposa, vas a ser madre, vas a ser amante, eh... vas a ser la.... ¿cómo te diré?..... Natalia, bueno, la mujer, mhm, y vas a ser ante la sociedad otra gente”, eh... todo eso, ¿no? Y nos vamos, nos avientan, nos aventamos... ciegas, mhm. Ciegas por completo, ¿no?, ¿ves? Entonces, unas más, unas menos, despertamos unas más antes, otras después, eh... posiblemente sea una de las cosas que reniego, haber... yo como que ya había despertado pero, como te dije hace rato, no tuve las agallas para enfrentarme... porque hasta ahorita tengo que seguir pensando, ¿a qué le tuve miedo?, ¿no?, mhm, ¿ves? Si una de mis preocupaciones, y que lo cuido, es tener un techo donde estar, mhm, pero... pues, mira que las personas son importantes al grado de que... te desubican, mhm. Y digo yo, realmente a qué le tuve miedo para haberme quedado sola, para haber cortado, eh... una relación con Álvaro desde antes. Desde... desde antes de concebir a Rene, como a los 7 u 8 años de casada, que es cuando ya estaba hasta el copete de su familia, ¿no?, mhm, ¿ves? Entonces, eh... no se sabe vivir, mhm, sobre la marcha vas aprendiendo, a veces, a veces se tarda. Yo me, me cuento entre las tardadas (risas), no retardada, ¿eh? entre las tardadas, mhm, pero que hay también una cosa muy importante. Un día Rene, un poco, pues, yo creo que triste, me dijo: “Tú, tú debiste de seguir siendo igual como eras”.

Esta solicitud, puesta en boca de uno de los hijos y, especialmente, del cuarto a quien concibió en un verdadero ejercicio de sus derechos reproductivos, reitera el dilema de Kaufmann, postulado en las páginas iniciales de este trabajo aunque invirtiéndolo. Así, las reflexiones de la protagonista pueden plantearse como una interrogación que apunta a responder lo siguiente: ¿qué conservar en nombre del “nosotros” de la pareja conyugal?, ¿qué modificar en nombre del “yo” sin destruir la relación en el intento?

Para concluir propongo analizar el vínculo entre “la mujer” y las figuras de autoridad del relato. Al respecto, cabe señalar que esta figura sólo aparece después del casamiento. Por lo tanto, sería quien sucede a “la hija” en el pasaje de la niñez a la adultez por la vía del matrimonio. Este personaje se distingue de otras formas de nombrarse porque aparece escindido en numerosos papeles que representan exigencias que debe satisfacer; no posee preparación para llevarlos adelante pero la oprimen y constriñen sus movimientos, sus posibilidades de acción, de percepción y de emoción. “La mujer” reúne numerosos rasgos que los “saberes” cotidianos atribuyen a las mujeres; así, no duda en defender, inclusive con violencia, lo que considera suyo: sus territorios, sus pertenencias, a las personas bajo su cuidado. Al mismo tiempo, es un personaje que aprende a percibirse a sí misma como culpable aunque no tenga en claro qué se le imputa.

En este sentido hay un pasaje donde Natalia menciona expresamente esta sensación de culpabilidad inexplicable. El episodio acontece unos días después de la propuesta hecha al cónyuge: renunciar a la fábrica para trabajar juntos en la cocina económica. La protagonista recuerda:

N: Entonces, este..., eh... pasó unos días y un día estaba ahí en la cocina él y me puse en cuclillas, así, para quedarme en sus rodillas, ¿no? Y le dije, este...:

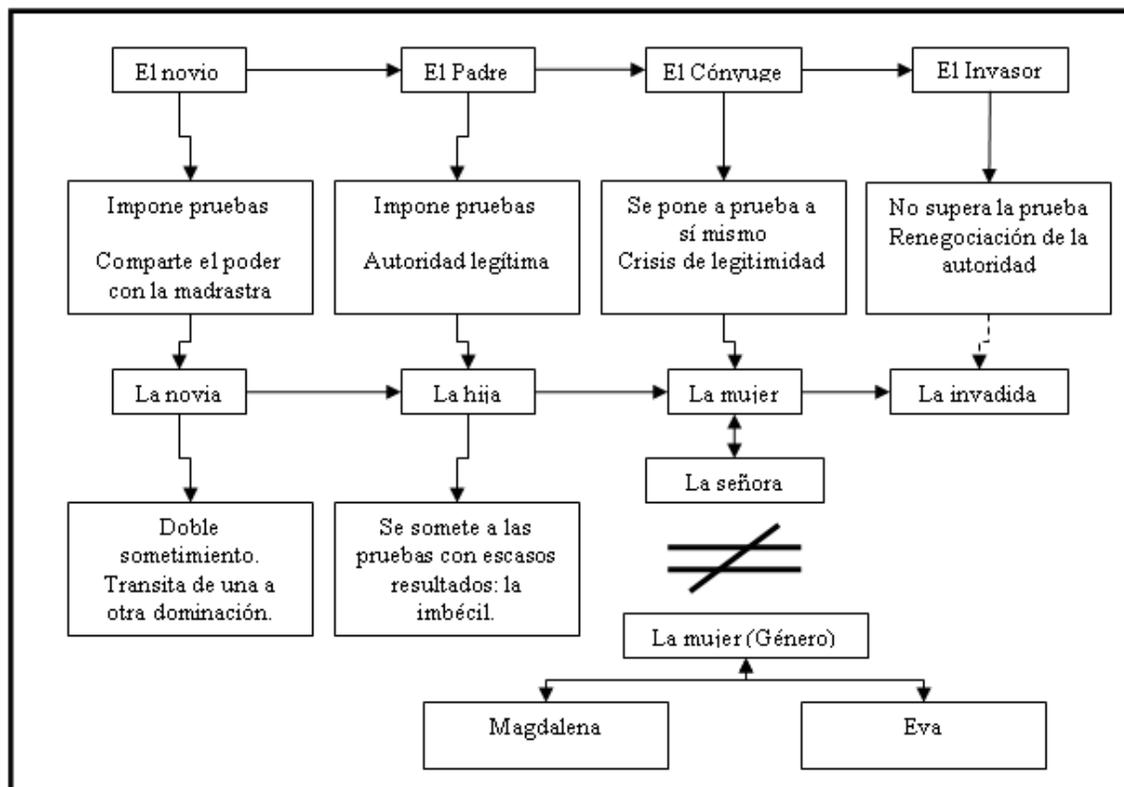
“¿Qué piensas de mí, Álvaro?” ¡Ay Cabecita Loca!, respondió él.

A: Y, cuando él le decía Cabecita loca, ¿usted qué sentía?

N: Pues, me sentía bien, me sentía bien. Pero... pero siempre había una pizquita ahí de, de, de inconformidad, de, de angustia, todas esas cosas, ¿no?, que están muy bien amarraditas con el sentido de culpa que te ponen a partir de que naces y eres mujer (risas).

El fragmento permite establecer dos conexiones. Una establece la relación, ya mencionada, entre la identidad de género y la culpabilidad: si eres mujer eres culpable. La otra vincula el apodo que le asigna el cónyuge, “Cabecita Loca”, y las expresiones anteriores: “ser mujer” y “ser culpable”. El nexos entre ellas permite especular con la idea de que Natalia, en tanto mujer, puede ser culpable porque es una “cabecita loca”; pero, precisamente por serlo, ignora con precisión de qué la responsabilizan. De ahí surge esa sensación de estar en falta. También, la necesidad de controles, tutela, supervisión y permanencia en una posición subordinada. Porque, en definitiva, una “Cabecita Loca” no está en condiciones de satisfacer los mandatos de las figuras de autoridad: ni resultados ni beneficios a partir de los bienes o vidas que se le confían.

Con base en los nombres escogidos por la protagonista, el siguiente esquema muestra, en paralelo, las tipificaciones de los cónyuges en distintos momentos de la trayectoria de la pareja y en relación con el ejercicio de poder entre ambos.



En este punto cabe indagar por el significado de los cambios de nombre que, desde la perspectiva de Leight Gilmore, podrían interpretarse como formas de negociación del “yo autobiográfico”. Variar los nombres escogidos en distintas situaciones y frente a las figuras de autoridad encarnadas por Ramona y el cónyuge, pero también por la tradición religiosa que asigna significados específicos a las mujeres bíblicas, evidencia esa base imaginativa a la cual se refiere la autora. Por un lado se apropia de ellos y de sus significados para la construcción del sí mismo; pero al hacerlo, los pone en cuestión.

Desde ahí Natalia confronta aquello que, tal vez, no logró modificar totalmente en la vida cotidiana: su posición subordinada y la imposibilidad para plantear otros procedimientos de negociación del contrato conyugal.

Bajtín habla de la “autoridad amorosa” de los héroes del panteón biográfico. Pero en este caso, ella construye el “sí mismo” contra esas figuras que distan mucho de tener una

actitud amorosa hacia la protagonista, a ella le compete hallar las huellas de su propia heroicidad pese a la escasa aprobación que le prodigan los otros significativos.

Después de recuperar las etiquetas semánticas empleadas por Natalia para referirse a sí misma en distintos pasajes del relato, el próximo capítulo inicia el análisis de los acontecimientos donde las principales figuras de autoridad externan mandatos que inciden en la negociación del poder entre los cónyuges.

IV.- EL PROYECTO PROPIO: LOS MANDATOS

En este punto inicia el giro hacia el otro polo de la trama, es decir, hacia los acontecimientos donde la protagonista dialoga con otros personajes quienes sostienen puntos de vista disímiles con respecto al suyo propio. El capítulo centra la atención en los eventos donde la protagonista recupera los “mandatos” de Ramona y Álvaro, las figuras de autoridad de la narración.

La expresión “mandatos”, refiere a las expectativas de estos “otros significativos” que orientan los planes y proyectos de Natalia. Bajo la forma de preceptos, expresan la voz del “otro generalizado”. El análisis está ubicado en aquellos aspectos de los mandatos que aportan a la comprensión de los “saberes” sobre la pareja conyugal, atribuidos por Natalia a las figuras de autoridad del relato. Por eso, la búsqueda de estas prescripciones pone el énfasis en lo siguiente: a) las representaciones sobre las identidades de género; b) los significados de la pareja; c) las formas de organización de las interacciones conyugales.

Con base en esta lectura, las disposiciones de Álvaro y Ramona permiten trazar un horizonte de sentido, mediado por la experiencia biográfica de Natalia, cuya recuperación revela ciertas expectativas en torno del contrato conyugal, que la protagonista incorpora al matrimonio.

En paralelo, el capítulo indaga en torno de los “saberes” sobre la conyugalidad, atribuidos al esposo y reinterpretados por Natalia, como parte del acervo que él aporta a la construcción de una realidad compartida: el “nosotros” de la pareja.

LOS MANDATOS DE RAMONA

Aparecen dispersos en distintos acontecimientos que integran la Historia de Natalia⁴³. Por esta razón, en lugar de proceder al análisis de alguno de ellos en particular, esta sección presenta los resultados de un rastreo que permite identificar y agrupar las directivas de Ramona en tres dimensiones distintas del mundo de la vida, a saber: 1) moral; 2) económica; 3) familiar y conyugal.

Dimensión moral. La protagonista definió estos mandatos como “los tabúes” de Ramona. Estos referían a distintas prohibiciones relacionadas con la construcción de la identidad

43 La Historia de Natalia figura en el Anexo I.

femenina, el uso del cuerpo y la expresión de la sexualidad. Los tabúes variaron durante las distintas etapas de la trayectoria vital de la protagonista, tal como aparece sintetizado en el siguiente cuadro:

Los tabúes de Ramona		
Etapas del ciclo vital	Identidad de género	Cuerpo y sexualidad
Niñez	<ul style="list-style-type: none"> - “No ser machorra”, es decir, no comportarse como un varón -Permanecer en el hogar y realizar tareas domésticas -Mostrarse sumisa 	<ul style="list-style-type: none"> - Jugar juegos de niña - Vestirse como niña
Pubertad y adolescencia	<ul style="list-style-type: none"> - Vincularse exclusivamente con las personas más relevantes del pueblo de Ramona - No “enrolarse” con ninguno de los paisanos del pueblo de Ramona, es decir, no establecer vínculos amorosos con los varones jóvenes - Comportarse como señorita, es decir, de manera recatada, reservada, en el trato con los varones 	<ul style="list-style-type: none"> - Evitar el contacto físico con personas del sexo opuesto -Salir a la calle sólo para cumplir con las obligaciones escolares, laborales o familiares - Evitar un “mal paso”, es decir, el contacto sexual que deja una “marca” en el cuerpo y en la honra - Someter el cuerpo y sus manifestaciones al control estricto de los adultos. Este mandato implicaba informar mensualmente a la madrastra sobre la aparición del periodo menstrual
Juventud y adultez	<ul style="list-style-type: none"> - No andar de “rogona”. Esto significa que, al entablar relaciones amorosas con el sexo opuesto, los varones deben conservar la iniciativa - “Darse el lugar”. Esta expresión indica que las mujeres deben mostrar distancia y reserva en el trato con el sexo opuesto 	<ul style="list-style-type: none"> - “Que un hombre te haga fuerte”. Esta fortaleza sólo puede obtenerse por la vía del matrimonio - Ejercer la sexualidad exclusivamente con el cónyuge y después del matrimonio por las dos leyes, es decir, civil y religiosa

Desde la perspectiva de Natalia, estos tabúes apuntaban a un “sometimiento en términos morales” que ella interpretó como resultado del ejercicio de autoridad delegada por el padre en las mujeres adultas de la familia, entre las cuales incluyó a Ramona y a las parientas que radicaban en el pueblo de origen de la madrastra. De este modo, ellas garantizaban la respetabilidad de Mauro al preservar la honra de la hija mujer. Desde los 13 o 14 años, la protagonista comenzó a recibir un trato de “señorita”. Este apelativo coincidió con la

menarca. A partir de este evento, el cuerpo adquirió el carácter de un territorio prohibido, por lo tanto, debía preservarse del contacto con los demás pero, también, limitar el acceso a la propia protagonista.

Con respecto a otro de los tabúes de Ramona, la prohibición de establecer vínculos con los jóvenes del pueblo, excepto con los descendientes de las familias más distinguidas, el mandato puede interpretarse en más de un sentido. Por un lado, podría asociarse con la búsqueda de un “buen partido”, es decir, de un prospecto de marido que garantizara condiciones materiales y de reconocimiento social para la protagonista y su descendencia.

Por otro lado, podría vincularse con otro mandato, “darse el lugar”, como forma de obtener y conservar el respeto de los demás, especialmente de los varones. Pero, también, la orden posee un correlato en la biografía de la madrastra. Así, puede relacionarse con los comedimientos y solicitudes que Ramona exigía de los habitantes del pueblo, sus antiguos agresores. Al respecto, Natalia evocó una aspiración de esta mujer: alcanzar el título de “Doña” como condición para regresar a su tierra en una posición distinta de “la pendeja que aventaron por viuda y por pobre”. Un reconocimiento que incluía no sólo la dimensión moral, a partir del matrimonio que “la hizo fuerte” porque contaba “con un hombre al lado”, sino de los logros económicos. De este modo, la vestimenta y las joyas que la protagonista portaba en las veladas y eventos sociales cuando visitaba el pueblo de Ramona –aretes de oro, un vestido distinto para cada día de fiesta, zapatos, tapado, bolsa- pueden interpretarse como una forma de revertir la posición de la madrastra ante esas personas. En este sentido, la joven fue un medio para poner de manifiesto los logros de Ramona.

Pero no se trata exclusivamente de una modificación de estatus económico. Porque, bajo un régimen de dominación masculina, que constituye el horizonte donde cobran significado estos mandatos, las mujeres ocupan una posición subordinada donde sólo cuentan con el matrimonio y las concreciones económicas para obtener reconocimiento. De este modo, el lugar de ambas mujeres puede equipararse.

También Natalia, en su condición de hija de “casa chica” es una niña rechazada al provenir de una unión ilegítima. Esto permite redimensionar los mandatos que transforman el cuerpo y la sexualidad de la protagonista en tabú. Así, los controles ejercidos por Ramona y por las mujeres de la familia, apuntan a garantizar la posibilidad de una mejor

posición para la joven al preservar dos de los bienes valiosos, tal vez los únicos, que ella puede intercambiar en el mercado matrimonial: la virginidad y la buena reputación.

Dimensión económica. Los mandatos aparecen bajo las siguientes expresiones:

a) “Buscar el dinero”. No atenerse a los ingresos que el marido le proporcionaba.

Esta recomendación surgió durante el primer embarazo de la protagonista. En ese momento, el cónyuge se resistía a proporcionarle dinero para adquirir el ajuar de la bebé. La expresión, también resumió el sentido y las ideas que guiaban los emprendimientos de Ramona, las “movidas” de este personaje. El vocablo entre comillas fue utilizado por Natalia para referirse a distintos emprendimientos económicos que protagonizó la madrastra los cuales incluyeron, desde la prestación de servicios personales tales como la fabricación de tortillas, preparación de comidas y cría de animales para autoconsumo y venta, lavado y planchado de ropa ajena y atención de banquetes, hasta el préstamo de dinero a interés.

b) “Ser muy cuidadosa con el dinero”. Asumir la organización y administración del gasto con disciplina y orden.

Este mandato se contrapuso a un calificativo empleado por Álvaro para referirse a la protagonista: “mano rota”. El mote expresaba una incompatibilidad entre el comportamiento de Natalia y el mandato de Ramona y ponía en entredicho las aptitudes de la protagonista para el manejo de la economía doméstica. Ella lo interpretó como una “falta de visión a futuro”, característica de la época en que la familia dispuso de mayores ingresos, derivados de la cocina económica, los cuales se destinaban a solventar los gastos cotidianos sin prever una reserva para el ahorro.

c) “De este cuerito deben salir muchas correas”.

Esta máxima, proferida por la madrastra en el lecho de muerte, adquirió el dramatismo de un mandato final que la protagonista interpretó como el deber de incrementar el patrimonio familiar a través del ahorro y la adquisición de bienes inmuebles. En respuesta, Natalia inició el último emprendimiento que ella calificó como “importante” desde el punto de vista económico: la venta del restaurante de comida corrida a fin de adquirir una segunda vivienda, ubicada en la Colonia La Lucha, lugar donde residía al momento de realizar las entrevistas.

Dimensión familiar y conyugal. Los mandatos agrupados bajo esta dimensión estaban relacionados con el ejercicio de poder en el ámbito doméstico. Aparecieron reunidos bajo la siguiente expresión: “Llevar las riendas de la casa”. Para concretarlo, Natalia contó con el ejemplo de las figuras femeninas “fuertes” de su biografía; en especial, la tía Soledad, “la del rigor”, y Ramona, “la del mando”. En ambos casos, la potencia de estas mujeres apareció asociada con la administración del dinero familiar. La primera recibía los ingresos de los varones y distribuía el gasto; la segunda, como receptora del sueldo de Natalia y de Mauro quien, en el recuerdo de la protagonista, “llegaba y daba su dinero, así, completito. Y ella le daba para sus camiones y ya”.

Sin embargo, el control de la madrastra incluía todos los ámbitos de la vida familiar. Así, ella dispuso el rechazo del pretendiente cuando Álvaro se negó a contraer nupcias por la Iglesia; también, imponía castigos y resolvía por sí misma todos los aspectos atinentes a la educación de los hijos. Por último, asumió todas las decisiones relacionadas con la compra y venta de los distintos inmuebles donde transcurrió la vida familiar, impuso los traslados, cerró contratos y, próxima a morir, estableció de palabra las condiciones testamentarias que, después del fallecimiento, se acataron sin alteraciones.

En este punto surge una pregunta: ¿cómo resignificó Natalia estos mandatos? En algunos casos, la interpretación demandó un esfuerzo por satisfacer las expectativas depositadas sobre la protagonista pero, en otros, al confrontarlos con sus proyectos personales y familiares, los desechó. También, en ocasiones, ella invirtió el sentido de la normativa, reinterpretándola de tal manera que, en lugar de restringir sus movimientos y decisiones, la prohibición se transformó en un medio para concretar las metas de su proyecto de vida.

En el proceso, Natalia ganó autonomía pero descubrió el costo social de la trasgresión. En este sentido, dictarse las propias normas, desoír la voz del “otro generalizado”, no implicó una liberación con respecto a las figuras de autoridad sino batallar con ellas, siempre presentes para insistir con sus mandatos. Así, reorientar la vida en nuevas direcciones no significó dejar atrás a estas figuras sino tenerlas presentes para entablar una comunicación constante con ellas que, las más de las veces, no fue un diálogo fluido ni conciliador.

En relación con los mandatos morales, mientras vivió en la casa paterna ella adoptó una táctica que calificó como “llevar una doble vida”, es decir, modificar su comportamiento dentro y fuera del hogar para evitar la censura de Ramona. Sin embargo, durante la adolescencia de sus propios hijos, invirtió los preceptos destinados a controlar el cuerpo y la sexualidad. En especial, dotó a Claudia, su hija, de la información necesaria para que la joven se apropiara de su capacidad reproductiva, al iniciarla en el uso del Método Ogino–Knaus⁴⁴, también llamado “del ritmo” o “del calendario” cuando cursaba el bachillerato. Esta decisión significaba aprobar las prácticas sexuales previas al matrimonio. Natalia lo evocó en estos términos:

Ahora sí te voy a decir los días en que no debes tener una relación porque tú vas a decidir cuándo tengas tus hijos [...] Porque yo quiero que sigas con tu carrera [...] Te vas a defender, es un arma. Ya que en aquellos entonces, cuando una chica, estando en el bachillerato salía embarazada, era un... un... una, una admiración, o quién sabe [...] Entonces, yo no quería que mi hija tuviera que cargar con eso.

De este modo, la protagonista resignificó el mandato de Ramona de manera tal que brindó a la hija el control de su cuerpo y la posibilidad de experimentar su sexualidad sin el riesgo de afrontar un embarazo temprano que la expusiera no sólo a la condena social sino a la pérdida de sus oportunidades educativas, una dimensión fundamental del proyecto de vida que la protagonista anticipaba para sí y su descendencia. En síntesis, Natalia reformuló las prescripciones de Ramona en términos que podrían expresarse con la siguiente sentencia: “Puedes tener relaciones sexuales antes del matrimonio, a condición de finalizar una carrera universitaria”. Por último, en el plano de la sexualidad, propició un diálogo franco, cotidiano, “con chistes, con guasa” con los hijos varones, actitud que contrastaba con la rigidez, el secreto y las prohibiciones que ella vivió en su infancia.

Con respecto a la dimensión económica, Natalia reelaboró los mandatos de Ramona en términos de “no pedir nunca nada”. A partir de la negativa del cónyuge para proporcionarle dinero para el ajuar de su primera hija, ella mencionó: “Desde aquella vez jamás pedí nada. Nunca más”. Sin embargo, en el balance final del relato, evaluó esta decisión como un error

44 Este método fue desarrollado en 1924 por el [ginecólogo japonés Kyusaku Ogino](#), y perfeccionado por el médico [austríaco Hermann Knaus](#) en 1928. Consiste en contar los días del [ciclo menstrual](#) de la mujer para lograr embarazos o, por el contrario, para evitarlos.

que la atrapó con la fuerza de sus propios dichos: “Yo no necesito nada”. Desde su punto de vista, esta negativa resultó contraproducente porque desaprovechó oportunidades económicas y facilitó las prioridades del cónyuge, centradas en su militancia política antes que en sus deberes como proveedor de la familia.

Por último, en la dimensión familiar y conyugal, Natalia interpretó que el poderío de ambas figuras femeninas estaba sustentado en el manejo de la economía doméstica. Esta percepción podría sintetizarse con la frase: “Quien tiene el dinero, tiene el poder”. Por eso, cuando decidió la venta del restaurante para adquirir otra vivienda, explicó esta resolución con base en su propósito de “dar un golpe maestro” y “tomar las riendas de la familia”. Para ello, reunió una suma de dinero y el cónyuge abrió una cuenta bancaria a nombre de la protagonista. Para ese entonces, él aportó la indemnización recibida después del despido de la última fábrica donde trabajó. En ese momento, Natalia le dijo: “Me pasas el poder cuando ya no hay poder”. De este modo, ella señalaba uno de los cargos imputables al cónyuge que, desde su perspectiva, obstaculizó la concreción de los proyectos personales y familiares: la negativa de Álvaro a depositar la administración de sus ingresos en manos de la protagonista.

LOS MANDATOS DE ÁLVARO

El siguiente cuadro sintetiza las prescripciones del cónyuge. En la primera columna aparecen agrupadas en varias dimensiones: familiar y conyugal, económica, política y moral. La segunda columna rescata los argumentos por medio de los cuales, él justificó estos mandatos. Al respecto, cabe enfatizar que se trató de inferencias, “deducciones” las denominó Natalia, que ella realizó a partir de las pláticas y expresiones del cónyuge. Con base en las interacciones cotidianas, la protagonista analizó las explicaciones del marido a fin de brindar su propia interpretación, la cual aparece registrada en la tercera columna. En este punto, conviene señalar que ninguna de las razones esgrimidas por Álvaro coincidió con la perspectiva de la protagonista. El resultado de esta discordancia, vista desde los ojos de Natalia, arrojó consecuencias sobre la vida cotidiana que aparecen reseñadas en la última columna de la derecha

Los mandatos de Álvaro

Dimensiones	Mandato	Justificación del cónyuge	Interpretación de Natalia	Concreción en la cotidianidad
Familiar y conyugal	No a las familias numerosas	Temor por la salud y la seguridad de la esposa y la familia	Deseo del cónyuge por liberarse de responsabilidades Rechazo de la esposa durante los embarazos por causas que ella atribuyó a traumas de tipo psicológico derivados de la relación entre Álvaro y su madre	Control de la natalidad por medio de método del ritmo Suspensión de embarazos no deseados por el cónyuge a través de abortos Violencia en contra de Natalia durante los embarazos cuando ella no aceptaba la orden de abortar impuesta por Álvaro. Natalia emplea el método anticonceptivo para apropiarse de sus derechos reproductivos y decidir el número de hijos.
Económica	No a la riqueza No a la explotación del hombre por el hombre	Coherencia entre sus ideas políticas y sus prácticas públicas y privadas	Traición a la familia por incumplimiento de su rol de proveedor. Sexismo, por obstaculizar los emprendimientos económicos de Natalia	Restricciones a los proyectos económicos de la protagonista, especialmente, a sus intentos de rentar cuartos en la vivienda familiar Necesidades económicas familiares no satisfechas Incremento del trabajo de la esposa para atender las necesidades económicas de la familia
	Resultados, resultados, resultados		Exigencia de logros económicos, con base en los aportes monetarios del cónyuge	No pedirle nada Experimentar sentimientos de culpa ante un posible derrumbe o hundimiento económico del cónyuge debido a los gastos familiares Percibirse como desorganizada, mala administradora, carente de disciplina
Política	No trascender públicamente Mantenerse en el anonimato, vivir en la clandestinidad	Garantizar la seguridad de todos los miembros de la familia	Traición a la familia porque limitó las posibilidades de reconocimiento y prestigio social de la esposa y los hijos	Distanciamiento con la esposa y los hijos Secretos Desconocimiento de las actividades del cónyuge
	Separar los ámbitos de la militancia política y de la domesticidad	La prioridad de un político es el Partido y la militancia	Relegamiento, exclusión, abandono de la esposa por parte del cónyuge	Incompatibilidad entre los proyectos políticos de Álvaro y los personales y familiares de Natalia
Moral	Darse a respetar, darse su lugar	Prevenir comportamientos que pudieran malinterpretarse	Celos Falta de confianza en Natalia Inseguridad de Álvaro	Episodios de violencia verbal, física y sexual en contra de la esposa

Para ahondar en los significados de estos mandatos conviene detenerse en los desacuerdos, ya señalados, entre los argumentos que justifican las prescripciones del cónyuge y las interpretaciones ofrecidas por Natalia. El abordaje de este punto remite a la confrontación entre las “expectativas típicas” de la protagonista y la definición de la realidad compartida por ambos, mediada por la experiencia biográfica del cónyuge, donde adquiere un papel relevante su formación política. Desde este enfoque, la pareja puede analizarse como un nuevo proceso de socialización que plantea la necesidad de negociar estos significados, de modo continuado y activo, a fin de consolidar una interpretación conjunta que permita hablar en nombre del “nosotros”.

A partir de lo dicho, las contradicciones señalan los nudos problemáticos que obstaculizan o dificultan esta construcción compartida. Entonces, ¿de qué manera y con base en qué argumentos, la protagonista enfrentó estas dificultades?

Para responder a estas interrogantes conviene recuperar el ángulo de mira de dos figuras empleadas por Natalia para nombrarse a sí misma en distintos momentos del relato. Me refiero a “Eva enamorada” y “Yo, Natalia, la mujer”. Un breve rastreo para identificar las apariciones de este personaje bíblico en el relato autobiográfico, revela su predominio durante buena parte de la vida en pareja. Así, la protagonista la invoca a partir del quinto año de matrimonio y su imagen declina en los dos años previos a la venta del restaurante que culmina con el traslado a la colonia La Lucha. De este modo, la presencia de Eva comprende, aproximadamente, 20 años de la vida en pareja⁴⁵. En este punto, me interesa llamar la atención no tanto sobre el nombre utilizado para designar al personaje sino sobre el calificativo que Natalia le aplica: “enamorada”.

Precisamente, un rasgo característico de este estado consiste en la idealización del otro, con base en atributos reales o imaginados. En el caso de Natalia, el enamoramiento la lleva a concebir la militancia del cónyuge en términos heroicos. Así, en varios pasajes del relato, ella observa al marido “como a un ser superior”, un “héroe”, “un príncipe azul”, alguien “muy valiente”.

Sin embargo, después de muchos años de vida en común, cuando Natalia le propone compartir otros espacios más allá de la intimidad conyugal –el trabajo en el restaurante

45 Natalia nació en el año 1935. Contrajo nupcias en 1956, es decir, a los 21 años de edad. La figura de Eva apareció alrededor de 1961, hacia el quinto año de casada, cuando la protagonista contaba con 26 años. A su vez, la venta de la cocina económica y el traslado a La Lucha se produjo cuando ella rondaba los 49 años de edad.

familiar, las reuniones políticas- recibe una negativa. Ella interpreta esta respuesta como un rechazo y una falta de interés en la pareja que les permitiera “tender puentes” hacia una mayor comunicación, especialmente, cuando ambos están a punto de iniciar una nueva etapa en la vida conyugal: la madurez. Ante la actitud del cónyuge, Natalia describe sus emociones en términos de “desilusión”. De este modo, el encantamiento cede paso a la decepción y el personaje de la “Eva enamorada” comienza a desplazarse hacia “Yo, Natalia, la mujer”. Esta última, como agente de un proceso que podría definirse en términos de una demolición de la figura de Álvaro. El apartado siguiente aborda este aspecto.

La caída del héroe. Para entender los alcances de esta tarea, el análisis recupera los distintos ámbitos de actuación del héroe, las expectativas que genera en la Eva enamorada y los obstáculos, derivados de su compromiso militante, para satisfacer las esperanzas de la esposa. Estos tres ejes pueden inferirse a partir de las evocaciones que ofrece la protagonista en los distintos acontecimientos que integran la Historia de Natalia. El siguiente cuadro ofrece los resultados de este rastreo orientado a identificar los procedimientos por medio de los cuales, ella confronta la figura del cónyuge.

Los roles del cónyuge	Las expectativas de Eva	Obstáculos para satisfacer las expectativas
Militante político	<ul style="list-style-type: none"> -Encumbrarse políticamente: ocupar un puesto político relevante -Concretar alguna acción heroica, por ejemplo, el cierre de una fábrica 	<ul style="list-style-type: none"> -Clandestinidad: le impidió dar a conocer su actividad política públicamente -Ortodoxia: le impidió anticiparse a los cambios políticos, cuando el Partido Comunista Mexicano inició la fusión con otras corrientes de izquierda. De este modo, los “viejos comunistas”, entre ellos Álvaro, fueron desplazados por una nueva generación de políticos
Esposo	<ul style="list-style-type: none"> - Ser reconocida como la compañera del hombre prestigioso 	<ul style="list-style-type: none"> - Clandestinidad - Sexismo. Le impidió delegar el mando y la organización y administración de la economía doméstica en Natalia
Padre	<ul style="list-style-type: none"> - Seguridad económica -Mejoramiento de la familia 	<ul style="list-style-type: none"> - Ortodoxia: el rechazo a la riqueza, a la explotación del hombre por el hombre y a los lujos, limitó las posibilidades de movilidad ascendente de la familia

	<ul style="list-style-type: none"> - Dejar un legado para los sucesores que le valiera el reconocimiento público - Aprovechar sus logros en el ámbito político para ofrecerles mejores oportunidades de estudio y trabajo a sus hijos 	<ul style="list-style-type: none"> - Clandestinidad - Coherencia, congruencia entre sus ideas y su práctica política que le impidieron aprovecharse de las redes partidarias para obtener beneficios personales
--	---	---

El cuadro muestra los obstáculos para satisfacer las esperanzas de la esposa en los siguientes términos: ortodoxia, clandestinidad, coherencia o consistencia entre sus ideales y su práctica política, y sexismo. Resulta paradójico que, excepto el último, los demás aspectos que ella califica como impedimentos, se corresponden con exigencias de la militancia política –compromiso y práctica por la cual Natalia valora al marido en términos de heroicidad. Sin embargo, el cumplimiento de estas demandas propias de la participación en el Partido, son las que, a fin de cuentas, lo derrumban del pedestal que erige la narradora. Por el momento queda planteada esta cuestión sobre la que regresaré más adelante.

Ahora, recupero las diferencias que establece Natalia con respecto a los “viejos” y a los “nuevos” comunistas dado que aportan a la comprensión de las expectativas que ella deposita sobre la figura del héroe. Aunque la protagonista reivindica la coherencia de los primeros, el cuestionamiento surge cuando el Partido Comunista Mexicano comienza a fusionarse con otras corrientes políticas de izquierda, decisión que da origen al Partido Socialista Unificado de México (PSUM). Entonces, para Natalia, “empieza a haber una mezcla de muchas cosas y empieza a haber ahí lo clásico, ¿no?, a río revuelto ganancia de pescadores. Los viejos comunistas al recuerdo”. La diferencia entre ambos tipos de militantes puede sintetizarse como sigue:

Los viejos comunistas	Los nuevos comunistas
Respondían a una sola orientación: la del Partido Comunista Internacional	Eran una mezcla. Provenían de distintos sectores. No necesariamente adhirieron a los lineamientos del P.C.
Resultaba impensable la posibilidad de beneficiarse de la militancia a título personal. El beneficio personal, económico, era inadmisibles como motor de las acciones	Mejoraron su situación económica. Éste fue el resultado, el provecho que obtuvieron de su participación política. Entre ellos, había oportunistas que aprovecharon la política para obtener beneficios personales
El Partido estaba por encima de cualquier circunstancia personal y familiar	Participar políticamente no significaba necesariamente militar, es decir, anteponer la causa

	a sus prioridades personales y/o familiares
La realidad sólo admitía una lectura política	La realidad podía admitir más de una lectura
No negociaban, eran ortodoxos	Negociaban, eran heterodoxos

En atención al pasado compartido con el cónyuge, tal vez no el de los militantes pero sí el “nosotros”, la familia de Álvaro el político, ella manifiesta desprecio por estos “nuevos” comunistas. En cambio, argumenta que la única razón por la cual acepta la presencia del marido en el domicilio, después de la ruptura, es por la coherencia y consistencia de Álvaro entre sus ideas y sus prácticas.

Sin embargo, en relación con el proyecto vida de Natalia, los valores y decisiones del cónyuge representaron una fuente de ambigüedades porque, en aras de la congruencia, él renunció a las oportunidades que podía brindarle a la familia, tal como hicieron los “nuevos” militantes gracias a las redes construidas desde su posición política. Al respecto, Natalia concluyó:

Lo único que le reconozco, bueno, ahora, viene también otra cosa también importante, que yo he reconocido y se los he dicho a mis hijos, lo único, lo único que yo le reconozco a tu papá, al papá de ustedes, a Álvaro Fuentes Espinosa, es no haber roto su, eh... ¿cómo se dice?, -ideal no le podría yo decir su postura, vamos a decir, no la ha traicionado, mhm. Él sigue siendo incorruptible, mhm, eh... sigue siendo impositivo y, y, y porque dice, mi palabra es... es la ley, lo han hecho a un lado, sí. Porque ahora se trata de negociar, el ahí te va y ahí te viene, mhm. Pero él no, él quiere a fuerza el molde, el molde, ¿no?, mhm, ¿ves? Entonces, le digo: “Lo único que le reconozco a tu papá, mhm, le digo y, y por eso está aquí... luego, por eso vive aquí, mhm, dije, es que no ha traicionado su ideología. ¿Que nos llevó entre las patas? Es inevitable, es indiscutible, ya lo dijo Plutarco claramente, nos hipotecó a nosotros. Y sí, ya entendí, mhm, le digo, pero de lo demás... para mí no tiene ningún valor, mhm, le digo y, y conste en lo que yo me puedo nombrar, la primera o la última de las afectadas, mhm. Dije, pero como ya no estoy en condiciones de sentirme afectada o de ser afectada, por esto, por eso ahora, este... reconozco esto, ¿no? Y así se va a morir tu papá, mhm, así se va a morir, mhm. Desgraciadamente, en un molde que no lo dejó moverse para un lado y para otro ni para lo bueno ni para lo malo, mhm. Digo, pero sí para lo, para lo estático. Digo, yo a veces siento a tu papá en lo estático.

El pasaje marcó la contradicción entre la actuación pública del hombre político y su desempeño en la cotidianidad que, desde el punto de vista de Natalia, podría interpretarse como una traición a la familia ante la incapacidad para cumplir cabalmente con el rol de

proveedor, no sólo económico sino de prestigio y reconocimiento social para sus descendientes. Además, en otros momentos, la protagonista planteó que esta incompatibilidad podría haberse zanjado con una adecuada división de tareas donde ella asumiera sobre sus espaldas no sólo el peso de la reproducción doméstica sino la generación de recursos y la administración de la economía familiar.

Para concretarlo, contaba con el ejemplo de Ramona quien siempre “buscó el dinero sin salirse de su casa”. Pero ahí intervino el sexismo de Álvaro para evitar que delegara el mando en Natalia y para mantenerla bajo control mediante la representación de la esposa, ante sí misma y ante los descendientes, con expresiones tales como “mano rota”, “indisciplinada”, “desorganizada” y “desordenada”. En su defensa, ella argumentó:

Entonces, digo, si me hubiera dejado él, como le he dicho muchas veces, vía libre... que no se hubiera impuesto el macho... que lleva tan bien guardado, mhm, hubiéramos avanzado y no hubiera esos rencores. Pero no. Muy comunista pero muy macho.

Una vez identificadas las expectativas de rol y los obstáculos que descubrió Natalia para su concreción, resulta oportuno indagar en torno de los mecanismos empleados por la protagonista para demoler la figura del cónyuge. Ella abordó esta tarea a través de un procedimiento de confrontación entre los mandatos de Álvaro y los resultados que él obtuvo. Para concretar esta tarea, se apoyó en el ejemplo de Ramona, así como en otras figuras femeninas fuertes del relato. De esta manera, comenzó a descubrir contradicciones entre los dichos y los hechos que, desde su punto de vista, mostraron la inoperancia de las prescripciones del marido no sólo en relación con la familia sino con respecto a su militancia política.

La crítica a los mandatos del héroe. Este apartado recupera los distintos mandatos de Álvaro y presenta las argumentaciones de Natalia, por medio de las cuales, ella concreta dos operaciones: pone de relieve las discrepancias con el cónyuge e inicia un proceso de afirmación de sí misma a través de la crítica a las prescripciones del marido. Antes de proceder al análisis de estas normas conviene señalar que, en el relato, pautan la vida cotidiana familiar, por lo tanto, en esta presentación serán retomadas como expresiones del

contrato conyugal. Cabe agregar que estas máximas fueron incluidas en un cuadro anterior⁴⁶ y agrupadas bajo las siguientes dimensiones: a) familiar y conyugal; b) económica; c) política; d) moral. Las secciones siguientes reiteran esta misma clasificación.

a) Dimensión familiar y conyugal.

No a las familias numerosas

La protagonista refuta esta prescripción con dos argumentos. El primero de ellos consistió en señalar una diferencia entre los militantes a partir de la interpretación que ellos brindaban a este mandato. Al respecto, Natalia señaló:

Según sé que los comunistas no querían hijos porque no querían responsabilidades. Pero supe de otros, gente económicamente hablando, de dinero, comunistas, porque llegué a conocer, tienen sus hijos. Pero éste era el factor, imagino que sea el factor, ¿ves? Y gente acá, de los verdaderamente proletarios, de los que viven bajo un sueldo, este... pues no, se les creaba la conciencia, o no sé qué, de no tener hijos. Pero fíjate que tampoco tenían la versatilidad para decirlo, ¿no?, la honradez de decirlo, más bien, ¿no?, ¿ves?, sino que te imponían algo.

Estas reflexiones pusieron en evidencia dos cuestionamientos:

- 1) No todos los militantes interpretaron este mandato de la misma forma. Las variaciones de significado dependieron del “factor económico”, el cual marcaba una distinción que incidió en las prácticas reproductivas. Pero, la ortodoxia del cónyuge, “lo estático”, le impidió percibir estas diferencias que no sólo acarrearón consecuencias negativas en el ámbito político. También, impactaron en la intimidad con imposiciones dolorosas, tales como la exigencia de abortar planteada a la protagonista en cada uno de los embarazos quien, al no obedecerla, debió afrontar episodios de violencia.
- 2) Ausencia de comunicación para compartir con la esposa el sentido de este mandato. Al respecto, Natalia sostuvo que, en virtud del enamoramiento, habría estado en la mejor

⁴⁶ El cuadro lleva por título “Los mandatos de Álvaro” y puede consultarse en la página 194 del presente Capítulo.

disposición para entender los argumentos del cónyuge. Pero este diálogo implicaba un reconocimiento de la interlocutora que, al menos en este terreno, no se concretó.

El segundo argumento por medio del cual la protagonista cuestionó la prescripción Álvaro, apuntó a la incongruencia entre la militancia política, reconocida como prioritaria por el cónyuge, y su incapacidad para renunciar a otras realizaciones de tipo personal, por ejemplo, fundar una familia. En este sentido, Natalia reflexionó:

También, es una gran pregunta la que yo me hago, ¿por qué él no fue capaz de no tener una familia?, ¿qué buscaba?, ¿tener una familia que realmente no la tuvo en su casa tampoco, mhm, o... o, este... o realmente dedicarse al Partido?, ¿ves? También, si hay ambigüedad en mí, a veces yo veo doble su ambigüedad en él, mhm. ¿Qué, qué buscaba?, ¿por qué no se dedicó precisamente a una cosa? Fíjate, en otro terreno, cuando yo digo que es un conchudo de marca, si dijo, como militante: “Si ésta nomás está buena para estar pariendo hijos, rompe con mi esquema. Yo la dejo” ¿Por qué no la dejó?, mhm, como supe de otras, mhm, que tardaban 2 años, 1 año, 3 máximo y las botaban porque ellos seguían en, en, en la cosa de su Partido. Entonces, este hombre, ¿por qué no?, mhm.

Nuevamente surgió la ambigüedad de la protagonista entre el reconocimiento al cónyuge en virtud de su coherencia, por un lado, y la confrontación con los resultados de esa misma actitud al trasladarse al ámbito de la cotidianidad bajo la forma de mandatos, por el otro.

b) Dimensión económica.

No a la riqueza

Para cuestionar este mandato la protagonista confrontó las prescripciones que regían en el ámbito doméstico con las que Álvaro aplicaba en sus relaciones fuera del hogar. Así, cuando el cónyuge le cuestionó el empleo de una tarjeta de crédito para adquirir ropa de luto después del fallecimiento de Ramona, ella pensó: “Si él desechaba la palabra riqueza, la palabra dinero, ¿por qué se alarmaba de que yo lo hundiera económicamente?”

Pero, más adelante, cuando él propuso solventar económicamente un negocio con los familiares, Natalia reflexionó:

Mi marido dio los enganches para los primeros bochos amarillos taxistas [...] Álvaro dijo: “Diariamente se tiene que recaudar una cantidad para que a la vuelta de un tiempo, fíjate nada más, ¿eh?, para que a la vuelta de un tiempo, no sea un carro para cada uno sino sea una flotilla entre todos”. El choque era de que si él decía no a la riqueza, ¿por qué planteaba eso con... con sus parientes?

En esta crítica intervinieron dos aspectos. Uno de ellos referido a la administración del dinero y a la distribución del gasto. En este sentido, Natalia siempre resintió la imposibilidad de ejercer el control de la economía doméstica dado que el cónyuge nunca le cedió esta prerrogativa. Este comportamiento contrariaba las experiencias previas de la protagonista, los significados de “llevar las riendas de la casa” que ella incorporó con base en los ejemplos de Ramona y la tía Soledad. El segundo aspecto de este cuestionamiento puso de manifiesto uno de los cargos que ella le imputaba: deslealtad para con la familia por el incumplimiento del rol de proveedor. Precisamente, la pregunta con que cerró este pasaje evidenciaba otro ángulo de esta especie de “traición” implicada en el deber de repartir los ingresos de Álvaro entre la familia de origen, la propia y las aportaciones al Partido.

En este sentido, más allá del monto económico asignado para los gastos, que al decir de la esposa siempre resultó insuficiente, lo que Natalia cuestionaba era la ubicación de ella y de los hijos en un mismo plano con los demás receptores, en lugar de reconocerlos en una posición prioritaria.

No a la explotación del
hombre por el hombre

Para refutar este mandato, la protagonista señaló la incongruencia de la lucha política del cónyuge al no cuestionar la división sexual del trabajo como una forma de explotación de los varones hacia las mujeres. Esta separación, derivada de la división social del trabajo, ocurrida en Europa durante la época Moderna, a consecuencia de los cambios en las relaciones de producción económica, determinó la distinción entre los espacios público y privado, con la consiguiente asignación de posiciones fijas para ambos sexos, dentro y fuera del hogar. Esta escisión reforzó la subordinación de las mujeres, en tanto

reproductoras de la especie humana y de las fuerzas productivas. Sin embargo, la lucha de Álvaro por transformar la realidad no contemplaba el cambio en el ámbito de las relaciones domésticas. Al respecto, ella señaló:

Cuando tú ves que están hablando por una humanidad, pero volteas a la casa y ves, los ojos, y ves en tu casa que está pasando exactamente lo contrario de afuera. ¿Qué la división del trabajo? Yo era la única que me llevaba friegas. ¿Qué no a la explotación del hombre por el hombre? Yo fui la subordinada de él, puesto que si yo cosía, buscaba la lana, él era el patrón. ¿Qué no a la riqueza? Poco más y nos apendejamos y terminamos en paños. ¿Qué la intelectualidad, que la inteligencia? Eso se tenía que alimentar, ¿con qué?, con comida. Él decía, las primeras satisfacciones del human... del hombre es tener qué comer, tener dónde vivir y tener... y después dedicarse al arte. Fíjate. Bueno, ¿tener qué comer? Con lo de él no alcanzaba, ¿dónde vivir? Nunca dio dinero él para las escrituras⁴⁷, ¿y dedicarse al arte? Bueno, mis hijos no iban a dedicarse al arte pero estaban en la universidad.

De este modo, ella cuestionaba: la división social del trabajo no reparaba en la división sexual del mismo; el rechazo a la explotación del hombre por el hombre omitía señalar la que padecían las mujeres; el cuestionamiento a la riqueza puso a la familia en los límites de la subsistencia y “las primeras satisfacciones” no alcanzaban a la humanidad toda, como indicó el titubeo de la protagonista en el pasaje transcrito; en cambio, beneficiaban fundamentalmente a los varones.

Resultados, resultados, resultados

El cónyuge emitía esta expresión mientras chasqueaba los dedos. En el relato, este gesto apareció asociado con la entrega de dinero a la esposa. Ella no lograba comprender los alcances de esta exigencia. Entonces, se preguntaba:

N: Oye, ¿cómo iba a poder dar resultados si andaba yo todos los días con la lengua afuera para aumentar mi presupuesto económico para la comida. ¿Cuáles

47 La protagonista se refiere a la escritura de la casa ubicada en la Colonia El Provenir que recibió en herencia luego de la muerte de Ramona. Como la vivienda quedó intestada, Natalia debió realizar varios trámites y afrontar los gastos para regularizar la propiedad.

eran los resultados? Se comía todo y tú sabes muy bien, se iba por el caño, ése era el resultado diario.

A: ¿Y qué tipo de resultados esperaba él?

N: Pues yo creo que una mejora en la casa, una cuenta en el banco, no sé.

Posteriormente, Natalia confrontó este mandato con los resultados que ella misma esperaba a partir del trabajo político del cónyuge. Los definió con la expresión “encumbrarse”, por medio de la cual aludía al logro de una posición de prestigio basada en el liderazgo. Así, este cuestionamiento señaló una nueva incongruencia. Álvaro exigía resultados a la esposa en el ámbito doméstico, pero él fue incapaz de alcanzarlos en su actividad política. Para agravar la situación, el marido obstaculizaba los emprendimientos económicos de Natalia cuando, desde el punto de vista de Álvaro, podían interpretarse como asociados con la búsqueda de riqueza y la explotación de los otros, tal el caso de la renta de habitaciones en la vivienda familiar.

c) Dimensión política.

La clandestinidad

Este mandato recibió un doble cuestionamiento. Por un lado, Natalia lo interpretó como una excusa del cónyuge para no esforzarse a fin de alcanzar una posición prestigiosa en el terreno político. Lo refutó por medio de una analogía: “cuando a los hijos se les proporciona todo servido se vuelven unos mediocres, siempre están a la mitad de todo”. De la misma manera, la protagonista consideró que al apoyar al cónyuge, ella satisfizo las necesidades familiares básicas, así como “una casa segura” y, en consecuencia, Álvaro nunca se entregó por completo a la militancia. Desde la perspectiva de Natalia, un compromiso de tal magnitud habría exigido sacrificios tales como, por ejemplo, ausentarse del domicilio conyugal durante el horario nocturno. Pero él, “nunca faltó en la noche”. Sin embargo, la protagonista “sabía de otras personas que andaban a salto de mata” para preservar la integridad física y la seguridad de la familia. De este modo, surgió una paradoja: el héroe nunca actuó como tal, en cambio, se respaldó en Natalia pese a las

expresiones de autosuficiencia que externaba en presencia de la esposa. Al respecto, ella comentó:

Yo sí se lo he demostrado, en, en... en posición estúpida si tú quieres... o errada... se lo he demostrado, que yo sí no he necesitado de nada, ¿no? Y él, cuando hablaba de esas cosas decía que no necesitaba nada. Pues sí, ¿cómo?, si lo tenía todo, ¿ves?

El segundo cuestionamiento mostró una de las consecuencias derivadas de la clandestinidad: la ausencia de documentos que certificaran la actividad política del cónyuge. Por eso, ella no disponía de “pruebas” para difundir, a través de la escritura, la labor de Álvaro. Esta inquietud surgió en años recientes cuando la protagonista comenzó a participar en un taller de creación literaria y descubrió que, a través de esta tarea, hubiera resarcido a los descendientes, y probablemente a ella misma, al reconstruir la figura del padre y del esposo en la posición de un héroe. Natalia dijo:

Yo quisiera ver que sintieran ellos a ese papá que se encumbró. Porque un día te lo decía. Si Álvaro hubiera logrado cerrar una empresa, fijate que entonces yo les estaría contando a mis hijos. Y en el momento de estarles contando a ellos, pues, también estaría reconociendo algo, ¿no? ¿Qué él hizo una labor política por abajo? Sí, puede ser, ¿no? Puede ser. Pero dentro de lo que es la historia – digo, aquí otra azotada mía- dentro de lo que es la historia del país, en esos aspectos, en esos sentidos, ya los últimos años del Partido Comunista Mexicano, ¿qué se puede decir de los militantes? Solamente de los que se encumbraron, en el buen sentido de la palabra.

Y, en otro pasaje, agregó:

Entonces, digo, son cosas muy absurdas, son cosas muy fuertes para mí, ¿ves?, que ¿cómo a esas alturas, cómo puedo hablar en nombre de él? ¿Que no lo necesita? ¡Ah!, porque es un hombre que nunca necesita nada, ¿eh?, mhm. ¿Que no lo necesita? Pues sí, vamos a decir que no lo necesite, ¿no? Pero, que... otra vez, que en bien de la familia, en bien de los nietos y todo eso, pudiera yo hablarles de... de... de su abuelo, mhm, ¿ves? Pero, ¿qué les puedo decir si bien, a ciencia cierta, yo no supe nunca, nunca, qué fue de él en todas esas horas que no estaba en la casa? Sábados, domingos, en las tardes, eh... si trabajaba en la tarde no estaba en la mañana, si trabaja en la noche no estaba en la tarde, eh... todo eso, ¿no?, únicamente lo que yo alcanzaba a oír cuando llegaban este... las, las reuniones a la casa, ¿no?, mhm.

Amén de reiterar una de las consecuencias de la clandestinidad, bajo la forma de un obstáculo insalvable para mostrar los resultados de la militancia política del cónyuge, el pasaje también reveló, de manera explícita, quiénes eran los destinatarios de este “relato balance” expresión que, como señalé anteriormente, fue acuñada por Maurizio Catani (1993) para distinguir una de las modalidades de las narraciones autobiográficas. En este punto, conviene profundizar en la propuesta del autor dado que aporta a la comprensión del cuestionamiento que Natalia planteó a este mandato y, por extensión, a la figura del héroe.

La clandestinidad, el héroe y la posteridad. Al referirse a los relatos autobiográficos que adoptan la modalidad de un balance, Catani señala que la edad de los enunciatarios incide sobre los propósitos y la modalidad que adoptan al ofrecer una versión de la propia vida. De ahí que al comparar las narraciones de las personas adultas o ancianas, con las producciones de los adolescentes y jóvenes, estas últimas aparecen bajo la forma de un “relato proyecto”, que se caracteriza porque el o la joven narradora expresa, bajo diversas formas, sus aspiraciones (Catani, 1993: 162). De este modo, surge un rasgo característico de este tipo de testimonios: su virtualidad.

Por el contrario, en la adultez, la organización del relato se concreta con base en el cumplimiento de proyectos individuales; así, surge el “relato inventario” que compromete al receptor-investigador como testigo de un esfuerzo prolongado por alcanzar logros y superar fracasos. Sin embargo, desde la posición del narrador, el destinatario puede transformarse en un rival o testigo de cargo. A esta razón atribuye Catani una dificultad frecuente de este tipo de intercambio: la interrupción brusca del relato cuando el protagonista descubre, durante el transcurso del mismo, sus propias contradicciones que lo tornan vulnerable frente al interlocutor (Catani, 1993: 162).

Por último, para el autor, el “relato balance”, posee una forma típica: la interacción entre un adulto mayor y una persona más joven. Asimismo, “se caracteriza por la voluntad de transmitir una experiencia y un juicio largamente madurados: se trata de una palabra aleccionadora que determina las modalidades de la entrevista” (Catani, 1993: 162). De acuerdo con Catani, éstas pueden sintetizarse bajo los siguientes aspectos:

Aceptación de un número indefinido de entrevistas en el curso de las cuales el narrador, que se asume como tal, compara y valora los acontecimientos que

relatará en el orden decidido por él o ella, como también será quien ponga el punto final al relato (Catani, 1993: 162).

A partir de lo expuesto, el segundo fragmento de la entrevista, transcrito en la página anterior, cobra nueva relevancia para identificar el tipo de relato construido en la interacción con Natalia. Pero, ¿qué aporta la clasificación de Catani para el análisis del vínculo entre el héroe que optó por una práctica política clandestina, y la posteridad?

Al considerar que el “relato balance” posee como finalidad la transmisión de una experiencia aleccionadora, la propuesta del autor invita a centrar la mirada en los destinatarios quienes, de simples receptores potenciales, cambian a la posición de un auditorio expresamente escogido. Entonces, la anticipación de la escucha no sólo incide sobre los contenidos de la experiencia que se transforma en legado para la posteridad; también supone un cambio de posición de la protagonista del relato.

De regreso a la historia de Natalia, estas consideraciones permiten ubicar a los descendientes como el “lector implícito”, depositario de un legado cuya entrega demanda el examen de la propia vida por parte de la protagonista. Para entender el significado que cobra la presencia de los sucesores, cabe señalar que después del rompimiento con el cónyuge, ella enfrentó críticas severas y padeció los costos de establecer límites a la autoridad del marido. Al respecto, Natalia recordó:

Vino después una batalla terrible, mhm, terrible. Yo no sabía con mis hijos qué hacer eh... me empezaron a ver mal... mi cuñada llegó el momento que me dijo: “No, si ya no vamos a tu casa es porque no nos gusta como tratas a Álvaro”. ¡Ah, ahora hasta eso! Si tú lo conoces sin estos antecedentes, dices: “Qué agradable persona, es todo un caballero, exceso de atención”. Pero yo, ¿qué?, mhm, ¿ves?

También recibió el calificativo de “histérica” por parte del yerno, una acusación de “cabrona” proveniente de la cuñada, los hijos le manifestaron su disconformidad con la decisión de expulsar al cónyuge de su dormitorio y recrudecieron las agresiones por parte de los hijos varones, situados en una posición que les impedía comprender el comportamiento de la madre.

Sin embargo, de entre todas las batallas, tal vez la más dramática fue la que libró consigo misma. No sólo en el plano de la sexualidad, decisión que, en el relato, la llevó a

preguntarse: “¿Cómo matar ese deseo de la noche a la mañana?”, para concluir, un poco más adelante: “Me había masacrado yo también”. En paralelo con la renuncia a la sexualidad compartida con el cónyuge, la desconstrucción de Álvaro significó el cuestionamiento de ella misma, la pérdida de las certezas que sostenían las tipificaciones y recetas sobre las cuales sustentó su matrimonio y, por extensión, su propia vida.

De acuerdo con la protagonista, la única persona que adoptó una actitud neutral fue Claudia, la hija mayor. Pero, en definitiva, los demás familiares se tornaron en su contra, sumándose al coro del “otro generalizado” que censuraba la trasgresión de las “expectativas típicas” depositadas sobre la figura femenina en tanto madre y esposa.

Probablemente, también Natalia experimentó dificultades para comprender sus propias reacciones, las cuales no encajaban en el horizonte de sentido que sustentó el contrato conyugal. En cierta forma, las dolencias físicas, tales como la dermatitis nerviosa que padeció durante la crisis matrimonial, así como la depresión y los ataques de pánico en años recientes, podrían interpretarse como expresiones de la incertidumbre que acompañaba el cuestionamiento de su vida conyugal y, por ende, la construcción de sí misma y del marido.

A partir de las consecuencias derivadas de sus decisiones, Natalia lamentó la inadecuación del método empleado para modificar su lugar en la relación conyugal; también, los fundamentos iniciales del cambio, evaluados como una respuesta surgida del enojo y el deseo de venganza. Al respecto señaló:

Me pesa que haya sido, en un principio, como un factor de venganza. Me pesa. Ahí es donde te digo que no supe el cómo haberlo ido ubicando a él paulatinamente, ¿ves?, sin que se hubiera deteriorado la relación tan drásticamente como se deterioró.

Y, en otro pasaje, reiteró el mismo punto:

Yo considero que logré hacer un cambio, muy brusco, porque no aprendí o no me enseñaron el cómo ir cambiando sin que se rompiera totalmente la relación.

En definitiva, las consecuencias confirmaron las predicciones de la amiga Benita⁴⁸. Pero, como señaló la entrevistada, a esas alturas “ya no podía dar marcha atrás”.

A partir de lo expuesto, la desconstrucción de Álvaro apareció descrita como un “ajuste de cuentas”; pero, también podría interpretarse como un intento por difundir el punto de vista de Natalia frente a la figura del cónyuge quien, en ejercicio de su autoridad legítima, no necesitaba apelar a decisiones drásticas, como las tomadas por la protagonista, para afirmar un espacio propio. De esta forma, él logró aliados entre los miembros de la familia que, de alguna manera, le permitían contrarrestar los efectos del cuestionamiento a su autoridad, cuyos resultados tangibles se evidenciaron con la expulsión del dormitorio conyugal y a través de los comportamientos agresivos de Natalia y los comentarios devaluatorios hacia la figura del cónyuge.

La estimación de su propio comportamiento como el resultado de una venganza se conectó con una de las mayores críticas que la protagonista volvió contra sí misma: el modo adoptado para distanciarse del cónyuge ofreció un flanco débil para que los demás integrantes de la familia cuestionaran sus actuaciones. Así, ellos emplearon las agresiones en contra de Álvaro como un argumento para descalificar las acciones de Natalia, destinadas a establecer límites a la autoridad del marido. En definitiva, frente a estos comportamientos aparentemente “irracionales”, la “caballerosidad” y las “atenciones” del cónyuge le ganaron aliados hacia su posición. Inclusive, en uno de los fragmentos transcritos, ella anticipó mi posible adhesión a la “causa” del marido, de no mediar mi conocimiento sobre las razones que explican sus actos.

En refuerzo de sus dichos, ella evocó un episodio de violencia ocurrido poco tiempo antes de iniciar las sesiones de entrevista, cuando él cuestionó la presencia de un albañil en el domicilio con la consabida expresión: “¿Qué hace ese estúpido aquí?” A modo de respuesta, Natalia sintió deseos de arrojarle un frasco de vidrio a la cabeza. Aunque reprimió ese impulso, subió a los dormitorios y, desde allí, comenzó a arrojar las camisas del marido y la plancha hacia el patio de la vivienda. La nuera, testigo del episodio, telefoneó a Claudia a fin de informarla sobre los hechos presenciados. Interrogada por su hija, la protagonista debió explicar su proceder y concluyó el relato de esta anécdota con la siguiente reflexión: “Debo estar alerta para evitar que me la regresen”. Es decir, librarse de

48 Capítulo II, “Análisis Estructural del Relato”, p. 125.

sus comportamientos agresivos para que sus esfuerzos, sus argumentos y sus “batallas” no permanezcan incomprendidos o puedan ser descalificados y reprimidos por medios violentos.

Al poner en relación el mandato referido al mantenimiento de la clandestinidad con los interlocutores reales y potenciales, es decir, con los hijos y nietos de Natalia pero, también, con la entrevistadora, surge un cambio de posición en la construcción del sí mismo. Por intermedio de estas reflexiones sobre su vida, la protagonista también se da a conocer, abandona el silencio, el anonimato y, en cierta forma, aclara para sí y sus descendientes los nudos conflictivos de la relación conyugal. De este modo, plantea una nueva confrontación de cara a este precepto: Natalia abandona la clandestinidad.

Separar los ámbitos de la militancia política
y de la domesticidad

Este mandato, nunca expresado de manera explícita, puede inferirse como resultado de varios descubrimientos que realiza la protagonista a partir de diversos episodios de la vida conyugal. Todos reiteran la posición subordinada de Natalia pero, de entre ellos, cabe distinguir distintos ámbitos donde opera la separación entre los sexos. Así, el primer episodio refiere las asimetrías de género en el terreno del conocimiento; los restantes, muestran distintos aspectos de la desigualdad, con base en la construcción social de las identidades de género. La presentación que sigue da cuenta del modo en que estos mandatos operan en la vida cotidiana de Natalia.

El predominio masculino en el ámbito del conocimiento. Ella alcanzó esta certeza cuando interrogaba al cónyuge para profundizar la comprensión de los textos, los documentos y los acontecimientos de la realidad social vinculados con la actividad política de Álvaro. Entonces, él la agredía calificándola de “estúpida” porque deseaba “todo digerido”.

El argumento adoptó la modalidad de un círculo vicioso. Así, la ausencia de formación política de la esposa la mantenía en la ignorancia; a su vez, esta condición justificaba la negativa del marido para dialogar con ella. Sin embargo, este intercambio requería, como condición de posibilidad, el reconocimiento de la protagonista en calidad de semejante, es

decir, como “tú”, requisito para alternar las posiciones discursivas con Álvaro a fin de entablar una relación “nosotros”. Pero, el cónyuge se negaba a reconocerla como interlocutora. De este modo, ella persistía en la ignorancia que reiniciaba el círculo.

A pesar de la potencia de este procedimiento que la ofendía, desde el presente del relato Natalia invirtió la objetivación de su persona por medio de una táctica: la ironía. Así, ella concluyó el recuerdo de estos episodios con la siguiente interrogación: “Pero, hazme favor, ¿quién era más estúpido?”

Con base en las reflexiones de Josefina Ludmer (1984) la ironía puede interpretarse como una “treta del débil”, es decir, como el procedimiento empleado por una voz que se enuncia desde una posición subordinada y marginal, la cual, “como toda táctica de resistencia, combina la sumisión y aceptación del lugar asignado por el otro, con antagonismo y enfrentamiento, retiro de colaboración” (Ludmer, 1984: 51).

En el relato de Natalia, este doble posicionamiento aparece en la aceptación del lugar subalterno a partir del reconocimiento del cónyuge como portador de un saber, de una palabra autorizada, para interpretar lo que sucede en un ámbito vedado a las mujeres: el espacio de la política. En este “despojarse de la palabra pública”, como lo denomina Ludmer, Natalia le confiere una potestad que, a la postre, se torna en su contra y fundamenta el retiro de la confianza bajo la forma de una pérdida de credibilidad en sus mandatos. Así, la protagonista, desde su no saber, desde su posición restringida a “servir el café, recibir a los invitados y escuchar desde la cocina” cuando los militantes realizan reuniones en el domicilio conyugal, anticipa las consecuencias de los cambios que, finalmente, excluyen a estos “viejos militantes” frente a una nueva generación de políticos con una perspectiva distinta, menos “ortodoxa”.

De este modo, Natalia evidencia la contradicción entre el saber del cónyuge, y sus consecuencias prácticas. La ironía implica una inversión del lugar que le asigna al marido en tanto portador de una palabra autorizada. Desde la domesticidad, también ella analiza el espacio vedado por la negativa del otro, extrae sus propias conclusiones, y las devuelve para cuestionar al cónyuge. En el proceso desdibuja las líneas fronterizas entre lo público y lo privado e instaura un nuevo territorio al evidenciar la ficción de un discurso que distingue la racionalidad propia de los ámbitos ocupados por los varones, de aquélla que

rige el mundo de los afectos, de la reproducción doméstica y de la intimidad, adscrita a las mujeres.

En este punto, conviene señalar que la ironía también expresa otra modalidad del discurso femenino. De acuerdo con Rosario Ferré, este recurso “consiste en el arte de disimular la ira para lograr un discurso más efectivo por medio del desdoblamiento en un yo empírico e histórico, y en un yo lingüístico” (Ferré, 1986: 192). Para la autora, esta escisión conlleva un distanciamiento que transforma al “yo” de la escritura en materia de la historia que está narrando (Ferré, 1986: 192). Al analizar el peso de la ira en su propia experiencia literaria, Ferré reconoce un primer momento donde “arremete contra la mudez impuesta en nuestra sociedad sobre ciertos temas y tabúes” pero, al mismo tiempo, la ira aparece como un medio “para vencer mi propia inclinación a censurar lo que necesitaba desesperadamente decir” (Ferré, 1986: 194).

En este sentido, también Natalia experimenta ira. Y ubica en esta emoción el impulso que la lleva a cuestionar su posición subordinada. Pero, al mismo tiempo, su relato autobiográfico revela que, en tanto procedimiento para poner al “yo” en trama, ella debe enfrentarse no sólo con el canon literario sino con las prescripciones derivadas de su situación como mujer. A través del humor y la ironía, Natalia encuentra las fórmulas para enunciar un “yo”, sexuado y genérico, que no se limita a señalar las consecuencias de la exclusión; en cambio, evidencia los alcances de su propia práctica: la construcción de un territorio por medio de tácticas a través de las cuales extrae fuerzas de su propia debilidad.

Frente al descubrimiento que consagra el predominio masculino en el ámbito intelectual, con base en la distinción entre los ámbitos público y privado, el análisis pone de relieve un procedimiento discursivo que cuestiona ese mandato. Sin embargo, en la narración surgen otros episodios enfocados sobre la condición de las identidades de género que consagra las asimetrías de poder entre varones y mujeres. Los puntos siguientes abordan este aspecto.

La condición (constitución) de las identidades de género. Marcela Lagarde (1992) define el concepto “identidad de género”, en los siguientes términos:

Conjunto de características de vida asignadas a los cuerpos sexuados que organizan y estructuran a las personas más allá de su voluntad y su conciencia (Lagarde, 1992: 7).

Al profundizar esta definición, la autora señala que, para el caso de la identidad femenina, esta asignación se estructura en torno de la sexualidad, lo que supone una especialización de las mujeres para la maternidad, por un lado, y para la satisfacción de las necesidades eróticas de los demás, por el otro. En este sentido y, a través de distintos procedimientos pedagógicos, “aprendemos a ser especialistas sociales y culturales en construir a otros” (Lagarde, 1992: 8). Sin embargo, la separación de ambas funciones prescribe la imposibilidad de confundirlas en una sola y determina, para las mujeres, una sexualidad fuertemente escindida donde “la aprehensión erótica está subordinada al ejercicio de la maternidad” (Lagarde, 1992: 7). Por otra parte, esta especialización sexual define el modo de vida y las actividades centrales de las mujeres “ligadas a la reproducción y a las relaciones sociales establecidas a través de la mediación de los cuerpos” (Lagarde, 1992: 8). Al mismo tiempo, indica la posición de las mujeres en relación con los saberes, con los valores y con el ejercicio de poder.

En consecuencia, la especialización sexual construye una visión política del mundo que distingue entre “quien puede, tiene y hace y quien no puede, no tiene y no hace” (Lagarde, 1992: 8). Con base en un discurso que interpreta las destrezas, actividades y aptitudes femeninas como “naturales” -en virtud de sus capacidades reproductivas que las aproximan al reino de la Naturaleza y las distancian del mundo cultural- la historicidad de la especialización sexual queda enmascarada y pierde su potencial para explicar la subordinación de las mujeres reales.

En contrapartida, la condición genérica masculina constituye el paradigma desde el cual se organiza la construcción social de la realidad. Esto significa que “el hombre” aparece ubicado en el centro y dotado de características “sobrenaturales”, es decir, aquéllas que trascienden la pertenencia al reino natural, animal (Lagarde, 1992: 13). Esta posición trae una serie de consecuencias, entre las cuales, la autora señala la sobre-imposición de este modelo paradigmático de “humanidad” para definir y justificar la subordinación de quienes no la comparten. Al respecto, señala:

A las mujeres se las analiza a imagen y semejanza de los hombres. Son ubicadas dentro de la naturaleza, más ligadas a través del cuerpo a la animalidad, mientras que lo masculino se ubica fuera y en contraste con la naturaleza, pero además con el poder de modificarla y controlarla (Lagarde, 1992: 13).

Entre las distintas características que la autora asocia con la construcción de la condición de género masculina, destacan las siguientes:

a) la capacidad de crear. Refiere a la posición de dominio de los varones que les garantiza la “propiedad de la palabra”, es decir, la autoridad legítima de nombrar y, a la vez, de hacer silencio, de clasificar o de omitir, de establecer distinciones o de borrar las diferencias, de juzgar o descalificar. De este modo, ellos construyen interpretaciones del mundo que reafirman la posición paradigmática de la masculinidad y, por ese medio, se apropian de las cosas y de los otros sujetos: las mujeres y los hijos de las mujeres. Pero, también, esta capacidad está asociada con los trabajos, la producción de valores, de bienes y de riqueza (Lagarde, 1992: 13-14).

b) la capacidad de aliarse y pactar entre ellos para lo cual aplican mecanismos de inclusión y exclusión de otros varones y, también, de las mujeres que les pertenecen.

c) la capacidad de autoafirmarse, fundamental para la constitución del sujeto hombre porque desde esa posición ejercen el dominio sobre otros varones y sobre las mujeres. Así, al establecer los derechos y las obligaciones de los demás, controlan los recursos humanos y deciden en aspectos esenciales de la vida de los otros (Lagarde, 1992: 15).

Desde la perspectiva de la autora, la condición genérica masculina también se construye con base en “el reconocimiento y la significación de las características sexuales”. Pero, las capacidades atribuidas a la masculinidad determinan “la asignación de actividades vinculadas con la creación y el trabajo, las relaciones sociales, económicas y políticas, todas ellas consideradas como formas específicas de ser” (Lagarde, 1992: 15).

Para Lagarde, la sexualidad resulta central a la hora de definir la condición masculina. Pero, de manera tal que se invierte el orden de los factores que la escinden. Así, a diferencia de las mujeres, para quienes el erotismo está supeditado a la maternidad, entre los varones, “la sexualidad erótica es un eje principal y positivo, mientras que la sexualidad procreadora aparece como una potencialidad del sujeto que sólo lo define simbólicamente” (Lagarde, 1992: 16). La autora agrega:

A diferencia de las mujeres, los hombres SON, entendiendo el SER como un atributo de género. Cada hombre ES, pero las mujeres deben realizar la sexualidad materna, procreadora o erótica, para llegar a SER genéricamente femeninas (Lagarde, 1992: 16).

Las reflexiones precedentes arrojan nueva luz para analizar algunos episodios del relato autobiográfico de Natalia que evidencian la apropiación subjetiva de la condición genérica por parte de ambos cónyuges. Asimismo, muestran de qué manera, esta apropiación organiza las interacciones entre ellos. Los episodios fueron seleccionados a partir de su potencial para mostrar distintas facetas del mandato que prescribe la separación de las esferas pública y privada, entendidas como ámbitos donde se ejercen las distintas capacidades que distinguen la condición de género masculina y femenina. El primero está relacionado con la militancia política, el segundo con el potencial de los varones para aliarse y pactar, el tercero con el ejercicio de la sexualidad, aunque todos ellos reposan en la autoafirmación del cónyuge y de otros varones involucrados en cada evento.

1) La militancia política. En este ámbito, la protagonista descubrió que la militancia marcaba una diferencia entre las mujeres en cuanto al ejercicio de poder en las relaciones de género. Algunas, las compañeras, podían vincularse con los varones en un plano de “equipotencia”; otras, las esposas y parejas ocupaban una posición subordinada.

Natalia percibía esta distinción cuando intentaba informarse sobre las actividades del cónyuge en los horarios extra laborales. De ese modo, trataba de superar la exclusión que reducía su presencia al papel de anfitriona en las reuniones políticas realizadas en el domicilio conyugal. Y, aún cuando ella acompañaba a los hijos a las marchas organizadas con fines políticos, en ningún caso lo hizo como la compañera de Álvaro sino, más bien, en el papel de hija del cónyuge.

En cierta ocasión, el yerno le explicó: “Nosotros tenemos la obligación de no hacer partícipes a las mujeres de la casa porque tenemos situaciones muy delicadas en las cuales ustedes no deben de intervenir”. Pero estas consideraciones no obstaban para que otras mujeres tuvieran una presencia activa que las posicionaba en un lugar distinto. Ella reinterpretó esta preocupación por la seguridad de la esposa con otra ironía: “Como quien dice, las mujeres a sus trastes”, mientras seguía preguntándose: “Bueno, cómo es posible

que una mujer, desde el punto de vista político, yo lo digo entre comillas ahorita, es muy importante, la compañera, y yo, ¿qué soy?”

2) La capacidad de aliarse y pactar. Este episodio ocurrió cuando Álvaro, junto con algunos familiares, inició el negocio ya mencionado, consistente en la compra de automóviles para establecer una flotilla de taxis; entonces, ella pretendió hacerse cargo de la contabilidad. Pero uno de los participantes solicitó la intervención de Álvaro para impedirlo, con la siguiente expresión: “Aquí las viejas no cuentan”. Y él terció en favor de este pedido.

Este episodio, que aparece como expresión de un mandato: “las mujeres no deben intervenir en los negocios entre varones”, pone de manifiesto un señalamiento de Marcela Lagarde en el texto citado. La potencia de esta capacidad de alianza entre los varones donde las diferencias de ideología, de clase o cualquier otra, pueden superarse en aras de mantener el control sobre las mujeres (Lagarde, 1992: 19).

3) La sexualidad. El mandato puede sintetizarse como sigue: “Las mujeres de la casa están para satisfacer las necesidades materiales y sexuales de los varones”.

Por aquellos años, los cónyuges transitaban una etapa de gran entendimiento sexual que se traducía en complicidades y juegos, como por ejemplo, asistir a hoteles de paso. Pero la protagonista comenzó a cuestionarse la posición que ocupaba en otros ámbitos del mundo de vida de Álvaro. Las respuestas que intuía afectaron el ejercicio de la sexualidad. Al respecto, la protagonista evocó:

Empecé a ver también que, pues, que cuando íbamos al hotel, pues, era disfrutar mutuamente pero que saliendo de ahí ya no había de parte de él ninguna atención [...] Como que yo empecé a sentir la necesidad de tener un... un esposo o un amante, no sé cómo decirlo, atento. Y veía yo, con mi amiga Benita, con mi cuñada, las atenciones que sus maridos tenían y que yo pensaba que si nos disfrutábamos mutuamente, él daba y yo también, él recibía y yo también, pero fuera de ahí, nada, ¿no? Y esa no participación en sus situaciones políticas [...] Llegó momentos en que yo sentía la necesidad que tenía: tenían que darme atención. Eso mismo también fue lo que me dio pa... para dar un cambio brusco y llegué a preguntarme: “Yo quién soy aquí, o yo qué soy”.

El descubrimiento puso nuevamente sobre el tapete la exclusión de Natalia basada en la distinción entre los espacios público y privado. Pero, también, su aislamiento en el ámbito

de la domesticidad. Así, ella cuestionó la imposibilidad de hablar con el cónyuge en términos “tradicionales”, “domésticos”, limitación que se aunaba al desconocimiento de sus actividades como militante. Al solicitarle que abundara sobre las expresiones vertidas, las asoció con la posibilidad de mantener diálogos cotidianos sobre cuestiones intrascendentes:

¡Ay, viejo! Vamos a comprar sábanas o ¡ay, viejo!, fijate que estoy en mis días
¡Ay, viejo!, que mira que los niños me hicieron eso o ¡ay!..., cositas así, que son tan propias de gente tan sencilla que vive y que, ¡ay!, que yo creo que hasta son felices [...] cosas tan necesarias y, a la vez, tan... tan inútiles.

En definitiva, el reclamo de Natalia destacó el valor de la comunicación cotidiana, cuya finalidad apunta al nivel fático del lenguaje, es decir, al sostenimiento de las interacciones más que a la profundidad de los contenidos compartidos. Estas revelaciones impactaron negativamente sobre el ejercicio de la sexualidad entre los cónyuges. Así, Natalia reconoció: “Se fue enfriando o lo fui enfriando, más bien”. Con posterioridad, estos descubrimientos se reforzaron con otra confirmación. La misma, llegó a la protagonista por boca del cónyuge, cuando él definía los rasgos que caracterizaban la identidad del político. Al respecto, Natalia evocó:

Él decía que un político no tiene amigos, no tiene amistades, y que un político se debe única y exclusivamente a su Partido, lo demás son quizá, factores, componentes, no sé, porque, desde luego, antes de ser político es hombre, ¿verdad? Entonces, tiene que tener todo, pero lo primordial para él es su situación política.

De este modo, ella comenzó a ubicarse entre los “factores” o los “componentes” que incluía la vida de Álvaro, percepción que la llevó a preguntarse: “¿Quién soy? O ¿qué soy?” La pregunta de Natalia, reiterada en varios pasajes del relato, tocaba el punto central del cuestionamiento a la condición de género femenina. Sin embargo, para profundizar en este aspecto, el siguiente apartado aborda la dimensión moral, clasificación que agrupa otros mandatos de Álvaro.

e) Dimensión moral.

Darse a respetar
Darse su lugar

Cuando la protagonista alude a esta dimensión del contrato, el cuestionamiento adopta una modalidad distinta de la empleada con respecto a las prescripciones anteriores. En lugar de mostrar las incongruencias del cónyuge, Natalia evoca un episodio que interpreta como una señal de desconfianza, atribuida a los celos del marido. Me refiero al evento, reseñado en el Capítulo anterior, donde la protagonista refirió el encuentro con un parroquiano del restaurante, una noche cuando ella regresaba del Centro de la ciudad. Este suceso culminó con un ataque sexual por parte del marido que la protagonista describió como una violación.

A partir de estos hechos, Natalia tomó una decisión: “deshacerme de la cocina económica”. Pero, también, este episodio señaló un momento decisivo en la relación, un cambio en la manera de percibir al cónyuge; “comienzo a ver a Álvaro de otra forma”, dijo la protagonista. Al solicitarle que aclarara esta expresión, Natalia evocó un acontecimiento previo, también reseñado, donde él puso a prueba la fidelidad de la protagonista valiéndose de un joven militante del Partido a quien autorizó para asistir al restaurante aunque, a espaldas de Natalia, previno a los hijos para que evitaran estas visitas. Después de esta evocación, ella regresó al encuentro con el parroquiano y agregó:

N: Empecé a ver a Álvaro de otra forma, de otra forma, ¿no? Porque con lo de Miguel estaba la duda, al haber dicho que ese hombre no entraba ahí cuando él no estuviera, mhm.

A: ¿Qué es lo que pensaba usted de Álvaro?, ¿qué es lo que estaba pensando usted de Álvaro?

N: Eh... pensaba que por qué esos comportamientos, por qué esos comportamientos, ¿no? Por qué decirme que, que... “Yo nunca pensé que te enredaras con un tipo como este”. Un borrachillo, insignificante, mhm. Entonces, este... qué calidad me daba en ese momento a mí, mhm, y también, qué poder o no poder de él... hacia mí. También, eso estaba desvirtuando, ¿sí o no?, en... en decir que a lo mejor yo actuaba de esta manera porque a lo mejor él ya no podía, no servía o cualquier cosa, también, estaba desvirtuando, mhm, ¿eh? Entonces, este..., eh... y la duda con... con lo de Miguel, en ese momento enlacé yo esta situación con Miguel, ¿no? Entonces, llega esta, esta violencia porque fue una violencia (risa) sobra decirlo que me ganó, ¿verdad? Ya, en la

única diferencia que yo establezco con el hombre es la fuerza física, mhm, sobra decirlo que me ganó y yo me quedé mal, me quedé mal, mal, mal, ¿no?

En definitiva, este cambio de percepción quitó virtudes (“desvirtúa”) no sólo a la figura del cónyuge; también, a las prácticas relacionadas con el ejercicio de la sexualidad que, a partir de la agresión mostraron una faceta inadvertida hasta ese momento: más allá de las satisfacciones y del placer que proporcionaban, representaban un mecanismo de control del cónyuge hacia la protagonista. Al profundizar sobre este episodio en la entrevista, Natalia recordó su ocurrencia en paralelo con la declinación de la potencia del marido, no sólo en el ámbito de la sexualidad sino en su actividad como proveedor de la familia. En ese momento, ella tomó una decisión que podría interpretarse como una prueba que imponía al marido:

Si él decía que no a la riqueza, el que, el dinero que no, que las transnacionales, que la burguesía, que todo eso, para ese entonces yo traté de darle, como quien dice, en la cabeza... cero participación mía económica, mhm, que no era yo la... la cien por ciento, este... proveedora, ¿no?

La imposibilidad de Álvaro para sortear con éxito este desafío, precipitó los acontecimientos. Ella sufrió otro ataque sexual del cónyuge, él perdió el trabajo, ella vendió la cocina y se trasladaron a La Lucha.

Los sucesos descritos rondaron “el año del terremoto”, es decir, 1985, fecha de la catástrofe natural que asoló a varias ciudades de México, entre ellas, a la capital del país. Este siniestro cobró una presencia metafórica en el relato, a través del cual, la narradora describió con gran dramatismo la magnitud de los quebrantos ocurridos en esa época, no sólo el derrumbe del héroe sino el aniquilamiento de las expectativas de la Eva enamorada. Entonces, ella observó al marido desde otro ángulo; pero también, la vida y los anhelos de Natalia se hundieron ante los ojos de la protagonista. La próxima cita recupera algunas expresiones que resultan muy elocuentes para describir este momento de la historia conyugal. Natalia dijo:

Vi cosas materiales, una carencia terrible, vi a mis hijos adolescentes, en la carrera, la carencia económica, que él seguía con esa actitud [...] La neutralidad de él, ese imponerse más encarnizadamente, lo digo, en hacer la presencia él:

“Yo soy el hombre de esta casa” [...] La crueldad: “¿Sabes qué? Tú me sirves nada más como globo, como vagina” [...] Cuando vino el rompimiento definitivo contaron muchas cosas [...] esa miseria de mis muebles que llevaba, esa falta de dinero, esa realidad de mi situación [...] sin mi intervención económica, ese dolor de mis hijos que es cuando necesitaban más.

En definitiva, el terremoto movió los cimientos sobre los cuales Natalia construyó su historia personal y familiar. Así, frente a las preguntas, “¿Quién soy? o ¿qué soy?”, esta sucesión de revelaciones la ubicó de lleno en su propia especialización sexual: “Un globo, una vagina, un depósito para llenarlo de ‘X’”. Aunque expresado de una manera descarnada, “desilusionada” y, tal vez por eso mismo muy extrema, la agresión y la prueba a la fidelidad, aunada a la descalificación cuando ella amenazó las capacidades que sustentaban la masculinidad del cónyuge, revelaron la potencia de una visión política del mundo, basada en la condición de género masculina y femenina, donde ambos estaban atrapados.

Los pasajes analizados contribuyeron a profundizar el sentido de la afirmación propuesta por Lagarde cuando, en páginas anteriores, al definir la noción “identidad de género” planteaba que “organiza y estructura a las personas, más allá de su voluntad y su conciencia”. Pero, al mismo tiempo, estos episodios señalaron los momentos cuando la protagonista comenzó a percatarse de estas redes de significados que organizaban las interacciones y las prácticas cotidianas. A partir de este momento, inició un proceso de cuestionamiento de la realidad conyugal, crítica que incrementó sus probabilidades de afirmarse como un “yo” con cierta capacidad de autonomía, posición que en el relato corrió por cuenta de “Yo, Natalia, la mujer”.

En relación con lo anterior, cuando Natalia se preguntaba: “qué poder o no poder de él sobre mí”, quitó las virtudes al último espacio de comunicación que compartió con Álvaro: la intimidad, el erotismo. Ella lo intuyó en otro pasaje del balance final de su relato y de su relación conyugal, cuando dijo:

No dejo de pensar a veces en arbitrariedades... que digo... pongo en una balanza esos años de, de, de relación sexual y pongo en una balanza lo... el otro comportamiento de él y, a veces, lo emparejo y, a veces, trato de que pese más la relación sexual, ¿no? Pero, desgraciadamente, a veces la mente no... no te ayuda a borrar todo, ¿no?, mhm.

Y, un poco más adelante, agregó:

¿Entiendes mi ambigüedad en esta situación de sentimiento? Por un lado veo al hombre aquél que me satisfizo y que nos satisfacimos en toda la extensión de la palabra, sexualmente hablando, y, por otro lado, veo al hombre que... ¡ay!, no sé, que... yo permití tantas cosas o él -aquí va a sonar chueco, mejor digo de otra forma- o... o que él aprovechó la situación, no abusó de mí, aprovechó la situación, ¿ves?, y fue.... en esos términos, yo digo, fue, a lo mejor fue un militante de a medias, como aquel hijo que tú le proporcionas todo y él no hace nada. ¿Entiendes?

Las ambigüedades a que se refería la protagonista en el fragmento anterior pueden interpretarse como derivadas de la contradicción que ella descubrió entre el gozo y el afecto compartidos y el ejercicio de control a partir de la sexualidad. Así, la violación representó un castigo ante el supuesto juego erótico con alguien distinto del cónyuge. El acto ofició como un medio empleado para restituirla a una sexualidad fragmentada, escindida, que no le permitía constituirse como sujeto. Si ella contaba con los poderes maternos y eróticos derivados de la especialización sexual, la violación, las sospechas sobre su honra, el fragmento de su vida que el cónyuge interpretó como una pérdida de lugar, como una falta de respeto al marido y a los descendientes, le mostraron que ese poder materno se ejercía desde una posición subalterna. Pero no fue un descubrimiento de tipo “teórico”. El ataque sexual evidenció que su cuerpo no le pertenecía y que, por esa misma razón, debía someterlo a la violencia, al control y a la supervisión constante de los otros.

En este punto surge una pregunta: si el aprendizaje de la condición femenina implica aceptar lo aprendido como “natural”, ¿qué queda de la identidad después de este descubrimiento? Esta interrogación parece rondar las preocupaciones de la protagonista quien, hacia el final del relato, inicia un balance de su relación conyugal y distribuye los cargos contra ella misma y el marido. Así, ella fija en 30% los aciertos de cada uno y en 70% las responsabilidades por el fracaso de la relación conyugal. La próxima sección ofrece una síntesis de esta evaluación.

EL BALANCE FINAL

El siguiente cuadro incluye algunas expresiones vertidas en distintos pasajes del relato, las cuales pueden interpretarse como un balance de la relación conyugal entre Álvaro y Natalia:

Responsabilidades	70% errores	30% aciertos
Ella	<ul style="list-style-type: none"> - No aprovechó las experiencias y conocimientos previos: las ideas y ejemplos de Ramona - Desaprovechó el tiempo por emplear tácticas equivocadas: pelear, hacer rabietas, enfermarse, dudar - No supo canalizar esas energías de manera positiva, darles un encuadre favorable con relación a los proyectos personales y familiares - No confió en ella misma - Depositó toda la confianza en el cónyuge y aceptó de buen grado sus imposiciones -Sobreestimó la capacidad del cónyuge -No documentó la actividad política del marido para dejar un testimonio a fin de “resarcir a los hijos por el comportamiento de su padre” - Involucró a los hijos en el resentimiento que ella experimentaba hacia el cónyuge -“Le puso todo en charola de plata” 	<ul style="list-style-type: none"> - Pese a los obstáculos que le impusieron los demás, especialmente el cónyuge, ella nunca perdió la capacidad de trabajo, nunca se dejó estar, nunca fue una atendida - Satisfizo los mandatos de Ramona - Nunca cejó en sus intentos de “ir a más”, nunca perdió de vista el proyecto familiar y personal
Él	<ul style="list-style-type: none"> - No se dio a la tarea de conocerla para evaluar las cualidades de Natalia y plantear, a la manera de un estratega, un proyecto familiar compartido, con base en las potencialidades de la esposa - Impuso su autoridad sin realizar un cálculo de los recursos humanos con que contaba en el hogar - No “capacitó” a la esposa para que ella pudiera apoyarlo en la concreción de un proyecto común -Falta de dirección y falta de comunicación 	<ul style="list-style-type: none"> - La actividad política del cónyuge estimuló las expectativas de mejorar la calidad de vida de la familia, los “sacó del montón”.

Para realizar este balance, la Eva enamorada debió ceder el lugar a “Yo, Natalia, la mujer”. Sin embargo, se trató de un proceso paulatino que implicó un alejamiento del cónyuge. En paralelo, esta distancia facilitó el proceso de afirmación de sí misma, operación que, junto con la demolición del héroe, se concretó a través de la crítica a los mandatos de Álvaro.

Al tratar de reconstruir este proceso de distanciamiento del cónyuge y de afirmación de sí misma como “Yo, Natalia, la mujer”, surgió una expresión vertida por la protagonista que expresaba de manera gráfica la idea de establecer límites. Así, al referirse a un pasaje

de su vida, relacionado con la violencia que padecía durante los embarazos, Natalia concluyó: “Ahí sembré el primer tabique”. ¿Cuál era el significado de esta expresión?, ¿qué representaban los tabiques desde el punto de vista simbólico?, ¿cómo los construyó?, ¿qué consecuencias acarrearón para la relación conyugal? La próxima sección ofrece algunas respuestas a estas interrogaciones.

LOS LÍMITES A LA AUTORIDAD DEL CÓNYUGE

La imagen de los “tabiques” surgió luego de numerosas lecturas de la entrevista y después de visitar la casa de Natalia. Ahí encontré a la protagonista ubicada en una habitación que ella acondicionó para atender a sus necesidades. Contaba con un anafre y estantes para guardar algunos enseres domésticos tales como vasos, tazas y cubiertos; también, dividió el cuarto para disponer de un estudio donde acomodó una computadora y, en el sector destinado al dormitorio, la cama compartía el espacio con un sillón, una cajonera y, sobre ella, un televisor.

El conjunto evocaba la imagen del “cuarto propio”, expresión por medio de la cual, Virginia Woolf (1987) aludía a la construcción simbólica de un espacio personal como expresión de un largo proceso que deben recorrer las mujeres para alcanzar autonomía. Entonces, la idea de “tabiques” adquirió sentido por la asociación con otra más frecuente: “ladrillos”. Así, cada una de las paredes del cuarto podía observarse como expresión material de los límites que Natalia levantó para distanciarse de los mandatos del “otro generalizado” que encarnaron las figuras significativas de su infancia y de la vida conyugal. Aunque esta expresión, “levantar el primer tabique”, sólo apareció una vez en el relato, inferí que, después del inicial, podían rastrearse otros a lo largo de la narración. Acto seguido procedí a la tarea de ubicarlos en el texto.

El primer tabique: la pérdida de credibilidad. La colocación obedeció a un descubrimiento que hizo la protagonista cuando estaba embarazada del tercer hijo. En ese momento, el cónyuge sugirió la posibilidad de un aborto. Natalia la rechazó y aceptó las consecuencias de su decisión: “En ese momento yo dije: la responsabilidad es mía”. Entonces, recrudecieron las manifestaciones de violencia en su contra por parte del marido, entre ellas, la expulsión de la protagonista del dormitorio conyugal. Esta imposición había

iniciado durante el segundo embarazo; sin embargo, en ese entonces, él argumentó que la separación respondía a la necesidad de garantizar la integridad física de Natalia. Sin embargo, el mandato obedecía a otras razones, como ella comprobó un sábado por la mañana, cuando Álvaro delegó en su hermana el “mando” de la casa. Acto seguido, la protagonista se opuso y Álvaro la agredió verbalmente. Al respecto, Natalia evocó:

N: Entonces, se me viene ese..., ese apartarme de dormir con él, cuando estaba con Cuauhtemoc embarazada, mhm. Ahí fue, ahora sí que el... primer tabique que yo sembré en ese entonces, ¿no? Se viene esto, que ya había rechazo...

A: O sea, usted con eso de que fue el primer tabique, ¿qué ...

N: Quiero decir que fue la primera, eh... cosa, aún sin saberla plenamente, de que él me rechazaba estando embarazada, mhm.

A: O sea, que aquella primera vez, ahí como que le cayó el veinte a usted

N: Sí, sí, mhm.

A: De que era rechazo. No era por su bien nomás

N: No, no, no. Era rechazo, mhm. Porque me dijo él, este...: “No, no, este..., me das asco. ¿No te has dado cuenta que... que quiero que te duermas aparte?”

Este primer tabique puso en evidencia el engaño. El argumento que la llenaba de orgullo, al interpretarlo como señal de la preocupación del cónyuge y del padre, cayó con una fuerza devastadora para revelarse como manifestación de rechazo hasta el límite de la repugnancia. Entonces, la construcción del tabique, es decir, ese primer límite a la autoridad del cónyuge surgió ante la falta de credibilidad, la pérdida de confianza que desdibujó la figura omnipotente del héroe ante la constatación del engaño.

El segundo tabique: las expectativas incompatibles. Después del nacimiento del segundo hijo, Álvaro le propuso controlar la fertilidad por medio del Método Billings. Ella accedió y, durante un tiempo, él supervisó las fechas en el calendario pero, finalmente, le cedió esta responsabilidad a Natalia, decisión que implicaba la organización de la vida sexual con base en la distinción entre días fértiles e infértiles. Natalia comentó: “Yo pasé a controlar el calendario”. Pero, al mismo tiempo, esta supervisión le permitió apropiarse de su cuerpo, al menos, de su capacidad reproductiva.

En este sentido, el episodio representaba la colocación de otro tabique que, a la postre, invirtió el mandato del cónyuge relacionado con el rechazo a las familias numerosas. Porque, varios años después del nacimiento del tercer hijo, ella tomó la decisión de

concebir otro. A esas alturas del relato, Natalia se presentó a sí misma con pleno control sobre esta dimensión de la sexualidad: “Ahora yo llevaba la batuta, yo ya tengo ahí el mando”, comentó. En paralelo, la colocación del tabique adquirió solidez debido a la forma en que concretó sus planes. Así, en lugar de engañar al cónyuge con el argumento de un falso error en los cálculos, ella lo planeó y lo negoció con él.

Cabe señalar que la concepción y nacimiento de este hijo marcó otro momento de afirmación de la protagonista por varias razones. Primera, porque nació por propia decisión y no fue producto de un error, no fue “al ai’ se va”, como expresó Natalia. También, porque después de confirmar su estado de embarazo, encaró al cónyuge para advertirle que no estaba dispuesta a tolerar actos violentos. Por esta razón, le propuso abandonar el cuarto hasta después del nacimiento del hijo. Álvaro no aceptó esta propuesta pero tampoco reiteró los comportamientos de embarazos anteriores.

Por último, el nacimiento de un varón incrementó los “galardones” de la protagonista. Natalia empleó esta expresión para referirse a cada uno de los hijos varones. Con ella, alude al reconocimiento social obtenido por la vía de la maternidad, pero condicionado por el sexo de la criatura. Este premio tan ansiado que trató de alcanzar a través del matrimonio “por las dos leyes”, le llegó de manera sorpresiva por un camino imprevisto. Los primeros síntomas aparecieron en Ramona, quien mantuvo una actitud distante durante el embarazo y el primer año de vida de Claudia. Pero, con la llegada de Cuauhtemoc, “Ramona se entrega y da dinero” para las consultas médicas y transfusiones aplicadas al segundo hijo, afectado por una dolencia en los primeros meses de vida. Al observar estos cambios, la protagonista comenzó a modificar la percepción de sí misma.

Al respecto, durante el transcurso del relato y, específicamente, en los pasajes destinados a evocar las alternativas de cada embarazo, ella recordó los diálogos con el cónyuge después del nacimiento de la hija y de cada uno de los varones. Las expresiones empleadas pusieron en evidencia la colocación de este tabique, derivado del control de su capacidad reproductiva, a partir del cual invirtió el mandato Álvaro. Así, con Cuauhtemoc, el encuentro después del parto transcurrió en estos términos:

Cuando él llegó, yo muy envalentonada le dije: ‘Es niño, mhm. Me traes la cobija Fulana de Tal’. Para colmo me trae una [cobija] rosa (risas) y que

entonces era muy, muy usual que rosa y... y que azul, ¿no? Pues yo, de todos modos, salgo con mi niño. Yo sabía que era niño.

Esta actitud se reiteró con el nacimiento de Plutarco. Así, después de los episodios violentos durante ese embarazo, que ella caracterizó como una lucha por la supervivencia de sí misma y del hijo, lo presentó al padre con estos términos:

Es hombre, mhm. Es hombre. Y ya le tengo el nombre también [...] Y le dije: “Pero hay una cosa, ¿no?, te vas a acordar de mí el día que quieras tener otro hijo. Te vas a acordar de mí, mhm”. Y me dijo: “¿Pero de qué se trata”, ¿no? “No, de nada. Nada más es eso, ¿no? Tengo otro hijo y es hombre y el día que tú quieras tener otro hijo, te vas a acordar de mí”, mhm, ¿ves?

Probablemente esta amenaza, cuyos alcances no logró precisar, se cumplió con un periodo de abstinencia sexual durante los seis meses posteriores al nacimiento del hijo, en los cuales ella dormía fuera de la habitación matrimonial. Hasta que, “un día este hombre convenció a Eva” y ella cedió.

Pero el episodio marcó un cambio en la relación entre Álvaro y Natalia: ahora él debía negociar. Para obtener resultados apeló a Eva, la antagonista de los proyectos de Natalia. Al mismo tiempo, este episodio retomó una modalidad de interacción entre los cónyuges que había surgido durante el noviazgo: las pruebas impuestas del uno a la otra y viceversa.

Esta modalidad de negociación también reapareció durante el quinto embarazo. En ese momento, cuando él sugirió la posibilidad de abortar, ella insinuó una disposición favorable con el propósito de “medir” la reacción del cónyuge. Luego, él llegó con el dinero requerido para practicarse la operación, entonces, Natalia se enojó porque confirmaba, una vez más, el mandato de Álvaro referido a la prohibición de incrementar el número de hijos.

De este modo, la reacción del marido reveló la incompatibilidad entre las “expectativas típicas” de ambos cónyuges que los mantenía en posiciones contrapuestas y cuestionaba los alcances del control que la protagonista creía haber alcanzado en el plano de la sexualidad. En definitiva, el segundo tabique surgió al descubrir que la apropiación del cuerpo y de sus derechos reproductivos no bastaba para modificar las prioridades de Álvaro ni su rechazo a la paternidad, al menos, antes de su ejercicio efectivo con el

nacimiento de cada hijo. Este tabique ponía nuevamente de relieve la inversión en el orden de los factores que escindía la construcción del “nosotros” conyugal.

El tercer tabique: las fragilidades del poder. La colocación de este tabique inició a partir de una mirada retrospectiva sobre la relación conyugal, después del episodio con el parroquiano de la cocina económica que culminó con el ataque sexual de Álvaro. En ese momento, ella asoció este comportamiento con la prueba impuesta a su fidelidad a través del compañero de Partido. Además, la actitud de Álvaro, preocupado por la búsqueda de aliados para corroborar sus sospechas, la movieron a una revisión del vínculo con el cónyuge y a cuestionar los fundamentos de su autoridad. De este modo, la violencia y las imposiciones del marido cobraron otra dimensión; ante Natalia, revelaron su potencia como mecanismos de control empleados por el cónyuge para enmascarar las fragilidades del ejercicio de poder.

El cuarto tabique: el fin de la sexualidad compartida. La construcción inició cuando, a raíz de sus propios análisis, Natalia llegó a la conclusión de que el trabajo político de Álvaro en la fábrica culminaría con el despido. Entonces, le propuso adelantarse a los acontecimientos: renunciar y trabajar con ella en la cocina económica. Pero él se opuso porque esperaba la indemnización que le correspondería en caso de cumplirse las predicciones de Natalia. Pese a la contundencia de este argumento, ella interpretó la negativa como un rechazo y confirmó, nuevamente, la preeminencia del compromiso partidario de Álvaro, por encima de la entrega a la relación conyugal. “Ya quedó en mí ese sentimiento de que era más importante su situación política que yo”, dijo la protagonista. A este episodio sucedió una señal de distanciamiento con el cónyuge que indicaba la presencia de un nuevo límite, esta vez, a la sexualidad compartida. En el relato, Natalia evocó que, luego de la negativa, ella y Álvaro vivieron una “noche amorosa”. Sin embargo, la protagonista no logró mudar la decisión de vender el negocio, actitud que puso en evidencia el distanciamiento entre Natalia y la “Eva enamorada” de otras épocas.

Cuando Natalia terminó su obra de “albañilería”, inició el traslado a La Lucha y, pocos meses después cerró la puerta del dormitorio conyugal, expulsó al marido y decidió el fin de la relación. De acuerdo con sus palabras, ella fue incapaz de identificar otros

mecanismos para la construcción del “cuarto propio”. Y, para entonces, “ya no podía dar marcha atrás”. En apretada síntesis, cada uno de estos tabiques fue el resultado de un descubrimiento que limitó la autoridad del cónyuge. Así, la desconstrucción del héroe a través de sus mandatos trajo, en paralelo, la pérdida de confianza en sus afirmaciones y en sus gestos.

A partir de lo dicho, cabe preguntar cuáles fueron los nudos conflictivos de la relación conyugal que impidieron la renegociación del contrato con las consecuencias ya señaladas. El próximo apartado aborda este punto.

La negociación imposible. Este apartado centra la mirada en un cuestionamiento que atraviesa la caída del héroe: la falta de reconocimiento a la esposa como un “otro yo”, distinto de “mí”, con capacidad para razonar y comprender las ideas del cónyuge que impactan sobre la cotidianidad bajo la forma de los mandatos analizados. Esta negación de la esposa, en su calidad de sujeto, trae como consecuencia la imposibilidad de un intercambio, requisito para concretar la renegociación del contrato conyugal. Al referirse a la pareja como una instancia socializadora, Alicia Lindón señala:

Esta forma de socialidad (la conyugalidad) se caracteriza porque a medida que transcurre el tiempo (la biografía de la pareja), la negociación cotidiana tiende a pesar más que la tipificación que cada uno hace del otro unilateralmente, desde los acervos de sentido común (Lindón, 2000: 105).

Sin embargo, en la biografía de esta pareja, la condición de las identidades de género de ambos cónyuges define una modalidad de ejercicio de poder que enfatiza la asimetría. De este modo, más que una negociación, los intercambios cotidianos adoptan el carácter de imposiciones del cónyuge hacia la esposa y de tácticas de resistencia de esta última a los mandatos de él. Así, la posibilidad de construir un “nosotros” que resignifique las expectativas típicas elaboradas de manera unilateral por cada uno de los miembros de la pareja queda obstruida.

¿Por qué digo que esta ausencia de reconocimiento a la esposa, en su calidad de sujeto se erige, a la postre, en un obstáculo insalvable para la renegociación del contrato? Porque, si bien el relato permite inferir algunos significados, comportamientos y expectativas que ambos aportan a la vida en común, la incapacidad para reconocer a Natalia como

interlocutora niega la posibilidad de que la resolución de las diferencias cotidianas adopte el carácter de una negociación. Esta modalidad de intercambio supone la posibilidad de comprender los “motivos para” y los “motivos porque” del otro o la otra, una condición que podría representarse con la conocida expresión: “ponerse en los zapatos del otro o la otra” o, en su defecto, iniciar un esfuerzo conjunto para alcanzar acuerdos, los cuales implican redefinir el sentido de la acción a fin de anticipar y construir una realidad compartida. Pero, insisto, esta posibilidad supone una posición de “equipotencia” entre los actores, negada en este caso.

Entonces, el relato de Natalia permite concluir que cada quien organizó su vida en términos que probablemente desconcertaban al otro y abrían a una serie de cuestionamientos que no lograban respuestas satisfactorias. En esta dirección se orientó la dificultad de la protagonista para comprender los mandatos de Álvaro que anclaban en su compromiso militante pero que, al mismo tiempo, pautaban los intercambios cotidianos; también, los fundamentos que sustentaban la construcción de la realidad los cuales, desde el punto de vista del cónyuge, demandaban una lectura política que Natalia también experimentó como imposición. Al respecto, rescato un pasaje que abona estas reflexiones. Así, durante el transcurso de la entrevista y como parte de los cuestionamientos al cónyuge, ella dijo:

Yo le puedo estar hablando a mi vecina de esto, en términos políticos, simple y sencillamente ella me va a decir, pues, habrá pensado: “¿Quién sabe qué me dijo?, ¿no? Pero si nomás está esta vieja loca o algo, ¿no?, mhm”. Entonces, no, no, no se puede manejar, eh... en términos generales eso. Porque yo lo siento imposición.

Desde la óptica de Natalia, generalizar era imponer, es decir, la aplicación de estas “teorías” para todos los casos, sin considerar las variantes, resultaba un ejercicio de violencia simbólica porque negaba las diferencias, los matices, y promovía una lectura que aplanaba la realidad al imponer un punto de vista, el del cónyuge, el cual no admitía ningún cuestionamiento.

Aunado a lo anterior, la descalificación de quienes no pensaban como Álvaro reforzaba la negativa a reconocerla como sujeto. Así, cuando un joven, amigo de la familia, reiteró los términos de la exclusión, ella le advirtió:

No vuelvas a repetir esto en frente de mí, por lo menos, dije, porque yo me siento, ¿ves?, dentro de ese grupo que no tuvo la oportunidad de más conocimientos, mhm. Entonces, yo le llamaría estúpido al que tuvo la oportunidad de más conocimiento y se porta como un... patán, mhm, como un tonto, le dije, ¿no? Entonces, a ése sí yo le diría estúpido, imbécil, mhm, dije, pero ya no vuelvas a decir eso porque yo me siento en ese grupo, de la gente que no tuvimos la oportunidad que tú estás teniendo, mhm.

De más está decir que, aún cuando el destinatario final de esta crítica permanece en el anonimato, en este pasaje, Natalia devuelve las agresiones al cónyuge con lo cual, la ironía cede el lugar a la argumentación que ya no requiere de una “treta del débil” para externar la crítica.

Pero, el pasaje revela otra arista. La exclusión la retrotrae a la figura de “la intrusa” de los años infantiles, quien aparece bajo nuevos ropajes en la adultez. Para profundizar en los alcances de esta imagen, regreso sobre las evocaciones donde la protagonista recuerda las reuniones políticas en su domicilio. Entonces, ella “absorbía”, “deducía” a partir de las conversaciones escuchadas. Pero, ocupaba una posición marginal que la relegaba al papel doméstico. De este modo, vivía la experiencia con un grado menor de proximidad con respecto a los “incluidos”, es decir, a los militantes. Debido a esta posición subalterna, ella contaba con un ángulo de mira distinto, desde el cual logró anticipar los cambios políticos negados a la percepción de los “incluidos”. A partir de ese momento, ella comenzó a actuar “en el sentido estricto de la conveniencia”, es decir, con arreglo a los fines que orientaban el proyecto propio. Para abonar esta interpretación, recupero las reflexiones de Natalia que le permiten explicar esta decisión:

Yo con esto quiero decirte que no he perseguido nunca la riqueza por... por sí, la riqueza que te lleva al lujo, a la torpeza, a la perdición. No, no, no. Pero he perseguido las oportunidades que pudieron haber estado a favor de mis hijos [...] Yo digo, un empujoncito bien habido, yo estoy segura que no les hubiéramos dado un empujoncito a unos vándalos, a unos mediocres, no. No. Eso aquí y en China se lo puedo demostrar a Álvaro, ¿ves? que no tuvo la capacidad para ver, eh... los hijos que tenía y un empujoncito que les hubiera dado, ¿no?

Para alcanzar sus metas, ella identificó los recursos disponibles; entonces, las redes construidas por el cónyuge a través de la militancia surgieron como el medio idóneo para

concretarlas. Al respecto, en otra plática comentó que para “subir un poco” sólo contaban el dinero y los “conectes”, es decir, las redes sociales, familiares, militantes, etcétera. Pero la familia carecía del primer recurso debido a la posición del marido. Por eso, la política aparecía como una segunda alternativa para elevar la calidad de vida y beneficiar a los hijos apoyándolos, por ejemplo, para estudiar en el extranjero⁴⁹. Pero él persistía en la negativa.

Así, mientras avanzaba la relación conyugal, las metas de ambos se alejaban cada vez más. Pero, al mismo tiempo, este distanciamiento ponía en evidencia la exclusión de Natalia respecto de las actividades del cónyuge y la autoexclusión de Álvaro con respecto al mundo doméstico, escisión en dos mundos que impidió la comprensión de las máximas de Álvaro. Las consecuencias derivaron en una formación autodidacta de la protagonista en el terreno político. Así, la propuesta de abandonar la empresa, ante la inminencia del despido, evidenció el sentido práctico de las acciones de Natalia basadas en lo que podría considerarse como un análisis racional de la situación. Posteriormente, cuando se produjo el despido del cónyuge, ella confirmó su capacidad para identificar e interpretar correctamente los factores que avalaban su punto de vista. Pero, para ese entonces, él había rechazado su oferta para trabajar juntos en el negocio familiar.

Pese a lo certero de sus predicciones, la propuesta de Natalia puso en evidencia la inconmensurabilidad de los proyectos de ambos cónyuges. El de Álvaro se sustentaba en un horizonte de sentido que ella evocó con una serie de máximas: no a la explotación del hombre por el hombre, no a la riqueza, no a la propiedad privada ni a la obtención de beneficios personales a partir de la militancia. Estas prescripciones, que pautaban la actuación en el ámbito público, también integraron el sistema normativo que ordenaba las interacciones conyugales y familiares.

Desde la perspectiva del cónyuge, y en aras de la coherencia, estaban exentas de todo cuestionamiento. Y, sin embargo, esta posibilidad constituía el requisito para la búsqueda de acuerdos aunque implicaba confrontarlas con otras interpretaciones de la realidad, por ejemplo, la propuesta por Natalia al definir su proyecto de cambio. Pero, el rechazo a la negociación, identificado por la protagonista como uno de los rasgos distintivos de la

49 En este pasaje, la protagonista se refería a los hijos de militantes del Partido Comunista que hicieron estudios de nivel universitario en los países que integraban la Unión Soviética.

práctica política de los “viejos” militantes, también se coló al sistema normativo en el ámbito conyugal. De este modo, obturó las posibilidades de renegociar el contrato.

A su vez, ella cuestionó la coherencia de la normatividad que debía regir de manera indistinta en los espacios público-político y privado-doméstico e íntimo, a partir de sus descubrimientos, los cuales limitaron la autoridad real y simbólica del cónyuge. Entonces, “sembró tabiques”, es decir, estableció las bases de un distanciamiento que, al final, cerró toda posibilidad de comunicación entre ambos y encerró, a cada uno, tras un muro de silencio.

Los fragmentos precedentes mostraron que ella, efectivamente, “absorbió”, es decir, logró aprendizajes a partir de las conversaciones escuchadas. Pero al hacerlo desde los márgenes, es decir, desde una posición subalterna, no como una igual sino como un personaje secundario, excluido, no compartió el sentido de las acciones del cónyuge. Esta dificultad apareció de manera explícita en un pasaje cuando ella mencionó: “Yo de verdad trataba de entenderlos pero veía unas carencias”, y en otro momento, al evocar a los militantes agregó: “Yo los observaba a todos ellos, dados al catre, ¿eh?, si nos veíamos elegantes éramos nosotros, pero seguía recibéndolos”.

Así, frente a la militancia de los “viejos” políticos que, desde la perspectiva weberiana, podría analizarse como una acción con arreglo a valores⁵⁰, ella redefinió la realidad desde una perspectiva con arreglo a fines y, desde ese lugar, concluyó el fracaso de la acción política a partir de la imposibilidad de “cerrar una fábrica”, de “encumbrarse”, de “alcanzar una diputación” o de “liderar una célula”. A los ojos de Natalia, ubicada en una racionalidad con arreglo a fines, esta ausencia de resultados debió alertar a los militantes para redefinir las metas que encauzaran las acciones futuras. Pero, la negativa del cónyuge, basada en el sentido de la acción política, le impedía rectificar el rumbo. Natalia interpretó esta situación como una falta de visión política que culminó con el derrumbe de la figura de Álvaro.

50 En la tipología de la acción social, Weber (1999: 20) distingue: a) la acción racional con arreglo a fines que está determinada por el uso de las expectativas sobre el comportamiento de los objetos del mundo exterior, así como de los otros seres humanos, como medios para la concreción de fines propios racionalmente sopesados y perseguidos; b) la acción racional con arreglo a valores, que se caracteriza por la persecución de valores éticos, estéticos, religiosos, políticos, etcétera, sin relación alguna con el resultado esperado; c) la acción afectiva que está determinada por afectos y emociones; d) la acción tradicional, determinada por una costumbre arraigada.

En definitiva, el resultado de esta exclusión, la formación política autodidacta de la protagonista, aunada a sus experiencias biográficas junto a mujeres “fuertes”, cuyos ejemplos reinterpretó bajo la consigna “ir a más”, “subir un poco”, chocaron con una interpretación de la realidad, la del cónyuge, que más allá de la obtención de metas puntuales, comprometía todos los ámbitos del mundo de vida de Álvaro al oponer el cambio social revolucionario al cambio individual, por obra del esfuerzo y la voluntad de superación personales, tal como lo concebía Natalia.

Entonces, surgió la imposibilidad de un diálogo entre ambas racionalidades. Esta incomunicación, que atravesó todos los ámbitos de las interacciones conyugales, pudo sobrellevarse mientras se mantuvo en escena la Eva enamorada. Por eso Natalia reconocía que, por aquella época, “deducía todo con amor”. Al invocar los afectos, combinados con el peso de un orden de dominación masculina, orientado a legitimar la autoridad incuestionable del cónyuge, surgió la idealización de Álvaro, “el príncipe azul”, “el héroe”, para garantizar la asimetría en las relaciones de poder entre ellos.

Sin embargo, al cambiar la perspectiva de la protagonista comenzó a operar una racionalidad distinta que transformó al héroe en un “adolescente soñador” e “irresponsable”. Entonces, Natalia evaluó sus metas a largo plazo, “la toma del poder político”, como irrealizables y, en consecuencia, como fracasos; a su vez, las ideas, confrontadas con la realidad, mostraron contradicciones; los sacrificios y las renunciaciones impuestas por la militancia se revelaron como arbitrariedades, y la coherencia y consecuencia con un ideal se transformó en cerrazón, ortodoxia e incapacidad para prever las consecuencias de las acciones políticas sobre los distintos ámbitos del mundo de la vida.

Finalmente, el héroe de la “Eva enamorada” se derrumbó. Después, sus palabras perdieron el crédito de antaño. Así, cuando en cierta ocasión él afirmó que “se partió el alma por los hijos”, ella se preguntó, “¿en qué, cuándo, por qué?” La suspicacia de Natalia reveló que esta expresión no tuvo el mismo significado para ambos cónyuges en tanto los motivos “porque” y “para” que orientaron los respectivos proyectos no coincidieron en un mismo horizonte de sentido.

Para ella “partirse el alma” estaba asociado con las “batallas” libradas para “ir a más”, “subir un poco”, para lo cual debió crear las condiciones materiales y simbólicas

necesarias, cuya base residía en el plano económico. Por su parte, los “motivos para” identificaban a los descendientes como beneficiarios del proyecto que, por lo tanto, permanecía anclado en la dimensión familiar y personal del mundo de la vida.

Para él, en cambio, “partirse el alma” refería a una dedicación casi exclusiva al Partido que demandaba anteponerlo a cualquier otra prioridad, incluyendo la esposa y los hijos. Esto implicaba que los “motivos porque” de Álvaro cubrían un ámbito distinto de la realidad, más allá de las fronteras de lo doméstico. Aunque esta entrega, desde el punto de vista de Natalia, trajo como consecuencia “llevarse a todos entre las patas”, es decir, sacrificarlos por una lucha que no los benefició directamente ni en el corto plazo.

En definitiva, como ambos cónyuges no compartieron plenamente el sentido de sus respectivas acciones, lo que desde el punto de vista de Álvaro podía significar una traición a sus valores y al Partido, para la esposa representó una especie de “traición a la familia” porque la exclusión la alcanzó a ella pero también a sus descendientes.

Después de esta destrucción, tanto del héroe como del proyecto de vida, sobrevino la ruptura a partir de un episodio de violencia, un nuevo intento del cónyuge para mantener relaciones sexuales en contra de la voluntad de Natalia. Como respuesta, ella lo expulsó del dormitorio conyugal y, al momento de realizar las entrevistas, persistía en su negativa. En ese entonces, ambos cónyuges convivían bajo el mismo techo pero limitaban sus interacciones a un intercambio mínimo destinado a resolver situaciones concretas y prácticas, por ejemplo, los acuerdos testamentarios. A su vez, ella preparaba las comidas del medio día que Álvaro ingería en el comedor de la vivienda y él aportaba los vales de despensa y algunas sumas de dinero para la compra de remedios requeridos por Natalia. En años recientes, el cónyuge se trasladó al domicilio de uno de los hijos, visitaba diariamente a los nietos que compartían la vivienda con Natalia pero persistía el distanciamiento entre ambos.

V.- EL PROYECTO PROPIO: LOS OBSTÁCULOS

En este capítulo, la presentación está organizada en torno de un acontecimiento, la definición del proyecto personal, a través de un encadenamiento de acciones que se articulan en torno de la expresión: “Yo quería ser otra”. Con ella, Natalia trata de explicar el proceso de cambio que vive la protagonista del relato a partir durante la adolescencia de los hijos mayores. Para captar los alcances del mismo conviene tener presente que la definición y concreción del proyecto implica, por un lado, un diálogo permanente con los mandatos de Álvaro y Ramona y, por el otro, la superación de obstáculos que ocasionan demoras y dilaciones.

En el análisis de los materiales biográficos, estos aplazamientos aparecen ubicados en dos ámbitos diferentes e impactan sobre la construcción del sí mismo en distintos momentos del ciclo vital de la protagonista. Uno de ellos corresponde a la Natalia de los primeros años de vida, la niña cuyos orígenes inciertos la arrojan a una situación de indefensión y precariedad cuando los adultos de su infancia la someten a una serie de cambios de domicilio, la exponen a una situación de calle y, finalmente, la “depositan” en la casa del padre y la madrastra. A estos episodios que la protagonista caracteriza como de “turbulencia”, ella se refiere con una frase por medio de la cual define uno de los obstáculos para concretar el proyecto. Así, Natalia evoca esta época de incertidumbre con el enunciado: “Me traían como molinillo”.

Para señalar el otro límite que explica la postergación de sus planes, Natalia emplea la ironía. Así, con la expresión, “Eva se enamoró”, ella concluye varios episodios donde el nombre y la caracterización de sí misma mediante una alusión al personaje bíblico, muestran el impacto de los mandatos relativos a la construcción de la identidad de género femenina sobre la vida cotidiana de la protagonista, bajo la forma de un obstáculo para concretar sus metas.

La conjunción de estos acontecimientos ofrece materiales para la comprensión de los cambios, tanto personales como familiares, involucrados en la definición de un proyecto propio. Estas anticipaciones comienzan a concretarse bajo la forma de cuestionamientos que ella plantea a las expectativas depositadas sobre los roles de esposa, madre, ama de casa y mujer. La revisión crítica de estos roles y la elección de otras posibilidades para concretarlos, culmina con un balance final al que la protagonista se refiere con una mención

al “año del terremoto”, en referencia a la catástrofe natural que asoló el país en el año 1985, fecha que coincide con la ruptura de la relación conyugal.

En este balance final destacan algunos factores relacionados con los cambios en el contrato conyugal que afectan las formas de ejercicio de poder entre los integrantes de la pareja. Asimismo, permite analizar las dificultades para establecer un nuevo acuerdo que, a la postre, derivan en la ruptura del vínculo entre los cónyuges.

LAS IDEAS RECTORAS DEL PROYECTO

¿Qué define un proyecto y cómo distinguirlo de un simple enunciado de intenciones o buenos deseos? La respuesta a estas interrogantes ofrece un punto de partida para la reflexión en torno del acontecimiento “Yo quería ser otra”.

Desde la perspectiva de Alfred Schutz y Thomas Luckmann (2001: 35), un proyecto remite al ámbito de la acción y la elección en el mundo de la cotidianidad. En él, cada paso está determinado por el “motivo pragmático” que permite orientar las acciones de modo rutinario. Esto supone contar con normas habituales o “recetas”, cuya confiabilidad reposa en dos condiciones:

1) Generalmente resultan exitosas para resolver de manera “práctica” las situaciones de interacción. De este modo, las directivas para la acción, incorporadas en el acervo subjetivo de conocimiento, garantizan que “si las cosas son de tal y cual manera, actuaré de tal y cual manera” (Schutz y Luckmann, 2001: 35), con resultados previsibles.

2) Estas directivas son compartidas socialmente. Así, la conducta de un semejante no puede considerarse como un suceso espacio-temporal equivalente a cualquier fenómeno de la naturaleza, por ejemplo, un terremoto, el nacimiento de una planta, el ataque de un animal a otro, etcétera, sino como una acción igual a la mía, es decir, como la acción de un semejante (Schutz y Luckmann, 2001: 35).

En consecuencia, en la “actitud natural”, característica del estado de tensión de la conciencia en el mundo de la vida⁵¹, experimento mi acción como dotada de sentido, es

51 Para Schutz y Luckmann (2001: 44-54), la “actitud natural” es un estilo cognoscitivo propio del adulto normal en el mundo de la vida. A diferencia de otros estilos cognoscitivos, como los correspondientes a los ámbitos de la fantasía, del sueño, de la ciencia, etcétera, en el mundo de la vida la conciencia se encuentra en su mayor grado de tensión o “estado de alerta”, es decir, de plena atención a la vida y a sus necesidades. Así, en la actitud natural que caracteriza el estado de tensión de la conciencia en el mundo de la vida, el ego se concentra en la realización de sus proyectos. Se trata de una atención activa que define el ámbito del mundo que es significativo.

decir, como motivada y tendente a un fin. Y esta misma cualidad, la atribuyo a las acciones de los demás. Esta imputación las torna comprensibles, inteligibles, y reafirma mi certeza de que los otros son mis semejantes (Schutz y Luckmann, 2001: 36).

Como señalé en un capítulo anterior⁵², para Schutz y Luckmann el sentido surge como “resultado de mi explicitación (explicación) de vivencias pasadas que son captadas reflexivamente desde un Ahora actual y desde un esquema de referencia actualmente válido” (Schutz y Luckmann, 2001: 35). De este modo, el sentido constituye una explicación, con base en una red de significados actualmente válidos para mí, que atribuyo desde el presente a las acciones pasadas, las cuales no necesariamente recibieron el mismo significado al momento de efectuarse. En síntesis, la definición propuesta por los autores destaca la dimensión comprensiva del sentido, pero también, la historicidad de los esquemas interpretativos, los cuales pueden experimentar variaciones entre el momento de su efectuación y el Aquí y Ahora donde las vivencias pasadas se actualizan; entonces, puedo sopesar sus efectos con relación a mi actualidad.

Sin embargo, el sentido no sólo aplica para la comprensión de las acciones propias o de los semejantes sino que se extiende a la objetivación de las mismas en distintas instituciones, sistemas de signos y lenguaje, en obras de arte, en herramientas, etcétera (Schutz y Luckmann, 2001: 36). Y aún cuando se los experimenta como “cosas” del mundo externo, puede suponerse, por un lado, que refieren a los actos dadores de sentido de “alguien” y, por otro, que los semejantes experimentan subjetivamente los motivos “obvios” de esos actos, tal y como los experimento yo misma (Schutz y Luckmann, 2001: 37).

Desde la perspectiva de los autores, estos supuestos cumplen una función decisiva en la comprensión de la realidad social. Al respecto, señalan:

Cada hombre puede vivir entonces el mundo social como un sistema ordenado con determinadas constantes relacionales, aunque sus aprehensiones en perspectiva, sus explicaciones subjetivas del orden, dependan para mí, tanto como para los demás, de la posición o punto de vista, que en parte les es impuesto y en parte está determinado por la cadena biográfica de sus decisiones (Schutz y Luckmann, 2001: 37-38).

52 Capítulo I, “La identidad comunitaria en el ‘nosotros’ de la autobiografía”, p. 77.

Sin embargo, para Schutz y Luckmann, los planes y proyectos implican un nivel distinto en la comprensión de la realidad social porque suponen una orientación hacia el futuro, es decir, la posibilidad de modificar lo por venir mediante nuestros actos, aún cuando todavía no están a nuestro alcance (Schutz y Luckmann, 2001: 38). De este modo, los proyectos nos enfrentan a la transformación de un mundo que sólo existe en nuestras anticipaciones; pero, al mismo tiempo, los proyectos plantean un dilema: decidir si queremos actuar o no y cómo hacerlo en caso de presentarse la ocasión (Schutz y Luckmann, 2001: 38). En consecuencia, este dilema obliga a tomar decisiones dentro de una jerarquía de planes que, al enfrentarse con obstáculos, parcial o completamente inalterables, obligan a definir objetivos factibles (Schutz y Luckmann, 2001: 39-40). En esta evaluación de las incompatibilidades que orienta la definición de las metas descansa la distinción entre proyectos y meros enunciados de intenciones y deseos.

En síntesis, un proyecto se define desde el presente pero anticipa las consecuencias típicas de las acciones futuras a partir de los esquemas de interpretación socialmente disponibles. Al mismo tiempo, supone la definición de objetivos alcanzables con base en la identificación de una estructura de incompatibilidades que deriva de las experiencias previas, sedimentadas en el acervo subjetivo, y objetivadas socialmente como las consecuencias típicas de la acción social. Así, esta comprensión de la realidad, anticipada en el proyecto, constituye la causalidad teleológica que orienta la acción humana, a diferencia de la causalidad explicativa propia de las ciencias naturales.

Lo expuesto destaca el potencial del proyecto para la comprensión del sentido personal y socio-histórico de las acciones cuyo análisis exige un trabajo en paralelo para conjuntar tres temporalidades que cristalizan en el Aquí y Ahora del relato. De este modo, pasado y futuro se encuentran en la anticipación de un cambio que enfatiza la centralidad del presente, momento desde el cual se reinterpretan las experiencias previas, se transforma idealmente el futuro y, en el proceso, se cuestiona la actualidad.

Al regresar con estas reflexiones sobre los materiales biográficos y, por tratarse de un relato balance, el análisis muestra que en el acontecimiento donde Natalia enuncia su proyecto personal con la expresión “Yo quería ser otra”, la protagonista no se limita a esbozar los ámbitos del cambio, también, es posible identificar los pasajes donde ella evalúa la factibilidad de los objetivos trazados, de cara a los logros y a las dificultades para

su concreción. De ese modo, la protagonista concreta un movimiento que remite a un doble presente: el “Ahora” donde Natalia define el proyecto, datado unos años después del matrimonio y durante la adolescencia de los hijos mayores, y el “Ahora” del balance que coincide con el momento de las entrevistas.

Cabe interpretar esta doble temporalidad como resultado del momento premetodológico, característico de este tipo de relatos, cuando la protagonista decide compartir una palabra aleccionadora, poner en orden su biografía y ofrecer un testimonio a la posteridad. Pero, este doble presente, también permite identificar dos espacialidades coexistentes: el “Aquí” de la cotidianidad familiar donde esboza “Yo quería ser otra”, y el “Aquí” de nuestros encuentros donde afirma: “Yo me doy por triunfadora”.

En ambos espacios, el proyecto se transforma en un diálogo con el sentido que Natalia imputa a las acciones de los semejantes, identificadas bajo las modalidades de expectativas o mandatos de las figuras de autoridad quienes, con sus voces señalan la causalidad teleológica que orienta el proyecto. Sin embargo, para concretarlo Natalia debe sortear una estructura de incompatibilidades de carácter ontológico, histórico y biográfico. Esta clasificación surge de la propuesta de Schutz y Luckmann quienes la explican en estos términos:

En la actitud natural no actúo solamente dentro de una jerarquía biográficamente determinada de planes. Por el contrario, veo también las consecuencias típicas de mis actos que son también aprehendidos como típicos, y me inserto en una estructura de incompatibilidades que es vivida como obvia. Ellas son de carácter en parte ontológico (no puedo escribir cartas con los ojos) en parte histórico (nunca “se me habría ocurrido” en el siglo XV, escribir con otra cosa que con una pluma), y en parte biográfico (no he aprendido a escribir de manera legible; debo hacerlo con una máquina de escribir) (Schutz y Luckmann, 2001: 39-40).

Así, entre los límites de carácter biográfico, el relato de Natalia permite identificar sus orígenes desfavorables que obstruyen las posibilidades de desarrollo en el plano intelectual y personal; los de carácter ontológico refieren a su condición de mujer, signada por las prescripciones del sistema sexo-género, las cuales la ubican en una posición subordinada con respecto a la autoridad del cónyuge y de la madrastra; por último, las restricciones de carácter socio-histórico remiten a su posición en el sistema de estratificación social que

confronta las expectativas de “ir a más”, es decir, de “elevarse socialmente”, de “subir un poco”, enunciadas por la protagonista tanto para ella misma como para su progeñe.

La resolución de estos obstáculos impacta fundamentalmente sobre las incompatibilidades de orden ontológico y socio-histórico dado que en la definición del proyecto, la protagonista inicia una revisión de las acciones típicas que corresponden al desempeño de los roles asociados con su condición de mujer y, en paralelo, plantea transformaciones que le permitan concretar un movimiento de ascenso social. De este modo, Natalia replantea los caracteres de una identidad femenina que ella define como “tradicional” pero, al mismo tiempo, ofrece elementos para indagar de qué manera estos cuestionamientos afectan la relación entre los cónyuges en el intento de precisar, “qué mantener en nombre del ‘yo’ y qué y cómo reformar en nombre del nosotros” (Kaufmann, 1999: 210). Para profundizar sobre los alcances de este interrogante, el próximo apartado inicia la presentación y análisis del proyecto.

El proyecto personal y familiar. Aparece enunciado en varios momentos del relato autobiográfico. No obstante, el presente apartado ofrece un pasaje, relativamente extenso, que la protagonista dedica a la reflexión en torno de los cambios que anticipa para sí y su descendencia. A los efectos de facilitar el análisis del mismo, la evocación de Natalia aparece dividida en tres fragmentos⁵³, cada uno de ellos remite al vínculo con algunos personajes del relato, ubicados en la posición de aliados y/o adversarios de la protagonista, en distintas temporalidades y escenarios. El criterio para la segmentación del pasaje implicó la identificación de estas tres características: función narrativa de los personajes, temporalidades y escenarios.

Fragmento I

Pero yo, entonces, como que estaba sufriendo una transformación, en cuanto a que quería, pues, ser otra, ¿no? Quizás un poco más, más educada, eh, mis hijos ya estaban empezando a ser adolescentes, eh, quería..., pues sí, no sé, tener otra disposición de mi conducta, de mi forma de ser. Limpia siempre me he considerado limpia, el baño y..., y esas cosas, ¿no? Pero como que quería yo ser mejor para mis hijos, y..., y...

53 La versión completa de este pasaje puede consultarse en el Anexo III

A: *¿En qué sentido mejor? ¿Cómo era ese cambio?*

N: *Mejor en el sentido de, de, de poderlos, eh, quizás de tratar de ser más inteligente, quizás de tratar de..., saberme que soy más inteligente, saber aplicar mi inteligencia, eh..., saber ser una..., no una madre, ¿cómo se dice?, una madre tradicional y aguantadora, sufridora. No, no. Yo quería otra cosa, quería mejorar mi nivel económico, mejorar mi, mi medio ambiente, eh..., que a mis hijos no les faltara un libro, que fueran presentables, eh..., y yo refinarme, como quien dice, ¿no?, este..., tratar de tomar una..., quizás una educación, mhm, por lo que mi hija me leía y por lo que yo empezaba a leer y esas cosas, y, y, obvio es que quería que, que mi hermano me entendiera. Y él llegó a decir que, que yo era ya una presumida, mhm. ... Y que si yo, teniendo este..., que si yo, este..., trataba de..., de ser, este..., pues sí, eso de que, de que te dicen: “Ay tú ya no te acuerdas de dónde viniste”, mhm. Aunque no te lo dicen directamente pero, inteligente o estúpidamente le dan al clavo, ¿no?, ¿ves?, yo pienso, mhm. Pero en una forma muy, muy tonta, muy absurda, porque, este..., yo creo que la mayoría de la gente, en más o en menos, queremos... subir más, ¿no?, mhm. Yo me doy por, por triunfadora, mhm, porque he tratado de buscar algo, algo que me sienta bien. Y batallé con mi marido, batallé con las cuñadas, batallé con la madre y el padre de él, batallé con mucha gente, mhm. Pero mucha gente que, que..., que inclusive me..., simplemente con su mirada como que me decían: “Pobrecita”, ¿no? Y como que si veían que yo trataba de..., de caminar mejor o expresarme mejor, como que me decían eso, ¿no?, mhm. Fue una..., una fobia mía, fue una cosa pero yo no sabía que era eso, ¿no? Entonces, no podía permitirlo de parte de mi hermano y menos de su mujer y peor tantito que no me lo dijera directamente, mhm. Peor tantito, ¿no?*

Análisis del fragmento. El fragmento inicia con una afirmación:

- “Pero yo, entonces, como que estaba sufriendo una transformación, en cuanto a que quería, pues, ser otra, ¿no?”

Luego, la protagonista menciona una serie de acciones que orientan el sistema de planes. Todos ellos remiten a la dimensión corporal e intelectual del propio personaje y comprenden la conducta, la forma de ser, el aseo y la apariencia personal.

Sin embargo, estos objetivos se enmarcan en un universo de sentido que remite a experiencias previas, al cual la protagonista regresa de manera explícita cuando menciona

que siempre se ha considerado limpia y refuerza esta afirmación al evocar el baño diario. Pero, la mención de estas acciones revela que son metas ya logradas que, al mismo tiempo, le señalan el camino hacia la concreción de objetivos de mayor alcance. Entonces, la protagonista presenta el motivo de las transformaciones que anticipa para sí misma:

- “Como que quería yo ser mejor para mis hijos”.

Después, menciona algunos aspectos que debe cambiar para “ser mejor”. Al respecto, afirma:

- “Ser más inteligente, saberme que soy más inteligente, saber aplicar mi inteligencia”.
- “Saber ser no una madre tradicional y aguantadora, sufridora. Yo quería otra cosa”.
- “Quería mejorar mi nivel económico”.
- “Quería mejorar mi medio ambiente”.
- “Y yo quería refinarme, tomar una educación”.

A continuación, Natalia define la meta del proyecto y lo ubica en un marco más amplio que incluye las aspiraciones de los demás. Así, ella expresa:

- “Yo creo que la mayoría de la gente, en más o en menos, queremos subir más, ¿no?”

A partir de estos enunciados es posible indagar cómo se origina, en qué consiste y qué resultados anticipa la protagonista con relación al proceso de cambio. Al respecto, cabe señalarse lo siguiente.

- a) En el primer enunciado destacan dos momentos relacionados con el padecer y el hacer. En primer término, la protagonista afirma que “estaba sufriendo” los efectos de una transformación. En segundo lugar, enuncia: “yo quería ser otra”. De este modo, Natalia, en tanto sujeto pasivo de un estímulo que imputa a las expectativas típicas de “otros significativos”, en este caso de los hijos, responde con una expresión de deseo que demanda la intervención de su voluntad para cambiar, modificarse, transformarse.
- b) El sentido de esta resolución está ligado a su rol de madre, es decir, no se trata de un proyecto centrado en su persona sino de una interpretación de las respuestas que atribuye a las expectativas de sus hijos. En este sentido, el “motivo para”, que desde

el punto de vista de Schutz constituye una anticipación del proyecto, se expresa mediante el deseo de ser mejor para ellos.

- c) El proyecto comprende distintos niveles: económico, familiar y personal. Sin embargo, la condición para lograr los cambios que se propone requiere de una especie de inteligencia práctica que le permita “saberse más inteligente”, a través de actos que lo confirmen para sí misma y para los demás.
- d) La protagonista identifica un factor que podría obstaculizar el cambio: el modelo de madre tradicional. Así, en este primer esbozo del proyecto, Natalia plantea la necesidad de rechazar una posición pasiva consistente en “aguantar” y “sufrir”, expresiones que emplea para caracterizar el tipo de madre que no desea para sus hijos. En este sentido, la pasividad asociada con el modelo de madre tradicional obstaculiza el logro de la meta, por cuanto la expresión “subir más” supone un papel activo como agente del cambio que, desde la perspectiva de la protagonista, aparece reñido con la imagen de la “madre sufridora y aguantadora”.
- e) El último enunciado legitima las aspiraciones de la protagonista al presentarlas en coincidencia con los deseos de la mayoría. Sin embargo, al plantearlo en esos términos, la protagonista deja abierta la posibilidad de que “algunos”, es decir, una minoría, no comparta esa meta que ella define como “subir más”.

A partir de lo expuesto, la expresión que define el proyecto como, “Yo quería ser otra”, permite incorporar, como objeto directo del predicado, el concepto “mujer”. Entonces, los planes de Natalia cobran una marca de género: “Yo quería ser otra mujer”. Así, en respuesta a las expectativas que ella atribuye a sus hijos, las cuales coinciden con los deseos de la mayoría, las anticipaciones de la protagonista se insertan en el plano ontológico donde el principal obstáculo deriva de la construcción social de la identidad femenina y de las formas de ejercicio de la maternidad. Sin embargo, en un momento siguiente, ella regresa sobre las incompatibilidades de origen biográfico, cuando evoca las voces de otros personajes que la remiten al mundo de los antepasados y de los contemporáneos. Reitero un pasaje del fragmento que permite apreciar lo dicho; en él, Natalia comenta:

Y él [se refiere a su hermano Hilario] llegó a decir que, que yo era ya una presumida, mhm. ... Y que si yo, teniendo este..., que si yo, este..., trataba de..., de ser, este..., pues sí, eso de que, de que te dicen: “Ay tú ya no te acuerdas de

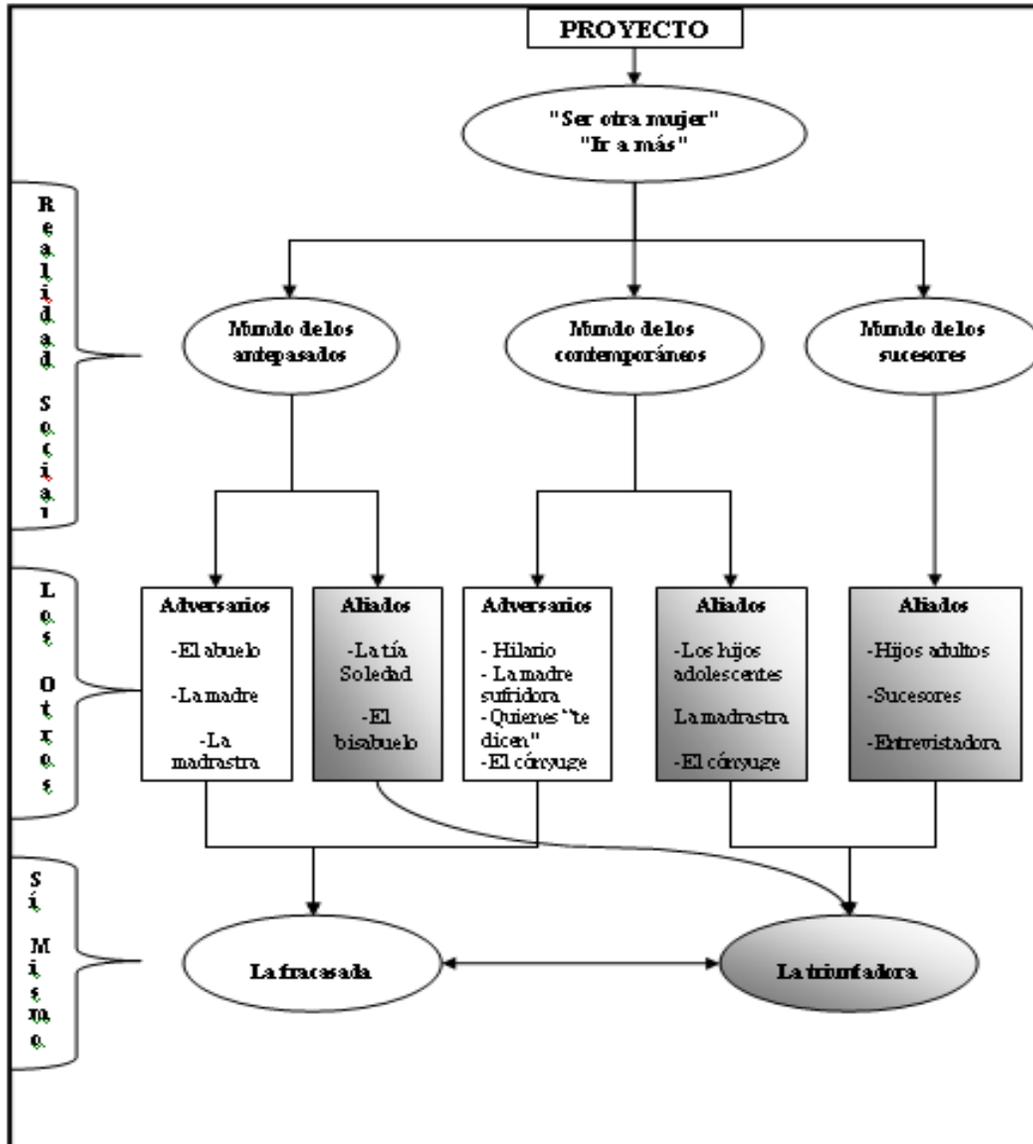
dónde viniste”, mhm. Aunque no te lo dicen directamente pero, inteligente o estúpidamente le dan al clavo, ¿no?, ¿ves?, yo pienso.

Estos otros personajes, encarnados en la figura del hermano mayor y en un conjunto anónimo, incluidos bajo la expresión “te dicen”, la remiten al mundo de los antepasados y marcan una relación de signo distinto entre el presente del relato y un tiempo previo a la adolescencia de los hijos. En el mundo de sus mayores, el de los orígenes inciertos y, por ende, desfavorables, la protagonista enfrenta una fuerte amenaza para persistir en la construcción del “sí mismo” como triunfadora. Porque los otros le recuerdan el tránsito desde la niña que recibe atenciones y cuidados, cuando Mauro la presenta ante Ramona como su hermanita, a la condición de hija negada e ilegítima, casi una “intrusa”, al instalarse definitivamente en la casa del padre. Así, en relación con este grupo, cambia la posición de la protagonista a un espacio simbólico distinto que puede caracterizarse con un signo negativo: “ser menos”.

El diálogo entre Natalia y los otros significativos revela la presencia de aliados y adversarios. En el primer caso se encuentran los hijos quienes constituyen el motor de las transformaciones que padece la protagonista. En el segundo, está ubicado el hermano mayor, Hilario, y otros semejantes anónimos entre los cuales cabe incluir a algunos miembros de la familia de origen. Desde la perspectiva de Natalia, ellos evalúan su proyecto –aún en ciernes- y lo descalifican mediante el recurso de evocar los orígenes como un destino que clausura sus aspiraciones de “ir a más”. Finalmente, ella se posiciona en un nuevo presente, el de la entrevista, donde probablemente encuentra una nueva aliada, su interlocutora, con quien analiza los resultados obtenidos y concluye: “Yo me puedo dar por triunfadora”.

Las reflexiones precedentes muestran que, a estas alturas, el proyecto de Natalia implica una transformación, un cambio que comprende dos dimensiones: a) la identidad de género, que, en el relato aparece con la expresión “Yo quería ser otra (mujer)”; b) la posición de la protagonista y su familia en el sistema de estratificación social, enunciada como “Ir a más”.

El esquema siguiente sintetiza el vínculo espacio temporal y su impacto sobre la construcción del personaje que protagoniza el relato:



El cuadro distingue tres dimensiones de la realidad social: el mundo de los antepasados, el de los contemporáneos y el de los sucesores. En ellos aparecen aliados y adversarios. La fuerza valorativa de los primeros contribuye a la definición de objetivos factibles con relación al proyecto cuya orientación responde a dos expresiones: “ir a más” y “ser otra mujer”. Los segundos, en cambio, encarnan el esquema de incompatibilidades de carácter biográfico y ontológico para alcanzar el propósito último. Los actos y consecuencias típicas que ella atribuye a unos y otros señalan dos opciones contrapuestas en la construcción del “sí mismo”. La concreción del proyecto, que le permite presentar a la protagonista de su

relato como una “trionfadora”, exige la neutralización de los adversarios. De lo contrario, los resultados anticipados la exponen al riesgo de persistir en un papel opuesto, el de la “fracasada”. Por último, el cuadro destaca la función contradictoria que desempeñan tanto Álvaro como Ramona quienes aparecen como aliados y adversarios a la vez. El primero, ocupa ambas posiciones en el mundo de los contemporáneos; la madrastra, en cambio, sintetiza las incompatibilidades que se oponen al fin último desde el ámbito de las experiencias biográficas de Natalia.

La complejidad de estos personajes permite especular con la posibilidad de que los mandatos que Natalia les atribuye no solo operan como una causalidad teleológica que orienta el proyecto sino que, al mismo tiempo, estas expectativas depositadas sobre la protagonista adquieren el carácter de obstáculos que ella debe remover para definir sus objetivos. La lectura y análisis del segundo fragmento del proyecto personal permitirá profundizar en estas reflexiones.

II Fragmento

Viene el aspecto, pues, el aspecto intelectual. Ya mi hija, a, a unas, a un tiempo, ya está en, en el bachillerato. Yo le empiezo a decir: “Yo te ayudo”, porque a mí me metieron a una escuela comercial. Me partieron en dos pero, en fin, tuve que estar ahí. No me, no me dieron secundaria, ¿no? Entonces, este, le decía a mi hija: “Si quieres yo te ayudo con la máquina”, ¿no?, y pues ya me enteraba de lo que ella, de los trabajos que luego me decía. Se va, este, mi hija, este, a la carrera, a... [menciona el nombre de la universidad] y, este..., y me dijo: “¿Sabes qué mamá?, dice, voy a estudiar, primero dijo, me voy a ir a la escuela de Ciencias y Humanidades” Dije: “¡Ay!, ¿quién sabe qué sea eso?, ¿no? (risas) No, sí mamá, no, sí, está bien, ¿no?, y esto y el otro”. Y sí, sí, siempre les digo así, ¿no? Entonces..., sí, entonces, después se va a, este..., a [vuelve a mencionar el nombre de la Universidad]. Me dice, este...: “Me voy a ir a Ciencias”. Entonces, cuando ella me dice Ciencias, yo regreso. Estuve trabajando 3 años, 3 años de noviazgo, 3 años de trabajo, mhm, este..., entonces, ahí conocí a la hermana de una Maestra en Ciencias, mhm. Y ella me platicaba de las clases de su hermana, de sus viajes, que estaba haciendo un libro y todo eso. Entonces, pues, cuando Claudia me dice que se va a Ciencias yo voy para allá y regreso para acá y digo: “¡Qué bueno!, ¡qué bueno!” , mhm

A: O sea, recordó todo esto que le contaba...

N: Sí, lo que me contaba la hermana de esa maestra. Y me pegué mucho con ella porque yo no quería estar en la máquina ni, ni en el teléfono. Me chocaba eso, ¿no?

A: Usted estaba trabajando en ese momento...

N: Sí, en una oficina que, bueno, me tuve que echar a buscar, ¿no? Entonces, este..., siendo soltera todavía. Entonces, esta Elena era la contadora de ahí. Y yo me empiezo a pegar con ella, me empiezo a pegar con ella, me empieza a enseñar, me empieza: “A ver, a ver, hazme números en, aquí”. Y ve que mis números son bonitos y le dice al, al dueño: “Quiero que Natalia esté conmigo y todo eso”. Yo me siento... la mejor. Y, y desgraciadamente, junto con el tiempo de trabajo, el tiempo de noviazgo, y cuando recibo mi segundo aumento, pues, me caso, mhm. Bueno, pero es otra parte, ¿no? Pero, entonces, yo regreso con mi hija cuando me dice: “Me voy a, voy a estudiar Ciencias”. Y me acuerdo de la maestra y regreso con Claudia, bueno, mentalmente, y digo: “¡Qué bueno mamacita!, ¡qué bueno! ¿Te gusta?” Dice: “Sí, sí me gusta”. “¡Qué bueno!”, ¿no? Entonces, empieza ahí, cambia en cierta forma mi ritmo, porque entonces todavía con más dedicación, este..., sin que mi hija sea una atendida o una flojaza, sucia, este..., eh, trato de evitar que esté metida en..., en que me ayude a mí, mhm. No la molesto. Sigue ella, una mujer muy, muy pegada. Inclusive, luego me dejaba ahí con los muchachos. Yo no sabía qué hacer con ellos y ella encerrada ahí leyendo (risas). Dice: “Oye mamá pero, pues, es que están unos muchachos”. “Sí, diles que ahorita voy”. Total a veces se aburrían los muchachos, mejor se iban, ¿no? Otras temporadas empezaron a llevar guitarra y mejor se ponían a cantar, y yo ahí con ellos y, bueno, una convivencia también muy bonita, ¿no? Y uno que me decía: “Váyase a la secundaria nocturna” y otro que me hablaba de historia, otro me hablaba de pedagogía, entonces, este..., pues todo eso era, era, era una cosa muy, muy novedosa para mí, ¿no? Y con Claudia, que era muy, muy parca, muy callada, yo a veces le preguntaba algunas cosas. Sí, sí me respondía y eso, ¿no? Y luego, pues, me seguía dejando sus trabajos y me decía: “¿Me pasa esto a máquina mamá?” Y ahí yo ya me enteraba de esto y yo decía: “¡Qué bueno!, ¡qué bueno!, ¡qué bueno!” Y en eso también yo iba... asimilando un poco, ¿no? Porque, realmente, los trabajos en la casa lo absorben a uno, ¿no?, muchísimo. Entonces, tempranísimo, a preparar el desayuno, jugo, fruta, lo que hubiera en mi, mi situación económica, y este..., se iban todos y ya, después,

al mercado, a preparar la comida. Llegaban, estaba la mesa puesta, que el agua de limón, que la salsa, que todo, hasta tortillas les hacía yo, comían y cada quien a su, a su, a su disciplina, ¿no? Tengo otro hijo que se llama Cuauhtemoc, él le golfeó un poco porque le gustó andar de..., de viajero en la República y perdió unos 3 años, que ahorita le está costando mucho, mhm. Entonces, él estudió Genómica, nada más es Licenciado en, en Genómica. Mi hija está por titularse en la Maestría, en el..., en la, ¿cómo me dijo?, no me acuerdo bien. Tengo otro hijo que estudió Astronomía. Ahorita, él también está terminando su tesis. Parece que va a ser, en..., [menciona el tema de investigación], creo. Creo, ¿eh?, porque ese hombre es muy reservado. No, no me abre mucho su espacio. Tengo otros dos hijos, Rene e Iván, que por cambios en la familia, que también vendrá otra cosa, este..., resintieron mucho y, y determinadas circunstancias tanto económicas como de, de distancia, este, se salieron de., de..., del bachillerato, no lo terminaron y después de 8 años regresan, se ponen al corriente, después de 6 años y fracción, regresan, sacan lo del bachillerato y están en la Universidad. El cuarto hijo tiene 2 hijos y su mujer que también está en la Universidad. Y está empezando la carrera de Biología, en Ciencias, y el quinto hijo, ése se le ocurre irse a Música, con 25 años de edad, y el otro con 31 o 32 años de edad, ¿no?

Análisis del fragmento. Este fragmento remite hacia las “interacciones significativas”, es decir, aquéllas que suponen la orientación del proyecto y la definición de los objetivos factibles con base en las respuestas típicas que la protagonista anticipa en los aliados y adversarios. ¿Quiénes son? y ¿cuáles son las expectativas que Natalia les atribuye para la definición de su proyecto? Los próximos apartados abordan estas interrogantes.

Los aliados. Al analizar las posibilidades lógicas del relato, entendidas como un ordenamiento que lo torna inteligible, Claude Bremond (1986: 107) señala que la función de aliado implica un intercambio de servicios, entre dos o más agentes, orientado a un proyecto de mejoramiento. La ubicación temporal de dichos servicios determina distintos tipos de intercambios, ya sea que el aliado cumpla la función de socio solidario, de acreedor o de deudor.

En el primer caso, la ayuda implica un intercambio de servicios simultáneo y el mejoramiento se obtiene por un ajuste de perspectivas entre ambos roles que se acercan

hasta coincidir. En cambio, cuando el beneficiario y su aliado forman una pareja acreedor/deudor, los puntos de vista se oponen. Sucede, entonces, que la ayuda del aliado constituye una forma de reconocimiento de un servicio anterior, o bien, un anticipo de una compensación futura (Bremond, 1986: 107). La revisión de esta clasificación permite identificar variaciones de dos tipos en el intercambio que la protagonista establece con los hijos, sus principales aliados para la concreción del proyecto.

Natalia y su descendencia. Al comienzo del acontecimiento, los hijos aparecieron como el impulso para concretar un proyecto de superación personal y familiar. Sin embargo, la protagonista debía tomar a su cargo las acciones que implicaba llevarlo a la práctica. Asimismo, destacó el estímulo intelectual provisto por la hija mujer que la protagonista calificó como una “invitación” al cambio. Esta propuesta coincidió con el acceso de Claudia a niveles de escolaridad superiores a los alcanzados por Natalia⁵⁴. Cabe preguntarse, entonces, ¿qué implicaciones trajo consigo la escolaridad de los hijos, y especialmente la de Claudia, con relación al proyecto?

En primer lugar, abrió la posibilidad de vivir experiencias que le fueron negadas, como así también, de obtener el reconocimiento social vinculado con las mismas. En este sentido, al referirse a su ingreso a la escuela comercial nocturna, Natalia lo calificó como una “primera estocada” que le propinaron los antepasados, especialmente, Ramona. Asimismo, evocó con disgusto esta experiencia, excepto por las amistades que entabló en ese periodo de su vida. También, en otro pasaje del relato, revivió la decisión de abandonar la escuela porque, debido a las severas restricciones económicas que imponía Ramona, al concluir los estudios ella no recibiría las mismas recompensas que otras jóvenes de su generación: el anillo, el baile de graduación y la publicación de su foto en el periódico, una práctica frecuente de reconocimiento social a las egresadas de aquel entonces.

En segundo lugar, las lecturas propuestas por la hija y la oferta de Natalia para mecanografiar los trabajos escolares, le permitieron “enterarse”, es decir, realizar una tarea de auto-aprendizaje. Para la protagonista, esta formación autodidacta expresaba una

54 “Ahí hay un lapso cuando mi hija tenía 17 años, en que también yo empecé a cambiar. Empecé a ver otras cosas y la participación de Claudia, para mí fue muy importante, aun con su silencio, porque era muy callada. Pues, a lo mejor entendí a lo que ella me invitaba. Entonces ahí hay una etapa que yo la considero muy, muy bella, muy bonita, después del nacimiento de mis hijos. Esa parte para mí es muy importante porque creo que contribuyó a no sumirme, a no quedarme ahí estancada”.

aspiración presente en otros momentos de su vida; por ejemplo, cuando adquirió su primer libro a instancias de unos patrones que promovieron la venta de ejemplares para sus empleados en el lugar de trabajo; también, a través de la lectura de bibliografía que el cónyuge aportaba al hogar. Por otra parte, este deseo de “enterarse” contribuyó a identificar y definir los objetivos del plan en su dimensión personal: “refinarse”, “cultivarse”.

En tercer lugar, la escolaridad de la hija adolescente propició intercambios con otros jóvenes con quienes experimentó “cosas novedosas”, tales como la convivencia en momentos de esparcimiento o los estímulos para estudiar. En otros pasajes de la entrevista, Natalia evocó las salidas al cine y la iniciación de un curso de idioma italiano con los hijos mayores y sus amigos⁵⁵. En respuesta a estos estímulos, ella se impuso una serie de tareas que implicaron modificaciones en otros ámbitos específicos del mundo de la vida. En este sentido, los trabajos destinados a incrementar la disponibilidad económica apuntaron a satisfacer las necesidades básicas tales como la alimentación y la vestimenta, personal y de sus hijos.

Sin embargo, el propósito que alentaba estos esfuerzos trascendía la dimensión de las necesidades estrictamente biológicas para orientarse hacia el desarrollo, en los hijos, de una capacidad que Natalia afirmaba en sí misma: la de “apreciar las cosas buenas”. Esta expresión que puede asociarse con la idea del refinamiento, invocada en otro pasaje del episodio seleccionado, demandaba el acceso a ciertos bienes de manera abundante, como así también, la limpieza, el orden, la buena presentación y los detalles de confort y buen gusto, tales como cortinas, manteles, estantes para ubicar los libros de texto, flores en la mesa, etcétera. Por otra parte, en el ámbito doméstico, ella redoblaba sus esfuerzos a fin de crear las condiciones para favorecer el estudio de los hijos sin exigirles participación en las labores hogareñas.

De este modo, durante la adolescencia, ellos ocuparon el lugar de los aliados solidarios. Frente a los antepasados, proveyeron los estímulos y sustentaron la confianza de la protagonista en sus posibilidades para realizar el proyecto. Así, mientras ella concretaba las acciones descritas, al mismo tiempo, cuestionaba la estructura de incompatibilidades biográficas y socioeconómicas y, de este modo, confirmaba para sí la factibilidad de los objetivos propuestos. Esta ratificación apareció en otro fragmento de la entrevista, cuando ella dijo:

55 “Por invitación de todos y por hacerla fácil o quizá por una fuga, me fui a tomar clases de italiano, Y, pues, andaban todos ahí, Claudia, Plutarco, Manuel, Ema y de ribete yo. Plutarco, en un momento dado me dice: “Van a pasar *Una giornata particolare*, y va a haber un ciclo de películas italianas, ¿quieres ir?” “Sí, sí sí voy”. Entonces, yo salía de la cocina volando y me vestía lo mejor que podía y ya lo alcanzaba allá e íbamos al cine. Nos salíamos, había una cafetería y ahí estamos tomando café y fumando; entonces, la señora Natalia fumó como loca, y oyendo música y todo eso”.

Entonces, quería yo vivir en otra forma porque estaban mis hijos, mhm. Y yo, sin llegar a sentir terror ni miedo, mhm, ni inseguridad, pensaba que, que no era posible que mis hijos fueran a estar en un momento así, y que podían pero no propiciado por mí, mhm. Quizá, ingenuamente pensaba yo, la fatalidad o.. y.. y que nunca pensé que si el marido me dejaba, yo me iba a ir para abajo, ¿no? Jamás, jamás. Entonces, eh... como que agarraba yo la, la seguridad ésa para mis hijos y, a la vez, para mí, mhm.

En este sentido, los hijos adolescentes encarnaron la función de beneficiarios del proyecto de cambio. Aunque, en virtud de la respuesta que Natalia anticipaba de ellos, en el mundo de los contemporáneos los hijos comenzaron a deslizarse hacia la posición de deudores. La compensación futura que ella preveía fue acreditándose a medida que los hijos concretaban sus estudios. Huelga decir que la información detallada de las carreras universitarias y de los niveles o grados alcanzados por cada uno de ellos, incluida una de las nueras, como así también, la mención al reinicio de los estudios por parte de los dos menores después de varios años de interrupción, reiteró la función de aliados-deudores. A su vez, la cancelación de esta deuda resultaba crucial para mantener y reforzar la percepción de sí misma como “trionfadora”, en especial porque, como surge más adelante, las incompatibilidades de tipo económico, aunadas a su condición de mujer, acarrearón dilaciones e implicaron reajustes al plan original.

Por último, en la esfera de las limitantes ontológicas, destacó la adscripción de la protagonista al género femenino que, desde el presente del relato, ella interpretó como un estorbo para la toma de decisiones. Natalia lo mencionó en los siguientes términos:

Pero aquí viene una etapa en que fui sometida, otra vez, por el marido, mhm, ¿eh? Y, pues, yo, enamorada, pues, dejé pasar mucho tiempo (risas). Eva se enamoró (risas), mhm.

En un capítulo previo, al analizar los nombres empleados por Natalia para designar a la heroína del relato, surgió “Eva”, como una adversaria o antagonista de sí misma. En esta figura cristalizaron expectativas típicas depositadas sobre las mujeres por su adscripción al género femenino. Sin embargo, el rechazo de la protagonista para reconocerse en estas tipificaciones, que ella calificó como “tradicionales”, trajo como consecuencia una confrontación donde intersectaron las voces de antepasados y contemporáneos, próximos y anónimos, en relación con una figura: “la madre aguantadora y sufridora”.

Por el lugar asignado a esta imagen, al inicio del acontecimiento, puede afirmarse que, desde la perspectiva de Natalia, el rol materno “tradicional” le imponía un límite para la toma de decisiones que, en caso de persistir, prevalecería sobre sus objetivos tornándolos inviables. En este sentido, y a medida que avanzaba el relato, la protagonista redobló sus esfuerzos para planear y concretar el proyecto, en un verdadero ejercicio de autonomía, entendido este concepto como la potestad de dictar las propias normas que orientan la acción las cuales, en este caso, implicaron el planteamiento y la concreción de las metas personales y familiares. Esta exigencia demandó la revisión de las tipificaciones del acervo subjetivo de conocimiento, entre ellas, los significados de Eva. A la postre, este cuestionamiento derivó en modificaciones sustanciales a la identidad de género de la protagonista, apenas advertidas a estas alturas del relato. En este punto cabe señalar que, además de aliados, el acontecimiento también permitió identificar a los adversarios del proyecto. Como paso previo al análisis de las interacciones significativas con estos opositores, el siguiente apartado transcribe el tercer fragmento.

III Fragmento

Y él [se refiere a su hermano mayor] llegó a decir que, que yo era ya una presumida, mhm. ... Y que si yo, teniendo este..., que si yo, este..., trataba de..., de ser, este..., pues sí, eso de que, de que te dicen: “Ay tú ya no te acuerdas de dónde viniste”, mhm. Aunque no te lo dicen directamente pero, inteligente o estúpidamente le dan al clavo, ¿no?, ¿ves?, yo pienso, mhm. Pero en una forma muy, muy tonta, muy absurda, porque, este..., yo creo que la mayoría de la gente, en más o en menos, queremos... subir más, ¿no?, mhm Yo me doy por, por triunfadora, mhm, porque he tratado de buscar algo, algo que me sienta bien. Y batallé con mi marido, batallé con las cuñadas, batallé con la madre y el padre de él, batallé con mucha gente, mhm. Pero mucha gente que, que..., que inclusive me..., simplemente con su mirada como que me decían: “Pobrecita”, ¿no? Y como que si veían que yo trataba de..., de caminar mejor o expresarme mejor, como que me decían eso, ¿no?, mhm. Fue una..., una fobia mía, fue una cosa pero yo no sabía que era eso, ¿no? Entonces, no podía permitirlo de parte de mi hermano y menos de su mujer y peor tantito que no me lo dijera directamente, mhm. Peor tantito, ¿no? Porque como yo les he dicho a mis hijos: “Yo prefiero que a mí me, me digan tales por cuales, porque ya sé a lo que me atengo, mhm, y no que anden... así, ¿no?” Total que nos fuimos separando, separando, separando y en una ocasión, hace cuatro años, estaba con mi hermano. Y cuando llegaba con mi hermano Jaime, a veces, me hablaba por teléfono, mhm. Y yo siento que yo era muy fría, mhm. Entonces, pues sí, cómo estás, que esto y que el otro, y las veces que nos llegamos a ver, nos saludábamos de mano, cosa que yo no, casi no acepto el saludo de mano, mhm, sino quizás un acercamiento así, más, más bonito, no sé, ¿no? Entonces, le digo a mi hermano Jaime: “Pues, es que siento que es el vecino de enfrente. ¿Por qué saludarnos de mano?”, ¿no? Entonces él llegaba y me daba la mano, pues, yo también se la daba, ¿no?, pero no, no, no me gustaba, ¿no? Y exactamente, el día que me iba a casar, un día antes, me dijo, ¿no?: “Pero eso sí, te vas a acordar de mí,

porque mañana te armo un escándalo, mhm”. Entonces, yo me quedé así. En esa ocasión sí pensé: “Va a traer a mi mamá, va a traer a Carmen, ¿qué va a pasar con mi papá?, ¿qué va a pasar con Ramona?” Con, con mi marido no porque había ido yo con él, ¿no? Pero estaba así, tensa, ese día que me casé. Para mí, creo que es el día chocante de mi vida, mhm. Entonces, inclusive en la foto estoy así, toda aterrada, (risas) Entonces, me amenazó.

A: ¿El no quería que usted se casara?

N: No, no, no, no porque eh..., se emborrachaba y se volvía muy, muy violento, mhm. Pero en un estado, digamos, sin tener... alcohol de por medio, era otra su conducta, no era la que yo había conocido, no era la que..., no sé y..., y, también pensaba yo: “Bueno, pues, si yo trato de salirme de eso, pues, él también tiene derecho a seguir ahí o salirse”, ¿no?, no sé, ¿no?

Análisis del fragmento. En este pasaje destacan las figuras de los adversarios quienes ocupan la posición de agentes dotados de iniciativa e intereses propios, a través de los cuales obstaculizan la concreción del proyecto. Representan un problema cuya solución demanda la definición de estrategias más o menos complejas. De acuerdo con Bremont (1986: 109), cuando la iniciativa de eliminar al adversario no responde al azar sino que depende del agente, surgen dos posibilidades:

- 1) la negociación para transformar al adversario en aliado.
- 2) la agresión para suprimirlo.

En este primer momento, el análisis se centra en la figura del hermano mayor y de los personajes anónimos que, desde la perspectiva de la protagonista, “dan en el clavo”. Estos últimos aparecen incluidos bajo la denominación genérica de “la gente”. En el relato, Hilario y “la gente”, cumplen la función del adversario eliminado. En un segundo momento, el trabajo aborda la relación con otros personajes que, por la vía de la negociación, aportan a la definición de las metas para concretar el proyecto.

Natalia-Hilario. Al ubicarse en una relación “yo-tú” con el hermano mayor, ella lo reconoció como un antagonista autorizado para cuestionar sus aspiraciones, atribuyéndole un juicio lapidario: “presumida”. La estrategia para neutralizarlo apareció bajo la forma de un distanciamiento. Así, al evocar los cuestionamientos de Hilario, que Natalia hizo extensivos a la cuñada, la protagonista apeló a los aliados para explicarse, con base en la franqueza que ella esperaba en las interacciones con los demás, los motivos del

alejamiento. Al respecto, Natalia mencionó: “Porque como yo les he dicho a mis hijos: ‘Yo prefiero que a mí me, me diga tales por cuáles, porque ya sé a lo que me atengo, mhm, y no que anden... así, ¿no?’”

Acto seguido, evocó un tiempo impreciso, mediante la expresión “nos fuimos separando”, reiterada dos veces. Esta alocución conectó el momento inicial, cuando decidió ser otra mujer, con el resultado final: la triunfadora. De este modo, el giro hacia la interioridad adoptó las características de un proceso en el cual, el distanciamiento de los otros significativos que obstaculizaban sus aspiraciones de “ir a más” y “ser otra”, constituyó un requisito para concretar los objetivos del proyecto. Este alejamiento incluyó el contacto físico con el hermano mayor. Apenas compartían un saludo de mano en las reuniones esporádicas para celebrar eventos familiares. Además, esta separación repercutió en el plano de los afectos donde los encuentros con Hilario evocaban la lejanía del trato con un extraño.

En el tercer fragmento, Natalia, quien se mostró intrigada y disgustada por esta distancia, regresó al pasado, al momento en que contrajo nupcias y el hermano mayor la amenazó con provocar un escándalo. Aunque atribuyó el comportamiento a la influencia del alcohol, la protagonista reconoció que, incluso en los momentos de sobriedad, la relación con el hermano había cambiado. Puesta en la encrucijada de conservar el vínculo con Hilario o de lograr los objetivos del proyecto, la protagonista decidió por esta última opción, única que parecía contemplar como viable para “ser otra”.

En un pasaje siguiente, Natalia reafirmó su concepción del cambio como un ejercicio de voluntad, de esfuerzo personal, y concluyó con una expresión donde reconocía el derecho del otro a involucrarse o, por el contrario, a mantenerse en una actitud pasiva, de espectador, ante los sucesos futuros. De este modo, finalizó: “Si yo trato de salirme de eso, pues, él también tiene derecho a seguir ahí o salirse”, expresión que, de cara al proyecto, cerraba toda posibilidad de comunicación con el hermano.

Natalia- Los que dan en el clavo, la gente. Aparecen en una relación “yo-ellos” con la protagonista quien, en un primer momento, mantiene en el anonimato la identidad de quienes coinciden con Hilario para recordarle la imposibilidad o futilidad de sus proyectos.

En otros pasajes de este acontecimiento, “ellos” cobran nombre: el cónyuge, la familia de él y la esposa de Hilario quienes se unen al coro de los que “dan en el clavo”.

Todos los adversarios coinciden en recordarle sus orígenes para aferrarla a ellos con la fuerza de un destino. En este lugar parece ubicarse otro de los problemas que Natalia debe resolver para concretar su proyecto de “ir a más”. A los efectos de neutralizar la influencia de los adversarios, ella adopta una estrategia que consiste en ubicar sus aspiraciones en el contexto de un “otro generalizado”, al que designa como “la mayoría de la gente”. Con relación a este otro, también anónimo, ella comparte las mismas metas.

El recurso empleado por Natalia para defender su proyecto señala una distinción que ubica a los adversarios en el lugar de la minoría, de los que aparentemente no quieren “ir a más”. Ya sea porque deciden mantenerse en la misma posición o porque no se esfuerzan, como es el caso de Álvaro y de la familia política respectivamente, o bien, porque experimentan un descenso en su posición social que, por distintas razones, no pueden revertir, un “ir a menos”, tal como sucede con el abuelo paterno y con la madre biológica.

Pero, a partir de las experiencias previas de la protagonista surgen otras tipificaciones que encarnan la versión opuesta: las mujeres fuertes de su relato representadas por la madrastra, la tía Soledad, la amiga Benita y su propia hija. Con base en el reconocimiento que les concede, Natalia legitima sus aspiraciones y neutraliza los pronósticos negativos del mundo de los antepasados y de los contemporáneos, ubicando a los adversarios en el sector de una minoría, con escasa iniciativa y fortaleza. La protagonista reconoce que contra estas figuras “batalló bastante”, la pusieron a dudar con respecto a la factibilidad de sus objetivos, señalaron la futilidad de sus esfuerzos y la presunción al tratar de superar los orígenes, aferrándola al destino inicial.

La confirmación del poder que ejercieron los “otros anónimos” surgió en la siguiente reflexión de la protagonista: “Aunque no te lo dicen directamente pero, inteligente o estúpidamente, le dan al clavo”. De este modo, Natalia les atribuyó una autoridad que no requería de palabras en la anticipación de un pronóstico temible. Frente a estas voces, la protagonista dio un salto al presente para afirmar: “Yo me doy por triunfadora”, expresión a través de la cual concluyó el diálogo con esos otros significativos, refutó sus predicciones y cerró el acontecimiento.

Sin embargo, esta afirmación implicó un cambio con respecto a la posición de “fracasada”, ubicación resultante de sus orígenes desventajosos. Para entender los alcances de ese tránsito desde una posición desfavorable, a otra que ella califica como exitosa, resulta necesario adentrarse en la construcción del personaje de sí misma a fin de indagar cómo afrontó la estructura de incompatibilidades ontológica y biográfica. El próximo apartado aborda ambas dimensiones del relato.

La construcción del sí mismo: de la fracasada a la triunfadora. La afirmación “Yo quería ser otra”, implica diferenciarse de quien es, de quien fue y de quien no desea ser. Estas imágenes, referentes negativos del sí mismo, implican un distanciamiento radical con el pasado y el presente, a fin de anticipar a la Natalia resultante del cambio.

Así, surgen tres personajes de “sí misma” que coexisten en distintas dimensiones de la realidad y en diversos ámbitos del mundo de la vida al momento de esbozar el proyecto. Para comprender el peso de cada una de ellas sobre las metas que Natalia se propone, el análisis del relato autobiográfico se orienta hacia dos acontecimientos. Uno de ellos ocurrido en la infancia, donde inicia el distanciamiento con el hermano mayor. Este episodio, ubicado entre los 8 y los 14 años de la protagonista, preludia la definición del proyecto de cambio y profundiza en la comprensión del papel que juegan los adversarios con relación a sus orígenes biográficos. El otro recupera un lapso de extensión poco precisa que inicia unos años después de casada. En la definición del proyecto personal, ella evoca esta experiencia con la expresión: “Eva se enamoró”, para dar cuenta de otro obstáculo en la concreción de sus metas.

Ambos acontecimientos remiten a la construcción del sí mismo en el pasado. Corresponden a la Natalia de quien la protagonista desea distanciarse para ser una mujer y una madre distintas. La próxima sección aborda el análisis de cada uno de ellos.

“ME TRAÍAN COMO MOLINILLO... Y ME ABRACÉ AL ÁRBOL”

El título que encabeza esta sección recupera y combina dos expresiones vertidas por Natalia durante el transcurso de la narración; a la vez, sintetiza uno de los principales obstáculos que la protagonista enfrenta durante su infancia: la inseguridad. Esta época precaria, que ella asocia con el movimiento de un “molinillo” y, en otro pasaje, con la expresión “Yo era

la pelota de fútbol de los mayores”, la expone a situaciones de riesgo donde debe escoger entre opciones que inciden sobre la construcción de la heroína desde el presente del relato.

Asimismo, esta expresión aparece al cierre de un acontecimiento ubicado al inicio de la primera sesión de entrevista; en esa oportunidad, después de la presentación inicial que incluye el año y lugar de nacimiento, Natalia ofrece numerosa información sobre los orígenes biográfico, una especie de versión abreviada de la propia vida que prelude la llegada de este primer episodio.

En esa introducción, destacan algunas frases que, desde el comienzo, alertan al auditorio sobre la singularidad del relato:

- “No conocí a mi madre [hasta] cuando tenía yo veintiún años [...] por motivos que me iba a casar, no tenía papeles ni tenía nada”
- “Mi papá se vuelve a casar [...] ahí sí se casa [...] y paso a vivir con mi papá cuando tenía ocho años”.
- “Mi hermano mayor y yo estuvimos en la calle [...] alrededor de un año, solos”.

Estas tres frases se sustentan en una serie de informaciones confusas que la protagonista despejará a medida que avance el relato. Sin embargo, conviene precisarlas para perfilar algunos rasgos de la atmósfera que rodea el acontecimiento caracterizado por las figuras del molinillo y del árbol:

- a) El desconocimiento de la madre biológica no obedeció a una causa fortuita como podría ser el caso de fallecimiento.
- b) El primer contacto con la madre se produjo cuando la protagonista contaba con veintiún años de edad. Con anterioridad a esa fecha no existió ningún vínculo.
- c) El motivo para concretar ese primer encuentro no obedeció al propósito exclusivo de conocerse; en cambio, medió la necesidad de contar con la documentación requerida para contraer nupcias.
- d) El padre no se casó con la madre de la protagonista.
- e) De la unión entre sus padres nació, al menos, un hermano mayor que la protagonista.
- f) El padre contrajo nupcias con otra mujer con posterioridad al nacimiento de Natalia. En ese momento, ella se instaló en la casa paterna.
- g) La protagonista fue a vivir con su padre cuando tenía 8 años de edad.
- h) Al menos durante un año, ningún adulto se hizo cargo de la niña quien vivió en la calle en compañía de un hermano mayor.

Con independencia de la profusión de situaciones, personajes, acciones y escenarios que aparecen en el inicio, destacan ciertos aspectos del contexto que funcionan como marco del acontecimiento:

- a) La ciudad de México representada por los distintos barrios donde transcurre la vida de Natalia. Aparece como un gran escenario donde las imágenes se suceden

de manera vertiginosa, iluminadas por breves referencias que, en un primer momento y, desde la perspectiva de la receptora, generan cierta confusión.

- b) Una profusión de personajes adultos que aparecen y desaparecen de su vida con la misma vertiginosidad que las imágenes de los lugares donde habita.
- c) Descripción de los alimentos que ingiere en los escenarios donde transcurren los años de la infancia. También, diversas acciones ligadas con la práctica de “comer”, en particular, con la acción de “poner la mesa”. A través de estas evocaciones es posible identificar diferencias entre los escenarios y personajes con quienes convive en la infancia.
- d) El pasaje de una situación de inestabilidad, caracterizada por la alternancia de los escenarios y personajes durante los primeros 8 años de vida, a otra situación de mayor equilibrio al insertarse en el seno de una familia.

Cabe señalar que en el contexto del acontecimiento prevalecen las descripciones que contribuyen a crear una atmósfera de movimiento, especialmente, destacan las impresiones sensoriales a través de la vista y el gusto. En el inicio del relato no hay nada fijo o estable donde asirse, excepto por la figura del hermano mayor que la cuida, la protege y garantiza las condiciones mínimas de supervivencia: abrigo, alimentación cuidado, limpieza, etcétera.

La evocación de los primeros años de vida surge a borbotones y prevalece una confusión de lugares, personajes y temporalidades. Sin embargo, esta mezcla remite al gran escenario donde transcurre la historia: ciertas zonas de la ciudad, especialmente, un gran mercado de abasto con su dinamismo característico. Entonces, la primera impresión que surge de las palabras de Natalia adquiere otro sentido: las calles, con sus vendedores y sus puestos, las fiestas, las ferias y las actividades al aire libre parecen coincidir con la confusión y el movimiento que caracterizan, en el recuerdo, las experiencias de los primeros años de vida de la protagonista. Así, en el origen del relato destaca una identificación entre la calle y la vida⁵⁶. Sin embargo, a partir de los ocho años, cuando se instala con su padre y la madrastra, el movimiento parece detenerse. Esto le permite regresar con mayor profundidad sobre algunos escenarios y personajes apenas mencionados al comienzo de la narración, sólo entonces surge este acontecimiento.

El relato

De ocho años me inscribe Ramona, era la esposa de mi papá, me inscribe en la primaria y, entonces, yo termino la primaria de, de catorce años, eh..., hay ahí cosas de adaptación, desde luego, con la relación de la esposa de mi papá.

56 Estas asociaciones surgieron luego de recorrer, en compañía de la narradora, los distintos escenarios donde transcurrió su infancia. No dejo de reconocer la distancia temporal que separa el Aquí y Ahora de nuestros recorridos con el Aquí y Ahora de la protagonista de la historia. Por otra parte, en el mismo relato, como así también, en los comentarios que acompañaron nuestros recorridos, surgieron comparaciones donde Natalia enfatizó el deterioro, la violencia, la inseguridad, la desconfianza, como rasgos característicos de estos escenarios en el presente. Sin embargo, en mi calidad de receptora, el relato de vida cobró nueva significación después de estas visitas y recorridos.

A: *¿Cómo por ejemplo?*

N: *Como por ejemplo, yo, que yo era muy... muy callada, quizás temerosa, a ella, la veía así como, pues..., pues, extraño.*

A: *Mhm, o sea, ¿usted le tenía miedo a ella?*

N: *Como miedo, ahá, como miedo sí, este..., entonces, pasa..., pasa el tiempo, pasa el tiempo, pues, me someto realmente o me somete, como sea, y..., y en una de tantas tenía yo como, estaba como en tercer año de primaria cuando ya empieza a aparecer con cierta frecuencia mi hermano el mayor, que no se quiso quedar ahí en la casa. Como a no sé que tiempo lo llevaron y no se quiso quedar con..., con mi papá y con su esposa, él se fue. Entonces, en esa..., esa etapa, cuando estaba en tercer año, llegó a la escuela donde yo estaba, la maravillosa y gloriosa escuela Benito Juárez de la colonia La Seguridad, mhm. Entonces, este, llega y [hay una interrupción] Sí, entonces, eh..., aparece mi hermano el mayor, y él todavía... .*

A: *Y él, ¿cómo se llama su hermano?*

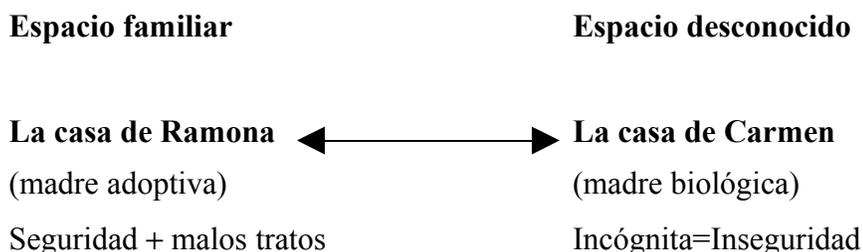
N: *Mi hermano, mi hermano el mayor se llamó Hilario Rebollo Salazar, mhm. Mi hermano el chico se llama Jaime Rebollo Hernández, ahorita le digo por qué es Hernández, y yo me llamo Natalia Rebollo Hernández, mhm. Entonces, lo Hernández parte de la esposa de mi papá, que nos..., registró a nombre de ella, mhm. Entonces, así está la cosa y..., cuando aparece mi hermano yo estaba como en tercer año de primaria y..., y empieza a aparecer mi hermano, ¿no?, y, pues..., saludo y no me sé cómo haya sido el saludo. Y llegó el momento en que..., me quería llevar a fuerza, a fuerza, a fuerza, me quería llevar: “Vámonos con mi mamá”.*

A: *¿Él estaba con su mamá?*

N: *Sí, él estaba con (risas), ahora sí que con mi mamá, (risas) y, este..., y yo no me quise ir. No me quise ir. No, no me quise ir. Materialmente me agarré, ahora sí que de un árbol, que todavía existen los árboles, me agarré de un árbol y no me quise ir y no me quise ir. A la distancia, yo veo eso como... que, aunque pasara lo que pasara en casa de Ramona, este, yo tenía una seguridad, mhm. Yo ya tenía una seguridad, mhm, eh..., con..., con todo lo que eso, eh..., implicaba, ¿no?, regaños y malos tratos, eh..., eh..., cosas así, ¿no? Entonces, eh..., no me quise ir y pasó el tiempo.*

La relación espacio-tiempo. El fragmento ubica la acción en la acera de la escuela primaria donde asiste la protagonista. Desde ahí surgen dos espacios, uno familiar y otro desconocido. El primero corresponde a la casa paterna, asociada con la seguridad pero, al

mismo tiempo, con la violencia que implican los malos tratos y las agresiones físicas. El segundo representa una incógnita porque está relacionado con un personaje que ella desconoce: la madre biológica. En este sentido, puede caracterizarse con rasgos opuestos al anterior, es decir, como un ámbito de inseguridad.



El pasaje revela la intersección de varias temporalidades que marcan el comienzo y el fin del acontecimiento:

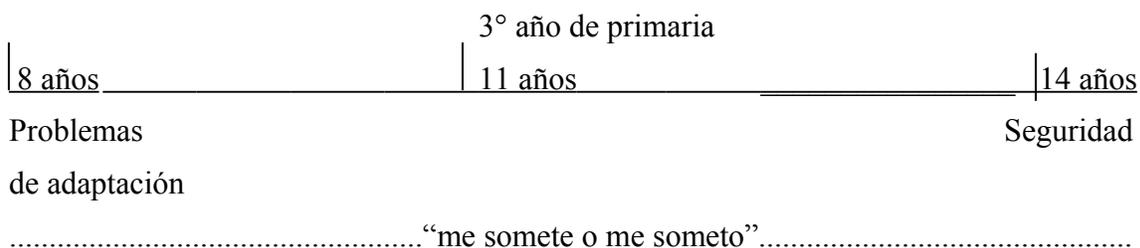
Inicio: La protagonista se ubica en una fase del ciclo de vida que corresponde a la etapa de escolaridad primaria: entre los 8 y los 14 años. Este comienzo está ligado a los problemas de adaptación con la esposa del padre. Dentro de ese lapso, identifica los siguientes episodios:

- a) Reencuentro con el hermano mayor cuando ella está en tercer año de la escuela primaria.
- b) Intento de instalar en la casa paterna al hermano mayor quien rechaza el ofrecimiento⁵⁷. El episodio no está fechado.

Final: La protagonista se ubica en una temporalidad posterior a los hechos narrados y evalúa su propio comportamiento como una forma de obtener seguridad.

Cabe señalar que Natalia caracteriza el tránsito entre los momentos que marcan el comienzo y el cierre del acontecimiento con la expresión “me somete o me someto”, referida a su relación con la esposa del padre.

El siguiente gráfico muestra la intersección de estas temporalidades:



⁵⁷ En las entrevistas de la segunda época, este rechazo aparece como una huida del hermano después de un episodio donde la madrastra ejerce violencia en contra de Hilario.

La evocación de los escenarios donde transcurre la acción destaca el vínculo de la protagonista con otros personajes en los distintos momentos, datados a partir de la edad cronológica de Natalia. El próximo apartado analiza estas interacciones.

Interacciones significativas. Son aquellas con base en las cuales la protagonista orienta sus propias acciones. En el acontecimiento descrito destacan las que entabla con la madrastra y con ambos hermanos, el mayor y el menor. Los siguientes apartados las analizan con detalle.

Natalia- Ramona. En este episodio, la protagonista siempre nombra a Ramona como “la esposa de mi papá”, es decir, entabla con la madrastra un vínculo “yo-ella”. Esta constatación orienta el análisis hacia las reflexiones de Emile Benveniste sobre la estructura de las relaciones de persona en el verbo. Al respecto, el autor expresa: “Cuando salgo del ‘yo’ para establecer una relación viva con un ser, encuentro o planteo por necesidad un “tú” que es, fuera de mí, la única persona imaginable” (Benveniste, 1989: 168). Y, en otro pasaje, destaca que el pronombre “él/ ella” puede referirse a una infinidad de sujetos o a ninguno pero jamás a una persona (Benveniste, 1989: 166).

De este modo, el uso de “ella” para referirse a Ramona indica la imposibilidad de establecer una relación “viva” con la madrastra, es decir, una relación “cara a cara” que, en el acto de apropiación de la lengua, supone una orientación recíproca por la cual las posiciones “yo-tú” resultan intercambiables ya que desde el punto de vista discursivo, la relación “yo-tú” implica que ambas posiciones pueden invertirse en la otra, es decir, aquél a quien “yo” define como “tú” puede pensarse e invertirse en “yo”. (Benveniste, 1989: 166).

De lo expuesto surge que, en este acontecimiento, la esposa del padre cumple un rol que podría desempeñar cualquier otra mujer presente en la escena. Así, los encuentros con la madrastra no sólo remiten a las tipificaciones actuales sobre ese personaje. También, Ramona encarna el mundo de los adultos y caracteriza un modo de interacción donde la protagonista aparece en una posición defensiva. Ante el poder autoritario que ejercen sobre ella, la única posibilidad consiste en aceptar el sometimiento, por propia voluntad o como resultado de la imposición, tal como parece expresar la frase: “Me someto o me someten”.

Natalia-Hilario. El encuentro con el hermano mayor a la salida de la escuela detona un conflicto que podría caracterizarse por la necesidad de optar entre dos figuras significativas: la madre biológica o la esposa del padre. La reiteración de las expresiones, “no me quise

ir”, y, “me agarré de un árbol”, revelan la fuerza del dilema que no puede resolverse mediante una simple negativa. Por ello, el comportamiento adoptado no constituye una respuesta en sentido literario o figurado. Natalia debe expresarse “físicamente”, es decir, con todo el cuerpo.

Por otra parte, cuando el hermano se dirige a ella, lo hace por medio de una orden: “Vámonos con mi mamá”. La reiteración por tres veces del mismo enunciado: “Me quería llevar a fuerza”, revela que Hilario no propone o sugiere sino que espera obediencia de la protagonista. En este punto, el relato muestra otro enfrentamiento, esta vez, entre dos figuras de autoridad: el hermano y la esposa del padre.

Cabe señalar que en otros pasajes del relato, al referirse a la experiencia de vivir en la calle, la protagonista presentó a Hilario como una figura protectora encargada de satisfacer las necesidades de alimentación, protección, abrigo, limpieza, etcétera. En este sentido, entonces, el conflicto puede interpretarse como resultado de la exigencia de optar entre dos figuras de autoridad, la madrastra y el binomio hermano-madre biológica. Ambas encarnan la imagen de la seguridad, una ubicada en la experiencia de calle, cuando sólo contaba con el hermano mayor para subsistir; la otra representa la estabilidad del presente. De este modo, la exigencia de Hilario la enfrenta a la toma de una decisión donde Natalia pone en juego su propia seguridad que la remite a unos orígenes inciertos, los cuales evoca con la expresión “me traían como molinillo”.

En este sentido, la imagen de “aferrarse al árbol con todo el cuerpo”, posee una fuerza expresiva que da cuenta de la intensidad del dilema. Ella lo resuelve asiéndose de las “raíces” que conoce, a partir de su tránsito por los distintos escenarios vinculados con la familia paterna. Porque de la madre sólo conserva impresiones vagas: unas melodías, la evocación de la escena primaria, los escalones de una vivienda y el umbral de la vecindad donde dormía. Al mismo tiempo, el tronco del árbol que evoca en este pasaje, representa la seguridad del presente y augura un futuro de estabilidad que sólo choca con las exigencias de sometimiento. Sin embargo, en el recuerdo, la protagonista las minimiza, cuando unas líneas después, afirma: “Me gustaba la vida que, que..., la actividad que llevaba con Ramona”. De este modo, si la vida no resultó tan satisfactoria, al menos las tareas que desempeñaba en la casa compensaban otros aspectos del sometimiento.

Relación Nosotros-Él. En el relato aparece otro personaje, Jaime, el hermano menor. Él y Natalia fueron registrados legalmente como hijos de Ramona, circunstancia que establece una distinción “Nosotros/Él” entre los niños:

Nosotros	Ramona	Él
Natalia – Jaime		Hilario
Hijos legítimos. Reconocidos legalmente por la madre adoptiva		Hijo ilegítimo. Nacido de una unión no legalizada

No deciden con respecto al vínculo legal con la madre adoptiva

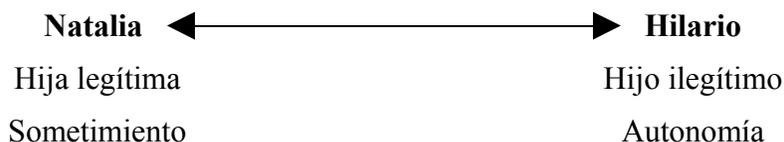
Sí decide con respecto al vínculo con la madre adoptiva

Pierden el vínculo con la madre biológica

Mantiene el vínculo con la madre biológica

En este punto cabe recordar que, pese a recibir la misma oferta que los otros hermanos, Hilario no aceptó la posibilidad de ser reconocido legalmente por la madrastra.

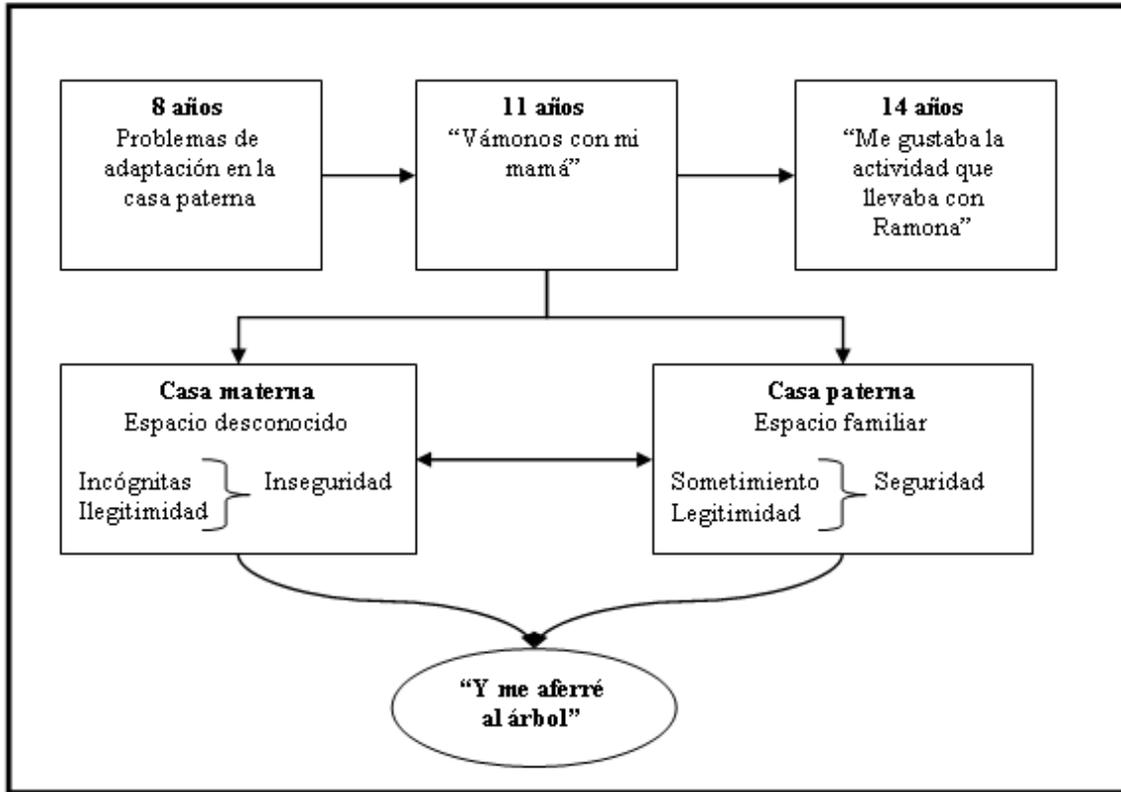
De este modo, la distinción “Nosotros/Él”, referida a la situación legal de los hermanos menores, también permite diferenciar entre dos posiciones desde las cuales relacionarse con Ramona y, por extensión, con el mundo de los adultos: sometimiento o autonomía.



Esta distinción revela que el sometimiento no sólo puede concretarse a través de los golpes y malos tratos. También, la pérdida del vínculo legal con la madre biológica indica una forma de subordinación al dominio de Ramona. Por su parte, el hermano rechaza esta oferta, en un acto que puede interpretarse como una muestra de autonomía⁵⁸. De este modo, la seguridad que implica ser reconocida como hija legítima trae, como contrapartida, el sometimiento. A su vez, el precio de la autonomía consiste en permanecer en una situación de ilegitimidad.

Las dimensiones del análisis consideradas hasta este punto pueden reunirse en el siguiente gráfico:

58 En otros pasajes del relato, cuando Natalia narra el distanciamiento con el hermano mayor, refiere actitudes que califica como “fanfarronas”. Desde la óptica de la protagonista, una de las razones que explica el comportamiento de Hilario reside en este acto de autonomía, como así también, en el hecho de haber mantenido, durante toda la vida, el vínculo con la madre biológica.



En síntesis, en este acontecimiento, dos personajes comparten ciertos rasgos que permiten caracterizarlos como “garantes de seguridad”: la madrastra y el hermano mayor. Sin embargo, cuando Hilario insiste en imponer su voluntad para que la protagonista abandone la casa paterna, el mismo personaje tipificado como “protector” le exige un comportamiento de riesgo. En este sentido, los esquemas de interpretación previos de Natalia, resultan insuficientes para comprender la nueva experiencia y ella debe continuar la tarea de explicitación que la lleva a ubicarse en una temporalidad distinta y distante: el presente del relato desde donde evoca el distanciamiento con el hermano como condición para alcanzar los objetivos del proyecto. En este punto, cabe preguntar de qué manera la protagonista de este acontecimiento, es decir, la Natalia de la infancia, podría obstaculizar la construcción del sí mismo que la narradora anticipa con los rasgos de “la triunfadora”. Para responderlo, el siguiente apartado analiza el personaje que sale al encuentro en este fragmento del relato.

La construcción del sí mismo. Los apartados previos presentan ciertos rasgos que caracterizan la construcción del sí mismo que cobra vida en este acontecimiento signado por las imágenes del molinillo y del árbol. A manera de síntesis, conviene recordar que Natalia es una niña en la etapa de escolaridad primaria instalada, a los ocho años de edad, en la casa paterna. Ahí observa a sus semejantes con extrañeza. Asimismo, aparece inmersa en una relación donde la madrastra se impone de manera autoritaria aunque la protagonista interpreta este comportamiento como resultado de sus propios “problemas de adaptación”.

A través del relato, la narradora enuncia las consecuencias anticipadas de este sometimiento: la obtención de seguridad. Por otra parte, esta búsqueda remite a dos figuras de autoridad que, en cierto momento, aparecen en pugna. Sin embargo, la protección esperada trasciende el plano material, no sólo comprende la satisfacción de necesidades básicas. También, implica una búsqueda de reconocimiento asociada con el cambio de estatus legal, al ser reconocida como hija legítima por el padre y la madrastra, en el contexto de una relación conyugal legalizada. Las consecuencias de esta modificación acarrearán la pérdida del vínculo con la madre biológica. ¿De qué manera la protagonista percibe esta pérdida?, ¿cómo impacta en la construcción del sí mismo? El próximo apartado ofrece algunas respuestas a estas interrogantes.

De la inmaculada a la intrusa. Para analizar la construcción del sí mismo este apartado recupera un episodio que forma parte del contexto del acontecimiento; en él, la protagonista refiere dos encuentros con Ramona. En la primera ocasión, el padre la presenta como su hermana menor y la madrastra la viste con “olanes y moños”, la inscribe en un jardín de niños y la lleva con su antigua patrona. En esas visitas, la protagonista recibe un tratamiento que, en el recuerdo, equipara con el de una virgen: “Me ponían ahí como inmaculada”. Sin embargo, cuando la madrastra descubre la mentira, la expulsa a la calle donde permanece, durante un año, bajo la protección del hermano mayor.

Cuando Natalia regresa a la casa del padre por segunda vez, ya no es la niña sin mancha sino la hija de una relación previa no legalizada. Entonces, del trato deferente pasa a una relación de sometimiento donde, como destaca en otros pasajes del relato, ella siente que debe esforzarse para permanecer en un espacio que no le corresponde por derecho propio⁵⁹.

59 “Yo sentía que pagaba, bueno, ahora lo pienso, de niña quizás no, pero como que yo sentía que pagaba [...] con mucha disposición [...] el terminar todo eso que ella me ponía para tenerla contenta, por una parte; y

En esta segunda ocasión, la protagonista podría identificarse con la figura de la “arrimada”, expresión que en el lenguaje coloquial alude a una persona que vive bajo el cobijo o protección de otras con quienes no necesariamente mantiene una relación de parentesco. No habitar un espacio propio implica la ausencia de derechos y conlleva una situación de desventaja que se traduce en inestabilidad e inseguridad.

Además, ciertas expectativas depositadas sobre el rol de “arrimada”, tales como la obediencia y la gratitud, impactan de manera diferente sobre el ejercicio del poder entre quienes participan en esta forma de interacción. Cabe señalar que estas variaciones dependen de la interpretación que realizan las personas concretas en situaciones específicas. Así, en el caso de Natalia, la posición de “arrimada” parece ubicarla en un punto extremo de indefensión, equiparable con el de una intrusa a quien pueden expulsar a la calle, como sucede después de la primera convivencia en casa del padre, o bien, depositar en un orfanato, posibilidad considerada por los adultos cuando la niña se instala por segunda vez con Mauro y Ramona⁶⁰. En este punto cabe preguntar, ¿qué señales de los otros significativos permiten pensar en la construcción del sí mismo como “la intrusa”?

El primer “síntoma” surge cuando Mauro la niega como hija y, al descubrirse el engaño, no impide la expulsión a la calle. Luego, al instalarse por segunda vez en esa casa, Natalia evoca la frialdad del padre que, desde la perspectiva de la protagonista, corresponde al trato que se brinda a un extraño. Por otra parte, le asigna un nombre que no corresponde con su sexo (el segundo nombre de la protagonista es Rafaela pero el padre la llama Rafael). A su vez, el hermano menor lamenta la llegada de Natalia a la casa paterna e insiste para que se vaya⁶¹. También, la madrastra la relega en el afecto y establece preferencias por Jaime⁶². A partir de lo expuesto, cabe afirmar que la extrañeza con que Natalia caracteriza la mirada que dirige a sus semejantes sería la contrapartida del modo en que es observada y que se

por otra parte, era mi seguridad, era mi seguridad”.

60 Inmediatamente después del acontecimiento descrito, la protagonista recuerda: “Y una ocasión se dio [...] el hecho de que querían internarme en un internado, que entonces eran puras niñas, una casa hogar.

Entonces, mi abuela [dijo]: “Pues, si la van a internar, mejor me la llevo”.

61 “Jaime, en un principio me llegó a correr, llegó a decir: ‘Desde que tú viniste ya no compran mis trajes [...] de casimir y esto y el otro, y que yo, pues, (risas) nomás los oía [...] Pero ya cuando fue más grande, empezaba a ser..., un poco tosco conmigo”.

62 “Una vez, platicando Ramona con una comadre paisana, no sé quién haya sido, oí muy bien que dijo: ‘No, dice, yo a mi güera la visto, le compro ropa, tú sabes que cuando va al pueblo y que es la mera fiesta [...] del santo patrono de allá, no le falta nada, no quiero que me la malvean, no quiero que ningún infeliz de allá se le arrime [...] Por eso le compro ropa, por eso la llevo bien [...] Pero, ¿quererla como a mi Negro? No. [...] Si se trata de querer, es al Negro, a mi Pepe”.

explícita en la descripción de los comportamientos de sus familiares: ella no pertenece a ese lugar por derecho propio.

En síntesis, la intrusa enfrenta dos opciones: ser expulsada, como sucede en el primer episodio, o bien, ganarse poco a poco un lugar aunque para eso deba aceptar las condiciones impuestas por los demás, en este caso, la renuncia al vínculo legal con la madre biológica, el distanciamiento del hermano mayor, la violencia física y psicológica y los trabajos domésticos excesivos para su edad.

Del reconocimiento legal al reconocimiento afectivo. La relación con Jaime ofrece otro rasgo para analizar la construcción del sí mismo como intrusa. Cabe recordar que el niño llega a vivir a la casa paterna a los pocos meses de nacer. De este modo, desde muy pequeño es criado por Ramona, a diferencia de Natalia que se instala definitivamente a los 8 años. Entre los hermanos, la madrastra establece una distinción que se evidencia en las manifestaciones de afecto. Por otra parte, la protagonista evoca un episodio, transcrito en la última cita a pie de página, en el cual Ramona manifiesta abiertamente su preferencia por el niño.

Lo expuesto permite inferir que, a diferencia de la protagonista, Jaime dista mucho de ser un intruso. Por eso, cuando Natalia expresa que en esa época “sabe” que él es su hermano porque el padre se lo ha informado, pero que no lo “siente” como tal, cabe interpretar este comentario con base en el vínculo materno. Así, al menos en el plano afectivo, los hermanos no comparten la misma madre. Por consiguiente, la distinción entre “saber” y “sentir” revela que no basta con poseer cierto estatus legal para modificar la posición de la protagonista.

Este “descubrimiento” impactará las relaciones con otros significativos a lo largo del relato, revelación que podría caracterizarse con dos expresiones empleadas por la protagonista al inicio de la narración. Así, al describir los recorridos por el Centro de la ciudad, ella comenta que “devoraba” con la vista los edificios antiguos y, con referencia a la ingesta de alimentos en la casa de Ramona, Natalia recuerda que “sentía hambre de frutas por toda esa abundancia” experimentada cuando vivía en la calle. Estas expresiones aluden

a una carencia que puede extenderse a la dimensión de los afectos, cuya necesidad de satisfacción reaparece en distintos pasajes del relato⁶³.

Hasta este punto, el análisis permitió ubicar dos ideas rectoras que orientan el proyecto personal y familiar de la protagonista. A lo largo del relato, aparecen sintetizadas mediante dos expresiones: “Yo quería ser otra” y “subir un poco”, esta última con algunas variantes como “ir a más” o “subir más”. El referente del primer enunciado es la identidad de género femenina, mientras que la segunda frase remite a la posición de la protagonista y su familia en el sistema de estratificación social. Sin embargo, ambas expresiones y sus variantes se encuentran estrechamente relacionadas dado que, desde la perspectiva de la protagonista, las transformaciones que anticipa para sí misma y los suyos requieren que ambas dimensiones, la identidad subjetiva y la posición social, se transformen en paralelo. Esto significa que una madre tradicional, es decir, “aguantadora”, “sufridora” y, por lo tanto, ubicada en un rol pasivo, no puede emprender las acciones requeridas para alcanzar las metas que garanticen una mejora en las oportunidades y condiciones de vida personales y familiares.

Con base en los aportes de Schutz y Luckmann, el análisis distingue entre el proyecto de vida personal y familiar que anticipa la protagonista en diversos momentos del relato, de otros episodios donde Natalia se limita a enunciar propósitos con distintos grados de generalidad. Esta diferencia radica en que la definición del proyecto implica sopesar las posibilidades de transformación futuras en relación con los obstáculos que, desde el presente, se oponen a la concreción de las metas planteadas. Como señalan ambos autores, estos impedimentos aparecen bajo la modalidad de una estructura de incompatibilidades de tipo biográfico, ontológico y socio-económico.

Al rastrear estas limitaciones en el relato de Natalia, surge el acontecimiento que gira en torno de las figuras del molinillo y el árbol. Con respecto a estas imágenes, el molinillo puede interpretarse como expresión de la incertidumbre, de la inseguridad y de la inestabilidad que caracterizan los años de la infancia mientras que el árbol aparece como único referente de seguridad, de estabilidad. De ahí que aferrase al árbol “con todo el

63 Una mención a esta necesidad afectiva surge cuando la protagonista evoca sus expectativas referidas a la vida conyugal: “Yo pensaba que al salir ya de la casa me iba a liberar de todo eso [se refiere a la violencia que vivía en casa de Ramona]. Iba a encontrar refugio. Yo tan falta de... de cariño, ¿no? Estas ausencias de la madre, esas, también, muy severas ausencias del padre, también, pues, yo creo que interiormente estaba yo muy ávida de, de ese afecto, esos huecos tan inmensos, ¿no? Y este hombre tan... tan así. ¡Ay!”

cuerpo”, puede analizarse como una opción por las “raíces”, por la certidumbre que implica contar con una historia personal, familiar, de antepasados y de figuras de autoridad que le permitan erigirse en la heroína de su propio relato.

En síntesis, el “molinillo” y el “árbol” expresan el dilema al cual debe enfrentarse la protagonista y que ella resuelve al optar por un espacio en la casa paterna que incluye el reconocimiento de sus estatus legal como hija del matrimonio compuesto por el padre y la madrastra. De este modo, el acontecimiento descubre las incompatibilidades que Natalia confronta y que ella resuelve mediante el distanciamiento de las figuras del pasado ubicadas en las antípodas de su proyecto de cambio: la madre biológica que encarna a las mujeres débiles, las que optan por sufrir, aguantar, las que permanecen en un rol pasivo, por un lado, y el hermano mayor quien encarna las figuras que están asociados con “ir a menos”, por el otro. La próxima sección ofrece el análisis del segundo obstáculo identificado por la protagonista para la concreción del proyecto.

“EVA SE ENAMORÓ”

La reconstrucción de este acontecimiento semejó el armado de un rompecabezas cuyas piezas estaban dispersas a lo largo de todo el relato. La primera referencia al personaje bíblico surgió al definir el proyecto propio. En ese momento, la narradora le atribuyó una emoción que demoró el logro de sus metas: enamorarse del cónyuge. ¿Por qué interpretó esta afección como un obstáculo de cara al proyecto? y ¿cómo afrontó esta incompatibilidad entre la Eva enamorada y la Natalia triunfadora, a fin de plantear objetivos factibles para concretar sus expectativas de cambio? Para responder a estas cuestiones, el análisis retomó algunos fragmentos donde la protagonista se presentó a sí misma como Eva, o bien, la invocó para explicar el sentido de las acciones vinculadas con su adscripción al género femenino.

Sin embargo, la primera vez que la protagonista mencionó a la Eva enamorada, esta figura bíblica no refería a un “yo” o a “Natalia”, tal como sucedió en otros pasajes, sino a “ella”, una persona indeterminada a quien ubicaba como paciente de dicho estado amoroso. De este modo, la locución “Eva se enamoró”, permitió derivar tres conclusiones:

- 1) La protagonista no experimentó esta afección durante el noviazgo.
- 2) El enamoramiento surgió después del matrimonio.
- 3) Desde el presente del relato, Natalia descartó la posibilidad de reconocerse en el enamoramiento de Eva.

La primera conclusión surgió al evocar el periodo de noviazgo. Al respecto, Natalia dijo:

N: Yo no... no paso por alto el hecho de que, pues, andando de novios, pues, luego yo creo que... caíamos en situaciones un poquito más difíciles, ¿no?, ¿ve? Y que..., pues sí, sí, sí me gustaba, me sentía enamorada. Bueno, no. Sentía que me gustaba

A: ¿Qué le gustaba?

N: Él, él. Su, su presencia, sus abrazos, su cercanía, todo, todo, ¿no?

A: O sea, ¿el contacto físico con él?

N: El contacto físico con él. Me seguía gustando, mhm. Me gustaban esos ojos que tenía. No, no, no. Me gustaba. Yo no puedo decir, se lo he dicho a mis hijos, yo no puedo decir que estaba enamorada, ¿no? Porque tenía yo muchos conflictos, mhm. Tampoco puedo decir que fue mi tablita de salvación, que yo lo tomé como mi tabla de salvación, porque no tenía yo maña de esas, le digo. Pero sí me gustaba mucho. Pues sí, me arrastraba físicamente, ¿no?, mhm.

Este pasaje reiteró una característica del relato “balance” (Catani, 1993: 137-162). Porque al invocar a los hijos como testigos de sus dichos, la narradora evidenció un proceso de reflexión, sobre sus propios recuerdos, previo a las sesiones de entrevista. Con independencia de la concreción efectiva de este diálogo con sus descendientes, la decisión de apelar a ellos como garantes le permitió reforzar la potencia de sus afirmaciones al exponerlas al juicio de los sucesores. Por otra parte, la narradora no recurrió a destinatarios anónimos ubicados en algún punto del futuro, en cambio, invocó a quienes dotaron de sentido al proyecto personal y familiar.

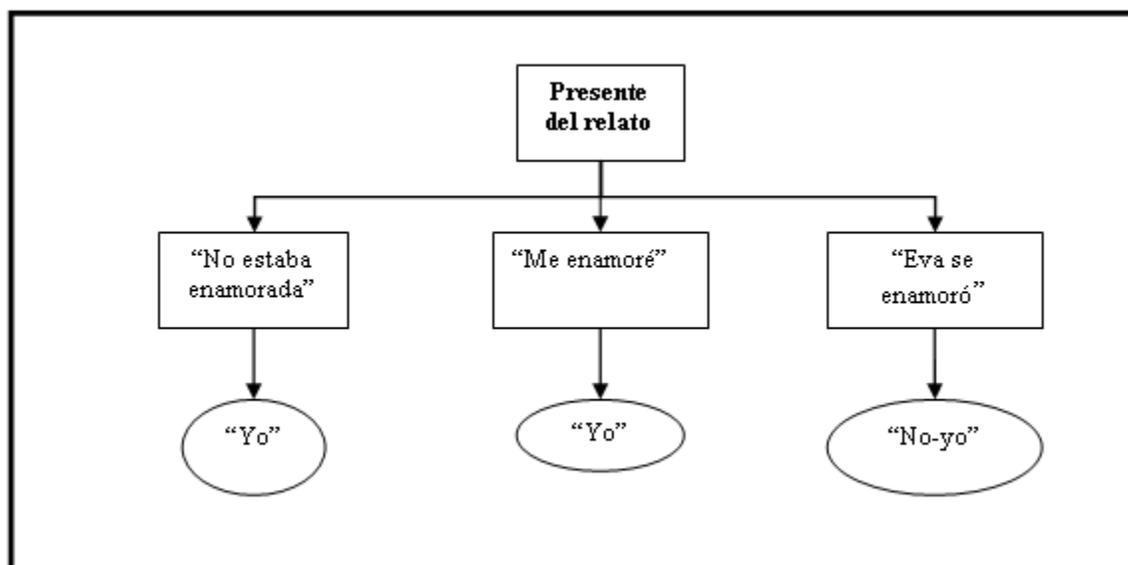
Con respecto a la segunda conclusión que ubicó el enamoramiento con posterioridad al matrimonio, en otro pasaje del relato la protagonista localizó esta afección después del quinto año de casada⁶⁴. Sin embargo, esta vez, no apeló a Eva; en cambio, refirió ese estado al “yo”. El significado atribuido al sentimiento amoroso apareció asociado con la preocupación por la integridad física de Álvaro, cuando en las empresas donde laboraba descubrían su militancia en el Partido Comunista. De este modo, ella constató su

64 “Después de cinco años de casada me enamoré de este hombre”.

enamoramiento al anticipar los propios sufrimientos derivados de una posible agresión en contra del marido⁶⁵. Pero, mientras la protagonista se percataba de los riesgos vinculados con el compromiso político del cónyuge, también comenzó a idealizarlo “como una especie de héroe”, “un príncipe azul, muy valiente”.

De las dos conclusiones anteriores, sustentadas en las palabras de Natalia, surgió una distinción entre dos representaciones de “sí misma” como enamorada: “Eva” y “yo”. Aunque a primera vista parecían traslaparse, el empleo de esas dos etiquetas indicaba que los significados atribuidos al enamoramiento podían variar al relacionarlos con cada uno de estos personajes. Estas reflexiones ofrecieron una pista para profundizar en la tercera conclusión: los esfuerzos de Natalia para diferenciarse de Eva.

Una nueva revisión de los materiales biográficos reveló que ambas figuras aparecían distanciadas en el tiempo. Así, el enamoramiento de Eva expresaba el pasaje desde un momento inicial de noviazgo, donde no experimentó ese estado, a otro, ubicado en el presente del relato, donde la protagonista rechazaba la identificación con la figura bíblica. Entre ambos momentos se extendía una época intermedia donde la narradora se reconoció a sí misma como una mujer enamorada. Lo expuesto puede representarse en el siguiente esquema:



65 “Empecé a enamorarme de él, empecé a sufrir por él, porque no llegaba, nunca faltó a la casa. Las veces que lo corrían de las empresas, pues, era un sufrimiento para mí porque, no lo van a herir. En ese tiempo ya empecé a darme cuenta del clandestinaje del Partido Comunista Mexicano, mhm”.

Desde el presente del relato, existe una época intermedia entre la ausencia de amor, imputada al “yo”, hasta la negación o la pérdida del amor que aparece bajo la forma de una afección del “no-yo”, es decir, de Eva. En ese periodo intermedio, la narradora se reconoce como una mujer enamorada.

Con independencia de las razones que ella ofreció para explicar este pasaje, surgió una interrogante: ¿de qué manera este tránsito del enamoramiento al desamor afectó la negociación del contrato conyugal entre Natalia y Álvaro? Para responder a esta cuestión, recuperaré algunos fragmentos del relato donde la protagonista evocó las interacciones entre ambos, desde la época del noviazgo.

Al inicio de esta relación, Natalia decidió mantenerlo en secreto. Para ese entonces, ella trabajaba en el área administrativa de una fábrica de telas. Como la protagonista temía que al descubrirse el compromiso con Álvaro, la madrastra la obligara a dejar el empleo, mantuvo una fuerte oposición para oficializarlo, pese a la insistencia del joven. Él accedió por un tiempo hasta que, por propia iniciativa y sin consultarlo con Natalia, transgredió el acuerdo, presentándose ante Ramona como el pretendiente de la joven.

Con posterioridad, cuando Álvaro acudió con sus familiares para concretar el “pedido de mano”, rehusó el matrimonio por Iglesia debido a sus convicciones políticas. Ramona rechazó al pretendiente y, como Natalia también deseaba la boda religiosa, interrumpió el noviazgo. Luego, él accedió a las expectativas de la joven pero impuso una condición: casarse por el Civil de manera inmediata y sin notificar a ningún familiar. Ella acató la decisión por varios motivos, distantes todos de una respuesta sustentada en el enamoramiento. En distintos pasajes de la narración, la protagonista explicó estas razones. Por una parte, el matrimonio representaba una vía para alejarse de la violencia de Ramona, recrudescida cuando Álvaro oficializó el noviazgo. Por otra, la insistencia de la joven en el matrimonio religioso obedeció a la búsqueda de un “galardón”. ¿En qué consistía este reconocimiento?

En primer lugar, significaba el distanciamiento definitivo de la madre biológica porque, a través del matrimonio por ambas leyes, Natalia conjuraba el fantasma de su presencia, de su deshonra, del abandono y del cuestionamiento moral de este personaje, como un destino

que, desde la perspectiva de los “otros significativos”, la condenaba a reiterar la historia de Carmen. En segundo lugar, el matrimonio legalizado por ambas leyes constituía la prueba fehaciente del acatamiento a las restricciones o “tabúes” de Ramona en el plano de la sexualidad y, al mismo tiempo, satisfacía las expectativas paternas en el “terreno moral”. De este modo, Natalia aspiraba a lograr el reconocimiento afectivo de las figuras de autoridad de la infancia y, en paralelo, refutaba la voz del “otro generalizado” sobre su propia reputación y en relación con los pronósticos desfavorables “de quienes me habían... mal visto y que me habían injuriado... [Por eso] yo tenía que casarme por la Iglesia”, concluyó la protagonista al evocar este episodio. De ahí la condición que ella impuso al cónyuge después del matrimonio civil: no encontrarse con él hasta la ceremonia religiosa porque, hasta entonces, la boda carecía de reconocimiento público.

En este momento, surgieron las primeras piezas del rompecabezas, ubicadas en una etapa previa al noviazgo y vinculadas, por un lado, con los orígenes biográficos de la protagonista y, por otro, con las expresiones empleadas por la narradora para referirse a sí misma. Así, en pasajes anteriores destacó la figura de “la intrusa” o “la arrimada”, cuya presencia en la casa del padre constituía el recordatorio permanente de la unión conyugal no legalizada y del engaño de Mauro a Ramona. Frente a los adultos de su historia, esta posición adquirió la fuerza de un destino que la ataba a su doble condición: de mujer y de hija ilegítima, es decir, sin derechos de ninguna especie. En consecuencia, el matrimonio representó la posibilidad de obtener un reconocimiento, “el galardón”, y refutar la voz del “otro generalizado” que la condenaba de antemano a reiterar la historia de su madre biológica.

Al poner en relación estas piezas, Álvaro surgió como un aliado solidario quien, además, auguraba protección y refugio para el futuro. Sin embargo, el comportamiento “indiferente” del cónyuge durante el viaje de bodas, la llevó a dudar de las expectativas depositadas sobre el cambio de estado⁶⁶. Y, más adelante, cuando iniciaron la convivencia, estas sospechas se confirmaron. Así, la distancia inicial se transformó en una actitud de arrogancia y superioridad acompañada de las primeras expresiones de violencia física y

66 “Ya al fin salimos, tomamos el bendito camión a Guadalajara. Pues, en Morelia yo me quería regresar. ¿Por qué me quería regresar? Porque Álvaro iba... así, indiferente, ¡no!, muy indiferente [...] Pero, pues, si nos habíamos casado. Yo no pensaba en más, no sabía más, sino que... yo concebía que me llevara abrazada, que me besara. Y no. Se bajó él a comprar unos jugos de naranja, yo llevaba el dinero. Hasta eso, me lo dio a mí. Cuando él se baja yo tuve el impulso de bajarme también y regresarme. Dije: ‘¿A qué voy?, ¿a qué voy si no me ha dirigido la palabra?’ No, no, nada. Nada”.

verbal bajo la modalidad de bofetadas e insultos. Al mismo tiempo, el ejercicio de la sexualidad comenzó a experimentar cambios que la protagonista recordó con las siguientes expresiones: “Cesó ese arrullo, esos amoríos, esas entregas así, sin ton ni son, y este hombre comienza a manifestarse como el marido”. ¿Cómo se concretó el ejercicio de este rol después del matrimonio? Desde la respectiva de la protagonista, él comenzó a sentar las bases de una autoridad que no admitía cuestionamientos, tampoco negociación, y que ella caracterizó como una “disciplina militar”. ¿De qué manera este ejercicio de poder afectó las interacciones entre ambos cónyuges?

En principio, el relato reveló una clara división sexual del trabajo desde el momento en que decidieron contraer nupcias. Así, unos días antes de la boda por el civil, Álvaro le sugirió que renunciara a su empleo y ella estuvo de acuerdo. Más adelante, en los primeros años de casados, y en uso de sus prerrogativas como proveedor, él administraba el dinero y determinaba la orientación del gasto. De este modo, establecía las prioridades y los montos que entregaba a Natalia. En consecuencia, durante el transcurso del primer embarazo, él negó los fondos necesarios para confeccionar el ajuar del bebé. En respuesta, ella comenzó a rebelarse y él apeló a la violencia física y verbal para trazar los límites de la negociación. Pronto, Natalia descubrió que el derecho del cónyuge para fijar las prioridades no sólo incluía el manejo del dinero; también, la distribución de los afectos entre ella y la familia política y el uso del tiempo libre quedaban fuera de toda negociación.

Como consecuencia de estas restricciones, la comunicación entre los cónyuges sufrió un deterioro: ya no disponían de tiempo compartido para salidas y paseos, tampoco para realizar o recibir visitas, excepto las familiares, y el ejercicio de la sexualidad chocaba con la distancia y las agresiones del cónyuge en el trato cotidiano. Así, con el paso del tiempo, las “pruebas” impuestas mutuamente durante el noviazgo, las cuales caracterizaron una forma de negociar el poder entre ambos, se transformaron en límites que él exigía y ella acataba. En ese momento del relato, Álvaro comenzó a adquirir los rasgos de un adversario. Natalia se refirió a él como “el patrón”.

Cabe señalar que, de acuerdo con las evocaciones de la protagonista, estos episodios ocurrían durante los primeros cinco años de matrimonio. Para ese entonces, ella trataba de modificar los términos de la interacción por la vía del enfrentamiento. En respuesta, recibía mayores imposiciones. Finalmente, estas agresiones reiteradas la sumieron en una posición

de impotencia. Algunas expresiones de Natalia, empleadas al evocar distintos episodios de esta época, evidenciaron la vulnerabilidad del personaje.

Entre los numerosos pasajes vinculados con esta percepción de sí misma destacaron algunos por la fuerza de las imágenes evocadas. Así, al comentar sus primeras respuestas ante los mandatos del cónyuge, concluyó: “Empecé a ponerme un poco enojada, un poco rebelde, y de imbécil y de estúpida no me bajaba”. Más adelante, cuando la protagonista descubrió el embarazo de su segundo hijo, el cónyuge decidió, sin consultarlo con Natalia, transferirle a su propia hermana un negocio floreciente iniciado por la protagonista: la venta de zapatos por cuenta propia. Ella anticipó la pérdida de este emprendimiento pero cerró el relato de este episodio con la siguiente reflexión: “Yo no podía protestar, no podía hacer nada”. Por último, otro pasaje evocó el traslado a la Colonia El Porvenir, pocos días después del nacimiento de la hija. Como la vivienda carecía de agua potable, una vecina le propuso lavar la ropa de la familia en su domicilio. Sin embargo Natalia rehusó el ofrecimiento. Al recordarlo, expresó: “Yo, por temor a ese hombre, no iba a lavar la ropa”.

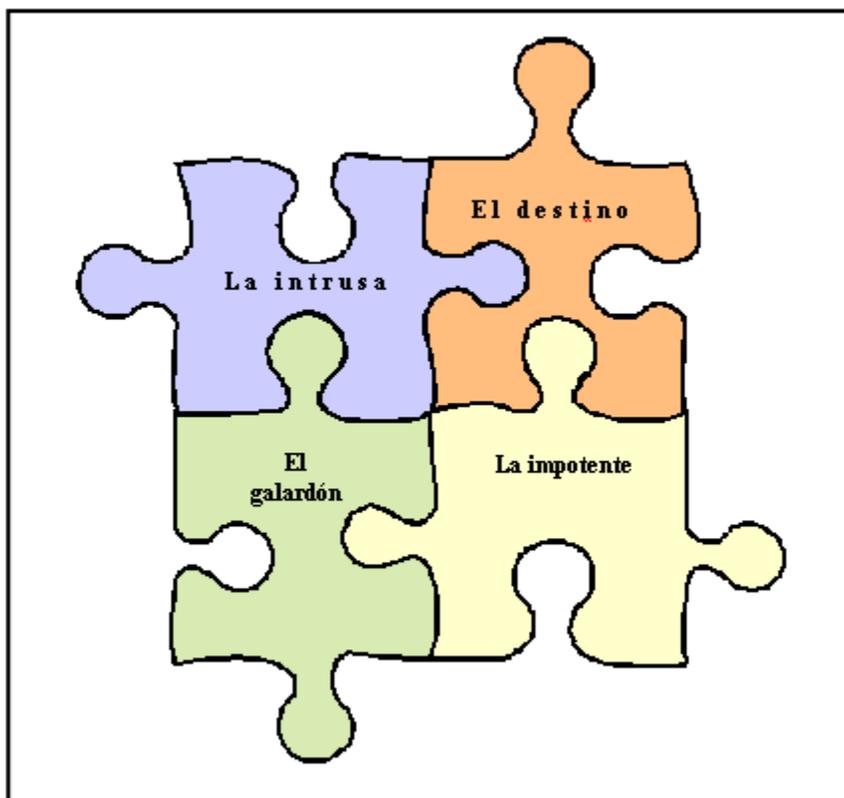
Finalmente, pocos meses después de la mudanza, la protagonista comenzó a realizar trabajos orientados a incrementar los ingresos económicos de la familia, entre ellos, cosía brasieres a escondidas para evitar el enojo del cónyuge. Al mencionar esta actividad secreta, surgió la segunda referencia a Eva. En este caso, la invocó como representante de todas las mujeres, de antes y de ahora, que debían actuar en secreto para afrontar el mismo problema: el acatamiento de los mandatos del cónyuge y la búsqueda de alternativas para ocultar cualquier decisión propia que pudiera interpretarse como un menoscabo a la autoridad del marido. La protagonista finalizó el recuerdo de este episodio con la expresión: “Sigue Eva con sus problemas”.

La frase resultó por demás sugerente. No sólo remitía a la posición subordinada de las mujeres en tanto género; también, abría la posibilidad de contemplar esta anécdota como una táctica para confrontarla. De este modo, ante la imposibilidad de transformar al adversario en aliado por la vía de negociación, surgió Eva quien, con argucias y artimañas, logró sus propósitos pese a la oposición del cónyuge. En esta segunda mención a la figura bíblica, Eva encarnó una forma de ejercicio de poder que, a la luz de las reflexiones de Michel De Certeau (2000: 35-48), sólo podía concretarse desde el lugar del otro; por eso,

Natalia, como una más de las mujeres adscritas al género femenino, aprovechó la coyuntura y, en este sentido, desarrolló lo que el autor denomina: “el arte del débil”.

Sin embargo, el episodio también mostró que con anterioridad a la Eva enamorada, a quien la protagonista responsabilizó por la demora en la concreción de sus proyectos, surgió otra, la “astuta”, ésa que, desde la perspectiva de Bourdieu, “no puede obtener poder alguno en las luchas domésticas más que usando la fuerza sumisa que representa la astucia, capaz de devolver contra el fuerte su propia fuerza” (Bourdieu, 1996: 21). Una expresión de la posición subordinada de las mujeres en general y de Natalia en particular que, por esta vía, confirmaba el dominio del cónyuge. En el siguiente apartado aparecen encastradas las piezas del rompecabezas las cuales permiten reconstruir distintos momentos del acontecimiento evocado con la expresión “Eva se enamoró”:

El rompecabezas



Cada una de estas piezas responde a los momentos biográficos significativos para la comprensión de los obstáculos que enfrentó Natalia en la construcción del “sí mismo” como triunfadora. Del análisis previo puede extraerse lo siguiente:

1) La intrusa corresponde a la niña ilegítima

2) El destino aparece como una fuerza que opera en tres dimensiones distintas:

a) como límite sociohistórico a las aspiraciones de Natalia debido a los orígenes familiares desventajosos

b) como condición ontológica debido a la identidad de género femenina que le impone el sometimiento a los designios del padre y de la madrastra.

c) como una sospecha permanente sobre la reputación de Natalia, enraizada en el comportamiento de la madre biológica.

3) El galardón. Esta ficha alude a la búsqueda de reconocimiento afectivo y social por la vía del matrimonio. Conecta con la posición inicial de “la intrusa”. Refuta y contrarresta la fuerza del “destino”.

4) La impotente. El matrimonio la ubica en una posición subordinada con respecto al cónyuge. Esta pieza encastra con “el galardón” e indica que para obtenerlo debe resignar la posibilidad de autodeterminación y/o las pretensiones de negociar en un pie de igualdad con el cónyuge. A su vez, este fragmento del rompecabezas se vincula con “el destino”, especialmente, con el que corresponde a su condición ontológica de mujer.

Las piezas de este rompecabezas corresponden a la Natalia que protagoniza el relato en los primeros años de matrimonio; ella debe afrontar las imposiciones y violencias del cónyuge mediante el auxilio de las “tretas del débil”. En ese momento surge Eva, “la astuta”, como posible aliada para contrarrestar el dominio de Álvaro. Sin embargo, después del quinto año de matrimonio, cuando Eva se enamora, este personaje bíblico adquiere los rasgos de una adversaria ya que por obra de esta afección, contribuye a invertir la posición asignada al cónyuge. Así, Álvaro se traslada desde la figura del “patrón” a la del “héroe, el príncipe azul, el valiente”. Por eso, la protagonista responsabiliza a Eva por las dilaciones en la concreción del plan, porque ella la retrotrae a una posición de impotencia. Sin embargo, la impronta de Eva no afecta la totalidad del sistema de planes que anticipa la

protagonista para concretar el proyecto. ¿En qué ámbitos del mundo de la vida cobra mayor fuerza la presencia de este personaje? Para responderlo, el siguiente apartado ofrece un análisis de las distintas dimensiones que integran la propuesta de Natalia.

El sistema de planes. El análisis del relato muestra distintos ámbitos del mundo de la vida cuya transformación integra el sistema de planes incluido en el proyecto de la protagonista. Estos planes aparecen en el siguiente esquema, el cual distingue entre las acciones y eventos asociados con las figuras de “la fracasada” y “la triunfadora”. La primera, nunca mencionada de manera explícita por Natalia, cuenta con el auxilio de la “Eva enamorada”; representa una posibilidad amenazante que la condenaría a persistir en la posición inicial: “ser menos”. En ese caso, la protagonista confirmaría los pronósticos que condenan al fracaso sus expectativas de movilidad social ascendente. La segunda figura, la triunfadora, encarna a la responsable de las acciones y eventos para la concreción del proyecto.

		La fracasada	La triunfadora
Ámbitos del mundo de la vida	Planos	Eventos y acciones	
Personal	Intelectual	“No me dieron estudios de Secundaria”	Cultivarse, leer, educarse, expresarse de otra forma
	Corporal	Limpieza Baño diario	Ser limpia, bañarse diariamente. Mantenerse delgada, no abandonarse, no ser “fodonga”, caminar de otra forma, vestir bien
	Sexualidad	Control, límites Sometimiento moral Los tabúes de Ramona	Propiciar un diálogo franco con los hijos adolescentes sobre distintos temas, especialmente, los vinculados con el ejercicio de la sexualidad.
Familiar	Maternal	La madre tradicional: aguantadora, sufridora.	Crear las condiciones para favorecer y estimular el estudio de los hijos, desde la adquisición de textos hasta la presentación personal. Liberarlos del trabajo doméstico para no entorpecer los estudios. Garantizar una buena alimentación, vestimenta, etcétera.
	Doméstico	Miseria, suciedad como en la Colonia donde vivió al comienzo de casada. En la familia del cónyuge	Limpieza, orden. Detalles de confort: cortinas, manteles. Darle “otra presencia” al hogar, más armoniosa.

		no hay una ama de casa. La cocina era un establo	Desempeñarse como ama de casa
Económico	Organización Administrativa	Desorganizada Desordenada	Administrar bien el dinero. Buscar fuentes de ingreso para mejorar la situación familiar

En palabras de Natalia, el cambio esperado se sintetiza con las siguientes expresiones: “superarme” en el plano personal; “vivir de otra forma” en el ámbito doméstico y “adquirir seguridad” desde el punto de vista económico. Resulta llamativo que, entre los ámbitos de la realidad que incluye en la definición del cambio, no aparece ninguna referencia a la relación conyugal, excepto cuando reitera el “motivo para” que orienta el proyecto; sin embargo, en ese pasaje descarta que la pérdida del marido pudiera erigirse en un obstáculo para el logro de sus aspiraciones. De este modo, Álvaro queda excluido lo cual reitera su posición de antagonista y la urgencia de Natalia por distanciarse del personaje de la Eva enamorada para concretar el proyecto.

En este punto cabe señalar que las acciones y eventos relacionados con ambas figuras, “la fracasada” y “la triunfadora”, expresan tipificaciones y recetas asociadas con el desempeño de los roles propios de madre, mujer y ama de casa que integran el acervo social, resignificado por Natalia. En este sentido, los distintos ámbitos de la realidad aparecen atravesados por una marca de género. Como surge al comparar ambas columnas, las dimensiones familiar y económica ubican a la protagonista como responsable de la reproducción de la unidad doméstica. Pero, en este punto, conviene señalar que nada obsta para que la “madre tradicional” realice las acciones que competen a “la triunfadora”. ¿En dónde se ubica la diferencia entre una y otra figura?, ¿en qué consiste el cambio que ella anticipa en el personaje de “la triunfadora”?

Estas preguntas sólo obtienen respuesta al vincular las dimensiones señaladas con las transformaciones que ella anticipa en el plano personal. Recién entonces varía el horizonte de sentido que orienta su propia gestión. Y es en el ámbito intelectual y en el de la sexualidad donde cuestiona las experiencias biográficas. La importancia que asigna a su propia educación y a la de sus hijos, aunada a la liberación de los tabúes heredados de Ramona, señala que en la definición del proyecto, la transformación inicia por ella misma.

En este sentido, la “madre tradicional” remite a “la mujer tradicional”. Por eso, el cambio exige el cuestionamiento de la identidad de género de la protagonista. Eva, y también Magdalena, como ella se presenta en otros pasajes del relato, encarnan los obstáculos que debe superar en ese proceso. Pero estas figuras bíblicas, junto con otras como “la madre tradicional”, “la mujer” y “la muñeca fea” analizadas oportunamente, representan los personajes que la acompañan para iniciar su vida conyugal. Estas etiquetas semánticas que expresan la sedimentación de los conocimientos vinculados con la construcción social del sexo y el género, dotan de significado a las formas de organizar las interacciones y prácticas en la vida cotidiana. De ahí que, en la construcción de la realidad que encaran ambos cónyuges desde los inicios de la relación, intervengan estos personajes de manera silenciosa e inadvertida.

En este punto conviene abrir un paréntesis para mencionar que el correlato masculino de estas figuras aparece en las imágenes de super-hombres, guerreros, aventureros, donjuanes, sansones, patriarcas, bandoleros y toda una gama de héroes que podemos rastrear hasta el presente en las obras de la producción artística y mediática. De este modo, las acciones y eventos esbozados por la protagonista como parte del proyecto de cambio, pueden leerse como una interpretación subjetiva de este acervo que auxilia a hombres y mujeres para definir los términos del contrato conyugal y, a no dudarlo, de muchos otros pactos que organizan las interacciones y prácticas en la cotidianidad.

A manera de cierre, cabe señalar que la presentación del relato estuvo centrada en el análisis de la situación biográfica de Natalia, con especial énfasis en la definición del proyecto propio, de los obstáculos para concretarlo, y en las consecuencias de esta definición sobre la capacidad de negociar y de establecer acuerdos con el cónyuge. En el próximo capítulo, el trabajo se vuelve hacia las condiciones del contexto que hacen posible la definición del proyecto en términos de “ir a más” y de “ser otra”; también, indaga por el anclaje socio-histórico que, por un lado, aporta a la comprensión de la estructura de incompatibilidades que debió afrontar la protagonista y, por el otro, contribuye a entender la respuesta singular de Natalia como una manera de evidenciar y confrontar los mandatos del orden social vigente, al menos para ella y su grupo de pertenencia, durante buena parte del siglo XX mexicano.

VI.- DEL “YO” BIOGRÁFICO AL “NOSOTROS” COMUNITARIO

Este capítulo se vuelve hacia las condiciones del contexto que hacen posible la definición del proyecto personal y familiar de Natalia en términos de “ser otra” e “ir a más”. Este giro orienta la lectura de los materiales biográficos con dirección hacia el sistema de valores, de creencias, de representaciones, de ideas, es decir, hacia el “acervo social de conocimiento”, concepto este último que refiere a la fuente de las verdades que sostienen y orientan las interacciones y prácticas en el mundo de la vida cotidiana. De este modo, el trabajo, tanto con los materiales como con el relato, propone concretar el pasaje enunciado en el título, es decir, del “yo” biográfico al “nosotros” colectivo. Con respecto al “nosotros”, cabe señalar que puede enunciarse desde distintos grupos de pertenencia, próximos o distantes, cercanos o anónimos, que incluyen desde la pareja y la familia hasta la región, la nación o la humanidad.

En este punto cabe preguntar de qué manera las expresiones que definen el proyecto personal y familiar de Natalia se vinculan con el acervo social de conocimiento, qué alcances poseen estas expresiones, “ser otra” e “ir a más”, al situarlas en la dimensión espacial, temporal y social donde fueron emitidas. La próxima sección ofrece elementos para responder a estas interrogantes.

EL ACERVO SOCIAL DE CONOCIMIENTO Y EL PROYECTO DE NATALIA

Por medio del concepto “acervo social de conocimiento”, Schutz y Luckmann refieren al conocimiento socialmente significativo, acumulado y transmitido de generación en generación, el cual toma cuerpo, es decir, se “objetiva” en “actos y formas de expresión”; también, en “resultados de actos” u “objetos” que modifican el mundo de la vida cotidiana, o bien, es “traducido” a sistemas de signos, de manera tal que se transforma en conocimiento anónimo e idealizado (abstracto).

A efectos de profundizar en esta definición, conviene decir que el conocimiento transmitido por medio de estas objetivaciones puede estar indisolublemente ligado a la situación concreta, o bien, estar mediatizado a través del lenguaje o de otros sistemas de

signos (Schutz y Luckmann, 2001: 256). Así, en un primer nivel de objetivación, los “actos y formas de expresión” refieren al conocimiento que se obtiene y transmite en la co-presencia de la “relación Nosotros”. Para ilustrar lo dicho, cabe mencionar un ejemplo relacionado con el acto de guiñar un ojo que, de acuerdo con la situación, puede interpretarse como una mueca o un tic pero, también, como un gesto para engañar a los oponentes en un juego de naipes, o bien, para enviar algún mensaje secreto a los compañeros del mismo equipo (Schutz y Luckmann, 2001: 257).

Asimismo, las experiencias subjetivas pueden objetivarse bajo la modalidad de “resultados de actos”, es decir, como “objetos” que Schutz y Luckmann diferencian entre marcas⁶⁷ (un nudo en un pañuelo para recordar un evento significativo para un sujeto, las migas de pan abandonas por Hansel y Gretel, los personajes de un cuento infantil, para recordar el camino de regreso a casa, etcétera); herramientas⁶⁸ y obras de arte⁶⁹. En este segundo nivel, la interpretación de las “objetivaciones” puede lograr cierta independencia con respecto de la situación donde el conocimiento fue originalmente adquirido, siempre y cuando, en la situación interpretativa actual estén presentes los “mismos” elementos que en la situación problemática inicial (Schutz y Luckmann, 2001: 266); por ejemplo, que debamos orientarnos en un camino desconocido y que dispongamos de algunos objetos (pan, cuerdas, piedras) para dejar huellas o rastros, que deseemos regresar al lugar de partida, que conozcamos la estrategia consistente en dejar huellas o marcas al estilo del procedimiento empleado por Hansel y Gretel, etcétera.

Por último, los autores identifican un tercer nivel de objetivación, donde el conocimiento está separado de las estratificaciones espaciales, temporales y sociales de experiencias a partir de las cuales fue sedimentado originariamente (Schutz y Luckmann, 2001: 266). Así, la validez social de tal conocimiento objetivado puede sobrevivir a su

67 Los autores definen las marcas como “resultados de actos creados por el actuante a fin de consolidar un elemento definido de conocimiento y recordarlo” (Schutz y Luckmann, 2001: 263).

68 De acuerdo con los autores, las herramientas son objetos del mundo de la vida cotidiana utilizados en actos que lo modifican. La interpretación de una herramienta remite esencialmente a su función mientras que el productor puede permanecer anónimo desde el principio. Por esa razón, en la vida cotidiana resulta difícil interpretar una herramienta como una “objetivación” de elementos específicos de conocimiento. No obstante lo cual, cuando los arqueólogos no disponen de ninguna otra inscripción histórica, emplean las herramientas para la reconstrucción del acervo de las sociedades que estudian. Esto confirma que la herramienta es una objetivación de conocimiento subjetivo aunque en la actitud natural resulte difícil reconocerle este carácter debido a que su empleo y la habilidad requerida está altamente socializado y rutinizado (Schutz y Luckmann, 2001: 264-265).

69 La obra de arte es una interpretación para otros que objetiva la solución de problemas que trascienden el mundo de la vida cotidiana (Schutz y Luckmann, 2001: 265).

significatividad original, hecho de la mayor importancia para el desarrollo de las tradiciones y para la transmisión del conocimiento entre generaciones (Schutz y Luckmann, 2001: 272).

Cabe señalar que en la realidad histórica, los sistemas de signos son un elemento impuesto a la “situación biográfica”, de manera tal que constituyen el *a priori* social en el cual “nace” cada individuo (Schutz y Luckmann, 2001: 267). En consecuencia, el acervo social de conocimiento puede interpretarse como un contexto de sentido cuya estructura deriva de procesos históricos de acumulación de conocimiento y de su transmisión institucionalizada (Schutz y Luckmann, 2001: 290). Pero, ¿cómo está presente este horizonte de sentido en la experiencia concreta evocada, por ejemplo, en un relato autobiográfico? Para responder a esta interrogante, recupero las reflexiones de Schutz y Luckmann relacionadas con la apropiación subjetiva del acervo social. Al respecto, los autores plantean que para el individuo, los “contenidos” del acervo no aparecen “como datos sociales objetivos, como aspectos de la estructura social fáctica, como convenciones; en cambio, son una posesión presupuesta, un componente de su subjetividad” (Schutz y Luckmann, 2001: 302).

En relación con el análisis de los materiales y los relatos auto/biográficos, esto significa que, desde el punto de vista de el o la narradora-protagonista, los hábitos derivados del acervo social de conocimiento son “sus” hábitos, las tipificaciones y recetas para orientarse en las situaciones, tomadas de este acervo, son “sus” elaboraciones personales, las estructuras de significatividad socialmente válidas son los motivos y las categorías de explicación “propios”. De este modo, en la vida cotidiana, el acervo de conocimiento aparece despojado de su carácter social en tanto los sujetos se lo apropian como “suyo” (Schutz y Luckmann, 2001: 302).

Así, lo que para un observador externo indica semejanzas en los sistemas subjetivos de significatividades (temática, interpretativa y motivacional), similitudes que pueden atribuirse a los distintos procesos de socialización a través de los cuales se incorporan las rutinas necesarias para dominar la vida cotidiana, desde la perspectiva de los sujetos, tales semejanzas son percibidas como accidentales, casuales, llamativas e, incluso, asombrosas (Schutz y Luckmann, 2001: 252).

De este modo, como señalan los autores, el acervo social se integra no sólo con “formas superiores de conocimiento” (Schutz y Luckmann, 2001: 259), sino con tipificaciones, recetas y habilidades como, por ejemplo, una manera típica de andar, un estilo de trabajo típico, una forma típica de redactar notas oficiales según que se dirijan a superiores, a pares, a subalternos, etcétera. Estos conocimientos incorporados en distintos procesos de socialización, sirven como modelos para interpretar el comportamiento y la acción de Otros (Schutz y Luckmann, 2001: 273). A su vez, con respecto a los sistemas de signos, Schutz y Luckmann señalan que “por una parte, son un componente del acervo social de conocimiento y, por la otra, el ‘medio’ para la ‘objetivación’ de elementos expresos de conocimiento” (Schutz y Luckmann, 2001: 273).

Pero, ¿qué consecuencias posee esta modalidad de apropiación subjetiva del acervo social desde el punto de vista metodológico? o, para decirlo de otro modo, ¿cómo identificar las marcas del “nosotros” en el relato? Estas interrogantes podrían parecer ociosas, excepto al tomar en cuenta dos consideraciones. Una, que el relato autobiográfico articula lo pre-dado, es decir, el conocimiento social que se impone al narrador, con la originalidad, la singularidad de su apropiación en la situación biográfica narrada. Dos, que la estructura de significatividades cambia históricamente y también se diferencia dentro de una determinada sociedad. Estas variaciones dependen, según los autores, de la división del trabajo y de los roles sociales objetivados e institucionalizados, lo que implica que el acervo social no se distribuye del mismo modo entre todos los agentes y que, además, es heterogéneo (Schutz y Luckmann, 2001: 242).

Los autores proponen un ejemplo para ilustrar la distribución diferencial del acervo con una referencia a la percepción de la realidad atravesada por el sexo-género, aunque no mencionan esta categoría de manera expresa. Sin embargo, para apoyar sus afirmaciones, plantean que en la comunicación, lo que es digno de transmitirse para las mujeres puede permanecer inadvertido para los varones, precisamente porque tanto los contextos típicos de la experiencia y de los actos, así como el conocimiento significativo en esos contextos y las estructuras lingüísticas, especialmente el vocabulario, el ordenamiento semántico, el estilo general del lenguaje, etcétera, también está distribuido socialmente (Schutz y Luckmann, 2001: 243).

Para profundizar en el ejemplo, cabe señalar que la especialización de la sexualidad femenina para la reproducción y el cuidado de los otros, tratada en un capítulo anterior⁷⁰, expresa esta distribución diferencial del conocimiento socialmente significativo, con base en el sexo-género de las y los agentes sociales. Así, la socialización diferente de hombres y mujeres sustenta la distinción del ámbito de lo privado-doméstico como el contexto típico de la experiencia y de las prácticas femeninas; a su vez, implica la apropiación de conocimientos que las capacitan para el desempeño de ciertos roles y las excluyen de otros, específicamente, de aquellos que corresponden a los varones a quienes les está reservado otro contexto de experiencias, de conocimientos significativos e, inclusive, de estructuras lingüísticas para expresarse.

Con base en las dos consideraciones anteriores resulta pertinente reiterar la interrogación: ¿cómo está presente el “nosotros” en el relato autobiográfico? Para responder a esta cuestión conviene recordar que una característica del relato auto/biográfico consiste en que “objetiva” una vida, la narrada, es decir, la “traduce” en lenguaje. Desde ese punto de vista, los semejantes, los escenarios de interacción, las situaciones experimentadas, se trasladan desde el ámbito de las vivencias subjetivas al de las relaciones sociales donde los “otros” son aprehendidos como contemporáneos, antepasados y sucesores en interacciones que, en principio (hasta que emerge una situación problemática que cuestiona el acervo de conocimiento), también pueden aprehenderse como “típicas”.

Como se indicó en un capítulo anterior⁷¹, este deslizamiento de las “relaciones Nosotros”, a la “orientación Ellos” ocurre con todos los personajes y también con las situaciones, aun con aquéllas que resultan más intensas e íntimas. Así, en el acto de objetivar lo vivido a través de la narración, todas las figuras, principales y secundarias, significativas o no, se ubican en una “orientación Ellos” con respecto a la narradora. Para el “yo” biográfico, este posicionamiento implica valerse de los esquemas preexistentes, es decir, de las tipificaciones y recetas del acervo para describir e interpretar las situaciones narradas.

En los capítulos precedentes, la presentación y el análisis de la historia de vida destacó la presencia de figuras de autoridad, “otros significativos”, como “la madrastra” y “el cónyuge” las cuales pueden aprehenderse ya no como interlocutores sino como tipos

70 Capítulo IV, “La condición (constitución) de las identidades de género”, pp. 238-240.

71 Capítulo I, “Las identidad comunitaria en el ‘nosotros’ de la autobiografía”, pp. 78-79.

sociales; también, instituciones que en el lenguaje coloquial son designadas como “la casa grande”, es decir, aquella compuesta por el padre y la esposa legítima, expresión que permite establecer una distinción con “la casa chica”. En conjunto, ambas denominaciones refieren a distintos tipos de unión conyugal y de familia que coexisten en el tiempo. En líneas generales, el primer concepto, “la casa grande”, designa una unión legal ante las autoridades civiles, religiosas o ambas, mientras que el segundo, “la casa chica” alude a una unión no legalizada. En este sentido, ambas expresiones son eufemismos para designar la formación de dos o más parejas conyugales y familias distintas, encabezadas por el mismo hombre. Como surgió del relato, durante los años treinta del siglo pasado, el reconocimiento legal o su ausencia trajo consecuencias distintas tanto para las mujeres como para los descendientes no sólo en el plano económico sino con relación a los derechos legales y al prestigio y reconocimiento social de las mujeres y de las hijas e hijos involucrados. Por último, destacan la “casa de vecindad” y “la calle” como dos escenarios donde es posible analizar distintas modalidades de interacción.

Asimismo, a través de estos personajes es posible acceder a ciertos fragmentos de la cosmovisión atribuida al cónyuge, en tanto militante de un partido político de izquierda y, también, a la de otras co-protagonistas, como la madrastra y la amiga de la juventud, quienes ofrecen un contrapunto a las ideas del cónyuge, en tanto ellas externan una perspectiva que privilegia la seguridad económica de la familia como clave del bienestar. Esta actitud coincide con la especialización de la sexualidad femenina para la procreación y la maternidad, para el cuidado de los otros, etcétera, antes que la preocupación por otros anónimos evidenciada por el militante político que compromete su vida entera y la de su familia en aras de un proyecto de cambio social por la vía de la revolución.

En relación con la construcción del personaje-narrador, destacan ciertas figuras religiosas, Eva y María Magdalena, quienes cristalizan fragmentos del conocimiento social²⁸² sobre la identidad femenina. La primera de ellas, evocada como expresión de las mujeres en tanto género, encarna ideas relacionadas con la astucia, por un lado, y con la pasión amorosa que obnubila, por otra. Por eso, se trata de una figura temible, no sólo para los varones sino para las propias mujeres, como deja entrever el discurso de Natalia. La segunda, María Magdalena, encarna una imagen de debilidad, merecedora de escarnio y requerida de redención. Ambas coinciden al proponer un modelo que vuelve sospechosas a

todas las mujeres y justifica la necesidad de supervisión por parte de personajes masculinos tales como el padre, el cónyuge, el hermano, etcétera cuyos roles sociales consisten, entre otras prerrogativas y deberes, precisamente en ejercer control sobre las mujeres.

En las páginas siguientes, el análisis profundizará en estas tipificaciones y recetas al relacionarlas con las expresiones empleadas por la protagonista para definir su proyecto de vida personal y familiar. Sin embargo, en este punto cabe señalar que la presentación del “yo” en el relato expresa la apropiación subjetiva de ciertos “tipos” asociados con posiciones sociales específicas, en este caso, mujer, madre, esposa, ama de casa y trabajadora. El interés en estas tipificaciones reside tanto en las variaciones históricas derivadas de la ubicación espacial, temporal y social del personaje, como en las figuras que adopta la presentación del “yo” en el relato, las cuales pueden cristalizar bajo una o varias etiquetas semánticas tales como mártir, santa, víctima, “pecadora”, “cenicienta”, “bruja”, etcétera. Mediante estas denominaciones se concreta un distanciamiento entre las experiencias subjetivas y lo narrado, entre quién vivió y quién cuenta la historia; en el proceso, el “yo” biográfico se inscribe en uno o varios “nosotros” que corresponden a los distintos grupos de pertenencia, los cuales comparten con la protagonista ciertas semejanzas, ciertos saberes, ciertos fragmentos del conocimiento social.

El “yo” biográfico en los grupos de pertenencia. Para establecer algunos puntos de encuentro entre el “yo” y los distintos grupos de pertenencia conviene recordar que, como señalé anteriormente⁷², un camino de inserción en el mundo de la vida cotidiana se concreta por la “actitud valorativa de los otros en mí”, un rasgo que caracteriza y distingue el género literario auto/biografía, de otros como la Confesión donde lo que prevalece es la actitud del “yo” para sí mismo. Así, estas voces “otras” completan la historia personal y familiar, es decir, proveen de conocimiento, rellenan los baches, las lagunas vinculadas con situaciones, personajes y objetos que escapan a las posibilidades de experiencia directa de la narradora o el narrador porque están ubicadas en un tiempo pretérito, asociadas con el inicio de la vida, desde el momento de la concepción o, inclusive, desde antes.

Pero estas voces otras no sólo insertan al “yo” en un linaje familiar, también aportan retazos de la historia social y lo vinculan con distintos grupos de pertenencia, desde los más

72 Capítulo I, “La heroína autobiográfica en la intersección de la mismidad y de la alteridad”, p. 69.

próximos como los vecinos de la colonia o el barrio, los compañeros de trabajo, los militantes de un partido político, etcétera, hasta los más lejanos y anónimos como los conciudadanos, los compatriotas, la humanidad, etcétera. De este modo, proporcionan fragmentos de la vida social e histórica pasada y presente, “filtran” las estructuras de significatividades, proporcionan interpretaciones y motivaciones para identificarse con uno o varios “nosotros” y, al mismo tiempo, para distanciarse de “otros”. Entonces, como señalan Schutz y Luckmann, las posibilidades de independizarse del “efecto de filtro social” que ejercen los Otros son relativas; además, el grado de independencia con respecto a este “filtro” está social e históricamente condicionado (Schutz y Luckmann, 2001: 251).

Desde esta perspectiva, el relato se transforma en una composición polifónica donde la voz de la enunciación resuena con otras ubicadas en el texto. Entre todas recomponen un fragmento de vida social de tal modo que la narración se muestra no sólo en la singularidad de la apropiación subjetiva del acervo por parte del “yo” biográfico, sino en el marco de los esquemas interpretativos de la comunidad más amplia. Esto quiere decir que no hay significados subjetivos que luego deben ser inscritos en el acervo social; desde el inicio, lo narrado es social, está enmarcado en la estructura social histórica en tanto ésta es el contexto de sentido; sin esta doble implicación de lo biográfico en lo social y viceversa, el relato carecería de sentido. En definitiva, por medio de este proceso de distanciamiento que objetiva las relaciones y las presenta bajo la modalidad de una “orientación Ellos”, la historia de vida muestra esa doble dimensión, el “yo” y el “nosotros”, absolutamente imbricados y, al mismo tiempo, señala un camino para desbrozar esa mutua referencialidad.

En un capítulo previo, al abordar esta peculiaridad de los relatos y materiales auto/biográficos, se planteaba que el eje vertebrador del análisis de la historia de vida se sitúa en el plano de la identidad⁷³. Ahora, la tarea pendiente consiste en componer la identidad colectiva a través del relato, es decir, una identidad narrativa que defina y constituya a la vez, no sólo el “yo” biográfico sino el “nosotros” de una comunidad dada.

La concreción de esta tarea emplea un procedimiento analógico que traslada la noción de “figuras de autoridad” (cuya valoración del “yo” biográfico resulta decisiva para la constitución del héroe o heroína en narradora del relato) desde el panteón biográfico hacia el panteón social histórico. De este modo, la autoridad valorativa del Otro se traslada desde

73 Capítulo I, “La heroína autobiográfica en la intersección de la mismidad y de la alteridad”, p. 72.

el personaje de la auto/biografía hacia el “nosotros” de la familia, de la comunidad, de la nación; una fuerza valorativa que, a semejanza de las figuras del panteón biográfico, no sólo define sino que constituye al “nosotros” o a los distintos “nosotros” que habitan el relato auto/biográfico.

En este punto cabe preguntar qué fragmentos o parcelas del acervo social y subjetivo de conocimiento ofrecen mayores potencialidades para concretar este procedimiento y por qué. Para responder a estas interrogantes conviene destacar que el “nosotros” posee una característica, a primera vista paradójica, porque en el acto de su enunciación, esta persona gramatical implica, al mismo tiempo, la identificación “con” Otros y el distanciamiento, la separación “de” Otros. En el uso cotidiano, esta doble posibilidad que ofrece el “nosotros” apela a ciertas razones, a ciertos saberes para explicar tales adhesiones y distancias en relación con los semejantes. En parte, estos argumentos remiten al “efecto de filtro social” que ejercen las estructuras de significatividades, es decir, las interpretaciones y motivaciones social e históricamente condicionadas. Precisamente, en estas justificaciones se encuentra una valiosa fuente para adentrarse en los fundamentos de la cohesión y del conflicto social, una de las preocupaciones que han interpelado a la Sociología como disciplina científica.

De este modo, la respuesta a las interrogantes previas orienta hacia estos saberes, a estas explicaciones, creencias, ideas y representaciones que se encuentran en la base del “nosotros”, tanto de los grupos de pertenencia como de la comunidad más amplia. Para referirme a estos saberes, emplearé una expresión de Michel Maffesoli (1993: 71), cuando habla de “los relatos que las sociedades se cuentan a sí mismas”, los cuales comparten esta cualidad paradójica que entraña el uso del “nosotros”, es decir, se trata de narraciones incorporadas al acervo social que cohesionan y distancian a la vez, que permiten la identificación “con” otros y la diferenciación “de” otros, que favorecen el vínculo, la “orientación hacia los semejantes” pero, también pueden generar disenso y conflicto.

El siguiente ejemplo apunta a esclarecer los alcances de la expresión, “relatos que las sociedades se cuentan a sí mismas”. Bajo esta denominación, pueden incluirse las narraciones de los episodios vinculados con el terremoto que asoló a la ciudad de México y a otras de la República el 19 de septiembre de 1985, las cuales enfatizan la organización colectiva, espontánea, en muchos casos heroica, para rescatar y apoyar a las víctimas, así

como para iniciar los trabajos de reconstrucción, y en paralelo, la organización colectiva destaca la falta de respuesta oportuna de las autoridades y funcionarios de quienes se hubiese esperado que asumieran, en primera instancia, la responsabilidad ante la catástrofe.

De este modo, los relatos transmitidos por vía oral, a través de los medios de comunicación, etcétera, contribuyen a cristalizar ciertas características específicas del episodio en la memoria colectiva. Asimismo, estos relatos, también ensalzan o destacan figuras que, por sus actuaciones se transforman en héroes populares; por ejemplo, el tenor Plácido Domingo, quien arriesgó su instrumento de trabajo –su voz, sus cuerdas vocales– para auxiliar a las víctimas según lo muestran algunas filmaciones de la época; asimismo, destacan los rescatistas, los bebés que sobrevivieron varios días sepultados bajo los escombros de una Clínica del Instituto Médico del Seguro Social, etcétera. De este modo, surge un panteón de héroes y villanos quienes, más allá de las personas concretas, se incorporan al acervo social como tipificaciones y recetas, es decir, como fragmentos de conocimiento sobre qué y cómo hacer en el mundo de la vida cotidiana ante situaciones de catástrofe, ya sea un terremoto o cualquier otra.

Pero, al mismo tiempo, estos personajes y las situaciones que protagonizan, aportan a la construcción de conocimiento relacionado con los actos que reciben una valoración positiva (solidaridad, heroicidad, etcétera) y de los que merecen la condena social (ineficiencia, desidia, inoperancia, falta de sensibilidad, etcétera). Insisto, los relatos que las sociedades se dicen a sí mismas, ofrecen recetas prácticas no sólo acerca de qué y cómo orientarse en las situaciones concretas, sino del por qué, es decir, ofrecen argumentos, razones para explicar o cuestionar estas actuaciones. Por último, estos relatos no sólo refieren a episodios de la envergadura del terremoto mencionado; también, los grupos más próximos se narran historias que circulan localmente, con características semejantes a las anteriores⁷⁴.

Como señalé previamente, entre las razones que explican la decisión de volverse hacia estos relatos, destaca el carácter paradójico que los distingue, de manera tal que, por un lado, sustentan el “nosotros” y, por el otro, pueden erigirse en fuente de disenso y conflicto. En este punto cabe preguntar cómo se explica esta potencialidad contradictoria. Para entenderla se requiere situar estos relatos en determinadas coordenadas espaciales,

74 Un ejemplo de estos relatos “locales” aparece en *Las mil y una historias del Pedregal de Santo Domingo*, donde Fernando Díaz Enciso y los y las pobladoras de esa Colonia de la ciudad de México se dan a la tarea de reconstruir distintos episodios sobre la invasión territorial que inició en septiembre de 1971.

temporales y sociales; además, observarlos en relación con el “efecto de filtro social” a fin de identificar los procedimientos discursivos que permiten sostener la ficción de un relato único, cuya interpretación es compartida y aceptada, condiciones ambas (la versión única y la interpretación, también única) para reconocerse en el “nosotros” de los grupos a quienes estos relatos interpelan. De este modo, centrar la mirada en estas parcelas del acervo social de conocimiento y en su apropiación subjetiva, ofrece un punto intermedio donde el sujeto y la comunidad se encuentran y desencuentran, donde es posible aprehender las “verdades” que, al mismo tiempo, nos arraigan y desarraigan de los otros. Así, estos relatos nos ayudan a comprender “todo lo que tiene sentido sin finalidad” en la vida humana, “todas las justificaciones, todas las legitimaciones que, de manera polifónica, constituyen el discurso de lo social” (Maffesoli, 1993: 65).

Con base en lo expuesto, la siguiente tarea consiste en adentrarse en estos relatos, es decir, en esta dimensión del conocimiento cotidiano. Para concretarlo, el análisis retoma la propuesta de Marie-Francois Chanfrault-Duchet (1990) centrada en una zona de las historias de vida, un horizonte de sentido desde el cual la narración cobra significado y, al mismo tiempo, plantea los límites para las posibles interpretaciones. Me refiero al sistema de significación o estructura implícita que la autora denomina “mitos de la historia de vida” (Chanfrault-Duchet, 1990: 12).

LOS MITOS DE LA HISTORIA DE VIDA

Chanfrault-Duchet define los “mitos biográficos” como la “cristalización, en la memoria y en el inconsciente colectivos, de rasgos relevantes o de acontecimientos históricos que se organizan, según códigos precisos, en sistemas de representaciones y que pueden ser narrados”. La definición de la autora destaca que el mito refiere a hechos experimentados, vividos colectivamente, los cuales se reelaboran en sistemas de significado para conformar un horizonte de sentido común.

Así, el mito trae nuevamente a la presencia un hecho o un conjunto de rasgos cuya relevancia descansa ya no en el contenido sino en las imágenes, en las evocaciones que suscita y, con respecto de las cuales, existen códigos precisos de percepción e interpretación. Entonces, frente a las concepciones que lo confinan a la posición de un relato fantástico sobre las hazañas de las divinidades y héroes en un tiempo sagrado, el

mito cobra una jerarquía distinta al concebirlo como una mediación entre la memoria y la experiencia colectivas.

Para abundar en torno de los alcances que posee esta revalorización del mito, conviene recordar que el concepto también es utilizado para referirse a relatos falaces, propios de “civilizaciones primitivas”, las cuales son caracterizadas por la existencia de formas de pensamiento inferiores al conocimiento científico. En este sentido, desde la Antigüedad clásica, la filosofía inicia el divorcio entre mito y logos -entendido este último concepto como “palabra”, “razón”, “pensamiento”- al enfatizar la búsqueda de explicaciones racionales para los fenómenos humanos y de la naturaleza. También, la historia contribuye a este distanciamiento al contraponer la veracidad de los relatos contrastables empíricamente, a las narraciones míticas presentadas como artificiales, erróneas, y al cuestionar los hechos míticos como inverosímiles, orientados al simulacro y a la ilusión.

Esta separación entre mito y logos agudiza su tonalidad jerárquica durante la Modernidad; en este sentido, los procesos de modernización pueden entenderse como procedimientos de racionalización, de “desencantamiento del mundo” y de “desmitificación de la existencia humana”, a partir de los cuales, la potestad concedida a la explicación racional queda ubicada en un plano superior a la mítica. De este modo, como señala Lluís Duch, la historia del pensamiento científico de occidente puede interpretarse como un paulatino distanciamiento entre ambos pares conceptuales (mito y logos), “entendidos como expresiones y formas de concretar posiciones teóricas y prácticas diametralmente opuestas para abordar las interrogantes que jalonan la existencia humana” (Duch, 1998: 13).

En este punto cabe señalar que los pares dicotómicos “representación” y “concepto”, también pueden concebirse como formas de expresión de este dualismo. El primero de ellos, la representación, remite al conocimiento que no se obtiene por los procedimientos metódicos, experimentales, verificables, es decir, propios de la ciencia; el concepto, en cambio, expresa una abstracción que puede verificarse de manera empírica (Duch, 1998: 108). Sin embargo, como señala Duch, “el ser humano se expresa al mismo tiempo, y de forma inseparable, a través del *mythos* y del *logos*, de la imagen y del concepto, de procesos imaginativos y de procesos abstractivos” (Duch, 1998: 13).

Así, el ingreso en la dimensión mítica del mundo de la vida implica un esfuerzo por incorporar lo humano que no es expresable en términos conceptuales, que no puede pensarse como conocimiento comprobable. Desde esta óptica, mito y logos aparecen como complementarios y refieren a una forma de estar en el mundo, de “dar razón”, que no se agota en el conocimiento científico (Duch, 1998: 447). De hecho, al adoptar el enfoque de la vida cotidiana, centrado en “el conocimiento ordinario”, se pone en evidencia este pasaje inadvertido y aporético de las representaciones a los conceptos y viceversa.

Desde la perspectiva que contrapone el mito al logos, este pasaje de una a otra modalidad de expresión pondría en evidencia una especie de “infancia del pensamiento”, o bien, confirmaría una característica del pensamiento alienado, propio de la vida cotidiana, cuando la concebimos como un ámbito y un campo de objetos que, por esa misma razón, debe superarse, trascenderse. Frente a esta concepción, existe otra tendencia que considera el mito como “una forma de expresividad humana que no es ni coincidente ni opuesta a la que nos proporciona la versión de la racionalidad instrumental” (Duch, 1998: 161). Por esta razón, la defensa del mito no puede desvincularse de la afirmación del logos “como parte imprescindible de la expresividad y de las acciones humanas” (Duch, 1998: 15).

De este modo, mito y logos aparecen como dos direcciones interpretativas que deben encontrarse para asegurar la expresión de la polifonía social, la cual no siempre ni necesariamente encuentra un camino idóneo o exclusivo para manifestarse a través de los conceptos. En cambio, como señala Maffesoli, el mito proporciona un conocimiento sin el cual, “las utopías, las religiones (clásicas o profanas), los entusiasmos, las conquistas y las obras humanas en general serían perfectamente incomprensibles” (Maffesoli, 1993: 76). Así, pese a los denodados esfuerzos de Occidente para la eliminación del mito por parte del logos, en la actualidad cobra relevancia entendido como una vía de interpretación de la realidad que lejos de arrogarse la tarea de explicar, propia del conocimiento científico, apunta a comprender los valores y creencias que se sustentan con base en el recurso a los orígenes (Duch, 1998: 94).

Sin embargo, como señala Maffesoli, “en la representación, lo que cuenta menos es el contenido frente a la facultad de ‘congregar’, de religar, de cohesionar, de mantener la cohesión” (Maffesoli, 1993: 74). En particular, el mito permite arraigar al “yo” en un “nosotros”, el de la comunidad, el de los grupos de pertenencia y, desde ese punto de vista,

es dador de identidad, tanto individual como colectiva. Como señala Duch, “el mito centra al individuo y a la comunidad en las verdaderas motivaciones para vivir y para morir” (Duch, 1998: 156), hace evidente que “todos tenemos en el tiempo y para toda la eternidad, unos orígenes comunes y una meta idéntica” (Duch, 1998: 156). Entonces, recuperar los mitos identitarios permite pasar de un “yo” único, entendido como mismidad, a un “yo-nosotros”, un “yo” traspasado de alteridad.

Así, el mito opera como mediador entre la memoria colectiva y la experiencia individual. Desde esta posición, puede entenderse como un saber socialmente compartido y, por lo tanto, como una fuente de las “verdades” que sustentan el conocimiento ordinario. Por eso, el mito, en tanto dador de sentido, aporta a la legitimidad de las acciones individuales y colectivas. Estas afirmaciones poseen consecuencias metodológicas dado que la búsqueda de los mitos identitarios, es decir, de aquellos que aportan a la cohesión social, que congregan a sus enunciatarios en un “nosotros”, pueden aprehenderse como los “motivos para” y los “motivos porque” que significan la acción social, pero desde la perspectiva de una racionalidad que no opera exclusivamente a través de la lógica medios-fines.

En este punto cabe señalar que esta capacidad de aglutinar, de crear comunidad, de cohesionar, puede interpretarse como una consecuencia de la polisemia propia del mito que no sólo abre a una variedad de significados sino a la multiplicidad de recepciones. Este rasgo impide la transmisión/recepción de un mensaje único, claro y coherente; por el contrario, el mito consagra la ambigüedad y la contradicción, en este sentido cabe afirmar que el mito refiere un relato nunca idéntico a sí mismo porque, como señala Duch, “enmarca la existencia humana en el terreno fantástico y creativo al mismo tiempo, de las historias, de las narraciones que nunca terminan, a las que siempre se les puede añadir nuevos argumentos y nuevos finales” (Duch, 1998: 441).

De este modo, la polisemia del mito permite confrontar las “políticas de identidad” que pretenden fijar a los sujetos en identidades únicas, inamovibles. Esta operación liberadora del mito, esta tarea de apertura, permite diferenciarlo del dogma, una distinción que conviene señalar porque, como advierte Duch, cuando los mitos son retomados por los discursos oficiales corren el riesgo de cristalizar en una versión única que clausura la polisemia y fija la interpretación válida, actitud que puede interpretarse como correlato de

las “políticas de identidad”. La noción entrecomillada alude a la reivindicación del poder basada en una identidad concreta, sea nacional, de clan, religiosa o lingüística. En la Modernidad, esas identidades estaban vinculadas a cierta noción de interés del Estado, o a algún proyecto de futuro, es decir, a ideas sobre la forma de organizar la sociedad. Por ejemplo, los nacionalismos europeos del siglo XIX o los nacionalismos poscoloniales se presentaban como proyectos emancipadores para construir una nación. La nueva política de identidades consiste en reivindicar el poder basándose en etiquetas que confinan, excluyen, discriminan a ciertos sectores sociales con respecto de otros y mantienen a los sujetos en posiciones fijas para concretar este proceso de exclusión. A diferencia de la política de las ideas, que está abierta a todos y, por tanto, tiende a ser integradora, este tipo de política de identidades es intrínsecamente excluyente y, por lo tanto, tiende a la fragmentación (Juaristi, 2002).

Con base en estas reflexiones, surge una nueva perspectiva para rastrear los mitos identitarios en el relato auto/biográfico. Porque a diferencia de una ontología científica que ordena lo real con base en un sistema de coordenadas que pretenden ser exhaustivas, es decir, que presumen de agotar todo el universo de la experiencia humana, los mitos permiten recuperar las diversas expresividades mediante las cuales “el ser humano puede concretar su presencia en el mundo y también, la relación creadora de él con el mismo” (Duch, 1998: 162). De ahí que recuperar los mitos identitarios abre a la multiplicidad de los mundos posibles que coexisten en el tiempo y en el espacio histórico y social.

Los mitos identitarios. Niveles de análisis. Desde la perspectiva de Marie Françoise Chanfrault-Duchet (1990), los mitos instauran sistemas de significación a partir de los cuales los personajes de los relatos autobiográficos recuperan y reafirman rasgos identitarios que, a los efectos de estudio, pueden diferenciarse en tres niveles o dimensiones distintas:

- a) los mitos fundantes de la nacionalidad
- b) los mitos de la comunidad de pertenencia
- c) los mitos del grupo más reducido que integra el o la protagonista

Los siguientes apartados ofrecen algunas precisiones con respecto a cada uno de estos niveles como tarea introductoria al trabajo de análisis posterior.

Los mitos fundantes de la nacionalidad. Al retomar las reflexiones planteadas en el apartado precedente, en relación con la búsqueda de los mitos fundantes de la identidad nacional que atraviesan el relato, conviene recordar que el interés no está ubicado en el contenido, es decir, en el hecho histórico o en los rasgos relevantes en sí mismos sino en las imágenes, en las evocaciones, en el sistema de valores y en la normativa que vinculan al “yo” biográfico con la memoria colectiva, es decir, con esos relatos que lo hacen parte de una comunidad mayor para quien los hechos históricos, o algunos de sus rasgos particulares, se han rigidizado. Esto significa que las experiencias, las vivencias de los y las protagonistas directas del episodio de que se trata han perdido vitalidad, sin embargo, persisten en la memoria colectiva como constructos de primer orden que, a los efectos del análisis, pueden recuperarse como “contenidos” del acervo social de conocimiento.

De este modo, cabe plantear que, entre otras señales de identificación y de diferenciación, los distintos sectores sociales que integran la comunidad nacional pueden distinguirse entre sí por la particular relación que entablan con estos mitos fundantes. En paralelo, a través del vínculo diferencial con los mitos nacionales, los diversos grupos concretan una inserción específica en el mundo de los antepasados, de los contemporáneos y de los sucesores. En consecuencia, establecen nexos y adoptan una valoración particular de ciertos héroes, es decir, de ciertos tipos sociales que, asimismo, difieren entre los distintos grupos. Y, sin embargo, desde el sentido común, desde el conocimiento ordinario, todos se perciben ligados, cohesionados, interpelados por los mismos mitos. Así, “el mismo” relato que vincula, que aglutina, permite diferenciar y separar a los grupos entre sí. Precisamente, en estas variaciones de “lo mismo”, pueden aprehenderse las sonoridades de la polifonía social, ubicadas más allá y más acá de las versiones oficiales.

En este punto, cabe señalar que el o los mitos fundantes de la identidad nacional pueden aprehenderse como mitos de origen. Para profundizar en esta caracterización, conviene retomar las aportaciones de Mircea Eliade (2000: 29) quien los equipara con los cosmogónicos, es decir, con aquellos mitos que refieren a “la” creación por excelencia. Esto no implica afirmar que los de origen constituyen una copia de los cosmogónicos; sin embargo, el paralelismo es posible porque, como señala el autor, todo mito de origen “narra y justifica una situación nueva, en el sentido de que no estaba ahí desde el principio del

mundo” (Eliade, 2000: 29). Por ejemplo, el mito de la instalación territorial de un grupo humano, en tanto refiere un nuevo comienzo, puede equipararse con la creación del mundo (Eliade, 2000: 31).

A partir de estas reflexiones y en relación con la búsqueda de los mitos fundantes de la identidad nacional, podría plantearse que para los países latinoamericanos estos mitos refieren a las gestas de independencia con respecto de las distintas metrópolis, ocurridas en el siglo XIX. En este sentido, dichos movimientos son equiparables con este nuevo comienzo que representa el mito de origen. ¿Esto significa que en todos los relatos auto/biográficos deben tomarse las revoluciones de independencia como punto de partida, como hipótesis de trabajo? Por supuesto que la respuesta es negativa, la indicación de Chanfrault-Duchet nos orienta hacia la identidad nacional y las fuentes de legitimación que pueden cristalizar bajo la modalidad de relatos fundacionales; no obstante, estos pueden ubicarse en distintos momentos, más allá de los procesos que definen la identidad política de un país.

Con base en lo dicho, la indagación en torno de los mitos que fundan la identidad nacional puede orientarse por medio de las siguientes interrogantes: a) cuáles hechos históricos pueden ubicarse en el relato a partir de las evocaciones y referencias, explícitas e indirectas, por parte de la o las personas auto/biografiadas; b) qué de ellos cristaliza en la memoria colectiva (personajes, situaciones, valoraciones, escenarios, etcétera); c) cómo son reapropiados por las y los sujetos para significar sus historias, sus vidas junto con otros, desde la particular situación biográfica en que se encuentran.

Los mitos de la comunidad. La noción de comunidad (*Gemeinschaft*) fue postulada por Ferdinand Tönnies para definir a un grupo humano que vive en común, unido por los mismos orígenes, los mismos sentimientos, las mismas aspiraciones fundamentales. La *Gemeinschaft* es un verdadero ser orgánico, un *todo* que posee una forma social cuya unidad resulta de la relativa homogeneidad de cuantos la integran. Tönnies distingue diferentes formas de comunidad, desde las más simples hasta las más complejas: la familia, las relaciones de vecindad o amistad, el pueblo, la pequeña ciudad, la región, etcétera. En la base de estas diversas formas, aparece siempre la misma noción de “herencia común”, sea

ésta la herencia de sangre (filiación, parentesco), la herencia cultural, histórica o étnica (Tönnies, 1947: 128).

Por ello, la comunidad es un organismo viviente donde la voluntad natural es el motor de las relaciones sociales, donde los individuos, por obra de aquello que los une, pueden ser netamente percibidos como diferentes de sus pertenencias respectivas. Esto significa que, en la comunidad, sus integrantes no corren el riesgo de transformarse en objetos o medios para la realización de los proyectos de otros sujetos (Tönnies, 1947: 163). Con base en lo anterior cabe afirmar que la comunidad se constituye sobre la base de la identidad y de los signos de identificación compartidos, los cuales permiten hablar de “nosotros”. En este sentido, la definición del autor parece privilegiar los lazos de unión, a diferencia de lo que sucede en la sociedad (*Gesellschaft*) donde las relaciones son impersonales y las diferencias deben ser pactadas, zanjadas, a través de contratos (Tönnies, 1947: 139).

Ahora bien, abordar el estudio de la realidad social centrándose en la noción de “comunidad”, enfatiza la posición del grupo primario como mediador entre las instituciones y los individuos. Al mismo tiempo, aprehender los mitos identitarios de la comunidad supone dirigirse hacia lo que cohesiona a los grupos, hacia lo que orienta a los sujetos recíprocamente que, como señala Jorge Luis Borges (1969) en un poema dedicado a la ciudad de Buenos Aires, no sólo puede ser el amor sino el espanto, es decir, permite indagar más allá de la dimensión racional que implica considerar la cohesión humana, sus persistencias y sus rupturas, con base en arreglos de tipo contractualista. En cambio, hablar de comunidad lleva a sondear en los lazos a partir de los cuales la orientación recíproca (la “orientación Tú” en el lenguaje de Schutz), incluye la dimensión afectiva de la acción social.

En definitiva, al rastrear los mitos de la comunidad se debe tener en cuenta que, por un lado, articulan con los correspondientes a la conformación de las identidades nacionales y, por otro, que la orientación recíproca no necesariamente reposa en afectos que podrían reputarse o calificarse como positivos, tal el caso del amor, la solidaridad o los intereses compartidos; de ahí la ambigüedad, la contradicción que surge en este nivel de análisis. Asimismo, la identificación de estos mitos, la apertura a la contradicción, a la ambigüedad, debe coexistir con la dimensión racional de la orientación humana, es decir, aquélla que se plasma en términos de pactos, acuerdos y contratos en un intento por prevenir la escisión

mito-logos que, entre otras consecuencias, reduce la complejidad humana a dimensiones únicas.

El grupo reducido o grupo primario. La aprehensión del grupo primario a través de los mitos permite explicar, en términos de Maffesoli, “la duración de esos valores ‘arcaicos’ de vecindad, de solidaridad y de grupos restringidos; en pocas palabras, de esa estructura aglutinante que logró resistirse a la racionalización del mundo” (Maffesoli, 1993: 173). En este sentido, el grupo primario es el “nosotros” que se aglutina a partir de la experiencia vivida, de la proximidad, de la empatía, “es la congregación a la cual uno se afilia por ideología o por necesidad de protección, puede ser el grupo productivo o la asociación creada con el fin de efectuar alguna acción racional” (Maffesoli, 1993: 174).

En este punto surgen algunas interrogantes que remiten a la tarea de identificación de estos mitos en el relato auto/biográfico; así, cabe preguntarse dónde y cómo identificarlos en sus distintos niveles de aparición. El próximo apartado aborda este problema.

En busca de los mitos identitarios. Este apartado ofrece algunas sugerencias a modo de respuesta a las interrogantes previas. Así, para identificar los mitos en sus distintos niveles de aparición conviene tener en cuenta que, a diferencia de la estructura del relato, los mitos no se inscribe en la superficie del texto. Porque, como señala Duch, “el universo mítico pertenece al reino de lo implícito que acostumbra hacer acto de presencia en aquello que queremos decir, más que en lo que decimos” (Duch, 1998: 27). Por eso, los mitos sólo son reconocibles a través de “signos” que pueden aparecer bajo diversas modalidades.

La indicación de Chanfrault-Duchet (1990: 15) referida al hecho de que los mitos refieren a sucesos históricos o rasgos relevantes cristalizados en la memoria colectiva, proporciona una primera alerta para iniciar esta búsqueda. Además, hablar de cristalizaciones indica que el interés no está ubicado en el acontecimiento histórico como tal, sino en su representación a través de imágenes estereotipadas, de escenas codificadas, por medio de las cuales el mito se fija en la memoria colectiva.

A esta indicación que ofrece la autora se suma la caracterización de este sistema de significado como una estructura implícita, es decir, lo no verbalizado en lo que se dice, no obstante lo cual, puede rastrearse porque aparece bajo la modalidad de “signos”. De este

modo, la aprehensión de los mitos debe orientarse por una lectura-escucha que, más allá del contenido, permita captar estas señales ya que pueden aparecer cuando y donde menos se las espera y bajo modalidades que no pueden fijarse con anterioridad al trabajo con los materiales biográficos. Así, la aprehensión de esta estructura implícita no remite a una cuestión exclusiva de imaginación que, por supuesto, es necesaria para captar las sutilezas del discurso y estas marcas, más o menos tenues, en el texto. Sin embargo, esta imaginación puede alcanzar su cometido -la comprensión e interpretación del sentido subjetivo de la acción y su referencia a un contexto más amplio- gracias a los “signos” que, en cierta forma, marcan los alcances y los límites de la interpretación.

Con base en estas reflexiones, en la búsqueda de los signos que remiten a los mitos fundadores de la identidad en sus tres niveles analíticos (pequeño grupo, comunidad y nación), una de las primeras tareas con el relato de Natalia consistió en rastrear los refranes y máximas empleados por la protagonista; también, las menciones o alusiones a hechos históricos vividos por ella misma, o bien, puestos en boca de otros co-protagonistas; las referencias a productos culturales tales como películas, obras literarias, obras teatrales; los *lapsus*, es decir, los olvidos momentáneos durante las entrevistas, así como las confusiones, las bromas; también, los microrrelatos de carácter épico y lírico, las menciones a actores sociales individuales y colectivos del mundo del espectáculo, de la política, contemporáneos de la protagonista o ubicados en el mundo de los antepasados. Cabe señalar que la primera indicación que atrapó mi interés en estos signos fue que, en apariencia, interrumpían el relato, atentaban contra la fluidez, se mostraban más como digresiones que como elementos necesarios para garantizar la continuidad de la historia; en principio, no tenían razón de ser ni de aparecer. Por eso mismo, invitaban a preguntarse sobre el para qué de su emergencia en mitad del relato. En la búsqueda de respuestas a esta interrogante comenzaron a perfilarse como parte del sistema de significación implícito de la historia narrada.

Por último, Chanfrault-Duchet menciona que al articularse en la narración, estos mitos aportan a la organización de las secuencias del relato, de manera tal que expresan un modo de relación del sujeto con el mundo que la autora denomina “figura matricial”. Esta figura puede adoptar diversas formas, entre ellas, “conformidad con el orden social, transgresión, reto, exclusión, etcétera, relación que el narrador asume en toda su singularidad”

(Chanfrault-Duchet, 1990: 13). Lo dicho trae a la memoria las expresiones “ir a más” y “ser otra”, con las cuales Natalia sintetiza las metas de su proyecto, como enunciados que pueden retomarse en la búsqueda de la “figura matricial”. Para ahondar en esta dirección, los siguientes apartados profundizan las reflexiones con respecto a los significados y alcances que adopta esa construcción teórica.

La figura matricial. Aunque la autora no lo explicita, esta noción sugiere la relación “figura-fondo” postulada por la Fenomenología Filosófica y re-trabajada por la Psicología de la Gestalt por medio de la cual se define una característica de la percepción humana. Uno de los axiomas de esta teoría psicológica postula que, desde el inicio, la percepción humana posee organización y significación; no es la suma de los datos sensoriales; en cambio, la información proveniente de los sentidos atraviesa por un proceso de reestructuración a partir del cual configura una “forma”, es decir, una Gestalt. Esto significa que no percibimos elementos o conjuntos de elementos aislados sino unidades de sentido estructuradas o formas.

Así, la percepción aparece como un campo de fuerza, un fondo dinámico no diferenciado, del cual emergen figuras entre las que surge una dominante. Sin embargo, no podemos separar “figura” de “fondo” ya que ambas configuraciones se presentan de manera simultánea y complementaria. A su vez, el valor de cada elemento que compone el campo de la percepción depende de la totalidad en la cual se halla incluido, de manera tal que dicha valoración puede modificarse cuando forma parte de otro contexto perceptivo (Berruete y Alzueta, 2007). Lo expuesto permite pensar la noción de “figura matricial” en relación con este recorte que si bien destaca ciertos rasgos, sólo cobra sentido en relación con el fondo sobre el cual está inscrita. Al mismo tiempo, la noción de “figura”, entendida como representación, remite a lo imaginario, a formas de aprehender rasgos de lo real que se distancian del concepto a fin de abrir el fenómeno a otras posibilidades de captación.

A su vez, la caracterización de la figura como “matricial”, determinación propuesta en el concepto acuñado por Chanfrault-Duchet, permite asociarla con la expresión “matriz de datos”, empleada en la investigación científica. Esta denominación parte de la noción de “dato”, entendido como una construcción compleja cuya estructura general posee cuatro componentes: a) unidad de análisis, b) variables, c) valores, d) indicadores. Así, el término

"matriz de datos" se refiere a la distribución cuadrangular de los elementos estructurales de todo dato científico que permite visualizar rápidamente sus componentes más destacados. Al respecto, cabe señalar que el "dato" constituye una abstracción de hechos reales, los cuales enfrentan a quien investiga bajo la forma de una trama compleja de imágenes, de representaciones, de nociones.

Sin embargo, el vínculo entre ambos términos, es decir, "figura" y "matriz", sugiere que, en tanto herramienta metodológica, la "figura matricial" permite reunir una constelación de representaciones, de imágenes, de detalles ínfimos y dispersos en el relato que requieren un tratamiento diferente del que reciben los hechos que son objeto de la investigación experimental; en este sentido, más que un abordaje analítico, parecen necesitados de una interpretación histórico-hermenéutica.

Para profundizar en esta dirección conviene recordar que, como señala Chanfrault-Duchet, la "figura matricial" surge de la articulación entre los mitos biográficos y puede interpretarse como una modalidad de relación entre la o el biografiado y el mundo. Asimismo, esta manera de vinculación remite al nexo figura-fondo donde el sistema de referencias, es decir, el horizonte de sentido opera como un campo de fuerza indiferenciado sobre el cual se recortan estas figuras, ya no como elementos aislados, sino en relación con la totalidad en la que están insertas y a la cual contribuyen a perfilar.

A partir de estas reflexiones, el siguiente paso consiste en regresar sobre los materiales biográficos a fin de rastrear los mitos identitarios en sus distintos niveles de aparición.

LOS MITOS EN LA HISTORIA DE NATALIA

Esta sección propone una nueva lectura del relato en busca de algunas señales de los mitos identitarios, tanto en el texto como en los materiales biográficos y en las notas de campo registradas durante los encuentros con Natalia. En ese proceso, destaca el uso de máximas y expresiones que ella emplea para describir las experiencias de algunos personajes significativos de su historia, así como para calificar a otros co-protagonistas.

De este modo, en distintos materiales aparecen las siguientes expresiones:

- "Con la Revolución, el que se durmió rico despertó pobre y el que se durmió pobre despertó rico"
- "Ir a más"

- “Yo creo que en más o en menos, todos queremos subir un poco”

Al presentarlas de manera aislada, cada una de ellas pierde el potencial de significación con respecto a la totalidad del relato. Por ese motivo, parte del análisis consiste en relacionarlas con el contexto del cual emergen, tarea que implica reinsertarlas en los escenarios y con los personajes que interactúan en ellos.

La primera de estas máximas remite a la situación del bisabuelo paterno de la protagonista, un hacendado que perdió la vida y las propiedades durante la Revolución de 1910. Con las otras dos, Natalia describe las expectativas de ciertos personajes. Particularmente, de quienes poseen las aspiraciones y la fuerza de voluntad necesarias para sobreponerse a las situaciones adversas derivadas de ese mismo acontecimiento, o bien, a los descendientes de esos personajes que evidencian rasgos similares a sus antepasados. Entre los primeros, Natalia ubica a la abuela paterna, hija del hacendado muerto quien, pese a los orígenes promisorios, debe migrar a la ciudad de México a consecuencia de la Revolución y sobrevivir con la venta de tortillas y el lavado de ropa ajena. Entre los segundos, la narradora ubica a sus propios hijos y a una nuera quienes concretaron metas profesionales y económicas con mucho esfuerzo.

Para apreciar los alcances y el aporte que significa la clasificación de los personajes por intermedio de estos dichos y máximas, considero oportuno traer a colación las reflexiones de Alfonso Mendiola (2000: 15) con respecto a la investigación histórica, entendida como el estudio de las “observaciones sobre el pasado”. A partir de esta expresión, el autor plantea que “explicamos el pasado sólo en la medida en que lo hemos considerado a la luz de algún tipo de descripción o especificación verbal” (Mendiola, 2000: 183). Esto significa que el pasado no se expresa por sí mismo, que no existe una realidad en sí, a la espera del investigador que la descubra; en cambio, plantea la exigencia de introducir al observador en las explicaciones de la realidad.

Como el mismo autor señala, esta propuesta desemboca en la necesidad de interrogarse: “Por qué el otro ve la realidad de otra manera, cómo ha llegado el otro a su opinión” (Mendiola, 2000: 185). Estas reflexiones ponen en primer plano un problema epistemológico no menor: reintroducir al otro en nuestras descripciones de la realidad. Esta tarea exige “pasar por el quién del que habla para comprender lo que dice” o, como indica el autor, “observar al observador” (Mendiola, 2000: 185). Para concretar esta tarea sugiere

una operación particular que denomina “observación”. Ésta consiste en “repetir la operación específica que instituyó lo real en tanto que tal” (Mendiola, 2000: 187). Y más adelante, agrega:

La operación de observar consiste en indicar un lado de una distinción. Antes que cualquier otra cosa, para que la observación se lleve a cabo, se debe trazar una distinción (“esto y no lo otro”) y, después, para que ésta se actualice es necesario indicar o marcar uno de los dos lados de la distinción realizada pues no habría observación alguna [...] si no eligiéramos un lado de la misma (Mendiola, 2000: 189).

Sin embargo, como señala el autor, “aunque sólo se indique uno de los lados de la distinción, los dos lados de ella existen en simultaneidad” (Mendiola, 2000: 189). Lo anterior plantea una exigencia metodológica y, a la vez, abre la posibilidad de observar al narrador en lo que relata: pasar del otro lado de la distinción, “pasar el trazo que permitió hacer la diferencia” (Mendiola, 2000: 190).

La propuesta, entonces, ofrece un camino para concretar la “observación del observador”, en relación con el relato de Natalia dado que, en su forma de referir el mundo, en la clasificación que ella ofrece de los co-protagonistas y antagonistas que pueblan su narración, vincula dos dimensiones de análisis: por un lado, la posición-valoración de los personajes; por otro, la relación de estos personajes con los eventos socio-históricos que les tocó vivir. De este modo, la Revolución de 1910 no opera sólo como un marco de fondo; en cambio, estructura la experiencia de los co-protagonistas desde la perspectiva particular de la narradora.

Pero, además, ellos no aparecen descritos como receptores pasivos del impacto de este suceso; por el contrario, la protagonista les reconoce la voluntad y el deseo —o la ausencia de ambos rasgos subjetivos— para resignificar esa experiencia en sus propias vidas, para anticipar proyectos o someterse al curso de los acontecimientos. En este sentido, el relato pone en evidencia la relación entre la estructuración de la experiencia, a partir de los eventos macrosociales, y el “habitar” esos acontecimientos como una experiencia subjetiva.

Con base en estas reflexiones es posible establecer una conexión entre el refrán mencionado y la expresión “ir a más”, con la cual Natalia define una de las metas del proyecto personal y familiar. Así, la propuesta de Alfonso Mendiola permite interpretar la

sentencia como una línea imaginaria a partir de la cual es posible señalar la posición contraria: el “ir a menos”. De este modo, en el relato, algunos personajes comienzan a posicionarse en relación con aspiraciones que, desde el punto de vista teórico pueden aprehenderse bajo la noción de “movilidad social ascendente”, o bien, con la ausencia de estas expectativas, circunstancia que los lleva a permanecer en el grupo de los que “fueron a menos”.

En este punto, y aunque la protagonista no los menciona de manera expresa, surgen otras figuras, aquellos que permanecen en el mismo lugar. Ambos subgrupos (“quienes van a menos”, “quienes permanecen en la misma posición”), están vinculados por la falta de aspiraciones o por la incapacidad para sobreponerse a las situaciones adversas. En definitiva, el rasgo distintivo entre uno y otro lado de esta línea imaginaria está representado por la voluntad y el deseo “de subir un poco”, como ella misma lo expresa, o por la ausencia de ambos componentes. Por último, al emplear la tercera expresión: “Yo creo que, en más o en menos, todos queremos subir un poco”, la protagonista se coloca a ella misma en el cuadro clasificatorio entre los distintos personajes del relato y confirma la legitimidad del proyecto personal que propone para sí misma y su descendencia.

Ahora bien, una segunda lectura de estos enunciados permite abordarlos como fórmulas donde cristalizan saberes sociales relacionados con los mitos biográficos en sus distintos niveles de emergencia. Para profundizar en esta dirección, conviene insistir una vez más con respecto al hecho de que la pregunta por los mitos no apunta hacia los hechos históricos o a sus rasgos relevantes como tales. En cambio, el análisis propone indagar qué rasgos de los hechos históricos cristalizan en la memoria colectiva y cómo son reapropiados por las y los sujetos para significar sus historias, sus vidas junto con otros, desde la particular situación biográfica en que se encuentran. Responder a estas interrogantes inicia el camino hacia los mitos que atraviesan el relato de Natalia, tarea que abordan los próximos apartados.

El mito nacional: la Revolución Mexicana. El peso atribuido por Natalia a la Revolución de 1910 en relación con la ubicación y valoración de los personajes y de sí misma, ofrece una pista para revisar la historia de México durante el periodo que comprende el relato autobiográfico, el cual se extiende desde los años iniciales de la Revolución hasta una fecha

que ronda el año 1985, cuando la protagonista decide interrumpir el vínculo conyugal. Sin embargo, la sola evocación de la gesta revolucionaria a través de un refrán no basta para conferirle un carácter mítico. ¿En qué radica esta transformación?, ¿qué posibilita este pasaje del hecho histórico al mito?

Para responder a estas interrogantes, conviene señalar que esta máxima ofrece un particular ángulo de entrada para la interpretación del evento revolucionario, perspectiva desde la cual es posible identificar algunos rasgos que cristalizan en la memoria colectiva. Por supuesto, se trata de una de las formas posibles de sedimentación de este hecho histórico pero, precisamente, un potencial de las máximas y refranes consiste en condensar, en sentencias breves, los saberes colectivos que, de este modo, adoptan el carácter de un conocimiento “a la mano”, una fuente de verdades para manejarse en la cotidianidad.

“Dicen que el que se durmió rico se despertó pobre” y viceversa. Con esta expresión, la protagonista remite a un grupo de “otros significativos” anónimos que conforman la comunidad más amplia, y a quienes ella incluye mediante el empleo del impersonal “dicen”; estos “otros significativos” respaldan los dichos y los hechos de Natalia en tanto encarnan la interpretación colectiva de un evento histórico, una de cuyas consecuencias cristaliza bajo la modalidad de esta máxima.

En este caso, el refrán denota un cambio brusco, imprevisto y, por ende, ineludible, ocurrido “de la noche a la mañana”, “en un abrir y cerrar de ojos”, es decir, en lo que demora el paso del estado de sueño al estado de vigilia; en ese sentido, se trata de un cambio sobre el cual los sujetos no poseen control. Así, pese a que la Revolución es una obra humana, el contexto de uso de esta máxima por parte de la protagonista (para explicar las consecuencias de este episodio entre sus familiares), presenta el acontecimiento como una especie de cataclismo, más próximo a los fenómenos de la naturaleza que a los hechos humanos, porque escapa al control de las voluntades y de las previsiones individuales.

Además, el cambio revolucionario tampoco aparece caracterizado como un evento jubiloso, ya que afecta negativamente a su familia paterna: unos pierden la vida y las posesiones; otros son arrastrados por ese hecho “tenebroso”, por toda esa “revoltura” y terminan con problemas de alcoholismo; finalmente, las mujeres y los niños quedan inermes ante los cambios y deben afrontar numerosas penurias para sobrevivir. Así, esta inversión de posiciones indica mudanzas de fortuna en sentido estricto, “de ricos a pobres”

y viceversa, aunque también conlleva modificaciones de estatus en el sistema de estratificación social; es decir, la Revolución no sólo trastoca el lugar que ocupan los personajes desde el punto de vista económico, sino que afecta el poder y el prestigio del que gozan.

Sin embargo, las consecuencias de la gesta revolucionaria que describe el refrán sugieren una imagen equiparable con una modalidad de justicia humana que podría caracterizarse como extraordinaria, es decir, la que se concreta masivamente, más allá de los códigos y normativas de la justicia ordinaria. Esta idea entronca con otra máxima del lenguaje coloquial que expresa: “La Revolución le hizo justicia” (o su versión negativa: “La Revolución no le hizo justicia”) y cuyo significado permite trazar una distinción: incluirse o no dentro de los sectores que se beneficiaron con la lucha revolucionaria. Cabe señalar que esta sentencia entraña toda una visión del acontecimiento denominado “Revolución de 1910” o “Revolución mexicana” que corresponde al particular momento en que fue acuñada y que, al presente, evidencia variaciones de significado.

Para profundizar en la afirmación anterior recupero los resultados de una serie de sondeos informales entre grupos de jóvenes de ambos sexos, de entre 20 y 30 años de edad⁷⁵, destinada a indagar por las persistencias y/o variaciones de significado que atribuyen a esta máxima. Al respecto, destaca que los miembros de estas generaciones no se sienten expresados por dicho refrán. En cambio, lo asocian con nuevas versiones: “Que el gobierno te haga justicia”, o bien, “Que el Estado te haga justicia”, frases que, según indican, acompañan las recomendaciones familiares sobre la importancia y bondades de persistir en el estudio y de finalizar una carrera universitaria a fin de garantizarse mejores oportunidades laborales en el futuro.

Este sondeo no posee ninguna pretensión de confiabilidad ni validez científicas, sin embargo, ofrece algunos elementos para reflexionar en torno de la pregunta planteada acerca del proceso de mitificación de un hecho histórico. En este sentido, cabe señalar que a diferencia de lo ocurrido entre las generaciones jóvenes, el uso de esta máxima por parte de la protagonista ubica a la audiencia real y potencial de su relato en una dimensión espacial y temporal distinta, cuando y donde este dicho posee significación. ¿Cuál es ese

75 Desde el año 2004 hasta la fecha realizo esta indagación de manera informal entre los alumnos de nivel Licenciatura de la Universidad Pedagógica Nacional, unidad Ajusco, donde imparto clases. Durante ese tiempo, he realizado esta consulta a 8 grupos de estudiantes integrados por un total de entre 30 y 40 alumnos cada uno.

México? No el del presente de los contemporáneos sino el presente de los antepasados, donde sus abuelos y bisabuelos, los expulsados de sus tierras por la Revolución, los que debieron migrar para escapar del conflicto o del hambre, son contemporáneos de la protagonista, donde aún poseen una presencia real, casi de carne y hueso, donde todavía y para siempre viven en la interpretación que tratan de darle a su mundo a través de esas palabras.

Así, los usuarios del refrán, “quien se durmió rico se despertó pobre” y viceversa, están presentes en las casas que recorrimos con Natalia durante las visitas a los lugares significativos de su historia; viven en los barrios y en las casonas coloniales del Centro histórico de la ciudad que una vez fueron elegantes y que, al menos durante los recorridos concretados en el año 2002, se habían transformado en depósitos de mercadería o en vecindades con distintos grados de conservación o deterioro; edificios cuyos originales moradores, al menos quienes los habitaban durante la infancia de Natalia, optaron por desplazarse hacia otros rumbos a medida que los migrantes internos se instalaban por esas zonas de la ciudad en las sucesivas oleadas que poblaron el Distrito Federal desde los años de la Revolución en adelante.

Sin embargo, las variaciones sintácticas y semánticas que experimenta esta sentencia en boca de las y los jóvenes consultados, ofrecen algunas indicaciones relacionadas con la preocupación apuntada anteriormente, es decir, con respecto al proceso de mitificación del hecho histórico. Así, en el paso de “la Revolución” al “Estado” o al “Gobierno”, como agentes de la transformación, la frase marca la persistencia de la noción de justicia como una expectativa que mantiene vigencia entre las y los usuarios. Este resultado permite plantear dos cuestiones. Primera, la justicia en su versión revolucionaria o, más recientemente, estatal o gubernamental, constituye uno de los rasgos que habría cristalizado en la memoria colectiva. Segunda, el cambio del agente encargado de concretarla lleva a pensar en las posibles variaciones históricas de la noción “justicia revolucionaria”. Al respecto, estas modificaciones con relación al agente pueden interpretarse como una expresión del denominado “proceso de institucionalización de la Revolución mexicana”, el cual abarca el periodo comprendido entre 1940 y 1970, aproximadamente, cuando se consolidan distintas instituciones -políticas, económicas, laborales, educativas, etcétera- y

el papel del Estado o del gobierno desplaza la imagen del pueblo en armas como agente del cambio social.

Desde esta perspectiva, destaca que por ser humana, la “justicia revolucionaria” puede ser imperfecta, al punto de provocar cataclismos o alteraciones donde sólo algunos se benefician: los fuertes; los hábiles, aquellos que logran anticiparse a los acontecimientos, quienes no son necesariamente los justos (éste sería uno de los rasgos que distingue a la justicia humana de la divina). Sin embargo, se trata de una justicia que, a diferencia de la ordinaria, la de tiempos de paz, es expedita, transforma de cuajo, invierte el orden social por completo y, en el proceso, instaura un nuevo México, de ahí su carácter de mito fundante de la identidad nacional contemporánea.

Sin embargo, la Revolución por sí misma no posee este carácter mítico, excepto porque inicia una serie de relatos, desata imágenes y escenas estereotipadas, consagra ciertas figuras y estigmatiza otras que circulan oralmente y más adelante son retomadas por el cine, el radio, el teatro, la música, la literatura, a través de cuyos productos pueden observarse distintas expresiones y versiones de esta justicia -aunque también de la injusticia revolucionaria si nos atenemos a la propuesta de Mendiola. Así, este rasgo -la justicia revolucionaria- cristalizado en la memoria colectiva, funge como “motivos para” y “motivos porque”, es decir, aporta a la explicitación del sentido, a la configuración de las relaciones sociales y, en el caso de la protagonista, a la definición del proyecto personal y familiar, el cual se convierte en una aspiración legítima con base en el mito que funda la identidad nacional.

Por lo expuesto, este episodio de la historia nacional puede considerarse como un mito de origen porque expresa una situación nueva, implica una modificación del mundo, una ruptura con un pasado. Para un sector minoritario de la población este cambio significó la pérdida y/o el menoscabo del patrimonio, del prestigio y del poder acumulado al amparo del gobierno de Porfirio Díaz; en cambio, para un amplio sector de mexicanos y mexicanas, la instauración de un nuevo orden prometía la superación de un pasado de vejaciones, de privaciones. Así, la Revolución propició la visibilidad de nuevos agentes sociales quienes, a partir de entonces, corrieron con distinta suerte para hacerse de un espacio en la configuración del mapa político, social y económico del México contemporáneo. A su vez, en la elaboración de la memoria colectiva que sobrevivió en el citado refrán, la Revolución

creó las condiciones para que, en un acto de justicia extraordinario, los sectores sociales dominantes (fundamentalmente los terratenientes, empresarios, políticos y clero), sufrieran el desplazamiento aludido con la mención de este paso de “ser rico a ser pobre” y viceversa.

Las reflexiones anteriores ofrecen una relectura del mito de la justicia revolucionaria donde intersectan el tiempo biográfico de la protagonista con el tiempo histórico y social. En este punto, cabe preguntar: ¿de qué manera, este rasgo que cristaliza en la memoria colectiva impacta sobre la definición del proyecto personal de Natalia? o, para expresarlo en otros términos, ¿cuáles son los alcances de las expresiones “ir a más” y “ser otra” en el México donde transcurre la historia de vida de la protagonista?

Para responder a estas cuestiones es necesario situar la noción “justicia revolucionaria” en el periodo comprendido entre 1940 y 1970 y en los grupos de pertenencia de Natalia a fin de indagar por la tonalidad específica que adoptan estas expresiones en el contexto donde fueron emitidas.

Los mitos de la comunidad. Para concretar esta indagación es necesario preguntarse por las características de la comunidad en la cual se inserta y reconoce la protagonista en su relato: ¿cuál es la “herencia común” que los aglutina en un “nosotros” y que, al mismo tiempo, los distingue y diferencia de Otros? Para responder a esta interrogante conviene recordar que por la línea de sus antepasados, la protagonista pertenece al grupo de los migrantes internos quienes llegan a la ciudad de México en dos momentos distintos:

1) una primera oleada arriba como consecuencia directa de la Revolución, es decir, se trata de aquellos que deben abandonar sus tierras para salvar la vida. Sin embargo, en los años posteriores, el éxodo continúa por la dislocación de los sistemas de empleo a raíz de la reforma agraria. En este grupo se ubica la familia paterna, descendiente de un hacendado español radicado en una zona del centro del país, quien pierde la vida como consecuencia de la conflagración.

Al respecto, Moisés González Navarro (1974: 72-73) cita, a manera de indicio, la hipótesis postulada en 1922 por José Covarrubias quien sostiene que durante la época bélica (aproximadamente entre 1910 y 1917), entre diez y quince mil hacendados huyen a las ciudades; asimismo, en la capital del país se concentran unas cien mil personas procedentes de las principales ciudades de provincia, fundamentalmente, del centro y del

norte. De este modo, en 1910 los habitantes de la capital representan 7.83% de la población total del país; sin embargo, para 1921 este porcentaje aumenta a 11.43% y para 1930 asciende a 13.69% (González Navarro, 1974: 73).

2) la segunda oleada está compuesta por migrantes internos que, por distintos motivos, no pueden sobrevivir en sus lugares de origen y deben trasladarse a la ciudad a impulsos de las expectativas relacionadas con la elevación de la calidad de vida que acompañan el proceso de modernización y desarrollo a comienzos de los años 40 (González Navarro, 1974: 73). De acuerdo con las palabras de la biografiada, con este movimiento llega Ramona, la madrastra, procedente de un pueblo de provincia.

Con respecto al periodo que se extiende entre los años 40 al 70 del siglo XX, cabe señalar que, desde el punto de vista económico, el proceso de modernización se caracteriza por una reorientación del proyecto de desarrollo autónomo iniciado durante el sexenio cardenista (1934-1940). Sin embargo, a partir de los años 40, cambia de rumbo para concretar la inserción en el mercado mundial bajo la modalidad de una economía capitalista dependiente (Medín, 1990: 15). De acuerdo con Martha Rivero (1990), este giro puede explicarse, en parte, por el peso de la Segunda Guerra Mundial y por la relación de México con Estados Unidos durante y después del conflicto bélico.

Entre las consecuencias derivadas de la reorientación de la economía cabe señalar un desequilibrio en la distribución de la riqueza, cuyos costos fueron absorbidos por los sectores más vulnerables de la sociedad. Esta tendencia no se revirtió en los años posteriores a la Segunda Guerra; así, los costos de la rápida industrialización corrieron por cuenta de la gran mayoría de la sociedad mexicana, especialmente, de quienes estaban situados en los niveles de ingresos más bajos⁷⁶.

No obstante, las tasas del salario real en las ciudades permanecieron muy por arriba del sector rural; como resultado, la mano de obra agrícola comenzó a emigrar al sector urbano de servicios. Desde ahí era absorbida por las industrias, a medida que el desarrollo económico creaba nuevas demandas de empleo. Sin embargo, este proceso se concretaba con lentitud; por esa razón, en las ciudades comenzó a incrementarse la oferta en el sector

76 En el ámbito interno, al término de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Miguel Alemán Valdez debió enfrentar los problemas derivados del alza en el costo de la vida a raíz de la inflación que implicó grandes aumentos. En algunos rubros básicos como el vestido llegó a 152%; en los servicios domésticos ascendió a 136%, y en la alimentación el alza fue de 104%. Estos incrementos perjudicaron a amplios grupos de la población, fundamentalmente a los sectores populares porque los salarios no crecían de manera proporcional con los precios de los bienes y servicios (Medín, 1990: 20).

de servicios, así como en el comercio informal, integrado por quienes esperaban una mejor oportunidad en la industria.

En relación con las distintas oleadas migratorias, entre las cuales arriban los antepasados de Natalia a la ciudad de México, cabe señalar que tanto los familiares por la línea paterna, como la madrastra, se insertan en el trabajo informal, en el sector de servicios o aprenden un oficio que luego genera una oportunidad de empleo o de ocupación por cuenta propia. En esta opción se ubica el padre de Natalia quien aprende el oficio de herrero y se emplea en un taller; otros logran acceder al sector industrial, tal el caso de un hermano de la tía Soledad, talabartero de profesión, quien ingresa a una fábrica de productos alimenticios.

Cabe señalar que estos migrantes internos poseen escasos o nulos niveles de escolaridad dado que, como muestra el Censo de Población del año 1930, en el nivel nacional sólo 38.51% de la población de 10 años o más sabe leer y escribir (González, 1979: 18). Con respecto a la ocupación territorial, estas sucesivas oleadas se instalan en distintas vecindades ubicadas en las colonias más pobres de la ciudad. En relación con la urbanización de la ciudad de México, González Navarro señala que a partir de 1913 se incrementa la población, primero con migrantes flotantes y luego permanentes que, entre otras consecuencias, trae consigo el nacimiento y crecimiento anárquico de numerosas colonias donde sus pobladores viven en condiciones muy precarias debido a la falta de los servicios más elementales (drenaje, luz eléctrica, agua potable, el trazado y limpieza de las calles, seguridad, etcétera), carencias que agudizan los contrastes entre las construcciones señoriales y las barracas y casas de vecindad (González Navarro, 1974: 147).

Al respecto, en las visitas realizadas con la protagonista a los sitios donde transcurrieron los primeros años de su vida, los lugares que corresponden a la familia de origen, tanto paterna como de la madre biológica, así como los sitios donde evocó su experiencia de calle, corresponden a estas colonias pobladas por la migración interna, las cuales, inclusive desde el porfiriato se contaban entre las más pobres de la ciudad: la de los Doctores, la Peralvillo, que por esa época correspondía al norte de la ciudad, y la Morelos, ubicada al noreste; también, las inmediaciones de la Central de Abastos en La Merced y el Parque Balbuena (González Navarro, 1974: 153).

Sobre estos sectores de recién llegados a la capital impactan las condiciones de precariedad y hacinamiento de las viviendas que para 1935 y entre el sector obrero,

“todavía eran barracas de madera, hojalata, adobes, piedra, sin sanitarios, agua, baño, brasero adecuado, con una renta anual de 4 a 6 pesos”, las cuales fueron calificadas como inhabitables por parte de las autoridades del Departamento de Trabajo (González Navarro, 1974: 151). Por las descripciones que ofrece la protagonista, la abuela paterna habría ocupado una vivienda de este tipo en la colonia de los Doctores.

En cambio, la casa de la tía Soledad, otra de las viviendas donde transcurrió una parte de la infancia, reúne ciertas características que, en ese mismo año de 1935 fueron consideradas como las mínimas para garantizar condiciones habitables: dos cuartos con brasero independiente, toma de agua propia, una regadera con agua fría, con balcón pero sin baño, cuya renta oscilaba entre 15 y 30 pesos anuales (González Navarro, 1974: 151). De ahí las reflexiones de Natalia en cuanto a que la familia de su tía, junto con la de otra vecina, evidenciaba una mejor situación económica y de prestigio dado que, además de las comodidades aludidas, ocupaban un espacio localizado en el primer patio de la vecindad.

Con base en estas evocaciones, la protagonista estableció una primera distinción entre sus familiares donde el recuerdo de las mejores condiciones de la vivienda y ciertos hábitos de higiene y alimenticios, así como la vestimenta y el uso del tiempo libre que observó en la casa de la tía Soledad, le habrían ofrecido, según sus propias palabras, un primer estímulo para esbozar las expectativas de cambio que deseaba concretar para ella y su descendencia⁷⁷.

En relación con lo anterior, conviene precisar que la urbanización es un proceso complejo el cual, de acuerdo con Luis Unikel (1966: 139-182), se manifiesta a través de dos grandes fenómenos. El primero y más patente de ellos corresponde a la creciente concentración urbana que opera a través del crecimiento de las localidades existentes y del surgimiento de otras nuevas. El segundo, más difícil de definir, refiere a los cambios en la forma de vida de la población que implican el pasaje de modos de vida de tipo tradicional-rural a otros de tipo moderno-urbano. No obstante, estas modificaciones no se verifican de manera homogénea. En este punto radica una de las dificultades para abordar el segundo aspecto del fenómeno dado que es posible reconocer la coexistencia de ambos modos de vida entre los distintos sectores de la población y en un mismo periodo temporal.

77 Capítulo II, “Escenarios”, p. 142.

Lo dicho permite afirmar que la urbanización no sólo implica cambios en las condiciones materiales de vida, por ejemplo, en aspectos relacionados con la salud, la higiene, la alimentación, la vivienda, la escolaridad, la extensión de la superficie habitada, sino que incluye cuestiones más sutiles como la adaptación a horarios y ritmos de vida diferentes, el aprendizaje de nuevas habilidades y destrezas para acceder al empleo, la forma de desplazarse por la ciudad donde el tráfico, las aceras, otros peatones, la edificación, etcétera, demandan nuevos comportamientos a los recién llegados a las ciudades.

A este respecto, resulta ilustrativo el análisis de la historieta *Mamerto y sus conocencias*, realizado por Thelma Camacho Morfin (2006: 49-81). Este material hemerográfico que aparecía en el periódico *El Universal* entre 1927 y 1940, tematiza el pasaje del campo a la ciudad por parte de dos protagonistas, el propio Mamerto y su esposa Ninfa; ambos se establecen en el Distrito Federal pero sin renunciar a su cultura campirana.

Al describir a los personajes, la autora señala que “Mamerto viste de traje de charro y Ninfa, falda larga con delantal y se peina de trenzas; ambos hablan un español muy deformado y jamás logran adaptarse por completo a la vida de la ciudad ya que todo lo interpretan por medio de su visión provinciana” (Camacho Morfín, 2006: 53). De este modo, en la ciudad coexisten distintos tipos sociales que aparecen retratados en la historieta. Así, junto a Mamerto y su cónyuge, conviven sectores de clase media cuyas aspiraciones y pretensiones de diferenciación social los lleva a distinguirse de los recién llegados por el tipo de vivienda, la vestimenta, el modo de hablar, la ocupación del tiempo libre.

Desde la perspectiva de cotidianidad, estas “novedades”, derivadas del arribo a las ciudades, son las señales de la “vida urbana moderna”, del “progreso”, de los “nuevos tiempos”, caracterizados por el ritmo acelerado, febril. Al respecto, Carlos Monsiváis señala que durante la década de los años 40, el culto al Progreso se constituyó en un tema recurrente. Pero, como señala el autor, no se trató de la concepción decimonónica que implicaba, en última instancia, un camino hacia la liberación de los pueblos. En cambio, el progreso se expresó, “objetivamente en presas, carreteras, instituciones de crédito, creencia en la educación superior, viajes, actitud desenfadada, nuevas costumbres (del golf y del tenis al uso del idioma inglés como garantías de status)” (Monsiváis, 1990: 272).

A su vez, si en las décadas precedentes la justicia implicó el reparto de tierras, la sanción de derechos constitucionales, la organización de la mano de obra rural y urbana, el incremento del gasto “social” que amplió la oferta de bienes y servicios a los sectores excluidos, en este momento se concreta el pasaje de la épica revolucionaria a la épica capitalista. Carlos Monsiváis lo refiere en estos términos:

Que ya no conmuevan la soledad altiva del general Felipe Ángeles ante el pelotón de fusilamiento, o la reciedumbre de las tropas zapatistas; que te asombre ese burócrata que hace un año no tenía en dónde caerse muerto y hoy podría convocar en su residencia a todos sus antepasados y todos sus descendientes, celebrando juntos la inauguración de la dinastía (con efectos retroactivos) (Monsivais, 1990: 272).

En este sentido, durante el periodo comprendido entre los años 1940 a 1970, la noción de justicia revolucionaria aparece dotada de nuevas sonoridades que refieren a una elevación en los estándares de confort y de las oportunidades de vida.

De este modo, aunque los costos de la rápida industrialización afectaron fundamentalmente a los sectores más vulnerables de la población, las promesas de “vivir bien” que, de acuerdo con la investigación de Anahí Ballent (1998; 1996), caracterizan la cotidianidad y los logros concretos que se expresan, por ejemplo, con la incorporación de la tecnología en el hogar a través del uso de electrodomésticos y artículos de confort, así como objetos que facilitaban las comunicaciones (el radio, el teléfono, el cine y, más adelante la televisión), modificaron el “habitar” moderno y, en este sentido, parecían confirmar el mejoramiento de la calidad de vida. Desde ese punto de vista, las dificultades económicas, políticas y sociales de este periodo parecían una consecuencia transitoria de este proceso que, luego de los ajustes necesarios, seguiría la ruta del progreso imparabile.

Con base en lo expuesto y en respuesta a la pregunta que inicia este apartado, cabe señalar que si existe algún elemento material y/o simbólico que pueda interpretarse como una “herencia común” entre los migrantes y sus descendientes, éste puede ubicarse en el esfuerzo orientado a conseguir un espacio propio en las ciudades a fin de mejorar las oportunidades de vida; inclusive, como se desprende del relato de Natalia, en relación con necesidades tan básicas como la seguridad y la alimentación.

En este sentido, la expresión “ir a más” empleada por Natalia para diferenciar a los co-protagonistas de su historia, así como para tomar una posición entre ellos, remite a estas estrategias de supervivencia. Para abonar en esta dirección cabe señalar que a partir de esa expresión ella define los rasgos del “Nosotros”, con base en la capacidad y la fortaleza individual para superar las condiciones adversas y, en paralelo, para aprovechar las favorables a efectos de “vivir mejor”. Con base en este rasgo, “ir a más”, a través del cual cristaliza el mito comunitario, es posible agrupar a los personajes del relato en tres subgrupos:

1. Los que van de más a menos. Esta expresión representa a aquellos que con la Revolución “se durmieron ricos y despertaron pobres”. Dentro de esta categoría, es posible identificar dos subgrupos:

1.1. Los que luchan por mantenerse o superar una situación desventajosa imputable a fuerzas que los superan. En este grupo destacan dos personajes: la abuela paterna y una tía del padre. En ocasiones, estas mujeres constituyen un espejo en el cual Natalia percibe sus propias contradicciones o “debilidades”.

1.2. Los “vencidos”. Se trata de quienes se abandonan ante una situación que los rebasa, tal es el caso de su abuelo paterno y de su hermano mayor quienes terminan enfermos de alcoholismo.

2. Los que van de menos a más. En este grupo, la protagonista ubica a quienes lograron superar sus orígenes desventajosos, con mayor o menor suerte. Entre ellos, la protagonista ubica a los siguientes personajes:

2.1. La madrastra Ramona. Por distintas razones, esta mujer parecía condenada a una vida de privaciones, de sufrimientos, de humillaciones y vejaciones; primero, a manos del marido y, al quedar viuda, por parte de sus paisanos. Sin embargo, ella posee la energía y decisión necesarias para “hacerse fuerte” y logra mejorar o modificar esa situación de desventaja al migrar a la ciudad de México.

En este sentido, Ramona representa un modelo a imitar, en especial, por su tesón para alcanzar una situación económica estable, sólida; la protagonista la evoca como una “excelente administradora”. Sin embargo, Natalia establece una diferencia con este

personaje que le resulta perturbador en varios momentos del relato. En efecto, la madrastra aparece como una persona práctica, es decir, una mujer que no pierde el tiempo lamentándose de su suerte ni se distrae de la meta trazada: volver a su pueblo siendo “Doña Ramona”, es decir, un personaje respetable y respetado por quienes la obligaron a migrar. En este sentido, el resentimiento, el odio, el rencor, es decir, las emociones que aluden a una pasión que podría calificarse como “negativa”, unida a la voluntad de esta mujer, constituye el impulso, la fuerza que la ayuda a conquistar sus metas.

Cabe señalar que entre los mandatos que han impactado sobre la construcción del personaje narrador y que Natalia atribuye a su madrastra aparecen:

- a) la propiedad de algún bien inmueble
- b) el ahorro de dinero en efectivo.

2.2. Natalia, la protagonista. En este grupo de ascenso, la protagonista se ubica a ella misma. Sin embargo, existe una diferencia con la madrastra porque, si bien Natalia se plantea mejorar las condiciones de vida, personales y de su familia, califica el cumplimiento de esas metas como parcial debido, fundamentalmente, a los obstáculos representados por la incomprensión del cónyuge y a su propia necesidad de afecto a raíz de una infancia desamparada.

En este punto es importante destacar que fue precisamente una pasión de signo contrario a la de su madrastra, “el enamoramiento”, lo que obstaculizó el logro de sus propósitos. Como resultado, quedó atrapada en una serie de actitudes poco prácticas que demoraron el logro de la meta trazada bajo la expresión “ir a más”.

3. Los que carecen de ambiciones. En este grupo, Natalia ubica a los antagonistas por excelencia porque no sólo carecen de aspiraciones sino que obstaculizan su propio proyecto. Entre ellos, la protagonista ubica a los siguientes personajes:

3.1. La familia política. Este personaje constituye un modelo negativo, encarna todos los disvalores que obstaculizan el ascenso social: viven en la suciedad y el desorden, en una colonia sin servicios, no poseen ambiciones, malgastan el dinero, permiten que se deterioren sus posesiones personales debido al mal uso o al descuido.

3.2. El cónyuge. Si bien el cónyuge y su familia pertenecen al mismo subgrupo, existe una diferencia entre ambos personajes. Así, lo que podría interpretarse como falta de

ambiciones, especialmente en el plano económico, obedece a un compromiso político, a una ideología que la protagonista resume en dos máximas: “no a la riqueza”, “no a la explotación del hombre por el hombre”. Por el contrario, el comportamiento de la familia política sólo puede atribuirse a la desidia, a una ausencia de voluntad que impulse el cambio hacia una posición más favorable.

La ubicación de las y los personajes del relato, incluida la protagonista, en estas tres categorías permite diferenciarlos, a partir de las aptitudes y debilidades personales, en relación con los cambios que debieron afrontar a consecuencia de la Revolución y de las características específicas que adoptaron los procesos de modernización y desarrollo, tanto en el mundo de los antepasados como en el de los contemporáneos. De ahí que la “justicia revolucionaria” adopta una modalidad específica de expresión que, hacia fines de los años setenta, cuando la protagonista esboza los alcances de su proyecto personal y familiar, expresa un mito comunitario: la movilidad social ascendente como resultado del esfuerzo, de las habilidades y aptitudes personales.

Al mismo tiempo, en tanto mito, legitima estas pretensiones frente a las críticas de los y las adversarias al proyecto y le permite emitir una valoración positiva o negativa de los personajes del relato con base en estos logros. Entonces, lo que confiere su carácter mítico a estas expectativas es su potencial para dar sentido y legitimidad, para cohesionar y para diferenciar bajo el lema “ir a más”, “subir un poco”.

Desde otro ángulo, la expresión “ir a más”, legitima y dota de sentido las distancias sociales. Así, Natalia puede erigirse en “trionfadora” porque logra alejarse de sus orígenes desfavorables y, a través de este mito comunitario, puede hacer más tolerable, para sí misma y para su audiencia, la separación de los personajes del relato que se presentan como adversarios del proyecto, entre ellos, su hermano mayor, con quien compartió la experiencia de calle. También, ella logra trazar nuevas distancias con otras dos categorías de personajes: “quienes permanecieron en la misma posición” y “quienes fueron a menos”. De este modo, el mito comunitario legitima el distanciamiento y, a la vez, la vincula con otros personajes que poseen aspiraciones semejantes a las suyas.

En definitiva, parte del triunfo de Natalia no refiere sólo a sus logros sino a la identificación y distanciamiento de sus adversarios que la aferran y, a la vez, la exponen a

fracasar en sus proyectos. En paralelo, la protagonista descubre que la concreción de este distanciamiento le exige no sólo poner límites a los demás sino a sí misma, al menos, a la versión de sí misma que no desea ser: la mujer, la madre, la esposa calificada de “tradicional”, aguantadora, sufridora. De este modo, la concreción de “ir a más” requiere de “ser otra”, ambos proyectos aparecen estrechamente imbricados, se implican mutuamente.

Los mitos del grupo de pertenencia. Para adentrarse en esta dimensión de los mitos, el análisis se centra en las figuras de autoridad del relato. De acuerdo con las reflexiones de Bajtin recuperadas en un capítulo anterior⁷⁸, la valoración de estos “otros significativos” concreta la objetivación del “yo” en la vida narrada. A su vez, esta actitud del “otro” hacia el “sí mismo” hace posible al héroe o a la heroína de la auto/biografía dado que, al completar fragmentos de la vida que escapan a la experiencia directa del “yo”, garantizan la plenitud, la unidad y la claridad de la biografía. Al abordar el estudio de las expectativas depositadas sobre los “otros significativos” en relación con el proyecto personal y familiar de Natalia, surgió que estas figuras, encarnadas en el cónyuge y la madrastra, expresaban los conocimientos socialmente válidos sobre la pareja conyugal bajo la modalidad de “mandatos”⁷⁹.

Sin embargo, a los efectos de indagar en torno de los mitos del grupo de pertenencia, estas figuras también pueden aprehenderse como portavoces de dos “visiones de mundo” coexistentes, a través de las cuales el mito comunitario que cristaliza en la expresión “ir a más” adquiere nuevas sonoridades. De este modo, en el seno del grupo de pertenencia surgen dos caminos para concretar el proyecto:

1. La movilidad social por mérito y esfuerzo individuales. Dos personajes encarnan esta visión de mundo: Ramona, la madrastra y una amiga de la adultez llamada Benita. Desde la perspectiva de ambas co-protagonistas prevalece la idea de que la mejora en las condiciones de vida es resultado de la voluntad y el esfuerzo personal. En este sentido, cobra gran importancia el papel que Natalia asigna a la educación, el ahorro, la posesión de propiedades, la limpieza y el orden personal y de la vivienda, como signos o señales del progreso personal y familiar.

78 Capítulo I, “La heroína autobiográfica en la intersección de la mismidad y de la alteridad”, pp. 69-70.

79 Capítulo IV, El proyecto propio: los mandatos, p. 186.

2. El cambio social revolucionario. Álvaro, el cónyuge, aparece como el principal portador de esta visión del mundo que ha sido reapropiada por la protagonista en varios aspectos específicos. Entre ellos cabe mencionar los siguientes:

2.1. En cierto pasaje del relato Natalia manifestó que él analizaba todo desde el punto de vista político. Al interrogarla sobre el significado de esta expresión, lo ejemplificó a partir de la fabricación de un vaso de vidrio. En ese caso, la reflexión del cónyuge incluiría una distinción entre los propietarios de los medios de producción y quienes venden su fuerza de trabajo en el mercado, la apropiación del valor excedente, la diferencia entre bien de uso y bien de cambio, etcétera.

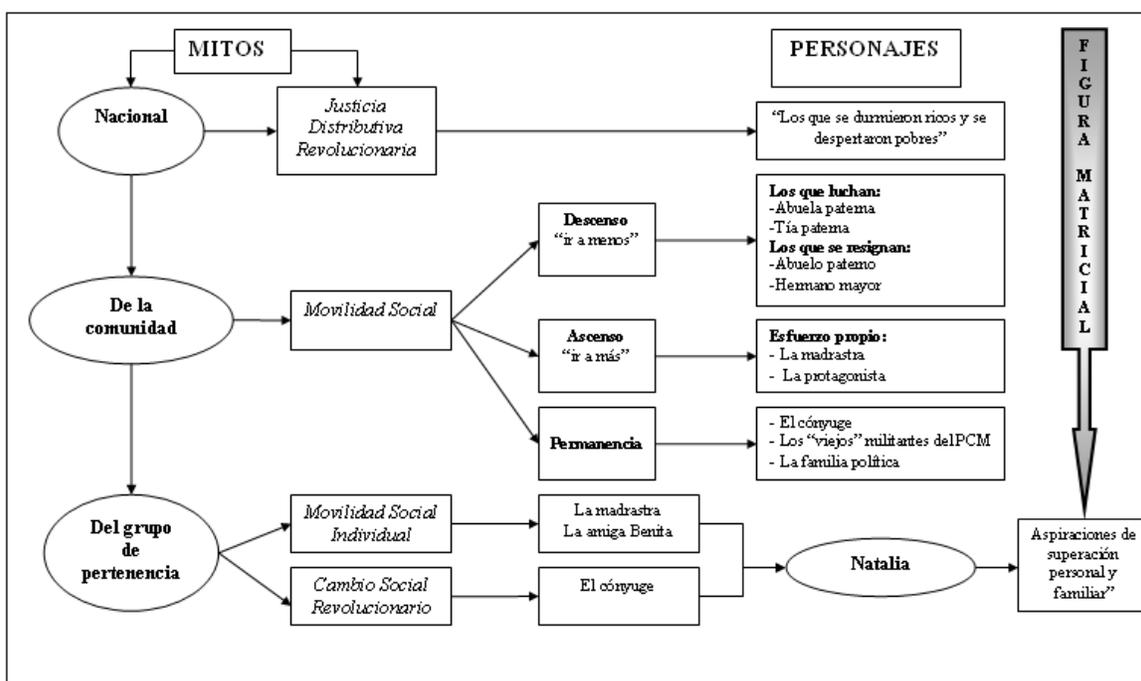
2.2. Esta perspectiva también se manifiesta en una suerte de actitud científica que la protagonista adopta para relacionarse con otros personajes del relato, una manera “objetiva” de aprehender “la realidad”. Esta visión se pone de manifiesto en los procedimientos “rigurosos” mediante los cuales ella ha encarado la reconstrucción de su propia historia, a través de la búsqueda de evidencias empíricas que corroboren el relato; también, en la forma de presentar los “hechos” relacionados con los “otros significativos” y en la presentación de sí misma. Al respecto, cuando Natalia narra eventos dolorosos o dramáticos de su historia donde ella podría presentarse como víctima, por ejemplo, cuando su madre biológica los abandona, cuando recibe malos tratos de la madrastra, cuando describe la indiferencia del padre, cuando narra desencuentros con los hijos o nietos, etcétera, la protagonista no emite juicios. En cambio, presenta el episodio y ofrece puntos de vista a favor y en contra de la situación y de los personajes involucrados. A partir de esta información parece más viable que un observador externo pueda formarse su propia opinión sobre los acontecimientos narrados. De esta manera, la protagonista evita cualquier valoración que pudiera incidir en el oyente en una actitud que evoca la idea de “objetividad”.

Las ideas de Álvaro encuentran un oponente en las figuras de Benita y en Ramona. Ambas expresan las voces del sentido práctico que, desde la perspectiva de estas mujeres, parece más necesario para sobrevivir que la ideología política. Sin embargo, destaca una diferencia entre ellas. Ramona encarna a la buena administradora por excelencia, a la mujer que busca el dinero con escasos reparos morales o ideológicos. Ella no se tomaría el trabajo de cuestionar las ideas de Álvaro porque forman parte de un mundo que le es ajeno. El

relato de Natalia presenta a la madrastra como una mujer de quien no cabe esperar que gaste tiempo ni esfuerzos en criticar o cuestionar los ideales políticos o las actividades de nadie, siempre y cuando no interfieran con sus metas e intereses.

En cambio, Benita es una amiga y confidente que trata de combatir la “utopía” de Álvaro con argumentos de sentido común: el poder del partido gobernante y la incapacidad para reconocerlo hacen que todos los esfuerzos del cónyuge sean una pérdida de tiempo que, a la postre, perjudicará a la familia en sus posibilidades de mejorar la situación económica. Natalia se debate entre ambas “visiones de mundo” para definir y concretar sus proyectos y, precisamente, la presentación del “yo” como una “triunfadora”, también expresa que, desde el presente del relato, la protagonista evalúa de manera positiva las decisiones adoptadas, no sólo por los logros concretos -la propiedad de dos inmuebles, los estudios universitarios de sus hijos e hija, su formación intelectual prácticamente autodidacta, la autonomía relativa con respecto al cónyuge- sino en relación con estos personajes significativos, cuyos mandatos no sólo señalan las expectativas relacionadas con la pareja conyugal, sino con las formas de organizar y proyectarse al futuro en distintas dimensiones de la realidad.

Con base en lo expuesto, los mitos identitarios que aportan a la comprensión de la estructura implícita del relato pueden presentarse mediante el siguiente esquema:



En el cuadro Natalia aparece ubicada entre los personajes que encarnan estas dos visiones de mundo encontradas. Así, el ideal de cambio revolucionario aparece contrapuesto al mito de la movilidad individual ascendente. A su vez, las ideas de los “otros significativos”, encarnados por estos personajes del grupo de pertenencia, impactan sobre la protagonista quien se percibe atrapada entre mandatos contradictorios. Ella resolverá parcialmente el conflicto a través de un proyecto propio que consiste en “ir a más” y “ser otra”. Ambas expresiones pueden interpretarse como derivadas de la articulación de los mitos del relato biográfico y, desde ese punto de vista, expresan una manera de relacionarse con el mundo que adopta la modalidad de la “figura matricial”. El siguiente apartado, profundiza en torno de ambas expresiones.

Natalia y su relación con el mundo. ¿Cuáles son los alcances de las expresiones “ser otra” e “ir a más” en el contexto donde son emitidas?, ¿cuáles son las posibilidades de concretar estas metas que definen una modalidad de relación entre la protagonista y el mundo, de cara a la estructura de incompatibilidades biográfica, ontológica y socio-histórica?, ¿cuáles las implicaciones al ubicar a la protagonista en la comunidad de origen y entre las visiones de mundo contrapuestas que encarnan las figuras significativas del relato?

Para responder a estas interrogantes conviene reiterar que ambas expresiones están mutuamente imbricadas, esto significa que “ser otra” remite a la agente encargada de llevar adelante el proyecto cuya transformación personal resulta, al menos desde la perspectiva de la protagonista, una condición necesaria para el logro de los planes trazados. Lo anterior implica que Natalia debe “ser otra” y para lograrlo tiene que desafiar, cuestionar y remover la estructura de incompatibilidades, ya sea modificando los obstáculos, o bien, distanciándose de ellos a efectos de minimizarlos en su calidad de barreras para la concreción de sus metas. Así, el alejamiento de quienes la ridiculizan y la tachan de “presumida”⁸⁰ representa una acción del segundo tipo, es decir, el epíteto no deja de agredirla pero, al poner distancia con estos personajes –entre quienes ubica a su hermano mayor- ella logra reducir los alcances de este límite a su mínima expresión. A su vez, los nombres empleados por la protagonista para designar al personaje de sí misma a lo largo del relato⁸¹, también pueden retomarse como expresiones de un proceso orientado a la remoción de “saberes” sobre las identidades de género femenina

80 Capítulo V, “Fragmento III”, pp. 280-282.

81 Capítulo III, “Los nombres de Natalia”, pp. 152-185.

y masculina que dan forma a las expectativas de ambos cónyuges y obstaculizan el proyecto de Natalia.

Reitero, la transformación de sí misma constituye un requisito para “ir a más”; dicha condición pone en evidencia que esta otra meta del proyecto no refiere exclusivamente a logros materiales o económicos. En cambio, ambas expresiones (“ir a más”, “ser otra”) pueden reunirse bajo la noción de “aspiraciones de superación personal y familiar”. A la luz de los análisis precedentes, este enunciado surge como la figura matricial del relato, entendida como una modalidad de relación de la protagonista consigo misma y con el mundo.

Para profundizar en torno de esta figura, conviene revisar las dimensiones del cambio abordadas en un capítulo previo⁸², las cuales comprenden distintas acciones que, en este momento pueden reagruparse en relación con las fuentes de procedencia (co-protagonistas y antagonistas) y con las “visiones de mundo” que expresan. Esta decisión apunta a identificar, en el encuentro y desencuentro con otros personajes, las oportunidades y obstáculos que debe afrontar la protagonista, los cuales no siempre encuentran un camino de resolución. Por este motivo, a lo largo de su historia aparecen contradicciones y ambigüedades vinculadas con los planes y proyectos de vida que ella pretende alcanzar.

Las aspiraciones de superación personal y familiar. La frase que da título a este apartado reúne las dos metas centrales del proyecto. Pero, ¿cómo se concreta esta modalidad de relación consigo misma y con el mundo?, ¿de qué manera se singulariza esta expresión en la biografía de Natalia?

Al respecto, cabe señalar que “ser otra” comprende transformaciones que se plasman en ciertas interacciones y prácticas, por ejemplo, el tipo de comidas, la vestimenta, el uso del tiempo libre, el arreglo del hogar, el ejercicio de la sexualidad y el modo de relacionarse con sus hijos e hija. También, con la idea de “cultivarse”, es decir, de adquirir una “educación” que le permita “mostrarse” y “saberse inteligente” no sólo para sí misma sino frente a los descendientes⁸³. Parte de estos cambios reconocen la influencia de la visión de mundo que propone el cónyuge, sustentada en los valores del cambio social revolucionario desde su formación política como militante del Partido Comunista.

82 Capítulo V, “El proyecto propio: los obstáculos”, pp. 268-269 y 307-308.

83 Capítulo V, “Fragmento I”, pp. 267-269.

En paralelo, estas prácticas mencionadas en el relato, también permiten identificar algunas huellas del discurso nacionalista que caracteriza este periodo de la historia mexicana en el siglo XX. Por ejemplo, la vestimenta de Natalia privilegia los huipiles y los rebozos sencillos, rústicos, que de acuerdo con sus evocaciones, son considerados de escasa valía por tratarse de una indumentaria propia de sectores provenientes del ámbito rural y de comunidades indígenas. De hecho, la protagonista escoge un rebozo para completar su atuendo el día de la boda y recibe fuertes críticas de la madrastra, quien la recrimina porque con ese ropaje se asemeja a las mujeres pobres de su pueblo. Además, tanto en el relato como en los recorridos por la ciudad durante el trabajo de campo, la protagonista rechaza el consumo de gaseosas así como la ingestión de comidas rápidas en establecimientos de origen norteamericano que han popularizado este tipo de alimentación y señala esta procedencia con cierto desprecio; en cambio, reivindica las “aguas frescas” o aguas de fruta de fabricación nacional, así como la comida típica del país.

Con respecto al uso del tiempo libre, Natalia parece vincularlo con la idea de “cultivarse”; así, en el relato, resulta llamativa la escasa mención de reuniones para conmemorar o celebrar eventos significativos para la familia, por ejemplo, cumpleaños, aniversarios, etcétera; en cambio, las interacciones con las y los descendientes se concretan en el marco de salidas al cine, específicamente a la Cineteca Nacional para asistir a las muestras internacionales, las cuales aspiran a brindar productos fílmicos cuyos estándares de calidad permiten diferenciarlos del llamado “cine comercial” o “de entretenimiento”. También, ella menciona algunas visitas al teatro, a eventos en la Universidad Nacional, así como la lectura de libros cuyos autores ubicarían a la protagonista en un sector de la población que posee ciertas aficiones y conocimientos con respecto a la literatura “de autores” (rusos y los del denominado “boom” latinoamericano). Esto mismo sucede con las preferencias musicales que corresponden a un género testimonial –entre los años 60 y 70 se lo denominó “de protesta”- que expresa el compromiso político de los canta-autores y de la audiencia con los proyectos revolucionarios que signan el siglo XX en América Latina y en otras partes del mundo (Los Quilapayún, Patricio Jara, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Alberto Zitarrosa, Daniel Viglietti, etcétera).

A su vez, las prácticas de control reproductivo la ubican, tanto a ella como al cónyuge quien provee la información necesaria al respecto, en un sector progresista que contraviene los discursos dominantes de la Iglesia católica que las prohíben

expresamente. En paralelo, el disfrute de la sexualidad en hoteles de paso y por medio de juegos eróticos como el de amantes clandestinos evidencia, por un lado, la superación de los tabúes de la madrastra y, por el otro, la experiencia de una sexualidad impactada por otra revolución, una que se concreta en la intimidad a partir del denominado “boom” de la píldora anticonceptiva ocurrido alrededor de los años sesenta del siglo XX. Este acontecimiento histórico implicó, entre otras consecuencias, la apropiación del cuerpo propio para fines distintos de la reproducción, permitió establecer una distinción entre erotismo y reproducción, también incrementó las posibilidades y oportunidades de planear proyectos propios, diferentes de la maternidad y la domesticidad y, en paralelo, garantizó mejores condiciones de salud para las mujeres y los infantes. Precisamente, el relato de Natalia evidencia esta transformación que le permite disfrutar la sexualidad en plenitud; en paralelo, esta oportunidad inicia un proceso de autonomía que se expresa a través de la adopción de una etiqueta semántica para designar al personaje de sí misma: “Yo, Natalia, la mujer”⁸⁴.

Cabe agregar que, en relación con el propósito de “ser otra”, los esfuerzos por concretar un vínculo más amigable y abierto con los hijos y la hija, también adoptan ciertas modalidades específicas en el plano de la sexualidad, donde se traducen en pláticas cargadas de humor a la hora de la comida, en consejos no exentos de cierta picardía y en la complicidad que otorga y espera de la hija con respecto a los encuentros sexuales que ambas mantienen con sus respectivas parejas⁸⁵. De este modo, en las interacciones con sus descendientes, ella trata de distanciarse del modelo de mujer y madre que rechaza: la “aguantadora”, la “sufridora”, la “abnegada”, pero también, la mujer que se abandona físicamente, “que se pone fodonga” después del primer embarazo y nunca más recupera una figura esbelta; la que usa un mandil para cubrir su ropa mientras realiza los quehaceres del hogar y no se lo quita salvo en contadas y excepcionales ocasiones, la que sujeta su cabello con una diadema, tal como sucede hasta el presente con algunas mujeres, inclusive muy jóvenes, en la colonia donde vive y a quienes observamos desde el ventanal de su casa en una de las visitas al lugar.

84 Capítulo III, “Descripción de los personajes”, pp. 169-170.

85 Al respecto, Natalia comentó que temía encontrarse con la hija y el novio a la salida o a la entrada de algún hotel de paso porque la protagonista compartía con Claudia los descubrimientos que realizaba en materia de hoteles, especialmente con respecto a los precios, la calidad e higiene de los mismos, etcétera. También, Natalia informaba a su hija de los encuentros sexuales que mantenía con el cónyuge dado que, en esas ocasiones, Claudia debía hacerse cargo del hermano menor quien en esa época contaba con pocos años de vida.

Así, para definir el personaje que desea ser, la protagonista debe enfrentar una situación paradójica ya que, por un lado, debe apoyarse en las figuras de ciertas mujeres, especialmente las “fuertes” del relato quienes, al mismo tiempo, encarnan una discursividad que en algunos ámbitos del mundo de la vida reproduce las modalidades de las cuales desea distanciarse. En este papel se ubica fundamentalmente la madrastra, a quien Natalia le reconoce el impulso para concretar logros en el plano material y económico, los cuales otorgan significado y dirección a sus propias aspiraciones de “ir a más”, pero, a la vez, este personaje encarna una imagen de dureza y rigor que la convierte en agente de arbitrariedades, de violencia y de controles excesivos hacia la protagonista. Lo dicho permite plantear algunas consideraciones.

Primera. Al reflexionar sobre la imagen contradictoria que encarna la madrastra a la luz de la propuesta de Schutz y Luckmann, surge que la coexistencia de tales contradicciones es perfectamente posible en el acervo social y subjetivo de conocimiento, en tanto no se tornen problemáticas⁸⁶. Sin embargo, al analizarlas con base en el sistema sexo-género, entendido como un orden de dominación basado en las diferenciación sexual humana que consagra la supremacía de ciertos modelos de masculinidad como máximas del obrar tanto para los varones como para las mujeres, la madrastra aparece como subrogante de la autoridad masculina y, desde ese punto de vista, como agente encargado de reproducir la masculinidad dominante en el ámbito doméstico y de la intimidad.

Segunda. En ciertos pasajes el relato parece una reedición de algunos cuentos infantiles (La cenicienta, La bella durmiente del bosque, Hansel y Gretel) donde la figura de la madrastra está asociada con un personaje malévolo, cruel, injusto, abusador y, en contraparte, la o el protagonista cobra la talla de una víctima inocente, desprotegida y carente de recursos y aliados para confrontarla; en síntesis, una lucha entre el bien y el mal encarnada en personajes de ficción. Sin negar que estos modelos narrativos forman parte del acervo social y subjetivo de conocimiento, a partir de los cuales aprendemos a relatar desde un cuento de hadas hasta la propia vida, el vínculo entre Natalia y Ramona también puede analizarse desde la perspectiva de las relaciones típicas madre-hija, más allá de la existencia o no de un vínculo biológico.

Al respecto, traigo a colación algunos resultados de la investigación referida al inicio de estas páginas (Pereda Alfonso, 2004), donde mencioné las entrevistas realizadas con mujeres de edades próximas a la protagonista quienes, al igual que ella,

86 Introducción, “Situaciones rutinarias y situaciones problemáticas”, pp. 22-26.

nacieron y viven en la ciudad de México. Estas interlocutoras caracterizan al personaje materno como “muy severo”, “muy exigente”, de “genio duro”. Al indagar sobre el significado de estas frases, mis entrevistadas las asocian con los castigos corporales reiterados, con un excesivo control de las actividades fuera del hogar o con la prohibición de salir, de tener amigas y de participar en eventos fuera del círculo familiar⁸⁷. Cabe señalar que en estas descripciones coinciden con Natalia, quien agrega a la conflictividad de las relaciones con Ramona, una excesiva carga de trabajo doméstico, el cual se incrementa debido al lavado y planchado de ropa ajena para aumentar los ingresos familiares y cuya realización corre por cuenta de la protagonista. Pese a estas descripciones, muchas señoras entrevistadas, inclusive Natalia, cierran estos episodios con expresiones de gratitud o, al menos, de cierto reconocimiento hacia estas figuras.

Con relación a este personaje materno, la imagen que surge de las entrevistas no concuerda con las madres sufrientes, abnegadas, que todo lo resisten por el amor hacia los hijos y en el cumplimiento de sus deberes conyugales, es decir, aquéllas que Natalia rechaza. Pero, cuando esas hijas vierten algún comentario que pudiera interpretarse en el sentido de una crítica o censura hacia la madre, las interlocutoras, tanto las de aquella investigación como la propia Natalia, se apresuran a suavizarlo o minimizarlo y, al mismo tiempo, ofrecen las razones que justifican esa dureza, esa rigurosidad y, a veces, esa violencia.

Frente a estas respuestas que provocan cierta perplejidad destaca la imagen opuesta, la única figura materna del estudio previo, ya citado, que aparece descrita por una de las interlocutoras como una “santa” debido a la falta de reacción ante las travesuras y desobediencias de sus hijos⁸⁸. A diferencia de este personaje que podría caracterizarse como “blando”, “permisivo”, el padre representa la autoridad, impone castigos y concede recompensas. En este punto resulta interesante recuperar la relación que entabla esa interlocutora con ambos personajes. Así, con el padre evoca diálogos, momentos de convivencia, le cede la palabra; en cambio, con relación a la madre se limita a describirla y a calificar su conducta. La comparación entre ambas modalidades de

87 De las doce mujeres entrevistadas, cuatro de ellas evocan a la madre como a un ser entrañable. Dos la presentan como un personaje sumiso, desdibujado por la dependencia hacia la voluntad de un esposo autoritario y violento. Las restantes la describen con expresiones similares: “muy severa”, “muy exigente”, de “genio duro” (Pereda Alfonso, 2004: 128).

88 “Mi mamá era una santa, mi mamá. No se daba a basto con mis hermanos que eran el diablo”, “Mi mamá era una santa, mi mamá. Le hacíamos lo que queríamos. Éramos todos tremendos” (Pereda Alfonso 2004: 129).

interacción me llevó a pensar que, probablemente, para la mayoría de mis interlocutoras, una madre amorosa, tierna, compañera de sus hijas, contrariaba el modelo vigente en esos años, especialmente porque una madre - o una madrastra-permisiva, de carácter blando, con dificultades para imponerse, encarnaba a una mujer que “no se da a respetar” y, en ese sentido, contrariaba un valor importante, al menos, entre las señoras entrevistadas. ¿Cómo pensar que este valor, el respeto, pudiera desvincularse de la figura materna sin ponerla en grave riesgo?, ¿qué calificativos merecía un personaje que no “se daba a respetar” y, con ello, quebrantaba una de las formas más apreciadas del comportamiento social?

Frente a la potencia de esta figura, tampoco cabe la posibilidad de censurarla abiertamente. A pesar de los métodos, no siempre tiernos, que utilizaron para asegurarse el respeto de sus hijas, muchas de ellas lo agradecían. Sin embargo, mis interlocutoras escogieron un personaje absolutamente opuesto al evocar la relación con sus propios hijos e hijas. Como madres, se presentaron a sí mismas en abierta confrontación con el modelo recibido, decisión en la cual se encuentran con Natalia, para quien también cobra relevancia la posibilidad de establecer un vínculo diametralmente opuesto al que mantuvo con Ramona.

A su vez, desde la perspectiva del análisis, el señalamiento de estas contradicciones entre la figura materna rigurosa, dura, y la valoración positiva por parte de sus hijas mujeres, pese al sometimiento que padecieron, más allá de admitir una interpretación con base en la noción de “violencia simbólica”, también adquiere otras connotaciones al enmarcarla en un contexto histórico que, como señala De los Reyes (2006), se caracteriza por la escasa presencia de la figura paterna y donde las mujeres debieron hacerse “fuertes” para reemplazarla.

Al respecto, el autor señala que “sin duda, la Revolución de 1910 impactó muy directamente la integración y la estabilidad de la familia” (De los Reyes, 2006: 315). De ahí que para la década de los años veinte del siglo pasado, “la sociedad intentaba rearticularse del impacto de la Revolución en la familia nuclear por medio de dos valores: la madre y el sentido del honor” (De los Reyes, 2006: 314). En esta tendencia, el autor percibe un cierto conservadurismo que interpreta como una reacción debida a varios factores; entre ellos menciona: “la incorporación de la mujer a la vida pública, la militancia de las feministas y el socialismo, así como una moral más permisiva procedente de Estados Unidos, filtrada por el cine y la prensa” (De los Reyes, 2006: 315). En consecuencia, el autor concluye que la figura de la madre comenzó a

percibirse, al menos en la nota roja de las publicaciones periódicas, como determinante del destino trágico de los hijos. Por esta razón, “aparece con una imagen dual, como ángel o demonio, pero también como un elemento fuerte ante la ausencia del padre” (De los Reyes, 2006: 315); también destaca por su carácter asexuado y su martirio, su santidad y abnegación por los hijos.

Cabe señalar que estas imágenes coinciden con las expresiones de las y los entrevistados en la investigación de referencia. Además, permiten enmarcar las evocaciones de Natalia en los modelos, tanto discursivos como icónicos, que ofrecen distintos medios de comunicación, los cuales rescatan los significados sociales en torno de las posiciones y roles que desempeñan hombres y mujeres en el mundo de la vida cotidiana y en sus relaciones conyugales y familiares. Con estos modelos debe lidiar la protagonista para definir sus metas y concretar sus aspiraciones de superación personal aunque, en paralelo, estos discursos muestran fisuras a partir de las cuales ella logra esbozar su proyecto de cambio.

En este sentido, sus propósitos de “ser otra”, es decir, de distanciarse de una feminidad que percibe como obstáculo para “ir a más”, posee un paralelismo con el cuestionamiento que sufren los modelos de masculinidad y feminidad tradicionales al encontrarse con los discursos en torno de la modernización y el desarrollo que caracterizan el periodo comprendido entre 1940 y 1970.

Al respecto, resulta ilustrativa una “tipología” que ofrece la revista *La Familia*, en un número publicado en el año de 1933, la cual distingue entre “la mujer” a secas, y “la mujer moderna” (Pereda Alfonso, 2004: 91-96). Con respecto a esta última, existe una versión moderada y otra, la “muy moderna”, que constituye un caso aumentado hasta los límites de la caricatura.

En relación con la primera, ella reúne los rasgos del “eterno femenino”, es decir, aparece como una identidad esencial que subsume a todas las mujeres en un género donde no existe posibilidad de diferenciación alguna entre ellas; en este sentido, se trata de una nueva versión de la “Eva enamorada” a la cual hace referencia la protagonista como una de las tantas etiquetas semánticas del “yo”.

En cambio, la mujer “moderna” hace su aparición al calor de los tiempos que corren. Cabe señalar que estas dos figuras femeninas (la mujer a secas y la mujer moderna) marcan una distinción temporal, por cuyo intermedio la publicación previene a las lectoras sobre las consecuencias indeseables que debe afrontar la “mujer de hoy” a cambio de los avances que anticipan los tiempos modernos; entre ellos, un número

publicado en 1935 advierte que los hombres buscan a estas jóvenes modernas como compañeras de parrandas pero, a la hora de formar una familia, escogen a la muchachita recatada, pura y dulce. Más adelante, en un número de 1938, la previenen: si logra acceder al matrimonio asume la doble tarea de trabajar y responsabilizarse por las obligaciones del hogar sin contar con el apoyo y la comprensión del esposo; y lo que es peor aún, la carta de una lectora publicada en 1938 evidencia que las mujeres modernas renuncian a las galanterías y halagos del otro sexo porque han rechazado la imagen de fragilidad e indefensión que les aseguraba privilegios.

Como contrapartida, *La Familia* equipara a los varones con el progreso; por ejemplo, un artículo fechado en 1938 afirma que la historia es una creación del sujeto humano masculino y su desenvolvimiento representa el tránsito al “modernismo”. Así, la época es moderna porque el hombre ya es moderno (Pereda Alfonso, 2004: 96-97). Sin embargo, este encomio coexiste con cierto recelo, debido a la inserción de las mujeres en el ámbito público, de la política y del trabajo asalariado, en cuyo fondo parece escucharse el eco de ciertos temores relacionados con la inversión de roles, la cual implicaría la “masculinización” de las mujeres y, como contrapartida, la “feminización” de los varones.

Hasta este punto, el análisis se centró en la expresión “ser otra” y en las sonoridades que posee en el contexto social e histórico donde Natalia enuncia esta condición para concretar sus aspiraciones de superación personal y familiar. Sin embargo, otro de los límites que debe superar es la posición de ella misma y su familia en el sistema de estratificación social, de ahí que la posesión de bienes para el consumo, característica de los sectores medios, especialmente a partir de los años 50, sea reemplazada, en el caso de Natalia, por la idea de “gozar” de lo bueno, de “disfrutar lo bueno” en lugar de poseerlo, ya sea por limitaciones o restricciones de índole económica, o bien, porque contraría los mandatos del cónyuge.

De este modo, el proyecto plantea la adopción de un estilo de vida que probablemente logre alcanzar, entre sus descendientes, una mejoría en el nivel económico. Como señalé anteriormente, para concretar la meta de “ir a más” se entrecruzan las visiones de mundo de Ramona y Benita, las cuales enfatizan la importancia de contar con bienes inmuebles, así como la idea de “atesorar”, no sólo dinero sino posesiones materiales como las que Natalia descubre, después de la muerte de Ramona, al abrir el ropero que guarda bajo llave las posesiones de la madrastra. Así,

la idea de “atesorar”, se traduce en algunas posesiones de esta mujer, verdaderos “tesoros”, tales como juegos de loza fina, monedas de oro y plata y algunas alhajas.

Estas ideas chocan con la visión de mundo y con los “mandatos” de Álvaro; en especial, con el rechazo de la riqueza y de la propiedad privada. Este dilema aparece en la resistencia de la protagonista, durante las sesiones de entrevista, a referirse a las viviendas de su propiedad mediante el empleo del pronombre personal “mí”. Así, en una primera ocasión, cuando hace referencia a la vivienda que heredó de Ramona, ella se disculpa por emplear este pronombre y dice que prefiere hablar de “la” casa y no en términos de “mi” casa.

Para profundizar sobre las implicaciones vinculadas con la propiedad de un bien inmueble, retomo las reflexiones de Julieta Ortiz Gaitán (2006) quien, al referirse a la vivienda desde una perspectiva histórica, señala lo siguiente:

La casa es el lugar burgués por excelencia: el monarca y los nobles vivían en castillos y palacios, los clérigos habitaban en monasterios, los curas en sus parroquias, los siervos y campesinos vivían en chozas; sólo el burgués vivía en una casa. De igual forma, en México, la aristocracia terrateniente poseía grandes haciendas, palacetes en las ciudades y residencias en el extranjero; la población rural habitaba en casitas de adobe y rancherías, y la clase media vivía en las ciudades, en casas y departamentos (Ortiz Gaitán, 2006: 131).

A la descripción anterior puede agregarse que los sectores obreros que poblaron la ciudad de México en oleadas de migrantes durante buena parte del siglo XX, vivían en vecindades, es decir, en casas compartidas donde rentaban cuartos, de ahí que la propiedad de una vivienda independiente sea un logro importante, al menos por dos razones. Una, porque garantiza una seguridad económica futura, no sólo como un bien de capital sino como una fuente de ingresos reales o potenciales (la vivienda propia se puede subalquilar en forma total o parcial, es decir, por cuartos; puede utilizarse en parte como casa-habitación y, en parte, para la instalación de un negocio; inclusive, en los recorridos durante el trabajo de campo, observé que el baño de algunas viviendas se ofrece para el uso público por un importe módico). De este modo, la casa propia es una inversión que puede generar más ingresos a la familia, en el sentido de los “muchos cueritos que podían salir de esa correa”, como le indicó la madrastra al ceder la propiedad inmueble a la protagonista en el lecho de muerte.

Dos, la propiedad de un bien inmueble también puede interpretarse como una señal de los logros alcanzados que confirman las bondades de su proyecto. Sin embargo, este logro choca con las máximas del cónyuge. Desde esa óptica, las aspiraciones de superación personal y familiar por medio de la propiedad dejan de percibirse como una aspiración legítima y deben ocultarse o minimizarse porque implican una traición a los ideales revolucionarios. Precisamente, la aclaración referida a la propiedad inmueble en términos de “la” casa en lugar de “mi” casa, puede interpretarse como expresión de ese conflicto donde ella se debate entre ser “casateniente”, una posición censurada, frente al logro concreto que, en la vejez, le permite dejar una herencia a sus descendientes.

CONCLUSIONES

Al iniciar estas páginas propuse una metáfora para describir la modalidad de trabajo que planeaba adoptar en esta investigación. Así, recurrí a la imagen de una piedra que al ser arrojada en un estanque genera círculos concéntricos, cada vez más amplios y difusos a medida que se alejan del centro. Ahora retomo esa figura que ubica la historia de vida de Natalia como el núcleo a partir del cual inicia el movimiento. Éste se apropia de la teoría de la identidad narrativa, propuesta por Paul Ricoeur, para acotar los límites y posibilidades del trabajo hacia los dos polos de la trama, entendida como una modalidad de encadenamiento de los episodios que es propia del género literario narración. En uno de los extremos aparece el personaje protagonista, el “sí mismo”, el “quién” de la acción; en el otro están ubicados los acontecimientos.

Ambos conceptos, “sí mismo” y “acontecimiento”, dan cuenta de una tensión dialéctica que les confiere dinamismo y que, por esa misma razón, los torna inestables. Así, la identidad del personaje surge en la intersección entre “mismidad” y “alteridad”, mientras que el acontecimiento reúne la contingencia y la necesidad ya que, al mismo tiempo, implica un corte, una irrupción de la aleatoriedad en la vida narrada, la cual coexiste con la necesidad de estos hitos para garantizar la continuidad del relato.

Al llegar a este punto, el trabajo enfrenta la dificultad de identificar las huellas de la “alteridad” en el “yo”. La teoría del héroe autobiográfico, postulada por Mijail Bajtin, ofrece un camino para resolverla, en particular, a través de la noción de “figuras de autoridad”. Con esta expresión, el autor alude al panteón biográfico, es decir, a aquellos personajes a quienes el o la protagonista les concede autoridad para valorar su propia vida. Con base en esa valoración es posible objetivar el “yo” y la “vida” en un relato. En paralelo y, a través de la voz y la mirada de los otros, el personaje se inserta en un linaje familiar y en una historia social. De este modo, surge una pista para establecer los nexos entre los materiales autobiográficos y el contexto social e histórico donde se inscribe la vida del personaje biografiado.

Para concretar esta tarea, el análisis recurre a la propuesta teórica de Alfred Schutz y Thomas Luckmann quienes postulan la construcción intersubjetiva de la realidad social con base en una serie de supuestos que estructuran el “mundo de la vida” y hacen posible la

experiencia del “otro” con distintos grados de proximidad o anonimato. Así, esta propuesta teórica distingue entre el “mundo de los contemporáneos”, el de “los antepasados” y el “de los sucesores”, donde el encuentro con los semejantes puede adoptar la modalidad de una “orientación Nosotros”, o bien, de una “orientación Ellos”. La primera remite a la vivencia “cara a cara”; la segunda, a una experiencia indirecta del “otro”; ambas modalidades ubican al “yo” en situaciones cuya interpretación demanda que los agentes sociales se orienten por medio de tipificaciones y recetas más o menos rigidizadas. De este modo, la interpretación se apoya en el conocimiento socialmente válido, sedimentado en el “acervo social” e incorporado en distintos procesos de socialización; una acumulación de “saberes” a los que Michel Maffesoli denomina, “conocimiento ordinario”, fuente de las “verdades”, de las certezas, pero también de las ambigüedades y contradicciones con las cuales nos manejamos en la cotidianidad.

A partir de la noción de “panteón biográfico”, cuyas figuras de autoridad hacen posible la inscripción del “yo” en distintos grupos de pertenencia, el trabajo pone el énfasis en lo que podría denominarse el “panteón social”, idea que está en el propio Bajtin cuando menciona que estas figuras no sólo completan fragmentos de la historia familiar del héroe o heroína sino que lo insertan en otros grupos más amplios. De este modo, es posible ubicar un lugar de intersección, entre el “Aquí” y el “Ahora” histórico-social y el “Aquí” y el “Ahora” biográfico. Para profundizar en este punto de encuentro, cabe plantear que así como las voces “otras” hacen posible un “yo” biográfico, al mismo tiempo, en tanto figuras de autoridad del relato, permiten la enunciación de varios “nosotros”, los cuales comprenden desde los grupos más próximos, como la pareja, la familia, las y los condiscípulos, etcétera, hasta los más lejanos como la nación, la sociedad, la humanidad.

Desde ese punto de vista, el relato se desprende de la experiencia de un sujeto particular para erigirse en una construcción discursiva donde el “yo biográfico” marca una distancia insalvable entre lo vivido y lo narrado. Los argumentos para justificar esta afirmación han sido desarrollados con profundidad en distintos pasajes de este trabajo. Sin embargo, traigo a colación estas reflexiones para enfatizar que, desde este punto de vista, todos los personajes y situaciones descritos en la autobiografía adoptan una “orientación Ellos” en relación con el o la narradora. Esto significa que el “yo” se relaciona con “ellos” en tanto tipificaciones, que interpreta las situaciones de interacción a partir de “recetas”, entendidas

como orientaciones típicas para la acción e, inclusive, que el personaje de sí mismo puede aprehenderse como una tipificación; en este caso, la figura de “la triunfadora” ofrece la mirada y la aprehensión singular de los significados sociales que adquiere tal expresión cuando es proferida, desde el presente del relato, por una mujer que orienta y evalúa la vida, situada en un espacio y un tiempo determinados, en términos de un proyecto de “superación personal y familiar”.

De este modo, a través de la narración es posible preguntarse qué significa “triunfar” para un personaje femenino que debe enfrentarse con una estructura de incompatibilidades biográfica y ontológica, la cual adquiere una tonalidad específica en el contexto donde la ubica el relato. En paralelo, y aún cuando Schutz y Luckmann no lo explicitan en estos términos, la indagación relativa a la estructura de incompatibilidades también hace posible preguntarse por las oportunidades, por las posibilidades, es decir, por las compatibilidades que contribuyen a perfilar el personaje de “la triunfadora” en los términos propuestos por Natalia. Por eso, el siguiente giro del trabajo consiste en volverse hacia los valores, creencias, ideas, “saberes”, es decir, hacia el “conocimiento de fondo”, siempre “a la mano”, entendido como “contenidos” del acervo social que dotan de significado las “aspiraciones de superación personales y familiares” esbozadas en el proyecto de la protagonista.

Para concretarlo, el análisis retoma la noción “mundo de la vida”, categoría acuñada por Edmund Husserl y reelaborada por Alfred Schutz desde la Sociología Fenomenológica, para dar cuenta de un ámbito que en la “actitud natural” aparece como la realidad autoevidente e incuestionada, a la cual apelan los sujetos en estas tipificaciones y recetas, para orientarse en las situaciones de interacción. Estas reflexiones se enriquecen con la noción cotidiana de “mundo de vida”, propuesta por Jürgen Habermas, entendido como un horizonte de sentido que surge de la acción comunicativa y que depende de las formas narrativas con las cuales la sociedad dota a sus miembros.

Por último, la incorporación de los aportes de Michel Maffesoli, permiten profundizar en la comprensión del concepto “mundo de la vida cotidiana”, no como un ámbito de objetos sino como un enfoque, es decir, como un ángulo de entrada específico para estudiar lo que el autor denomina “el conocimiento ordinario”. Así, la vida cotidiana y el conocimiento ordinario o de sentido común se transforman en herramientas teóricas, en

lugar de aparecer como contenidos u objetos que deben superarse en tanto constituyen fuentes de alienación humana.

Una vez justificadas teóricamente las dimensiones de análisis y el punto de intersección entre lo biográfico y el contexto social e histórico, el siguiente paso se orienta al análisis del relato centrado en ciertos ejes estructurales que aparecen bajo la denominación de “protagonista”, “co-protagonistas”, “escenarios” y “acontecimientos”, los cuales fueron tomados en préstamo de la teoría literaria y enriquecidos con los aportes de otras disciplinas. Cada uno de estos préstamos, especificados en el cuerpo de este trabajo, inició lo que Paul Ricoeur denomina, “la puesta en trama del yo”, una tarea interpretativa que centra la mirada en el “quién” de la acción narrativa, es decir, sobre el personaje.

Con respecto a este último, la propuesta de Carlos Piña referida a las “etiquetas semánticas” del “yo” biográfico, proporciona una alerta valiosa con respecto a los distintos nombres que emplea Natalia en la elaboración del personaje de sí misma. Al vincular estas denominaciones y relacionarlas con los “otros significativos” de su historia, estos nombres concretan dos aportes. Por un lado, son tipificaciones que cristalizan todo un horizonte de expectativas y significados sociales depositados sobre la identidad femenina; en este sentido, más allá de la singularidad de autodenominarse Eva, Magdalena o la muñeca fea, estas brevísimas referencias son contenidos del acervo social, reapropiado por la protagonista, para expresar una estructura de incompatibilidades ontológica que comparte con otras personas de su mismo sexo. Por otro lado, al reinsertarlos en el relato, estos nombres aportan a la comprensión de un proceso que a estas alturas puede interpretarse como de afirmación de sí misma, de autonomía con respecto al cónyuge y a la madrastra, dos figuras de autoridad que, al ubicarse en una “orientación Ellos” aparecen como las voces del “otro generalizado”. Desde ese lugar, expresan los mandatos a través de los cuales cristalizan las expectativas depositadas sobre la feminidad, la masculinidad y las relaciones de género en el periodo que comprende la historia de vida. En definitiva, estos personajes expresan los mandatos de un orden de dominación jerárquico y sexista que sustenta su legitimidad en la construcción de las diferencias sexuales en términos de desigualdad, me refiero al orden de género.

A su vez, la noción de “acontecimiento”, el otro polo de la trama, trata de distanciarse de la idea de un corte o un hiato a partir del cual se reorienta la vida de un sujeto o de un

colectivo, perspectiva desde la cual el acontecimiento señala un “antes” y un “después” de su ocurrencia. Además, la reflexión teórica en torno a este concepto pretende encontrar otras modalidades de aprehensión que trascendieran las etapas del ciclo vital previstas socialmente como parte del acervo de conocimiento, las cuales jalonan o dividen la vida en momentos tales, como por ejemplo, “infancia”, “adolescencia”, “juventud”, “adulthood” y “vejez”. Resulta innegable que existen estos hitos, los cuales forman parte de los “saberes” socializados que marcan una especie de curso “normal”, esperable y, por ello, dotan a la vida de un sentido lineal; pero, partir de estos supuestos en el análisis de los materiales biográficos puede implicar un condicionamiento de la lectura a lo previsible, a lo impuesto desde una óptica que corre el riesgo de clausurar la pluralidad de sentidos surgidos del propio material y que caracterizan, tanto el enfoque biográfico como la construcción de conocimiento con historias de vida, como una modalidad que requiere de otros caminos, tal vez más azarosos, por la sencilla razón de que son menos transitados por las ciencias sociales.

Frente a esta visión, existe la posibilidad de concebir la vida en términos de un proceso que no está predeterminado ni posee un fin preestablecido. Esto requiere prepararse para escuchar una historia con cierta linealidad pero sabiendo que se trata de un recurso narrativo y no de la vida vivida, es decir, entender que esta linealidad, esta “racionalidad”, esta causalidad teleológica que surge al encadenar los acontecimientos para garantizar el avance de la historia, es obra del relato, un resultado impuesto *ex post facto*, al objetivar el “yo” en la narración. Desde ese punto de vista, el trabajo con este enfoque implica revisar las concepciones de lo vital pero, también, de lo que se entiende por verdad en la construcción de conocimiento cuando se la concibe como una tarea intersubjetiva.

Así, las reflexiones previas llevan a indagar por otros episodios significativos en la construcción del sí mismo que no necesariamente están incluidos como parte de lo que podría denominarse la “trayectoria vital típica”. En ese momento cobran nuevo significado otros episodios de la vida de la protagonista, donde el “yo” entra en conflicto con las interpretaciones o miradas de los otros, donde las posibilidades de interpretación o de diálogo con los semejantes quedan bloqueadas. En esos pasajes, la protagonista debe hacer numerosos esfuerzos para legitimarse, para justificarse. De este modo, más allá de los avatares anecdóticos, lo que aparece es un conflicto de legitimidad que pone en crisis la

construcción del “yo”, razón por la cual la protagonista debe apelar a varias etiquetas semánticas distintas e, inclusive, contradictorias entre sí, para nombrarse. Este descubrimiento da pie a la emergencia de los acontecimientos que recupera el análisis.

Por lo demás, nada obsta para que la historia pueda retrabajarse poniendo énfasis en los hitos relacionados con las trayectorias típicas. Sin embargo, al centrar la mirada en lo que puede denominarse como “crisis de legitimidad del ‘yo’ biográfico”, resultado de la confrontación y el desencuentro con los mandatos de las figuras de autoridad, esta perspectiva muestra que, en paralelo, el cuestionamiento se extiende desde el “yo” hacia la mirada, la palabra, la autoridad del “otro generalizado”, es decir, hacia ciertas dimensiones del orden de dominación masculino que surgen al analizar los dos ejes de la trama, “sí mismo” y “acontecimiento”, desde una perspectiva de género. Así, el nudo de este cuestionamiento se sitúa en la especialización de la sexualidad femenina para la reproducción, en la división social y sexual del trabajo y, en la escisión de la realidad en los ámbitos público y privado.

Esta centralidad analítica que poseen ambos polos de la trama implica reconocerlos como una especie de bisagra entre lo que podría denominarse la “subjetividad individual” y la “subjetividad social”, es decir, un espacio de cruce, de intersección entre el “yo” y los distintos “nosotros” que permite caracterizar la autobiografía desde una doble dimensión: como un “acontecimiento del discurso” y como un “acontecimiento de la acción social”. La primera acepción ha sido explicitada en distintos pasajes del trabajo; en apretada síntesis cabe reiterar que, en tanto acontecimiento del discurso, lo biográfico refiere a una construcción que surge y se constituye en el acto de la enunciación, donde la vida y lo vivido cobran sentido para un “yo” que no preexiste a lo narrado.

Las consideraciones anteriores también permiten definir la historia de vida como un “acontecimiento de la acción social”. Con esta expresión propongo designar un rasgo de la modalidad específica de construcción de conocimiento denominada “método de historias de vida” o “enfoque biográfico” que pone en primer plano su carácter intersubjetivo, no sólo entre la comunidad de los practicantes de la ciencia sino entre los sujetos que se encuentran para constituirlo y constituirse mutuamente. Esta afirmación implica que ni el o la investigadora, ni la comunidad de investigadores, ni los sujetos investigados son intercambiables. Todos construyen, es decir, co-investigan. Ésta es una de las claves sobre

la cual pone énfasis el enfoque biográfico. Reconocerla como tal no significa ceñirse exclusivamente a la elaboración de biografías como forma de incluir la intersubjetividad en la investigación científica; sin embargo, plantea el requerimiento de pensar seriamente qué cabida tienen los sujetos, en tanto co-constructores del mundo de la vida de el o la investigadora, desde el momento mismo en que plantea su trabajo. Y, a su vez, para el método biográfico, supone el desafío de encontrar los caminos para salir de la conciencia a fin de dar cabida a los órdenes que significan las acciones individuales.

Por último, en esta reconstrucción del movimiento que generó la historia de vida, equiparada desde el inicio con la imagen de la piedra en el estanque, el último giro del trabajo me llevó a indagar dónde y cómo aparecen estos órdenes de dominación, específicamente el de género, en los intercambios cotidianos. Estas interrogantes imprimieron un nuevo giro al trabajo analítico. Para concretarlo, el enfoque centrado en la vida cotidiana ofreció una pauta orientada hacia lo que Michel Maffesoli denomina “historias que las sociedades se cuentan a sí mismas”. De entre ellas destacan los mitos, en tanto ofrecen una vía para comprender el mundo humano desde una perspectiva distinta de la racionalidad medios-fines, una modalidad de aprehensión de la realidad que, desde la Modernidad, desplazó otras posibilidades interpretativas, precisamente por la preeminencia concedida a la Razón Universal como instrumento y rasgo esencial para caracterizar y diferenciar lo humano.

La relevancia y significatividad sociales de estos relatos fue abordada en el último capítulo de este trabajo; sin embargo, la propuesta de Marie-Francois Chanfrault-Duchet permitió contar con un ángulo específico para aprehender estas historias, estos relatos, bajo la denominación de mitos, entendidos como cristalizaciones en la memoria colectiva, tanto de episodios históricos como de caracteres relevantes de los mismos. A partir de esta propuesta, me fue posible comprender ciertas frases, expresiones, imágenes e, inclusive, los recorridos seleccionados por la protagonista durante el trabajo de campo, para aproximarme a los escenarios significativos de su historia de vida, en relación con un mito fundante de la nacionalidad, la Revolución de 1910. Este episodio no sólo hace posible hablar de un “nosotros”, el de las y los mexicanos, es decir, no sólo otorga sentido a la pertenencia a un determinado estado-nación; también le permite a la protagonista explicar y justificar

decisiones o momentos importantes de la propia vida a partir de la resignificación de ese acontecimiento histórico.

Visto desde ese lugar, el mito de la Revolución de 1910 no sólo funda la nación mexicana moderna sino que da sentido a la vida de esta protagonista a partir de los ideales y de las expectativas que ella atribuye a sus semejantes, los cuales le permiten insertarse en la comunidad de los migrantes internos, sus antepasados, a quienes Natalia reúne en una historia colectiva atravesada por la justicia/injusticia revolucionaria, uno de los rasgos a través de los cuales cristaliza este acontecimiento histórico en la memoria colectiva. En paralelo, al relacionar estas expectativas de justicia con los grupos de pertenencia, ella imputa al “otro generalizado” dos concepciones de mundo en cuya intersección la protagonista define sus aspiraciones de superación personal y familiar.

En relación con el proyecto de Natalia la interpretación del mito de la Revolución mexicana que ofrece su relato descansa en un reclamo de justicia que, para concretarse, requiere el acceso y disfrute de bienes y servicios, los cuales a partir de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, comienzan a extenderse hacia sectores más amplios de la población debido a una mayor cobertura del sistema educativo, de salud pública, de transporte, de servicios urbanos y a la incorporación de la tecnología en la cotidianidad mediante aparatos electrodomésticos, de comunicación, etcétera.

Frente a estas novedades que trae consigo la segunda mitad del siglo XX, época donde la protagonista comienza a perfilar su proyecto de cambio, el relato destaca que una posibilidad de apropiarse de estos beneficios consiste en la agudeza para identificar las oportunidades, y en la voluntad y el esfuerzo de los particulares para alcanzarlas. Por eso, las expresiones “ir a más” y “subir un poco”, pueden interpretarse como las máximas de un orden político y económico que, en tanto “motivos para” y “motivos porque”, insertan el proyecto de Natalia en la intersección de dos propuestas distintas a través de las cuales concretar sus aspiraciones de superación personal y familiar: la visión del cambio social revolucionario, y la perspectiva de movilidad social ascendente de cuño liberal.

En este punto regreso sobre el problema de investigación y los conceptos teóricos a través de los cuales fue planteado. Al respecto, cabe recordar que este trabajo propone estudiar el vínculo entre el contrato conyugal y las formas de ejercicio del poder en la pareja heterosexual, como vía para explicar la persistencia o ruptura de las uniones. Así, la

relación de conocimiento destaca dos conceptos, “contrato conyugal” y “negociación del poder”. Con base en el trabajo realizado es posible plantear algunas consideraciones derivadas del empleo de ambas herramientas teóricas.

El contrato conyugal. Esta noción revela limitaciones para estudiar la normativa que pauta las formas de ejercicio del poder que los cónyuges se dan entre sí. Estas dificultades surgen al revisar este concepto desde una perspectiva de género.

Para profundizar en esta dirección conviene señalar que, en este trabajo, la concepción inicial de “contrato conyugal” deriva de la noción “contrato social”. Este concepto, que se acuña en la Europa moderna del siglo XVIII -a partir de elaboraciones teóricas que reconocen una antigüedad mayor- designa una forma de relación política, pactada por acuerdo libre y voluntario entre iguales, que cuestiona el poder absoluto del soberano e implica un cambio en la correlación de fuerzas con los súbditos porque, al potenciar la asociación estatal, transforma las estructuras sociales y políticas anquilosadas. Así, el “contrato” da origen a la sociedad civil y representa la condición para la continuidad y conservación de la misma.

Pero estas ideas sólo pueden sustentarse con base en una nueva definición del individuo que exige una abstracción radical a partir de la cual surge el sujeto cívico, entendido como un ser autónomo que se determina a sí mismo a través del uso de una facultad del pensamiento: la razón. Gracias a ella, el sujeto moderno puede dominar las pasiones, los impulsos, las emociones que le son ajenas, es decir, que lo equiparan con otros seres del reino animal y que, por ende, ponen en riesgo su especificidad humana. De ahí que esta facultad del pensamiento, la razón, destaca como la estrella absoluta que ilumina el horizonte de la Modernidad. Aunada a esta concepción de ser humano emerge una nueva forma de convivencia política que consagra a la sociedad civil como espacio de acción pública y sustrae la sociedad familiar al ámbito privado.

A partir de esta división de la realidad en dos espacios diferenciados, aparece un personaje central, el ciudadano, un sujeto de derecho que goza de todas las libertades civiles, excepto aquéllas a las que ha renunciado libre y voluntariamente al momento de suscribir el contrato. De este modo, la Razón Universal, consagrada como fundamento de la libertad individual, cuestiona las desigualdades que derivan de los privilegios de sangre y

fortuna, argumento central del Antiguo Régimen para legitimar la exclusión. Pero también, ser ciudadano es una forma de actuar y una posición en el ámbito de lo público que permite diferenciarse, por un lado, de los sectores aristocráticos que obstaculizan el acceso al poder político y, por otro, una distinción con respecto de los plebeyos, excluidos fundamentalmente por carecer de propiedades.

Para consolidarse, este cambio de posición, de súbdito a ciudadano, exige otros códigos, valores, comportamientos, actitudes, etcétera, que fungen como nuevos criterios de inclusión y exclusión en este nuevo estado, la ciudadanía, los cuales operan bajo la modalidad del “como si”. El sujeto político actúa “como si” todos fueran iguales y procede “como si” los argumentos del contrario tuvieran valor por sí mismos en el diálogo. Ser ciudadano, entonces, constituye una ficción que encubre la desigualdad. En última instancia, será necesario reconocer que el ciudadano moderno es un burgués, europeo, de sexo masculino, blanco, propietario y heterosexual. Como correlato, el ámbito público de la Modernidad se consolida como un espacio de nuevas exclusiones, entre ellas, las relativas a la raza y la etnia, la posición social, la nacionalidad, el género y la preferencia sexual.

En síntesis, bajo la ficción de la igualdad que transforma a todos los sujetos en ciudadanos, se legitiman los espacios de exclusión que consolidan el control hegemónico de un sector social sobre los demás. Como contrapartida, distintos agentes sociales se verán privados de la ciudadanía mediante estrategias discursivas que, en el caso de las mujeres, las recluyen en el ámbito privado por sus capacidades reproductivas que las aproximan, más que a los varones, hacia el reino de la animalidad, es decir, a la Naturaleza, un ámbito temible que siempre amenaza al sujeto moderno con un retorno imprevisto e indeseado. En consecuencia, la racionalidad queda restringida a los portadores masculinos aunque, en primera instancia, a quienes reúnen ciertas cualidades que los hacen merecedores de ocupar un espacio preeminente en la administración del bien común.

En este punto cabe señalar que las dimensiones que consolidan esta ficción del orden público moderno -la noción de ciudadano y de sociedad civil, diferenciada de la familiar- resultan decisivas para explicar la dificultad de la noción de “contrato” a la hora de analizar las relaciones de poder que se concretan en el ámbito de la domesticidad. Porque este concepto, concebido como una especificación del contrato social, lleva consigo esta carga de exclusión de lo privado doméstico y, además, impone la restricción de la racionalidad o,

al menos de un tipo específico de racionalidad, a las interacciones y prácticas que se concretan en la sociedad civil.

Además, la posición diferencial asignada a los sujetos en el espacio público y en el espacio privado en virtud de su sexo-género, trae consigo algunas consecuencias que perduran hasta el presente. Entre otras, la valoración de lo privado doméstico como estrictamente personal y, por ende, su exclusión de lo político; las restricciones al accionar del Estado y sus instituciones en ese ámbito, situación que no impide su injerencia activa cuando la acción de los particulares parece afectar el bien común; la estimación de lo privado doméstico como escasamente relevante para la vida política, valoración que se hace extensiva con el mismo signo negativo hacia los sujetos y las prácticas confinadas a ese espacio.

Por lo expuesto, cabe afirmar que, al trasladarse al ámbito de la pareja, el “contrato social” arrastra consigo este supuesto ficticio de la interacción entre iguales. Por esa razón, la especificación del concepto en términos de “contrato conyugal”, y su transformación en una herramienta para el análisis empírico, requiere considerar las consecuencias derivadas de la posición diferente y desigual en que se encuentran los varones y las mujeres para pactar, para negociar, para acordar, en definitiva, para “contratar” la normativa que organiza las interacciones y prácticas cotidianas. Así, el estudio del “contrato conyugal” no puede desvincularse del análisis del poder enfocado desde la perspectiva de género. Precisamente porque a partir de las diferencias que legitima este orden de dominación, el de género, los puntos de partida son distintos y, por ende, los de llegada y las consecuencias de las interacciones donde se acuerda y se revisa la realidad compartida.

Con base en lo expuesto, cabe plantear las siguientes consideraciones:

- 1) las relaciones de poder en el ámbito privado-doméstico no parten de un supuesto de equipotencia, es decir, de un poder equivalente entre los participantes, por lo tanto, no pueden analizarse en términos de un “contrato” con la significación que la Modernidad otorgó a este concepto, precisamente por la ficción de igualdad que entraña.
- 2) el uso de este concepto para explicar las formas de negociar el poder entre los cónyuges puede operar en el mismo sentido que las ficciones modernas, es decir, contribuir a enmascarar la posición desigual de los participantes.

3) esta posición desigual deriva de la organización de las relaciones sociales y de la construcción de las identidades sociales con base en el sistema sexo-género, el cual dota de significado y aporta a la legitimidad de la dominación masculina.

A estas consideraciones debe agregarse que abordar esta indagación desde un enfoque biográfico -giro que dio el trabajo debido al encuentro con la protagonista y su historia de vida- evidencia la imposibilidad de analizar la normativa que los cónyuges se dan a sí mismos en términos exclusivos de contrato, precisamente porque este concepto pone el énfasis en la dimensión racional de la acción. En cambio, al plantearse desde un relato autobiográfico, el trabajo permite adentrarse en otras dimensiones de la conyugalidad que no pueden aprehenderse exclusivamente en términos contractuales.

Pese a lo dicho, en la cotidianidad, los contratos y los pactos aparentemente “funcionan”, es decir, permiten establecer compromisos a través de los cuales se orientan las interacciones. Por lo tanto, las reflexiones previas no apuntan a desestimar la posibilidad de establecer acuerdos entre sujetos ubicados en posiciones desiguales. En cambio, proponen indagar en torno de los procesos mismos a través de los cuales se negocia; algunas veces, para evidenciar las fisuras que permiten confrontar las posiciones desiguales; otras, para señalar las persistencias y la reproducción del orden de género; pero siempre, para comprender la realidad en sus variaciones históricas y contextuales desde las distintas racionalidades que conforman la polifonía social.

Esto significa que, desde el punto de vista de la investigación empírica, el énfasis no está en el contrato entendido como una serie de pautas o normas que pueden explicitarse, es decir, en el estudio de un “objeto” llamado “contrato”, sino en el proceso mismo de contratar a través del cual se confirma o subvierte la dominación masculina. En paralelo, este cambio de perspectiva plantea el desafío de encontrar estrategias metodológicas que pongan el énfasis en los procesos por cuyo intermedio los sujetos cuestionan y reproducen este orden de dominación.

El trabajo con historias de vida y con materiales y entrevistas con enfoque biográfico ofrece una posibilidad que se orienta en esta dirección, precisamente porque pone en primer plano y acepta la ambigüedad que surge ante la ocurrencia, en paralelo, de procedimientos orientados a la reproducción, los cuales coexisten con el cuestionamiento del orden hegemónico, en las interacciones y en las prácticas de un mismo sujeto, desde un abordaje

que no pretende ni se esfuerza por detectar y proponer una síntesis que supere o trascienda la contradicción. Pero, al mismo tiempo, desde esta perspectiva teórico-metodológica, el énfasis en la mirada de la o el biografiado implica volverse desde el presente hacia el pasado, es decir, hacia “lo vivido”. Sin embargo, se trata de un giro muy peculiar ya que “lo vivido” deja de ser tal para transformarse en la historia de un proceso donde lo que aparece como efecto, -en el caso de esta protagonista, el personaje de “la triunfadora” sería un producto emergente del proceso de autonomía- en realidad se revela no como un resultado sino como agente del relato.

Desde esa perspectiva, adquiere nuevas resonancias el énfasis concedido por la protagonista a los orígenes desventajosos (la situación de “arrimada”, la experiencia de calle) como contrapartida del esfuerzo y la importancia de la meta alcanzada, es decir, “el triunfo” en sus distintas acepciones, “el galardón” (el matrimonio civil y religioso que preserva la honra personal y familiar), la “casateniente” (síntesis de sus logros económicos), la “amante” (la mujer que se apropia de su cuerpo para vivir una sexualidad placentera). Así, esta etiqueta semántica, “la triunfadora”, articula el logro personal en un relato social más amplio, el que refiere a esa especie de “inteligencia práctica”, a la cual aspiraba la protagonista, para percibir y aprovechar las oportunidades que brindaron los proyectos de modernización y desarrollo económicos y sociales durante los años de convivencia con el cónyuge.

Desde ese punto de vista, también adquiere nuevo significado la distinción entre mujeres fuertes y débiles a través de la cual, Natalia se ubica entre las primeras; precisamente porque, al igual que ellas, logra sobreponerse a la adversidad. Con independencia de que estas figuras femeninas superen o no una posición desventajosa, todas persisten en sus empeños, porque sólo las mujeres fuertes –y Natalia lo es por los obstáculos que debió superar– pueden permitirse postular un proyecto en términos de “ir a más” y, en paralelo, afirmarse como “triunfadoras”.

Las formas de ejercicio de poder. Desde la perspectiva del sistema sexo-género, las formas de negociar los espacios de poder entre varones y mujeres están atravesadas por un modelo de dominación hegemónico: el masculino. En el caso de la pareja conyugal heterosexual, esta afirmación implica orientar el análisis más allá de la normativa que dos

sujetos se dan a sí mismos, porque la hegemonía supone que ambos deben sujetarse al mismo modelo para conjurar el riesgo de afrontar la deslegitimación de las identidades genéricas que pautan, para uno, el deber y el derecho de ejercer autoridad sobre la pareja y la descendencia y, para la otra, la posibilidad de subrogar en ausencia de -o de ejercer una autoridad delegada por- el cónyuge. Esta característica del poder que ejercen las mujeres en el ámbito doméstico, a la vez que garantiza su legitimidad lo confirma en su fragilidad, en su precariedad, porque siempre afronta el peligro de la descalificación, de la pérdida de las bases sobre las cuales se sustenta.

Precisamente, la historia de Natalia muestra a la protagonista en una situación de precariedad y riesgo permanente frente a las figuras de la madrastra y del cónyuge. Esta fragilidad se exagera al enunciar y llevar adelante su proyecto de vida. En particular, destaca la valoración negativa de sus planes por parte de los contemporáneos y de los descendientes. Al respecto, cabe señalar que desde la perspectiva de la protagonista, el logro de las metas materiales y simbólicas anticipadas en la planeación no le acarrea el reconocimiento esperado. Este resultado puede evaluarse como paradójico a la luz de los esfuerzos personales y de los beneficios obtenidos.

Sin embargo, al revisar las metas y logros del proyecto desde la óptica de la dominación masculina, la contradicción se revela como un error de apreciación, entre otras razones, porque para concretar sus metas de superación personal y familiar, la protagonista debe confrontar la autoridad del cónyuge y, en el proceso, cuestionar las expectativas del “otro generalizado” en relación con el orden de género. Entonces, pese a la evaluación positiva en términos de realizaciones, cada uno de los planes y metas parciales que integra el proyecto de “ir a más” y de “ser otra” recibe la carga de los juicios devaluatorios del cónyuge. Este procedimiento no sólo pone en duda el proyecto mismo sino que culmina con el cuestionamiento de la protagonista por parte de los “otros significativos” del relato, más allá de las bondades y logros concretos.

Con base en la legitimidad de los órdenes que significan las relaciones sociales, el cuestionamiento de los contemporáneos y de los descendientes de Natalia puede interpretarse como una expresión de respaldo hacia el cónyuge, la figura “natural” de autoridad en el ámbito doméstico, un aval que confirma el poder coercitivo del orden de

género cuya vigencia se apoya en la adhesión acrítica hacia sus máximas y mandatos por parte de los sujetos de ambos sexos.

Para abonar en esta dirección, los materiales empíricos ofrecen elementos que contribuyen a despejar esta contradicción aparente que, en una primera lectura, podría llevar a interpretar las respuestas de los beneficiarios directos del proyecto como contrarias al sentido común. Al respecto, cabe recordar que las formas de negociación entre los integrantes de esta pareja adoptan la modalidad de pruebas, de uno a otro cónyuge, por medio de las cuales la protagonista cuestiona las expectativas asociadas con los roles de esposo y esposa. Sin embargo, en el proceso ella también confronta el modelo de dominación masculina. Precisamente, la imposibilidad de Álvaro para superar las pruebas impuestas por Natalia, deslegitima la autoridad del cónyuge.

En el relato, esta impugnación surge mediante el empleo de distintos procedimientos retóricos bajo las figuras de la contradicción y la ironía. De este modo, Natalia cuestiona cada una de las máximas que él impone y que ella debe acatar para organizar las interacciones conyugales, las cuales extraen su sentido de dos órdenes, el de género y el de la militancia política. Así, con las herramientas propias de la narración, la protagonista pone en primer plano que, en la cotidianidad, la escisión jerárquica de la realidad en los espacios público y privado, lejos de favorecer la satisfacción cabal de las expectativas depositadas sobre los varones, en tanto productores de los bienes materiales y simbólicos, la obstaculiza, al punto de que el cónyuge no logra satisfacerlas en ninguno de los dos ámbitos. El resultado de este hallazgo inicia el camino para la destrucción de la figura del héroe, del príncipe azul e, incluso, del militante comprometido, calificativos por medio de los cuales ella caracteriza al marido en distintos pasajes del relato que, en la historia conyugal y desde la perspectiva de Natalia, coinciden con los años de enamoramiento.

A partir del descubrimiento efectuado por la protagonista, el análisis distingue tres momentos en el proceso de construcción y demolición del “nosotros” de la pareja: antes, durante y después de experimentar esta pasión a la que ella atribuye buena parte de las explicaciones en torno de la persistencia del vínculo conyugal. En este momento cobra nueva relevancia el sistema sexo-género como proveedor de un horizonte de sentido para significar la pareja heterosexual como un mandato y una norma. Sin embargo, este sistema

ofrece, al mismo tiempo, los recursos simbólicos a fin de preservar esta institución y permanecer en ella.

Así, la confrontación de estas expectativas implica un deslizamiento del “ser para otros” construido bajo la etiqueta semántica de “Eva”, el personaje que organiza su vida centrada en la pareja y la familia, hacia una posición de mayor autonomía. De este modo, “Yo Natalia, la mujer”, como contrapartida de la figura anterior, se erige desde una negativa: la no-mujer tradicional, la no-madre abnegada, la no-mujer sufridora y aguantadora, la no-ama de casa absorbida completamente por sus quehaceres, en definitiva, la “no-mujer para otros”. Para concretarlo, ella traza límites al discurso amoroso que, bajo el signo de la dominación masculina, en el contexto donde transcurre su historia conyugal (entre los años 1955 y 1985 aproximadamente), y desde su apropiación singular, impone para las mujeres la modalidad de una donación de sí en favor de los otros bajo la modalidad de la abnegada, la sufridora, la aguantadora y, para los varones, de una apropiación y autoafirmación de sí mismo, sustentada en la expropiación del ser de los otros a través del ejercicio de distintas formas de violencia contra los demás pero, también, contra sí mismo.

El análisis permite concluir que, a los efectos del orden de género, no importaba quién hiciera qué ni cómo, la dominación masculina definió los espacios de poder, sexuados y jerárquicos, y limitó las estrategias y recursos que cada cónyuge movilizaba en las interacciones cotidianas. Regreso sobre las modalidades de negociación entre los cónyuges, a las cuales me referí en un pasaje anterior, dado que permiten profundizar en estos constreñimientos. Así, mientras él imponía pruebas con base en una autoridad legítima, ella debía valerse de tácticas para replicar el procedimiento, precisamente porque no disponía de un espacio propio desde donde confrontarlo. Por esa razón, la protagonista aprovechó la coyuntura y empleó todos los medios a su alcance, entre ellos, el engaño, el ocultamiento, la tergiversación de los hechos. Sin embargo, estas tácticas se volvieron contra ella misma bajo la forma de críticas y censura por parte de los otros personajes significativos de su entorno.

En este punto cabe señalar que, tanto los procedimientos narrativos que culminaron con la demolición del héroe, como los empleados para distanciarse de una posición subordinada -me refiero a la Natalia que apela a las tácticas de resistencia, por un lado, y a la protagonista de episodios violentos en la cotidianidad familiar, por el otro- expresan formas

de negociación con el orden de género que, desde la perspectiva de Leight Gilmore, confirman una de las virtudes de las autobiografías, tanto de las mujeres como de los varones. Así, en lugar de centrar la mirada en la reproducción que, a la postre, confirma el orden que pretende cuestionar, el “hacer” del relato autobiográfico define el espacio de una praxis transformadora, desde la cual hombres y mujeres pueden enunciar una voz que fisura el modelo de dominación hegemónico.

De acuerdo con Gilmore, aún cuando las posibilidades concretas, extra textuales, para modificar el orden de género resulten limitadas, tampoco es posible concretarlo sin este cuestionamiento que reposiciona a los sujetos en su propia biografía. Por eso, la lectura de este relato pretende desmarcarse de una interpretación centrada en la historia de oprimidos y opresores. Porque, en definitiva, la persistencia de esa mirada para analizar el relato autobiográfico les hubiera hecho poca justicia a sus personajes.

A Natalia, porque incrementaba el riesgo de ubicarla en la posición de víctima; pero, además, porque en ese caso el análisis podía derivar hacia lo que señalaba Cabanés: privilegiar la mirada hacia la dimensión individual que “naturaliza” la dominación al reducirla a casos ejemplares o paradigmáticos, en lugar de evidenciar su carácter hegemónico en la intersección de las dimensiones estructurales con la experiencia biográfica.

La posibilidad opuesta consistía en ensalzar a la protagonista como heroína de una gesta personal liberadora. Sin embargo, este criterio, que ha orientado muchos de los rescates de las biografías de mujeres “ilustres”, puede objetarse porque sigue operando con la herencia de una historia, de corte positivista, que destaca al personaje extraordinario y sus andanzas, el prócer o el héroe, como motor de los acontecimientos sociales. De operar bajo estas premisas, el presente trabajo implicaría un cambio de sexo y de escenarios. Pero el giro reforzaría el orden de género al defender que las mujeres no sólo pueden obtener sino que también merecen el mismo reconocimiento que los varones, tanto en el ámbito de lo público-político como en el contexto de la domesticidad.

Por razones parecidas, la presentación de este relato como una historia de opresores y oprimidos tampoco le haría justicia a la posición del cónyuge. En ese caso, las evocaciones de la protagonista podrían ubicarlo en calidad de victimario y deslizarse a la interpretación de sus comportamientos como expresiones de una personalidad autoritaria y violenta. Esta

modalidad de análisis impediría reconocer que sus formas de interactuar en el ámbito privado, familiar y conyugal, constituyeron una apropiación de las tipificaciones y recetas disponibles que dotaron de sentido a sus acciones, en el marco de un orden de género que las tornó lícitas e, incluso, previsibles. Desde esta perspectiva, cabe afirmar que la condición de las identidades de género masculinas conlleva el ejercicio de violencia, si no física, psicológica o sexual, para confirmarse en su dominación. Además, este tratamiento tampoco dejaría observar de qué manera este orden de dominación, que lo ubica en un lugar jerárquico superior, lo atrapó a él mismo bajo sus prescripciones.

Las reflexiones precedentes permiten concluir que no se trata de estudiar las formas de negociación del poder conyugal como un factor explicativo de la persistencia o ruptura de las uniones dado que, desde ese punto de vista, podría argumentarse que si los cónyuges aprenden a negociar de otra manera, probablemente lograrían vínculos más estables y duraderos. Entonces, se trataría de un problema pedagógico, es decir, uno que requiere la concreción de aprendizajes para resolver conflictos de manera pacífica cuando, en realidad, el problema demanda un abordaje centrado en el cuestionamiento del orden de género.

De lo contrario, la resolución de conflictos en términos de un aprendizaje que modifique las formas de negociar el poder puede contribuir a incrementar la dominación, en el sentido de que, probablemente, quienes deban ceder y reconsiderar sean los sujetos ubicados en posiciones subordinadas, precisamente porque reiteran aprendizajes previos y conocimientos de sentido común que forman parte del acervo que cada miembro de la pareja aporta a la relación conyugal. A este respecto resultan ilustrativas máximas como “Calladita te ves más bonita”, un refrán que mantiene vigencia en el lenguaje coloquial y que expresa las bondades de permanecer en una posición de sometimiento, real o simulada, a efectos de obtener una valoración positiva. De este modo, aprender a resolver conflictos de manera pacífica puede acarrear, entre otras consecuencias, un reforzamiento de la posición subordinada de las mujeres, pero también de los varones que se distancian de los modelos de masculinidad hegemónica; además, favorece la idea de que el conflicto es peligroso, riesgoso, negativo y debe evitarse, prevenirse o resolverse a través de estrategias que apuntan a zanjar los problemas concretos pero que mantienen incuestionado el fundamento de la conflictividad, del desacuerdo que lleva a la confrontación.

Frente a estas modalidades de negociación que niegan el disenso y las diferencias, surge la posibilidad de pensar en la construcción del sí mismo desde otros lugares. En el relato, esta afirmación del personaje se concreta a través de la apropiación del cuerpo. Por su intermedio, la protagonista confronta la especialización de la sexualidad para la reproducción, a través del ejercicio placentero, satisfactorio de la sexualidad y del ejercicio voluntario de la maternidad. De este modo, la protagonista transita de una sexualidad y de una maternidad entendida como destino, a una sexualidad y a una maternidad ejercida voluntariamente.

En la historia de Natalia, el mencionado pasaje significa que ella no niega la maternidad; por el contrario, la protagonista reivindica su capacidad reproductiva como una dimensión importante en la construcción de su identidad femenina; sin embargo, al apropiarse del control de la reproducción por medio del método del ritmo, ella decide cuándo embarazarse. Esta posibilidad de elegir inicia un proceso de autonomía porque le ofrece una de las primeras oportunidades en su historia personal -si no es que la primera- para tomar decisiones en relación con su cuerpo sin necesidad de apelar a tácticas para confrontar al otro desde un espacio que le es ajeno. Así, el cuerpo se transforma en un lugar desde el cual ella logra imponer límites, levantar “tabiques”, ser un “yo” para sí misma. Insisto, no se apropia de su cuerpo por disponer de un método anticonceptivo que le permite evitar o espaciar los embarazos, sino por ejercer la potestad de definir cuándo embarazarse. Esto lleva a pensar en una resignificación de la maternidad no como destino sino como elección, ya no la madre aguantadora o sufridora por mandato de los otros, sino la afirmación de sí misma a través de una maternidad escogida voluntariamente.

En definitiva, la apropiación del cuerpo para el ejercicio de la sexualidad y el nacimiento de cada uno de los hijos, especialmente a partir del tercero, coadyuvan a desencadenar este proceso de cuestionamiento del modelo tradicional de feminidad y masculinidad. Lo anterior puede sonar paradójico porque, precisamente, uno de los caminos que legitiman y refuerzan la dominación de las mujeres es la especialización de la sexualidad para la reproducción y el cuidado de los otros debido, entre otras razones, al prestigio social y al respeto que acarrea la maternidad. Sin embargo, este desplazamiento revela que el “cuerpo propio” es el correlato del “cuarto propio”, como expresión de esta

afirmación de sí misma que se concreta en el pasaje desde la figuras de Eva y Magdalena a “Yo, Natalia, la mujer”.

Lo anterior pone de manifiesto un rasgo de este personaje que surge en su relación con el contexto donde transcurre la historia. Así, el punto donde intersectan el “yo” biográfico y el “nosotros” colectivo” muestra las señales de un proceso de transición que, desde el orden de género, marca el pasaje de una mujer “tradicional”, a una mujer que comienza a ganar autonomía y, sobre todo, que empieza a reivindicar para sí misma sus logros y, en paralelo, a incursionar en la búsqueda de nuevos espacios donde concretarlos. De este modo, la historia de Natalia puede interpretarse como la descripción de un proceso para decir su palabra desde una posición subordinada, no sólo por el sexo y el género de adscripción, sino por el lugar ocupado en el sistema de estratificación social. Para iniciar esta búsqueda sólo contaba con las palabras del “otro”, por eso, debió inventar sus propios caminos de enunciación, es decir, resignificar los signos para expresarse. Desde esta perspectiva, la narración impuso sus propios mecanismos a la tarea interpretativa: adentrarse en el universo del otro para interpretar ese universo *con* el otro y no *para* el o la otra.

Entonces, cobró una fuerza inusitada la expresión de Pierre Bourdieu al concluir la investigación que lleva por título *La miseria del mundo*, cuando señala que este desplazamiento ofrece una vía para: “Comprender que si estuviera en el lugar del otro, como suele decirse, indudablemente sería y pensaría como él”. Este giro, con el cual concluyen las ondas visibles que inició la historia de Natalia, la piedra arrojada en el estanque, pone en evidencia la dimensión política de esta decisión epistemológica. Devolver al otro sus estrategias y tácticas forma parte del aprendizaje que consiste en recuperar la palabra. De este modo, el descubrimiento y la desvelación de las micro-resistencias puede iniciar el primer paso en la senda para cambiar los sustentos de la exclusión.

Para cerrar estas páginas deseo plantear algunas reflexiones para abordar el vínculo entre el poder y el género, desde el enfoque biográfico, más allá de la pareja conyugal heterosexual entendida como un objeto de estudio específico⁸⁹.

Con base en el trabajo realizado, cabe plantear lo siguiente:

89 Estas reflexiones incorporan aspectos de las lecturas y debates realizados en el Seminario “Alteridad y exclusiones” que coordina la Dra. Ana María Martínez de la Escalera en el marco de las actividades académicas y de investigación que organiza el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) de la UNAM.

1) El vínculo entre poder y género requiere de la incorporación de la subjetividad entendida como una dimensión teórica y como un nivel analítico. Desde el punto de vista teórico, la subjetividad destaca como una vía privilegiada para el estudio de la diversidad, precisamente porque permite indagar de qué manera, los distintos ejes de diferenciación social (género, raza, etnia, nacionalidad, preferencia sexual, opción religiosa, etcétera) impactan en la autorepresentación de los grupos y determinan estrategias y tácticas, así como la movilización de recursos materiales y simbólicos, por medio de los cuales los individuos y los grupos reproducen y/o confrontan los distintos órdenes de dominación que, desde una lógica dicotómica, legitiman la desigualdad, la exclusión, la invisibilidad, el silenciamiento, la negación del otro, con base en las diferencias.

De este modo, el estudio de la relación entre el poder y el género a través de la subjetividad pone en evidencia las políticas de identidad que el orden hegemónico utiliza para la producción de sus modelos y tipologías de ser humano. En paralelo, la autorepresentación de los agentes sociales, individuales y colectivos, ubicados en posiciones subordinadas, permite adentrarse en los recursos y estrategias que movilizan no sólo para ser visibles, para obtener representación en el espacio social, sino también, para ser vistos de la forma en que quieren ser reconocidos.

Desde el punto de vista analítico, el tratamiento de la subjetividad encuentra un camino idóneo para expresarse a través del enfoque biográfico. Esta perspectiva privilegia una modalidad para obtener información a través de relatos, así como el uso de fuentes poco convencionales, (diarios personales, fotografías, material hemerográfico, filmico, etcétera) a las que se propone tratar como “textos” en sentido amplio, es decir, como materiales que pueden ser leídos e interpretados con las mismas herramientas que emplean otras disciplinas más próximas al análisis del discurso y de la comunicación audiovisual. Esta decisión metodológica obliga a plantear un abordaje interdisciplinario que impone el desafío de promover un diálogo entre campos de conocimiento distintos. Este reto contraría la tendencia a la especialización en temas, problemas y métodos que parcelan el conocimiento, una característica de la práctica de las ciencias sociales que recrudesció desde mediados del siglo XX. Sin embargo, el tratamiento de la diversidad desde la subjetividad social, es decir, desde la autorepresentación de los grupos, no sólo como son vistos por el discurso hegemónico, sino como se perciben a sí mismos y desean ser percibidos por otros,

requiere de estos fragmentos de vida social, dispersos, ínfimos, que suelen descartarse por irrelevantes, precisamente porque ellos ofrecen pistas para abordar la polifonía social desde los lugares de la exclusión y el silencio.

2) El estudio del vínculo entre el poder y el género a través del enfoque biográfico revela que el tratamiento de la vida cotidiana como objeto, es decir, como un ámbito específico de la realidad conlleva, como consecuencia indeseable, el riesgo de naturalizar la escisión de la realidad en términos dicotómicos y, por ende, jerárquicos y sexistas. Así, la vida cotidiana entendida como objeto de estudio, permite establecer una distinción entre lo cotidiano y lo no cotidiano, entre espacios valorados como relevantes desde el punto de vista social, por ejemplo, el ámbito público-político donde se juega el poder, al menos, el poder que importa, que interesa para la reproducción social, y otros, como el espacio privado, ya sea doméstico o extradoméstico, exentos de estos juegos y tensiones, los cuales, cuando son reconocidos, aparecen como triviales, de escasa relevancia (me refiero, por ejemplo, a la vida cotidiana de las organizaciones y de las instituciones, donde los juegos de poder suelen calificarse utilizando expresiones del lenguaje coloquial como “grillas” o “argüendes” y asociarse con prácticas de chisme, reputadas como “femeninas”, es decir, propias de mujeres). Así, al referirme al “espacio privado extradoméstico” me remito a esta manera de concebir la cotidianidad de las organizaciones e instituciones, y en particular, a un sector de la vida cotidiana que corresponde a los ámbitos donde se ofrecen servicios que representan una extensión de las actividades, funciones, roles, prácticas consideradas “femeninas”, por ejemplo, las escuelas, los hospitales, etcétera.

Por el contrario, este trabajo pone en evidencia que el estudio de las relaciones de género desde la perspectiva del poder requiere un abordaje teórico y metodológico centrado en la vida cotidiana, entendido este concepto como perspectiva o enfoque. Se trata de una mirada que privilegia los “saberes” cotidianos o, en palabras de Schutz y Luckmann, el acervo social y subjetivo de conocimiento. Esta decisión permite incorporar la historicidad inmanente a todo fenómeno social, es decir, el carácter histórico de toda construcción social y, por ende, impone el reconocimiento de su variabilidad espacial y temporal.

Desde el punto de vista analítico, la vida cotidiana entendida como enfoque destaca como un nivel mezzo que articula la subjetividad individual y colectiva con las

dimensiones macro-estructurales. Si bien esta última afirmación, la del vínculo entre distintos niveles de análisis a través de la vida cotidiana no resulta novedoso, existe una distancia entre esta enunciación y su concreción a través del análisis de materiales empíricos. Este último es un punto neurálgico que puede abordarse, con cierta originalidad, a través del método de historias de vida por cuanto privilegia fuentes donde ambos niveles (micro y macro) pueden ser “leídos” e interpretados en los “textos” (relatos y materiales biográficos), bajo la modalidad de “voces otras” que dialogan entre sí. De este modo, cobra mayor significatividad la expresión “polifonía social”, empleada en distintos apartados de este trabajo, para referirme a la diversidad, a la pluralidad coexistente y contradictoria que caracteriza la mirada sociológica contemporánea. En paralelo, la aprehensión de estas “voces” en el análisis sociológico, se beneficia con los hallazgos y aportes de otras disciplinas especializadas en el lenguaje, en la comunicación, en la producción textual, en la recepción y en el análisis de las audiencias.

En definitiva, este trabajo destaca la relevancia de abordar el vínculo entre el poder y el género –así como la posibilidad de extrapolar esta relación a otros ejes de diferenciación social que al articularse se potencian entre sí, me refiero, por ejemplo, al nexo entre género, etnia, edad y estrato social- a partir de la incorporación de la subjetividad, entendida como el espacio de la autorepresentación de los agentes sociales. Desde el campo de la sociología, el abordaje de esta autorepresentación pone el énfasis en la mutua referencialidad de la acción social cuya aprehensión analítica potencia las voces otras, desde un “yo” autobiográfico traspasado de alteridad. En este sentido, cabe destacar que, en lugar de remitir a una racionalidad impuesta desde fuera, el método de historias de vida, recuperado para el estudio de la diferenciación y desigualdad sociales, potencia la racionalidad puesta en juego por los propios agentes para interpretar las situaciones de interacción y las relaciones sociales donde el poder legitima las desigualdades.

Así, el nexo entre vida cotidiana, subjetividad y saber permite confrontar las críticas que alertan sobre el riesgo de atomizar el estudio de la realidad social al privilegiar una lectura “desde abajo”, es decir, desde los sujetos. Al respecto, cabe señalar que si las relaciones de poder se organizan a partir de la construcción social de las diferencias en términos de desigualdades y, si el estudio del género enseña que estas diferencias socialmente interpretadas legitiman un orden de dominación que preserva esta lógica

dicotómica, entonces, el cuestionamiento de las desigualdades requiere aprehender el conocimiento social, los “saberes” sociales, no sólo desde la perspectiva dominante sino desde los propios agentes, grupos y movimientos sociales, para indagar cómo desean ser aprehendidos, comprendidos y valorados.

3) En el estudio de las relaciones de poder desde una perspectiva de género, (enfoque que puede trasladarse a otros ejes de diferenciación y desigualdad sociales), resulta frecuente encontrar indagaciones que enfatizan la reproducción social de la desigualdad. Al respecto, cabe citar la poderosa influencia de Pierre Bourdieu en el ámbito educativo, con una indagación realizada junto a Jean Pierre Passeron que lleva por título, *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, así como el peso de un estudio previo, también en coautoría con Passeron, titulado *Los herederos: los estudiantes y la cultura*.

Sin embargo, la presente investigación alerta sobre la posibilidad de que una misma práctica pueda contribuir, tanto a la reproducción como a su cuestionamiento, es decir, que aporte tanto a la fisura, a la puesta en evidencia, como al reforzamiento del orden de dominación, especialmente, cuando se trata del abordaje de la diversidad y del cuestionamiento de las políticas de identidad que operan en distintos ámbitos, y cuya operación recurre a procedimientos sutiles y diversos.

De este modo, resulta imposible pensar en estrategias o tácticas (a la manera de recetas) que apliquen en distintos contextos, ámbitos o escenarios; aún cuando en dichos espacios interactúen los mismos agentes, pienso, específicamente, en el sistema educativo, por un lado, y en el salón de clase entendido como un sistema interaccional, por el otro. No obstante, el posicionamiento de los sujetos en los juegos de poder puede modificarse a resultas de las prácticas, aún cuando los protagonistas sean los mismos. Precisamente, el estudio de la subjetividad y su incorporación como una dimensión analítica revela que los mismos rostros, los mismos nombres, es decir, los mismos agentes pueden no ser los mismos al variar la dimensión espacio temporal donde se salen al encuentro.

De este modo, el enfoque en la vida cotidiana y el énfasis en la subjetividad, individual y colectiva, permite afirmar que la visibilidad que adquieren los procedimientos, las estrategias y tácticas orientadas a cuestionar los órdenes de dominación, pueden aportar a la desestabilización de esas políticas que se expresan a través de las microviolencias que

operan en el día a día; sin embargo, la desestabilización de las políticas de identidad no opera de una vez y para siempre y, en paralelo, las estrategias y los recursos que movilizan los agentes sociales en esta búsqueda de autorepresentación no necesariamente pueden adquirir un carácter legaliforme; en cambio, deben remitir a un conocimiento concreto, histórico, a través del cual sea posible teorizar la acción social.

4) En el estudio de las relaciones de poder desde una perspectiva que incluya los ejes de la diferenciación y la desigualdad sociales, la autorepresentación descansa no sólo en la mutua referencialidad de la acción social, sino en la percepción del sí mismo y del otro desde la corporalidad. Ser un cuerpo sexuado posee implicaciones que desde ningún punto de vista resultan inocuas en tanto se trata de un cuerpo con historia, domesticado, que ha vivido el disciplinamiento de género, que es significado socialmente de muchas maneras distintas, que habla de su diversidad, un cuerpo vivido que, a través del método de historias de vida, puede encontrar la palabra y la expresión de su resistencia.

Las reflexiones precedentes, aunadas a la crítica de la noción “contrato” y sus limitaciones para abordar el estudio de las formas de negociación del poder, especialmente cuando se incorpora una perspectiva como el género, enfoque que centra la mirada en la construcción social de las diferencias en términos de desigualdades, permiten esbozar algunas líneas de investigación. Amén de los estudios que abogan por el derecho a la diversidad, me interesa enfatizar que el vínculo entre subjetividad y poder, analizado desde la perspectiva de la vida cotidiana y a través del método de historias de vida, abre un potencial interesante para tensionar, precisamente esos discursos, investigaciones y conceptos que exaltan el derecho a la diferencia cultural, en particular, frente a la emergencia de nuevos sujetos sociales quienes, negados en su diversidad, confrontan, resisten, desafían e, inclusive, se arrogan el derecho a definir las modalidades de su inclusión en una sociedad que los ubica, simbólicamente y objetivamente, en los márgenes. Me refiero a grupos y actores que hasta hace algunas décadas poseían escasa visibilidad en el escenario social mexicano, tales como los pueblos indígenas, los colectivos de gays y lesbianas, los movimientos de mujeres y feministas, las personas con alguna discapacidad, los adultos mayores, las personas con nuevas afiliaciones religiosas, los integrantes de

movimientos urbano-populares, quienes, entre otros, configuran el escenario de la pluralidad cultural.

Al confrontar los discursos que exaltan la diversidad, estos movimientos se tornan visibles. Sin embargo, como agentes ubicados en la línea de frontera, sus identidades y prácticas son amenazadas por la ambigüedad que oscila entre la integración, la asimilación y la exclusión. La integración entendida como el reconocimiento de los derechos de las minorías; la asimilación que se traduce en el borramiento de las identidades; la exclusión, material o simbólica, cuya expresión extrema es la muerte. Sin embargo, la visibilidad implica ya un cierto nivel de notoriedad en el escenario social que, si bien asegura ser objeto de la mirada del otro, todavía no asegura que esta percepción sea capaz de reconocer plenamente al otro en toda su diferencia y, en consecuencia, de devolverle la mirada que el otro o la otra espera.

De ahí que el universo de lo biográfico puede erigirse en una práctica de visibilización que, en tanto acontecimiento de la acción social, permite cuestionar las imágenes de la diferencia las cuales, lejos de presentarse como elementos disruptores del orden consensual, perpetúan una imagen del “otro” en tanto que víctima o enfermo y, con ello, aportan al reforzamiento del orden de la normalización. En ese caso, incluso para los excluidos, habrá un modelo de ser humano habitando el escenario de horror que le corresponde. En cambio, pensar la visibilidad de manera estratégica es capaz de generar espacios de resistencia, constituciones sensibles en las que se cuenta la diferencia, nuevas configuraciones de la realidad que son manifestaciones políticas.

BIBLIOGRAFÍA

- Aceves Lozano, Jorge E. (1998), "La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación", en Jesús Galindo Cáceres (coord.), *Técnicas de investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación*, México, CONACULTA-Addison Wesley Longman.
- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer (1989), *A la sombra de la revolución mexicana*, México, Cal y Arena.
- Agustín, José (1996), *Tragicomedia Mexicana Tomo 1 y Tomo 2*, México, Planeta.
- Alexander, Jeffrey, Bernhard Giesen, Richar Münch y Neil J. Smelser (comps.), *El vínculo micro-macro*, México, Universidad de Guadalajara-Gamma.
- Alfaro Amieriro, Margarita (1992), "Búsqueda de una identidad autobiográfica", en José Romera, Alicia Illera, Mario García-Page y Rosa Calvet (eds.), *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral*, Madrid, Visor Libros.
- Amorós, Celia (1992), "Feminismo, Ilustración y misoginia romántica", en Fina Birulés (comp.), *Identidades femeninas*, Madrid, Pamiela.
- _____ (1985), *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos.
- Andrade Boué, Pilar (1992), "Aporías autobiográficas", en José Romera, Alicia Illera, Mario García-Page y Rosa Calvet (eds.), *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral*, Madrid, Visor Libros.
- Archenti, Nélica (1994), "Las mujeres, la política y el poder. De la lógica del príncipe a la lógica de la acción colectiva", en Diana Maffia. y Claudia Kuschnir (comps.), *Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual*, Buenos Aires, Feminaria Editora.
- Arfuch, Leonor (2002), *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Armstrong, Nancy (1990), "Occidentalismo: una cuestión para el feminismo internacional", en Giulia Colaizzi (ed.), *Feminismo y teoría del discurso*, Madrid, Cátedra.
- Azuela, Mariano (1985), *Nueva burguesía*, México, Fondo de Cultura Económica-SEP.
- Bajtín, Mijail (2003), *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- _____ (1988), *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ballent, Anahí (1998), "El arte de saber vivir. Modernización del habitar doméstico y cambio urbano, 1940-1970", en Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la ciudad de México. Primera Parte*, México, UAM-Iztapalapa, Grijalbo.
- _____. (1996), "La publicidad de los ámbitos de la vida privada. Representaciones de la modernización del hogar en la prensa de los años cuarenta y cincuenta en México", en *Alteridades*, 6 (11), pp. 53 -74.
- Barthes, Roland (1987), *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós.
- Bartra, Roger (1993), *Oficio mexicano*, México, Grijalbo.
- Basaglia, Franca (1982), *Mujer, locura y sociedad*, México, Universidad Autónoma de Puebla.
- Bastos, Santiago (1999), "Desbordando patrones: el comportamiento doméstico de los hombres", en *Cuaderno de Ciencia Social. Hombres, trabajo y hogar*, Costa Rica, FLACSO.
- Behar, Ruth (1993), *Translated Woman. Crossing the Border with Esperanza's Store*, Boston, Beacon Press.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1992), *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.
- Benveniste, Émile (1989), *Problemas de Lingüística General I*, México, Siglo XXI.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1999), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

- Berger, Peter (1991), "El matrimonio y la construcción de la realidad", en *Estudios públicos*, núm. 43, Invierno.
- Berger, Peter y Hansfried Kellner (1985), *La reinterpretación de la sociología*, Madrid, Austral. Col. Espasa Calpe.
- Beristain, Helena (1985), *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa.
- Berman, Marshall (1989), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Taurus.
- Berruete Ana y Melchor Alzueta (2007), "Fritz Perls. Psicología Gestal, figura-fondo", texto completo, URL: <http://gestalt.ac/fritz04/>, última consulta 29 de abril de 2008.
- Bertaux, Daniel (1993), "Los relatos de vida en el análisis social", en Jorge Aceves Lozano (comp.), *Historia Oral*, México, Instituto Mora-UAM.
- _____ (1981), "From the Life-History Approach to the Transformation of Sociological Practice", en Daniel Bertaux (ed.), *Biography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences*, California, Sage Publications.
- _____ (1980), L'approche biographique. Sa validité methodologique, ses potentialities, en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXIX, Julio-diciembre, pp. 197-225.
- _____ (1980), "El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades", en *Cuadernos de Ciencias Sociales. Historia oral e historias de vida*, Costa Rica, FLACSO.
- Bleier Ruth (1984), *Science and Gender. A Critique of Biology and its Theories on Women*, New York, Pergamon.
- Blumberg, Rae Lesser (1978), *Stratification: Socioeconomic and Sexual Inequality*, Iowa, Brown Company Publishers.
- _____. (1991) "Income Under Female Versus Male Control: Hypotheses from a Theory of Gender Stratification and Data from the Third World", en Rae Lesser Blumberg (ed.), *Gender, Family and Economy. The Triple Overlap*, California, Sage Publications.

- Blumenberg, Hans (1999), *Las realidades en que vivimos*, Barcelona, Paidós.
- Bobbio, Norberto y Michelangelo. Bovero (1996), *Sociedad y Estado en la filosofía moderna. El modelo iusnaturalista y el modelo hegeliano-marxiano*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Boils, Guillermo (1990), “Arquitectura y producción del espacio social”, en Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, México, CONACULTA-Grijalbo. Colección Los noventa.
- Borges, Jorge Luis (1969), *El otro, el mismo*, Buenos Aires, Emecé.
- Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron (2003), *Los herederos: los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2002), *La distinción. Criterio y bases sociales del buen gusto*, México, Taurus.
- _____ (2000), *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1997), “La ilusión biográfica”, en *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama.
- _____ (1996), “La dominación masculina”, en *La ventana. Revista de estudios de género*, núm° 3.
- Bourdieu, Pierre y L.J.D. Wacquant (1995), *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron (1981), *La reproducción: elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Laia.
- Boutzouvi, Aleka (1994), “Individualidad, memoria y conciencia colectiva: la identidad de Diamando Gritzona”, en *Historia y fuente oral*, Vol. 1, núm. 11.
- Bremond, Claude (1986), “La lógica de los posibles narrativos”, en Roland Barthes, A. J. Greimas, Humberto Eco y otros, *Análisis estructural del relato*, México, Premiá-La red de Jonás.

- Breuer, Stefan (1987), “Más allá de Foucault: hacia una teoría de la sociedad disciplinaria”, en *Rassegna Italiana di Sociología*, año XVIII, no. 4, octubre-diciembre. Trad. Nelson Minello Martini.
- Bruner, Jerome (2003), *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2000), “La construcción narrativa de la realidad”, en Jerome Bruner, *La educación puerta de la cultura*, Madrid, Visor.
- _____ (1967), *El saber y el sentir. Ensayos sobre el conocimiento*, México, Pax-México.
- Buck-Morss, Susan (1995), *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*, Madrid, Visor.
- Bunge, Mario (1973), *La Ciencia su Método y Filosofía*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Cabanés, Robert (1996), “El enfoque biográfico en Sociología”, en *Cuadernos del CIDS – Serie II*, Núm. I.
- Camacho Morfín, Thelma (2006), “La historieta, mirilla de la vida cotidiana en la ciudad de México”, Aurelio de los Reyes (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo V. Siglo XX La imagen, ¿espejo de la vida?*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México.
- Campa, Valentín (1978), *Memorias de Valentín Campa. Cincuenta años con el movimiento obrero y revolucionario*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Careaga, Gabriel (2002), *Mitos y fantasías de la clase media en México*, México, Cal y Arena.
- _____ (1981), *Biografía de un joven de la clase media*, México, Joaquín Mortiz.
- Carr, Barry (2000), *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, Era.
- Carretero, Teresa Cristina (2002), “Historia de una vida, historia de una sociedad de exclusión”, en *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 21.
- Cassirer, Ernst (1943), *Filosofía de la Ilustración*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Catani, Maurizio (1993), “Si lo contásemos no nos creerían’ La lección de método de Primo Levi”, en *Historia y Fuente Oral*, núm. 9.

- _____. (1990), "Algunas precisiones sobre el enfoque biográfico oral", en *Historia y Fuente Oral*, núm. 3.
- Catani, Maurizio. y Suzanne. Mazé (1982), *Tante Suzanne. Une histoire de vie sociale*, Paris, Libraire des Meridiens.
- Chanfrault-Duchet, Marie-Francois (1990), "Mitos y estructuras narrativas en la historia de vida: la expresión de las relaciones sociales en el medio rural", en *Historia y Fuente Oral*, núm. 9.
- _____. (1988), "Le systeme interactionnel du recit de vie", en *Societés*, mayo, Paris.
- Chartier, Roger (1996), *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marín*, Buenos Aires, Ediciones Manantial.
- Cohen, Ira (1996), *Teoría de la estructuración. Anthony Giddens y la constitución de la vida social*, México, UAM-Iztapalapa.
- Corona Berkin, Sarah (2002), *Miradas entrevistas. Aproximación a la cultura, comunicación y fotografía huichola*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- Cosío Villegas, Daniel (Coord.), (1976), *Historia general de México Tomo 1 y Tomo 2*, México, El Colegio de México.
- Crespi, Franco (1997), *Acontecimiento y estructura. Por una teoría del cambio social*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- De Barbieri, Teresita (1996), "Certezas y malos entendidos sobre la categoría género", en Laura Guzmán Stein y Gilda Pacheco Oreamuno (comps.), *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*, San José de Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- De Certeau, Michel (2000), *La invención de lo cotidiano. Tomo. 1 Artes de hacer*, México, UIA-ITESO.
- _____. (2000), *La invención de lo cotidiano. T. 2. Habitar, cocinar*, México, UIA-ITESO.

- _____ (1978), “La operación histórica”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia*, Barcelona, Laia.
- De Garay, Graciela (1995), *Abraham Zabłudovsky. Historia oral de la ciudad de México: testimonios de sus arquitectos. 1940-1990*, México, Instituto Mora.
- De Gaulejac, Vincent (2001), “Lo irreductible social y lo irreductible psíquico”, en *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 21.
- De la Peña, Guillermo (1986), “Notas sobre las relaciones entre el campo y la ciudad de México”, en *IV Encuentro Hispanoamericano de Científicos Sociales. Igualdad, desigualdad y equidad en España y México*, Madrid-Toledo, (Copia fotostática).
- _____. (1983), “La antropología y el estudio del poder”, en Manuel Villa Aguilera (ed.), *Poder y Dominación. Perspectivas antropológicas*, Caracas, URSLSLAC.
- De la Torre Rendón (2006), “La ciudad de México en los albores del siglo XX”, Aurelio de los Reyes (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo V. Siglo XX La imagen, ¿espejo de la vida?*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México.
- De los Reyes, Aurelio (2006), “Crimen y castigo: la disfunción social en el México posrevolucionario”, Aurelio de los Reyes (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo V. Siglo XX La imagen, ¿espejo de la vida?*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México.
- De Miguel, Jesús M. (1996), *Auto/Biografías*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas. Colección “Cuadernos Metodológicos”, Núm. 17.
- De Oliveira, Orlandina y Marina Ariza (1999), “Transiciones familiares y trayectorias laborales femeninas en el México urbano”, 94° *Annual Meeting de la American Sociological Association*, (Copia fotostática).
- De Oliveira, Orlandina, Marcela Eternod y María de la Paz López (1996), “Familia y género en el análisis económico”, México, El Colegio de México, (Copia fotostática).

- De Oliveira, Orlandina (1996), “Transformaciones socioeconómicas, familia y condición femenina”, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Sociológicos, (Copia fotostática).
- _____ (1995 a) “Experiencias matrimoniales en el México urbano: la importancia de la familia de origen”, *Estudios Sociológicos*, núm 38, Vol. XIII.
- _____ (coord.), (1995 b), *Las familias mexicanas*, México, Consejo Nacional de Población.
- Deleuze Giles y Felix Guattari (2001), *Rizoma. Introducción*, México, Ediciones Coyoacán.
- Denzin, Norman (1989 a), *Interpretive Biography*, California, Sage.
- _____ (1989 b), *Interpretive Interactionism*, California, Sage.
- Deveaux, Monique (1994), “Feminism and empowerment: a critical reading of Foucault”, en *Feminist Studies* 20, núm. 2, (summer 1994).
- Díaz Enciso, Fernando (2002), *Las mil y una historias del pedregal de Santo Domingo*, México, Dirección de Cultura del Distrito Federal-CONACULTA-Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos.
- Diccionario Oxford de la música (1984), Barcelona, Edhasa/Hermes/Sudamericana.
- Domínguez Caparrós, José (1992), “Algunas ideas de Bajtin sobre la autobiografía”, en José Romera, Alicia Illera, Mario García-Page y Rosa Calvet (eds.), *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral*. Madrid: Visor Libros.
- Dubet, Francois (1987), “De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto”, en *Estudios Sociológicos*, vol. 7, n°21, (septiembre – diciembre 1989), pp. 519- 545.
- Duch, Lluís (1998), *Mito, interpretación y cultura. Aproximaciones a la logomítica*, Barcelona, Herder.
- Durkheim, Emile (2000) [1897], *El suicidio*, México, Ediciones Coyoacán.
- Duvignaud, Jean (1982), *Sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Eco, Umberto (1987), *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, Lumen.

- Eliade, Mircea (2000), *Aspectos del mito*, Barcelona, Paidós.
- Elías, Norbert (1990), *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- _____ (1999), *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa.
- Enriquez, Eugéne (2002), “El relato de vida: interfaz entre intimidad y vida colectiva”, en *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 21.
- Escobar Latapí, Agustín (1999), “Los hombres y sus historias. Reestructuración y masculinidad en México”, en *Cuaderno de Ciencias Sociales. Hombres, trabajo y hogar*, Costa Rica, FLACSO.
- Estay Reino, Jaime (1994), “La concepción inicial de Raúl Prebisch y sus transformaciones”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coord.), *La teoría social latinoamericana, Tomo II*, México, El Caballito.
- Fausto-Sterling Anne (1987), “Society Writes Biology/Biology Constructs Gender”, en *Daedalus, Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, Vol. 116, N° 4.
- Ferrarotti, Franco (1991), *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, Península.
- _____ (1988), “Biografía y ciencias sociales”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales. Historia Oral e historias de vida*, Costa Rica, FLASCSO.
- _____ (1982), “Acerca de la autonomía del método biográfico”, en Jean Duvignaud (comp.), *Sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1981), “On the Autonomy of the Biographical Method”, en Daniel Bertaux (Ed.), *Biography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences*, California, Sage Publications.
- Ferré, Rosario (1986), *Sitio a Eros*, México, Joaquín Mortiz.
- Filgueira, Carlos H. (2001), *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*, Chile, CEPAL, Serie Políticas sociales.
- Foucault, Michel (2001), *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber. Tomo 1*, México, Siglo XXI.
- _____ (1996), *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós.
- _____ (1992), *El orden del discurso*, Buenos Aires, Tusquets.
- _____ (1990), *¿Qué es un autor?*, México, Universidad de Tlaxcala-La Letra Editores.

- _____ (1988), “El sujeto y el poder”, en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow (eds.), *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, UNAM.
- _____ (1980), *Microfísica del poder*, Madrid, La piqueta.
- Fraser, Nancy y Linda Gordon (1997), “Contrato Versus caridad. Una reconsideración ente ciudadanía civil y ciudadanía social”, en *Contextos N° 02*, Lima, Programa de Estudios de Género- Pontificia Universidad Católica- Facultad de CCSS.
- Fraser, Nancy (1993), “Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente”, en *Debate Feminista. Política, Trabajos y tiempos*, núm. 7.
- Galeana, Benita (1990), *Benita*, México, Lince.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- Gaos, J, L. Landgrebe, E. Paci y otros (1963), *Symposium sobre la noción husserliana de la Lebenswelt*, México, UNAM.
- Geertz, Clifford (2000), *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa.
- _____ (1989), *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós.
- Giddens, Anthony (2000), *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza Universidad.
- _____ (1998), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (1995), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península.
- _____ (1987), *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gilmore, Leight (1994), *Autobiographics. A Feminist Theory of Women’s Self-Representation*. London, Cornell University Press.

- Giménez, Gilberto (2000), "Territorio, cultura e identidades, la región sociocultural", en Rocío Rosales (coord.), *Globalización y regiones en México*, México, UNAM-Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad.
- _____ (1992), "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología", en *Versión*, núm. 2, abril, pp. 183-205.
- _____ (1997), "Materiales para una teoría de las identidades sociales", *Frontera Norte*, 1997, vol. 9, núm. 18, pp. 9-28.
- Ginzburg, Carlo (1981), *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores.
- Goffman, Erving (1997), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (1970), *Ritual de la interacción*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- González, Luis (1979), *Los artífices del cardenismo. Historia de la Revolución Mexicana. Periodo 1934-1940. T. 14*, México, El Colegio de México.
- González Casanova, Pablo (1965), *La democracia en México*, México, Era.
- González Navarro, Moisés (1974), *Población y sociedad en México (1900-1970)*, México, UNAM.
- _____ (c. 1964), *El desarrollo económico y social de México*, México, El Colegio de México.
- Gutiérrez Castañeda, Griselda (2002), *Democracia y luchas de género. La construcción de un nuevo campo político y teórico*, México, PUEG.
- Habermas, Jürgen (2000), *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos.
- _____ (1990), *Teoría de la acción comunicativa, Tomo 1 y 2*, Buenos Aires, Taurus.
- _____ (1988), "La modernidad, un proyecto incompleto", en Jean Baudrillard, D Crimp, H. Foster y otros, *La posmodernidad*, México, Cairos.
- Hansen, Roger D. (1978), *La política del desarrollo mexicano*, México, Siglo XXI.

- Harding, Susan (1987), "Is There a Feminist Method?", en Sandra Harding (ed.), *Feminism and Methodology*, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press.
- Hawkesworth, Mary (1999), "Confundir el género (Confounding Gender)", en *Debate Feminista*, Vol. 10, núm. 20.
- Hernández Álvarez, Vicenta (1992), "Algunos motivos recurrentes en el género autobiográfico", en José Romera, Alicia Illera, Mario García-Page y Rosa Calvet (eds.), *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatra*, Madrid, Visor Libros.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia (1977), *Satisfacción de necesidades básicas del pueblo mexicano entre 1940 y 1970*, México, El Colegio de México.
- Husserl, Edmund (1984), *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, México, Folios.
- Ingram, David (1994), "Foucault and Habermas on the Subject of Reason", en *The Cambridge Companion to Foucault*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Jackson, John Archer (1971), "Estratificación social. Introducción", en John Archer Jackson, Edward Shils, Mark Abrams y otros, *Estratificación social*, Barcelona, Península.
- Jaspers, Karl (1959), *Filosofía*, Madrid, Universidad de Puerto Rico-Revista de Occidente.
- Jodelet, Denisse (1986), "La representación social: fenómenos, concepto y teoría", en Sergei Moscovici (ed.), *Psicología Social*, Madrid, Paidós.
- Juaristi, Jon (2002), "Identidad política y política de identidades", texto completo, URL: <http://www.letraslibres.com/>, última consulta, 16 de junio de 2008.
- Kauffman, Jean-Claude (1999), "La ropa sucia", en Ulrich Beck (comp.), *Hijos de la libertad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Kindgard, Adriana (2003), "Paralelismo entre el individualismo metodológico de Max Weber y la propuesta microhistórica", en *Historia y Grafía*, núm. 21.
- King, Gary, Robert O. Kehoane y Sidney Verba (2000), *El diseño de la investigación social. La inferencia científica en los estudios cualitativos*, Madrid, Alianza.

- Kohli, Martin (1981), "Biography: Account, Text, Method", en Daniel Bertaux (ed.), *Biography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences*, California, Sage Publications.
- Lagarde, Marcela (1995), "Mito y deseo, normas y experiencias de las mujeres", en Ma. Teresa Döring (comp.), *La pareja o hasta que la muerte nos separe ¿Un sueño imposible?*, México, Fontamara.
- _____ (1992), *Identidad de género*, Managua, Centro Juvenil "Olof Palme", copia mimeográfica.
- Lalivé d'Épinay, Christian (1990), "Elementos de teoría y método" en *Relato de vida, ethos y comportamiento: por una exégesis sociológica*, Bruselas, Faculté Universitaire Saint-Louis.
- Lamas, Marta (1999), "Género: los conflictos y desafíos de un nuevo paradigma", en *Isis Internacional. Ediciones de la Mujer*, N.º. 28.
- _____ (1990), "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género", texto completo, URL: <http://www.udg.mx/laventana/libr1/lamas.html>, última consulta 18 de octubre de 2007.
- Lambert Helen H. (1987), "Biology and Equality: A Perspective on Sex Differences", en Sandra Harding y Jean F. O'Barr (eds.), *Sex and Scientific Inquiry*, Chicago, Universe of Chicago.
- Leal, Juan Felipe (1971), "Las clases sociales en México: 1880-1910", en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, Año XVII, núm. 65, pp. 45-58.
- Lejeune, Phillipe (1989 a), *On Autobiography*, Minnesota, Indiana University Press.
- _____ (1989 b), "Memoria, diálogo y escritura", en *Historia y fuente oral*, núm. 1.
- León, Emma (1999), *Usos y discursos teóricos sobre la vida cotidiana*, Barcelona, Anthropos-CRIM.
- Lewis, Oscar (1982), *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*, México, Grijalbo.

- _____ (1959), *Antropología de la pobreza. Cinco Familias*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lewkowicz, Ignacio (2003), “Suceso, situación, acontecimiento”, texto completo, URL: <http://www.estudio/wz.com.ar>, última consulta 11 de junio de 2004.
- Lindón, Alicia (2001), “La modernidad y la subjetividad social: una aproximación a la vida metropolitana”, en Miguel Ángel Aguilar D. y Mario Bassols R. (coords.), *La dimensión múltiple de las ciudades*, México, UAM-Iztapalapa.
- _____ (2000 a), “El enfoque biográfico como aproximación a la identidad personal y la negociación de la conyugalidad”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Año LXII, núm. 1.
- _____ (coord.), (2000 b), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Barcelona, Anthropos-UNAM-El Colegio Mexiquense.
- Lindón Villoria, Alicia (1999), *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El valle de Chalco*, México, El Colegio de México-El Colegio Mexiquense.
- Loureiro, Ángel G. (1992), “Direcciones en la teoría de la autobiografía”, en José Romera, Alicia Illera, Mario García-Page y Rosa Calvet (eds.), *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral*, Madrid, Visor Libros.
- Loyola, Rafael (1990), *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, México, CONACULTA-Grijalbo, Colección Los Noventa.
- Ludmer, Josefina (1984), “Tretas del débil”, en P. González y E. Ortega (coords.), *La sartén por el mango*, Puerto Rico, Huracán.
- Maceiras, Manuel (1987), “Paul Ricoeur: una ontología militante”, en Tomás Calvo Martínez y Remedios Ávila Crespo (eds.), *Paul Ricoeur: los caminos de la interpretación. Symposium Internacional sobre el pensamiento filosófico de Paul Ricoeur*, Madrid, Anthropos
- Maffesoli, Michel (1993), *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*, México, Fondo de Cultura Económica.

- Maffia, Diana (c. 2007). “[Contra las dicotomías. Feminismo y epistemología crítica](#)”, Buenos Aires, UBA-IIEG, (Copia fotostática).
- Mannheim, Karl (1990) [1940], *El problema de una sociología del saber*, Madrid, Tecnos.
- Marcus, George E. y Dick E. Cushman (1996), “Las etnografías como textos”, en Clifford Geertz (comp.), *El surgimiento de la Antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa.
- Marini, Ruy Mauro (1994), “La crisis del desarrollismo”, en Ruy Mauro Marini y Mágina Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana, Tomo 2*, México, El Caballito.
- Marx, Karl (1845), “Las tesis sobre Feuerbach”, texto de acceso libre en la Biblioteca de Autores Socialistas, URL: <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/index.htm>, última consulta 20 de septiembre de 2008.
- Maxwell, Joseph (1992), “Understanding and Validity in Qualitative Research”, en *Harvard Educational Review*, Vol. 62, núm. 3.
- Mead, George Herbert (1972), *Espíritu, Persona y Sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*, Buenos Aires, Paidós.
- Medellín, Rodrigo A. y Carlos Muñoz Izquierdo (1973), “La nueva Ley Federal de Educación ante la problemática educativa y social de México”, en *La Ley Federal de Educación*. México, Centro de Estudios Educativos. Serie Publicaciones Eventuales, núm. 2.
- Medin, Tzvi (1990), *El sexenio alemanista. Ideología y praxis política de Miguel Alemán*, México, Era.
- Medina, Luis (1979), *Civilismo y modernización del autoritarismo. Historia de la Revolución Mexicana, Tomo 20*, México, El Colegio de México.
- _____ (1978), *Del cardenismo al avilacamachismo. Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1940-1952, Tomo 18*, México, El Colegio de México.
- Medina Peña, Luis (1995), *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-1994*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mendiola, Alfonso (2000), “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, en *Historia y grafía*, núm. 15.

- Minello, Nelson (2001), “La masculinidad en México al fin del milenio”, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales.
- _____ (1986), “Algunas notas sobre los enfoques y aportes de la sociología en el estudio de las estructuras de poder”, en Manuel Villa Aguilera (ed.), *Poder y Dominación. Perspectivas antropológicas*, Caracas, URSHSLAC.
- Miroux, Jean Philippe (2005), *La autobiografía: las escrituras del yo*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Molina Petit, Cristina (1994), *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Barcelona, Anthropos.
- Monsivais, Carlos (1990), “Los tópicos culturales”, en Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, México, CONACULTA-Grijalbo, Colección Los Noventa.
- _____ (1977), *Amor perdido*, México, Era.
- _____ (1971), *Días de guardar*, México, Era.
- Mouffe, Chantal (1993), “Feminismo, ciudadanía y política democrática radical”, en *Debate Feminista*. Año 4, Vol. 7.
- Muñoz Delaunoy, Ignacio (2007), “Giovanni Levi explicando su concepto de ‘microhistoria’”, en *Teoría Contemporánea de la Historia*, texto completo, URL: <http://elnarrativista.blogspot.com>, última consulta, 24 de noviembre de 2007.
- Muñoz García, Humberto, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern (1980), “Migración y marginalidad ocupacional en la ciudad de México”, en *El perfil de México en 1980*, México, Siglo XXI. Vol. 3
- Navarro, Pablo y Capitolina Díaz (1994), “Análisis de contenido”, en Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (comps.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis Psicológica.
- Norah, Pierre (1978), “La vuelta del acontecimiento”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia*, Barcelona, Laia.

- Ocampo, Melchor (1859), *Epístola*, URL: <http://www.eluniversal.com.mx/notas/422497.html>, última consulta 17 de septiembre de 2008.
- Ojeda de la Peña, Norma (1983), “Aspectos sociales y demográficos de la ruptura de las primeras uniones en México”, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Demográficos y Desarrollo Urbano, Tesis de Maestría.
- _____ (1989), *El curso de la vida familiar de las mujeres mexicanas*, México, CRIM-UNAM.
- Ong, Walter J. (2002), *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz Gaitán, Julieta (2006), “Casa, vestido y sustento. Cultura material en anuncios de la prensa ilustrada (1894-1939)”, *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo V. Siglo XX La imagen, ¿espejo de la vida?*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México.
- Pacheco, José Emilio (2005), *Las batallas en el desierto*, México, Era.
- Parker, Susan y Carla Pederzini (2000), “Género y educación en México”, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, Vol. 15, núm. 1.
- Pateman, Carole (1988), *The Sexual Contract*, Stanford, Stanford University Press.
- _____ (1996) “Críticas feministas a la dicotomía público /privado”, en *Perspectivas feministas en teoría política*, Madrid, Paidós.
- Pereda Alfonso, Alicia Estela (2004), “Hasta que la muerte nos separe’. Discursos y narrativas amorosas en el nacionalismo mexicano. México 1927- 1940”, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos.
- Pérez Gómez, A. I. (2000), *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*, Madrid, Morata.
- Pérez Ruiz, Maya (1992), “La identidad como objeto de estudio”, en Leticia Irene Méndez Mercado (comp.), *I Seminario sobre identidad*, México, UNAM.
- Phillips, Anne. (2002), “Las pretensiones universales del pensamiento político”, en M Barret y Anne Phillips (comps), *Desestabilizar la Teoría: Debates Feministas Contemporáneos*, México, Paidós.

- _____ (1996 a), *Género y teoría democrática*, México, UNAM-PUEG.
- _____ (1996 b), "¿Deben las Feministas Abandonar la Democracia Liberal?", en C. Castells (comp.), *Perspectivas Feministas en Teoría Política*, Buenos Aires, Paidós.
- Piña, Carlos (1988), "La construcción del sí mismo en el relato autobiográfico", en *Revista Paraguaya de Sociología*, núm. 71.
- _____ (1986), *Sobre las historias de vida y su campo de validez en las Ciencias Sociales*, Santiago de Chile, FLACSO, (Documento de trabajo núm. 319).
- Poirier, Jean, Simone Clapier-Valladon, y Paul Raybaut (1983), *Les récits de vie. Théorie et pratique*, París, Presses Universitaires de France.
- Portelli, Alessandro (1984), "Las peculiaridades de la historia oral", en *Cuadernos de Ciencias Sociales. Historia oral e historias de vida*, Costa Rica, FLACSO.
- Pozas, Ricardo (1986), *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Pujadas-Muñoz, Juan José (1992), *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Quilodrán Julieta y Norma Ojeda (1991), *Nupcialidad en México: referencias bibliográficas y metodológicas. Documentos especiales*, México, UNAM.
- Quilodrán, Julieta (1992), "La vida conyugal en América Latina: contrastes y semejanzas", en *El poblamiento de las Américas, Vol. 3*, Veracruz, International Union for the Scientific Study of Population.
- _____. (1993 a), "Cambios y permanencias de la nupcialidad en México", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 55, núm. 1.
- _____. (1993 b), "La dinámica de la población y la formación de las parejas", en Patricia Bedolla Miranda, Olga L. Bustos Romero y Gabriela Delgado Ballesteros (comps.), *Estudios de género y feminismo II*, México, UNAM-Fontamara.
- _____. (2001), *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México.

- Reséndiz García, Ramón R. (2004), “Biografía: procesos y nudos teórico-metodológicos”, en María Luisa Tarrés (coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, México, El Colegio de México-FLACSO-Porrúa.
- Revueltas, José (1976), *Los días terrenales*, México, Era.
- Reyes Nevárez, Salvador (1952), *El amor y la amistad en el mexicano*, México, Porrúa.
- Rivero, Martha (1990), “La política económica durante la guerra”, en Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, México, CONACULTA-Grijalbo, Colección Los Noventa.
- Ricoeur, Paul (2003), *Sí mismo como otro*, México, Siglo XXI.
- _____ (2002), *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1999), “La marca del pasado”, en *Historia y Grafía*, núm. 13.
- _____ (1995), “La realidad del pasado histórico”, en *Historia y Grafía*, núm. 4
- _____ (1987), “Autocomprensión e historia”, en Tomás Calvo Martínez y Remedios Ávila Crespo (eds.), *Paul Ricoeur: los caminos de la interpretación. Symposium Internacional sobre el pensamiento filosófico de Paul Ricoeur*, Madrid, Anthropos.
- Romero, José Luis (1976), *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Rosaldo, Michelle Zimablist (1979), “Mujer, Cultura y Sociedad: una visión teórica”, en Olivia Harris y Kate Young (comps.), *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama.
- Rosenthal, Gabriele (1989), “La estructura y la “gestalt” de las autobiografías y sus consecuencias metodológicas”, en *Historia y Fuente Oral*, núm. 5.
- Rubio Ferreres, José Manuel (2000), “Hermenéutica del sí mismo y narratividad. El problema de la identidad en Paul Ricoeur”, en Pedro Gómez García (coord.), *Las ilusiones de la identidad*, Valencia, Frónesis-Cátedra.
- Ruiz Olabuénaga, José. Ignacio (1996), *Metodología de la investigación cualitativa*, Bilbao, Universidad de Deusto.

- Runciman, Walter Garrison (1971), “¿Clase, status y poder?”, en *Estratificación social*, Barcelona, Península.
- Salles, Vania (1999), “Una discusión de aportes y conceptos con base en la revisión de textos clave sobre el género”, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Sociológicos, (copia fotostática).
- Santamarina, Cristina y José Miguel Marinas (1994), “Historias de vida e historia oral”, en Juan Manuel Delgado y Juan Manuel Gutierrez (coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, Síntesis Psicológica.
- Sartre, Jean Paul (c. 1963), *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada.
- Schiffrin, Deborah (1996). “Narrative as self-portrait: Sociolinguistic constructions of identity”, en *Language in Society* 25, pp. 167-203.
- Schutz, Alfred y Thomas Luckmann (2001), *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Schutz, Alfred (1995), *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (1974), *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Scott, Joan (1996), “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Porrúa.
- _____ (1992), “Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría posestructuralista”, en *Debate Feminista*, núm. 10.
- Scott, James C. (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Era.
- Sefchovich, Sara (1990), “Filosofía y literatura: la hora de los catrines”, en Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, México, CONACULTA-Grijalbo, Colección Los Noventa.
- Sennet, Richard (2003), *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*, Barcelona, Anagrama.
- Silva Herzog, Jesús (1944), “La Revolución mexicana en crisis”, en *Cuadernos Americanos*, p. 33-34.

- Smith, Sidonie (1987), *A Poetics of Women's Autobiography. Marginality and the Fictions of Self-Representatio*, Bloomington and Indianápolis, Indiana University Press.
- Sosa Peinado, Eunice (1995), *Dos experiencias en educación: Brasil y Nicaragua*, México, Universidad Pedagógica Nacional.
- Talpade Mohanty Chandra (1991), "Under Western Eyes. Feminist Scholarship and Colonial Discourses", en Chandra Talpade Mohanty, Ann Russo y Lourdes Torres, *Third World and the Politics of Feminism*, Indiana University Press.
- Tappan Merino, J. E. (1992), "Cultura e identidad", en Leticia Irene Méndez Mercado (comp.), *I Seminario de Identidad*, México, UNAM.
- Tarrés, María Luisa (coord.), (2004), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, México, El Colegio de México-FLACSO-Porrúa.
- Thomas William y Florian Znaniecki (1958), *The Polish Peasant in Europe and America*, New York, Dover.
- Thompson, Paul (1981), "Life Histories and the Analisis of Social Change", en Daniel Bertaux (ed.), *Biography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences*, California, Sage Publications.
- Todorov, Tzvetan (1991), *Nosotros y los otros*, México, Siglo XXI.
- Tönnies, Ferdinand (1947), *Comunidad y sociedad*, Buenos Aires, Losada.
- Unikel, Luis (1966), "El proceso de urbanización en México. Distribución y crecimiento de la población urbana", en *Demografía y Economía*, Vol. II, núm. 2.
- Vergara, Luis (1995), "Historia, tiempo y relato en Paul Ricoeur", en *Historia y Grafía*, núm. 4.
- Vergara Figueroa, Abilio (coord.), (2001), *Imaginario: horizontes plurales*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Villanueva, Darío (1992), "Realidad y ficción: la paradoja de la autobiografía", en José Romera, Alicia Illera, Mario García-Page y Rosa Calvet (eds.), *Escritura autobiográfica. Actas del II Seminario Internacional del Instituto de Semiótica Literaria y Teatral*, Madrid, Visor.

- Luis Villoro (1963), *Symposium sobre la noción husserliana de la Lebenswelt*, México, UNAM
- Vivas Mendoza, María Waleska (1993), “Del lado de los hombres (Algunas reflexiones en torno a la masculinidad)”, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Tesis de Licenciatura en Etnología.
- Wallerstein, Immanuel (coord.) (2001), *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI.
- Weber, Max (1999) [1922], *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Wild, E. (1963), *Symposium sobre la noción husserliana de la Lebenswelt*, México, UNAM
- Wright Mills, Charles (1981), *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Wolf, Mauro (2000), *Sociologías de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra.
- Woolf, Virginia (1987) [1929], *Un cuarto propio*, México, Colofón.
- Zabludovsky, Gina (coord.), (1985), *El sexenio de Miguel Aleman (Gobierno, obreros y empresarios)*, México, FLACSO-UNAM.
- Zapata, Francisco (2001), *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, Colección Jornadas, núm. 115.
- Zermeño Padilla, Guillermo (2002), *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México.

ANEXO I

LA HISTORIA DE NATALIA

“ME TRAÍAN COMO MOLINILLO..... Y ME AFERRÉ AL ÁRBOL”

Nací en la ciudad de México, Distrito Federal, en el año de 1935. Conocí a mi madre a los veintiún años porque me iba a casar y no tenía documentos. Mi papá se vuelve a casar, ahí sí se casa, y paso a vivir con él cuando tenía ocho años

Hay un lapso que a estas alturas se me hace bellissimo, cuando mi hermano mayor y yo estuvimos en la calle, en aquellos preciosos barrios de la Merced. Por eso tengo un amor por todos esos edificios viejos, por esas calles, por todo lo que era el comercio en la Merced. Sacando conclusiones, calculo que estaríamos solos alrededor de un año.

Por la mañana comíamos el tradicional tamal con atole o café negro y nos íbamos al cine Venustiano Carranza, allá en Balbuena. Ése era nuestro hábitat, el parque de Balbuena y sus funciones. Por la tarde, mi hermano buscaba algo de comer en los camiones de descarga. Muchas veces, cuando llegaba la noche, el señor que recibía los boletos del cine me sacaba dormida y me depositaba en el pasto. Pasaba un rato y nos íbamos a ese grandísimo zaguán de madera, antiguo, de vecindad. En esa época yo habré tenido cuatro o cinco años y mi hermano diez. A la distancia se me hace fascinante porque no puedo creer que yo haya sido esa niña. Lo recuerdo como una fantasía muy bonita y, aunque dormíamos atrás del portón en una maleta de ropa, estaba la presencia de mi hermano; ése era mi seguro.

La única luz que recibíamos era de la casa de una hermana de mi mamá, la mayor de todas, y la mujer más cruel y más infeliz que he conocido. Era una casa tipo chorizo; las vecindades tenían unos escaloncitos para entrar a la sala, en seguida el comedor e, inmediatamente, estaba la cocina. Mi hermano y yo nos sentábamos afuera mientras sus hijos ponían para cenar. Llegaba su esposo, me hacía mis cariños, me daba un quinto o un centavo, y se metía. Al rato, esta mujer salía y cerraba la puerta. Y nosotros bajábamos esos dos escalones y nos íbamos a dormir.

Creo que es a la única mujer que me atrevo a decirle: “Infeliz hija de su madre”. Porque siendo sus sobrinos, cerraba la puerta. Mi hermano me agarraba de la mano y nos echábamos en la maleta a dormir. A la madrugada, la portera salía a regar con una cubeta, porque el patio era de lozas de piedra, y luego se ponía a barrer. Me acuerdo muy bien cómo quedaba goteado, bien barrido y el olor de la tierra. Entonces, a amarrar la maleta y

¡vámonos a la calle! Por los cálculos que he sacado, anduvimos así, aproximadamente un año.

Mi mamá fue hija de un músico popular. De todas sus hijas, ella fue la única que aprendió a tocar guitarra, salterio y un poquito de violín. A veces, mi abuelo se la llevaba a las tertulias porque lo acompañaba con algún instrumento. Mi abuela Mercedes decía que, como mi papá era tan bailarín y tan fiestero, en una de esas reuniones había encontrado a mi mamá, se conocieron, y hasta ahí llegaba la historia. Cuando ella estaba embarazada del último hermano, mi papá se casa por el civil con Ramona, una mujer de La libertad⁹⁰. Entonces, por un lado, el señor andaba de novio y, por otro, asegura una situación, se casa, y le dice adiós a mi mamá. Ella regresó a la casa de su familia y dijo que no estaba dispuesta a cargar con nosotros.

Y este vándalo me presenta con Ramona como su hermanita, la más chica. Me metieron a un jardín de niños toda almidonada y glamorosa. También, me llevaban a visitar a la tía María. Ella tenía una tortillería grandísima cerca del mercado y era como la patrona de las muchachas que venían a trabajar a México por distintas razones. Algunas eran quedadas o viudas; otras, habían tenido un hijo de solteras o eran pobres. Ella las acomodaba en casas de familia y los domingos, cada ocho días, llegaban a rendirle por ese respeto que había antes. De ahí salió Ramona. Ahí la fue a pedir mi papá y ya casada, iba a visitar a la tía.

Entonces, las señoras me ponían en una silla de ixtle como inmaculada, toda llena de olancitos y moño.

Después, cuando anduvimos en la calle, mi hermano me dejaba exactamente en esa esquina y me decía: “No te muevas”. En lo que me quedaba sola volteaba a ver a la tortillería. Y yo ahí, abandonada en la calle. En la calle. Hubo dos veces en que, al recordar todo esto, estuve a punto de llorar a lágrima viva. Porque en un momento estoy ahí, como la niña intocable, bellísima e inmaculada y, al siguiente, estoy tirada en la esquina esperando a mi hermano y asomándome hacia el negocio de la tía María. Nunca supe si ellas me veían. Pero yo ansiaba que él llegara y me quitara de ahí.

En esa época, no sé por qué, Ramona se da cuenta de que yo no era la hermanita de mi papá sino su hija, que él tenía otro hijo mayor, que se le habían muerto dos niños y que había una mujer embarazada. Entonces, indaga, la busca y agarra a mi mamá con el

90 Se trata del nombre ficticio de un estado ubicado al sur del país.

paraguas. Le dijo que era una aventurera y que cuidadito con meterse con su marido porque ella era la verdadera mujer, la esposa de Mauro. Y le llevó el acta de matrimonio.

Después, a causa de los nubarrones o de las turbulencias entre ellos, otra vez me remiten a la calle y es ahí donde emprende esa aventura de andar para aquí y para allá, como molinillo: con las tías de mi papá, con mi abuela paterna, la calle, otra vez con mi abuela paterna y en una barrio por la colonia Imágenes⁹¹. Ahí fue cuando nos separaron, a mi hermano y a mí. Luego, recuerdo la vuelta con mi abuela y otra vez me encaminan a casa de mi papá, hay una discusión, su esposa me recibe, se va mi abuela, se van mis tíos y me quedo ahí, sin mi hermano, el grande, y viendo a un niño que, después supe, era mi hermano el más chico. Tenía un año y ocho meses. Entonces, como dato curioso, yo fui la que estuve más en la calle a pesar de ser mujer.

No sé por qué me llevaron con las tías de mi papá, pero la primera vez estuve como año y medio. Eran dos hombres y tres mujeres, Soledad, Blanca y Antonia, que fue muy bonita. Contaban que había muerto muy joven. Vivieron en Ciudad Victoria y ahí, mi tía, tan bonita que fue, tuvo tres hijos pero de diferente papá. El tío Alberto, Pilar y el más chico de quien no recuerdo el nombre. En ese entonces, yo me aferraba mucho a ese tío Alberto, un hombre altote, blanco, con aquella barba que no se la dejaba pero se le veía. En mis recuerdos de hombres bonitos, yo creo que es el primero.

Vivíamos atrás de la iglesia de la Inmaculada. Teníamos un cuarto precioso, con un ventanal con balcón y todo alrededor había como veinte jaulas de pájaros. Era una habitación grandísima. Porque, entonces, esas vecindades eran grandes, con habitaciones muy altas. Estaba el balconzote y debajo, un camastro donde dormíamos mi tía Soledad, Pilar y yo. Luego había una cómoda inmensa, con un espejo, que ¡cómo me gustaba! Porque lo doblaban y se veían hasta abajo. En el medio de la habitación estaba la sala con mecedora y una mesa que siempre tenía bordados. También, el comedor con sus vitrinas y espejos y unos muebles de madera preciosos. En seguida salíamos y estaba un patio de servicio, la azotehuela, el baño -una triste regadera que jalábamos- un pequeño patiecito, la cocina y el fregadero. En las tardes, mi tío era talabartero y me hizo una mochila. Me sentaba en su banco de trabajo y yo estaba feliz. Pero, cuando se iba, eso ya era estar viviendo con las tías.

91 Nombre ficticio de una colonia por el Centro de la ciudad.

Pilar fue muy cruel conmigo. Por las mañanas me ponían a lavar las jaulas y tenía que tallar las tablitas hincada en el piso porque ahí estaban los lavaderos. Picaba plátano macho chiquito, cambiaba las ramitas, ponía agua y cuando no me apuraba ella iba con la escoba de popotillo, la mojaba y me pegaba en las manos, de eso sí me acuerdo. Pienso que fue muy cruel conmigo. Ella estaba muy joven y nada la obligaba a apapacharme o, a lo mejor, sentía celos de mí por su hermano, mi tío Alberto.

En esa casa era rezar todo el día porque mi tía Soledad era muy beata. La recuerdo como una mujer muy bonita, delgadita, siempre vestida de negro y siempre con su cigarro, siempre. Para lo único que no fumaba es cuando entraba a misa. Pero hasta para lavar tenía su cigarro. Ella era, como quien dice, la matriarca de esa casa. Quedó al cuidado de sus tres sobrinos y de Blanca, la hermana más chica, que era una de esas señoras como quedadas pero había tenido un hijo. Y la misma Soledad, también había tenido un hijo. Pero ninguna de las tres era casada. En cierta manera, yo me sentía protegida por ella

En la mañana, levántate a rezar, a poner la mesa y ¡qué mesas tan bellas! Poner la mesa para el desayuno, la comida y la cena era una ceremonia. Rezábamos antes de desayunar, terminando dábamos las gracias; después me ponían a pelar tejocotes para hacer dulce, a limpiar el zapote, la pepita y quehaceres así. Porque todo se hacía en casa, el puré de frutas, las mermeladas, todo se hacía en casa. Pero lo que me fascinaba era salirme a jugar a la vecindad. Había como tres viviendas. La encargada tenía su casa muy bonita, con muchos cuadros, flores, imágenes y todo eso. Doblando un recodo vivían los que eran más bajos económicamente. Y mi familia, con la señora de enfrente, se codeaban en su nivel económico.

Los viernes por la noche era una fiesta. A eso de las cinco o seis de la tarde empezaba a llegar, de la estación San Lázaro, la gente que venía del campo. La encargada les daba permiso para instalarse al fondo, en un corralón. Y sentía el olor de la guayaba, del durazno, de unas manzanitas rojas. Entonces, cuando salíamos a jugar a las escondidas, me atrancaba de fruta. Luego gritaban que debía meterme y, a la carrera, comía plátanos, guayabas, zapote. Y la audacia o la astucia para sacarlos de los huacales. Había unas vainas que se llaman huajes, son ricos pero después queda olor en la boca, pero ¡un olor! Y me decían:

-¿Dónde andabas?

- No, pues, es que andaba jugando

- ¿Qué comiste?

- Nada

- ¡Ah!, ¿cómo de que nada?

Y me olían y olía yo a huajes. Creo que en alguna ocasión cambié de fruta para que ya no me castigaran. Ellas se enojaban conmigo porque no debía comer. Es que eran unas personas tan correctas, tan estrictas. A mi tía Soledad yo la veía tan bonita cuando íbamos a misa, con una chalina de seda, cuadrada, grandota y ¡cómo se la dejaba caer!, su bolso, sus zapatitos. La señora salía a reventar de bien vestida. Mi tía Blanca también. Pero yo la recuerdo muy fea. Mi tía Pilar no se diga, era la adolescente y, además, muy bonita. A mí tampoco me dejaban atrás con la presentación. Y de mis tres tíos, a Alberto lo veía como un resplandor. Y a misa, religiosamente, todos los domingos.

Y aquí se va uno a sorprender de qué vivían estas tías: de lavar ropa de los hoteles que estaban sobre el Eje Central. Tomábamos un camión, llegábamos y me sentaban sobre esas maletas mientras ellas seguían recibiendo. Una de mis tareas consistía en cepillar unas toallitas de mano y doblarlas. Ellas lavaban esas sábanas, esas colchas, las planchaban y después, ¡vamos a entregarlas! En la segunda vez que estuve ahí dejaron de ir porque los tíos ya estaban trabajando. Aunque la del rigor era mi tía Soledad. Llegaban y le daban el dinero. Yo me acuerdo muy bien porque me sentaba junto a ella a zurcir los calcetines. Me enseñaban a entretejer el hilo. Y yo me moría ahí, sentada, porque quería salir.

En esa época me llevaron a una escuela. Pero no la ubico bien, a lo mejor, nada más fue un mes porque, entonces, ocurre una situación de violencia. Mi abuelito paterno se fue a quejar con mi papá porque no lo dejaban que me viera. Decían, lo recuerdo muy bien: “Ahí viene David”. Y me buscaban y me escondían detrás de la puerta. Yo no sé por qué sus propias hermanas no le permitían ver a su nieta. Yo miraba por la rendija de la puerta y nunca me explicaba. Creo que era una niña que casi no hablaba. Nomás veía. Un domingo, mi papá fue a reclamarles a sus tías. Y, en ese momento, dijeron: “Pues, llévate a tu hija”. Y por ese, “llévate a tu hija”, paso por última vez a la casa de mi abuelita. Creo que jamás volví a ver a aquellas tías. Jamás, jamás.

Con mi abuelita era lo más pobre. Estaba la mesa, una estufa, enseguida una silla, la cama de ella y luego la de mi tío, el soltero. Yo brincaba de la cama a la silla y de ahí a la

mesa por mi torta de tamal. Y recuerdo un café negro, en olla de barro. Mi abuelita lo tapaba y yo lo destapaba y aspiraba el aroma. Eso lo tengo bien marcado. Creo que me sentía triste por esa abundancia de mis tías, por ese cuarto tan inmenso donde cabía todo, y un orden, y unos petates impecables tejidos de colores, y ellas muy limpias. Los domingos, cuando llegábamos de misa servían chocolate. Con ellas recuerdo ese chocolate y con mi abuelita, el café negro.

Mi abuelita fue hija de un hacendado español de Zapopan. Fueron dos hermanas, Mercedes y Paz. El carpintero de esa hacienda fue David, mi abuelito, que andaba tras de Paz. Pero algo pasó allí que quien salió ganando fue mi abuela, la hermana mayor. Cuando nació mi papá, mi bisabuelo lo paseaba en la cabeza del caballo. Decía: “Éste va a ser el nuevo patrón”. Pero, desgraciadamente, tenía seis años de vida cuando vino la decena trágica, la revolución, y sucedió que “el que se durmió rico amaneció pobre y el que se durmió pobre amaneció rico”. Y, pues, ciertamente, esta familia se durmió rica. No sé cuánto tiempo haya pasado cuando matan al abuelo, le quitan todas las cosas, se va la peonada y mi abuela se queda con mi abuelito. Él recurre a sus hermanas, Soledad y Blanca, y a sus dos hermanos que estaban en Ciudad Victoria y se vienen para México, con mi papá, mi tío Bernardo, mi tío Crescencio y mi abuela embarazada de su cuarto hijo, mi tío Mauricio.

Las cuñadas la llevan a trabajar en el lavado de ropa. Pero fue por poco tiempo porque ella tenía niños. Entonces, consigue trabajo moliendo maíz en metate para hacer tortillas. De eso vivió mi abuela. A mi papá -que en ese entonces tendría diez años- y a su segundo hijo, los mandaba caminando desde la colonia Doctores hasta Balbuena porque las damas de sociedad de aquel entonces repartían pan y atole. Ése era el gran halago de aquellas señoras: las obras de caridad. Mi abuelita los mandaba todos los días por esos tres o cuatro bolillos y dos botes de atole y eso era el desayuno.

Yo creo que mi papá fue muy amargado pues tenía una razón muy grande. Por esa situación fue el primero que metieron a trabajar, de doce o trece años, en un taller de herrería. Mi papá murió siendo herrero de los finos, mi otro tío también siguió ese camino, el tercer hijo fue carpintero y el más chico también fue herrero.

En ese entonces, tenían un cuarto en la colonia de los Doctores y empiezan a recuperarse, a vivir al día, sin amarguras ni nada. Creo que había para pasarla diario. Cuando llegaron

aquí, mi abuela le dijo a su esposo: “Te vas a trabajar. Yo ya no quiero nada”. Pero mi abuelito seguía llegando, seguía llegando y en esas llegadas ella queda embarazada de su última hija y lo corre definitivamente.

Mi tía Belén, que fue la más chica, dice que él lloraba mucho y le pedía perdón: “Y que ya me voy a componer, y que ya no voy a tomar, y que ya voy a trabajar”. Promesas de un hombre clavado totalmente por ese cambio tan tenebroso, tan violento, siendo trabajador. Pero la que me admira es mi abuela, siendo hija de hacendado no se amilanó. No se acobardó. Sacó sus hijos adelante y botó a mi abuelo. Jamás lo volvió a recibir, jamás, jamás. Y los hijos lloraban. “¿Quieren morir de hambre? Váyanse con su papá”. Yo calculo que mi abuela era muy calzonuda. Y se quedó con cuatro hijos y el embarazo. Ése fue el motivo por el que no veía a mi abuelito. Sin embargo, siempre fue un atractivo para mí, porque era un viejo muy bonito, blanco, con sus bigototes. Creo que yo tenía como catorce años cuando mi abuelo murió. Ya jamás lo volví a ver.

Andando el tiempo, hubo veces en que me sentí muy mal. Porque decía: “Bueno, ¿por qué me toco esto?, ¿por qué?” Pero, desde hace un tiempo, he comenzado a recordar tratando de ser justa. Y al ver el comportamiento de mujeres totalmente sometidas o nulificadas justifico a mi mamá y digo: “No cabe duda de que Mauro fue un cabrón, cobarde de marca”. Aunque hubo un tiempo en que quise mucho a mi papá, no cabe duda de que fue un cabrón. Y a ella la justifico por la imagen que tengo de ese día en que la vi, sentada, con un cabello negro precioso, lacio, una frentota, morena.

A mi madre nunca le he reprochado nada. La disculpo porque era muy tímida, no era una mujer de empuje. Creo que fue muy dócil. Desde que supe que su padre la llevaba a las tertulias, pienso que la manipulaba, con amor o sin amor, pero la manipulaba. Cuando ella se vio protegida, regresó a la casa paterna y dejó a los hijos. ¿Qué pasó en todo ese tiempo? Quién sabe. Yo no la tengo registrada en mi memoria. Por más que la busco no la encuentro hasta los veintiún años.

Ese día, cuando llegué con mi hermano, no quería verla. Me avergüenzo al pensar que fui muy canalla al ir por la conveniencia de un papel. En ciertos momentos me he sentido muy mal por eso. Y la gran disculpa es que, en cierto modo, yo también estaba sometida. No tenía libertad, no tenía el apoyo de mi papá para decirle: “Voy a buscar a mi mamá”. Nada. Un silencio fabuloso.

-Pero ¿por qué no quieres verla?, preguntó mi hermano. Ella te está esperando. Yo le dije que vendríamos.

Llegamos a un edificio de departamentos, con unas escaleras muy oscuras, la gente encerrada sin patio y sin nada. Entramos y al verla ahí, sentada, recibí un golpazo. No sé por qué pero de inmediato pensé que era ella. Mi hermano me empuja y dice: “Saluda a mi mamá, saluda”. Yo me quedé parada. Quería echarme a correr, salirme. Aparecen las tías y se hacen los saludos, me acerqué a ella, se levantó y la abracé.

-¿Por qué nos abandonaste? ¿Por qué nos abandonaste?, según mi marido fue lo primero que dije. Yo no recuerdo.

-Margarita, dile a tu hija por qué los dejaste, dijo su hermana Celina.

-No, pues, diles tú, respondió.

-No, es tu obligación, diles por qué los dejaste, a ella y al Negro.

Porque mi hermano más chico es moreno y el más grande era güerejo. Luego, ella pidió que la perdonáramos, que todas las noches, cuando estaba por la Villa, le decía a su hermana:

-Oye, ¿para dónde queda donde viven mi Negro y mi Güera?

-Para allá.

Entonces, volteaba para una ventana y echaba sus bendiciones. En cambio, cuando estaba con Celina entendió que sus hijos vivían en la dirección contraria y hacía lo mismo sobre la pared. Cuando me lo platicaron yo no sabía qué hacer. Ahora me da risa porque pienso en lo ingenua e inocente que era.

-Sí, pero aparte de las bendiciones, diles ¿por qué nunca los quisiste ver?, urgió Celina

-¿No quisiste vernos?, pregunté

-No, porque no quería buscarles un mal con esa mujer y si los dejé es porque yo soy muy pobre, no tengo casa, no tengo nada. Tu padre tiene una casa y yo dije que allá tenían que estar ustedes y ustedes tenían derecho de estar.

Porque, ya tiempo después, supe que esa mujer no podía tener hijos. Y ésa fue la verdad porque Ramona no pudo tener hijos.

-Entonces, lo que no me dio tu padre a mí se lo tenía que dar a ustedes. Por eso los dejé. Yo no sabía hacer nada.

Me imagino que lo único que sabía era tocar música y como esa época había pasado a la historia, no tenía con qué mantenernos. Ésa había sido la causa por la que nos dejó. Y se quedó sin hacer nada más que lo clásico, casi sirvienta de las hermanas. Pero había una duda muy fea en mí, que si por haber estado en ese ambiente de tertulia, no habría llegado a tomar o algo. Pero no. Se iba con una hermana, allá por la Villa y venía con la otra, por la Morelos, que es donde la conocí. Ésa fue la vida de mi mamá.

En ese momento me dijeron que era la preferida de mi abuelo, que era una mujer muy humilde, muy indefensa, a las hermanas les daban ganas de voltearla para que reaccionara y fuera a buscar el apoyo económico de mi papá.

-Cuando la mujer de tu papá fue a golpearla, le decíamos que fuéramos a denunciarla a la Demarcación porque ella estaba embarazada, comentaron sus hermanas.

-No, no porque así menos viene Mauro, contestaba ella.

¿Cómo es posible que una mujer llegue a esos extremos de estar abandonada, hecha a un lado -porque mi papá no se casó con ella- y que no reaccionara de una forma más práctica, no digo inteligente sino más práctica? Entonces, ése es el gran vacío: qué pasaba con ella, qué era de mi papá cuando nosotros estuvimos en la calle. Y, también, en aquella casa de la colonia Imágenes donde hay muchas ausencias de mi hermano.

Ahí me veo sola y tengo una melodía en la cabeza, “Cervecinas calientes”, y otra que se llama “Barrilito de cerveza”, las tengo y las tengo. En esa vecindad, la gran distracción era el cine que estaba enfrente. Yo creo que me iba a meter ahí porque recuerdo hasta el olor del cine viejo, lo que pasaba en las pantallas y me veo, otra vez, sentada en el piso de la vecindad. Pero así, como cosas muy aisladas.

Había muchas pulquerías y estaba muy próximo el mercado de Imágenes, las vías del ferrocarril, había mucho movimiento, una lonchería de tacos, así, largos y me acuerdo del olor del tepache. Creo que me lo daban por caridad. Pero hay muchos lapsos en que me encuentro sola, no está mi hermano, entro a un cuarto y ahí se borra todo. Luego, viene la revolución con los grandes, cuando yo era la pelota de fútbol de ellos hasta que estoy instalada con Ramona. De ocho años, ella me inscribió en la primaria. Era una niña muy recelosa porque se enteraron de que era huérfana e, inclusive, me cantaban *La huerfanita*.

También, había cosas de adaptación con la esposa de mi papá. Yo era muy callada, quizás temerosa y a ella la veía extraño.

Pasó el tiempo. Mi abuela paterna, mi tía Mercedes y mis tíos llegaban de visita. En una ocasión querían internarme en una casa hogar para niñas.

-Si la van a internar mejor me la llevo, dijo mi abuela.

-No, porque mi mamá no tiene ninguna obligación de andar jalando con tus hijos, intervino Mauricio, el hermano más chico de mi papá.

Y yo, por ese entonces, quería que me internaran para no estar ahí, sometida. Me sentía mal, era una niña muy retraída, muy amante de la calle. Además, mi papá era muy frío conmigo. Él siempre me llamó Rafael, por esas desviaciones o quién sabe qué, antes de nacer pensaba que yo sería hombre. Y siempre me llamo Rafael. Yo me acostumbré. Creo que ni me interesaba. Tenía otros problemas.

En cambio, me gustaba la actividad que llevaba Ramona. Muy de mañana iba a formarme al molino de masa, al carbón, a La Nacional, una tienda donde vendían productos más baratos. Ahí daban el azúcar o la sal en piedra y, en la tardecita, nos ponían a romperla en cachitos. Eso me gustaba mucho. Y, “apúrate porque se acaban los bolillos de a tres por cinco centavos”, que eran los fríos. Me atraía el quehacer. Me ponía a tallar el brasero hasta dejarlo rojo, sacar el residuo del carbón, limpiar muy bien y volver a ponerlo. Me gustaban esas actividades. Quizás de niña no lo pensaba pero creo que, al terminar con mucha disposición todo lo que ella me ponía, yo sentía que pagaba. Por una parte, para tenerla contenta y, por otra, era mi seguridad.

En una de tantas, empieza a aparecer mi hermano, el mayor. Él no quiso quedarse en la casa con mi papá y con su esposa. Lo llevaron pero se fue y siempre vivió con mi mamá. En esa etapa, cuando yo estaba en tercer año de primaria, llegó a la escuela. Y me quería llevar a la fuerza: “Vámonos con mi mamá”. Y yo no me quise ir. No me quise ir. Materialmente, me agarré de un árbol y no me quise ir. A la distancia, veo eso como que, aunque pasara lo que pasara, en casa de Ramona tenía una seguridad. Yo ya tenía una seguridad, con todo lo que eso implicaba de regaños y malos tratos.

Después él fue muy bien recibido por Ramona, se llevaron muy bien e, inclusive, le llevaba botellas de rompopo. Él trabajó en los ferrocarriles y en cada ocasión iba y le pedía

permiso a Ramona para darme dinero. No sé qué cantidad, pero mi hermano me daba dinero. Algunas veces le decía:

-Ramonita, ¿me deja traerle un sweater, unas faldas, una blusa, unas medias para mi hermana?

-Sí, tráeselas. Pero tráeselas aquí, ¿eh?, Natalia no sale, tráeselas aquí.

Imagino que, a lo mejor, iba a comprar esa ropa con mi mamá. Y todo me quedaba bien.

A todo esto, cada vez que platico cosas como éstas, no siento ninguna angustia por mi mamá. Me recuerdo como una niña muy ávida de andar jugando, de arrimarme con alguien. A lo mejor, esa atracción que sentía por mi tío Alberto, también fue con mi abuelita y, en parte, con mi papá. Pero con él no tenía respuesta porque estaba su mujer. Posiblemente, para no crear celos, él era frío conmigo.

Entonces, cuando ando en el centro y encuentro un edificio viejo, lo devoro. Porque yo viví ahí, en ese tipo de vecindades que eran preciosas. A mí no me tocaron vecindades feas. Ni con mi abuela ni con mis tías. Viví en la calle, pero tampoco era una calle fea. Ahora me es muy difícil ir a ese barrio porque hay mucha delincuencia. Ya se llevaron las bodegas donde, de adulta, pedía un plátano al pasar, porque regresaba a la infancia. Siento que tengo muchas imágenes muy bonitas. Esas mesas que se ponían a la hora de la comida, otros trastos a la hora de la cena. En “Una familia de tantas”, una película mexicana, con Fernando Soler representan una mesa de aquellas familias. Pero creo que la de mis tías era más bonita.

Jamás volví a verlas. Lo mismo pasó con las hermanas de mi mamá. Considero que mis tíos, los hermanos de mi papá, me aislaron porque nunca me buscaron. Ya murieron todos. Pero, ahí como que surge la Natalia orgullosa. ¿Por qué los voy a buscar? Entonces, no hay un puente entre las familias y yo.

“YO QUERÍA SER OTRA”

Mi hermano mayor tenía el cabello rizado. Pero lo que recuerdo es esa frente de los vascos, y mucho pelo. Él siempre vivió con mi mamá salvo el tiempo que estuvimos fuera. También, ahí quedó un gran hueco porque o no hubo oportunidad o no la propicie para hablar con él y preguntarle: “¿Qué hiciste?, ¿adónde te fuiste?, ¿por qué estábamos aquí?, ¿por qué estábamos allá?” Nunca.

Cuando me casé, entramos en un alejamiento, nos perdimos de vista. Él empezó a beber y tenía unas actitudes propias de la persona que pierde el trabajo y comienza a tomar. No me gustaba. Y decía, con un tono como fanfarrón: “Yo no necesité de nada”. Y yo pensaba que él me reprochaba, sin decirlo directamente, el hecho de que mi hermano Jaime y yo estábamos asegurados porque Ramona nos registró a su nombre.

Un día, mis hijos me pidieron que hiciera tamales y mi hermano Jaime lo llevó. Pero iba medio cuete⁹², medio zarazo⁹³. Entonces, le tronó los dedos a uno de mis hijos.

-Ten y veme a traer unas cervezas. Ahí está ese dinero.

-¿Sabes qué? Vas a mandar a tus hijos. Aquí no mandas a nadie. Y tú, Jaime, cuando él esté borracho no me lo vuelvas a traer, le dije.

Y casi le aventé el dinero. Ese día se fue echando pestes y mi hermano lo encaminó. Después, una o dos veces, llegó con su mujer que también era muy echadora. Decía que mi hermano había estado con su mamá, que no le había interesado otra cosa, que la siguió hasta el día de su muerte. Y eso me fastidiaba porque era una cantaleta. Adivinaba que siempre, cuando nos reuniéramos, sería lo mismo y, por otro lado, sentía la rebeldía de decir: “Yo no tengo la culpa”. Entonces, me puse muy severa. Él desapareció. Nos perdimos. Pero luego yo tenía una congoja porque él se había portado tan bien conmigo. Me sentía como canalla. Él ya murió y no lo fui a ver. Cuando alguien muere pienso que no debo ir. No tiene caso.

Nunca me avergoncé de él. Pero yo estaba sufriendo una transformación. Mis hijos iniciaban la adolescencia, entonces, quería ser otra. Quizás un poco más educada, con otra disposición en mi conducta, en mi forma de ser. Siempre me he considerado limpia, pero quería ser mejor para mis hijos, saberme más inteligente y aplicar mi inteligencia. No ser

92 Cuete: borracho.

93 Zarazo: borracho.

una madre tradicional, aguantadora, sufridora. Yo quería otra cosa. Mejorar mi nivel económico, mi medio ambiente, que a mis hijos no les faltara un libro, que fueran presentables. Y, como quien dice, refinarme, tomar una educación. Como es obvio, quería que mi hermano me entendiera. Pero él llegó a decir que yo era presumida. Y cuando te dicen: “¡Ay, tú! ¿Ya no te acuerdas de dónde viniste?”, aunque no lo expresen de manera directa le dan al clavo. Aunque es algo muy tonto, muy absurdo, porque yo creo que la mayoría de la gente, en más o en menos, queremos subir más.

Yo me doy por triunfadora porque he tratado de buscar algo para sentirme bien. Y batallé con el marido, con las cuñadas, con la madre y el padre de él, con mucha gente que, simplemente con su mirada, me decía: “Pobrecita”. Si trataba de caminar mejor o expresarme mejor, sentía que me decían eso. Fue una fobia mía pero, en ese momento, no lo sabía. Y no podía permitirlo ni de parte de mi hermano y menos de su mujer. Y, peor tantito, que no me lo dijeran directamente. Peor tantito.

Nunca me he avergonzado de todo esto porque, a estas alturas, me siento triunfadora. Pero, quería salir, superarme. No encuentro otro término. Quería vivir de otra forma porque estaban mis hijos. Y, sin llegar a sentir terror ni miedo ni inseguridad, pensaba que no era posible que pasaran momentos como los que yo viví. Podía suceder pero, ingenuamente, lo atribuía a la fatalidad. En cambio, nunca pensé que si el marido me dejaba, me iría para abajo. Jamás. Jamás. Agarraba esa seguridad para mis hijos y, a la vez, para mí. Pero aquí viene una etapa en que, otra vez, fui sometida por el marido. Eva se enamoró y, enamorada, dejé pasar mucho tiempo.

Quise ir a la secundaria pero no me dieron la oportunidad. Luego, hurgaba en los libros del marido. Leía a Chejov, “La infancia de Iván”, “El rey Lear”, “El príncipe idiota”.

Antes de casarme, en el almacén de telas de los señores franceses donde trabajé, llegaron con un señor y colocaron unos libros.

-Pasen a ver qué libros les gustan y nosotros vamos a dar el 50 por ciento, nos dijeron.

Me quedé con Oscar Wilde, de Aguilar. Lo devoré de cabo a rabo y siempre lo conservé. Cuando mi hija se tituló de la licenciatura le dije: “Éste es tu regalo”, y se lo di. Un momento de apasionada con la hija.

Siempre leía. Yo no sé de dónde. Desde luego, en caso de tener una disciplina bien enraizada habría sido por las tías. Muy disciplinadas. Todo a la hora. Si hubiera sido más previsora, más ordenada, habría sido por Ramona, la esposa de mi papá. Una persona muy ordenada, muy trabajadora, muy cuidadosa con el dinero. También, cuando llegó del pueblo, ella luchó muy duro por levantarse. Vino en las peores condiciones. Y, en parte, creo que de ella recibí esa escuela. Muchísimo.

Nos platicaba que había jurado no volver a su tierra hasta que no fuera Doña Josefa y que toda la bola de hijos de tales por cuales que habían querido hacerla carne de cañón, le iban a rendir. Creo que llevó muy bien ese coraje. Posiblemente, eso también se me quedó.

Entonces, yo quería vestir bien. No sé de dónde me salió el apreciar las cosas buenas. A veces, tengo esa capacidad pero no el dinero. No vivo en opulencia pero tampoco mal. Me gusta vestirme bien, no ser una tipa fachuda, que ya después de casada se pone gorda. Por alguna razón, después de los embarazos volvía a ponerme mi misma ropa porque me quedaba igual. Y siempre en el trabajo, siempre en el trabajo. Cuando digo, “siempre en el trabajo”, es que yo buscaba el dinero. A mí no me alcanzaba lo que el marido me daba. Porque yo sentía que, a mis hijos, no debía darles un trocito de carne o privarlos de una fruta. Quería la abundancia que traía, incluso, de la calle, la abundancia de la fruta. Eso por un lado.

En el aspecto doméstico, la limpieza, el orden, los libros de mis hijos sobre un tablón, aunque fueran los de la primaria; y siempre muy bien vestidos, muy bien presentados, no con lujos pero se cambiaban sus uniformes dos veces a la semana y sus tenis estaban blanquísimos. Y mi casa ordenada. Tenía mis cortinas de manta, mis manteles. A los costales que compraba les hacía un orladito. Quería vivir otra cosa mejor, más armoniosa, más hogareña y todo fundado en la seguridad.

Cuando mi hija tenía 16 días de nacida, mi papá le propuso a mi marido que nos mudáramos a una casa en la calle de Pino donde actualmente viven mis hijos. Pero el marido se negaba. Quería tenerme con su mamá y con la cuñada. Finalmente, este hombre dijo que sí. Empecé a limpiar los vidrios, a tratar de darle otra presencia. Yo no viví mi infancia en un muladar porque, inclusive, recuerdo que mi hermano me lavaba la cara y me peinaba. Pero, cuando me enlazo con la familia de él fue la perdición. Al igual que las niñas chiquitas, pensaba “Cuando sea grande, yo no quiero ser como ésas”. En la parte doméstica, quería salir de eso.

En la parte económica, siempre anduve buscando el dinero. Mi hija tenía como 6 meses cuando me eché a trabajar, a coser brasier. Les ponía los broches, me pagaban por docena y con eso mejoraba mi situación económica. Y comprarle mejor ropa a mi hija. Porque este hombre, siendo un político comunista, amaba la pobreza, la no riqueza, la no explotación del hombre por el hombre. Y si vivíamos en un petate estaba buenísimo. Entonces, ya eran como 2 o 3 motivos que me impulsaban hacia arriba. Yo me porté muy bien con sus compañeros de partido. Los recibíamos en la casa. Pero, cuando algunas veces iba con él, veía cómo vivían y pensaba: “No. Se puede ser como él y se puede vivir un poco mejor”. Eran las grandes batallas. Pero ahí seguía y seguía.

Viene el aspecto intelectual. A mí me metieron a una escuela comercial. Me partieron en dos pero tuve que estar ahí. No me dieron secundaria. Cuando mi hija está en el bachillerato empiezo a decirle: “Yo te ayudo. Si quieres te ayudo con la máquina”. Y, por medio de los trabajos que ella me pedía, me enteraba.

Luego, mi hija inicia la carrera. Entonces, en cierta forma, cambia mi ritmo porque, sin que fuera una atendida, una flojaza o una sucia, traté de evitar que me ayudara. No la molestaba. Fue una mujer muy pegada a sus estudios. Inclusive, me dejaba con los compañeros y se encerraba a leer. A veces, los muchachos se aburrían y se iban. Otras veces llevaban guitarra y se ponían a cantar. Era una convivencia muy bonita. Y uno me decía: “Váyase a la secundaria nocturna”, otro me hablaba de historia, otro de pedagogía. Para mí, todo eso era muy novedoso.

Mientras tanto, seguía pasando a máquina los escritos de Claudia. Y, en eso, yo también asimilaba un poco. Porque, realmente, los trabajos de la casa son muy absorbentes. Tempranísimo preparaba el desayuno, jugo, fruta, lo que hubiera de acuerdo con mi situación económica, y todos se iban. Después, al mercado, a preparar la comida. Cuando llegaban, estaba la mesa puesta, el agua de limón, la salsa, hasta les hacía las tortillas. Comían y cada quien a su disciplina.

Cuando Claudia terminó la carrera, sería un año después, me avisó que se iba con su pareja. En ese terreno me siento muy bien porque yo me crié en una situación muy distinta. Primero, para allá y para acá, la calle. Después, el sometimiento y los tabúes de Ramona. Ella decía: “Si un hombre te agarra es que ya tiene poder sobre ti, quiere decir que tú ya has dado un mal paso. No te deben agarrar porque te dejan marcada y ya no vales nada”.

Llegué al matrimonio totalmente en blanco. Fue mi primer y único novio. Decía mi cuñada, la hermana de él: “No puedo creer que tú, de veras, hayas tenido nomás a mi hermano por novio. Te perdiste de muchas cosas”. Pero eso me tocó. Por el sometimiento en términos morales. Aunque, más bien, era de la época de las cavernas. Así era Ramona. Ahora comprendo por qué. Es que, ante mi papá, ella tenía una responsabilidad conmigo, después me lo dijo. Antes de casarme, entre los 14 y los 21 años, yo era muy bailadora. Muy bailadora. Alegre. Aunque en la casa mi conducta era distinta, forzosamente, debía portarme más seria. Porque no quería que Ramona me juzgara mal. Entonces, llegué al matrimonio en blanco.

Pasó el tiempo y nacieron mis hijos. Tuve una mujer y cuatro varones. Al ver a Claudia jovencita, me empieza a cambiar la mente, a transformarse. A mi hijo Cuauhtemoc lo veía muy bonito, con un pelo negro, ya cachorrillo, adolescente. Llegaban a buscarlo las chavitas. Entonces, comienzo a moverme.

-Oye, le digo al marido, necesitas hablar con tus hijos. Ya están creciendo, ayúdalos o ¿qué va a pasar con ellos?

-No, sí, sí. Voy a hablar con ellos, contestó.

Pero, a la hora de la comida, con chistes y con guasa empiezo a meterme en el terreno de la sexualidad. No lo hacía a diario pero, en cuanto veía la oportunidad, me clavaba en ese tema. En esa época era el auge de la píldora. Entonces, cuando Cuauhtemoc salía los sábados le decía:

-Llévate una pildorita para que les digas a las chicas: ‘Ven mamacita tengo un dulce’. Y así se lo hacía entender.

Con Claudia fue el método del calendario. Cuando ella tenía como 19 años, le dije:

-Ahora te voy a decir los días en los que no debes de tener una relación. Porque tú vas a decidir cuándo tener tus hijos. No va a ser el galán, vas a ser tú. Porque yo quiero que sigas con tu carrera. Creo que sí se puede Claudia. Además, si los hombres tienen la facultad de satisfacer sus relaciones en el momento en que ellos quieren, ¿por qué las mujeres no?

En esos terrenos yo siento que me adelanté, no racionalmente, pero creo que algo me llevó a plantearle eso a mi hija. Para ese entonces, ella había tenido dos o tres noviecillos. Porque no fue de muchos novios. Pero al pensar en la admiración que provocaba una chica

cuando quedaba embarazada, yo no quería que mi hija tuviera que cargar con eso. Yo le decía que podía tener sus relaciones con una gente seria, limpia:

-Y que tu decisión sea inteligente. Y no te vas a andar con Juan de las Pitas pero te vas a defender, es un arma.

Afortunadamente, no existía el SIDA.

-La única cosita que te pido es que cuando tomes esa decisión me la comuniques. Sabes que nunca voy a estar en contra de lo que decidas pero no quisiera que, nomás porque sí, te embarazaras sino que lo pienses, que tomes una decisión y si puedes llevar una vida normal, satisfactoria, de libertad, pues, hazlo. Tú lo puedes conducir. El galán nunca va a decir: 'Quiero ahora'. Tú vas a decir: 'Yo puedo ahora'.

Así convinimos. Después de un noviazgo de dos años, encontró un chavo, que es el padre de mis nietos, y se fue.

-¿Cuántos días no vas a venir?, le pregunté

-¡Ay mamá!

-No, sí, dime para prepararme.

-Después te hablo por teléfono, me contestó.

En ese entonces yo seguía cosiendo. También, intenté comprar boletas del montepío y venderlas porque buscaba el dinero. Ramona siempre buscó el dinero en su casa, nunca salió afuera. Entonces, yo también metí aquí, metí allá. Y trataba de rentar.

-¡Ah, no! No, no, no. Explotación del hombre por el hombre no, decía el marido.

-Entonces, ¿qué? Si me voy a trillar a la esquina o atrás de la pared, ¿eso sí se vale para que yo saque dinero?, ¿por qué no me deja rentar aquí, decentemente?, pensaba.

Trataba de entender. Soy sincera. Trataba de entender. Pero, por otro lado, estaban la presencia y el ejemplo de Ramona. Yo no concebía llegar a quedarnos con un anafre y unos guacales en un cuarto hecho una barbaridad. Entonces, yo buscaba.

En eso estaba cuando Claudia, toda apenada, decide irse. Me sentí bien. Siempre tuve mucha confianza en ella. La tengo. En todos mis hijos tengo mucha confianza en ese aspecto. Yo me reía. Entonces, me habla por teléfono:

-Oye mamá, ¿y mi papá?

-No te preocupes por él, le digo, de ése me encargo yo.

-¿Cómo?, preguntó

-Mira, sabes muy bien que cuando tu papá llega y por debajo de la puerta ve que tu luz está prendida, toca y son las grandes pláticas entre tú y él. Pero, cuando la luz está apagada, se sigue de frente y nada más me pregunta: “¿Ya están todos?” O yo me adelanto y le digo: “Tu hija ya se durmió”. Por eso te decía que cuántas noches no vas a venir; para apagar la luz.

Le dio risa. Pasó dos noches fuera de casa. Lo sabíamos su hermano Cuauhtemoc y yo. Sólo tenía un pendiente: que esta persona fuera noble, un caballero, que no la hiciera sufrir, que no pasara nada en el hotel. Pero, por lo demás, era una confianza muy amplia. Llegó, ahora sí que al tercer día, y la abracé muy disimuladamente.

-Estuviste con quien quisiste, ¿verdad mamá?, le pregunté

-Sí, respondió.

-¿Y en el lugar que quisiste?

-Sí., volvió a contestar.

-¡Ah!, ¡qué bueno!, ¡qué bueno!

Y todo siguió normalmente. Como a los 4 o 6 meses me dijo que había decidido tener un hijo Y, ciertamente, tuvo a mi primera nieta que ahora tiene 19 años. Y ya, ¡Adiós Claudia! En términos muy simbólicos, ¡adiós Claudia! Ella había tomado una decisión, su derrotero era otro. Como es la única mujer, desde que entró a la secundaria no quise caer en el error de aferrarme a ella. No, no, no, no. Libre.

Con los hijos hablaba en términos muy generales, de los días fértiles, estériles. Hasta con René que estaba como de unos 12 años. Plutarco muy callado, muy introvertido. Nada más oía. Hasta la fecha, yo me cuadro con él. Como que todavía no rompo mucho el turrón⁹⁴ con él. Pero es muy noble, muy buena gente. Muy refunfuñón pero creo que ya le agarré el modo. Y es el que más me ha sacado. Es con el que más he salido a cafés, a conciertos, a cosas así. Pero él siempre muy reservado. Y con Cuauhtemoc era la guasa. Y las chicas hablaban por teléfono.

Un poco antes de que Claudia decidiera formar pareja, le dije al marido.

-Oye, tus hijos ya son grandes. Claudia anda de novia. De ella me encargo yo, pero tus hijos son hombres.

Mentira, yo ya me había introducido mucho en ese terreno. Y me sale el santo señor:

94 Romper el turrón: entrar en confianza

-Me los voy a llevar a una cantina.

-¿A una cantina?, pensé. ¿Quiere decir que el siguiente paso es con unas prostitutas?
O, ¿qué va a pasar?

Me escandalicé. No hice aspavientos pero jamás volví a decir nada. Jamás intentó llevárselos a la cantina, jamás nada. Afortunadamente, cuando mi hijo Cuauhtemoc estaba en la Preparatoria, comenzaron a aparecer las compañeras solidarias y no hubo ningún problema. Entonces había otras enfermedades de transmisión sexual pero no estaba el SIDA. Yo le decía que tuviera mucho cuidado, que si tenía un problema me lo dijera, que nunca se quedara callado. Y siempre con mi estribillo de que fuera una chica decente, limpia, que no anduviera parlotando por ahí porque se requiere de intimidad. No hubo ningún problema en su iniciación. Yo lo sabía muy bien porque me hablaban por teléfono. Tiempo después me lo dijo, pero yo sabía muy bien. Simplemente, en el lavado de la ropa. Después supe que ellos tienen sueños húmedos. Al principio no me explicaba cómo. Luego supe.

Nunca pensé que me cerraba o me hacía tonta a eso. Yo sabía exactamente, aunque no me lo dijera. Pero sí había un ambiente de optimismo, de confianza, de relajación. No hubo ningún problema con mi hijo, con su conducta. Muy alegre, muy juguetón, muy aventurero.

-Cuídate, hijo, cuídate, le decía. No le hagas al Tarzán ni al Superman ni a nada de eso. Por favor, cuídate mucho.

En cierta ocasión, aprovechando una plática, les dije:

-Eso sí, yo nunca voy a responder por la virginidad de una chava. Jamás. Nadie va a venir aquí a que yo responda por la virginidad de alguien. Ni tampoco voy a tocar puertas, mamacita, para que me respondan por tu virginidad. Ustedes son personas responsables y van a tener que saber lo que hacen, por qué lo hacen y apegarse a lo que de ello venga. No, yo... ¡No! ¡Qué barbaridad!, que vaya por mi hija a tocar y te casas. No, no, no. En caso de que tú llegaras a embarazarte hija, si no te quieres casar no te casas. Y menos con mis hijos. Jamás iba a intervenir para que se casaran. Entonces, llevábamos ese terreno bonito.

Con Cuauhtemoc sentía inquietud porque la universidad había quedado rezagada. Él le golpeó un poco porque le gustó andar de viajero por la república y perdió unos 3 años. Es Licenciado en Estadística. Mi hija está por titularse en la Maestría en Ciencias. Otro hijo se tituló en Genómica. Los otros dos, René e Iván, se salieron del bachillerato sin terminarlo

por cambios en la familia que resintieron mucho, y por determinadas circunstancias, tanto económicas como de distancia. Pero, después de 8 años, regresan, se ponen al corriente y ahora están en la Universidad. René está empezando la carrera de Astronomía; tiene 2 hijos y su mujer también está en la Universidad. Y al quinto se le ocurre irse a Música. A estas alturas, ése es el panorama de mi familia.

Con 65 años encima, siento que todavía tengo capacidad intelectual. Creo que todavía estoy como para hacer muchas cosas y dejar de ser aquella clásica Natalia, ingenua, soñadora -yo creo que fue más ingenua y soñadora en el matrimonio que cuando fue jovencita. Tratar de ver a este hombre despojada de mi investidura de esposa, que ese papel no llegue a perturbarme para nada.

Hace como 14 años, mi hija preguntó:

-¿Por qué no te divorcias de mi papá? Se están dañando más, se están desgastando más, ¿por qué no te divorcias?

-¡Ah, no; no, dije.

Ahí fue uno de los primeros vuelcos que tuve.

-No, fíjate que no. En primer lugar, considero que, a esta edad, es una ridiculez. En segundo lugar, ¿cómo le voy a dar parte de la casa de Temaca? No, no, no, para nada. No, fíjate que no estoy dispuesta a eso.

Después, Claudia me dijo que no imaginaba que pudiera darle esa contestación.

-¿Por qué? Esa casa, en términos materiales, no me costó. Pero, en otros términos, sí. No tengo por qué compartirla con él a quien no le ha costado nada.

Ahora quiero despejarme de eso. En algunas cosas siento seguridad. A estas alturas, el matrimonio me vale gorro. El matrimonio establecido por el hombre, por la sociedad, me vale soberanamente el gorro porque, a partir de un momento, consideré que le iba a demostrar a Álvaro que pueden resolverse muchas cosas por medio de la negociación. Por el lado amoroso, trato de elevarme, de no ser sufridora y esas cosas que sí, ciertamente, me hicieron mucho daño. Y trato de ver desde otra perspectiva. No trato de hacer lo que no hice en mi juventud, como vulgarmente se dice, que un día, no sé quién de mis hijos me lo dijo. Yo no lo veo así. Veo que aquí se terminó el momento de estar atada.

Ahora, por ejemplo, los jueves salgo casi a las 10. Y salgo. Ya no siento esa atadura de que ahí está el marido ni que deba entrar temblando. Para nada. Creo que llego con la

espada desenvainada. Aunque considero que debo dejar esa actitud y tratar de ser lo más natural que pueda, lo más ordenado y natural. Yo tengo derecho a salir, entrar, y hacer lo que quiera.

Entonces, yo siento que di brincos. Sí evolucioné. Pulí o se pulieron en mí algunas cosas pequeñas, como es el oír buena música. Donde topo un poco es en la pintura. Los únicos que me gustan son El Greco y Remedios Varo. Ellos me apasionan. En escultura, definitivamente nada. La lectura me gusta. Ahora tengo 5 libros para leer. Y saberme comportar bien, sin ademanes. En el teléfono trato de no ser sofisticada. Y me presento en cualquier lugar y no me siento mal. Estoy consciente de todo lo que me falta pero, me gusto a mí misma. Cuando platico con algunos maestros que llegaron a la casa, los miro a los ojos y no siento que me ven con lástima o como dándome por mi lado o como considerando que soy la madre de Claudia. Para nada. Entonces, me siento bien. Cuando invito a alguien a la casa me siento muy bien.

Ahora mi labor es no sentirme la madre aplastadora, ávida de las atenciones de sus hijos sino respetar su tiempo, su espacio, su personalidad y, eso sí, que me comuniquen. Siempre he esperado que me comuniquen algo y los oigo como si me estuvieran dando el mayor de los tesoros. Porque son poco comunicativos en sus cosas personales. A veces chocamos. Porque ellos me dicen que tengo una visión de los años 60.

Dicen que para construir hay que destruir. Entonces, yo me siento destructora de todo ese pasado heredado o de tradición de la mujer casada. Soy consciente de que me faltan muchas cosas pero tampoco me quiero avorazar. Ahorita encontré un canal muy bonito que es la escritura. Hicimos nuestro proyecto de trabajo y nuestro objetivo es entrar a los concursos. Aunque lo veo muy lejos porque yo me quedo escribiendo, acumulando mi trabajo en orden.

No pienso que voy a llegar a alturas en el aspecto literario. Pero, la altura donde llegué, me satisface y la disfruto, es la económica. No estoy en la abundancia pero me puedo mover. Y eso fue mi esfuerzo.

El hecho de comprar en Santo Domingo fue para demostrar muchas cosas. Pero, aparte, para brindarles a ellos la seguridad. Y es lo que quiero que entiendan y entenderlo yo misma. Que no les estoy transmitiendo mi orfandad y solucionando la seguridad sino que, precisamente por esa orfandad, sepan apreciar que tenemos un techo, una seguridad y que

se maneje de la mejor manera. Como decía Ramona, que de ese cuerito salgan correas. Mi intención no fue ser una madre totalmente cobijadora sino que veía la falta de iniciativa del papá para impulsarlos más.

En ese terreno es donde quiero expresarme y ahora estoy encontrando el camino para que entiendan. El camino para explicarles que, en primer lugar, mi intención no fue de ser la madre solapadora, de hacerlos ineptos, unos vividores que, inclusive, llegan a sacrificar a los padres, a aventarlos afuera. A ese respecto tomé mis provisiones. Pues, hice los testamentos. Entonces, que aprovechen. El camino es ése, que aprovechen ellos porque si yo abrí tales o cuales expectativas, fue por eso. Mucha gente me ha criticado, como que mi casa es un régimen de matriarcado, que mi palabra es ley y los manejo como quiero. ¡Mentiras! En primer lugar, ellos no son unos mensores para que se dejen manejar por mí. Para nada. Y yo no sería capaz de manejarlos. Creo que no tiene nada de malo impulsarlos o comentar con ellos algunas cosas o, inclusive, decirles: “¡Ay!, yo quisiera que fueras esto”. Siempre y cuando ellos quieran o puedan y que a la larga, espero que lo aprovechen y sepan sacar más ventaja, como decía Ramona.

Quizás aquí yo también estoy viendo a un futuro en que ellos saquen más ventaja de esto. Y que, a lo mejor no será la ventaja económica como yo la veía sino que vaya ahí un juego entre sus carreras, su intelecto, su trabajo académico y su vivir sin tantas faltas económicas, que sepan convivir con sus parejas, que las hagan sentir -o que la pareja sea lo suficientemente lista como para que los haga sentir- que es participación de dos. Y que lo que está ahí lo vamos a tomar para seguir marchando los dos. Que aprovechen entre dos, que se hable, que no pase lo que pasó con nosotros.

“DE ESE CUERITO TIENEN QUE SALIR MUCHAS CORREAS”

Esa casa, donde ahora viven mis hijos, me la heredó Ramona. Y la otra se la heredó a mi hermano. Yo estoy muy agradecida con esa mujer. Pasando el tiempo, comprendí lo enérgica, lo dura que fue conmigo. En primera, porque yo era mujer; en segunda, porque ella no había tenido hijos con mi papá; y también, porque yo empecé a ser madre. Pero fue una excelente abuela. A veces, temía que si le dejaba a mis hijos no los tratara bien. Pero, tan bien los trataba, que los viernes en la noche, los sábados, mis hijos me pedían: “Llévanos con mi abuelita”. La siguieron mucho, como muy buena abuela.

En cambio, conmigo fue muy enérgica. Durante los seis años de la primaria, a mi hermano y a mí nos mandaban a su pueblo. En aquél entonces salíamos de vacaciones en noviembre e, inmediatamente, nos llevaban. Regresábamos hasta la segunda semana de enero porque en febrero entrábamos a clases. Realmente absorbí mucho de la vida de provincia. Me fascinaba andar como chiva loca, en el monte, en el río, viendo cómo hacían el pan, cómo ordeñaban a las vacas, cómo sacaban la cecina, cómo tejían sombrero.

Cuando nos mandaban yo era feliz porque estaba libre y soberana y, además, muy bien encargada con la tía Sagrario, una hermana de Ramona. Ella decía: “Yo cuido a la güerita como alhaja porque le debo respeto a mi cuñado”. Y me cuidaba muy bien. Unas veces me quedaba con ella; otras, con una prima hermana de Ramona que en esa época fue la millonaria del pueblo. En una época tuve un galán, nunca supe quién fue, y siempre amanecían dos botes de agua en el lugar donde nos bañábamos. Y la tía Sagrario decía:

-Ahora sí debo andar más lista, echando ojos por todos lados, porque aquí hay alguien que se quiere robar a mi güerita”.

Entonces, no me dejaba ni a sol ni a sombra. Porque todavía se usaba eso de que robaban a las muchachas.

-¿Qué cuentos le voy a entregar a mi cuñado? No, no, no, no, no, no, decía ella.

Mientras tanto, mi hermano andaba en lo suyo. Llegábamos al pueblo y cada quien por su lado. Para ese entonces, yo sabía que era mi hermano pero teníamos formas muy diferentes de divertirnos.

Una vez, Ramona estaba platicando con alguna comadre o paisana.

-No, yo a mi güera la visto, le compro ropa, tú sabes que cuando va al pueblo y es la mera fiesta del patrono lleva un vestido diario.

Y así era. Y para las dos noches de baile llevaba otro vestido. Zapatos, abrigo, los aretotes de oro, que no me gustaba estar cargando porque con esas cosotas de oro me sentía como árbol de Navidad.

-Tú sabes que cuando ella va al pueblo no le falta nada, no quiero que la mal vean; y que ningún infeliz de allá se le arrime. Si se le arrima alguien, que valga la pena, que sepa a lo que va. Por eso le compro ropa, por eso la llevo muy bien, siguió diciendo Ramona.

Y también acá, después de un tiempo, me tenían muy bien. Porque, en los primeros años, hasta descalza anduve.

-Pero, ¿quererla como a mi negro? No, concluyó Ramona.

A mi hermano lo cargaba. El maldito ya estaba grandulón y lo cargaba. Yo me sentaba en el quicio de la puerta y ella en una sillita chaparrita que usaban las señoras de antes. Y ahí, sentada, arrullaba a mi hermano y le hacía piojito. Y yo, nomás, viendo.

-Ciertamente, a mi negro, le he dejado de comprar ropa pero lo quiero mucho. Si se trata de querer es al negro, a mi Pepe, concluyó Ramona.

Yo esperaba que un día, mi papá dijera eso. Pero, ahora sí que cuando estaba chica, a mí nadie me habló de amor. Nada más sentía amor y atención con mi tío Alberto, con mi abuelita Mercedes. Pero, ¿que dijeran, “la quiero”? No. ¿Que me apapacharan abiertamente? No. Había un trato diferente.

Cuando Jaime fue más grande, empezó a ser un poco tosco conmigo. Se portaba con esa envidia natural de los niños. Pero sí había preferencias. Cuando Ramona nos servía, le decía: “A la güera le sirvió más”. Y ella cambiaba el plato. A mí me daba mucho coraje. Pero, ni modo. Durante mucho tiempo se manifestaron las preferencias.

Aunque, al final de la vida de Ramona fue todo lo contrario. Desgraciadamente, el gusto me duró como dos meses en los que ella se abrió totalmente conmigo y me acarició las manos. Me hizo tantas promesas que yo, por amor, por conveniencia o, quizás por mi situación económica con el marido, sentí, de veras sentí la muerte de Ramona. Porque se me iba a abrir un espacio tremendo. Iba a tener un apoyo, alguien de quien agarrarme.

Como a los ocho años empecé la primaria. Era una niña muy recelosa porque se enteraron de que era huérfana e, inclusive, me cantaban *La huerfanita*. Desgraciadamente, no me llevaron a la secundaria por aquello de que: “Te me vas a casar o te vas a largar con alguien y la inversión –porque ella era muy cuidadosa con el dinero- el gasto que voy a hacer contigo se va a perder. No estoy dispuesta a eso”. Entonces, al terminar, Ramona me

metió unos cuatro o cinco meses a trabajar a un tallercito de costura. Me mataba ir a esa casa con muchos niños, desorden, mugre y yo en esa máquina de pedales. Pero, tenía que obedecer. No me gustaba pero debía aceptarlo. Pero, después, por sugerencia de esa misma mujer me metió a una escuela de corte y confección en la colonia El Encanto. Ahí me dan la primera estocada.

Nada más entré una semana porque me encontré con otra persona como yo, Alba. Una vez coincidimos en la puerta y decidimos no entrar. Nos quedamos a un lado del parque y comenzamos a platicar. Al otro día nos encontramos en el kiosco y seguimos platicando. Para no alargar la cosa, estuve un año sin pararme en la escuela pero saliendo de mi casa. Caminábamos. Diario, caminábamos. Pero llegó un momento cuando ella le dijo a su mamá que no quería entrar más a la escuela. Entonces, tenía que quedarse en su casa y me invitó. Ciertamente, yo trataba de salir un poco después que mi papá y me encaminaba a la colonia Juventino Rosas que está muy cerca. Llegaba, hacíamos el quehacer, la comida, las camas y a la hora en que supuestamente salía de la escuela, yo regresaba a mi casa.

Llegó el fin de año. Conociendo las expectativas de Ramona, le dije que me habían pedido tela para hacer trabajos.

-No, si quieren, que los hagan en papel periódico o en papel de china. Yo no voy a comprar telas, me contestó.

-¡Qué bueno!, pensé. Porque eso me daba una oportunidad de no presentarle nada.

Mi amiga y yo sufrimos mucho cuando terminó el año escolar, muchísimo. Nos íbamos a separar. Por ningún motivo podría ir a verla porque en eso Ramona era muy estricta. Ya no tenía pretexto para salir y, como jovencitas de 16 años, sufrimos mucho, juramos buscarnos, vernos y todas esas cosas.

El último día de clases, cuando hicieron una exhibición de vestidos, nosotras entramos para ver los trabajos de las compañeras. Después, nos fuimos a tomar el camión agarraditas de la mano. Me bajé con ella. Nos abrazamos, nos despedimos y caminé a la casa. Al llegar dije que no me habían dado ningún certificado porque nunca llevé tela.

-Bueno, pero aprendiste algo, ¿no?, preguntó Ramona.

-Pues sí, pues sí, contesté.

-Pues, entonces, creo que te vas a ir con una modista para que acabes de aprender y te pongas a hacer vestidos, concluyó.

Yo sufría con eso, sufría. Pero, al año siguiente, una sobrina le dice: “Tía, ¿por qué no mete a Natalia a la escuela comercial donde yo voy?” Entonces, vi mi salvación. Me inscribió en la noche porque no había que comprar uniforme ni pagar nada. Entraba a las cinco de la tarde y salía a las nueve. Y era una cosa que me mataba. Yo no quería eso y, sin embargo, tenía que hacerlo. No me gustaba estudiar para secretaria. Lo veía muy triste, no era eso lo que yo quería. Sabía de las parientas de Ramona que iban a la Normal, a la Preparatoria, que saldrían de Bachiller. En esa época, en el periódico salían unas fotos en ovalito con tu toga: “Que bachiller Fulana y bachiller Zutana”. Yo no pretendía eso pero sí haber ido a la secundaria y conocer lo que era el bachillerato.

Pasó el tiempo. Seguíamos viviendo en la Colonia Seguridad. Ramona era una mujer muy previsora. Hacía tortillas, criaba animales, le pedían arroz con palomitas y ella lo cocinaba y lo vendía. La solicitaban para que fuera a hacer moles al cumpleaños de Fulano de Tal, de Perengano de Tal, ahora sí que casas de manteles largos. Hay algo muy importante que siempre he reconocido en ella. Cuando la llamaban para que hiciera alguna comida iba el viernes para pedir lo que necesitaba. El sábado preparaba todo, el mole en metate, las tortillas a mano, todo con dos ayudantes. El domingo, el gran día, ella tenía que estar al frente de la vajilla, los trastos, los manteles. Y llegaban los comensales, la gran fiesta. Luego, la patrona decía: “Tráete a tus hijos”. Y nosotros íbamos sábado y domingo.

Para mí era una novedad ver a esas señoras con pieles, con guantes de cuero, zapatos de ante, vestidos bordados, ahora sí que de chaquira y lentejuelas. Estar ahí era un paraíso. Comíamos. Pasaban los comensales, empezaba la música y llamaban. “Qué rico el mole, el arroz. Pues, que venga la cocinera”. Ella entraba, la felicitaban, le daban las gracias por la ricura de comida y le entregaban muy buenas propinas. Entonces, el sábado le daban comida, los huesos y todo el sobrante de los pollos. Así que, aparte de comer ahí, teníamos comida para el sábado. El domingo se llevaba su buena porción y el lunes, cuando iba a entregar cuentas, le pagaban y le decían: “Pues, llévase esto doña Ramona y llévase esto otro y esto y el otro”. Creo que en una semana o semana y media comíamos de ahí y ella no gastaba un quinto de sus entradas.

También lavaba ropa, planchaba, hacía comidas, tortillas, cosas así. El carnicero de enfrente llegó a pedirle dinero y ella cobraba intereses. También, el señor de la tortillería y una señorita muy estiradilla que se quedó soltera. En ese entonces habíamos subido un

poquito de nivel porque ya no íbamos a la madrugada a comprar aquella sal y esa azúcar en piedra. Habíamos subido un poquito de categoría. Lo recuerdo con mucho cariño y, sobre todo, con admiración por esa facilidad que tenía para moverse. Una mujer que no sabía escribir, viuda, golpeada y que se había casado con un hombre que la engañó: mi papá. Yo la admiraba mucho.

Cuando fuimos a vivir a la Novedades disminuyó su actividad en cuanto a comidas porque la colonia estaba casi desierta. Prácticamente, nosotros fuimos de los primeros pobladores. Pero ella no cesaba con sus trajines. Como había rentado la casa que dejamos en la colonia Seguridad, me mandaba a cobrar la renta y al mercado. Ésa es una de las cosas que me dio en la torre. Me hacía escribir una lista y tenía que ir exactamente al lugar donde ella me mandaba. No tenía ocasión de negociar, de repelar, de buscar la baja del precio. Debía ejecutar exactamente la orden con tal y cual marchanta porque a ella la conocían muy bien. No me daba oportunidad de manejar el dinero. Pero, bajo el entendido de que todo era una orden, tenía que hacerlo así. Para esa época ya casi no me maltrataba. A pesar de que yo no tenía ni voz ni voto, cuando trataba de hacer un proyecto era muy conciliadora. Para el festejo de los quince años, Ramona me dijo:

-Mira m'hijita no te voy a hacer fiesta. No te voy a celebrar tus quince años porque mejor vamos a invertir en construir la casa y nos va a convenir más. Pero te mando a hacer tu vestido, vamos a una misa cualquiera y te llevo a la fotografía.

En esa época, ya había vendido la casa de la Seguridad. Primero la hipotecó y compró dos terrenos. Después, la vendió. En cinco años pagó la hipoteca y construyó la parte de abajo en la Novedades, donde actualmente vive mi hermano. Y la otra parte la construye en El Porvenir, a manera de vecindad, con el propósito de rentarla. Ésa es la casa que me dejaron a mí, donde ahora viven mis hijos, los dos mayores.

En la Novedades, Ramona siguió con sus negocios. Y únicamente con el sueldo de mi papá. No había más que las movidas que ella hacía. Él llegaba, entregaba su dinero completito y ella le daba para sus camiones, era la que llevaba el tren de esa casa. Al poco tiempo, llegan a instalarse el carnicero y verdulero. Entonces, comienza a prestarles dinero. Y ahí empieza su último negocio. El préstamo a rédito. Y las famosas cajas que sí funcionaban. No había timos, era honradez. ¿Cómo le hacía? Por aquella época, en su pueblo había fábricas y ella mandaba el dinero con un pariente o algún paisano, sin ningún

recibo ni nada: “Oye, Fulano de Tal, llévame este dinero y pónmelo a trabajar en la fábrica”. Y llegaban y ponían ese dinero. Y cuando un paisano o pariente venía, le mandaban sus intereses contantes y sonantes. Yo no me explico de dónde se hizo de tanta gente que llegaba, semana a semana, y daba su dinero. Con eso hacía la caja. Pero, como es natural, le daba sus buenas jineteadas porque de ahí le prestaba a otros. Así, ella se llevaba una buena parte. Pero siempre cumplía, siempre le cumplió a todos con sus intereses. Hacía unos numerotes de este tamaño pero llevaba sus cuentas muy bien hehecitas.

Cuando yo estaba en tercer año me dijo: “Mira hija, te vas a la escuela donde te íbamos a internar, te llevas el bote para la leche y me esperas en la puerta porque yo voy a salir hora y media diario”. Y ya la veía con otras señoras y su cuaderno y su lápiz. Lo que pasa es que estaban en un programa de alfabetización para aprender a escribir y a leer. Pero antes, desde primer año de primaria, me la hacía.

-Si quieres salir a jugar, si ya te urge salir a jugar a la calle, machorrota, primero me lavas la cocina, me la levantas muy bien, me dejas el brasero preparado, te pones a hacer la tarea y si está bien sales y si no, olvídate. Si acabas antes de que venga tu papá sales a jugar si no, no. Ya no sales.

Entonces, me apuraba.

-Aquí está mi tarea, le decía.

-Ahí déjamela, contestaba Ramona.

-¿No la va revisar?

-Déjamela.

-¿Puedo salir a jugar?

-Revisa bien ese cuaderno porque no está bien. Revísalo.

Después de un rato regresaba con ella.

-Ya lo revisé y está bien.

-Ah, bueno. ¿Ya estás segura de que está bien?

-Sí.

-Bueno, sales. Pero en cuantito venga tu papá te metes.

Eso era casi diario. Por eso, cuando ella se va a la escuela me quedo sorprendida: ¿cómo es posible que revisara mis trabajos si no sabía leer ni escribir? Quedé sorprendidísima. Y allá, tímidamente, me atreví a preguntarle.

-No. Por eso vengo. Ahora voy a aprender. Lo único que puedo hacer es leer un poquito pero no sé escribir.

Yo tenía doce o trece años y sentí una cosa como de admiración, como de gusto. Y, durante un año, todas las tardes iba por ella. Pasábamos a comprar la leche, el pan y llegábamos a la casa. Pero la consigna es que yo no debía reprobar.

-‘Ora sí, ‘ora sí voy a saber lo que haces. A lo mejor las otras veces me engañabas, pero ahora sí voy a saber lo que haces.

Así, en esas lides terminé la primaria.

Para 1950 o 1951 ella continuaba haciendo dinero. Como yo era una señorita, me hacían vestidos preciosos, a la medida, porque tenía modista. Para ir a su pueblo estrenaba tres o cuatro, también, zapatos, medias y abrigo. Me ajuareaba porque decía que a los hijos de Doña Ramona no tenían que hacerlos menos.

-Ahora soy Doña Ramona Ambríz. Les guste o no. Ya no soy aquella pendeja que me aventaron por viuda y por pobre, decía en algunas ocasiones.

Porque la habían masacrado. Inclusive, aquel marido del que enviudó la había golpeado y, por eso, se anuló una concepción. Tuvo que venir a México y la operaron. Le sacaron la matriz y ya no pudo tener hijos. Ella quedó mal. Entonces, cuando íbamos al pueblo, se ajuareaba con anillos de oro y pulseras. No puedo decir que se haya portado mal conmigo; pero, tenía prohibidísimo enrolarme con cualquiera de sus paisanos.

-Cuidado con que te metas con alguno de los de aquí. Son chismosos, pegalones, mujeriegos, y si te casas, cuando estés vieja vas a ser doña Fulana de Tal. Pero si no, te arrumban y yo no te voy a querer para nada. Además, tengo una responsabilidad con tu padre.

Esos años fueron muy bonitos y el comportamiento de Ramona, excelente. En ese lapso me meten a esa escuela nocturna, hago bien el primer año pero, en el segundo, conozco a otra amiga. Aunque ya no salíamos a la calle porque era de noche, nos íbamos al último piso y allá nos la pasábamos. En mi adolescencia no veo cuadros de sufrimiento. Sólo me llegó a preocupar la doble personalidad que tomaba. Porque en la casa no era la misma que cuando salía y estaba con las amigas. En esos momentos era muy alegre, muy irresponsable, no entraba a clases. Sin embargo, al terminar el segundo año estaba desalentada y quería salirme. Pero, viendo que al terminar la escuela anterior sólo me había

encontrado con Alba unas tres veces, pensaba: “Pues si ya se acaba esto voy a estar en la casa y no, no, no. En la casa yo no quiero estar”. Entonces, empecé el tercer año.

Durante el día tenía que ir por masa, hacer las tortillas a mano, limpiar el gallinero. Yo me adjudicaba esa labor porque ahí, bien que mal, rompía uno o dos huevos y le decía: “Pues, es que ya estaban rotos”. Mentira, yo me los comía. Ella era muy meticulosa. No nos tenía muertos de hambre pero era muy medida y, niños y jóvenes al fin, a veces había apuro de que te diera más. Entonces, yo me las agenciaba de esa manera.

En ese tiempo, mi hermano se propasaba conmigo. Una vez, cuando estaba lavando, pasa y me da en las meras pompas con una tabla. Me dolió mucho. Entonces, sale corriendo para la cocina que tenía una puerta hacia el patio y otra que daba al comedor. Sobre la mesa había una sandía partida. En una de las que paso corriendo detrás de él, agarro un trozo, me regreso por la otra puerta y, ¡órale!, en la pura cara.

-Pero, ¿cuándo vas a entender? Pareces machorra, date tu lugar, gritó Ramona enojada.

-Vas a ver, decía mi hermano bien prendido.

-Pues, órale, pensaba yo. Si me tira al suelo, ya se desquitó, me va a dejar en paz. Y si yo lo tiro, bueno, ya estuvo.

Me enseñé muy machorra. Me encantaba la bicicleta, brincar la reata, correr, subir a las pirámides. Cada vez que me llevaba mi papá subía como araña; tenía mucha habilidad, mucha flexibilidad y le ganaba a mi hermano. Luego, jugando, mi papá nos decía: “A ver quién gana”. Y comenzábamos a boxear. A veces él, por ser hombre, me asestaba unos buenos golpes. Entonces, yo trataba de abrazarlo, le hacía cosquillas y lo tiraba.

-Pero mira la ropa, ustedes no lavan, intervenía Ramona.

Pero ésa era mi defensa porque, a veces, me daba duro. Y mi papá feliz de la vida. Era su modo de ser y no lo critico, a mí me gustaba. Puedo decir que esa época fue bonita, aunque mi papá nunca me dijo te quiero, qué bonita estás, hijita, o algo. Pero, a lo mejor, por su forma tan festiva, me sentía bien. Además, yo quedaba muy bien con él porque trataba de ganarle a Jaime. En cambio, con Ramona me reservaba. Pero, cuando estaba mi papá, no había mayor preocupación. Sin embargo, en el afecto, pues sí, era Jaime. Cuando ella murió le dejó la casa donde vivía, equipada con muebles, recámaras, closets. Una casa con dos baños, sala comedor, cocina, el porche para el carro, todo muy bien y con una decoración muy bonita. También, le quedó bastante ropa, alhajas de oro, monedas de plata y una cuentita en el banco.

Una semana antes de morir, me dijo:

-Mira atrás de *Mi dulce nombre de Jesús*, un cuadro que estaba en la cabecera de su cama, lo quitas y ahí está una llavecita. Te la cuelgas al cuello. Es la llave del closet y de mi caja donde están mis papeles, mis monedas, todo. Quiero que tú la tengas. La otra llave la guarda tu papá. No la vayas a entregar ni a perder. Cuando yo salga de aquí vamos a ver qué hacemos, te voy a ayudar, voy a hablar con Álvaro para que construyas, te voy a prestar dinero y te voy a ayudar. Y te voy a dar dinero para que des a lavar la ropa y ya no tengas tus manos así.

Porque en esa época, yo sufría de una alergia al jabón. Fue cuando me las acarició. En ese momento vi el cielo abierto.

-¡Ay!, alguien va a estar atrás de mí, me va a sostener, pensé.

-Pero no entregues esa llave y si yo no salgo de aquí, pues, ahí te pones de acuerdo con tu padre a ver qué es lo que hacen de todo.

Desgraciadamente, casi a la semana, ella murió. Mi papá respetó la decisión de Ramona porque ella le había dicho:

-Esa casa es para mis hijos. Así llamaba a sus cinco nietos. Yo no quiero que esos niños anden sufriendo, de arrimados, y no quiero que anden tocando puertas.

Pero a mí me dijo:

-De esa casita tienen que salir más correas, de ese cuero que les dejo tienen que salir más correas.

Después del fallecimiento se llevó a cabo todo lo que tenía que hacerse. Y llegó el momento en que mi papá buscó la llave.

-Yo tengo la otra. Ramona me dijo que la quitara de este cuadro y que la tuviera, les informé mientras sacaba la llavecita que guardaba conmigo.

-Entonces, vamos a abrir, dijo mi papá.

Y sí, abrimos. Para ese entonces, lo único que ella hacía era prestar dinero a rédito, ya no podía trabajar ni hacer otra cosa. Había un cuaderno con el nombre de todos los deudores, el block de los recibos y ¡un orden! Ella no sabía leer pero llevaba su control con unos numerotes grandotes. Abrimos la caja de sus cadenas, aretes, monedas, la ropa, cobijas. En la parte de abajo estaban sus lozas, sus juegos de té, su cocina equipada a la usanza de entonces. Como no vi que dijeran nada, agarré un par de aretes.

-Estos aretes me los voy a llevar para Elena.

Es una sobrina de ella que todavía vive y siempre me defendió en los peores momentos. Esperé que me dijeran algo, pero, como nadie habló, pensé: “Bueno, ni modo”.

Mi papá murió siete años después que Ramona. Pero antes hubo un resentimiento y un alejamiento. Porque un año antes de que Ramona enfermara, Álvaro y ella negociaron para comprar la casa de El Porvenir. Nos la dieron en \$65.000 de ese entonces. Y quedamos de entregarle \$10.000 cada año. Pero, los intereses eran cada mes. El primer año, nosotros cumplimos. Al segundo, después de su fallecimiento, le dimos otros \$10.000 a mi papá. Pero, cuando fui a hacer la denuncia de su muerte, el abogado me informó que ésa era mi herencia y que ya no debía nada. Mi papá no estuvo de acuerdo porque quería que le siguiera pagando. Y eso provocó el distanciamiento. Pero yo pensaba: “Tengo mis hijos. ¿Por qué voy a pagar intereses?” Ahora sí que saltaba la madre de otros hijos.

Pasó el tiempo. No he sabido de las otras cosas, de sus alhajas, de sus aretes. Cuando mi nieta cumplió 15 años, mi hermano le llevó 5 monedas de plata de a peso.

-Mira abuela lo que me dio mi tío Jaime, dijo mi nieta.

-Vaya, empiezan a llegar estas cosas adónde deben estar, comenté en voz alta:

-¡Cómo eres mala con Jaime!, terció mi cuñada. En ese momento fui muy burlona:

-No, soy re mala, tú, le contesté.

Mi hermano nomás se quedó mirando. Pues sí. No le agradezco ni dejo de agradecerle que le haya dado eso a mi nieta. Le llevó una caja de artesanía de barro con las monedas. Dentro de dos o tres años, mi próxima nieta cumple 15. Si Jaime no lleva monedas se las voy a pedir. Y de una vez le diré: “¿Sabes qué?, de una vez le das a Grecia”. Porque tengo otra nieta de 7 años.

Esto es por una razón. Porque tiene una nuera que es una mujer horrible. Un día le dije a mi cuñada:

-Mira, la decisión de mi hermano con respecto a las cosas que están ahí es muy su decisión y tú sabes que yo no le exijo nada de eso. Pero, simbólicamente hablando y en honor a Ramona, eso debía estar en mis manos y en las de mi hija. Porque somos las mujeres de esta familia. ¿Mi hermano ha tomado esa decisión? Muy su decisión. A mí me va a doler mucho que cuando ya no existas ni tú ni mi hermano, quién sabe dónde quedará

esto. Pero, ni modo. En su momento nadie dijo pío. Ni yo pedí ni él me dio y, pues, ahí que quede todo. Tú sabes muy bien que yo le di la vuelta a esa situación.

No comento esto por ambiciosa. Debo de reconocer que, afortunadamente, tuvimos la casa; durante muchos años no pagamos renta y, en ese sentido, me siento una privilegiada. Pero, ahora sí que fantaseando, si llego a morir después de ellos, me dará mucha pena dónde quedará eso que Ramona fue comprando y guardando con tanto amor. Pienso que si hubiera sanado, me habría dado algo. Estoy segurísima.

Posteriormente vino una reacción mía. Cuando tuve oportunidad de contar con una cantidad de dinero vendí un negocio que tenía, una cocina económica, tres cochecitos volkswagen, un terreno que estaba por ahí, botado, y compré la casa en la colonia La Lucha. Porque Ramona dijo: “De ese cuerito tienen que salir muchas correas”. O sea que no debíamos dormirnos porque la casa de El Porvenir debía darnos para más. Y, de ese modo, por angas o por mangas, yo tengo otra casa. Aquélla que me dejó Ramona la construyeron para rentar. Tenía dos baños afuera, una cocina y dos cuartos. La mitad del terreno no estaba construida. En ese lugar es donde ella me ofreció:

-Cuando salga del sanatorio te voy a dar dinero para que construyas atrás y rentes eso.

Entonces, emocionalmente y convenencieramente, me dolió que haya muerto. Un día, estaba en casa de mi hermano.

-Si viviera mamá, creo que se volvía a morir porque, pues, no hemos hecho nada.

-Pues, yo sí, le contesté. Yo sí. Y estando en esta casa, siento pena si Ramona viera que, realmente, no he hecho lo que ella creyó que podía hacer. Entonces, pues, cada quien, en la feria como le va en ella.

De ahí, mi hermano comenzó a echar cositas con mis hijos: que las carreras que estudian son para morir de hambre y que no progresan.

-Mira, lo bonito de esto es que ellos están donde quieren aunque les partan la madre, le contesté. Y ojalá se la partan ahorita que todavía estoy yo.

Mi hija construyó la parte de atrás donde iba a construir Ramona. Mi hijo Cuauhtemoc, con muchos trabajos también tiene otra casita, además de la que habita en La Lucha. A mi hijo Plutarco, pronto le entregan su departamento. Y faltan los dos chicos. Pero mis

sobrinos tampoco tienen nada, siguen ahí. En ese terreno sí juzgo, sí juzgo y sí me siento triunfadora, me siento triunfadora.

“Y EVA SE ENAMORÓ”

Cuando estaba finalizando el segundo año de la escuela comercial, una compañera de nombre Regina propuso que fuéramos a pararnos frente a unas fábricas, cerca de su casa, para que nos presentaran con los jóvenes que salían del trabajo.

-Donde vivo hay muchas fábricas y salen unos muchachos muy guapos, aseguró.

-Vamos, contestó Sara.

-No, yo no puedo, repliqué

-¡Ay!, pues, le dices a tu mamá que vas a hacer un trabajo de máquina conmigo porque tú no tienes, propuso Sara.

-No, yo no puedo. ¿Qué tal si me cae en la mentira? No, no.

Como que a esa edad ya empezaba a temer. Antes no tenía miedo pero ya, en ese entonces, o eran actos de conciencia o era miedo.

-Sí, vamos, ándale, ándale, insistió Sara. Porque ninguna de las dos teníamos novio.

-Vayan y fíjense, dijo Regina. Porque entre ellos conozco a un señor que es mi vecino y, como salen juntos, le pido que nos presente.

-No, yo creo que no, reiteré.

Pero un día tuve que hacer un trabajo en casa de Sara. Ahí fue la trampa porque en lugar de tomar por ese camino fuimos por el rumbo de Regina.

-Ahorita van a ver que se los voy a presentar, dijo ella.

Yo estaba temerosa. Después de tantas aventuras, estaba temerosa. A mí no me interesaba que me presentaran. En la colonia había un chavo que sí me llamaba la atención. Pero no me gustaba ir más allá y que nos presentaran.

-Abusadas porque ahí vienen, dijo Regina. Y vienen los tres.

Yo, de veras, temblaba. Sentía que, a lo mejor, Ramona me veía, que me estaba espionando. Sara me tomó del brazo. Mientras tanto, Regina se volteó para platicar con los muchachos.

-¡Ánimas!, que venga el camión, pensé.

Pero no llegaba. Regina se acercó con los tres y nos presentó. Uno alto se llamaba Israel y el otro Álvaro, quien después fue mi marido. Y en esas coincidencias, aquí viene algo increíble.

Cuando yo salía a esperar mi camión, algunas veces veía una persona que me llamaba la atención por ese cabello tan negro y porque siempre venía leyendo. Y era tan poco caballero que nunca me dio el asiento. Algunas veces, cuando me tocó sentarme junto a él, ¡no hombre!, creo que iba toda loca, toda arrobada.

Por eso, cuando Regina nos presenta me quedo pasmada. Porque era él y yo no sabía qué hacer. Estaba mal. Llamaba a Sara y ella, en franca plática con el señor y con el otro muchacho, Israel. Y éste se queda aquí parado y yo también. Le insistí a Sara para que viniera. Caminamos un poco.

-Sara, ése es el muchacho del que te he platicado.

-¿De veras?, ándale.

Pero no. ¡Qué barbaridad que yo fuera a insinuarle! Para nada. A mí me urgía tomar el camión y desaparecer porque sentía que se me notaba en la cara. Para colmos, ellos suben al mismo camión. Cuando llegamos cerca de la escuela, nos despedimos.

Algunos jueves, en la última hora, no había clases. Pero como no nos dejaban salir hasta que toda la escuela terminaba su jornada, metían a los dos grupos sin maestro en el mismo salón. Un jueves, Sara estaba peinándose cuando se agacha rapidito.

-Natalia, ¿quiénes crees que están allá afuera?

-Asómate. Están los muchachos.

-¿Cuáles muchachos?

-¡Ay!, no te hagas. Los que nos presentó Regina.

Al ratito dieron las ocho veinte. Salimos y se nos acercan. Subimos a nuestro camión. Al llegar a mi casa, me despido y me bajo. Me echo a caminar y cuando subo al camellón oigo:

-¿No quiere que la acompañe? Era Álvaro.

No dije nada. Caminamos hasta la calle donde yo vivía.

-Sabe que usted me gusta mucho, entonces, no vamos a andar con rodeos. Vamos a ser novios.

Fue la primera vez que me besaron. Y así, con esas palabras tan lacónicas. No puedo decir qué sentí, qué no sentí. No, no. Nada. Recuerdo que me agarró el cabello y yo, de veras, como sonsa; así, toda increíble. Pues ya. Me tomó de los hombros, me hizo girar sobre mí misma y ¡camínale! En la casa, estaban construyendo la parte de arriba. Y, con ese entusiasmo que me llegó de momento, entro, aviento la puerta y me regreso. Entonces, me

pego un golpazo con una de las vigas de las que ponen para sostener el techo. Llego a la cocina:

-¡Eh!, le pegaron en la calle, dijo mi hermano.

Y yo con ganas de abrazarlo, de contarle. Al ratito, cuando me estaba echando agua, entra mi papá.

-Mira esta bruta dónde se fue a pegar; en la cara, dice Ramona dirigiéndose a él.

Y yo, por dentro, feliz por haber conocido a este hombre que era el desconocido que me atraía en el camión y yo lo había encontrado. Al otro día no quería ir a la escuela porque tenía marcada la viga y llevaba un rayón en la cara.

-No. Tienes que ir para que se te quite lo pendejo, sentenció Ramona.

-¡Ay!, que no me lo encuentre en el camión, que no me lo encuentre en el camión, rogaba yo.

Pero él llegó al tercer día y me platicó que por la tarde iba a una escuela de Ingeniería Eléctrica. Durante el primer año de noviazgo las ausencias eran frecuentes. En ese entonces, yo suponía: “No vino porque se fue a la escuela”. A veces, eran cuatro días y no llegaba. Pero él no me daba explicaciones, yo era la que suponía. Y esa forma de ser se ha mantenido desde entonces. Yo tengo que andar suponiendo.

En un momento de ese primer año de noviazgo, preguntó si me podía ver el sábado.

-¡Ah, no!, el sábado no, le respondí.

-Bueno, el domingo, propuso él.

-No, el domingo no.

-Pues yo voy a ir. Te espero en el parque.

Y, ¿qué hacía Natalia? Antes de conocerlo a él, a Natalia le fascinó la bicicleta. Llegaba de la escuela y le pedía permiso a Ramona para dar una vuelta. A veces, ella me decía: “Te traes el pan”. Pues, ése fue mi medio. El día sábado le preguntaba: “¿Voy a traer el pan?” A veces me decía que sí, a veces que no. Y ésa era mi forma de salir. Pasó ese primer año, ahora sí que a salto de mata, con sustos, con todas esas cosas y, en octubre, salí de la escuela, no la terminé. Comencé a trabajar en una Compañía Aseguradora.

Mientras tanto, seguía el clandestinaje del noviazgo. Pero ya tenía un pequeño chancecito más de verlo entre semana. Porque, lo astuta de Natalia era que argumenté media hora más en el trabajo. Entrábamos a las nueve de la mañana y salíamos a las seis de la tarde; pero, según yo, era a las seis y media y eso me daba muy buen margen para andar

de novia. Así, muchas prohibiciones de Ramona me daban margen para sacar un poco de ventaja.

En ésas, él insistía con ir a mi casa. Pero yo pensaba: “Si les digo me van a sacar del trabajo”. Y el trabajo representaba no tanto la parte económica sino la libertad que podía tener. No pasarme horas en la casa. Hasta la fecha soy así. Pasó un tiempo.

-Necesito conocer a tu familia, necesito hablar con ellos para que nos veamos los domingos y tener la libertad de venir a buscarte, insistía Álvaro.

-No, déjame a mí, le contestaba.

Hasta que un día, estando en otro trabajo, me habla:

-No voy a ir por ti porque estoy en la esquina de tu casa y en este momento voy a hablar con tu mamá.

¡Ay!, me puso a temblar. Entonces estaba con otra amiga, Luz María, y le platiqué lo que pasaba.

-Mejor de una vez, de una vez. ¿Para qué andas a escondidas? De una vez, déjalo. Pero, ¿qué atrevido, ¿eh?, comentó mi amiga.

Para esa época me había separado de Sara y estaba en otro trabajo porque, en el anterior, se negaron a darme un aumento de sueldo. Precisamente, el día en que subía a Personal para presentar la renuncia, encontré a Luz María en el elevador.

-¿Quiúbole Natalia?, ¿qué pasa?, ¿adónde vas?

-Me salí del trabajo, le contesté.

-No me digas. Fíjate que yo vengo a buscar a alguien porque donde estoy solicitan dos personas para trabajar.

-¿Pero no hay que estar en la máquina?, pregunté.

-Yo creo que no. Pero si vas a estar, será por un poco de tiempo. Tienes que empezar por algo.

-Ah, pues, vámonos.

Me presentó con unos señores franceses, una dulzura de hombres. Creo que en la aseguradora ganaba como doscientos veinte pesos y allá, cien pesos más. Y, aunque trabajaba los sábados, tenía seguro social. Entonces, regreso con Ramona y le digo que ya no trabajaba en ese lugar porque el departamento no existía más.

-¡Ay!, y ahora, ¿qué vas a hacer?, preguntó.

-No, pero ya tengo trabajo. Sólo que voy a ir los sábados. Los demás días voy a hacer el mismo horario, de las nueve a las seis, pero los sábados salgo a las doce.

-Ah, bueno, pues está muy bien. Oye hija, ¿y cuánto vas a ganar?

Entra otra vez la astucia de Natalia. Le quitó veinticinco pesos. Porque le entregaba todo enterito y ella nada más me daba para los camiones. Cuando trabajaba en la aseguradora llevaba una torta para comer, a veces dos. Pero no podía gastar en un dulce, en un chocolate, en un refresco, en nada. Y veía que a mis amigas les daban. Ellas entregaban su gasto, su sueldo y les daban.

-Mira, he visto unas estufas muy bonitas. No las podemos comprar de contado porque ahorita todos los gastos se van a ir en enyesar, poner azulejo, ventanas y cosas para la casa. Pero ya no quiero esta estufa. ¿Qué te parece si me das lo más que vas a ganar y compramos la estufa?, preguntó Ramona tomando nuevamente en cuenta mi parecer.

La compró de contado con el dinero de los préstamos y lo fue reponiendo con lo que yo llevaba. De ese modo, ahorraba los intereses. Por mi parte, ocupaba los veinticinco pesos en ir a comer a un restaurante. A Ramona le dije que había una cocinita donde cobraban, creo que uno con cincuenta.

Por esos tiempos fue cuando Álvaro llegó a la casa. Para variar, lo recibieron en la cocina que era el lugar donde se hacía todo. Lo invitaron a cenar pero, cuando regresé a la casa él ya no estaba porque iba a la escuela.

-Pues, pásale, siéntate. Todavía estoy levantando los trastes. ¿Vas a cenar?, interrogó Ramona.

-Sí, voy a tomar café.

-Mauro ven para acá, llamó Ramona.

Mi papá entró muy mustio y se sentó.

-Mira Güerina, no tenías por qué exponerte, fue lo primero que ella dijo. No tenías que exponerte. Tenías que haberme dicho a mí, tenías que haberme pedido permiso y a este muchacho ya lo hubiéramos conocido desde antes. Se ve que es ordenado, que es educado, muy serio, trabaja y va a la escuela. Se ve que es un muchacho decente. Entonces, ¿por qué no nos habías dicho?

-No, pues, es que no sabía, respondí.

-Mira, ya dimos el permiso. Vas a salir los sábados a las siete de la noche y vas a regresar a las diez. Y, los domingos, de las cuatro a las diez de la noche, ni un minuto más ni un minuto menos de salida y de entrada.

¿Por qué los sábados así? Porque llegando del trabajo tenía que planchar y terminaba, más o menos, entre seis y siete de la noche

En esa temporada, desgraciadamente, ella empezó a manejar mucho lo de puta. Y sus paisanas, la que más, la que menos, le decían:

-Pues si acaso algún pendejo se la llevará y a lo mejor la hace fuerte. Si no, ahí te la van a dejar con un hijo. ¿Por qué te andas echando esas responsabilidades que no te tocaban?

Como coincidencia, ella empezó a cambiar un poco cuando dejé el primer trabajo. Después de aquel arreglo de la estufa, empecé a ver otro comportamiento. En esa época, yo estaba en la flor de la juventud. Entonces, saco mi conclusión. Para esa época, mi papá era más expresivo conmigo, ese “Rafael”, ese jugar, ese decirme así, a escondiditas: “¿Y qué pasó con ese gallito?, ¿cuándo me lo enseñas?, ¿cuándo me lo presentas?” Empecé a querer mucho a mi papá. Tal vez por la conveniencia pero empecé a quererlo mucho. Le agarré mucha confianza, mucho afecto. Con ganas de presentárselo pero, también, pensaba que si lo metía en un problema con Ramona iba a ser fatídico. Mientras tanto, ella empezó a cambiar, a manifestarse de otra forma. Y antes de casarme, empezaron los problemas fuertes. Su conducta era totalmente ofensiva, tirante. Mucho tiempo después deduje que sentía la proximidad de una maternidad mía. Cuando maduré, más que juzgarla, porque nunca la he juzgado, comprendí que tenía mucho, mucho, mucho que disculparle. En una balanza pesaban más las acciones que ella tuvo -que ahora se dicen positivas- que los malos tratos. Aunque sí me llegaba a doler bastante.

Un día, pasó algo terrible. Iba a salir al cine con Álvaro y con Irma, una de sus sobrinas que tenía la misma edad que yo. Ramona empezó a ponerse de malas.

-Vete a bañar mientras yo acabo de recoger la mesa, propuso la joven.

Dejé de limpiar y Ramona lo tomó como pretexto y comenzó a violentarse.

-Sí que están buenas para esto y para lo otro pero no cumplen aquí en su casa. Son unas desvergonzadas. Salen con la carita muy limpia y no saben cómo tienen no sé qué.

Eran unas cosas terribles. En eso escucho que Álvaro toca a la puerta. Salgo del baño, atravieso un patio, voy a subir para vestirme porque nada más llevaba la falda, una blusa y la toalla. Pues, así me sacó Ramona a la calle.

-Si te has de ir atrás de mí, a mis espaldas, te vas ahorita. Hija de tu tal por cual.

Me aferré a la puerta del zaguán pero ella terminó por dominarme. Me jaló del cabello y me sacó a la calle. Y yo con la blusa, acomodándomela porque no tenía ni brasier ni fondo ni calzones. Baja otra prima, María.

-Oye, prima, pues, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué la tratas así?, le preguntó a Ramona.

Entonces, abre la puerta del zaguán y me saca a la calle. Me quedo parada y, los vecinos de enfrente. No sé por qué no me desmayé o me eché a correr. No dije ni una palabra.

-Llora, lo que quiero ver es que llores. Nunca lloras. Eres como las mulas. Llora. Quiero verte llorar, gritaba Ramona.

Y yo nada. Muy niña aprendí a no llorar. Por ella. Porque me jalaba y decía: “¿Por qué estás llorando?” Mejor dejé de llorar. Ya después, lloraba como la muñeca triste, en los rincones. Entonces, Álvaro me agarra del brazo y me lleva para la esquina. Afortunadamente, la tienda, la verdulería, la carnicería, todo estaba cerrado.

-Vámonos ahorita, dijo Álvaro.

-Yo no me voy, contesté.

-Vámonos. Ya no vas a entrar.

-No, yo aquí me quedo, repetí.

-Vámonos. Nos casamos, insistió

-¿Por qué no me defiende mi papá?, pensé. Yo tengo que regresar ahí, me tiene que defender, tengo que esperar a mi hermano.

Como a la hora y media sale María, una prima de ella, y me invita a entrar. Y yo con ese rechazo, ese miedo, preguntándome, ¿qué va a pasar? Quería ver a mi papá y, al mismo tiempo, tenía miedo y estaba muy dolida. Ella me había dicho: “Las putas tienen que estar en la calle”, una frase muy clásica de la gente de su pueblo. Decían: “No sé qué puta madre te parió”. Bueno, pues, yo tampoco sabía.

Entré a la casa y María me subió a mi pieza. Irma estaba sentada.

-Lo seguro es que me van a decir que agarre mi ropa y que me vaya, pensé.

Pero no era capaz de hablar o de gritar. Esperaba ver a mi papá. Pasó el tiempo, llegó mi hermano, subió, me vio, bajó con ella. El chiste es que un momento dado, Ramona estaba llorando en su cuarto. ¿Qué pasó?, ¿qué le dijeron?, ¿qué decía?, quién sabe, pero a mí se me abrió como un espacio, como un hueco y no pensaba en nada. Como a las 10 de la noche pensé: “Me voy a ir. Pero me voy a ir con sus padres de Eva”. Porque ellos supieron que era huérfana y, alguna vez, cuando iba moreteada de los brazos o de las piernas, Eva lo platicó a sus papás. “Me voy a ir. Ahorita ya no puedo salir; pero mañana, cuando vaya a trabajar, me voy a ir”.

Al otro día fui a la casa de un primo hermano de Ramona que me quería mucho. Era un familión como de 15 hijos. Sin embargo, cuando nosotros llegábamos, don Ángel, nos recibía con mucho afecto.

-¡Oy!, eres una perita en dulce. Mira qué mejillas!, me decía.

Pasaba su pañuelo por mis mejillas.

-Miren no se pinta, no sale el color, decía mientras lo enseñaba muy ufano.

A pesar de tener muchos hijos e hijas me quería mucho. Me llegó a sentar en sus piernas. Fui con él y le enseñé los brazos, cómo iba moreteada por el golpe contra la puerta y toda dolorida del cabello. No repetí las palabras soeces pero sí que Ramona me había sacado a la calle y que mi novio lo había visto.

-Esta mujer no entiende. Vamos con ella.

-No, yo ya no voy

-Vamos con ella, insistió. No vayas a cometer ninguna tontería, ahorita mismo me voy a hablar con ella.

Después, María me contó. Don Ángel dijo que cómo era posible que tuviera esa alma tan negra para tratar a una criatura en esa forma, si no eran las putas de allá, de su tierra.

-Ella no es de allá. Además, le debes respeto. Porque es la hija del hombre que te hizo fuerte a ti. Acuérdate de tus paisanos, cómo te trataron. Y aquí, este hombre te dio tu lugar, se casó contigo. Entonces, hasta respeto les tienes a estos niños, a estos hijos de Hilario. ¿No los quieres? No importa. Pero los tienes que tratar bien. Y más a esta criatura. ¡Cómo eres de alma negra que la avientas a la perdición! ¡Cómo eres! Si no la quieres yo me la traigo. Ahorita la dejé en la casa y tú dices. En este momento quiero que me digas. Dame su ropa o, cuando regrese, no me la vas a maltratar. Porque ya le dije a la güerita que me lo diga y si ya perdió el miedo, escúchalo bien prima, si ya perdió el miedo para irse a quejar conmigo, a refugiar conmigo, ten la seguridad que lo hará otra vez. Ahorita dime, me das su ropa o cuando ella regrese a su casa -porque es tan su casa como tuya- no la vas a tratar mal.

Ese día no fui al trabajo. Llegué a la casa y todo era silencio. Cenamos y yo veía a mi papá. Quisiera haberle dicho muchas cosas pero, por temor a la violencia de Ramona, no me atreví. Pensé que si Álvaro volvía a proponérmelo, me iba. O si se casaba conmigo, yo que sé. Como es natural, le hablé a Eva y fui a su casa.

-Hija, vente para acá. Aquí serás una hija más. Cecilia ven para acá. Mira que Natalia tiene su problema, dijo mientras llamaba a su esposa.

-No m'hijita vente para acá, repitió ella.

-Si otra vez me vuelve igual, sí me voy a venir con ustedes.

-No te vayas a ir con el novio, ¿eh?, no te vayas a ir, Vente para acá o con tu tío Ángel. No te vayas a ir con nadie más, insistió el señor.

En una de esas confusiones, yo pensaba que mejor me iba con los padres de Eva. Eran menos. En cambio, con el tío Ángel eran muchísimos, ahí había que dormir entre todos porque eran un montón y sentía más libertad con Eva.

Pasó el tiempo, siguió el noviazgo con sus altibajos. Ramona era muy atenta con Álvaro, los grandes amigos; y yo, ahora sí que nada más viendo cuándo venía la tempestad. Llegó el momento en que me fueron a pedir. Álvaro llevó a su mamá. Él dijo que lo sentía mucho pero que no se iba a casar por la Iglesia, que no tenía esas intenciones.

-No. La seguridad es el matrimonio civil. Si no están de acuerdo en eso, pues, lo siento mucho pero yo no me caso por la iglesia.

-Bueno, cuando cambie usted de opinión puede volver, contestó Ramona.

Pero yo pensaba que tenía que casarme por la iglesia, para darles por su lado a toda esa gente que me había mal visto y me había injuriado. También, para darle todo el lugar a mi papá aunque, por momentos, sentía que no se lo merecía. Porque, inclusive, Ramona llegó a decir que yo iba a salir tan puta como mi madre. Sentía torbellinos en mi interior. Pensaba: “¿De veras era eso?, ¿por eso la dejó mi papá?, ¿o no fue así? Mi papá andaba de novio y mi mamá tuvo tres hijos más”. Bueno, una mezcla terrible. Entonces, yo tomaba ese matrimonio por la iglesia como lo que necesitaba: una especie de galardón para dejar a mucha gente con la boca callada. Pensamiento de aquel entonces. Porque nunca puse mi retrato de matrimonio en la pared, menos ahora.

-Si no se casa conmigo no me voy. Lo siento mucho, no me voy, decidí.

Ahí empezaron las lágrimas de Natalia, a escondidas. Nos dejamos, nos separamos. Él me había estado dando dinero que yo dejaba en el escritorio del trabajo porque no podía llevarlo a la casa. Además, me dieron un aumento pero no se lo di a Ramona y lo guardé en la pata de la cama. Ahí lo escondía. No podía comprarme ropa ni nada. Cada quincena lo metía en esas patas de tubo y debajo ponía periódico.

-Entonces, no te casas conmigo por la iglesia, le pregunté a Álvaro.

-No.

Al otro día, me llevé a escondidas la cajita del dinero y al siguiente sábado se la entregué. Eso fue a finales de año, del tercer año de mi trabajo. Exactamente el día 3 de enero por la mañana salgo al trabajo y en la calle, donde tomaba el camión, estaba él. Me agarra, me besa y me abraza.

-Me caso contigo por la iglesia, pero con una condición.

-¿Cuál?, pregunté

-Vamos a casarnos ahorita por el civil. ¿Estás dispuesta?

-Pero, mi papá y ...

-Ahorita es problema tuyo y mío. ¿Estás dispuesta? Nos casamos ahorita por el civil. Tú te vas a tu trabajo o te regresas a tu casa y pones la fecha. Aquí está el dinero. Haces todo lo que necesitas para la iglesia y me avisas.

Rapidísimo, fuimos, nos casamos. No llevamos papeles ni nada. Solitos nos casamos. Había unos señores que fueron nuestros testigos. Salimos, fuimos a un café y brindamos con café con leche.

Llegué a la casa un poquito más temprano y guardé el papel entre la ropa.

-Vamos y ahorita les decimos, propuso Álvaro.

-No, no, no. Yo les digo. ¿Sabes qué? Yo creo que ya no nos volvemos a ver hasta que tenga algo de lo de la iglesia.

-Está bien. No nos volvemos a ver, aceptó Álvaro.

Y así fue. En ese momento, yo pensaba que era propiedad de él. Creo que ahora no se piensa así pero, en aquel entonces, sí. Y con eso de que la carne es débil y que yo no había medido mi debilidad en la carne, no sabía.

A los 8 días le hablé por teléfono a su trabajo para decirle que ya había visto lo de la iglesia y que le avisaba nuevamente.

Estaba cosiendo a máquina cuando ella empezó a injuriarme.

-A mí no me engañas. Tú ya has vuelto a ver a Álvaro. Si es que lo has visto nada más porque a lo mejor ya te fuiste con él, dijo Ramona.

Seguí cosiendo y llegó el momento en que me dijo puta. Me levanté de la máquina, saqué el papel y se lo enseñé.

-Yo ya me casé, le dije.

Sale y regresa con el palo de la escoba. Me dio un golpazo en la cabeza pero me lo aguanté. Se me deja ir otra vez. Entonces mi hermano la detiene.

-A mi hermana no le pega, le dijo.

Y se la llevó. Creo que hasta se me nubló la vista por el golpe. No sé cómo no se rompió la escoba.

Llega mi papá y Ramona le cuenta.

-A mí no me digan nada de sus líos. Yo no quiero saber nada. Arréglense como puedan, respondió.

-Pero, ¿por qué dices eso?, preguntó Ramona.

-A mí no me anden con sus cuentos, arréglense como puedan. Yo no tengo nada que ver.

-Pues menos me voy, menos me voy, pensé al escuchar la respuesta de mi papá.

A los dos días Ramona dice:

-Yo me voy a mi casa porque no tengo ninguna necesidad de estas afrentas, de que la gente se ría de mí porque de aquí va a salir una puta.

-Sí, que se vaya, que se vaya, que se vaya, dije entre mí.

-Aquí, la que va a salir es una puta, por lo tanto, yo no tengo que estar aquí, volvió a repetir.

A la casa de Ramona llegaban las muchachas de su pueblo y ella les buscaba colocación. Porque, con el tiempo, ella tomó la figura matriarcal de esa tía Rosa donde mi papá fue a pedirla. Cuando salían de descanso, se concentraban ahí. Y todas me trataban bien. Al otro día, les dijo que no quería que ninguna fuera a mi boda porque la iban a ofender.

-Las putas merecen salir detrás de la puerta, a escondidas. Y la que venga aquí, la que yo sepa que vino cuando ésta se case, le voy a meter un chile por el culo. No quiero a nadie aquí.

Arregló su maleta y se fue. Faltaban 15 días para casarme. Con Álvaro, fuimos al centro a comprar la tela, el satín. Me hice el vestido, el fondo, compramos los zapatos y el velo. En esa semana, también di las gracias en el almacén. Unos días antes, Álvaro había propuesto que dejara de trabajar. Yo acepté para evitar que fuera por mí en la tarde y se suscitara algo. Temía la posibilidad de una intimidad y que fuéramos a más. Yo desconocía totalmente todo, llegué a la famosa luna de miel en blanco. Cuando lo vi desnudo, pegué un grito no sé hasta dónde. ¡Qué cosas tan terribles pasa Eva! Cuando hablo así, de las mujeres, las nombro Evas. Digo, ¡qué cosas, qué trances tan terribles los de Eva!

Me caso en 1957 por el civil y por la iglesia –dos atropellos-, después de pasar un mes muy tormentoso y sin tener conciencia de ello. Vamos de viaje, prácticamente vivimos un mes fuera, entre Mazatlán y Guanajuato. Regresamos a la ciudad de México y, ¡oh!, impacto. Yo no vengo de una excelente familia, ni en lo económico ni en lo cultural ni en nada de eso. Pero, desgraciadamente, caigo en una familia totalmente opuesta, aun en mi nivel económico, de sociedad, de todo eso. Tengo que enfrentarme a una habitación que me dejaron en la parte trasera de ese terreno, donde llegué a dormir en un catre. No renegaba porque él me dijo: “¿Compras algunas cosas que necesites o nos vamos?” Y yo dije: “Vámonos”. Pero, aquí cuenta una cosa fundamental: cesó ese arrullo, esos amoríos, esas entregas sin ton ni son. Entonces, este hombre se manifiesta como el marido y me empiezo a quedar sola en un lugar totalmente ajeno a mí, una colonia horrorosa. En tiempo de lluvias era barro resbaladizo; en verano, vil polvo. Tenía que tapar todas las hendiduras de las ventanas y las puertas para que no corriera tanto. Pasaba el día prácticamente encerrada y empezaba a sentir algunas cosas que no podía ponerles nombre.

Como es natural, él se echa a buscar trabajo y, desgraciadamente, encuentra uno por la noche. Entonces, sola en el día porque él dormía y sola en la noche porque él se iba; con la mamá de él, con la hermana y con un montón de chiquillos mal vestidos y mal atendidos porque, como ellos eran comerciantes, no había una ama de casa.

Así fueron transcurriendo los meses. Parece que hubo un aborto. No puedo precisar. Se suspendió el sangrado y no sentí nada. Cierta vez, cuando estaba lavando algunas prendas llegó la cuñada.

-Tú ya no deberías estar lavando esto, dice.

-¿Por qué?

-No, si es que tú ya no deberías de lavar, ya estás de encargo.

Entonces, me lleva con una mujer. Quiero pensar que o metió la mano o metió algo grande, pero sí sentí. Posteriormente fueron unos dolores ligeros en la cintura y en las piernas y sangrar, durante un mes o algo así. Pienso que si había un aviso, a lo mejor, la intervención de esta mujer provocó más. Yo pensé que la suspensión del sangrado era porque me había casado. Jamás que era un embarazo. Es que estaba en blanco totalmente.

A través del tiempo, he llegado a pensar que fue eso porque, posteriormente, vino más sangrado y ese dolor de cintura o de espalda.

Pasó el tiempo, a los dos meses, otra vez no hubo sangrado. Esperé porque no le podía decir a Ramona ni a nadie. Hasta que un día, ella misma me dijo:

-Oye, estás muy flaca. Mira nada más. ¿No estarás de encargo?

-Pues no sé

-¿Por qué no te vas al Seguro?

Ciertamente, fui al Seguro y ahí me dicen que ya tenía un embarazo. En cierta manera, este hombre cambia todavía más su comportamiento. Pero era como la puntita de algo que iba a llegar de todos modos. Aunque ese acercamiento entre los dos fuera cada ocho días, ya no era como antes. Había algo que no podía explicarme.

Atreviéndome un poco, porque inmediatamente sentí el impacto de esa forma de ser como muy superior a mí, le pedí a Álvaro que viniéramos con mi papá desde el viernes, cada ocho días. Porque allá me ahogaba, me moría. Quería salir de ese ambiente, no estaba para mí, un panorama muy triste. Y accedió. El viernes se iba a trabajar y regresaba en la madrugada del sábado. Yo me relajaba bastante, incluso estando Ramona, quien empezaba a tener un comportamiento un poco raro, más tirante, más frío. Pero me sentía protegida y apapachada por mi hermano. Y el domingo por la noche, o el lunes al mediodía, nos regresábamos con todo el dolor de mi corazón. Cuando íbamos de regreso no me atrevía a llorar porque este hombre pronto empezó a decirme “Imbécil”.

Mientras tanto, se acercaba el tiempo del embarazo. Yo le pedía que me diera dinero para comprar cosas. Y no. No me daba. ¡Era una resistencia!

-Mira, cuando vayamos al mercado compramos costales de manta y de ahí vas a sacar buenas sabanitas y buenos pañalitos, me dijo Ramona. No te debes nunca de atener. Ya te dará, ya te dará. Lo malo es que van a ir a comprar de carreras; pero no te atengas.

Hice como 70 u 80 pañales y una docena o más de sabanitas. Igual seguía pidiéndole pero no me daba. Empecé a ponerme un poco enojada, un poco rebelde y de imbécil y de estúpida no me bajaba. Ya cerca del parto, cuando me dieron la fecha, le dije casi suplicándole que nos regresáramos a la casa de mi papá para estar cerca. Afortunadamente, el patrón quiso y yo estuve pidiendo no sé a quiénes que ya no volviéramos a ese lugar.

Mi hija nació por medio de fórceps. A las 7 y media de la noche del 5 de febrero de 1958. Fue una niña. Yo la vi morenita y me asusté porque él había dicho que tenía que ser mujer y parecerse a su mamá. Todas esas escenas me quedaron tan grabadas y, aunque desconocía el por qué, en ese momento sentía miedo. Nace mi hija, es mujer pero no es blanca como su mamá. Me regocijo un poco. Como había conocido a mi mamá y ella fue morena. Además, esa cosa que te despierta. ¡Qué barullos!, ¡qué barullos de la naturaleza!

En un momento dado te envuelve, junto con ese niño o niña, y ahí te quedas, prendada de ella para toda la vida. Ahora sé del vínculo de la sangre y todas esas cosas. Pero en ese momento, sin razonamiento, sin saber nada, te quedaste atrapada. Para toda la vida.

Regreso a la casa de mi papá y encuentro un ambiente totalmente hostil, frío, angustiosamente terrible por parte de Ramona. Con trabajos, subí y me instalé. Un domingo, a los 16 días de nacida Claudia, bajamos a almorzar.

-Oiga Álvaro, dice mi papá. Yo le quiero hacer una proposición. Tengo ahorita desocupada una vivienda y se la ofrezco. Así usted no tiene mucho trabajo para llegar desde la empresa hasta su casa. Aquí le queda a la mitad de camino para que usted esté al pendiente de estas muchachas, de Natalia y de la niña. Y está más cerca del Seguro Social porque la temporada de frío está muy fuerte. Pero, para que no se sienta mal, si usted se va para allá me va a pagar 100 pesos de renta al mes.

-No, don Hilario, fijese que no puedo. Ahorita no puedo hacer gastos extras, respondió Álvaro.

-Mire, piénselo bien. Si quiere no me resuelva ahorita. Piénselo bien. Pero esa vivienda está allá para que se vayan, insistió mi papá. Ramona ya me explicó ciertas cosas y lo más conveniente es que ustedes se vayan para allá. Si usted quiere. Yo no le estoy imponiendo nada.

Subimos al cuarto.

-Yo no quiero regresar allá, le dije a Álvaro casi llorando. No me gustaría ver a mi hija llena de tierra y sin el agua. Creo que lloré, no sé qué cosa hice y le moví el sentimiento.

-Mira, mientras yo voy por una camioneta, tú te vas y preparas todo. Si cuando llego está todo listo para cargar nos venimos. Si no, no.

Ahora, cuando me acuerdo de eso y lo veo me dan ganas de estrangularlo. Ahí me voy toda tembeleque, con mi niña. En una maleta echo lo que puedo y en los huacales meto mis pocos trastes. Así, nomás llegaba él para destornillar los tanques de gas y la estufita. Casi me estaba sentando para darle de comer a Claudia cuando llegó la camioneta. Empezaron a sacar las pocas mirruñas que teníamos y cargan todo. Era mi liberación. Llegamos a la casa de la colonia El Porvenir. Pasó la noche, me levanté y él se fue a trabajar. Todavía no teníamos agua. Había que traerla como de unos 15 metros. Trajo dos cubetas y ahí me la

pasé con la niña, agotada, dormida y, otra vez, levántate a comer pan y unos plátanos. Luego compró un tinaco grande y lo dejaba lleno. Así fueron transcurriendo los primeros meses de la vida de mi hija.

Él fue mecánico de banco. Según me contaban unas personas, tenía un trabajo muy fino, sabía trabajar en eso. Su perdición fue el aspecto político. Definitivamente. Porque cuando lo detectaban, lo mantenían en determinados sueldos, en cierto nivel y no podía llegar a ser de confianza. Siempre lo tenían a raya, en observación.

Empecé a darme cuenta que el domingo era como una disciplina militar: religiosamente iba a ver a su familia. Y no podíamos tener un tiempo más agradable, más largo para nosotros. Porque entre sus problemas del sindicato y su familia, empecé a ser abandonada. Me nombro o me autonombro abandonada, sin estarlo realmente.

Algunas veces iba con él; otras me quedaba en la casa de mi papá, con Ramona. Pero de paseos, de cine, olvídate. Nada. Otras tardes, los sábados o domingos, era otro aspecto de mis obligaciones conyugales cuando, ilusa de mí, volvía a llenarme de esa fantasía. Pero al otro día se perdía totalmente, era una indiferencia, una frialdad. Yo quería seguir como miel, embarrada en él y, pues, nomás no. Entonces, empezó a llevarse ese tren.

Durante unos mesecitos estuve cosiendo brasier a escondidas del señor porque se podía enojar. Por ahí, le propuse ayudarlo a vender zapatos. Me iba los sábados a León. Compraba como desesperada y regresaba. En la madrugada llegaba a un punto que se llamaba “La Curva”; él me recogía con la carga, llegaba a la casa por mi hija y me iba a un pueblo cercano. Con el transcurso del tiempo, el negocio comenzó a florecer. Pero, allá por el mes de octubre, comencé a sentirme muy cansada. Un día le pedí que fuera a León con mi hermano, yo le apuntaba todos los encargos y me iba a esperarlo al pueblo. Sin embargo, en la madrugada siento como gatos en el vientre y despierto. Pensé que Claudia se me había echado encima. Y no; ella estaba dormida. Me quedo pensando en lo que me dijo una vecina:

-Güerita, ya no ande acarreando esas cubetas de agua porque le puede ir mal. Usted ya está esperando bebé, está esperando hijo otra vez.

Vuelvo a recostarme con Claudia para darle de comer y siento esos movimientos. Entonces sí, el instinto. Me agarré la panza y empiezo a sentir más y más. Al grado de que no fui al pueblo a vender. Por la tarde, cuando regresaron, le dije que había sentido unos movimientos.

-Pues mañana vamos con un médico, me dijo.

Fuimos y, ciertamente, había un embarazo de 6 o 7 meses.

Pasó el tiempo. Cuando este hombre sabe que estoy embarazada va y compra un sillón metálico horrible.

-Te acuestas aquí para que estés más cómoda y yo no te vaya a lastimar.

Como creía que se estaba preocupando por mí, acepté de buen grado. Esta vez no esperé que este hombre me diera. Fui haciendo la nueva ropita. Ramona agarró otro comportamiento. Al principio no fue muy amorosa con Claudia, pero ya se portaba de otro modo. Ya no era ese rostro tan duro y esa indiferencia.

Desde los 7 meses prevengo todo. Cuando llega el momento agarro mi maletita y nos vamos con la niña al hospital. Después de una o dos horas, me dicen: “Vístase porque la vamos a llevar a otro sanatorio”. Porque antes, el seguro Social tenía subrogados hospitales de particulares. Con todo el dolor de mi corazón me visto, me suben a una camioneta junto con otras y nos llevan a Avenida Chapultepec. Pasó el parto y cuando él llegó, yo, muy envalentonada, le dije: “Es niño. Me traes la cobija Fulana de Tal”. Para colmo me lleva una rosa. Pues, de todos modos, cuando me dan el alta salgo con mi niño. Yo sabía que era niño. Llegamos a la casa y éntrale al trabajo, nada de miramientos ni de nada.

Los primeros tres meses de la vida de mi hijo Cuauhtemoc fue un zipi zape que se me moría y que no. Se deshidratava, volvía el alimento constantemente y anduve de la Ceca a la Meca con cuantos doctores me decían hasta que le hice caso a una vecina y fui a ver a su pediatra. Al cabo de una consulta o dos me dijo que a mi hijo no le trabajaba su píloro y que había tenido infecciones por la baja de defensas. Empezó a tratarlo y en eso estábamos cuando no aparece la regla. Por lo que había vivido, yo ya sabía que al fallar la regla era un embarazo. Él me dijo que buscara a alguien o algo para que me hicieran un legrado. Y no faltó quién; por allá apareció y fuimos las dos solitas. Me llevó a ese lugar, me hicieron preguntas y ese mismo día me hicieron el legrado. Todavía media borracha salgo con esta señora, una joven, y llegamos a la casa y ¿cuál cuidado?, o ¿estuvo bien?, ¿estuvo mal? Nada, la atención era mi hijo Cuauhtemoc. Entonces, liberada de eso, empecé a tener como rechazo hacia él por lo que había hecho.

En el mes de diciembre, Cuauhtemoc tiene una deshidratación terrible. Cuando llego con el doctor, todo lo que llevaba iba mojado y mi hijo era un costal de huesitos. Lo encamaron inmediatamente. Creo que actuaba por instinto. Siempre que he tenido problemas con mis hijos, nunca pienso que se han de morir sino que es un movimiento de todo. Yo quiero todo, todo, todo. Salgo a hablar por teléfono, le aviso a Ramona, llega con mi papá, mi hermano, y ella con dinero. Le digo a mi hermano que la niña está sola en la casa y se regresan a verla.

Mi hijo estuvo ahí una semana. Eran 100 pesos diarios; para mí era un capitalazo. Pues, Álvaro lo pagó. Y unas consultas anteriores las había pagado Ramona. Porque, a la

llegada de Cuauhtemoc, esta mujer se entrega. Con Claudia había cierta resistencia por ser mujer. Pero ahí, ya era un hombre. Por propia decisión, ella tenía una mujer que era Patricia, la hija adoptiva. Pero faltaba un hombre, un niño. Entonces, Ramona se entrega y da dinero para aquellas consultas anteriores y a mi hijo le ponen dos transfusiones. Por ese lado, Ramona empezó a cambiar. Mi papá, sobra decirlo, encantadísimo con el niño. En cierto momento, como que se armó una familia: los dos abuelos, mi hermano, Patricia, y él.

Por ahí, él lleva un libro de un japonés y de un inglés y empezamos a interesarnos. Entonces, fue el ritmo. Corrieron sin pena ni gloria 6 o 7 meses y aparece el nuevo sangrado. Y sí, era cosa de estudiarlo, de entenderlo. Empecé a armar mis ciclos cada mes, a sacar los que predominaban, a hacer las predicciones de días estériles y días fértiles, de la probable llegada del sangrado del siguiente mes, incluso, hasta por horas. Hasta el segundo año de vida de mi hijo le entramos al calendario. Pero con muchas reservas, atrasando y adelantando días y estaba el sangrado otra vez. Yo hacía mis cuentas y luego le decía a Álvaro que las revisara.

En cierta ocasión me dijo: “¿Sabes qué? Yo ya no te voy a revisar nada. La conveniencia es tuya”. Lo dijo tan marcado que sí me la creí. En realidad, era verdad, la conveniencia era mía. Pero había otro motivo: el político. Pero ni en los mejores momentos de vida conyugal este hombre tuvo el valor de decirme algo de esta situación política, de no tener familia. Yo intuía que iba a asambleas, tenía libros y cuando le limpiaba el escritorio me enteraba, veía algunas cosas. Hasta ahí llegaba. Pero no caía precisamente en esa palabra: política. Entonces, ese día, me dice contundente:

-A ti es a la que te conviene esto. A mí no. Ya no te voy a revisar el cuaderno, eres tú.

-Bueno, pues revísame éste y ya, le dije.

-No, éste no.

Saqué cuentas otra vez. Estaba bien. Pero, como al segundo o tercer calendario vino una falla, no apareció el sangrado. Esperé el intermedio que dejábamos. Nada. Entonces, le avisé.

-Sí, está mal esto. ¿No pudiste tener más cuidado?, preguntó.

Y el cambio, el rostro, la actitud, me dejaron de a seis. A los pocos días viene a preguntarme:

-¿Qué pasó?, ¿qué has decidido?

-Pues, sí. Estoy embarazada. Ya son dos meses que no hay sangrado, que no me baja la regla.

-Y ¿qué piensas hacer?, preguntó.

-No, pues, mira, me dieron esta tarjeta.

Entonces, da la vuelta y se va. En ese momento pensé:

-No, la responsabilidad es mía, es mía y de nadie más. Entonces, pues, vámonos. Ahora sí que vámonos parejitos.

Y seguí. Él me volvió a preguntar qué pasaba y le dije que nada; que qué había decidido. Nada. Que qué iba a hacer. Nada. Pero, como a los tres o cuatro meses de embarazo empezó una actitud tremenda. ¡Tremenda! Agresiva. Grosera. Un rechazo total, de todo a todo. Cuando tenía como 8 meses de embarazo le habla a Lucía, una hermana jovencita que había ido a la casa para ayudarme. Era un sábado, el clásico sábado de gasto.

-Oye Lucía, ven acá. A partir de ahora te voy a dar el dinero a ti, me vas a dar mi ropa y me vas a dar de comer.

-¿Por qué le das el dinero a Lucía? Estoy yo. Yo te voy a servir la ropa y todo, exclamé.

-¿Sabes qué? Contigo no quiero hablar nada. Me das asco, respondió.

¡Ay!, pues, ¿qué hizo Magdalena? Irse llorando. A llorar y a no entender, a llorar y a no entender y vuelvo a salir a la cocina.

-Es que es mi obligación, yo tengo que tener el dinero, le dije.

-Tú no tienes que tener nada, contestó Álvaro.

En ese momento recuerdo cuando estaba embarazada de Cuauhtemoc y no me permitía dormir con él, me apartaba. Ése fue el primer tabique que sembré en ese entonces. Fue la primera cosa, aún sin saberla plenamente, de que él me rechazaba estando embarazada. Era rechazo. Entonces yo, estúpidamente, me quedo llorando.

Siguió pasando el tiempo. Lucía me daba el dinero. Pero, por ahí, algo estaba alimentándose. De coraje, de resentimiento, de sentir ese rechazo. No me acababa esta idea de que: “Me das asco”. Íbamos a la casa de mi papá, pero con esas reservas, con ese distanciamiento. Yo no volví a pedirle nada y hasta la fecha me quedó eso. Él me compró cosas para el niño y yo seguí tejiendo. Llegó el día del parto. Otra vez empecé de madrugada. Llegué al hospital. Ahí, otra vez, después de no sé qué tiempo: “Vístase señora porque la vamos a llevar a otro sanatorio”.

Al otro día, este hombre va a la visita y le vuelvo a decir: “Tuve otro hombre”. Pero con esa gallardía. Y con Plutarco peor, porque me llegué a sentir muy responsable. Para ese entonces sabía lo de la iglesia, del pecado por aquel aborto que había tenido. Esta vez me sentía muy bien. No había delinquido. Este hombre se puso en cuclillas junto a mí y se le arrasaron los ojos de lágrimas. Me lo quedé viendo.

-Y es hombre. Es hombre. Y ya escogí el nombre.

-Sí -se le quebró la voz-, dice, sí, está bien.

-Pero hay una cosa. Te vas a acordar de mí el día que quieras tener otro hijo. Te vas a acordar de mí, sentencié.

-Pero, ¿de qué se trata?, preguntó.

-No, de nada. Nada más es eso. Tengo otro hijo y es hombre y el día que tú quieras tener otro hijo, te vas a acordar de mí.

En ese momento yo no sabía si realmente rechazaba o no el hijo. No sabía nada. La primera vez, él me dijo que tenía que ser mujer y parecerse a su madre; quería decir que quería un hijo. La segunda vez me rechaza, me pone en la otra cama pero, en ese momento, yo no sabía gran cosa. La tercera vez, el aborto porque Cuauhtemoc estaba mal. Y la cuarta, llega a decirme que me tenía asco. En ese momento no sabía si era yo embarazada, o era el niño que causaba esa cosa.

Después de un tiempcito prudente, me apersono del calendario. Esta vez con lupa. Pasaron 6 meses en que no me dejé tocar. Pero un día, este hombre convenció a Eva y se la llevó a su cama. Porque yo seguía durmiendo en el sillón, aislándome de él. Le hacía de comer, muy agradable la mujer, pero ahí. Llegaban los arrumacos pero, por una parte, sentía miedo y, por otra, tantas cosas que se estaban acumulando.

Entonces, a los 7 meses apareció el sangrado y empecé mes con mes. Pero en ese momento, el deseo me jaló y, con sus debidas precauciones, cedí. De ahí seguí 6 años en los que regía el calendario. No hubo ninguna angustia, ningún tropiezo.

Cuando voy a cumplir 10 años de casada quiero tener otro hijo. Éste se resistió pero ahora sí que yo llevaba la batuta. Claro, entre comillas, porque de mando y decisiones de otro tipo no tenía margen. Eso sí, nunca pensé ocultarle los días. Derecho todo. Entonces, llegó el día en que había el máximo de probabilidades y luego comenzaban a disminuir.

-Fíjate, si yo quisiera, a partir de esta hora podría tener un hijo, le dije a Álvaro

-¿Estás loca? Trae para acá.

-En este día aumentan las probabilidades. Pero, al día siguiente son 24 horas de probabilidad de tener un hijo. Y quiero tener un hijo, le dije.

-Pues, estás loca, respondió.

-Pues, loca y lo que sea. Mira, loca estaría si lo fuera a buscar a la calle. Pero te lo estoy pidiendo a ti.

-No, fijate que no.

Pasó un día, pasó el otro día y en lo que te monto y no te monto, digo: “Sí”. Dice: “No” Digo: “Sí”. Y le empecé a quitar la ropa.

-Mira, vas a tomar en cuenta que no te estoy engañando con los días. No te quiero salir con que me descuidé y quedé embarazada. No. Te estoy pidiendo ahorita un hijo. Te lo estoy pidiendo, así es que no te hagas del rogar.

Como quiera y mande, tuvimos dos encuentros muy tranquilos y pasó la mañana. A la siguiente mañana fueron otros encuentros. En la noche le hablé a Lucía:

-¿Sabes qué Lucía? Vente a hacer cuentas. Del 15 al 20 de noviembre vas a ser tía.

-Bueno, ¿quiere decir que desde ahorita voy a ser tía?

-Desde ahorita ya eres tía. Pero vamos a checar el próximo mes. Pero ya te nombro tía oficialmente.

-¿Y Álvaro?

-¡Ah, no!, ése no tiene que decir nada.

-¿Cómo lo convenciste?

-Pues no sé pero lo convencí.

Al siguiente mes no apareció la regla. Lo di por hecho. Fui con el médico y luego, hablé con él.

-A partir de este momento, tú ya no me vas a maltratar. Si no me soportas embarazada, pues, tienes adónde irte. Y puedes regresar cuando yo venga con mi hijo. Pero tú no me vuelves a maltratar. No me vuelves a decir nada. Vamos a estar bien hasta donde tú quieras. Pero, a partir de este momento, si quieres te puedes ir. Si ya cuando me veas más gorda no me soportas, pues, te vas. Pero tú no me vuelves a maltratar porque éste es mi hijo. Yo lo quise. Tú me ayudaste, tú eres el padre, pero es mío porque yo lo busqué. Así es que no se te olvide.

Él se reía y me abrazaba. Y seguimos como cochecito en 4 ruedas. Este hombre no volvió a injuriarme, a maltratarme, a nada. Me dio ropa, dinero y se portó a la altura. Llegó el momento de irme al hospital, nos levantamos, agarré mis cosas y salí sola. Subí al camión que me dejaba en La Raza.

-Ahorita sí. Me quedo en La Raza porque me quedo, pensé entre mí.

Ya llevaba más armas para que no me mandaran a otro lugar. Me habían dado el pase en esos días próximos a aliviarme. Y yo ahí, ahora sí que montada en mi macho. Llegamos, crucé la calle y éste se me adelanta. Luego regresa y me agarra el brazo. O sea, no sabía qué hacer; él es quien no sabía qué hacer.

Al entrar al quirófano alcanzaron a ponerme algo y nace mi hijo Rene. En ese momento fue otro galardón para mí.

Me llevan y nace mi hijo: “Señora, señora, mire qué hermoso hijo tuvo. Fue otro hombre”. A este hijo -sin herir a los demás porque creo que me han tocado buenas batallas, con ellos y por ellos- a veces lo siento diferente. Me he llevado mis buenas sacudidas de su parte porque es muy compacto. Me dice: “Haz una cosa”, y no necesita un discurso. Me dice en qué fallé como si fuera plomo. Yo siempre reconsidero todo y una cosa muy bonita es que nunca hay rencor entre él y yo. Nada. Seguimos tan cuates como siempre. Muchas veces pienso en él y como que me da angustia de llorar, un sentimiento de muchísimo afecto. Trato de apartarlo de mi mente y ponerlo en la misma situación de sus otros hermanos. Porque no se vale que haga una diferencia. Todo el mundo dice que hago diferencias con Claudia. Les digo que sí pero es mentira. Tampoco hago diferencias con Rene. No, no, no. Pero es lo que yo siento.

Con Claudia fue el inicio de una vida totalmente nueva para mí, era un cambio que quién sabe cuántos años iba a durar. Con Cuauhtemoc fue esa ternura al ver cómo se enfermaba y, también, era mi primer hijo hombre. Con Plutarco me defendí y lo defendí, nos defendimos de ese padre y lo seguimos haciendo. Con Rene hubo una responsabilidad de mi parte, ya no fue “al ‘ai se va”. He analizado mis ubicaciones en esos momentos de concepción y digo que siempre fui muy amorosa. Por esa necesidad de afecto que tenía. En el marido buscaba ese cobijo, esa atención cariñosa que me hacían tanta falta. Pero, desgraciadamente, él no lo vio con claridad. Si había momentos dulces y bonitos, él ganaba y yo también, él ponía y yo también, pero fuera de ahí, era totalmente diferente. Había unas situaciones amorosas tan únicas -yo puedo decir tan únicas- y al otro día se daba el lujo de

decirme imbécil. Yo no entendía. Y fueron creando resentimientos, abriéndome expectativas para controlar la situación. No para convertirlo en un pelele ni en un guiñapo sino para que fuera el hombre que yo necesitaba como pareja, en todos los aspectos.

Con el tiempo se fueron alejando esos días en que él llegaba a golpearme. Y en la cara. Ojalá me hubiera dado golpes por otro lado. Pero era la cara. Entonces, todo eso era ir construyendo algo aunque, en honor a la verdad, yo no sabía plenamente qué era. No sabía bien para dónde iba pero iba poniendo límites o espacios de defensa. Y, sobre todo, poder interpretar, de alguna manera, la conducta de este hombre.

Sin embargo, fue una temporada fue muy bonita. Seguía el amor en popa y me sentía muy contenta con mis hijos. Estábamos bien económicamente. No con riquezas pero bien. Hubo oportunidad de contar con un poquito más de dinero por parte de él y yo le metía la chancla a las máquinas. Mi hija Claudia entra a CCH y empieza a decir que era necesario tener una habitación para ella, otra para mis hijos los hombres y otra para nosotros. Tomamos la decisión de establecer mi sala, mi comedor y mi cocina frente a los cuartos. En eso, tuvimos un distanciamiento porque él volvió a decirme “imbécil” delante de los hijos cuando no supe hacer funcionar un tocadiscos que él les había comprado.

Pero, al llegar la Navidad yo ya había caído otra vez. Me había dejado de arrumacos y todo eso; ya había caído. Llega el Año Nuevo y, a la hora del brindis, sobraba una copa. Como iban a dar las doce estábamos cuenta y cuenta.

-Mira, dos tres, cuatro, cinco. Sí, ya estamos todos completos, les dije.

Pero yo me apersoné de dos copas. Eso me costó caro. Brindamos, los abrazos, la cena y pasó. Al otro día continuamos trasladando todas las cosas.

-Antes que nada tráiganme el refrigerador, pedí

En el refrigerador, a un costado, siempre tenía mi calendario. Lo pusieron, agarro mi papeles, pongo mi calendario, empiezo a hacer cuentas y nada Ya tenía 38 años y nada y nada y nada.

-¡Claudia!, llamé.

-¿Qué?

-Mira mamá, ya tengo una semana y no tengo la regla.

-¡Ay!, mamá.

-Mira, haz, haz, haz.

-No. Pero es una semana. Acuérdate que cada año tienes que reacomodar.

Porque así lo decía el libro. Había que estar atento cuando cerraba el ciclo de un año porque hay modificaciones hormonales y uno tiene que hacer un chequeo.

-A lo mejor es el año mamá.

Regreso a mis cuadernos. ¿Cuál año? No, todavía faltaba. Entonces, entro en una actitud muy desesperada. No por lo que pudiera pasar con Álvaro. Con Rene había quedado el margen: “No te vuelves a meter conmigo estando embarazada”. Pero sí la preocupación porque tenía 38 años.

Pero llegó el momento en que le dije que estaba embarazada y se quedó sorprendido.

-¿Qué vas a hacer?

-Pues, yo creo que me voy a hacer un legrado, un aborto, dijo la canalla de Natalia.

Al otro día me llevó el dinero. Pero yo lo hice para probar su reacción. Por eso digo, “la canalla de Natalia”. Para ver si iba a ser como con Rene y porque un mes antes estábamos tan entregados, se había disculpado por ese insulto, cuando me dijo imbécil por el tocadiscos, y con los cambios de la casa habíamos entrado en un momento muy bonito. Pero, la desconfiada de Natalia, dije: “A ver. De una vez”. Por otra parte, él decía: “Voy a llevar a Claudia, vamos a ir a Cancún por su cumpleaños de 15”. Pero ese “vamos a ir”, nunca fue: “Tú también”. Supuestamente, yo lo daba por hecho. Entonces, quise ver qué había, qué comportamiento, qué reacción y si me iba a incluir en su famoso viaje o no.

-Y, ¿qué piensas?, me preguntó cuando le comuniqué del embarazo.

-Pues, un aborto.

-Está bien, okey.

Al otro día me llevó el dinero y se lo aventé.

-Vuelvo con una responsabilidad, ahora mayor. Y te lo digo otra vez. Si quieres vete. Ahorita ya no me importa nada.

Volvió a surgirme ese coraje, esa comprobación de no embarazos y muchas cosas que se agolparon nuevamente.

Como a los 3 meses, le dije que no era posible que llevara esa conducta tan indiferente. Si quería estar ahí que estuviera. Si no, que se fuera. Y que, además, había otra habitación. Podía irse a dormir a otra parte y yo seguía con el embarazo. Entonces, fuimos bien, aunque no tanto como con Rene. Según yo, andaba de clandestina, cinco meses y no les había dicho a mis hijos. Supuestamente, la única que sabía era Claudia. Porque, prácticamente,

hasta el sexto mes recién cambiaba un poquito la ropa, que yo misma me hacía, porque este hombre seguía en las mismas, sin ninguna atención conmigo. Pero, como estaba enamorada, pasaba todo eso y me agenciaba de la ropa que necesitaba.

Fue una felicidad cuando llegué con el quinto hijo. Todos felices y contentos. Y con él no tuve mayores problemas. Casi me hice un juramento a mí misma de que debía ser muy cuidadosa, puesto que ya tenía 39 años cuando nació Iván. Era un acto de responsabilidad, pero ya consciente, el no andar con detallitos de esa índole, de insinuante, de hermosa con el marido, cuando no debía. Tenía que ser más formal. Porque, de lo contrario, yo misma perdería el control sobre el calendario y toda la responsabilidad que comenzaba a tener.

“CABECITA LOCA”

Cuando Claudia estaba saliendo de la carrera, yo tenía mucho contacto con jóvenes pasantes de Derecho porque había quedado el intestado de Ramona y, a tres de ellos, los llevé a la casa. Uno se llamaba Armando; el otro, Fernando y, también, estaba Manuel. Les dimos confianza por la atención que me ponían en el despacho. Cuando salía un poco tarde, me acompañaban a la Alameda donde tomaba mi camión. Siempre muy atentos. Armando y Álvaro se conocieron y, ahora sí que cojeaban de la misma pata, políticamente hablando. Los otros también secundaban esa situación. A veces, yo los invitaba a la casa porque, al fin pasantes, andaban sin lana.

En esa época compré una cocina económica. Este hombre sacó unos muebles y cambiamos todas las mesas y las sillas. Estaba bonito y, pues, el atractivo. No puedo decir que no. Había gente que, vulgarmente hablando, me aventaba los perros. Y yo me la creía bien suave porque pensaba: “No estoy tan mal”.

Un día, Armando va a la casa. Ya tenía la confianza de que cuando no podía o no tenía, llegaba y lo invitábamos a comer. Veo que llega con Álvaro a la cocina. Me pareció que los dos estaban serios.

-Aquí, el compañero me dice que cuando tenga alguna necesidad, con toda confianza puedo venir a comer, dijo Armando.

-Sí, como no Armando, como no. Y si yo no estoy, pues, la señora ya lo conoce, respondí.

Comieron y se fueron. Fue la última vez que lo vi. Pero sucedió algo. En cierto momento que no logro precisar, Plutarco me dijo:

-Mi papá prohibió terminantemente que le abriéramos la puerta a los abogados, especialmente a uno de ellos, al moreno de cabello largo, porque te buscaba a ti.

-¡Ah!, ¿sí?

-Sí. Que ese tipo no tenía nada absolutamente que hacer en la casa ni menos en la cocina.

Como un año después de esto, y un poco antes de dejar la cocina, se volvió a presentar una situación de violencia. Venía de dejar mis papeles de salubridad. Por la zona estaban construyendo una línea del metro. Como estaba oscuro, el paso era medio tenebroso. Yo venía rápido y, de pronto, me enfrento con uno de los borrachillos que iba a la cocina.

-Señora Natalia, ¿cómo está? ¿Qué anda haciendo tan noche?, preguntó.

-Vengo del Centro. Pero Ud. ya debía de irse, ¿qué anda haciendo aquí solito?, ¿y sus amigos?

-No, pues, se fueron todos.

-Ya mero terminan esa construcción, ¿verdad?, le dije ingenuamente.

-Sí, ya mero terminan. Oiga señora Natalia, ¿cómo ha estado?

-¡Ah!, pues, yo estoy bien. Y, ¿sabe qué? Ya me tengo que ir.

En ese, “ya me tengo que ir”, este hombre me pone la mano en el hombro y le digo:

-Con permiso, yo soy la que me voy.

-No, mire, es que yo quería hablarle.

-Mire usted me habla el lunes en la cocina, el lunes. El lunes platicamos todo lo que usted quiera. Ya sabe que usted llega ahí y es siempre bien atendido.

En ese preciso momento, mientras estoy hablando, pasa Álvaro. Y él, que siempre se las da de que nunca conoce a nadie en la calle y menos cuando está oscuro, pues, ese día sí conoció a su propiedad. Yo veo que pasa y miro a ese tipo.

-¡Ah, chingado! Ahora sí creo que la regué, pensé.

Me encamino y dejo a este hombre hablando. Tomo la banqueta y Álvaro me agarra del brazo

-¿Qué pretendes?, ¿qué tienes que ver con ese tipo?

-Nada, nada, estábamos platicando.

-¡Ah!, ¿sí? ¿Y a estas horas de la noche? ¿No has pensado en tus hijos? ‘Orita llegamos a la casa y les digo dónde estabas y con quién. ¿No has pensado en ellos?

-No, no Álvaro. Si vas a hacer eso, yo ahorita ya no llego a la casa, ya no llego. Pero no le digas a mis hijos nada de esto, ¿por qué les tienes que decir esto?

-¿Por qué?, ¿te parece poco lo que estabas haciendo?

-Si no estaba haciendo nada.

-Eso es lo que tú me dices.

-Y, además, este hombre está borracho, está borrachín este tipo.

-Pues sí, es lo que tú dices. Jamás hubiera pensado que te enredaras con un tipo como ése.

-No, no Álvaro, yo me regreso, yo no voy a la casa, ya no regreso a la casa.

Y lo hubiera hecho. Pero éste me agarra y me lleva. Para acabarla de amolar, dando la vuelta a la esquina estaba mi hijo Cuauhtemoc parado afuera.

-¿Quiúbole mamá?, ¿adónde andabas?

-Pues, por ahí, respondí

-Nos encontramos en el camión, aclaró este hombre.

Entonces, entré en una confusión terrible.

-Bueno, este hombre, ¿le voy a agradecer mi seguridad en la casa? O ¿por qué no hablo?

Anduve como autómata. Y, a partir de ese momento, empiezo yo a ver las conductas de Álvaro y allá, muy remotamente, también las de Natalia. Y esa vez, exactamente esa vez, creo que sufrí una violación de parte de Álvaro. No creo, sino que fue una violación. Ese momento, el ir sobre mí cuando yo no quería nada. No quería nada, nada, nada. Con frecuencia teníamos relaciones. Pero en ese momento, esa noche, yo no quería. Porque también estaba lo que Plutarco me había dicho. Entonces, otra vez, caigo en eso de pensar: “¿Por qué dijo que Armando me iba a buscar a mí? y ¿por qué se lo dijo a mis hijos?” Todo eso se viene encima. “Híjole. ¡Qué estúpida!, de veras, cómo se me ocurre detenerme con este infeliz”.

Ahí nacieron dos cosas. Deshacerme de la cocina y ver a Álvaro de otra forma. Porque con lo de Armando estaba la duda. Pensaba: “¿Por qué esos comportamientos? ¿Por qué decirme: ‘Yo nunca pensé que te enredaras con un tipo como este. Un borrachillo insignificante’? ¿Qué calidad me daba en ese momento y qué poder o no poder de él hacia mí? Al decir que, a lo mejor, yo actuaba de esta manera porque él ya no podía, no servía o cualquier cosa, también estaba desvirtuando. Y la duda con lo de Armando. En ese momento, enlacé esta situación con Armando. Entonces, llega esa violencia, porque fue una violencia, y sobra decir que me ganó. La única diferencia que establezco con el hombre es la fuerza física, entonces, sobra decir que me ganó y yo quedé mal. Mal, mal, mal.

Pasaron unos días. En cierto momento, estábamos en la cocina. Me agaché y quedé apoyada en sus rodillas.

-¿Qué piensas de mí Álvaro?, le pregunté.

-¡Ay, cabecita loca!, respondió.

Pasó. Seguimos en una relación común y corriente. Pero un día, en otra situación de violencia, en que tampoco quise acceder, le digo:

-¿Por qué le dijiste a mis hijos que Armando no podía venir a la casa y menos cuando tú no estuvieras?

Y empezó a reírse con esa risa media burlona que tiene.

-No, no se trata de que te rías. Dime por qué.

-Es que Armando me dijo: “Compañero, yo soy capaz de dar la vida por ti”, respondió.

-¡Ah!, entonces consideras que yo ya le pagué. Eso es lo que tú piensas, ¿verdad? Pues, ¡qué barbaridad!, ¡qué barbaridad! Tú piensas que le pagué por adelantado, el hecho de que él dé la vida por ti. Eso no se vale y lo que menos se vale es que les hayas dicho eso a mis hijos. Aun con lo que tú pienses, aun con lo que tú creas, aun con lo que tú seas, aun con lo que creas que soy yo, no se vale que les hayas dicho eso a mis hijos. Con razón Plutarco es así conmigo. Eso queda en ti, no en mí. Yo tendré que seguir viendo la situación con Plutarco. Pero tú ya nos pusiste el sello y tengo que sortear esa situación con Plutarco.

En dos o tres ocasiones pensé en la posibilidad de vender la cocina. Entonces, como unos 8 meses antes de decidirme, una tardecita en que estábamos solos, le dije:

-Oye Álvaro, quiero proponerte algo. Ya no vayas a trabajar, estás cercado. A todos los que estaban contigo, políticamente hablando, ya los corrió la empresa. Una vez tú dijiste que la empresa no iba a descansar hasta dar con la cabeza y tú eres la cabeza. El último que salió fue Florián que era el más cercano a ti. Ya no vayas. Mira, te propongo esto. Un día te van a correr y vas a estar en la casa en ciertas horas, cuando antes no estabas conmigo. Ni tú ni yo nos acostumbramos a estar juntos. Tenemos que empezar a conocernos como lo que somos. Y ya somos abuelos. Mira, tenemos este negocio. Tú me ayudas con todo lo que necesito hacer fuera del negocio y yo me quedo aquí. Ya no vienen los muchachos a ayudarme, las señoras me empiezan a robar, faltan cosas y esto se va para abajo. Entonces, tú vas y provees todo lo que necesito, me ayudas, como siempre, en las mañanas, estás aquí conmigo, vigilando en algunas horas. Yo me apuro y en las tardes hasta te puedo acompañar a tus reuniones. Porque necesitamos conocernos, aceptarnos de viejos. No hemos hecho ninguna labor al respecto. La primera en salir fue Claudia, al rato Cuauhtemoc y Plutarco. Entonces, necesitamos aceptarnos, conocernos nuevamente.

Tenemos la casa, no pagamos renta. Fíjate que aquí viene una cosa importante porque los hijos, al ver que tú ya no trabajas, se van a mover y empezarán a buscar lo suyo. Nomás nos quedaríamos con Rene y Iván. Claudia está afuera, Cuauhtemoc y Plutarco van a tener que moverse, nos quedaríamos con Rene e Iván y de aquí sacamos la comida, la ropa y muchas otras cosas. ¿Qué te parece? ¡Ay!, ese Cabecita Loca, otra vez volvió a funcionar.

-¡Ah, cabecita loca! No pienso dejarles la mesa puesta. Ese medio millón de pesos que es mi despedida de ahí, tampoco pienso dejárselos.

-Pero es que tú ya estás solo y tú eres la cabeza de todo ese movimiento. Entonces, ¿para qué esperas a que te corran? Salte y vamos a hacer lo que te propongo, insistí.

-No, definitivamente no. No pienso dejarles la mesa puesta, volvió a decir.

-Mira, si hubieras logrado cerrar la empresa, pues sí, todavía tendrías que estar viendo. Pero no lograron cerrar la empresa. ¿A qué le tiras?, me atreví a decir.

Fue de los grandes planes que he hecho en mi vida y me han fallado. Se levantó, fue una noche amorosa, todo corrió sobre ruedas pero, en ese momento, dije: “Vendo la cocina”.

Como a los 3 meses de esa plática lo corren. No volví a decir nada. Pero en mí quedó ese sentimiento de que era más importante su situación política que yo. Y, en ese momento, aseveré y confirmé que la primera situación de un hombre de esta particularidad es primero su partido y después lo demás.

Pero entonces yo, Natalia, se enfrentaba a un hombre para quien lo primero era su partido; lo segundo, inmediatamente -si es que no era lo primero- sus hijos; después no sé qué y, a lo mejor, después yo, o ni yo.

En un momento dado, llegó con un paquete que contenía el medio millón de pesos. Era la indemnización. Podía haber sido mucho dinero pero para mí no era nada.

-Ten, me dice.

-¿Esto qué es?

-Es mi indemnización. Ya estoy fuera de la empresa. Guárdala.

Estaba el fregadero, un refrigerador grandísimo y entre medio había cajas de cerveza. Ahí puse el dinero. Tuve la precaución de envolverlo en un periódico y lo puse ahí. Afortunadamente, nadie abrió el paquete. Unos días después llega él.

-Oye, ¿el dinero?, pregunta.

-Ahí está.

Voltea y me fulmina con la mirada.

-¿Desde cuándo está este dinero ahí?

-Desde que me lo diste, ahí está, ahí, ése es su lugar, nadie lo tocó.

Se agacha, lo toma y se lo lleva. Pero se va bien encabronado. Yo me quedé igual pero pensé: “Ahora sí vendo la cocina”. Hablé con Plutarco.

-Fíjate que he pensado en vender la cocina.

-¿Por qué?

-Pues, es que mira, ya me falta esto, me falta lo otro, no vienen tus hermanos, no hay quién me ayude y tengo que pagar más sueldos. Cuando voy al mercado a comprar lo que necesito falta comida; tampoco hay dinero y entre las señoras empiezan a echarse la culpa. Empiezo a perder. Hubo una baja del peso y algunos obreros dejaron de venir porque dicen que ya no les alcanza. Perdí una entrada de las 11 de la mañana y, con la falta de las muchachas que me ayudaban a servir y con todo lo demás, este negocio se va para abajo.

Entonces, le comunicué a Plutarco.

-Pero, pues, ahora que corrieron a mi papá, ¿qué va a pasar?

-No sé, Plutarco, no sé. Pero fíjate nada más que antes de perder totalmente, sí, yo vendo la cocina.

Interiormente, era como una especie de venganza, como una especie de: ¿a ver ahora qué haces? En una de tantas llego a la tiendita que estaba junto y me dice la señorita de ahí, una señorita quedada:

-¿Qué pasó?, ¿no me va a vender su cocina?

-Ahora vendo. Sí.

-¿De veras?

-De veras.

-Órale. ¿Le ponemos precio?

-Le ponemos. La espero en la tarde.

Cuando llegó, le dije:

-Con todo lo que está aquí se queda usted menos con la cafetera porque esa sí es cuenta aparte. ¿La quiere? Es tanto. ¿No la quiere? Me la llevo. Y me voy a llevar los cubiertos, mi olla Express y el refrigerador. Eso es lo que me voy a llevar.

Pues, fue tanta mi locura que lo único que saqué fue la cafetera. Hasta ahorita no concibo plenamente cómo fui capaz, de un día para el otro, de dejar el lugar. Tan maltrecha

estaba emocionalmente. Anduve como sonámbula una semana, dos semanas. Él no me dijo ni por qué vendiste la cocina ni cuánto te dieron ni nada. Absolutamente nada.

Entre tanto, Álvaro había entrado a trabajar en un supermercado con un salario de hilo flaco. Mientras tanto, una prima le hablaba de unos terrenos inmensos, que se trataba de una invasión en la colonia La Lucha. Pero como este hombre era de “no a la riqueza”, “no a la explotación del hombre por el hombre”, nunca hizo caso. Sin embargo, sale la posibilidad de comprar una casa y me comunica la noticia. Entro en dudas.

En ese último año cuando estuve en la cocina, entre Claudia, Cuauhtemoc y su papá sacaron un autofinanciamiento. Pero nunca les entregaron el maldito carro hasta que se pagó el último centavo. Por lo tanto, nunca lo disfrutamos. Pero estuvo muy bien, porque cuando sale esta oportunidad, les dije: “Este carro yo lo vendo”. Y así lo hice. Lo único que le gané fueron 100 pesos porque en aquel entonces costó un millón y yo lo vendí en un millón cien mil, algo así, fue poquito. Vendí el carro, me movilicé rapidísimo y vendí un terreno a las afueras, donde nunca se puso una piedra porque el santísimo señor quería instalar una granja para su mamá y su papá y, por consiguiente, para sus hermanitos.

Cuando llegó el paquete de la casa, que fueron tres millones y medio, vendimos un carrito azul y otro blanco. Inclusive, mi hija, también tuvo que vender su carro para completar todo eso. Todo lo que juntamos lo metemos en la casa de La Lucha. Y, empieza la debacle económica. Acá vengo y no hay nada, no puedo establecerme, la gente es muy pobre, no da ni siquiera para que ponga comida para llevar, ni para eso daba.

Pero, en ese momento, yo pensaba que iba a dar un golpe maestro. En primera, iba a demostrarme yo, a tomar las riendas. Lo otro era demostrarle a él, y a mí misma, que sí podía hacer cosas y dejarme de partidos. Yo iba a seguir escuchándolo, él iba a estar en su casa, porque era tan de él como mía, y todo estaría bien. Aunque, políticamente hablando, sentía que, posiblemente, él también iba de bajada. Pero yo sí vi que aquellos viejos comunistas ya era viejos, hablando físicamente. En ese entonces, Álvaro tenía 50 años. Ahora tiene 70. Es obvio que se va desbancando a los viejos. Primero, a lo mejor, por viejos; segundo, porque venían nuevas ideas.

Mis hijos estaban adolescentes, iban a necesitar más cosas, sobre todo, ropa. Nunca les pudimos comprar un traje, nunca tuvieron exceso de ropa. Entonces, cuando decidí venirme para acá, era demostrarle que podíamos haber hecho más porque estaban los hijos. Una vez se lo dije .

-Tú pudiste. Decías que el mundo es de los audaces. Pero, aparte de la audacia, la inteligencia. La audacia te iba a llevar a proveerles ropa a tus hijos, situaciones que tienen otros hijos de comunistas; y la inteligencia iba a cuidar tu integridad como militante del Partido. No estaba reñido, tu familia y tu condición allá afuera. Pero todo se te fue en el Partido Comunista.

Muchas veces él se reía y luego entraba en explicaciones. Yo lo entendía. Pero tú ves que están hablando por una humanidad y cuando volteas a la casa está pasando exactamente lo contrario de afuera. ¿Que la división del trabajo? Yo era la única que me llevaba friegas. ¿Que no a la explotación del hombre por el hombre? Yo fui una subordinada de él puesto que si yo cosía y buscaba la lana, él era el patrón. ¿Que no a la riqueza? Poco más y nos apendejamos y terminamos en paños. ¿Que la intelectualidad, que la inteligencia? Eso se tenía que alimentar, ¿con qué?, ¿con comida? Él decía, las primeras satisfacciones del hombre son tener qué comer, dónde vivir y después dedicarse al arte. ¿Tener qué comer? Con lo de él ya no alcanzaba. ¿Dónde vivir? Él nunca dio dinero para las escrituras. ¿Dedicarse al arte? Bueno, mis hijos no iban a dedicarse al arte pero estaban en la universidad.

Por todas esas cosas, a veces, llegué a pensar que estaba ante un adolescente, a lo mejor, ante un soñador. Lo confieso, yo también llegué a soñar mucho con él en ese terreno. Pero no podía creer que teniendo toda esa carga de responsabilidad, no por la mujer sino por los hijos, no se partiera el alma. Un día lo dijo: “Yo soy capaz de partirme en dos por mis hijos”. ¿En qué?, o ¿cuándo? o ¿por qué? Todo eso se fue acumulando. La vida sexual de pareja se fue enfriando o yo la fui enfriando. Sí, él me buscaba pero la fui enfriando. Se iba la carreta. Y me vengo para acá.

-Pues, ahora es cuando aquí la bebemos o la derramamos, pensé

También, en la decisión de irme a Santo Domingo estaba incluido el demostrarle a mi hermano que no era como él pensaba, que una mujer puede moverse. Porque ellos llegaron a criticarme. Como que pensaban que yo manejaba a Álvaro como pelele. Mentiras. Nunca iba a aceptar un pelele en mi casa. Pienso que no. Mis opciones, mis búsquedas, mis expectativas eran otras que valerme de un pelele. Nunca hubiera aceptado eso. Llegué a sentir que me miraban como a una avara, una egoísta. Y también demostrarle que una mujer, yo, su hermana, podía hacer otra cosa; y que él, como hombre, como jefe de su casa, pudo haber hecho más porque tenía un sueldo buenísimo.

Cuando llegamos acá veo, aparte de la miseria que se me viene encima, la miseria que llevábamos. Unas camas, una estufa, unas lavadoras, 6 sillas. Los sillones habían dado de sí lo que tenían que dar, no teníamos televisión ni roperos ni escritorio. Llevábamos unos cuchitriles como para tirarse, una miseria física. Lo único de valor eran los libros, a los

cuales siempre les hemos tenido especial atención. Pero ni librereros ni nada. Me sentía como buñuelo a punto de desgajarme. Y eso se tornó en rencor en contra de él, manifiesto por los cuatro costados.

Entonces, me busca como pareja y yo accedo una o dos veces. Pero llegó el momento en que ¡basta! Corté. Corté antes de llegar a ese fin de año fatídico. Como en dos meses, corté toda relación con él, toda. Y ahí hubo otro acto de violencia del cual salí ganadora. Corrí y me acerqué a la puerta.

-Tú me haces algo y 'orita les hablo a mis hijos. Orita les hablo a los muchachos.

Se contuvo. En ese momento, en ese preciso momento, me dice:

-Mira, lo que tú quieres ahora es que yo ande infectándome por ahí.

-¡Ah!, ¿sí? En este momento me doy cuenta, exactamente, para lo que te he servido. Nada más que para un depósito de "X" y de ahí tengo mis 5 hijos. Me siento muy bien con ellos aunque la intención tuya no era ésa. Pero si dices que yo ya te di todo, que te andas infectando por ahí, pues, es muy tu problema. Yo ya veré cómo resuelvo el mío.

-¡Ah! ¿sí? Pues, entonces es cierto lo de Armando, es cierto lo de esa noche que te encontré platicando, que tú dices que platicando.

-¿Nos viste montados uno en el otro? Estábamos de pié, repliqué.

Ahorita, en este momento, como en otras veces cuando lo he pensado, me pregunto: ¿con quién me casé?, ¿con quién estuve compartiendo?, ¿con quién? Pues, con un macho ciento por ciento. Muy comunista pero muy macho. Con muchos prejuicios, con muchos tabúes, con mucha clandestinidad hasta en el amor, y yo creo que con unas fallas emocionales más fuertes que las mías y que, por alguna razón, no las saca. Y lo canalizó conmigo. Porque en los malos momentos, yo era la imbécil, la estúpida, la que quiere todo digerido, la mano rota, la que no da resultados y lo decía chasqueando los dedos. Una vez, le dije:

-Pero todos esos títulos que tengo, tú los cierras con broche de oro por conchudo y atenido. Sí, eres un conchudo y un atenido. ¿Me has traído gasto? Sí. Pero el que has podido, nada más, porque no has luchado por más. Tus hijos son 5. ¡Ah!, pero ahora me doy cuenta que como yo los quise tener, entonces, yo debía estar totalmente al frente de ellos. Si hubieras tenido el valor de decirme: "¿Sabes qué Natalia?, me voy a dedicar a mi partido y ahí te dejo", yo, con lo terriblemente enamorada que estaba de ti, que para mí eras

un dios, todo te lo creía y te sentía como superhombre, te hubiera mantenido con todo el gozo de mi corazón. Porque si no hubiera despertado, en aquél entonces sabía que tú estabas buscando un beneficio para la humanidad y por eso llegabas al sacrificio. Pero conmigo no te ibas a sacrificar mucho, siempre y cuando hubieras tenido el valor de decirme que te ibas a dedicar a eso. Y te hubieras encumbrado más y de pérdida hubieras alcanzado una diputación y les hubieras dado un levantón a tus hijos. Todos han tomado de ti la parte buena, el habernos salido del montón. Eso te lo reconozco. Tienen otra visión y espero que no sean tan machos como tú. Tienen capacidad, están luchando, pero moralmente, si su papá llegaba a una diputación, ¡no, hombre!, la levantada moral, ¿eh?, ¡moral!, que les hubieras dado. No la económica, porque para eso estaba yo, aunque sea rascando tierra. ¿Y que pasamos las de Caín? De acuerdo. Pero, fíjate nada más si me he atontado, ¿adónde estuviéramos, Álvaro?, ¿adónde estuviéramos?

Yo me casé por las angustias que tenía con Ramona, por aquellos detalles de que, “eres una pulga”, y todas esas cosas. Posteriormente las entendí porque, en primer lugar, era de mujer a mujer, en ella habría celos y cosas así. Entonces, conozco a este hombre y me gusta. Lo que le veía de bonito, de atractivo, era su cabello negro, sus ojos y, en fin, su personalidad. Al cabo del tiempo llega ese llamado natural de la carne. Nos casamos. Muchas veces pensaba que no sabía de dónde venía ese hombre y, sin embargo, compartía la cama conmigo. Muchas veces, mientras hacía de comer pensaba eso. ¿Cómo es su familia realmente?, ¿es un loco?, ¿me va a tratar bien? Y le estoy haciendo de comer a un desconocido. Lo pensaba muy sola porque entonces era muy solitaria. Pasaron cinco años en que nació Claudia, Cuauhtemoc y, próxima o posterior al nacimiento de Plutarco -porque sería entre los 5 y 6 años de matrimonio- empezó a surgir algo, a pesar de las grandes crisis de matrimonio. Sentía cierta ansiedad cuando se tardaba, si no llegaba a la hora de ir a la cama; porque el atractivo era que me tenía abrazada. Yo lo veía como a un dios y me sentía amada o querida.

En esta época, cuando empiezo a enamorarme de él, comienzo a conocer su situación política, a medias, muy a la oscura. Ahorita digo política pero antes no sabía ni qué. Pero me angustiaba porque no llegaba, inclusive, lloraba. Y cuando oía la cadena del zaguán salía voladísima, me le prendía al cuello y, bien amarrada a él, llegábamos a la casa. Cenaba cualquier cosa pero me afanaba en todo porque él estaba ahí. Realmente sentía lo que dicen las adolescentes: palomitas, pajaritos, pichoncitos, campanitas. Creo que sentía todo eso y, posteriormente, venía el deseo. Así seguimos. Vino el embarazo de Rene y seguimos. Como un año antes de embarazarme de Iván era la locura. Yo aceptaba de buen grado que él se iba y discretamente le preguntaba adónde. Me decía que a una asamblea y, por ahí, comienzo a conocer la palabra célula. Y empiezo a ver los libros que tenía. Y me afanaba en su ropa para que estuviera limpia. Porque creía que él estaba haciendo algo bueno. Si para mí la persona era buena, pensaba que todo era bueno. Como que era mi héroe. En una palabra, a la distancia y antes de que estuviera Iván, sé que fue un enamoramiento. Estuve terriblemente enamorada de él. Tan enamorada que me volvía una fiera cuando intervenía su familia. Y una vez me atreví a decirle:

-Si yo pudiera borrarlos de la tierra, los borraba; porque vas más con ellos, al primer llamado te vas y yo te estoy esperando.

Él se reía con esa risa media conchuda y media sarcástica que tienen, tanto él como toda su familia. Y algunas veces, cuando había tiempo -porque ésa es la palabra, tiempo- me abrazaba, como consolándome, como “sana, sana”. Y se iba y yo quería estar ¡pegada!, ¡pegada! A todo esto, nunca sentí celos, nunca. Andando el tiempo supe que también había compañeras. Pero no sentía esa inquietud. Yo pensaba, sin tener mayores conocimientos al respecto, que lo que él me daba sexualmente hablando, sólo me lo daba a mí. Siempre lo pensé; hasta la fecha lo sigo manteniendo. Si alguna vez tuvo una necesidad, no se diga en los últimos años, para mí pasa en blanco.

Algunas veces, por la mañana, me decía: “¿Nos vamos a bañar?” Y nos íbamos a unos baños públicos. Al principio sentía mucha pena por las personas que estaban ahí, esperando para bañarse. Yo salía con pena por todo lo que pasaba. Lo bañaba, él me medio bañaba y ¡no, hombre!, en los baños vivíamos, plácidamente, todo lo imaginable. Ahí fue donde sentí, la primera vez, un orgasmo. Creo que teníamos como unos 6 o 7 años de casados cuando me quedé en una regadera, acostada, vencida, pero todavía alborotada. Me quedo en esa regadera, en una especie de banca, solita, enjabonada, con mucha pereza. En eso, abrí la llave y cayó agua caliente, calientisisisísima, en un punto. Me quedo sorprendida, sentí muy bonito, vuelvo a intentarlo y, ¡no!, el acabose, ¿qué es esto? Corro con él. Él estaba en otra habitación con vapor muy fuerte. Le hablé.

-Oye, fíjate que acabo de sentir una cosa. Me cayó agua caliente. Señalé, no le dije ni nombre porque no sabía nada. Se rió.

A partir de entonces empezó un trabajo, se puede decir manual, por parte de él. Creo que ese día nos tardamos como 4 horas en el baño. Y fue el acabose. Entonces, yo estaba más redondita, el deseo me llevaba al amor o el amor al deseo; no sé qué diablos pasaba pero yo vivía en esa ansiedad y había una respuesta de él. A estas alturas, con lo que he leído y visto, considero que fue un amante de aquellos; y que hubo una respuesta mía porque me enseñó, es la palabra, me enseñó ese auscultamiento. Me abrí, me desinhibí y cuando lo miraba a los ojos ya no me daba pena. Él nunca preguntó dónde aprendiste o quién te enseñó. Nunca nada.

Y yo, al tocarme después de esa agua, ¡no!, creo que necesitaba una piedra ahí. Ésa era la sensación. Por lo tanto, hubo un acoplamiento mayor. Vinieron los días del calendario y presumo que estábamos ávidos, tanto yo como él, de que llegaran esos días. Y, por ahí, surge la propuesta de “¿vamos a un hotel?”. Él se resistía muchísimo por su clandestinaje de partido. Después lo entendí. Creo que pensaba que las paredes tenían al enemigo, al grado de que ponía la silla en la puerta y, según él, se aseguraba. Empezamos a ir a un hotel y ahí comenzó una revolución interminable. Era esa cosa de que nos estamos quitando la ropa mutuamente. Para mí es una de las partes más bellas de entrarle a una cosa de orgasmo, de penetración, de coito, de todo lo que se diga. Había veces en que era tal la prisa que yo empezaba a quitarme la ropa y él también. Una de las cosas que se me ha quedado en la mente grabadísima es ésa, de estarnos quitando la ropa mutuamente, atropelladamente, y se te atora algo y te lo jalas o vas colgando con medio brasier. Eso es bellísimo, bellísimo.

Entonces empezaba a pasar una circunstancia. Es obvio que, a estas alturas, entiendo que la mujer tiene una capacidad gloriosa y espantosa de recuperarse y ellos quedan vencidísimos. Pues, a veces yo ahí, como rogona, le insistía. A veces, respondía; otras, me decía: “Déjeme descansar”. Y cositas así. Porque entrando en esos detalles, él me hablaba de usted. Y me gustaba. Sentía muy bonito.

-¿Cómo se quedaron sus hijos?

-¡Ay!, pues, se quedaron bien.

-¿No se enojará su marido?

-¡Ay!, no me interesa, no me interesa.

Y ahí empezaba todo. Pero fue pasando el tiempo, vino Iván y ya empezaba a manifestarse Natalia en la defensa, en que no me vuelves a atacar durante un embarazo. A veces veía en él, no puedo decir como un enfado, pero no accedía a ese jugueteo posterior a todo lo demás. En algunas ocasiones, me levantaba, me bañaba, volvía a la cama y empezaba a jugar con él. Él respondía un ratito. Pero comenzaba a decirme: “Duérmase, duérmase”. Por ahí, pensaba: “Ya no le gusto”. Fantasías que luego dan al traste con muchas cosas.

Nace mi hijo Iván y a los 6 meses empiezo con unos sangrados terribles. Una vez, me dijo: “Va a venir María -o sea, su mamá. Te vas con ella allá al Seguro y allá las alcanzo”.

Llegamos y nos sentamos a esperar con su mamá entre medio. Estábamos como dice el poeta -creo que es Amado Nervo- “Y como Dios, mi madre entre tú y yo” ¡Ay!, decía yo, otra que, ¡qué poca madre!, que estuviera ella entre los dos. De momento le hablan a la señora, yo me levanto con el carnet y ella me jala.

-Siéntate, dice.

-Voy a entregar eso.

-Siéntate, mira cómo estás.

Eran esas sillas un poco cóncavas y estaba ensangrentada. Me fui al baño dejando la huella. Una señora me da bastante papel y me lo pongo. Abro la puerta y veo que él no hace nada. Me acerco.

-Me está saliendo mucha sangre, le digo.

-Pues, sí. Vete a la casa.

¡Híjole!, yo de estúpida, llena de sentimiento, de angustia, de miedo, me quedé ahí.

-Vete. Allá te alcanzo, volvió a decir.

Entonces, bajo y tomo un taxi. Tenía ganas de decirle: “Pero, ¿yo?” Y no lo hice. No pensé que estaba en el Seguro Social y me tenían que atender. Tampoco él lo pensó. Al llegar me metí a la cama. Como a las 11 de la noche nos fuimos al Seguro. Ahí me dieron ampollitas y se me suspendió. Pero quedé con ese sentimiento de que, en los hechos, él había demostrado que primero era su mamá y luego yo. Dos o tres veces me lo había dicho: “Primero conocí a mi mamá y luego a ti”. Y una de las veces le contesté: “Bueno, pues, entonces te hubieras casado con ella”. Y me fulminó con la mirada.

Para ese entonces, había una canción que decía: “¿Por qué no fui tu amante nada más?”, y se la cantaba. Por las otras cargas que tenía. Empecé a ver lo que era una amante, en relación con las vecinas de por ahí, cuando decían que aquélla andaba de amante con Fulano y con Perengano. Y empecé a generar mi imagen de amante. A partir de que salíamos de la casa, cuando nos íbamos al hotel, iba de lo mejor vestida, lucidora. Yo sabía que la mujer gorda, llena de grasa, de hijos y panzona se quedaba en la casa. Para mí, lo bonito de brindar mi cuerpo era ir limpia, que la ropa me quedara bien, con una cierta combinación, y con el pelo medio húmedo. Entonces, ese agarrarte la madeja de cabello y que él suma la cara ahí era un factor muy importante de ser una amante. A estas alturas puedo decir que daba mi función y mi comportamiento de amante. De madre, también. Fui muy entregada a mis hijos, la primer ropa, la primer comida, la mayor atención; todo para ellos. Porque sabía que tenía mis días en que, aunque fuera por horas, él y yo éramos para nosotros. Pero faltaba el importante, el de mujer. Eso vino después.

Considero que logré hacer un cambio. Muy brusco. Porque no aprendí o no me enseñaron cómo ir cambiando sin que se rompiera totalmente la relación. Empecé a guardar esos resentimientos, a ver que cuando nos íbamos al hotel era disfrutar mutuamente, pero saliendo de ahí, no había ninguna atención de su parte, como decir: “Vamos al cine, vamos a un viaje, te compro una alhaja, ten cómprate ropa”. Empecé a sentir la necesidad de un esposo o un amante atento. Veía las atenciones que sus maridos tenían con mi amiga Benita, con mi cuñada y pensaba que sí, nos disfrutábamos mutuamente, él daba y yo también, él recibía y yo también, pero ya fuera de ahí, nada. Y esa no participación en sus situaciones políticas.

Para acabarla de amolar, el yerno también puso su granito de arena. Todo se daba en la cocina. Mientras ellos hablaban de cuestiones políticas, yo fregaba trastes y hacía comida. Un día terminé rápido porque era como la niña chiquita, quería que me pusieran atención en ese terreno. Eso mismo fue lo que contribuyó para dar un cambio pero muy brusco. Me senté, rápidamente, secándome en la servilleta.

-Tú nunca me explica bien las cosas y has dicho que las quiero digeridas. Y eso de digeridas lo siento una asquerosidad, como algo del organismo. Ya digerí una comida y me voy al baño. Y tú me has dicho eso, le dije riéndome.

Él se rió. Entonces, interviene Javier, el yerno, el esposo de mi hija Claudia.

-No, señora, es que nosotros tenemos la obligación de no hacer partícipes a las mujeres de la casa porque tenemos situaciones muy delicadas en las cuales ustedes no deben intervenir.

-¿Es eso?, pregunté mientras volteaba hacia Álvaro.

-Sí, ciertamente. No tienen por qué involucrarse, respondió.

-Como quien dice, yo nada más a mis trastes y ya, ¿no?, comenté molesta.

-No señora, no se enoje ni mucho menos, pero ésa es la verdad. Ustedes no tienen por qué intervenir.

-¡Ah, caray!, pensé.

Eso me regresa a cuando mi marido dio los enganches de los primeros bochos amarillos taxistas. Álvaro le dio dinero a su hermano Armando, al cuñado y a un primo. 5000 pesos a cada uno, prestados o regalados, para que entregaran el enganche de los carros. Entonces,

agarré mi libreta y anoté: Armando tanto, Manuel tanto, Augusto tanto. Apunté, puse la fecha y el dinero que Álvaro les dio. Él había dicho:

-Diariamente se tiene que recaudar una cantidad para que, a la vuelta de un tiempo, no sea un carro para cada uno sino una flotilla entre todos.

Pero si él decía, “no a la riqueza”, ¿por qué planteaba eso con sus parientes? Yo no lo pasaba por alto, quedaba ahí, grabado. Y lo malo es que regresaba a otras situaciones y luego veía esto. Álvaro iba a quedar fuera de la flotilla pero le estaba proporcionando a alguien que no éramos nosotros.

-Fíjate, ya hice aquí la libreta y cuando vengan anoto las cantidades, dije.

-Aquí las viejas no cuentan. Éste es un trato entre Álvaro y nosotros. ¿Estás de acuerdo Álvaro?, dice Armando, mi cuñado.

-Estoy de acuerdo.

Esa vez me quedé así. Entonces, cuando él dice que en cuestiones políticas las mujeres no tenemos nada que hacer, regreso a aquella otra situación y digo: “¿Qué pasó?, yo quién soy aquí, o yo qué soy”

Nace mi hijo Iván. Viene este problema del sangrado y cada 15 días, cada 8, cada 4 o 5 se presentaban los sangrados. Desde el primer momento, cuando me recibió un médico, dijo que tenían que operarme. Y llega un día en que ya no soporté. En la madrugada empiezo a llenarme de unas especies de chipotes y unas comezones terribles en todo el cuerpo. Con todo y que era de noche -eran como las 4 de la mañana- me levanto y, a través de la ventana, veo esa mancha de sangre en la cama, toda empapada hasta la espalda y también, parte de la camiseta y de la trusa de él. Temblando, me abracé a él y lloré, yo creo que lo habido y por haber.

-No voy a trabajar, vamos al Seguro, me dijo.

-No, no, tú vete, tú vete a trabajar. Yo me voy ‘orita al Seguro.

-Pero, ¿te sientes bien?

-Sí, sí, me siento bien. Yo ‘orita me voy al Seguro.

Entonces, se me clavó en la mente que yo no iba a regresar.

-No, yo me quedo ahí, me aviento lo que sea pero me tienen que operar porque eso ya me lo dijeron una vez, pensé.

Estuve un mes y el jefe de piso no quería operarme. Dijo que le estaba causando gastos al Seguro Social. Me pongo como leona.

-Pues, necesitan sacarme amarrada o amarrarme a la cama porque yo me voy por la escalera. Le dije a mi hija que iba a regresar buena y sana y si no, que iba a regresar en un cajón. Entonces, me aviento por la escalera.

Se armó un merequetengue. Pasó por ahí mi ángel de la guarda y dijo que iba a ver mi expediente. Era otro médico. Fue tan tierno que lloré con él.

-Es que no puedo regresar a mi casa. Cada 15 días, cada 8 días salgo de la casa. ¿Usted piensa lo que le estoy causando a mis hijos? De una vez doctor, o regreso o no regreso, le dije.

Como a los 3 días me encuentran anemia. No podían operarme. Superan la anemia y 6 o 7 días después encuentran una infección en el riñón. Tampoco podían operar. La superan y llega el día. “Ahora sí -ya cuando me llevaban en la camilla que me envolvieron como una momia- ‘ora sí, dije, ahora sí Natalia, aquí sí, de veras, en nombre sea de Dios. Vamos”

Regreso a mi casa, todo es felicidad, normalidad. Abrazo a Iván que estaba de 6 meses; yo le daban su botella pero, en lo oscurito, yo me lo pegaba. Porque le quité la teta de un día para otro. Pero luego empezó a presentarse la otra circunstancia, la de pareja. Él comenzó a conquistarme, realmente lo reconozco, empezó a conquistarme. Y ahí va Eva, prendida y alborotada. Entonces, vino eso de darle vuelo a la hilacha. Dos veces por semana al hotel. En la tarde, salía a hurtadillas. Fue esa cosa tremenda, ese vivir a los cuarenta y cinco años. Interiormente pensaba: “Pero, ¿qué?, ¿esto no se acaba?, ¿cuándo se va a acabar?”

Después vino otra época más preciosa cuando mis hijos entraron a la facultad Al sentirme liberada, entre comillas, apoyándome en Claudia, tenía otro panorama, ya no era precisamente la ama de casa. Lavaba como bestia, a veces en la noche para estar libre; en ese tiempo, también tuve la cocina, el restaurancito aquél. Me partía en 20.000 pedazos para tener mi libertad e irme con él y, también, al cine con los muchachos. Teníamos el factor automóvil. Nos íbamos al café, al cine y, al regresar, yo pasaba agachada por las ventanas y Álvaro estaba en la mesa leyendo.

Ahí sabía que, a lo mejor, un poco era Natalia, la mujer Natalia quien disponía de su tiempo aunque no del dinero; porque en cuestión de dinero, en esa época anduve totalmente

desviada. Pensaba: “Pues, a ver qué hace él”, y nunca tuve una cuenta en el banco ni ahorro ni nada; todo lo gastaba. A partir de la contestación que me dio, que nunca iba a dejar la empresa, dije: “Bueno, si a él no le interesa mi persona, no le interesa cómo vamos a ser de viejos, en qué nos vamos a conocer, en qué nos vamos a ayudar, pues, aquí yo le voy a dar en la torre porque el dinero a mí tampoco me interesa”. Muy malo, malísimo. Reconozco que fue una actitud mía totalmente errada. Porque yo debí decir: “Esto es mío. Y tú, hazle como puedas con la familia”. Pero fue errada totalmente. Si él decía: no a la riqueza, que el dinero no, que las transnacionales, que la burguesía, que todo eso, para ese entonces traté de darle en la cabeza, cero de participación económica de mi parte, que yo no era la proveedora cien por ciento.

Cuando vino el rompimiento definitivo contaron muchas cosas. Esa miseria de mis muebles, esa falta de dinero, esa realidad de mi situación sin mi intervención económica, ese dolor de mis hijos que es cuando necesitaban más, no porque fueran unos zánganos pero eran adolescentes, jóvenes, una camisa nueva, un saco, todo eso. Y empecé a enfocar todas mis baterías en contra de él. Y máxime cuando una vez dijo que era capaz de partirse el alma por uno de sus hijos. En ese momento buscaba en mi agenda y veía que nunca se había partido en dos por uno de ellos. Él estuvo muy seguro, muy tranquilo porque estaban con una mujer que los atendía, que los quería, alegre, que les proporcionaba lo que podía, que su prioridad era la escuela. Empecé a sentir que llegó el momento en que me le escapé de la mano. Él la cerró totalmente y ya no me tenía ahí. Y vinieron esas palabras tan espantosas: “Tú lo que quieres es que yo me ande infectando por ahí”.

Así como en otras cosas no encuentro mayor belleza que el haber estado con él y haber descubierto muchas cosas en la cama, así también digo esto: la crueldad. Era como decirme: “¿Sabes qué? Tú me sirves, nada más, como globo, como vagina”. ¡No! Y ya se venían acumulando cosas. Eso y que yo lo empezaba a ver muy egoísta, muy conchudo, poco abierto conmigo para decirme: “¿Sabes qué? No voy a trabajar, encárgate tú de los hijos”. Y aparece otra vez el no querer más responsabilidades, ese legrado, todo eso. Y yo misma me azotaba, solita en mi cuarto. “Pero, ¿por qué soy así?, ¿por qué tengo que estar pensando esto?” Y volteaba, lo veía y ya no sentía ese entusiasmo.

Alguien me dijo una vez que cuando un hombre o una mujer empiezan a olvidar a otro es porque hay un tercero. Es una mentira. En algunos casos puede ser; pero también puede

ser una mentira. Hay factores que te alejan; y más fuertes que tener un querido o una amante. Esa neutralidad de él, ese imponer su presencia encarnizadamente: “Yo soy el hombre de esta casa”. Pues, ni con los hijos logró eso.

Cuando le platicué a mi amiga Benita que cerré las puertas, dijo:

-Sí, señora, las cerró muy bien. Pero no sea rencorosa, búsquelo.

-No, ¿por qué?

-Búsquelo señora, es que los rencorosos sufren y hacen sufrir.

-No, pero, ¿por qué?, ¿por qué? Si yo he doblado siempre las manos, he soportado a su familia, que primero su madre y después yo, he soportado la nulidad de que yo no soy una persona capaz de entender su situación política, he soportado lo que me ha dado de dinero, he soportado sus dudas y ¿qué?, ¿lo voy a buscar ahora? No, yo ya lo he buscado muchas veces. Usted señora Benita ha dicho que siempre me veía enamoradísima de él.

-Pero es que esto es muy brusco, no puede ser así.

-Pues sí. Sí puede ser así.

-Cambie señora de mi vida, cambie. Esto no la va a llevar a nada bueno.

-No señora Benita, pero es que a usted le he platicado las cosas que me ha hecho.

-Sí, pero así son los hombres. Véame a mí. Memo, ante toda la gente es el señor Guillermo Fernández. ¡Ah!, pero aquí conmigo es Memo. Y usted está haciendo al revés. Todo el mundo se da cuenta de su actitud y eso le va a acarrear problemas. A usted, ya no a él; a usted y después a sus hijos.

Pero no. Ya había dado el paso y no podía regresar para atrás. Yo siento que esa necesidad de afirmarse como el hombre de la casa va muy de la mano con su incapacidad de erección. Antes, él mandaba pero en otras circunstancias.

-Este día se hace esto, decía.

Y no había problema.

-Oye que esto y que el otro, decía yo.

-No, no, ¿quién te dice que esto y que el otro? ¡Estúpida!

Él daba la orden y se aceptaba. Pero a partir de que yo me negué a toda relación fue más marcado. A mis hijos les dije: “Perdónenme pero yo, ni cama ni mesa con su papá. Compréndanme, denme tiempo”. Pero ellos también fueron perjudicados. Yo fui hosca, muy violenta, no le hablaba, entonces, en la casa había un ambiente tenso. Plutarco y yo

volvimos a las andadas en cuestión de rechazo. Mis hijos más chicos lo sentían. Y ellos son los que más me abordaron. Claudia permaneció neutral, diciendo: “Lo que tú quieras mamá, lo que tú pienses”. Yo sé que su papá es parte definitiva para ella. Y nunca he competido con eso, para nada. Mi hijo Cuauhtemoc, conciliador:

-Oye, pero, ¿por qué dejas a tu marido durmiendo solo?

-¡Ay, hijo!, pues es que me cae gordo. No puedo ver mis programas de televisión, no puedo oír radio porque “apágale”. Y él se levanta muy temprano. Mira, a esta edad hay momentos en que nos caemos mal. Yo duermo muy bien aquí sola, él también.

-No, Natalia, pero no está bien.

-¡Ay, déjame!, déjame, ¿no?

De esto hace 17 años, cuando llegué a La Lucha y, más tarde que temprano, rompí toda relación con él. Vinieron una serie de cosas. Hasta su olor, que es tan importante. Yo sentía ese olor de hierro, de máquina, y me gustaba. En cierta forma, estaba acostumbrada a ese olor porque mi papá fue herrero. Tenía identificado el olor a hierro, a soldadura, a aceite, a ácido. Y con él también. Entonces, cuando trabajaba en el supermercado; unas veces venía oliendo a detergente; otras, a perfumes baratos. Me chocaba. Llegué a esta casa a finales del mes de octubre y en febrero o marzo del siguiente año, del ochenta y cinco, el año del terremoto rompí toda relación.

Vinieron juntándose muchas cositas y llegó el rompimiento drástico. En algunas ocasiones él trataba de seguir con la situación de pareja, marital. Pero yo no veía ese otro comportamiento de: “Vente, vamos a sentarnos, ¿qué es lo que está pasando?”

Un día, después de unos 3 o 4 años de ese rompimiento, me dice:

-Es que contigo no se puede.

-Pero, ¿qué tal cuando se pudo?, le respondí. Mira Álvaro, en una palabra te voy a decir, tú hablas de masas pero no supiste la masita que tuviste en las manos, que fui yo. No la supiste moldear para conducirla y que no abriera los ojos por otras personas. A lo mejor me tuvieras muy sumisa o, tal vez, te dolieras de mí y me habrías instruido un poco. Tampoco tuviste en cuenta que esa masita estuvo muy enamorada y por ti podía llegar hasta la ignominia. Y me hubieras tenido pero, ¡bien segura!, con un poquitito de atención, una cajita de chicles, quizás una piedrita bonitilla. O sea, en una palabra ya te dije, ¿no?,

ustedes, moldeadores de masas, pero tú no supiste moldear la que tenías en tu casa. Se te fue. A estas alturas no puedo echarme para atrás.

Un día voy a tomar la iniciativa, pero cuando ya no me sienta propiedad de él. Sé que no soy de su propiedad; pero cuando él tampoco lo sienta así. Cuando yo sepa mucho y sus actos, sus palabras, me digan que él sabe que no soy propiedad, que soy totalmente independiente, como cualquier hija de vecina, que podemos disfrutar del tiempo, de una mesa y que no tiene ningún derecho, ni moral ni económico ni legal.

Porque todavía me llega a hacer algunos aspavientos. Una vez, hace tres años, me dijo: “Es que no quiero a ese imbécil aquí”, el señor que estaba pegando la loseta del patio. Yo tenía un frasco de pimienta en la mano y tuve la ráfaga negra de aventárselo a la cara. Ya sé que el que se enoja pierde. Entonces, lo que hice fue volver a agarrar el frasco y azotarlo. En mi cuarto estaban las camisas de Plutarco porque las iba a planchar. Las agarré y se las aventé, le aventé la plancha. Poco faltó para que aventara el ropero. ¡Un coraje que tenía! Después pensé: “No. Debo ser más prudente porque lo que puede suceder es que, otra vez, éste me dé la vuelta y yo, enojada, pierda”. Eso fue hace 3 años. De vez en cuando, todavía me deja hablando sola. Hace unos días le dije:

-¿Por qué no me ayudas con dinero? Préstamelo o lo que sea.

Pero, no acepta de buen grado decir, “ahí está”, y esperarse a ver los resultados. Antes, me tronaba los dedos y decía: “Resultados, resultados, resultados”. ¿Cómo podía dar resultados si andaba todos los días con la lengua afuera para aumentar mi presupuesto para la comida? ¿Cuáles eran los resultados? Todo se comía y se iba por el caño, ése era el resultado diario. Inclusive, una vez le pedí dinero y llegó a decirme: “Para eso te compré las máquinas”.

Pienso que otra cosa que le faltó es documentarse, leer mucho y estar a la altura, en elementos de prueba o de conocimiento, de aprendizaje, para haberse encumbrado un poquito más. Quiero dejar bien claro que no se trataba de encumbrarse económicamente, por su posición política, sino en cuanto a niveles de liderazgo. Con eso les hubiera dado una levantada fabulosa a mis hijos. Lo queramos o no, ahí hubiera estado el resultado de la actividad de él. No por quedar bien con sus hijos sino por él mismo, que hubiera llegado a una diputación, a cerrar una fábrica, a tener un grupo a su mando. ¿Que su actitud fue no salir a la luz, como ellos lo decían?, se entiende. Pero no. Él se aferró, ortodoxo, y de ahí no

lo mueves. No vio pasar los acontecimientos nuevos, se quedó con eso. Y no daba encuadre para que tú entraras para nada en esto. Él era eso y eso.

Hace 8 días fue la festividad de mi amiga Benita. De ella he recibido mucha enseñanza, mucha influencia. He reconocido muchas cosas. Del aspecto político, hace como veinte años me decía:

-Señora, esto va a ir a dar al traste, esto va a ir a dar al traste y a usted se le están pasando los años. Haga que su viejo vea un poquito para acá. Porque él no va a poder cambiar el mundo.

Muchas cosas que ahora las acepto, porque los acontecimientos han sido esos. No digo, ¡qué maravillosa mujer!, ¡qué visión tuvo! No. Pero pienso:

-Caramba. Aquí están los acontecimientos. Se acabó todo eso.

Y esa pertenencia con la Unión Soviética, también. Y, últimamente, me dijo:

-Me da mucho gusto que usted haya cambiado, que haya tratado de ver las cosas desde otro punto de vista.

-Sí. Y, desvergonzadamente le digo que ahora vivo de mis rentas, le respondí.

Cosa que este Álvaro, ¡no hombre!, el casa-teniente, el arrendador, el patrón era un pecado. No, ¡qué barbaridad! Pero, a la vuelta de esos años, ¿cómo empecé a levantarme un poquito? Con las rentas.

Hace unos días cumplí 65 años y he tratado de hacer como un resultado. Si de culpas se trata, considero que, en un sentido, él tiene 70 por ciento y yo 30. Pero, en otro sentido, yo tomo un 70 por ciento y 30 para él. Porque tenía las ideas, tenía el ejemplo de Ramona, tenía la visión de lo que es vivir bien y sin apuros, que se acentuó más con la actividad política de este hombre. Por eso, cuando tomo el 70 por ciento de culpabilidades, digo: “En aquel momento no tuve las suficientes agallas para desempeñarme”. Y aquí viene una gran incógnita mía, ¿a qué le tuve miedo? Teníamos la casa y, aunque carecía del apoyo económico del marido, igual saqué adelante a mis hijos. Por otro lado, siempre estuvo el trabajo. Ramona sacaba dinero para todo lo que hizo. Siempre le voy a reconocer que en su medio, en su circunstancia y en su nivel económico, hizo bastante. Entonces, tomándola como modelo, en 25 años no hice nada. Siempre estuve lamentándome, peleándome, haciendo rabietas, llenándome de urticaria, dudando, sintiendo rencor contra este hombre y su familia. Invertía el tiempo de una manera muy absurda, a pesar de tener los

conocimientos que acabo de mencionar. Últimamente me he preguntado, ¿a qué le tuve miedo? Y no voy a estar hablando y lamentado el pasado. Pero, algún día voy a ver qué me faltó para dar el brinco, así como lo di últimamente.

Por otro lado, cuando le doy el 70 por ciento de culpabilidad es por una cosa muy especial. Él no se dio a la tarea de conocerme o de valorar lo bueno y lo malo que yo tenía. Lo que pudo haber funcionado bien con él. Al paso de los años he considerado que fue una persona que me impuso muchas cosas sin conocimiento. La presencia de su familia, el argumento de la no riqueza, el modo de tratar a la gente -para él toda la gente eran estúpidos y yo también, entre estúpida e imbécil. Lo considero culpable porque no tuvo la capacidad para ver lo que podíamos haber coordinado para marchar. Porque muchos años atrás, yo consideraba que él tenía la verdad, la razón, que él sabía más que yo. Por un lado, no me maniató, me dejé maniatar y, por otro, sí me maniató. Se oye ambiguo pero puede obtenerse cierta claridad.

Se dice que cuando uno les proporciona muchos elementos o muchas soluciones a los hijos, ellos no hacen nada, se vuelven unos atenidos, unos mediocres, siempre están a la mitad de todo. Yo digo que a este hombre le pasó lo mismo porque tuvo una casa segura. En el aspecto económico estuvo a medias porque nunca se dedicó de lleno o al trabajo o al partido. Por eso lo considero a la mitad. Y tampoco tuvo la capacidad de abrirse conmigo, cuando yo estaba en la mejor disposición y casi entendía su militancia. Y luego faltó la ensalzada del hombre, del padre ante los hijos. Pero hay una culpabilidad mía. Porque, ¿qué les mostré de su padre? Rencor, llanto, violencia, que llegué a tirar el mantel con todo lo que estaba puesto en la mesa, que una vez intenté largarme, que preparé todo con un abogado y, en caso de que yo no regresara a la casa, él echara a la familia de Álvaro para afuera. Son cosas muy absurdas, muy fuertes para mí.

En cuanto a la seguridad y al mejoramiento, yo digo, siempre lo voy a decir, que teníamos derecho a lo mejor. Pude haberme matado como leona, como burra o como bestia para que la cosa fluyera bien económicamente. Tenía los medios, la capacidad. Si él me hubiera dejado la vía libre, si no se hubiera impuesto el macho que lleva tan bien guardado, habríamos avanzado, no sentiría esos rencores, y calculo que tendríamos una relación más armoniosa.

Pongo en una balanza esos años de relación sexual y pongo en una balanza otros comportamientos de él. A veces lo emparejo; otras, trato de que pese más la relación sexual. Pero, desgraciadamente, la mente no te ayuda a borrar todo.

Cuando él decía que no necesitaba de nada. Pues sí, lo tenía todo. Ahí está esa ambigüedad de sentimientos. Por un lado veo al hombre aquel que me satisfizo y que nos satisfacimos, sexualmente hablando, en toda la extensión de la palabra; y, por otro, veo al hombre. Y yo permití tantas cosas o él aprovechó la situación. No abusó de mí pero aprovechó la situación. Y, en esos términos digo que a lo mejor, fue un militante de a medias, como aquel hijo al que tú le proporcionas todo y no hace nada. Porque me he preguntado: ¿Qué te gustaría que hubiera sido tu marido, políticamente hablando? Pues, yo creo que me sentiría muy honrada, muy superior, no parándome el cuello ni soplando aire con sombrero ajeno, pero me hubiera sentido muy bien de haber sido la compañera de un personaje que salió a la luz. Dentro de los anhelos de una mujer, eso me habría satisfecho.

He leído biografías, trayectorias de gente de la izquierda, supe de 2 o 3 y de vidas de sacrificio. Pero en ese punto, no puedo poner a Álvaro como una vida de sacrificio por un ideal. No siento que él haya alcanzado un ideal y que, en consecuencia, me podía sentir la décima o novena maravilla del mundo. Porque he conocido de sacrificio a través de lecturas, de historias, de palabras, de vivencias. Pero, el sacrificio estuvo en nosotros. En Natalia y su descendencia.

Pero, también, me hago una gran pregunta, ¿qué buscaba?, ¿tener una familia o dedicarse al partido? Si en mí hay ambigüedad, en él veo el doble. ¿Por qué no se dedicó precisamente a una cosa? Si como militante pensó: “Ésta nomás está buena para estar pariendo hijos, rompe con mi esquema, yo la dejo” ¿Por qué no me dejó?, como supe de otras que duraban 2 años, 1 año, 3 como máximo y las botaban porque ellos seguían en la cosa de su partido. Y este hombre, ¿por qué no?

En aquellos años yo deducía con amor. Era mi príncipe azul, muy valiente, el héroe. Y eso facilitaba una situación ligera para él. Yo recibía a toda la gente. Estaba atenta, como recepcionista, servía el café. Porque tenía que estar todo en orden. Y veía a un hombre alto, superior, en casa tenía algo superior. Pero ahí, todavía no pensaba Natalia, la mujer. Hasta me atrevo a decir que pensaba la hija mayor de Álvaro. Porque llegué a considerarlo mi papá, mi mamá, mi tío, mi abuelo, mi todo. Posteriormente, platiqué muchas cosas con mis hijos.

-Vean mi comportamiento. Si se acuerdan, ésa fue la hija mayor de esta casa. Aquellas jugadas que hacíamos en la mesa y, cuando alguien decía: “Ahí viene mi papá”, todo estaba en orden. Aquel obedecer. Yo era la hija mayor.

Sin embargo, he reconocido y les he dicho a mis hijos:

-Lo único que le reconozco al papá de ustedes, a Álvaro Hernández Pérez, es no haber roto su postura, no la ha traicionado. Sigue siendo incorruptible, impositivo. Y, porque dice, “mi palabra es la ley”, lo han hecho a un lado. Porque ahora se trata de negociar, el ahí te va y ahí te viene. Él no. Él quiere a fuerza el molde, el molde. Por eso, lo único que le reconozco a tu papá, y por eso vive aquí, es que no ha traicionado su ideología. ¿Que nos llevó entre las patas? Es inevitable, indiscutible, nos hipotecó a nosotros. Y conste que yo me puedo nombrar la primera o la última de las afectadas. Pero como ya no estoy en esa situación, ahora puedo reconocerle eso. Y así se va a morir.

ANEXO II

LOS NOMBRES DE NATALIA

EVA

I

Natalia regresa de la Clínica, después de haber tenido a su tercer hijo varón y luego de haber pasado un embarazo que ella califica como una “lucha por la supervivencia” de ella y del hijo. La hermana de Álvaro se había quedado al cuidado de los otros hijos pero, ni bien llegan de la Clínica decide regresar a su casa con el argumento de cuidar a su propia familia.

“Me quedo con el paquete de tres hijos pero feliz de la vida. Y pasado un buen tiempcito prudente me apersono del calendario. Así, ya, con lupa. Pasaron 6 meses en que yo no sé este hombre qué hizo pero yo no me dejé tocar. Así. Había que esperar el sangrado y ni de que por ahí de a medios chiles y a medias tazas. No. Nada, nada. Él me buscaba pero....., pero yo..... Un día este hombre convenció a Eva, ¿no? Se la llevó a su cama. Yo seguía durmiendo en el sillón, seguía aislándome de él. Le hacía de comer y muy agradable la mujer y eso pero ahí. Llegaban los arrumacos pero, por una parte yo tenía miedo por otra parte.... Tantas cosas que ya se estaban acumulando”

II

¿Cómo fueron las circunstancias en que ella cedió? La razón habría sido una fuerte angina, que le provocó fiebre y alta y después de eso llegó nuevamente la regla. Ella lo explica así:

Pero en ese momento del sangrado y esas cosas, pues sí, ya empecé... no a considerar, no, sería yo una hipócrita, pero, pues sí, el deseo... todo eso empezó a jalar y, con las debidas precauciones.... cedí.

III

Después de la histerectomía, cuando Natalia tenía 40 años, aproximadamente, comienza una etapa sexual muy plena con su cónyuge:

Y empezó a presentarse la otra circunstancia, ¿no? , el.... El.... El de pareja. Y pues, empezó él a conquistarme, realmente lo reconozco, empezó a conquistarme y ahí va Eva, prendida y alborotada

IV

Después del nacimiento de Claudia, ella realizó distintos trabajos para aportar al presupuesto familiar. Inició cosiendo brasieres y luego decidió vender zapatos, en un pueblito donde radicaban unos familiares de Álvaro.

O: Entonces, estuve unos mesecitos cosiendo brasier, mhm. Y este..., ¡ah! y a escondidas del señor, ¿eh? Se podía enojar (risas). Y todavía se usa eso, ¿eh? Todavía, ¿no? Entonces, este...

A: O sea, esto de andar así de que...

O: De que... Yo no. Pero veo a las jovencitas que dicen: “¡Ay! manita, ¿pasas por mis hijos? Porque apenas si me va a dar tiempo de llegar a la casa”. Porque se van a lavar, a planchar y esas cosas, ¿no? Sigue lo mismo, ¿no? Sigue Eva con los problemas, ¿no?

V

Después del matrimonio por el civil, Natalia le pide a Álvaro que no la busque más a la salida del trabajo porque teme que, aunque están casados, puedan llegar a una relación sexual sin haber “legalizado” el matrimonio.

O: No, sí, sí. Ah no, fue Álvaro el que me dijo, ¿no?: “¿Por qué ya no dejas de trabajar?” Y yo le dije: “Pues sí, ¿no?” Por aquello de que (risas) aquí dicen “por aquello de que no te entumas” (risas). Por aquello de que no fuera que un día que él fuera por mí en la tarde, eh..., se suscitara algo, ¿no? Yo sí, temía que fuera a haber ya una intimidad que... Sí temía, yo temía eso, mhm. Entonces, dije: “No, pues, sí. Está bien, ¿no?” Entonces, ya no había...

A: Temía que la abrazara o algo así?

O: Y que fuéramos a más, mhm. O sea, cuando fuera él...

A: ¿Aunque fueran casados?

O: Aunque fuéramos casados...

A: O sea, que le daba miedo que la vieran así, casada.

O: M..., me daba miedo... a lo que pudiéramos llegar, mhm. Yo desconocía totalmente todo, yo llegué a la luna, famosa luna de miel, ‘ora sí que en blanco (risas). Pegué un grito no sé hasta dónde cuando lo vi desnudo (risas). No, no, no. ¡Qué barbaridad! ¡Qué, qué cosas tan terribles pasa Eva! Porque yo, cuando hablo así de las mujeres y esto, las nombro Evas (risas). Digo, qué cosas, qué trances tan terribles los de Eva, ¿no? Entonces, pues, ella me, me decía que alguien que me agarrara muy fuerte, eso, que yo ya no valía.

A: ¿Eso le decía Ramona?

O: Ramona. Que sí me metían el pié por abajo de la mesa, entre mis piernas, que yo ya no iba a velar, mhm. Y que tenía yo que llegar limpia al matrimonio, ¿no? Entonces, pues, ya. Eso prevalecía, prevalecía. Entonces, pues sí, estuvo bien. Ya no iba él a ir por mí en las tardes. Eh, yo tenía que acabar mi vestido, tenía unas dos semanas, pues sí. Vi todo, todo que estaba bien que ya no fuera yo a trabajar.

A: Ah, lo que yo no entendía era..., o sea, Ud. lo que le tenía miedo era hasta llegar a la iglesia, al casamiento por iglesia, que pasara algo en ese interín.

O: Sí, antes. Sí. Antes.

A: Ah, que él la buscara y que pasara cualquier cosa

O: Sí, sí, sí. Sí. Y que..., por eso le decía yo que la carne débil, ¿no? (risas) Que me fuera a decir vámonos (risas) Sí, yo decía: “Bueno, me voy pero ya no vengo” (risas).

VI

Después de unos 6 años del nacimiento de Cuauhtemoc, Natalia decide que quiere tener otro hijo. Ella puede decidir el momento oportuno dado que después del nacimiento de este hijo ella sola lleva el control de la fertilidad por medio del método del calendario y está en condiciones de saber cuáles son los días más propicios.

O: No. Yo tenía mi calendario siempre ahí. Y entre los dos checábamos. Entonces, este, eh, un día le dije: “Mira, este día, este día, este día, ¡este día!, yo quiero tener un hijo”. Dice: “Estás loca”, ¿no? Le digo: “Pues yo no sé. Yo quiero tener un hijo”. Entonces, Eva se pone a actuar como Eva y logra tener un hijo. Pero me tocó hombre (risas). Ya hasta le tenía yo el nombre (risas). Pero me tocó hombre.

VII

Natalia comienza a explicar por qué “quería salirse de todo eso”, es decir, de la situación de precariedad en la que había vivido desde la infancia y trata de explicar en qué consistía el cambio que ella aspiraba a lograr para ella y su familia. El hermano es el personaje que le sirve como antagonista, es decir, para mostrar de qué y cómo quería diferenciarse y los hijos mayores que estaban en la Preparatoria, especialmente Claudia, son quienes le sirven de modelo a seguir, de estímulo e impulso. Todo este propósito choca con el enamoramiento. Es decir que el enamoramiento la detiene y le hace posponer el proyecto de cambio.

Entonces, quería yo vivir en otra forma porque ya estaban mis hijos, mhm Y yo, sin llegar a sentir terror ni miedo, mhm, ni inseguridad, pensaba que, que no era posible que mis hijos fueran a estar en un momento así, y que podían estar pero no propiciado por mí, mhm. Quizás, ingenuamente pensaba yo, la fatalidad o y.., y que nunca pensé que el marido, si me dejaba, yo me iba a ir para abajo, ¿no? Jamás. Jamás. Entonces, eh.., como que..., agarraba yo la, la seguridad esa para mis hijos y, a la vez, para mí, mhm. Pero aquí viene una etapa en que fui sometida, otra vez, por el marido, mhm, ¿eh? Y, pues, yo, enamorada, pues, dejé pasar mucho tiempo (risas) Eva se enamoró (risas) mhm.

MAGDALENA

I

Evoca el momento en que le comunica a Álvaro que ha decidido seguir adelante con el embarazo que corresponde al tercer hijo, Cuauhtemoc. No obstante, entre éste y el anterior hubo un aborto. De nuevo Álvaro esperaba que Natalia decidiera abortar pero ella rechazó esta posibilidad.

O: Sí, sí, mhm. Y este..., entonces, se da la vuelta él y se va, ¿no? Y, pues, en ese momento yo dije: “No, la responsabilidad es mía. Es mía y de nadie más, mhm. Entonces, pues, vámonos. Ahora sí que vámonos parejitos, ¿no?” Y seguí, me volvió a preguntar él que qué, qué pasaba y le dije que no, que nada. Que qué había decidido. Nada. Y que qué iba a hacer. Nada, mhm. Pero, como a los... tres, cuatro meses de embarazo empezó una actitud de él, pero tremenda, ¿eh? ¡Tremenda! Agresiva. Grosera ¿Un rechazo? ¡Total!, de todo a todo, ¿no? Cuando tenía como... 8 meses de embarazo, este..., le dice a su hermana, porque se había ido su hermana Lucía, estaba jovencita, se había ido a la casa... que para que me ayudara. Y sí se portaba bien la excuincla. Entonces, este..., le dice, este: “Oye, Lucía ven acá” Y va Lucía, ¿no? Un sábado, el clásico sábado de gasto. Dice: “A partir de ahora te voy a dar el dinero a ti, me vas a dar mi ropa y me vas a dar de comer”. Entonces yo salgo y le digo: “¿Por qué le das el dinero a Lucía?, ¿no? Estoy yo. Yo te voy a servir, eh, la ropa, todo” Dice: “¿Sabes qué? Contigo no quiero hablar nada, dice, me das asco” Así, así: “Me das asco”. ¡Ay!, pues, ¿qué hizo Magdalena?, irse llorando, mhm. A llorar y a no entender, a llorar y a no entender y vuelvo a salir ahí, a la cocina y le digo: “Es que es mi obligación, yo tengo que tener el dinero” Dice: “Tú no tienes que tener nada”, ¿no?, así. “Nada”, ¿no? Entonces, se me viene ese..., ese apartarme de dormir con él, cuando estaba con Plutarco embarazada, mhm. Ahí fue, ahora sí que el... primer tabique que yo sembré en ese entonces, ¿no? Se viene esto, que ya había rechazo...

A: O sea, Ud. con eso de que fue el primer tabique, ¿qué ...

O: Quiero decir que fue la primera, eh... cosa, aún sin saberla plenamente, de que él me rechazaba estando embarazada, mhm.

II

Esto sucedió después de la muerte de Ramona. Natalia comienza evocando la forma en que negociaron Álvaro y la madrastra la compra de la casa, a pagar en cuotas anuales aunque mensualmente, la deuda devengaba intereses.

O: Sí, mensuales, mensuales. Pero yo como que... sabía que en un momento dado ella, Ramona, me iba a... a ayudar en algo, ¿ves? Entonces, eh, eh, seguimos en eso, ¿no? Pasan los..., este, muere Ramona, al siguiente año le dimos los otros 10.000 pesos, bajó a 45. Pero muere Ramona, mhm, y yo de Magdalena, de... de amorosa hija, acepto que mi papá me dice: “Vénganse para acá a esta casa grande. Aquí Uds. se reparten las habitaciones, a mí me dejan mi cuarto y, este...pues, para que estemos aquí juntos y

esto y lo otro”, ¿no? Mi papá, materialmente se fue para abajo con la muerte de Ramona, ¿eh? Ni ató ni desató, mhm. Entonces, yo, hija amorosa, le creo y me regreso con él me... me voy a la casa de mi papá, con mis hijos, con mis máquinas, porque tenía máquinas grandes de coser y este... y, y total, el resultado fue que faltaba dinero, que no se controlaba el gasto, yo quería la cocina de Ramona, mi hermano no quiso: “No, por qué dos cocinas, que somos una familia y que...” Bueno, se distorsionó el gasto, este, se... yo no tuve nunca tiempo de coser algo, de lo que cosía, agarré todo y lo regresé a la señora, este... era un desbarajuste, mhm. Mis hijos eran los destrazadores, mis hijos.... Mi papá se empezó a quejar de que le hacían mucho ruido y que le estaban destrozando todo y.... total que llegó el momento en que Petra, otra vez volvemos con Petra, me dice: “Tú, de pendeja te pasas, porque, de la noche a la mañana, tu papá lleva otra mujer a la casa que estás dejando sola y después ni aquí ni allá. Porque aquí eres una arrimada, la dueña de esta casa, la señora de esta casa es Alicia tu cuñada, mhm. Tú necesitas regresarte. Tu papá se está quejando, ¿no?” Entonces yo ahora sí que un hecho, muy cochino, me hizo regresarme, ese... a los tres días le dije a Álvaro: “Trae una camioneta y nos regresamos, ¿no?”

II

O: Cuando seamos viejos que no nos podamos mover, que esto que el otro, que mis hijos hasta ahorita, eh... yo siento una nobleza en ellos y siento un... una seguridad. Con todo y que tengan sus problemas ellos, que... que voltearán a vernos. Pero, si ellos no tienen dinero, bueno, si aquí hay, que nos protejan un poco, ¿no?, o que nos ayuden o que..., o que nos encarguen con alguien, yo qué sé, porque ellos ya tienen sus compromisos, ¿no? Y que este hombre se ha sentido el super hombre, es mentira, mhm. Porque va a llegar a estar en un lugar, en un momento dado, que no se va a poder mover como, hasta ahora, lo hace. Tiene 70 años y el señor sigue para arriba y para abajo pero en otras cuestiones, mhm, ¿ves? Entonces, digamos, me autonombro como la hormiguita (risas) que trato de llevar una seguridad, ¿cuál es la seguridad económica?, Alicia, ¿cuál es la seguridad Alicia? lo económico, mhm. Y mis hijos lo saben, ahora que hice testamento, mhm. Si, si hay la necesidad, por una causa de fuerza mayor, una desgracia, un robo, una enfermedad, no sé qué, para Uds. ,tienen vía libre para que vendan esa casa. mhm, así. Pero, mientras tanto, tienen que cuidarla porque, somos ricos.... en tener un techo, mhm, somos, pero sí super millonarios, aunque no tengamos mucha ropa, tengamos carencias de esto y lo otro, pero tenemos la seguridad de la casa, mhm.. Y eso, a mí, me ha costado mucho. No en el plan de... Magdalena, de sacrificio y eso, ¿no?, pero de... a partir de que yo anduve en la calle, mhm, se me ha... yo creo que eso de niña se me vino conformando, conformando. Luego llega una cosa muy importante que es la presencia de Ramona, es la que me sigue alimentando, ya más conscientemente, esa necesidad. Yo no veo tener una casa como un poder así que, ¡ay!, mi casa para arriba y para abajo. No, no. Veo una seguridad física y hasta moral, ¿por qué no?, mhm. Pero ahí... te confieso que va un poquito la vanidad, mhm, la vanidad por estos dos hombres, por Álvaro y por mi hermano Jaime, mhm, ¿ves? Entonces, eh.... me siento bien, mhm, de los [¿arrastrones?] que ha habido, todavía faltan que te señale algunos, me siento muy bien, me siento contenta. Eh... ayer me acabaron de instalar el cancel. Espero que cuando ya remoce un poquito más te... te invito a mi casa, ¿ves?, este... y... , y quiero echarle mano a la cocina porque es la que está, que digo que es el cuarto de los castigos, te puedes imaginar cómo está, ¿no?, está mal, está mal mi cocina, ¿no? Entonces, yo también quiero brindarles otro servicio

a las chicas, ¿no?, me han soportado, mhm, así, la cocina como está pero ya quiero también, este... pues, darles otra... otra presencia, ¿no? Este... quiero comprar macetas, pintar la casa, y este... poner un cancel a un baño que me falta. Empezar, el próximo año, a ponerles closet, ya, como Dios manda. Porque yo se los he hecho, como puedo, yo les he hecho ahí para su ropa, ¿no? Entonces, ponerles closet, ponerles este piso, congoleum, darle otra imagen a la casa, mhm. Porque siento que tengo derecho, que tenemos derecho, y que ahí la va a gozar este... proletario (risas), la va a gozar (risas)

III

Dos años después del traslado a La Lucha, Natalia padeció un episodio de dermatitis nerviosa que le provocaba secreciones y picazón. Ella pensó que el causante de este problema era el cónyuge y encontró en este argumento una razón más para terminar la relación conyugal. El episodio que evoca sucedió una mañana cuando Rene la encontró llorando después del baño y al ver las lesiones que tenía en el cuero le dijo que fuera la médico.

O: Una secreción, sí, y se.... se hacía una costra, mhm, una costra. Y un día estoy ahí, llorando, cuando entra Rene. Y, y yo lo único que hice fue esto, ¿no? No, no, no con mucho, ¡ay!, sino lo único que hice fue esto, ¿no? Dice: “¿Qué te pasa?” “¡Ay, hijo!, es que estoy mal, ¿no?” Dice: “Pero ¿qué tienes?” Le digo: “No, pues, mira”, ¿no? Entonces sí, sí, sí, sí, este.... Y mira cómo estoy de las piernas, ¿no?” Y, este.... y dice: “¿Qué vas a hacer?” Le digo: “Pues, ya fui al ISSSTE pero me mandaron al.... al hospital Pascua”. “Pues, ve, mhm, dice, y sobre todo, dice, que... que vean todo lo.... lo de.... lo de tu pezón, dice, que lo analicen mamá”, ¿ves? Y, pues, ahí está Magdalena llorando, ¿no?, llorando a moco tendido, ¿no?, ¿ves? “Sí hijo sí. Si sí lo voy a hacer”, ¿no?

NATALIA

I

A los 38 años queda embarazada de su quinto hijo. Se siente muy irresponsable por la edad que tiene pero no teme tanto enfrentar a Álvaro porque ya en el cuarto embarazo le había puesto un alto. Ante la insistencia de Claudia para que se lo dijera al padre, Natalia decide esperar porque la niña cumplía 15 años y como Álvaro estaba planeando un viaje fuera de la ciudad, Natalia prefería esperar una semana para no echarle a perder el viaje a la hija.

“Pero llegó el momento en que En que sí, pues no sé por qué le dije a él que estaba embarazada. Y se quedó sorprendido, ¿no? “Y ¿qué vas a hacer?” Y la canalla de Natalia le dijo: “Pues, yo creo que voy a.... a ver un legrado, un aborto” Dijo: “Okay”. Al otro día me llevó el dinero pero yo lo hice probando todavía, ¿no? Por eso te digo, la canalla de Natalia, ¿no?, probando todavía su reacción. Yo cuando se lo dije, realmente se lo dije por probar su reacción. Si ya iba a ser como con Rene, que habíamos estado un mes antes tan.... Entregados, tan..... que se había disculpado por ese insulto que me dijo imbécil con el tocadiscos ése y que habíamos entrado en un momento muy bonito, muy bonito, ¿no? Haciendo esos cambios de la casa y todo eso. Pero la desconfiada de Natalia, pues, dije: “A ver, de una vez”, ¿no? [...] Quise ver que qué había, qué comportamiento, qué reacción y si me iba a incluir en su famoso viaje o no. Entonces me dijo: “Y qué piensas?” Cuando me dijo qué piensas, yo dije: “Pues, un aborto”. Dijo: “Está bien, okay”, me dijo. Al otro día me llevó el dinero y se lo aventé. Sí. Le dije: “Vuelvo con una responsabilidad, ahora mayor.- Y te lo digo otra vez, ¿no? Si quieres, vete. Ahorita ya no me importa nada”. Entonces ya volvió a surgir ese coraje, esa comprobación de no embarazos y, no sé, muchas cosas que se agolparon nuevamente.

II

Narra el encuentro con un parroquiano de la cocina económica y la reacción de Álvaro.

Entonces, pues, entras en una confusión terrible. “Bueno, este hombre, ¿voy a agradecerle mi seguridad en la casa?” O “Este hombre, ¿por qué no habló?” No, no, no entras. Y ando pero así, como autómatas. Y a partir de ese momento empiezo yo a ver una conducta y otra de Álvaro y allá muy remotamente, empiezo a ver a Natalia.

A: ¿Usted empieza a recordar...

Aquella ocasión de Rafaela. Y dije: “Aquí se está formalizando algo” Pasó ese pensamiento. Y empiezo a ver la conducta de Álvaro, aquella vez con Rafaela. Yo hasta la fecha la sigo considerando muy abierta, muy sincera, muy confortante la conducta de él. Pero ya cuando llegamos acá, dije, qué se pudo despertar en él y qué es lo que va a hacer ahorita. Entonces, esa vez, exactamente esa vez, creo que sufrí una violación de parte de Álvaro. No creo, sino que fue una violación (p. 216-217) [I-404-405]

III

Cuando Natalia tenía el restaurante de comida corrida le propone a Álvaro que deje la fábrica porque han echado a todos los compañeros del Partido menos a él. Él se niega y ella, interiormente, decide vender el restaurante.

Como a los 3 meses de esa conversación lo corren. Yo ya no volví a decir nada. Pero ya se quedó en mí ese sentimiento de que era más importante su situación política que yo. Y en ese momento yo ya aseveré y confirmé yo misma que la primera situación de un hombre de esta calidad o de esta particularidad es primero su partido y después lo demás. Afortunadamente, para esos entonces, su familia de él ya la había alejado hace mucho tiempo y a él lo estaban dejando porque ya no les daba el dinero que ellos necesitaban. Pero entonces, yo, Natalia, se enfrentaba a un hombre que para él, lo primero era su partido, lo segundo, inmediatamente, si es que no era lo primero, sus hijos [...] Y a lo mejor, después yo, o ni yo.

IV

A los 6 o 7 años de casados ellos asistían a los baños públicos y ella tuvo su primer orgasmo. Luego iban a los hoteles de paso, aparentemente, ella lo propuso y durante esa época tuvieron una vida sexual plena.

Yo quería ir bellísima. Entonces, y cuando te digo que yo le insistía posteriormente me decía: “Déjeme descansar”. Y me abrazaba. Pero fue pasando un poquito el tiempo, vino Iván, ya te dije también las circunstancias y todo. Ahí ya se empezaba a manifestar Natalia en la defensa de que no me vuelves a atacar en un embarazo y esto y lo otro, ¿no? Entonces, siguió esto. Pero yo ya veía, a veces como.... No puedo decir como un enfado en él, ¿no? Sino que no accedía él a ese jugueteo posterior, posterior. Y otras veces.... Pues, eso sí, me levantaba, me bañaba y volvía, ¡pum! A la cama otra vez y empezaba a jugar con él y todo eso, ahora sí que luego respondía, a veces quién sabe qué, un ratito.... y esas cosas, ¿no? Y yo empezaba a ver que me decía: “Duérmase, duérmase” Entonces, por ahí empezaba a pensar yo que, pues, que ya no le gusto o por qué, ¿no? Y esas fantasías que luego dan al traste con muchas cosas se uno. No era pérdida de confianza. No, para nada. En que dijéramos que él anduviera por ahí, no, no. Para nada

V

Después del nacimiento del último hijo, Natalia comienza con unas hemorragias muy fuertes y debe internarse. Logra que la ingresen al Seguro. Para eso debe enfrentarse con los doctores que quieren darle una medicación y enviarla a la casa como venían haciéndolo desde que comenzó con ese problema. Permanece un mes internada en espera de una histerectomía. Finalmente la llevan al quirófano.

Ahora sí. Ya cuando me llevaban en la camilla que me envolvieron como una momia, “ora sí, dije, ahora sí Natalia, aquí sí, de veras, en nombre sea de Dios, vamos”.

VI

Cuando los hijos mayores ya estaban en la Universidad, invitaban a Natalia a salir con ellos.

Entonces se me abría un panorama totalmente diferente. Entonces, yo ahí sabía que, a lo mejor, un poco Natalia, la mujer Natalia, ¿no? Que disponía de su tiempo, que no del dinero porque en cuestión de dinero anduve en esa época totalmente desviada. Desviada porque decía yo, a ver qué hace él. Y yo nunca tuve una cuenta en el banco ni ahorro, ni nada. Todo lo gastaba.

VI

Natalia comienza a analizar a Álvaro y la relación conyugal. Pone en la balanza su militancia, su clandestinidad que le impidió salir a la luz pública, tener una posición política importante.

He leído biografías, trayectorias de gente de izquierda supe de 2 o 3 así, viéndolos y una vida de sacrificio. Y yo en este punto no puedo poner a Álvaro como una vida de sacrificio, por un ideal –que estaba en todo su derecho. Y que los ideales, para mí, creo que son ¡ay!, no sé, es algo..., no, no sabría nombrártelo. Un ideal que a lo mejor se te va la vida en ello, por alcanzarlo, ¿no?, ¿ves? La palabra ideal para mí es una persona consciente, reflexiva y honesta y todo eso, mis respetos para esa palabra. Entonces, acá no, no, no siento eso, ¿no?

A: Con Álvaro tu no sientes....

No, no. Que él haya alcanzado un ideal y que, por consecuencia, hablando en términos tradicionales, pues, estaba la esposa, yo. Yo me podría sentir, digo, sí, ¡no hombre!, la.... Décima o novena maravilla del mundo, ¿no? ¿Por qué? Porque he conocido a través de lecturas, de biografías, de historias, de, de palabras, de vivencias, en casa de Fulano, de Mengano, eso, de veras sacrificio. Pero fijate nada más que el sacrificio estuvo en nosotros. En Natalia y su descendencia.

VII

Evoca la imagen que ella tenía del cónyuge y de su militancia cuando los hijos eran jovencitos.

Yo por mi lado, en ese entonces, me empiezo a involucrar con jóvenes del CCH. Entonces, pues, yo veía un hombre alto, superior, que tenía yo en asa algo superior. Pero ahí todavía no pensaba Natalia, la mujer. Hasta me atrevo a decir que pensaba la hija mayor de Álvaro. Sí. Porque alguna vez te dije que yo llegué a considerarlo mi papá, mi mamá, mi tío, mi abuelo, mi todo porque yo no tenía familia. Entonces, muchas cosas que posteriormente las platiqué con mis hijos, decía: “Vean mi

comportamiento también si se acuerdan. Ésa fue la hija mayor de esta casa. Aquellas jugadas que hacíamos en la mesa y que alguien decía, ahí viene mi papá. Y ya todo en orden y a obedecer, era yo la hija mayor”

VIII

Hace un balance de cómo debiera planear una relación con los hijos, con el marido y con las personas cercanas.

Con 65 años encima, yo creo que todavía, está como para hacer muchas cosas y considerar que aquella clásica Natalia, aquella ingenua, soñadora.... Que yo creo que fue más ingenua y más soñadora en el matrimonio que cuando fue jovencita, porque siendo Natalia jovencita, pues, el baile y la bicicleta y eso era mi alimento, ¿no? Eso era lo que me hacía feliz.

IX

Cuando se mudaron a La Lucha, Natalia había perdido unos dientes de adelante y andaba con los huecos porque no le alcanzaba el dinero para hacerse una prótesis. En una ocasión, Álvaro le ofreció dinero para arreglárselos pero ella lo rechazó por orgullo. También rechazó una oferta de la hija porque entendió que estaba condicionándola y le molestó. Sin embargo, después de unos años decide aceptar el ofrecimiento de Álvaro.

Me pone 2,000 pesos. Entonces yo dije: “Bueno, ya es la hora en que Natalia no sea tan idiota. Le recibí los 2,000 pesos, le recibí.

X

Con este fragmento cierra la evocación de la casa y los personajes que vivían con la tía Soledad. En esa casa vivió en dos ocasiones distintas y, en cierto momento, el padre enfrentó a estas tías, aparentemente porque no dejaban que el abuelito viera a Natalia. Entonces, hubo una situación de violencia y el padre se la llevó a Natalia a la casa de su abuela Antonia.

Me considero que... que me aislaron porque mis tíos, hermanos de mi papá, nunca me buscaron, ¿no?, mhm. Entonces ahí como que surge un poquito la Natalia... la Natalia.... orgullosa. No. ¿Por qué los voy a buscar yo? Ya murieron todos, la última en morir fue mi tía. Mi papá murió hace, ¿qué serán?, veinticinco años, mhm, y... y pero no, no me atrae buscarlos.

A: ¿Y su papá tampoco iba a ver a sus tías?

O: No, mi papá, eh..., tuvo, pues, no sé ya después cuando me case, no sé, ¿no? Pero...yo creo que... que, en parte, somos como..., ¿cómo se dice esta palabra?... ¿muy rencorosos será?, eh..., a mí me han tachado que soy rencorosa, ¿no?, quién sabe. Yo

todavía no analizo bien esa palabra (risas). Pero, este..., pues, mi papá creo que jamás las volvió a ver, mhm.

XI

En este pasaje, que sigue inmediatamente después, la protagonista parece enfatizar que, pese a la precariedad de sus orígenes, habría una especie de “antes” y “después”, es decir, las vecindades de antes, las calles de antes y la zona del Centro de la ciudad de su infancia no eran iguales a las del presente, con su precariedad, su pobreza, peligro, etcétera.

O: Después de aquella violencia en que inclusive mi papá me cargó, yo siento que él me cargó, y me jaloneaban las tías, y me avientan a la cama y se van, mhm, hubo como..., como negociaciones y en una de tantas me llevan con mi abuela. Ya de ahí, ¡vamos!, ya estoy ubicada con mi papá y con su esposa, mhm. Yo calculo que ya no... que ya no las volví a ver y, sin embargo, era la frecuencia con... con mi abuela y con sus hermanos, sus sobrinos. En fin, todas esas cosas, ¿no?. Entonces, esa..., esa Natalia de... de esas vecindades..., cuando ando en el centro, cuando ando por la Merced, cuando me encuentro un edificio viejo, lo devoro, así. Porque yo viví ahí, en ese tipo de vecindades, y vecindades preciosas, ¿eh? No, a mí no me tocaron vivir, no me tocó vivir en vecindades feas. Ni con mi abuela ni con mis tías. Viví en la calle, pero tampoco considero que me tocó vivir en una calle fea. No, no, no, ve. Eh..., todo ese barrio del Centro, ahora ya me es muy difícil ir porque ya hay mucha... delincuencia, ya se llevaron las..., las bodegas donde pasando, pasando inclusive yo... pedía un plátano, ya adulta, ¿eh? ¿Por qué? Porque regresaba yo a aquella, a aquella infancia, ¿no? Y sí, entonces, los marchantes, yo creo que eran más... más atentos, más educados y sí, un plátano, ¿no?, una guayaba, una naranja y... y la naranja la limpiaba aquí (señala lo que sería parte superior) y le hacía un hoyo y (risas) eso me acuerdo siempre.

XII

Natalia recuerda los primeros tiempos de novia con Álvaro. Mantenían la relación a escondidas de la familia de ella para evitarse problemas con Ramona.

O: Sí, sí, pero raras veces, con unos días, tres, cuatro días que no iba. Luego aparecía. Entonces, en este primer año en un momento surgió que si me podía ir, que si me podía ver el sábado. ¡Ah! Yo dije: “No, el sábado no” “Bueno, el domingo” “No, domingo no”. Dice: “Pues yo voy a ir, mhm. Te espero en el parque, mhm”. Y, ¿pues qué es lo que hacía Natalia? A Natalia le fascinó la bicicleta, mhm. Entonces, llegaba yo de la escuela y le pedía permiso a Ramona que si me dejaba salir a dar una vuelta. Antes de conocerlo a él, mhm, mhm. Y sí iba a andar en bicicleta, a dar vueltas, vueltas, vueltas. Por ahí me decía: “Por ahí te traes el pan”, mhm. Pues, ése fue mi medio, mhm, el día sábado, mhm. El día sábado le decía, este: “¿Voy a traer el pan?” A veces me decía que sí, a veces que no. Y, pues ese era mi, mi forma de salir los sábados pero así, así, mhm Entonces, pasó ese primer año, ahora sí que como decimos aquí, a salto de mata,

con sustos, con todas esas cosas y cuando empieza el..., ¡ah!, salí de, de, de la escuela...

XIII

Antes de finalizar la escuela nocturna donde estudiaba, Natalia decide postular por un trabajo en una compañía aseguradora y la contratan. Entonces, habla con Ramona para obtener el permiso.

O: Claro. “Si tú lo decidiste, está bien, vete a trabajar. Si no te va a hacer falta que termines ahí. Ya es un mes, ¿verdad?” Le digo: “Sí, es un mes” “Ah, pues, y cuándo irías o qué” “No, pues, me van a avisar” Entonces, ciertamente, el lunes siguiente ya nos presentamos a trabajar, mhm. Adiós Georgina. Nos presentamos a trabajar. Estuve yo en un lugar, Eva y Aurora, no me acuerdo quién más, estuvo en..., ahí mismo en ese piso, treceavo piso. Ese edificio era..., abajo estaba el cine Novedades, precisamente, ¿no?, en los cuales yo había ido a algunas funciones con él de..., de novia, después, ¿no? Entonces, este..., pues, seguía el clandestinaje de, del noviazgo, ¿no? Ya tenía yo un pequeño chancecito más de..., de verlo a él entre semana, ¿no? Entonces, lo astuta de Natalia, era que, que argumenté media hora más en el trabajo, ¿no? Sí, porque esa mujer si yo le decía tengo que llegar a las 8, a las 8 vengo, a esa hora tenía que estar, mhm. Entonces, muchas prohibiciones de ella, me daban margen para yo irme un poquito adelante. Por ejemplo, en el dinero, también al rato le platico, ¿no? Entonces, argumenté media hora más, mhm, y que el pasaje que entonces no era tan problemático pero que sí ya se manejaba que se retrasaban los camiones, ¿no? Entonces ya iba más, más veces, este..., él, por mí y ya era cosa de que salía yo a las.... a las 6 de la tarde. Entrábamos a las 9 y salíamos a las 6, mhm. Pues, según yo, salíamos a las 6 y media. Me daba muy buen margen de andar ahí de, de novia. Novia, ¿no? Entonces, en esas, me insistía él que, que quería ir a mi casa. Yo le decía que no. Yo pensaba: “Si le digo y les digo, me van a sacar del trabajo, ¿no?”, mhm. Y el trabajo representaba, no para mí, no representaba la parte económica sino representaba la libertad que yo podía tener. Entonces, también mi hermano ya trabajaba, ¿no? Entonces, pasarme horas ahí en la casa.... Hasta la fecha soy así. Entonces, este...

XIV

Al final de la Primera Época, Natalia hace una especie de balance de la relación actual con el esposo. También, señala ciertos logros obtenidos por sí misma pese a las limitaciones que le impuso Álvaro. Incluye un recuento de los límites que han tenido esos logros y de las metas que aún le faltan alcanzar.

La altura que yo siento que llegué y me satisface y luego la disfruto es la económica, que no estoy en la abundancia, mhm, pero.... me puedo mover, me puedo mover, ¿no?, ¿ves? Y eso fue, pues, mi esfuerzo, mhm. Ahora en esto, pues, sí, sí me gustaría un día mostrarles a mis hijos, ¿no?, este.... pues, miren, hice esto, ¿no? Hice esto. Sí me gustaría. En primer lugar, pues.... pues, la satisfacción sería.... mía, ¿no? Bueno, al fin Natalia te ordenaste y pudiste hacer esto, ¿no?, ¿ves? Eso. Y posteriormente mostrárselos a mis hijos.

XV

Como parte del balance comenta los logros en relación con los hijos. Al hablar de comunicación está dialogando o refutando a Álvaro a quien, en unos párrafos anteriores, le atribuye el haber dicho que en esa casa faltaba comunicación. Ella contra argumenta que no es así y, en parte, piensa que es mérito de ella.

Todos mis hijos están en la universidad, ¡qué bueno!, ¿no?, ¿ves? Bueno, esos son apasionamientos, ¿no? Pero, de todos modos, pues, como humano no.... no dejé de pensarlo, ¿no?, y muy interiormente, pues, sí lo pienso, ¿no?, que ojalá lleguen.... con todos sacrificios y esfuerzos, lleguen a más, ¿no?, y que ojalá en un momento dado, ellos en más corto tiempo, puedan hacer lo que quieren, aunque tengan que estar trabajando, mhm, ¿ves? Eso es inevitable, ¿no? No tienen las.... las carretadas de dinero ni mucho menos, ¿no? Pero hay una cosa que me tiene ya bastante tranquila, la comunicación que ya hay entre ellos, mhm. Y en ese terreno, el momento que sea propicio, ya lo pensé, ya lo tengo bien, que en el momento que Álvaro.... va, invada una situación de esta índole, de la no comunicación, le voy a decir: “¿Sabes qué? Tú y yo ya valemos gorro. Porque míralos a ellos. Sí, mhm, ¿ves? Y que si ahí hubo un poquito de intervención de Natalia, ¡ay!, pues, qué bueno. (risas), qué bueno, ¿no? (risas) Y que no me lo digan, no, no, no es necesario, yo lo estoy viendo, mhm.

XVI

Natalia hace un balance de sí misma al compararse con otras mujeres en la fiesta de cumpleaños de Benita.

Fui al.... al.... al, este.... al aniversario de mi amiga Benita, 50 años de casada, y se reunieron la mayoría de las amigas de ahí de... de.... de la colonia. Y yo observando así, pensaba yo: “Qué fuera de Natalia si se hubiera quedado ahí”. Fíjate, mhm. “Qué fuera de Natalia. ¡Ah!, estuviera muy peinadita de salón de belleza y mi sweatercito, así, encima y.... todas las cosas, ¿no?, ¿ves? Dije: ¡Ay, no! Y yéndonos a desayunar cada mes.. Bueno, eso sí me habría de gustar, ¿no?, dije. Y... y... y todas esas cosas, ¿no? Y, luego, digo, yo creo que Natalia se hubiera hundido si se queda en la colonia”, mhm. Entonces, dicen que para.... construir hay que destruir, ¿no? Entonces, yo como que me siento destructora de todo ese pasado, este.... heredado o de tradición de la mujer casada, mhm.

LA MUJER

I

Natalia evoca el momento en que Ramona se entera que ya se casó con Álvaro. La madrastra se va al piso superior de la casa después de golpearla con un palo de escoba en la cabeza y muy ofendida porque cuando iba a asestar el segundo golpe, Jaime la detuvo. En ese momento llega a la casa un sobrino de Ramona con quien sostiene el siguiente diálogo.

O: Sí, sí. Dice: “Ahorita lo único que tienes que hacer es agarrar tus cosas e irte”. Entonces yo reaccioné, me salgo de la máquina y le digo: “¿Por qué me voy a ir si ésta es mi casa?, mhm” Dice: “Era. Porque tú ya estás casada. Y antes de..., de otro disgusto más a mi tía, dice, te tienes que ir”. “Pues no me voy”. Así, ya, entonces, ya vino, ya, la mujer, así, no sé, ¿no? “No me voy a ir y sáquenme si pueden”. Ésta es mi casa, es más mi casa que de nadie más, ¿no? y no me voy. “Bueno, allá tú, allá tú con las consecuencias, pero tú ya no eres de esta casa”

II

O: Sí, sí, sí. Entonces, este..., eh... pasó unos días y un día estaba ahí en la cocina él y me puse en cuclillas, así, para quedarme en sus rodillas, ¿no? Y le dije, este...: “¿Qué piensas de mí Álvaro?” ¡Ay Cabecita Loca!, respondió él.

A: Y, cuando él le decía Cabecita loca, ¿Ud. qué sentía?

O: Pues, me sentía bien, me sentía bien. Pero... pero siempre había una pizquita ahí de, de, de inconformidad, de, de angustia, todas esas cosas, ¿no?, que están muy bien amarraditas con el sentido de culpa que te ponen a partir de que naces y eres mujer (risas)

III

Acá aparece una relación con la hija de “mujer a mujer”, donde Natalia esperaría una especie de “solidaridad de género” entre ambas.

A todo esto te voy a decir ya, en relación que... con mi hija, pues, se abrieron muchos espacios entre, ahora sí que entre mujer y mujer. Este.... nos abrimos muchos espacios, eh.... creo que seguimos en esa... en esa misma tónica, de ser.... pues, lo suficientemente solidarias, mhm. No.... no precisamente como madre e hija sino de comprendernos, como yo le dije una vez también a ella, ¿no?: “Compréndeme porque ahora es la mujer la que está batallando”, ¿no?, mhm. Y yo también comprenderla a ella como mujer.

IV

Este es un largo parlamento donde ella hace un balance de su vida. Ya está a punto de terminar las entrevistas de la Primera época. En este pasaje habla de sus hijos y de la satisfacción que experimenta por sus logros. Plantea una asociación entre la mujer y la madre, y habla de las muchas personalidades que debe tomar una mujer. También, reitera la gran pregunta que se ha planteado en otros momentos del relato y que la vuelve a ubicar en el papel de Eva, la enamorada.

Y siento que.... que, pues, que mi hijos se han.... en primer lugar, como que son medios ermitaños.... y como que son muy.... muy entregados con su pareja. Hasta ahorita no he sabido que alguno de ellos ande de loco, ¿ves? Con Claudia, pues, la cosa es distinta porque si ya no tiene pareja, yo misma le he dicho, ¿no?: “Busca a alguien, ¿no?”, ¿ves? Entonces, este.... pues no hay esas locuras, mhm. A veces he dicho que, pues, a lo mejor, como no hubo dinero y esto y el otro. No, yo siento que no. No. Porque yo he visto cada persona que.... pues, no tiene dinero y eso y es un Don Juan y es un pegador y un borracho y todo eso, ¿no? No, no, no. No he visto eso, ¿no?, ¿ves? Y.... y, pues, me siento bien.... cuando veo esas cosas, ¿no? Y me siento en duda cuando, te digo, veo todos los canales por los que.... que anda una mujer. Las personalidades que tiene que tomar, mhm, ¿ves?, ya casada, mhm, ya casada, ¿no?, mhm, que los errores tan grandes que tuvo, ¿no? Pero ahora sí que si ya sabe las personalidades que debe de tomar, que ojalá de veras hubiera una escuela que instruyera (risas) “Mira, aprende a hacer -no sé si haya patrones para eso, yo lo dudo mucho, ¿no? pero digamos, como un.... un pequeño.... letra, que dijera- mira, tú vas a llevar de esposa la vida.... vas a ser esposa, vas a ser madre, vas a ser amante, eh.... vas a ser la.... ¿cómo te diré?.... Natalia, bueno, la mujer, mhm, y vas a ser ante la sociedad otra gente”, eh.... todo eso, ¿no? Y nos vamos, nos avientan, nos aventamos.... ciegas, mhm. Ciegas por completo, ¿no?, ¿ves? Entonces, unas más unas menos, despertamos unas más antes otras después, eh.... posiblemente sea una de las cosas que reniego, haber.... yo como que ya había despertado pero, como te dije hace rato, no tuve las agallas para enfrentarme.... porque hasta ahorita tengo que seguir pensando, ¿a qué le tuve miedo?, ¿no?, mhm, ¿ves? Si uno de mis preocupaciones y que lo cuidado es tener un techo donde estar, mhm, pero.... pues, mira que las personas son importantes al grado de que... te desubican, mhm. Y digo yo, realmente a qué le tuve miedo para haberme quedado sola, para haber cortado, eh.... una relación con Álvaro desde antes. Desde.... desde antes de concebir a Rene, como a los 7 u 8 años de casada. Que es cuando ya estaba hasta el copete de su familia, ¿no?, mhm, ¿ves? Entonces, eh.... no se sabe vivir, mhm, sobre la marcha vas aprendiendo, a veces, a veces se tarda. Yo me, me cuento entre las tardadas (risas), no retardada, ¿eh? entre las tardadas, mhm, pero que hay también una cosa muy importante. Fíjate que cuando platicamos así, que me dicen: “Tú de qué das gracias....a la vida, mhm”. “¡Ay!, pues, ¿de qué te diré?

V

O: Yo venía caminando por mi calle, mhm, y, y me empiezan a pitar, a pitar, a pitar, ¿no? Entonces, este... eh... todavía no nacía Rene, mentiras, todavía no nacía Rene. Entonces, este... ya a punto de llegar a la casa me dicen: “Güerita, buenos días”. Yo seguí caminando, seguí caminando. Llego a la casa y como siempre con el pie, toco, y este... y ya salen, no recuerdo quién salió y antes de entrar me dijo: “Güerita, por favor, contésteme. Vengo a buscar a Petra”. Y me metí, mhm. Entonces, este infeliz se baja y me toca mi ventana, mhm. Yo salgo y lo veo, ¿no? Dice: “Hágame el favor de... de decirme si está Petra” Entonces, yo lo que le contesté: “Ud. toque la puerta. A mí no me tiene que estar molestando, mhm”. Cerré. Pues eso fue más que suficiente, para que Plácida, otra persona que vivió ahí también, este... le dijera a mi cuñada, a la hermana de Álvaro, este... que le habían dicho que yo tenía un amante que me había ido a buscar hasta la puer..., hasta la

ventana, mhm. Entonces, se corre el, el rumor y, este... y cuando ve, cuando veo a Lucía me dice, estaba como seria y estaba chiquilla ella, tenía como 18 años, más o menos, ¿no? Y este, le digo: “¿Qué tienes Lucía?” Dice: “Yo nada, dice, pero ahorita que venga Álvaro vas a ver, mhm, no te voy a decir lo que tengo, ¿no?” Dije: “Pues, quién sabe de qué está enojada, ¿no?” Pues, inmediatamente que llegó Álvaro, le dijo ella, ¿no? Dice: “Oye güereja, ven para acá, me dijo Lucía, ¿no?, dice, mira aquí en frente de Álvaro te voy a decir esto. Me acaban de decir que tienes un amante y que, inclusive, te vino a dejar y... y te tocó a la ventana, mhm”. Entonces dije: “No Lucía, no.” Dice: “Sí, y me lo dijo Plácida, ¿no?, y ya lo saben las demás” “Pero no”. Entonces yo voltee a ver a Álvaro y, este, y... ese sentido de culpa que tú no lo tienes pero que, sin embargo, está tan arraigado en la mujer que... te pierdes. Tú sola te echas la sogá al cuello, ¿ves? Entonces: “No Lucía, le dije, es el papá de este... de Francisco, es..., viene a buscar a Petra, ¿no?” Dice: “Pues, sí. Pues, es lo que tú dices. Dice, pero qué casualidad que viene a dejarte. Te vas a dejar la costura y vienes otra costura y te viene a dejar éste. Dice, mira, güereja, no te hagas, te vieron”. Claro que las que me vieron fueron las vecinas que están en las afueras de mi casa, ¿no?, mhm. Una de ellas que después le menté la madre y la mandé a freír espárragos por otra ocasión, ¿no? Entonces, este, eh..., le dije: “No, Lucía”. Y, esas... esos momentos tan absurdos en la mujer, me solté llorando, ¿no?, absurdos porque... pasan muchas cosas y tú estás ahí, con tu lagrimota, ¿no?, ¿ves? Entonces, este... y en ese momento me agarra Álvaro y dice: “Ahorita mismo vamos con... con, este..., con Julio... Julio Pliego me parece que se llamaba, un abogado, dice, para que, este... denuncies a esta mujer por difamación de honor, mhm”. Entonces, pues, yo me dejé llevar. Pero ya estando en el despacho de este hombre, este... le... le dije lo que había pasado y, entonces, me dijo que el que... involucraba esta Petra, ese hombre que yo no sabía ni cómo se llamaba y, este... y... y Plácida, ¿no?, son las que me habían difamado, mhm. Y este... Pero que la principal de esto era Plácida puesto que ella es la que había dicho a la cuñada, mhm. Dice: “Vamos sobre de ella. Ud. me firma ahorita esto y vamos por de ella, ¿no?” Entonces, yo le dije: “No, ¿qué le van a hacer?” “Nos la llevamos, nos la llevamos y ya viene una declaración y viene esto y esto” . Dije: “No, dije, no, fíjese que no. Yo no, yo no acepto eso porque tiene 4 hijos”. Tenía un hijo, que lo quiero mucho, todavía, se llama Marcos, unas gemelas, ¡ah, no!, otro hijo y unas gemelas, mhm. Dije: “No, este...yo no, este... no, no, no voy a poder con eso, ¿no? Esos niños van a estar llorando y yo no quiero eso, ¿no?” Dice: “Bueno, Ud. es la única que decide”. Dije: “No, yo no quiero esto”. Entonces, Álvaro me agarró y me dijo: “Espero que nunca te arrepientas de esto”. Y le dije yo: “Pero, ¿pero tú?” “No, conmigo no hay nada”, ¿no? Pues, con esa cosa tan fuerte llegamos a la casa. Yo no sabía si hablarle, no hablarle.

I

Evoca la época en que tenía la cocina económica, los hijos eran jóvenes y ella disponía de dinero para vestirse, para salir, para darle dinero a los hijos. Fue una época de bonanza económica y de bienestar familiar, la relación con Álvaro estaba en un buen momento y ella disfrutaba haciendo cosas que pocas veces podía disfrutar.

O: Sí, todos tomaban italiano y yo me fui a una escuela ahí en la Roma, por ahí, ¿no? Y este y pues sí, iba yo bien, le enseñaba mis trabajos a José Miguel y entonces, Cuauhtemoc, en un momento dado me dice, este. “Van a pasar, este... “Una giornata particolare”, me dijo, ¿no? “Un día especial”, esa película tan preciosa. mhm, Y dice: “Y va a haber un ciclo de películas italianas, mhm, ¿quieres ir?” “Sí, sí sí voy, ¿no?” Entonces, yo salía de la cocina, pero sí... volando y, y me vestía lo mejor que podía y, este... y ya lo alcanzaba allá e íbamos, y veíamos al cine, ¿no? Nos salíamos, había una cafetería ahí y ahí estamos tomando café y fumando, entonces, la señora Natalia fumó como loca, ¿eh? y oyendo música y todo eso, y, pues, a veces tú estás en lo tuyo pero algo te indica algo, mhm, una mirada y me empecé a dar cuenta que las meseras y algunas chicas que estaban ahí, empezaban a vernos con cierto morbo, mhm, ¿ves? Yo no estaba como ruca, como para haber dicho que era la mamá de... de Cuauhtemoc, mhm. Estaba como una persona madura que podía pensarse otra cosa, mhm. Pues, ahora sí que me armé de valor ese día y le dije a Cuauhtemoc: “¿Sabes qué Cuauhtemoc? Vámonos de aquí y ya no volvemos a este café, le digo, porque estas cochinas de la mente, ¿no?” Y pagamos eso y anduvimos por ahí, íbamos y veníamos. Y un día, me dice, este..., hay una obra de teatro que se me olvidó eso, no me acuerdo ni cómo se llamó, este... en el... ahí en la Avenida Juárez, un teatro del ISTE. Me dice: “Está buena la obra y esto y lo otro. Entonces, te espero” “Sí”. Entonces, me voy a la casa a la hora y me cambio, le... A ellos les gustaba mucho verme de negro, mhm, y este... mi chongo. Porque entonces tenía más cabello y rebozo, ¿no? Entonces, ahí voy. Ya iba yo de salida cuando llega Álvaro. Me dice: “¿Adónde vas?” Dije: “Voy a alcanzar a Cuauhtemoc que me invita a ver a... una obra de teatro” Dice: “Voy”. Digo: “Bueno. Pero yo como que (risas) y este... bueno, ¿no?” Porque, en esos entonces, yo estaba presumiendo que... que tenía, tenía algunas cosas Cuauhtemoc en contra de su papá, mhm. Y estaba yo presumiendo, en esa época precisamente, de que conmigo no era, como mucho la carga que yo tenía, mhm. Entonces, pues, le digo, este...: “Bueno, pero yo ya me voy” Dice: “Sí, vámonos”, mhm. Llegando al teatro le cambia el semblante a Cuauhtemoc, mhm.

II

Cuando se le rompió la prótesis dental ya había roto las relaciones con Álvaro y, aunque los hijos le insistían para que aceptara el dinero de él ofrecía, Natalia se negaba. Finalmente, accedió y se colocó la prótesis. Parte de su negativa era por el orgullo de no recibir dinero

del cónyuge pero, otra parte, estaba relacionada con ciertos comentarios de Álvaro y ciertos reclamos que él le había hecho que a Natalia la llevaban a pensar que estaba celoso de ella.

Porque le dije a Claudia: “Es que ya no soporto a tu papá. Él sordo y yo sin dientes, le digo, como sordo que está él, me ve la boca, (risas) le digo y ya no soporto (risas). Le dije, pero sí me voy a poner la prótesis, ¿no? Bueno. Ya llegó el tiempo en que él me dio el dinero. Lo acepté, ¿no? Porque en ese momento también fue... una... dejar algo.... nocivo, ¿no?, algo... algo tonto, mhm. Eso de no recibirle dinero, desde que él me dijo que lo iba yo a hundir económicamente, pues, fue un error muy grande para mí, lo reconozco, mhm. Lo reconozco porque pude haber hecho alguna cosa, ¿no? Eh... o me pude vestir o... o pude transmitírselo a mis hijos o cualquier cosa. ¡Ah, no!, pero la señora quería demostrar que ella sí no necesitaba de nada, ¿no?, mhm. Pero en eso también se fue... pequeñas oportunidades, ¿no?, el dinero... yo creo que bien manejado, pues, son... son varias oportunidades, ¿no?, mhm, ¿ves? Entonces, esta vez así lo pensé y le recibí.

III

Evoca el segundo episodio de dermatitis nerviosa. Los doctores le dijeron que podían darle medicación pero que un alto porcentaje de la recuperación dependía de ella misma, de que resolviera todo aquello que la afectaba al grado de provocarle la afección. Ella la atribuyó a la presencia de Álvaro y al rechazo que había comenzado a experimentar y, este fue otro de los factores o el detonante que la llevó a terminar la relación con él.

O: Ándale, sí, ¿ves? Entonces, ya había pasado lo que yo.... lo... lo iba a, este.... a exponer a, este.... a infecciones y esas cosas, ¿no?, ¿ves? Entonces, pues, llevé al pié de la letra todo lo que dijeron, mhm, y dije: “Ahora va por mi cuenta. Ahora sí ya va por mi cuenta”. ¡Paz! Y ya empecé con todas las, ¿cómo se dice?..... con todo lo habido y por haber a defenderme de él y rechazarlo, ¿no?, ¿ves? Fue mala la táctica, fue malo el medi... el método, mhm. Pero, en fin, fue, ¿ves? Y... y agárrate, voy a la siguiente consulta y la señora sana de todo a todo. Y hasta la fecha. Fíjate, fíjate nada más, la capacidad de una persona para influirte o tu sensibilidad o tu debilidad, no sé qué haya sido, mhm. Para.... para.... para ese trastorno, ¿no?, ¿ves?, hasta la fecha.

I

Natalia evoca un episodio de violencia con Álvaro al volver de una feria de juguetes. En ese lugar, Armando, el hermano menor de Álvaro le pidió a Natalia que compraran hot cakes en un puesto. Pero Álvaro no aceptó porque le molestaba comer en la calle.

O: Era él, era él. Sí muchísima, ¿no? Entonces, este, eh..., total que llegamos a, este..., al camión, lo tomamos y precisamente cuando vamos pasando por la, por la iglesia me acerco yo y le digo a Armando: “¿Qué me dijiste?” “Que si tú no sabes hacer los hot cakes” Digo: “Sí, le digo, si te los hago. Mañana te hago”, ¿no? No había cajas como ahora, ¿no?, entonces sí lo hacíamos realmente nosotros, ¿no? Y, este..., y, pues, cuando llegamos a la caja, a la hora de abrir el zaguán, este..., me dice: “Pásale”, ¿no? Pero ya con ese..., ese modo otra vez, esa, esa, no sé, esa cosa..., ¿cómo sería?, esa... dictadura, esa... autoritario, ¿no? Y entrando a la cocina me dice: “¿Qué le tienes que estar diciendo a Armando de que se persigne?, ¿no?” Y cuando dice “persigne”, me agarra de aquí, con la niña, ¿eh? y ¡pácatelas!, ¡pácatelas!, ¿no? Y voy a dar, afortunadamente, a la cama que estaba ahí, en seguida en la puerta. Voy a dar a la cama y, este..., y me levanto, la niña cae ahí en la cama. Me levanto con la panza ya y la niña y me quedo y luego luego le digo a Armando: “¿Verdad que no te dije nada Armando?” Y dice Armando: “No”. Dice: “¿Cómo que no?” Yo, pues, me quedo otra vez así, ¿no? “¿Qué te dijo?”, ¿no? Dice, este, “No, no, no le dije que me persignara. No me dijo que me persignara” Y se lo llevó así para el patio Y ya no supe que le ha dicho Armando y entra éste y nos dormimos, sin cenar, sin comer nada, acostarse y yo, ya te imaginas, ¿no?, llorando como la muñeca fea, por los rincones (risas). Me dice mi nieto: “Abuela, pero fea ya estás” (risas). Y, este, entonces, este..., pues sí, ahí pues, toda impotente, toda..., ¡ay!, qué desgraciada me sentía, ¿no? Y ya al otro día, pues sí, pues, ahora sí que Armando no tenía la culpa, compré harina, hice los hot cakes, yo también me avoracé, y este..., y siguió... pasando el tiempo.

LA MUÑECA TRISTE

I

Natalia evoca una situación de violencia que vivió a manos de Ramona una tarde en que había planeado salir al cine por la tarde con Álvaro en compañía de una prima. Ramona comenzó a enojarse, aparentemente sin motivo, la insultó y la jaló por los cabellos hasta la calle con la poca ropa que llevaba puesta después del baño.

O: Sí, ahí estaba, mhm. Yo, no sé por qué no me desmayé, no sé por qué no me eché a correr, no sé, no sé, ¿no?, mhm. No dije ni una palabra, ¿no? Y ella me dijo, ¿no?: “Llora, lo que quiero ver es que llores. Nunca lloras. Eres como las mulas, mhm. Llora. Quiero verte llorar” Y yo, nada. Muy niña aprendí a no llorar. Por ella, ¿no? Porque me, me jalaba así, ¿no? “Y ¿por qué estás llorando?” Pues, mejor dejé de llorar, ¿no? (risas) Ya después lloraba yo, quién sabe, ahora sí que como la muñeca triste, en los rincones, ¿no?

II

La protagonista reflexiona sobre la importancia del matrimonio no sólo civil sino por la iglesia para diferenciarse de su propia madre y de las sospechas sobre su reputación que Ramona externaba cuando deseaba agredir a Natalia. Por otra parte, era una forma de “darle el lugar a su papá”, es decir, de no enturbiar la honra familiar con sospechas sobre la reputación de la protagonista. Y, por otra parte, era una manera de reivindicarse ante los demás, ante quienes la habían injuriado o mirado con desprecio o compasión. El matrimonio por iglesia también era una forma de defenderse. Álvaro se había negado a contraer el matrimonio por la iglesia debido a su ideología política. Cabe señalar que estas agresiones de la madrastra habían recrudecido desde el momento en que supo del noviazgo de Natalia con Álvaro.

O: Sí, para defenderme.... Bueno. Entonces, este..., y otra cosa, darle todo el lugar a mi papá. Que en momentos sentía que no se lo merecía y en momentos sentía que tampoco él me iba a inculpar nunca nada, ¿no? Porque Ramona inclusive llegó a decir algunas veces que iba yo a salir tan puta como mi madre, mhm. Entonces, se da cuenta la, la serie de torbellinos que había en mí. Decía: “¿De veras era eso?, ¿por eso la dejó mi papá?, eh... ¿o no fue así?, así. Si mi papá andaba de novio y, y mi mamá tuvo todavía tres hijos” Bueno, una mescolanza ahí, terrible. Entonces, yo tomaba ese matrimonio por, por la iglesia como que..., como que es lo que necesitaba yo, como que era mi galardón para dejar a mucha gente con la boca callada, mhm. Pensamiento de aquél entonces. Porque nunca puse mi retrato de matrimonio en la pared (risas) Menos ahora (risas) Entonces, como que ése era mi galardón, ¿no?, como que eso era lo que necesitaba darles a toda esa gente, ¿no? Entonces pensé, si no se casa conmigo no me voy. Lo siento mucho, no me voy. Entonces ahí empezaron las lágrimas de Natalia, a escondidas que, nos dejamos, nos separamos, mhm, y... y, pues, no sé, era la segunda vez que nos separábamos.

ANEXO III

EL PROYECTO PERSONAL Y FAMILIAR

Pero yo, entonces, como que estaba sufriendo una transformación, en cuanto a que quería, pues, ser otra, ¿no? Quizás un poco más, más educada, eh, mis hijos ya estaban empezando a ser adolescentes, eh, quería..., pues sí, no sé, tener otra disposición de mi conducta, de mi forma de ser. Limpia siempre me he considerado limpia, el baño y..., y esas cosas, ¿no? Pero como que quería yo ser mejor para mis hijos, y..., y...

A: ¿En qué sentido mejor? ¿Cómo era ese cambio?

N: Mejor en el sentido de, de, de poderlos, eh, quizás de tratar de ser más inteligente, quizás de tratar de..., saberme que soy más inteligente, saber aplicar mi inteligencia, eh..., saber ser una..., no una madre, ¿cómo se dice?, una madre tradicional y aguantadora, sufridora. No, no. Yo quería otra cosa, quería mejorar mi nivel económico, mejorar mi, mi medio ambiente, eh..., que a mis hijos no les faltara un libro, que fueran presentables, eh., y yo refinarme, como quien dice, ¿no?, este..., tratar de tomar una..., quizás una educación, mhm, por lo que mi hija me leía y por lo que yo empezaba a leer y esas cosas, y, y, obvio es que quería que, que mi hermano me entendiera. Y él llegó a decir que, que yo era ya una presumida, mhm. ... Y que si yo, teniendo este..., que si yo, este..., trataba de..., de ser, este..., pues sí, eso de que, de que te dicen: “Ay tú ya no te acuerdas de dónde veniste”, mhm. Aunque no te lo dicen directamente pero, inteligente o estúpidamente le dan al clavo, ¿no?, ¿ves?, yo pienso, mhm. Pero en una forma muy, muy tonta, muy absurda, porque, este., yo creo que la mayoría de la gente, en más o en menos, queremos... subir más, ¿no?, mhm Yo me doy por, por triunfadora, mhm, porque he tratado de buscar algo, algo que me sienta bien. Y batallé con mi marido, batallé con las cuñadas, batallé con la madre y el padre de él, batallé con mucha gente, mhm. Pero mucha gente que, que., que inclusive me..., simplemente con su mirada como que me decían: “Pobrecita”, ¿no? Y como que si veían que yo trataba de..., de caminar mejor o expresarme mejor, como que me decían eso, ¿no?, mhm. Fue una..., una fobia mía, fue una cosa pero yo no sabía que era eso, ¿no? Entonces, no podía permitirlo de parte de mi hermano y menos de su mujer y peor tantito que no me lo dijera directamente, mhm. Peor tantito, ¿no? Porque como yo les he dicho a mis hijos: “Yo prefiero que a mí me, me digan tales por cuales, porque ya sé a lo que me atengo, mhm, y no que anden... así, ¿no?”. Total que nos fuimos separando, separando, separando y en una ocasión, hace cuatro años, estaba con mi hermano. Y cuando llegaba con mi hermano Jaime, a veces, me hablaba por teléfono,

mhm. Y yo siento que yo era muy fría, mhm. Entonces, pues sí, cómo estás, que esto y que el otro, y las veces que nos llegamos a ver, nos saludábamos de mano, cosa que yo no, casi no acepto el saludo de mano, mhm, sino quizás un acercamiento así, más, más bonito, no sé, ¿no? Entonces, le digo a mi hermano Jaime: “Pues, es que siento que es el vecino de enfrente. ¿Por qué saludarnos de mano?”, ¿no? Entonces él llegaba y me daba la mano, pues, yo también se la daba, ¿no?, pero no, no, no me gustaba, ¿no? Y exactamente, el día que me iba a casar, un día antes, me dijo, ¿no?: “Pero eso sí, te vas a acordar de mí, porque mañana te armo un escándalo, mhm”. Entonces, yo me quedé así. En esa ocasión sí pensé: “Va a traer a mi mamá, va a traer a Margarita, ¿qué va a pasar con mi papá?, ¿qué va a pasar con Josefa?” Con, con mi marido no porque había ido yo con él, ¿no? Pero estaba así, tensa, ese día que me casé. Para mí, creo que es el día chocante de mi vida, mhm. Entonces, inclusive en la foro estoy así, toda aterrada, (risas) Entonces, me amenazó.

A: ¿El no quería que usted se casara?

N: No, no, no, no porque eh..., se emborrachaba y se volvía muy, muy violento, mhm. Pero en un estado, digamos, sin tener... alcohol de por medio, era otra su conducta, no era la que yo había conocido, no era la que..., no sé y..., y, también pensaba yo: “Bueno, pues, si yo trato de salirme de eso, pues, él también tiene derecho a seguir ahí o salirse, ¿no?, no sé, ¿no?”

A: ¿De dónde se quería salir usted?

N: Yo me quería salir, sin avergonzarme, nunca me he avergonzado de, de todo esto que le voy platicando, eh..., creo que hay cierta..., como cierta... presencia, muy bonito en eso, porque a estas alturas yo me siento como..., hace rato se lo dije, ¿no?, como triunfadora, ¿no? Pero, y sin querer borrar eso, ¿no? no, para nada, ¿no?, porque por qué lo borro si lo traigo aquí. Entonces..., quería..., superarme, sí, no encuentro otro término, eh, quería haber ido a la secundaria, que no me dieron la oportunidad, mhm, hurtaba en los libros del marido que... llevó una..., una este..., una..., una tradición, este..., política..., mhm. En esos entonces yo leía ya..., a, este..., a Chejov, “La infancia de Iván”, “El rey Lear”, “El príncipe idiota”, toda esa literatura rusa que tenía mi marido, mhm, la leía y me gustaba, ¿no?, mhm. Antes de casarme, los señores eran franceses, yo trabajé en..., en un almacén de, de telas, así..., era el almacén de la fábrica que ellos tenían. Entonces, una vez llegaron ellos, con un señor y pusieron los libros así, formados, y nos dijeron estos señores: “Ustedes pasen a ver qué libros les gustan y nosotros vamos a dar el 50 por ciento, mhm”. Y me quedé con Oscar Wilde, mhm, de

Aguilar, ¿o Aguilera?, Aguilar. Y, este, no, pues, me lo devoré, antes de casarme, así, de cabo a rabo. Entonces, este..., y lo..., siempre lo, lo conservé. Cuando mi hija se, se titula de la licenciatura le digo: “Éste es tu regalo”, y se lo di. Un..., un momento de (risas) apasionada con la hija, ¿no? Entonces, quería yo vivir en otra forma porque ya estaban mis hijos, mhm Y yo, sin llegar a sentir terror ni miedo, mhm, ni inseguridad, pensaba que, que no era posible que mis hijos fueran a estar en un momento así, y que podían estar pero no propiciado por mí, mhm. Quizás, ingenuamente pensaba yo, la fatalidad o y..., y que nunca pensé que el marido, si me dejaba, yo me iba a ir para abajo, ¿no? Jamás. Jamás. Entonces, eh..., como que..., agarraba yo la, la seguridad esa para mis hijos y, a la vez, para mí, mhm. Pero aquí viene una etapa en que fui sometida, otra vez, por el marido, mhm, ¿eh? Y, pues, yo, enamorada, pues, dejé pasar mucho tiempo (risas) Eva se enamoró (risas) mhm. Entonces, pues, leía, eh, siempre. Yo no sé de dónde. Desde luego, la disciplina, que la hubiera tenido bien, como, ahora sí que bien enraizada, o sea, yo hubiera sido una persona bien disciplinada, pues, hubiera sido de las tías, mhm. Muy disciplinadas, muy disciplinadas, ¿no? Todo a la hora, todo a la hora, ¿no? Si yo hubiera sido más previsora, más ordenada, hubiera sido por Ramona, la esposa de mi papá. Una persona también muy ordenada, muy trabajadora, muy..., ¿como dicen cuando manejan bien el dinero? mhm...[silencio]

A: ¿Buena administradora?

N: Administradora, muy cuidadosa. También ella tratando de levantarse de aquella, llegada de, de, este, de su pueblo. En las peores condiciones se vino para acá. Y, en parte, yo creo que también me quedó esa escuela de ella. Muchísimo. Porque ella nos plati, me platicaba a mí y a mi hermano, ¿no?, que ella había jurado no volver a su tierra hasta que no fuera Doña Ramona, mhm, y que le iban a rendir y toda la bola de, la bola de hijos de tales por cuales que la habían, este..., eh..., querido hacerla carne de cañón, mhm. Entonces, ese coraje que ella tenía, yo creo que lo llevó muy bien llevado, ¿no? Entonces, posiblemente, eso también se me queda a mí, mhm, se me queda a mí. Entonces, yo quiero vestir bien, mhm, no sé de dónde me salió el apreciar cosas buenas, te digo, yo tengo a veces la calidad de apreciar las cosas buenas pero no tengo el dinero (risas). Entonces, eh, me gustan las cosas buenas, yo no vivo en opulencia, no vivo, así, muy bien. No vivo mal, mhm. Entonces, este..., vestirme bien, no ser una tipa facho, fachuda, que ya después de casada, gorda y esas cosas, no, ¿no? Por alguna razón, después de los embarazos, volvía yo a ponerme mi misma ropa, volvía a quedar igual. Y siempre en el trabajo, siempre en el trabajo. Entonces, eh..., en

el traba..., cuando digo siempre en el trabajo, siempre en el trabajo, es que yo buscaba el dinero, mhm. A mí no me alcanzaba lo que el marido me daba, mhm. Porque yo sentía que yo no debía de darle a mis hijos un trocito de carne o ... o no comprarles una fruta, o... Ahora sí yo quería, pues, la abundancia que yo traía, hasta de la calle, la abundancia de la fruta, mhm. Eso por un lado. En el aspecto doméstico, eh., la limpieza, el orden, los libros de mis hijos aunque fueran de la primaria, un tablón, ahí, sus libros, muy bien vestidos, muy bien presentados, eh., no con lujos, no, ¿no?, pero en la escuela se cambiaban dos veces a la semana sus uniformes, que ya era mucho, eh, sus tenis blanquísimos. Hasta la fecha, yo al hijo que le lavo todavía ropa, me gusta que sus calcetas, su ropa interior sea blanca, blanca, mhm. Entonces, eh, y..., tener mi casa, pues, ordenadamente. Tenía yo mis cortinas de manta, de... de los costales que compraba yo, les hacía un orladito, mis cortinas, manteles, eh, yo quería vivir otra cosa mejor, más armoniosa, más, más hogareña, eh..., y todo, pues, fundado en la seguridad, ¿no? Entonces, pues, cuando mi hija tuvo... 16 días de nacida, mi papá le dijo a, a mi marido que nos fuéramos a vivir a la casa en la que viven todavía mis hijos. Y, este, y el marido no quería. Quería tenerme allá, con su mamá. ¡Ay, no!, (risas) ¡qué horror!, y con la cuñada. No, no, no. Entonces, pues, afortunadamente, este hombre dijo que sí y 16 días de nacida mi hija yo, llegué acá a la casa. Y, este, y empecé, que a limpiar los vidrios, que esto, que el otro, que a tratar de darle otra presencia. Porque si yo venía de un lado, que no lo considero un muladar, porque para nada considero mi infancia haber vivido yo en un muladar, sea en casa de X o sea en la calle -porque yo me acuerdo que mi hermano me lavaba la cara y todo eso, ¿no?-, entonces eh., cuando..., me enlazo con la familia de él, ¡no!, la perdición ahí, (risas) ¿no? Entonces, yo, ahora sí que como, como las niñas chiquitas: “Yo cuando sea grande no quiero ser como ésas” (risas) ¿eh? Entonces, en eso es en lo que quería salir más adelantito. Pero esa es la parte doméstica. En la parte económica, siempre anduve buscando el dinero yo. Mi hija tenía como, como 6 meses de nacida cuando yo me eché a trabajar, a buscar, este..., para coser, mhm, este..., cosía yo, este, [señala el brasier] les ponía yo los broches, y el broche de atrás y me pagaban por docena no sé cuánto, ¿no?, y ya con eso mejoraba yo mi... situación económica. Y comprarle ropa a mi hija, mejo,r y todas esa.... Porque, éste, siendo un político comunista, mhm, pues, amaba en la pobreza, (risas), la no riqueza, la no explotación del hombre por el hombre (risas). Y que si vivíamos en un petate estaba buenísimo. No, no, no, no. Entonces, si te das cuenta eran ya como 2 o 3 motivos que me hacían a mí, así, para arriba, ¿no? Yo me porté muy

bien con toda esta gente que conocí por parte de mi marido...

A. Su familia

N: No, no, no. Sus compañeros de partido. No, con la familia es otro punto, ¿no? Me porté muy bien con ellos, los recibíamos en la casa y todo esto pero, pues, cuando algunas veces iba con él, yo veía cómo vivían, y yo decía: “No. Se puede ser como es él y se puede vivir un poco mejor, mhm”. Pues, eran las grandes batallas con él, ¿eh? Pero ahora sí. Ahí seguía y seguía, ¿no? Viene el aspecto, pues, el aspecto intelectual. Ya mi hija, a, a unas, a un tiempo, ya está en, en el bachillerato. Yo le empiezo a decir: “Yo te ayudo”, porque a mí me metieron a una escuela comercial. Me partieron en 2 pero, en fin, tuve que estar ahí. No me, no me dieron secundaria, ¿no? Entonces, este, le decía a mi hija: “Si quieres yo te ayudo con la máquina”, ¿no?, y pues ya me enteraba de lo que ella, de los trabajos que luego me decía. Se va, este, mi hija, este, a la carrera, a... [menciona el nombre de la universidad] y, este..., y me dijo: “¿Sabes qué mamá?, dice, voy a estudiar, primero dijo, me voy a ir a la escuela de ciencias y humanidades” Dije: “¡Ay!, ¿quién sabe qué sea eso?, ¿no? (risas) No, sí mamacita, no, sí, está bien, ¿no?, y esto y el otro”. Y sí, sí, siempre les digo así, ¿no? Entonces....., sí, entonces, después se va a, este..., a [vuelve a mencionar el nombre de la Universidad]. Me dice, este...: “Me voy a ir a Ciencias”. Entonces, cuando ella me dice Ciencias, yo regreso. Estuve trabajando 3 años, 3 años de noviazgo, 3 años de trabajo, mhm, este..., entonces, ahí conocí a la hermana de una Maestra en Ciencias, mhm. Y ella me platicaba de las clases de su hermana, de sus viajes, que estaba haciendo un libro y todo eso. Entonces, pues, cuando Claudia me dice que se va a Ciencias yo voy para allá y regreso para acá y digo: “¡Qué bueno!, ¡qué bueno!” , mhm

A: O sea, recordó todo esto que le contaba....

N: Sí, lo que me contaba la hermana de esa maestra. Y me pegué mucho con ella porque yo no quería estar en la máquina ni, ni en el teléfono. Me chocaba eso, ¿no?

A: Usted estaba trabajando en ese momento...

N: Sí, en una oficina que, bueno, me tuve que echar a buscar, ¿no? Entonces, este..., siendo soltera todavía. Entonces, esta Elena era la contadora de ahí. Y yo me empiezo a pegar con ella, me empiezo a pegar con ella, me empieza a enseñar, me empieza: “A ver, a ver, hazme números en, aquí”. Y ve que mis números son bonitos y le dice al, al dueño: “Quiero que Natalia esté conmigo y todo eso”. Yo me siento.... la mejor. Y, y desgraciadamente, junto con el tiempo de trabajo, el tiempo de noviazgo, y cuando recibo mi segundo aumento, pues, me caso, mhm. Bueno, pero es otra parte, ¿no? Pero,

entonces, yo regreso con mi hija cuando me dice: “Me voy a, voy a estudiar Ciencias”. Y me acuerdo de la maestra y regreso con Claudia, bueno, mentalmente, y digo: “¡Qué bueno mamacita!, ¡qué bueno! ¿Te gusta?” Dice: “Sí, sí me gusta”. “¡Qué bueno!”, ¿no? Entonces, empieza ahí, cambia en cierta forma mi ritmo, porque entonces todavía con más dedicación, este..., sin que mi hija sea una atendida o una flojaza, sucia, este..., eh, trato de evitar que esté metida en..., en que me ayude a mí, mhm. No la molesto. Sigue ella, una mujer muy, muy pegada. Inclusive, luego me dejaba ahí con los muchachos. Yo no sabía qué hacer con ellos y ella encerrada ahí leyendo (risas). Dice: “Oye mamá pero, pues, es que están unos muchachos”. “Sí, diles que ahorita voy”. Total a veces se aburrían los muchachos, mejor se iban, ¿no? Otras temporadas empezaron a llevar guitarra y mejor se ponían a cantar, y yo ahí con ellos y, bueno, una convivencia también muy bonita, ¿no? Y uno que me decía: “Váyase a la secundaria nocturna” y otro que me hablaba de historia, otro me hablaba de pedagogía, entonces, este..., pues todo eso era, era, era una cosa muy, muy novedosa para mí, ¿no? Y con Claudia, que era muy, muy parca, muy callada, yo a veces le preguntaba algunas cosas. Sí, sí me respondía y eso, ¿no? Y luego, pues, me seguía dejando sus trabajos y me decía: “¿Me pasa esto a máquina mamá?” Y ahí yo ya me enteraba de esto y yo decía: “¡Qué bueno!, ¡qué bueno!, ¡qué bueno!” Y en eso también yo iba... asimilando un poco, ¿no? Porque, realmente, los trabajos en la casa lo absorben a uno, ¿no?, muchísimo. Entonces, tempranísimo, a preparar el desayuno, jugo, fruta, lo que hubiera en mi, mi situación económica, y este..., se iban todos y ya, después, al mercado, a preparar la comida. Llegaban, estaba la mesa puesta, que el agua de limón, que la salsa, que todo, hasta tortillas les hacía yo, comían y cada quien a su, a su, a su disciplina, ¿no? Tengo otro hijo que se llama Plutarco, él le golfeó un poco porque le gustó andar de..., de viajero en la República y perdió unos 3 años, que ahorita le está costando mucho, mhm. Entonces, él estudió Genómica, nada más es Licenciado en, en Genómica. Mi hija está por titularse en la Maestría, en el..., en la, ¿cómo me dijo?, no me acuerdo bien. Tengo otro hijo que estudió Astronomía. Ahorita, él también está terminando su tesis. Parece que va a ser, en..., [menciona el tema de investigación], creo. Creo, ¿eh?, porque ese hombre es muy reservado. No, no me abre mucho su espacio. Tengo otros dos hijos, Rene e Iván, que por cambios en la familia, que también vendrá otra cosa, este..., resintieron mucho y, y determinadas circunstancias tanto económicas como de, de distancia, este, se salieron de., de..., del bachillerato, no lo terminaron y después de 8 años regresan, se ponen al corriente,

después de 6 años y fracción, regresan, sacan lo del bachillerato y están en la Universidad. El cuarto hijo tiene 2 hijos y su mujer que también está en la Universidad. Y está empezando la carrera de Biología, en Ciencias, y el quinto hijo, ése se le ocurre irse a Música, con 25 años de edad, y el otro con 31 o 32 años de edad, ¿no?

Entonces, este..., bueno. Total que a esas alturas, más o menos, ése es el panorama de mi familia. Pero..., cuando Claudia entra a la facultad, pues, eh..., se sigue, se sigue y yo sigo, pues, tratando de..., de ver el comportamiento de ella. De las 2 o 3 chicas que llegan, este, con ella, una se fue a Pedagogía, otra se fue a Historia..., la otra a Filosofía, que es con la que nos seguimos, este..., todavía la amistad. De dos muchachos, eh..., este, uno está como maestro, en..., no sé si ya terminó un doctorado, este..., el otro se quedó como, como jefe de materia en..., en un..., en un, ¿qué?, en un Bachilleres o no sé qué, se quedó nada más ahí. No, ignoro si siguió más o eso y los otros, pues, se han dispersado y...

A: ¿Esos eran los compañeros cuando iba a la Prepa?

N: Esos eran los compañeros de cuando iba a la Prepa, cuando iba a CCH, después a la Universidad. Cuando ella, este, termina la carrera, este..., no me acuerdo, sería un año después, algo así, pues, me dice que va, pues, que va con su pareja. Y, bueno, (risas). Porque... en ese terreno, también siento..., me siento muy bien porque, a pesar de que yo me, me crié en una situación mucho muy, muy.... Fíjese. ¿La primera?, la primera para allá y para acá, la calle, mhm. Después, el sometimiento con Ramona y, ¡y los tabúes de Ramona!, que me decía: “Si un hombre te agarra así es que ya tiene poder sobre ti y quiere decir que tú ya has dado un mal paso, mhm. Entonces, que no te deben de agarrar porque te dejan marcada y ya no vales nada”. Bueno, una cosa así. ¡Qué horror!, ¿no? (risas) Llego al matrimonio en blanco (risas) en blanco totalmente, mhm. Y fue mi..., ¡ay!, hasta me da pena (risas) fue mi primero y único novio (risas). Dice, decía mi cuñada, su hermana de él, dice: “No puedo creer que tú, de veras, hayas tenido nomás a mi hermano por novio. Te perdiste de muchas cosas”. Eso me tocó. Por el sometimiento en términos..., es que morales pero, más bien eran..., pues de la época de las cavernas, yo creo, ¿no?, mhm. Así era Ramona, mhm. Ahora comprendo por qué era así, pues, es que tenía una responsabilidad conmigo, ante mi papá, eso después me lo dijo ella, ¿no? Entonces, este..., pues, muy bailadora, antes de casarme, entre..., entre los, ¿qué será?, entre los 14 y, pues, los 21 años. Muy bailadora. Bailadora, ¿no? Muy alegre. Aunque ahí en la casa... era otra mi conducta, forzosamente, era otra mi conducta. Yo tenía que portarme más, más seria, ¿no? Porque no quería que..., pues,

que Ramona me juzgara mal, ¿no? Entonces, pues, llego al matrimonio, así, en blanco, este..., eh..., (risas) Pasa..., pasa el tiempo, tengo mi hija, mis hijos, pero, entonces, yo empiezo a ver a, a mi hija ya jovencita...., y, pues, a mí me empieza a cambiar la mente.

N: En esa ocasión, a estas alturas, pues... cumplí 65 años hace... unos días, este... y yo misma he tratado de hacer como un... como un resultado, mhm, ¿eh?, ahora que he estado platicando contigo... y digo que si de culpas se trata, pues, de... sí. Tomo, en unos sentidos, muy... muy ambigua, tomo un 70 por ciento de culpa de él y un 30 por ciento yo. Pero, en otros sentidos, yo tomo un... un, un 70 por ciento de culpa y un 30 por ciento él. ¿Por qué? ¿Porque me siento a veces más culpable yo? Pues, porque no... tenía las ideas, tenía el ejemplo de Ramona, tenía... la... la visión de... de lo que es... vivir bien, sin apuros y sin nada, eh... y más todavía se acentuó con la... la actividad... política de este hombre. Entonces, eh... eh... cuando yo tomo el 70 por ciento de culpabilidades, digo: "No tuve las suficientes agallas para haberme desempeñado como lo hice, digamos... ¿qué serán? 25 años después de mi matrimonio -porque voy a cumplir 42 años de matrimonio- ¿no?, mhm. Entonces, digo, ¡qué... qué tontería!, ¿no?, ¿ves? Y estoy plenamente consciente de que... de que pude haber saltado. Pero aquí viene una gran incógnita mía, ¿a qué le tuve miedo?, mhm. Fíjate. Eh... de la casa, pues, la teníamos, mhm. Obvio es que yo la iba a pelear pero, así, a capa y espada. Ya tenía hijos, no tenía el apoyo económico del marido, eh... en fin, muchas cosas, ¿no?

A: O sea, ibas a pelear..., conservar esa...

N: Esa casa, sí. Contra... incluyendo la misma Ramona, este... mi papá, Patricia la hija adoptiva de ellos, con todos. Yo ya pensaba eso, ¿no? "No, yo no me tengo que salir de aquí". Este, por otro lado, si siempre estuvo la actividad de trabajo, ¿no?, con Ramona, pues, ella sacaba dinero... para lo que hizo, que siempre la voy a mencio, le voy a reconocer que en su medio y en su circunstancia y en su nivel económico y... y todo, hizo bastante, mhm, hizo bastante. Entonces, digo, tomando como modelo a ella, pues, no hice nada, en 25 años, ¿no? Siempre estuve lamentándome, peleándome, haciendo rabietas, llenándome, ya te dije, de urticaria, dudando, mhm, eh... sintiendo rencor contra este hombre y contra su familia y... y todas esas cosas, o sea, que se me invertía el tiempo en una manera muy absurda, ¿no?, teniendo, teniendo las, las... los conocimientos esos que te acabo de decir, ¿no? Entonces, es una cosa que... que últimamente me he preguntado, ¿no? ¿A qué le tuve miedo?, ¿no? 'Ora, no voy a estar hablando precisamente del pasado y estarme lamentando, mhm. No. Ya, como dice la canción, ya lo pasado, pasado está, ¿no?, mhm. Entonces, pues sí, algún día... voy a

ver qué me faltó, mhm, qué me faltó para haber dado el brinco como lo di últimamente, ¿no? Por otro lado, cuando yo le doy el... el 70 por ciento de culpabilidad a él, pues, fue, es en el sentido de que, eh... y aquí viene una cosa muy especial, ¿no?, fíjate, este.... no se hace él, este... eh.... no se da a la tarea, pues, de... de conocerme o de... ¿cómo se dirá? de... de valorar lo bueno y lo malo que yo tenía, ¿no?, mhm, lo que pudo haber funcionado bien con él o que no pudo haber funcionado. No estimuló, mhm, en el sentido de que: “Bueno, sí. Lo bueno lo voy a aprovechar. Lo que me conviene, o nos conviene, lo voy a aprovechar, desde el punto de vista, fíjate, político, ¿eh?, mhm. Y lo que no me conviene, bueno, pues, no lo voy a aprovechar”. Pero, entonces, yo al paso de los años he considerado que fue una persona que me impuso muchas cosas sin el previo conocimiento mío, mhm. Imponerme de la noche a la mañana algo, ¿no?, mhm, y así sucesivamente, la presencia de su familia, este... las cuestiones de... de la no riqueza, eh... el tratar a la gente -para él toda la gente eran estúpidos- este... yo, pues, también, entre estúpida e imbécil, pues, por ahí la llevábamos, ¿no? Entonces, yo cuando le... le dejo culpa a él es que no tuvo la capacidad para ver, este... lo... lo que podíamos haber coordinado para marchar. Porque supuestamente, yo siempre con..., bueno, consideré muchos años atrás, que él tenía la verdad, que él tenía la razón, que él sabía más que yo puesto que, fíjate nada más, yo había pensado: “Pasó por la secundaria, después estuvo dos años en una carrera en el Politécnico”, pues, yo ahí deducía que, que él sabía más que yo, mhm. Bueno, entonces, digamos, no me maniató sino que me dejé maniatar, por un lado, y por otro lado, pues, sí, maniató. ¿Ves ahí la... lo... lo, lo ambiguo que se oye?, ¿no? Se puede sacar con una claridad, ¿no?